Manifiesto del Partido Comunista

Carlos Marx
Federico Engels



El Manifiesto Comunista
con anexos

Valencia, octubre de 2019
germinal_1917@yahoo.es



Presentamos esta obra de Federico Engels y Carlos Marx, obra, por histórica y clásica, de completa actualidad y fruto del trabajo colectivo de los hombres y mujeres que en la primera mitad del siglo XIX supieron abstraer del convulso movimiento de la sociedad sus líneas maestras. Aunque el *Manifiesto Comunista* cuente con numerosas ediciones nunca sobra otra más, en primer lugar; pero su publicación en este sello viene justificada por los abundantes materiales que hemos recopilado en el anexo, algunos de ellos ya estaban a disposición de la clase obrera en internet y otros muchos de los que anexamos no lo estaban hasta ahora (hemos hecho, además, el esfuerzo de verter una primera versión en castellano en el caso de algunos de los que presentamos aquí). La ventaja que tiene la obra que te has descargado es la de reunir en una misma descarga esos materiales, a tu disposición ya pero dispersos o difíciles de encontrar, y, además, los que hemos traducido (por primera vez hasta donde llegan nuestros conocimientos) al castellano. La fuente de los materiales anexados viene indicada al pie de cada uno de ellos, a ella te remitimos para cualquier comprobación o ampliación que desees.

Este sello editorial está trabajando en la redacción de una cronología que, por diversos motivos, todavía no podemos ofrecerte. Tendrás que esperar a una segunda edición que confiamos en poder ofrecerte en poco tiempo con, tal vez, algunos anexos más. Hemos procurado insertar los materiales básicos que te puedan ofrecer una visión de conjunto de en qué medio se redactó, publicó y agitó el *Manifiesto Comunista* y, también, qué materiales lo precedieron, visión que confiamos se ampliará con la cronología comprometida.

No creemos que sea necesaria ningún explicación más, únicamente advertirte que en el texto del *Manifiesto del Partido Comunista* hemos hecho figurar entre paréntesis los números de los epígrafes correspondientes a las "Notas aclaratorias" de Riazanov incluidas en el anexo. Para acabar, te adelantamos que el clásico texto de Marx y Engels se redactó y publicó en 1848 (en una edición de 1.000 ejemplares) con el título de *Manifiesto del Partido Comunista* pero, a partir de la primera reedición en alemán en forma de libro, hecha por Meyer en 1860, fue conocido simplemente como *Manifiesto Comunista* y que la primera edición en la que apareció el nombre de sus autores fue en la primera versión inglesa, hecha por Helen Macfarlane y publicada en 1850.

Índice

A modo de introducción: A noventa años del *Manifiesto Comunista*, León Trotsky[1]

¡Es difícil imaginar que únicamente faltan diez años para el centenario del *Manifiesto del Partido Comunista*! Este manifiesto, el más genial de todos los de la literatura mundial, sorprende hoy en día por su sana frescura. Las partes principales parecen haber sido escritas ayer mismo. Verdaderamente los jóvenes autores (Marx tenía veintinueve años, Engels veintisiete) supieron mirar hacia el futuro como nadie lo hizo antes de ellos y, probablemente, después.

Ya en el prefacio a la edición de 1872, Marx y Engels indicaron que, aunque algunas partes secundarias del *Manifiesto* habían envejecido, no se creían con derecho a modificar el texto primitivo puesto que, durante los veinticinco años transcurridos, el *Manifiesto* se había convertido en un documento histórico. Sesenta y cinco años han pasado después. Determinadas partes aisladas del *Manifiesto* han quedado aún más hundidas en el pasado. Nos esforzáremos en presentar en este prefacio, bajo una forma resumida, las ideas del *Manifiesto* que han conservado íntegramente su fuerza y, al mismo tiempo, aquellas que hoy en día necesitan serias modificaciones o ser complementadas.

1.- La concepción materialista de la historia, descubierta por Marx poco tiempo antes de la publicación del *Manifiesto* y que se aplica en él de una forma perfectamente magistral, ha resistido la prueba de los acontecimientos y los golpes de la crítica hostil: hoy en día constituye uno de los instrumentos más preciosos del pensamiento humano. Todo el resto de interpretaciones del proceso histórico han perdido todo valor científico. Puede decirse con total seguridad que actualmente es imposible ya no sólo ser un militante revolucionario sino, simplemente, un hombre políticamente instruido sin haber asimilado la concepción materialista de la historia.

2.- El primer capítulo del *Manifiesto* comienza por la siguiente frase: "La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases."

Ésta tesis, que constituye la conclusión más importante de la concepción materialista de la historia, no ha tardado en devenir, ella misma, objeto de la lucha de clases. La teoría (que reemplazaba el "bienestar común", "la unidad nacional" y las "verdades eternas de la moral" por la lucha de los intereses materiales considerados como las fuerzas motrices) ha recibido ataques particularmente encarnizados por parte de los hipócritas reaccionarios, de los doctrinarios liberales y de los demócratas idealistas. Después se les unieron (esta vez en el seno del mismo movimiento obrero) los revisionistas, es decir: los partidarios de la revisión del marxismo dentro del espíritu de colaboración y reconciliación entre las clases. Por fin, hoy en día, los despreciables epígonos de la Internacional Comunista (los "estalinistas") han tomado el mismo camino: la política que llamada de los "Frentes Populares" se deduce enteramente de la negación de las leyes de la lucha de clases. Con todo, es la época del imperialismo la

[1] Tomado de *A noventa años del Manifiesto Comunista,* Cuadernos de formación marxista. Redactado por Trotsky el 30 de octubre de 1937; se trata de la introducción a la primera edición del *Manifiesto Comunista* en lengua afrikáans.

que, llevando hasta el extremo todas las contradicciones sociales, constituye el triunfo *teórico* del *Manifiesto Comunista*.

3.- La anatomía del capitalismo en tanto que estadio determinado de la evolución económica de la sociedad fue explicada por Marx, de una manera acabada, en su obra *El Capital* (1867). Pero ya en el *Manifiesto Comunista* están trazadas, con firmeza, las líneas fundamentales de su futuro análisis: la retribución del trabajo en la medida indispensable para la producción; la apropiación de la plusvalía; la competencia como ley fundamental de las relaciones sociales; la ruina de las clases medias, es decir de la pequeña burguesía de las ciudades y del campo; la concentración de las riquezas en manos de un número cada vez más reducido de poseedores, en un polo, y el aumento numérico del proletariado en el otro; la preparación de las condiciones materiales y políticas del régimen socialista.

4.- La tesis del *Manifiesto* sobre la tendencia del capitalismo a hacer bajar el nivel de vida de los obreros se ha visto sometida a un violento fuego. Los rectores, profesores, ministros, periodistas, teóricos socialdemócratas y dirigentes sindicales se han alzado contra la teoría de la "pauperización" progresiva. Esta gente ha descubierto, invariablemente, el creciente bienestar de los trabajadores haciendo pasar a la aristocracia obrera por el proletariado o a una tendencia temporal por una tendencia general. Al mismo tiempo, la misma evolución del capitalismo más pujante (el de América del Norte) ha transformado a millones de obreros en pobres, mantenidos a costa de la caridad estatal, municipal o privada.

5.- En oposición al *Manifiesto,* que describía las crisis comerciales-industriales como una serie de catástrofes crecientes, los revisionistas afirman que el desarrollo nacional e internacional de los trusts garantiza el control del mercado y lleva gradualmente al control de las crisis. Es cierto que el final del último siglo y el principio de este se han distinguido por un desarrollo tan impetuoso que las crisis sólo semejaban paros "accidentales". Pero esta época se ha cumplido irremediablemente. En último análisis, también en esta cuestión, la verdad se ha puesto del lado del *Manifiesto*.

6.- "El gobierno moderno sólo es una delegación que gestiona los asuntos comunes de toda la clase burguesa." En esta fórmula concentrada, que a las cabezas socialdemócratas les parece una paradoja periodística, está contenida, en realidad, la única teoría científica del estado. La democracia creada por la burguesía no es un caparazón vacío que se pueda llenar pacíficamente del contenido de clase que se desee, muy al contrario de lo que pensaban Bernstein y Kautsky. La democracia burguesa sólo puede servir a la burguesía. El gobierno del "Frente Popular", ya sea dirigido por Blum o ya por Chautemps, por Largo Caballero o por Negrín, únicamente es "una delegación que gestiona los asuntos comunes de toda la clase burguesa." Cuando esta "delegación" maneja mal los asuntos, la burguesía la expulsa con un puntapié.

7.- "Toda lucha de clases es una lucha política." "La organización de los proletarios en clase y, por lo tanto, en partido político..." Los sindicalistas, por una parte, y los anarcosindicalistas, por la otra, han rehuido durante mucho tiempo la comprensión de estas leyes históricas, y hoy en día todavía intentan hacerlo. El sindicalismo "puro" recibe hoy día un golpe terrible en su principal refugio, los Estados Unidos. El anarcosindicalismo ha sufrido un irreparable descalabro en su último bastión, España. En esta cuestión también tenía razón el *Manifiesto*.

8.- El proletariado no puede conquistar el poder dentro del marco de las leyes dictadas por la burguesía. "Los comunistas... Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente." El reformismo ha intentado explicar ésta tesis del *Manifiesto* por la falta de madurez del movimiento en la época y por el insuficiente desarrollo de la democracia. La suerte de

las “democracias” italiana, alemana y de una larga serie de otras, demuestra que, si hay alguna cosa poco madura, esta es el conjunto de las mismas ideas reformistas.

9.- Para realizar la transformación socialista de la sociedad es necesario que la clase obrera concentre en sus manos el poder capaz de romper todos los obstáculos políticos a la vía hacia el nuevo orden. El “proletariado organizado en clase dominante” es la dictadura. Al mismo tiempo, es la única democracia proletaria. Su envergadura y profundidad dependen de las condiciones históricas concretas. Cuanto más grande sea el número de estados que se adentren en la revolución socialista más libres y suaves serán las formas de la dictadura y la democracia obrera será más amplia y profunda.

10.- El desarrollo internacional del capitalismo implica el carácter internacional de la revolución proletaria. “La acción común del proletariado, al menos el de los países civilizados, es una de las primeras condiciones de su emancipación.” El desarrollo ulterior del capitalismo ha unido de tal forma las partes de nuestro planeta, “civilizadas” y “no civilizadas”, que el problema de la revolución socialista ha tomado un carácter, completa y definitivamente, mundial. La burocracia soviética ha intentado liquidar el *Manifiesto* en esta cuestión fundamental. La degeneración bonapartista del estado soviético ha sido la mortal ilustración de la falsedad de la teoría del socialismo en un sólo país.

11.- “Una vez que en el curso del desarrollo hayan desaparecido las diferencias de clase y se haya concentrado toda la producción en manos de los individuos asociados, el poder público perderá su carácter político.” Dicho de otra forma: el estado desaparece. Queda la sociedad liberada de su camisa de fuerza. Eso es el socialismo. El teorema inverso, el monstruoso crecimiento de la coerción del estado en la URSS, demuestra que la sociedad se aleja del socialismo.

12.- “Los obreros no tienen patria.” Esta frase del *Manifiesto* a menudo ha sido juzgada por los filisteos como una *boutade* buena para la agitación. En realidad, esta frase suministra al proletariado la única directriz razonada sobre el problema de la “patria” socialista. La supresión de esta directriz por la II Internacional comportó no sólo la destrucción de Europa durante cuatro años sino, peor aún, el actual estancamiento de la cultura mundial. Frente al acercamiento de la nueva guerra, el *Manifiesto* continúa siendo, hoy en día aún, el consejero más seguro en la cuestión de la “patria” capitalista.

****

Vemos, pues, que la pequeña obra de los dos jóvenes autores sigue suministrando indicaciones irreemplazables en las cuestiones fundamentales y más candentes de la lucha de liberación. ¿Qué otro libro podría compararse, incluso de lejos, con el *Manifiesto Comunista*? Esto, sin embargo, no quiere decir que, después de noventa años de desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas y de grandiosas luchas sociales, el *Manifiesto* no precise correcciones y ser complementado. El pensamiento revolucionario no tiene nada en común con la idolatría. Los programas y los pronósticos se verifican y se corrigen a la luz de la experiencia que es, para el pensamiento humano, la instancia suprema. Correcciones y complementos, de los que es testigo la misma experiencia histórica, únicamente pueden ser aportados con éxito partiendo del método que está en la base del *Manifiesto*. Trataremos de demostrarlo con la ayuda de los ejemplos más importantes.

1.- Marx enseñó que ningún orden social abandona la escena antes de haber agotado sus posibilidades creadoras. El *Manifiesto* critica al capitalismo porque éste dificulta el desarrollo de las fuerzas productivas. Sin embargo, en la época en la que fue escrito, así como en el curso de los decenios siguientes, este freno era únicamente

relativo: si en la segunda mitad del siglo XIX la economía se hubiese podido organizar sobre fundamentos socialistas su crecimiento hubiese sido incomparablemente más rápido. Esta tesis, teóricamente irrefutable, no cambia en nada por el hecho que las fuerzas productivas hayan continuado creciendo, a escala mundial, sin interrupción hasta la guerra mundial. Únicamente en el curso de los últimos veinte años se ha abierto el período de estancamiento directo e, incluso, del declive de la economía mundial, y ello a pesar de los descubrimientos más modernos de la ciencia y la técnica. La humanidad comienza a vivir a costa del capital acumulado y la próxima guerra amenaza destruir, por mucho tiempo, las mismas bases de la civilización. Los autores del *Manifiesto* daban por supuesto que el capital se rompería mucho antes de transformarse, de régimen relativamente reaccionario, en régimen absolutamente reaccionario. Esta transformación sólo se ha concretado ante la mirada del actual generación y ha hecho de nuestra época la de las guerras, revoluciones y del fascismo.

2.- El error de Marx y Engels en cuanto a los plazos históricos era producto, por una parte, de haber subestimado las posibilidades ulteriores inherentes al capitalismo y, por otra parte, de la sobrestimación de la madurez revolucionaria del proletariado. La revolución de 1848 no se transformó en revolución socialista, como el *Manifiesto* había dado por supuesto, sino que le abrió a Alemania la posibilidad de una expansión formidable. La Comuna de Paris demostró que el proletariado no puede arrancar el poder a la burguesía sin tener a la cabeza un partido revolucionario experimentado. Ahora bien, el largo período de pujanza que sentó se tradujo no en la educación de una vanguardia revolucionaria sino, por el contrario, en la degeneración burguesa de la burocracia obrera que devino, a su vez, en el principal freno de la revolución proletaria. Esta “dialéctica” no podían preverla ni los mismos autores del *Manifiesto*.

3.- El capitalismo es, para el *Manifiesto*, el reino de la libre competencia. Hablando de la creciente concentración del capital, el *Manifiesto* no extrajo aún la necesaria conclusión sobre el monopolio, que ha devenido la forma dominante del capital en nuestra época y la más importante premisa de la economía socialista. Sólo más tarde Marx constató, en *El Capital*, la tendencia a la transformación en monopolio de la libre competencia. La caracterización científica del capitalismo monopolista ha sido hecha por Lenin en su *El imperialismo, fase superior del capitalismo*.

4.- Refiriéndose sobre todo al ejemplo de la “revolución industrial” inglesa, los autores del *Manifiesto* presentaron de forma muy rectilínea el proceso de liquidación de las clases intermedias bajo la forma de una total proletarización de la clase de los artesanos, del pequeño comercio y los campesinos. En realidad, las fuerzas elementales de la competencia están lejos de haber acabado esta obra al mismo tiempo progresista y bárbara. El capital ha arruinado a la pequeña burguesía mucho más aprisa que no la ha proletarizado. Por otra parte, la política consciente del estado burgués intenta, desde hace ya tiempo, conservar artificialmente a las capas pequeño burguesas. El desarrollo de la técnica y la racionalización de la gran producción, a pesar de que engendra un paro orgánico, frenan, por el contrario, la proletarización de la pequeña burguesía. Al mismo tiempo, el desarrollo del capitalismo ha acrecido de forma extraordinaria el ejército de los técnicos, administrativos, empleados de comercio, en una palabra: de todo aquello que se llama “nuevas clases medias”. El resultado ha sido que las clases medias, de las que el *Manifiesto* preveía de forma tan categórica su desaparición, constituyen casi la mitad de la población incluso en países tan intensamente industrializados como Alemania. Pero la conservación artificial de las capas pequeñoburguesas, caducadas desde hace ya mucho tiempo, no atenúa en nada las contradicciones sociales. Muy al contrario: las convierte en particularmente mórbidas. Uniéndose al ejército permanente de parados, esta capa es la expresión más malsana de la *descomposición* del capitalismo.

5.- *El Manifiesto*, concebido para una época revolucionaria, contiene (al final de su segundo capítulo) diez reivindicaciones que se corresponden con el período de la transición inmediata del capitalismo al socialismo. En su prefacio de 1872, Marx y Engels indicaron que estas reivindicaciones habían envejecido y que, en cualquiera caso, únicamente tenían una significación secundaria. Los reformistas se apoderaron de esta apreciación y la interpretaron en el sentido de que las consignas revolucionarias transitorias cedían el lugar definitivamente al "programa mínimo" de la socialdemocracia que, como es sabido, no sale del marco de la democracia burguesa.

En realidad, los autores del *Manifiesto* indicaron de forma muy precisa la principal corrección que había que hacer a su programa de transición, a saber: "la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines." Dicho de otra forma: la corrección se enfrentaba al fetichismo de la democracia burguesa. Al estado capitalista, Marx opone más tarde el estado del tipo de la Comuna. Este "tipo" ha tomado, después, la forma mucho más concreta de los soviets. Hoy en día no puede haber programa revolucionario sin *soviets* ni sin *control obrero*. En cuanto al resto, a las diez reivindicaciones del *Manifiesto*, que en la época de la plácida actividad parlamentaria parecían "arcaicas", han revestido, hasta el presente, toda su importancia. Lo que ha envejecido sin esperanza, por el contrario, ha sido el "programa mínimo" de la socialdemocracia.

6.- Para justificar la esperanza en que "la revolución burguesa alemana... únicamente puede ser que el preludio de la revolución proletaria", *El Manifiesto* invoca las condicionas generales mucho más avanzadas de la civilización europea en relación a la Inglaterra del siglo XVI y a la Francia del siglo XVII y el desarrollo muy superior del proletariado. El error de este pronóstico no consiste únicamente en un error sobre los plazos. Algunos meses más tarde, la revolución de 1848 demostró precisamente que, en la situación de una evolución más avanzada, ninguna de las clases burguesas es capaz de llevar hasta el final la revolución: la gran y media burguesía está demasiado atada a los grandes propietarios de la tierra y muy atenazada a causa del miedo a las masas; la pequeña burguesía está muy dispersa y es muy dependiente, a través de sus dirigentes, de la gran burguesía. Como lo demostró la evolución ulterior en Europa y Asia, la revolución burguesa, tomada aisladamente, no puede realizarse completamente. La purificación de la sociedad de las piltrafas feudales no se puede realizar más que si el proletariado, liberado de la influencia de los partidos burgueses, es capaz de ponerse a la cabeza de los campesinos y de establecer su dictadura revolucionaria. Por eso mismo, la revolución burguesa se anuda con la primera etapa de la revolución socialista para disolverse en seguida. La revolución nacional deviene, así, un anillo de la revolución internacional. La transformación de los fundamentos económicos y de todas las relaciones de la sociedad toma un carácter permanente.

La clara comprensión de la relación orgánica entre la revolución democrática y la dictadura del proletariado y, consiguientemente, con la revolución socialista internacional, constituye una cuestión de vida o muerte para los partidos revolucionarios de los países atrasados de Asia, América Latina y África.

7.- A pesar que *El Manifiesto* señaló cómo el capitalismo atrapa en su remolino a los países atrasados y bárbaros no menciona, sin embargo, la lucha de los pueblos coloniales y semicoloniales por su independencia. En la medida en la que Marx y Engels pensaban que la revolución socialista, "en los países civilizados como mínimo", era cuestión de los años inmediatos, la cuestión de las colonias estaba, a sus ojos, resuelta no como el resultado de un movimiento autónomo de los pueblos oprimidos sino como el resultado de la victoria del proletariado en las metrópolis del capitalismo. Por ello las cuestiones de estrategia revolucionaria en los países coloniales y

semicoloniales ni afloran en *El Manifiesto*. Pero estas cuestiones exigen soluciones particulares. Así, por ejemplo, es muy evidente que si la "patria nacional" ha devenido el peor freno histórico en los países capitalistas desarrollados, continúa siendo un factor relativamente progresista en los países atrasados que se ven obligados a luchar por su existencia e independencia. "Los comunistas [declara *El Manifiesto*] apoyan en todos los países todo movimiento revolucionario contra la orden político y social establecido." El movimiento de las razas de color contra los opresores imperialistas es uno de los movimientos más pujante e importante contra el orden establecido y es por ello que exige el apoyo, sin reticencias, del proletariado de raza blanca. El mérito de haber desarrollado la estrategia revolucionaria de los pueblos oprimidos recae sobre todo en Lenin.

8.- La parte más envejecida de *El Manifiesto* (no en cuanto a su método sino en cuanto al objeto) es la crítica de la literatura "socialista" de la primera mitad del siglo XIX y la definición de la posición de los comunistas frente a los diferentes partidos de la oposición. Las tendencias y partidos enumerados en *El Manifiesto* fueron tan radicalmente borrados por la revolución de 1848, o por la contrarrevolución que le siguió, que la historia ni los menciona ya. No obstante, también en esta parte *El Manifiesto* quizá nos sea hoy en día más próximo que no a la generación anterior. En la época de la prosperidad de la II Internacional, cuando el marxismo parecía reinar sin contestación, las ideas del socialismo de antes de Marx podían ser consideradas como definitivamente superadas. Pero hoy en día no es el caso. La decadencia de la socialdemocracia y de la Internacional Comunista engendra a cada paso monstruosas recidivas ideológicas. El pensamiento senil retrocede, por decirlo así, a la infancia. En la búsqueda de las fórmulas de salvación, los profetas de la época del declive redescubren doctrinas desde hace ya mucho tiempo soterradas por el socialismo científico. En aquello que concierne a la cuestión de los partidos de la oposición, los decenios pasados han aportado los cambios más profundos: no sólo es que los viejos partidos han sido reemplazados desde hace ya mucho tiempo por otros nuevos sino que, además, el mismo carácter de los partidos y de sus relaciones mutuas ha sido radicalmente modificado bajo las condiciones de la época imperialista. Hay que completar, pues, *El Manifiesto* con los documentos de los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista, con la literatura fundamental del bolchevismo y las decisiones de las conferencias de la IV Internacional.

Hemos recordado más arriba que, para Marx, ningún orden social abandona la escena sin haber agotado sus posibilidades. No obstante, el orden social, incluso caduco, no cede el lugar a un nuevo orden sin resistencia. La sucesión de los regímenes sociales supone la lucha de clases más áspera, es decir: la revolución. Si el proletariado, por cualquier razón, demuestra que es incapaz de derribar el orden burgués que sobrevive, al capital financiero, en su lucha por mantener su dominación resquebrajada, no le queda más remedio que transformar a la pequeña burguesía, que ha conducido a la desesperación y la desmoralización, en un ejército de pogromo del fascismo. La degeneración burguesa de la socialdemocracia y la degeneración fascista de la pequeña burguesía están entrelazadas como causa y efecto.

Hoy en día la III Internacional lleva a cabo en todos los países, con más desenfreno aún, su obra de engaño y desmoralización de los trabajadores. Golpeando a la vanguardia del proletariado español, los mercenarios sin escrúpulos de Moscú no sólo abren la vía al fascismo sino que, aún peor, realizan una buena parte de su trabajo. La larga crisis de la revolución internacional, que se transforma, cada vez más, en crisis de la cultura humana, se resume, en el fondo, en la crisis de la dirección revolucionaria.

Heredera de la gran tradición de la que *El Manifiesto del Partido Comunista* es el eslabón más preciado, la IV Internacional educa a nuevos cuadros para realizar las antiguas tareas. La teoría es la realidad generalizada. La voluntad apasionada por refundir la estructura de la realidad social, se expresa en una actitud honesta hacia la teoría revolucionaria. El hecho de que al sur del continente negro, nuestros camaradas de ideas hayan traducido por primera vez *El Manifiesto* a la lengua de los afrikáans bóers, constituye una confirmación clamorosa de que el pensamiento marxista sólo vive hoy en día bajo la bandera de la IV Internacional. El futuro le pertenece. En el centenario de *El Manifiesto Comunista*, la IV Internacional será la fuerza revolucionaria determinante sobre nuestro planeta

Manifiesto del Partido Comunista[2]

I Prólogo de Marx y Engels a la edición alemana de 1872

La Liga Comunista, una organización obrera internacional, que en las circunstancias de la época (huelga decirlo) sólo podía ser secreta, encargó a los abajo firmantes, en el congreso celebrado en Londres en noviembre de 1847, la redacción de un detallado programa teórico y práctico, destinado a la publicidad, que sirviera de programa del partido. Así nació el *Manifiesto* que se reproduce a continuación y cuyo original se remitió a Londres para ser impreso pocas semanas antes de estallar la revolución de febrero. Publicado primeramente en alemán, ha sido reeditado doce veces por lo menos en ese idioma en Alemania, Inglaterra y Norteamérica. La edición inglesa no vio la luz hasta 1850, y se publicó en el *Red Republican* de Londres traducido por miss Helen Macfarlane, y en 1871 se editaron en Norteamérica no menos de tres traducciones distintas. La versión francesa apareció por vez primera en París poco antes de la insurrección de junio de 1848; últimamente ha vuelto a publicarse en *Le Socialiste* de Nueva York, y se prepara una nueva traducción. La versión polaca apareció en Londres poco después de la primera edición alemana. La traducción rusa vio la luz en Ginebra en el año sesenta y tantos. Al danés se tradujo a poco de publicarse.

Por mucho que durante los últimos veinticinco años hayan cambiado las circunstancias, los principios generales desarrollados en este Manifiesto siguen siendo substancialmente exactos. Sólo habría que retocar algún que otro detalle. Ya el propio *Manifiesto* advierte que la aplicación práctica de estos principios dependerá en todas partes y en todo tiempo de las circunstancias históricas existentes, razón por la cual no se hace especial hincapié en las medidas revolucionarias propuestas al final del capítulo II. Si hubiéramos de formularlo hoy, este pasaje presentaría un tenor distinto en muchos respectos. Este programa ha quedado a trozos anticuado por efecto del inmenso desarrollo experimentado por la gran industria en los últimos veinticinco años, con los consiguientes progresos ocurridos en punto a la organización política de la clase obrera y por efecto de las experiencias prácticas, de la revolución de febrero en primer término, y sobre todo de la Comuna de París, donde el proletariado, por vez primera, tuvo el poder político en sus manos por espacio de dos meses. La comuna ha demostrado, principalmente, que "la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del estado en bloque, poniéndola en marcha para sus propios fines". (V. La guerra civil en Francia, alocución del Consejo General de la Asociación Obrera Internacional, edición alemana, pág. 51, donde se desarrolla ampliamente esta idea) (1). Huelga asimismo decir que la crítica de la literatura socialista presenta hoy lagunas, ya que sólo llega hasta 1847, y, finalmente, que las indicaciones que se hacen acerca de la actitud de los comunistas para con los diversos partidos de la oposición (capítulo IV), aunque sigan siendo exactas en sus líneas generales, están también anticuadas en lo que toca al

---

[2] Tomado de "Prólogos de Marx y Engels a varias ediciones del *Manifiesto*" y "Manifiesto del Partido Comunista", en *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, SA, México, 1967, páginas 55-108; en traducción de Wenceslao Roces.

detalle, por la sencilla razón de que la situación política ha cambiado radicalmente y el progreso histórico ha venido a eliminar del mundo a la mayoría de los partidos enumerados. Sin embargo, el *Manifiesto* es un documento histórico, que nosotros no nos creemos ya autorizados a modificar. Tal vez una edición posterior aparezca precedida de una introducción que abarque el período que va desde 1847 hasta los tiempos actuales; la presente reimpresión nos ha sorprendido, sin dejarnos tiempo para eso.

Londres, 24 de junio de 1872
Carlos Marx y Federico Engels

II Prólogo de Engels a la edición alemana de 1883

Desgraciadamente, al pie de este prólogo a la nueva edición del *Manifiesto* ya sólo aparecerá mi firma. Marx, ese hombre a quien la clase obrera toda de Europa y América debe más que a hombre alguno, descansa en el cementerio de Highgate, y sobre su tumba crece ya la primera hierba. Muerto él, sería doblemente absurdo pensar en revisar ni en adicionar el *Manifiesto*. En cambio, créome obligado, ahora más que nunca, a consignar aquí una vez más, para que quede bien patente , la siguiente afirmación:

La idea cardinal que inspira todo el Manifiesto, a saber: que el régimen económico de la producción y la estructuración social que de él se deriva necesariamente en cada época histórica constituye la base sobre la cual se asienta la historia política e intelectual de esa época, y que, por tanto, toda la historia de la sociedad (una vez disuelto el primitivo régimen de comunidad del suelo) es una historia de luchas de clases, de luchas entre clases explotadoras y explotadas, dominantes y dominadas, a tono con las diferentes fases del proceso social, hasta llegar a la fase presente, en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (de la burguesía) sin emancipar para siempre a la sociedad entera de la opresión, la explotación y las luchas de clases; esta idea cardinal fue fruto personal y exclusivo de Marx[3].

Y aunque ya no es la primera vez que lo hago constar, me ha parecido oportuno dejarlo estampado aquí, a la cabeza del *Manifiesto*.

Londres, 28 junio 1883
Federico Engels

III Prólogo de Federico Engels a la edición alemana de 1890

Ve la luz una nueva edición alemana del *Manifiesto* cuando han ocurrido desde la última diversos sucesos relacionados con este documento que merecen ser mencionados aquí.

---

[3] "A esta idea [añado en el prólogo a la traducción inglesa], que en mi opinión está llamada a inaugurar en la ciencia histórica el mismo progreso que la teoría de Darwin llevó a las ciencias naturales, nos habíamos ido acercando ya ambos poco a poco, varios años antes de 1845. Mi obra sobre la *Situación de la clase obrera en Inglaterra* revela los progresos hechos por mí personalmente en esa dirección. Pero cuando, en la primavera de 1845, volví a reunirme con Marx en Bruselas, ya él había desarrollado perfectamente esa idea y me la expuso en términos casi tan claros y precisos como los que dejo resumidos más arriba." (F.E.)

En 1882 se publicó en Ginebra una segunda traducción rusa, de Vera Sasulich[4], precedida de un prólogo de Marx y mío. Desgraciadamente, se me ha extraviado el original alemán de este prólogo y no tengo más remedio que retraducirlo del ruso, con lo que el lector no saldrá ganando nada. El prólogo dice así:

"La primera edición rusa del *Manifiesto del Partido Comunista*, traducido por Bakunin, vio la luz poco después de 1860 en la imprenta del *Kolokol*. En los tiempos que corrían, esta publicación no podía tener para Rusia, a lo sumo, más que un puro valor literario de curiosidad. Hoy las cosas han cambiado. El último capítulo del *Manifiesto*, titulado "Actitud de los comunistas ante los otros partidos de la oposición", demuestra mejor que nada lo limitada que era la zona en que, al ver la luz por vez primera este documento (enero de 1848), tenía que actuar el movimiento proletario. En esa zona faltaban, principalmente, dos países: Rusia y los Estados Unidos. Era la época en que Rusia constituía la última reserva magna de la reacción europea y en que la emigración a los Estados Unidos absorbía las energías sobrantes del proletariado de Europa. Ambos países proveían a Europa de primeras materias, a la par que le brindaban mercados para sus productos industriales. Ambos venían a ser, pues, bajo uno u otro aspecto, pilares del orden social europeo.

Hoy las cosas han cambiado radicalmente. La emigración europea sirvió precisamente para imprimir ese gigantesco desarrollo a la agricultura norteamericana, cuya concurrencia está minando los cimientos de la grande y la pequeña propiedad inmueble de Europa. Además, ha permitido a los Estados Unidos entregarse a la explotación de sus copiosas fuentes industriales con tal energía y en proporciones tales, que dentro de poco echará por tierra el monopolio industrial de que hoy disfruta la Europa occidental. Estas dos circunstancias repercuten a su vez revolucionariamente sobre la propia América. La pequeña y mediana propiedad del granjero que trabaja su propia tierra sucumbe progresivamente ante la concurrencia de las grandes explotaciones, a la par que en las regiones industriales empieza a formarse un copioso proletariado y una fabulosa concentración de capitales.

Pasemos ahora a Rusia Durante la sacudida revolucionaria de los años 48 y 49, los monarcas europeos, y no sólo los monarcas, sino también los burgueses, aterrados ante el empuje del proletariado, que empezaba a cobrar por aquel entonces conciencia de su fuerza, cifraban en la intervención rusa todas sus esperanzas. El zar fue proclamado cabeza de la reacción europea. Hoy, este mismo zar se ve apresado en Gatchina como rehén de la revolución y Rusia forma la avanzada del movimiento revolucionario de Europa.

El *Manifiesto Comunista* se proponía por misión proclamar la desaparición inminente e inevitable de la propiedad burguesa en su estado actual. Pero en Rusia nos encontramos con que, coincidiendo con el orden capitalista en febril desarrollo y la propiedad burguesa del suelo que empieza apenas a formarse más de la mitad de la tierra es propiedad común de los campesinos.

---

[4] Advierte Riazanov, en su edición comentada del *Manifiesto*, que Engels incurre aquí en un error, pues la traducción rusa publicada en Ginebra en 1882 fue obra de Plejánov y no de Vera Sasulich. La traducción de Bakunin habíase publicado en 1870. El prólogo a la edición de Plejánov fue escrito pocos meses antes de ser asesinado Alejandro II.
Por aquellos días había alcanzado el apogeo de su popularidad la organización terrorista Narodnaya Volya ("Voluntad del Pueblo"). Alejandro III, hijo segundo del emperador asesinado, se encerró en su palacio de Gatchina y aplazó indefinidamente la ceremonia de su "solemne coronación". Hasta los años de 1883 y 1884 no se evidenció que aquel magno triunfo del partido terrorista abrigaba su ruina, pues la vanguardia del movimiento revolucionario de Europa resultó ser (por lo menos en lo tocante a su país nativo) un pelotón de vanguardia sin un ejército detrás, e insuficiente, como es lógico, para vencer en la heroica batalla contra el zarismo ruso.

Ahora bien (nos preguntamos), ¿puede este régimen comunal del concejo ruso, que es ya, sin duda, una degeneración del régimen de comunidad primitiva de la tierra, trocarse directamente en una forma más alta de comunismo del suelo, o tendrá que pasar necesariamente por el mismo proceso previo de descomposición que nos revela la historia del occidente de Europa?

La única contestación que, hoy por hoy, cabe dar a esa pregunta es la siguiente: Si la revolución rusa es la señal para la revolución obrera de Occidente y ambas se completan formando una unidad, podría ocurrir que ese régimen comunal ruso fuese el punto de partida para la implantación de una nueva forma comunista de la tierra.

Londres, 21 enero 1882”

Por aquellos mismos días se publicó en Ginebra una nueva traducción polaca con este título: *Manifest Kommunistyczny*.

Asimismo ha aparecido una nueva traducción danesa, en la Socialdemokratisk Bibliothek, Kojbenhavn 1885. Es de lamentar que esta traducción sea incompleta; el traductor se saltó, por lo visto, aquellos pasajes, importantes muchos de ellos, que le parecieron difíciles; además, la versión adolece de precipitaciones en una serie de lugares, y es una lástima, pues se ve que, con un poco más de cuidado, su autor habría realizado un trabajo excelente.

En 1886 apareció en *Le Socialiste* de París una nueva traducción francesa, la mejor de cuantas han visto la luz hasta ahora[5].

Sobre ella se hizo en el mismo año una versión española, publicada primero en *El Socialista* de Madrid y luego, en tirada aparte, con este título: *Manifiesto del Partido Comunista*, por Carlos Marx y F. Engels (Madrid, Administración de *El Socialista*, Hernán Cortés, 8).

Como detalle curioso contaré que en 1887 fue ofrecido a un editor de Constantinopla el original de una traducción armenia; pero el buen editor no se atrevió a lanzar un folleto con el nombre de Marx a la cabeza y propuso al traductor publicarlo como obra original suya, a lo que éste se negó.

Después de haberse reimpreso repetidas veces varias traducciones norteamericanas más o menos incorrectas, al fin, en 1888, apareció en Inglaterra la primera versión auténtica, hecha por mi amigo Samuel Moore y revisada por él y por mí antes de darla a las prensas. He aquí el título: *Manifesto of the Communist Party*, by Karl Marx and Frederick Engels, Authorised English Translation, edited and annotated by Frederick Engels. 1888, London, William Reeves, 185 Flett St. E. C. Algunas de las notas de esta edición acompañan a la presente.

El *Manifiesto* ha tenido sus vicisitudes. Calurosamente acogido a su aparición por la vanguardia, entonces poco numerosa, del socialismo científico (como lo demuestran las diversas traducciones mencionadas en el primer prólogo), no tardó en pasar a segundo plano, arrinconado por la reacción que se inicia con la derrota de los obreros parisienses en junio de 1848 y anatematizado, por último, con el anatema de la justicia al ser condenados los comunistas por el tribunal de Colonia en noviembre de 1852. Al abandonar la escena pública el movimiento obrero que la revolución de febrero había iniciado, queda también envuelto en la penumbra el *Manifiesto*.

Cuando la clase obrera europea volvió a sentirse lo bastante fuerte para lanzarse de nuevo al asalto contra las clases gobernantes, nació la Asociación Obrera Internacional. El fin de esta organización era fundir todas las masas obreras militantes de Europa y América en un gran cuerpo de ejército. Por eso este movimiento no podía

[5] Esta versión francesa era obra de Laura [Marx] y Pablo Lafargue.

arrancar de los principios sentados en el *Manifiesto*. No había más remedio que darle un programa que no cerrase el paso a las tradeuniones inglesas, a los proudhonianos franceses, belgas, italianos y españoles ni a los partidarios de Lassalle en Alemania[6]. Este programa, con las normas directivas para los estatutos de la Internacional, fue redactado por Marx con una maestría que hasta el propio Bakunin y los anarquistas hubieron de reconocer. En cuanto al triunfo final de las tesis del *Manifiesto*, Marx ponía toda su confianza en el desarrollo intelectual de la clase obrera, fruto obligado de la acción conjunta y de la discusión. Los sucesos y vicisitudes de la lucha contra el capital, y más aún las derrotas que las victorias, no podían menos de revelar al proletariado militante, en toda su desnudez, la insuficiencia de los remedios milagreros que venían empleando e infundir a sus cabezas una mayor claridad de visión para penetrar en las verdaderas condiciones que habían de presidir la emancipación obrera. Marx no se equivocaba. Cuando en 1874 se disolvió la Internacional, la clase obrera difería radicalmente de aquella con que se encontrara al fundarse en 1864. En los países latinos, el proudhonianismo agonizaba, como en Alemania lo que había de específico en el partido de Lassalle, y hasta las mismas tradeuniones inglesas, conservadoras hasta la medula, cambiaban de espíritu, permitiendo al presidente de su congreso, celebrado en Swansea en 1887, decir en nombre suyo: "El socialismo continental ya no nos asusta." Y en 1887 el socialismo continental se cifraba casi en los principios proclamados por el *Manifiesto*. La historia de este documento refleja, pues, hasta cierto punto, la historia moderna del movimiento obrero desde 1848. En la actualidad es indudablemente el documento más extendido e internacional de toda la literatura socialista del mundo, el programa que une a muchos millones de trabajadores de todos los países, desde Siberia hasta California.

Y sin embargo, cuando este *Manifiesto* vio la luz, no pudimos bautizarlo de *Manifiesto socialista*. En 1847, el concepto de "socialista" abarcaba dos categorías de personas. Unas eran las que abrazaban diversos sistemas utópicos, y entre ellas se destacaban los owenistas en Inglaterra, y en Francia los fourieristas, que poco a poco habían ido quedando reducidos a dos sectas agonizantes. En la otra formaban los charlatanes sociales de toda laya, los que aspiraban a remediar las injusticias de la sociedad con sus potingues mágicos y con toda serie de remiendos, sin tocar en lo más mínimo, claro está, al capital ni a la ganancia. Gentes unas y otras ajenas al movimiento obrero, que iban a buscar apoyo para sus teorías a las clases "cultas". El sector obrero que, convencido de la insuficiencia y superficialidad de las meras conmociones políticas, reclamaba una radical transformación de la sociedad, apellidábase *comunista*. Era un comunismo toscamente delineado, instintivo, vago, pero lo bastante pujante para engendrar dos sistemas utópicos: el del "ícaro" Cabet en Francia y el de Weitling en Alemania. En 1847, el "socialismo" designaba un movimiento burgués, el "comunismo" un movimiento obrero. El socialismo era, a lo menos en el continente, una doctrina presentable en los salones; el comunismo, todo lo contrario. Y como en nosotros era ya entonces firme la convicción de que "la emancipación de los trabajadores sólo podía ser obra de la propia clase obrera", no podíamos dudar en la elección de título. Más tarde no se nos pasó nunca por las mientes tampoco el modificarlo.

"¡Proletarios de todos los países, uníos!" Cuando hace cuarenta y dos años lanzamos al mundo estas palabras, en vísperas de la primera revolución de París, en que

[6] Lassalle, en sus relaciones personales con nosotros, se decía siempre "discípulo de Marx", pisando, por tanto, como es lógico, en el terreno del Manifiesto. Otra cosa acontecía con aquellos partidarios suyos que no hacían más que dar vueltas en torno al postulado de las cooperativas de producción con crédito del estado y que dividían a la clase obrera en dos categorías: los que abrazaban la ayuda del estado y los defensores de la autoayuda. (F. E.)

el proletariado levantó ya sus propias reivindicaciones, fueron muy pocas las voces que contestaron. Pero el 28 de septiembre de 1864, los representantes proletarios de la mayoría de los países del occidente de Europa se reunían para formar la Asociación Obrera Internacional, de tan glorioso recuerdo. Y aunque la Internacional sólo tuviese nueve años de vida, el lazo perenne de unión entre los proletarios de todos los países sigue viviendo con más fuerza que nunca; así lo atestigua, con testimonio irrefutable, el día de hoy. Hoy, Primero de Mayo, el proletariado europeo y americano pasa revista por vez primera a sus contingentes puestos en pie de guerra como un ejército único, unido bajo una sola bandera y concentrado en un objetivo: la jornada normal de ocho horas, que ya proclamara la Internacional en el congreso de Ginebra en 1889, y que es menester elevar a ley. El espectáculo del día de hoy abrirá los ojos a los capitalistas y a los grandes terratenientes de todos los países y les hará ver que la unión de los proletarios del mundo es ya un hecho.

¡Ya Marx no vive, para verlo, a mi lado!

Londres, 1 de mayo de 1890
Federico Engels

IV Prólogo de Federico Engels a la edición polaca de 1892

La necesidad de reeditar la versión polaca del *Manifiesto Comunista* requiere un comentario.

Ante todo, el *Manifiesto* ha resultado ser, como se lo proponía, un medio para poner de relieve el desarrollo de la gran industria en Europa. Cuando en un país, cualquiera que él sea, se desarrolla la gran industria, brota al mismo tiempo entre los obreros industriales el deseo de explicarse sus relaciones como clase, como la clase de los que viven del trabajo, con la clase de los que viven de la propiedad. En estas circunstancias, las ideas socialistas se extienden entre los trabajadores y crece la demanda del *Manifiesto Comunista*. En este sentido, el número de ejemplares del Manifiesto que circulan en un idioma dado nos permite apreciar bastante aproximadamente no sólo las condiciones del movimiento obrero de clase en ese país, sino también el grado de desarrollo alcanzado en él por la gran industria. La necesidad de hacer una nueva edición en lengua polaca acusa, por tanto, el continuo proceso de expansión de la industria en Polonia. No puede caber duda acerca de la importancia de este proceso en el transcurso de los diez años que han mediado desde la aparición de la edición anterior. Polonia se ha convertido en una región industrial en gran escala bajo la égida del estado ruso.

Mientras que en la Rusia propiamente dicha la gran industria sólo se ha ido manifestando esporádicamente (en las costas del golfo de Finlandia, en las provincias centrales de Moscú y Vladimiro, a lo largo de las costas del mar Negro y del mar de Azov), la industria polaca se ha concentrado dentro de los confines de un área limitada, experimentando a la par las ventajas y los inconvenientes de su situación. Estas ventajas no pasan inadvertidas para los fabricantes rusos; por eso alzan el grito pidiendo aranceles protectores contra las mercancías polacas, a despecho de su ardiente anhelo de rusificación de Polonia. Los inconvenientes (que tocan por igual los industriales polacos y el gobierno ruso) consisten en la rápida difusión de las ideas socialistas entre los obreros polacos y en una demanda sin precedente del *Manifiesto Comunista*.

El rápido desarrollo de la industria polaca (que deja atrás con mucho a la de Rusia) es una clara prueba de las energías vitales inextinguibles del pueblo polaco y una nueva garantía de su futuro renacimiento. La creación de una Polonia fuerte e

independiente no interesa sólo al pueblo polaco, sino a todos y cada uno de nosotros. Sólo podrá establecerse una estrecha colaboración entre los obreros todos de Europa si en cada país el pueblo es dueño dentro de su propia casa. Las revoluciones de 1848 que, aunque reñidas bajo la bandera del proletariado, solamente llevaron a los obreros a la lucha para sacar las castañas del fuego a la burguesía, acabaron por imponer, tomando por instrumento a Napoleón y a Bismarck (a los enemigos de la revolución), la independencia de Italia, Alemania y Hungría. En cambio, a Polonia, que en 1791 hizo por la causa revolucionaria más que estos tres países juntos, se la dejó sola cuando en 1863 tuvo que enfrentarse con el poder diez veces más fuerte de Rusia.

La nobleza polaca ha sido incapaz para mantener, y lo será también para restaurar, la independencia de Polonia. La burguesía va sintiéndose cada vez menos interesada en este asunto. La independencia polaca sólo podrá ser conquistada por el proletariado joven, en cuyas manos está la realización de esta esperanza. He ahí por qué los obreros del occidente de Europa no están menos interesados en la liberación de Polonia que los obreros polacos mismos.

Londres, 10 de febrero 1892

V Prólogo de Federico Engels a la edición italiana de 1893

La publicación del *Manifiesto del Partido Comunista* coincidió (si puedo expresarme así) con el momento en que estallaban las revoluciones de Milán y de Berlín, dos revoluciones que eran el alzamiento de dos pueblos: uno enclavado en el corazón del continente europeo y el otro tendido en las costas del mar Mediterráneo. Hasta ese momento, estos dos pueblos, desgarrados por luchas intestinas y guerras civiles, habían sido presa fácil de opresores extranjeros. Y del mismo modo que Italia estaba sujeta al dominio del emperador de Austria, Alemania vivía, aunque esta sujeción fuese menos patente, bajo el yugo del zar de todas las Rusias. La revolución de 18 de marzo emancipó a Italia y Alemania al mismo tiempo de este vergonzoso estado de cosas. Si después, durante el período que va de 1848 a 1871, estas dos grandes naciones permitieron que la vieja situación fuese restaurada, haciendo hasta cierto punto de "traidores de sí mismas", se debió (como dijo Carlos Marx) a que los mismos que habían inspirado la revolución de 1848 se convirtieron, a despecho suyo, en sus verdugos.

La revolución fue en todas partes obra de las clases trabajadoras: fueron los obreros quienes levantaron las barricadas y dieron sus vidas luchando por la causa. Sin embargo, solamente los obreros de París, después de derribar el gobierno, tenían la firme y decidida intención de derribar con él a todo el régimen burgués. Pero, aunque abrigaban una conciencia muy clara del antagonismo irreductible que se alzaba entre su propia clase y la burguesía, el desarrollo económico del país y el desarrollo intelectual de las masas obreras francesas no habían alcanzado todavía el nivel necesario para que pudiese triunfar una revolución socialista. Por eso, a la postre, los frutos de la revolución cayeron en el regazo de la clase capitalista. En otros países, como en Italia, Austria y Alemania, los obreros se limitaron desde el primer momento de la revolución a ayudar a la burguesía a tomar el poder. En cada uno de estos países el gobierno de la burguesía sólo podía triunfar bajo la condición de la independencia nacional. Así se explica que las revoluciones del año 1848 condujesen inevitablemente a la unificación de los pueblos dentro de las fronteras nacionales y a su emancipación del yugo extranjero, condiciones que, hasta allí, no habían disfrutado. Estas condiciones son hoy

realidad en Italia, en Alemania y en Hungría. Y a estos países seguirá Polonia cuando la hora llegue.

Aunque las revoluciones de 1848 no tenían carácter socialista, prepararon, sin embargo, el terreno para el advenimiento de la revolución del socialismo. Gracias al poderoso impulso que estas revoluciones imprimieron a la gran producción en todos los países, la sociedad burguesa ha ido creando durante los últimos cuarenta y cinco años un vasto, unido y potente proletariado, engendrando con él (como dice el *Manifiesto Comunista*) a sus propios enterradores. La unificación internacional del proletariado no hubiera sido posible, ni la colaboración sobria y deliberada de estos países en el logro de fines generales, si antes no hubiesen conquistado la unidad y la independencia nacionales, si hubiesen seguido manteniéndose dentro del aislamiento.

Intentemos representamos, si podemos, el papel que hubieran hecho los obreros italianos, húngaros, alemanes, polacos y rusos luchando por su unión internacional bajo las condiciones políticas que prevalecían hacia el año 1848.

Las batallas reñidas en el 48 no fueron, pues, reñidas en balde. Ni han sido vividos tampoco en balde los cuarenta y cinco años que nos separan de la época revolucionaría. Los frutos de aquellos días empiezan a madurar, y hago votos porque la publicación de esta traducción italiana del *Manifiesto* sea heraldo del triunfo del proletariado italiano, como la publicación del texto primitivo lo fue de la revolución internacional. El Manifiesto rinde el debido homenaje a los servicios revolucionarios prestados en otro tiempo por el capitalismo. Italia fue la primera nación que se convirtió en país capitalista. El ocaso de la Edad Media feudalista y la aurora de la época capitalista contemporánea vieron aparecer en escena una figura gigantesca... El Dante fue al mismo tiempo el último poeta de la Edad Media y el primer poeta de la era nueva. Hoy, como en 1300, se alza en el horizonte una nueva época. ¿Dará Italia al mundo otro Dante, capaz de cantar el nacimiento de la nueva era, de la era proletaria?

Londres, 1 de febrero de 1893

Manifiesto del Partido Comunista

Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo. Contra este espectro se han conjurado en santa jauría todas las potencias de la vieja Europa, el Papa y el zar, Metternich y Guizot, los radicales franceses y los polizontes alemanes (1).

No hay un solo partido de oposición a quien los adversarios gobernantes no motejen de comunista, ni un solo partido de oposición que no lance al rostro de las oposiciones más avanzadas, lo mismo que a los enemigos reaccionarios, la acusación estigmatizante de comunismo.

De este hecho se desprenden dos consecuencias:

La primera es que el comunismo se halla ya reconocido como una potencia por todas las potencias europeas.

La segunda, que es ya hora de que los comunistas expresen a la luz del día y ante el mundo entero sus ideas, sus tendencias, sus aspiraciones, saliendo así al paso de esa leyenda del espectro comunista con un manifiesto de su partido.

Con este fin se han congregado en Londres[7] los representantes comunistas de diferentes países y redactado el siguiente Manifiesto, que aparecerá en lengua inglesa, francesa, alemana, italiana, flamenca y danesa.

[7] En el Segundo Congreso de la Liga Comunista [Liga de los Comunistas], reunido del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847.

I Burgueses y proletarios

Toda la historia de la sociedad humana, hasta el día[8], es una historia de luchas de clases (2).

Libres y esclavos, patricios y plebeyos, barones y siervos de la gleba, maestros y oficiales; en una palabra, opresores y oprimidos, frente a frente siempre, empeñados en una lucha ininterrumpida, velada unas veces, y otras franca y abierta, en una lucha que conduce en cada etapa a la transformación revolucionaria de todo el régimen social o al exterminio de ambas clases beligerantes.

En los tiempos históricos nos encontramos a la sociedad dividida casi por doquier en una serie de estamentos, dentro de cada uno de los cuales reina, a su vez, una nueva jerarquía social de grados y posiciones. En la Roma antigua son los patricios, los équites, los plebeyos, los esclavos; en la Edad Media, los señores feudales, los vasallos, los maestros y los oficiales de los gremios, los siervos de la gleba, y dentro de cada una de esas clases todavía nos encontramos con nuevos matices y gradaciones.

La moderna sociedad burguesa que se alza sobre las ruinas de la sociedad feudal no ha abolido los antagonismos de clase. Lo que ha hecho ha sido crear nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas modalidades de lucha, que han venido a sustituir a las antiguas.

Sin embargo, nuestra época, la época de la burguesía, se caracteriza por haber simplificado estos antagonismos de clase. Hoy, toda la sociedad tiende a separarse, cada vez más abiertamente, en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases antagónicas: la burguesía y el proletariado.

De los siervos de la gleba de la Edad Media surgieron los "villanos" de las primeras ciudades; y estos villanos fueron el germen de donde brotaron los primeros elementos de la burguesía.

El descubrimiento de América, la circunnavegación de África abrieron nuevos horizontes e imprimieron nuevo impulso a la burguesía. El mercado de China y de las Indias orientales, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio y de las mercaderías en general, dieron al comercio, a la navegación, a la industria, un empuje jamás conocido, atizando con ello el elemento revolucionario que se escondía en el seno de la sociedad feudal en descomposición (3).

El régimen feudal o gremial de producción que seguía imperando no bastaba ya para cubrir las necesidades que abrían los nuevos mercados. Vino a ocupar su puesto la manufactura. Los maestros de los gremios viéronse desplazados por la clase media

---

[8] Es decir, hablando en términos precisos, toda la historia escrita. En 1847, la prehistoria de la sociedad, la organización social que precedió a la historia escrita, era casi totalmente desconocida. Posteriormente vinieron las investigaciones de Haxthausen a descubrir la propiedad colectiva de la tierra en Rusia; Maurer demostró que ese régimen de propiedad fue el tronco social de donde se derivaron históricamente todas las ramas alemanas, y poco a poco fue descubriéndose que los municipios campesinos organizados en régimen de propiedad colectiva del suelo habían sido la forma primitiva de la sociedad, desde la India hasta Irlanda. Por último, las investigaciones de Morgan, coronadas por el descubrimiento del verdadero carácter de la *gens* y de su posición dentro de la tribu, pusieron al desnudo, en su forma típica, la organización interna de esta sociedad comunista originaria. Al disolverse estas comunidades primitivas es cuando comienza a escindirse la sociedad en clases especiales, enfrentadas las unas con las otras. (Nota de F. E., adicionada en 1890)

industrial, y la división del trabajo entre las diversas corporaciones fue suplantada por la división del trabajo dentro de cada taller (4).

Pero los mercados seguían dilatándose, las necesidades seguían creciendo. Ya no bastaba tampoco la manufactura. El invento del vapor y la maquinaria vinieron a revolucionar el régimen industrial de producción. La manufactura cedió el puesto a la gran industria moderna, y la clase media industrial hubo de dejar paso a los magnates de la industria, jefes de grandes ejércitos industriales, a los burgueses modernos.

La gran industria creó el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial imprimió un gigantesco impulso al comercio, a la navegación, a las comunicaciones por tierra. A su vez, estos progresos redundaron considerablemente en provecho de la industria, y en la misma proporción en que se dilataban la industria, el comercio, la navegación, los ferrocarriles, desarrollábase la burguesía, crecían sus capitales, iba desplazando y esfumando a todas las clases heredadas de la Edad Media (5).

Vemos, pues, que la moderna burguesía es, como lo fueron en su tiempo las otras clases, producto de un largo proceso histórico, fruto de una serie de transformaciones radicales operadas en el régimen de cambio y de producción.

A cada etapa de avance recorrida por la burguesía corresponde una nueva etapa de progreso político. Clase oprimida bajo el mando de los señores feudales, la burguesía forma en la "comuna"[9] una asociación autónoma y armada para la defensa de sus intereses; en unos sitios se organiza en repúblicas municipales independientes; en otros forma el tercer estado tributario de las monarquías; en la época de la manufactura es el contrapeso de la nobleza dentro de la monarquía feudal o absoluta y el fundamento de las grandes monarquías en general, hasta que, por último, implantada la gran industria y abiertos los cauces del mercado mundial, se conquista la hegemonía política y crea el moderno estado representativo. Hoy, el poder público viene a ser, pura y simplemente, el consejo de administración que rige los intereses colectivos de la clase burguesa (6).

La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario.

Dondequiera que se instauró echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innúmeras libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación (7).

La burguesía despojó de su halo de santidad a todo lo que antes se tenía por venerable y digno de piadoso acatamiento. Convirtió en sus servidores asalariados al médico, al jurista, al poeta, al sacerdote, al hombre de ciencia.

La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares[10].

---

[9] Así llamaban los habitantes de las ciudades de Italia y Francia a sus municipios, después de arrancar a sus señores feudales, comprándoselos o por la fuerza, sus primeros atributos de autonomía. (F.E.)

[10] Cfr. Marx, *Zur Judenfrage*, 1844: "El dinero humilla a todos los dioses del hombre y los convierte en una mercancía… Hasta el mismo amor, la relación entre hombre y mujer, se trueca en un objeto comerciable."

La burguesía vino a demostrar que aquellos alardes de fuerza bruta que la reacción tanto admira en la Edad Media tenían su complemento cumplido en la haraganería más indolente. Hasta que ella no lo reveló no supimos cuánto podía dar de sí el trabajo del hombre. La burguesía ha producido maravillas mucho mayores que las pirámides de Egipto, los acueductos romanos y las catedrales góticas; ha acometido y dado cima a empresas mucho más grandiosas que las emigraciones de los pueblos y las cruzadas.

La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. Lo contrario de cuantas clases sociales la precedieron, que tenían todas por condición primaria de vida la intangibilidad del régimen de producción vigente. La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inconmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás (8).

La necesidad de encontrar mercados espolea a la burguesía de una punta a otra del planeta. Por todas partes anida, en todas partes construye, por doquier establece relaciones (9).

La burguesía, al explotar el mercado mundial, da a la producción y al consumo de todos los países un sello cosmopolita. Entre los lamentos de los reaccionarios destruye los cimientos nacionales de la industria. Las viejas industrias nacionales se vienen a tierra, arrolladas por otras nuevas, cuya instauración es problema vital para todas las naciones civilizadas; por industrias que ya no transforman como antes las materias primas del país, sino las traídas de los climas más lejanos y cuyos productos encuentran salida no sólo dentro de las fronteras, sino en todas las partes del mundo. Brotan necesidades nuevas que ya no bastan a satisfacer, como en otro tiempo, los frutos del país, sino que reclaman para su satisfacción los productos de tierras remotas. Ya no reina aquel mercado local y nacional que se bastaba a sí mismo y donde no entraba nada de fuera; ahora, la red del comercio es universal y en ella entran, unidas por vínculos de interdependencia, todas las naciones. Y lo que acontece con la producción material, acontece también con la del espíritu. Los productos espirituales de las diferentes naciones vienen a formar un acervo común. Las limitaciones y peculiaridades del carácter nacional van pasando a segundo plano, y las literaturas locales y nacionales confluyen todas en una literatura universal (10).

La burguesía, con el rápido perfeccionamiento de todos los medios de producción, con las facilidades increíbles de su red de comunicaciones, lleva la civilización hasta a las naciones más salvajes. La baratura de sus mercancías es la artillería pesada con la que derrumba todas las murallas de la China, con la que obliga a capitular a las tribus bárbaras más ariscas en su odio contra el extranjero. Obliga a todas las naciones a abrazar el régimen de producción de la burguesía o perecer; las obliga a implantar en su propio seno la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. Crea un mundo hecho a su imagen y semejanza (11).

La burguesía somete el campo al imperio de la ciudad. Crea ciudades enormes, intensifica la población urbana en una fuerte proporción respecto a la campesina y arranca a una parte considerable de la gente del campo al cretinismo de la vida rural. Y del mismo modo que somete el campo a la ciudad, somete los pueblos bárbaros y

semibárbaros a las naciones civilizadas, los pueblos campesinos a los pueblos burgueses, el Oriente al Occidente (12).

La burguesía va aglutinando cada vez más los medios de producción, la propiedad y los habitantes del país. Aglomera la población, centraliza los medios de producción y concentra en manos de unos cuantos la propiedad. Este proceso tenía que conducir, por fuerza lógica, a un régimen de centralización política. Territorios antes independientes, apenas aliados, con intereses distintos, distintas leyes, gobiernos autónomos y líneas aduaneras propias, se asocian y refunden en una nación única, bajo un gobierno, una ley, un interés nacional de clase y una sola línea aduanera (13).

En el siglo corto que lleva de existencia como clase soberana, la burguesía ha creado energías productivas mucho más grandiosas y colosales que todas las pasadas generaciones juntas. Basta pensar en el sojuzgamiento de las fuerzas naturales por la mano del hombre, en la maquinaria, en la aplicación de la química a la industria y la agricultura, en la navegación de vapor, en los ferrocarriles, en el telégrafo eléctrico, en la roturación de continentes enteros, en los ríos abiertos a la navegación, en los nuevos pueblos que brotaron de la tierra como por ensalmo... ¿Quién, en los pasados siglos, pudo sospechar siquiera que en el regazo de la sociedad fecundada por el trabajo del hombre yaciesen soterradas tantas y tales energías y elementos de producción? (14)

Hemos visto que los medios de producción y de transporte sobre los cuales se desarrolló la burguesía brotaron en el seno de la sociedad feudal. Cuando estos medios de transporte y de producción alcanzaron una determinada fase en su desarrollo, resultó que las condiciones en que la sociedad feudal producía y comerciaba, la organización feudal de la agricultura y la manufactura, en una palabra, el régimen feudal de la propiedad, no correspondían ya al estado progresivo de las fuerzas productivas. Obstruían la producción en vez de fomentarla. Habíanse convertido en otras tantas trabas para su desenvolvimiento. Era menester hacerlas saltar, y saltaron.

Vino a ocupar su puesto la libre concurrencia, con la constitución política y social a ella adecuada, en la que se revelaba ya la hegemonía económica y política de la clase burguesa.

Pues bien: ante nuestros ojos se desarrolla hoy un espectáculo semejante. Las condiciones de producción y de cambio de la burguesía, el régimen burgués de la propiedad, la moderna sociedad burguesa, que ha sabido hacer brotar como por encanto tan fabulosos medios de producción y de transporte, recuerda al brujo impotente para dominar los espíritus subterráneos que conjuró. Desde hace varias décadas la historia de la industria y del comercio no es más que la historia de las modernas fuerzas productivas que se rebelan contra el régimen vigente de producción, contra el régimen de la propiedad, donde residen las condiciones de vida y de predominio político de la burguesía. Basta mencionar las crisis comerciales, cuya periódica reiteración supone un peligro cada vez mayor para la existencia de la sociedad burguesa toda. Las crisis comerciales, además de destruir una gran parte de los productos elaborados, aniquilan una parte considerable de las fuerzas productivas existentes. En esas crisis se desata una epidemia social que a cualquiera de las épocas anteriores hubiera parecido absurda e inconcebible: la epidemia de la superproducción. La sociedad se ve retrotraída repentinamente a un estado de barbarie momentánea; diríase que una plaga de hambre o una gran guerra aniquiladora la han dejado esquilmada, sin recursos para subsistir; la industria, el comercio están a punto de perecer.

¿Y todo por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados recursos, demasiada industria, demasiado comercio. Las fuerzas productivas de que dispone no sirven ya para fomentar el régimen burgués de la propiedad; son ya demasiado poderosas para servir a este régimen, que embaraza su desarrollo. Y tan

pronto como logran vencer este obstáculo, siembran el desorden en la sociedad burguesa, amenazan dar al traste con el régimen burgués de la propiedad. Las condiciones sociales burguesas resultan ya demasiado angostas para abarcar la riqueza por ellas engendrada. ¿Cómo se sobrepone a las crisis la burguesía? De dos maneras: destruyendo violentamente una gran masa de fuerzas productivas y conquistándose nuevos mercados, a la par que procurando explotar más concienzudamente los mercados antiguos. Es decir, que remedia unas crisis preparando otras más extensas e imponentes y mutilando los medios de que dispone para precaverlas (15).

Las armas con que la burguesía derribó al feudalismo se vuelven ahora contra ella.

Y la burguesía no sólo forja las armas que han de darle la muerte, sino que, además, pone en pie a los hombres llamados a manejarlas: estos hombres son los obreros, los proletarios.

En la misma proporción en que se desarrolla la burguesía, es decir, el capital, desarróllase también el proletariado, esa clase obrera moderna que sólo puede vivir encontrando trabajo y que sólo encuentra trabajo en la medida en que éste alimenta e incrementa el capital. El obrero, obligado a venderse a trozos, es una mercancía como otra cualquiera, sujeta, por tanto, a todos los cambios y modalidades de la concurrencia, a todas las fluctuaciones del mercado (16).

La extensión de la maquinaria y la división del trabajo quitan a éste, en el régimen proletario actual, todo carácter autónomo, toda libre iniciativa y todo encanto para el obrero (17). El trabajador se convierte en un simple resorte de la máquina, del que sólo se exige una operación mecánica, monótona, de fácil aprendizaje. Por eso los gastos que supone un obrero se reducen, sobre poco más o menos, al mínimo de lo que necesita para vivir y para perpetuar su raza. Y ya se sabe que el precio de una mercancía, y como una de tantas el trabajo[11], equivale a su coste de producción. Cuanto más repelente es el trabajo, tanto más disminuye el salario pagado al obrero. Más aún: cuanto más aumentan la maquinaria y la división del trabajo, tanto más aumenta también éste, bien porque se alargue la jornada, bien porque se intensifique el rendimiento exigido, se acelere la marcha de las máquinas, etc (18).

La industria moderna ha convertido el pequeño taller del maestro patriarcal en la gran fábrica del magnate capitalista. Las masas obreras concentradas en la fábrica son sometidas a una organización y disciplina militares. Los obreros, soldados rasos de la industria, trabajan bajo el mando de toda una jerarquía de sargentos, oficiales y jefes. No son sólo siervos de la burguesía y del estado burgués, sino que están todos los días y a todas horas bajo el yugo esclavizador de la máquina, del contramaestre, y sobre todo del industrial burgués dueño de la fábrica. Y este despotismo es tanto más mezquino, más execrable, más indignante, cuanta mayor es la franqueza con que proclama que no tiene otro fin que el lucro (19).

Cuanto menores son la habilidad y la fuerza que reclama el trabajo manual, es decir, cuanto mayor es el desarrollo adquirido por la moderna industria, también es mayor la proporción en que el trabajo de la mujer y el niño desplaza al del hombre. Socialmente, ya no rigen para la clase obrera esas diferencias de edad y de sexo. Son todos, hombres, mujeres y niños, meros instrumentos de trabajo, entre los cuales no hay más diferencia que la del coste (20)

Y cuando ya la explotación del obrero por el fabricante ha dado su fruto y aquél recibe el salario, caen sobre él los otros representantes de la burguesía: el casero, el tendero, el prestamista, etc. (21)

[11] Expresión empleada aquí en el sentido de lo que más tarde, con frase más precisa, habrá de llamar Marx "fuerza de trabajo".

Toda una serie de elementos modestos que venían perteneciendo a la clase media, pequeños industriales, comerciantes y rentistas, artesanos y labriegos, son absorbidos por el proletariado; unos, porque su pequeño caudal no basta para alimentar las exigencias de la gran industria y sucumben arrollados por la competencia de los capitalistas más fuertes, y otros porque sus aptitudes quedan sepultadas bajo los nuevos progresos de la producción. Todas las clases sociales contribuyen, pues, a nutrir las filas del proletariado (22).

El proletariado recorre diversas etapas antes de fortificarse y consolidarse. Pero su lucha contra la burguesía data del instante mismo de su existencia.

Al principio son obreros aislados; luego, los de una fábrica; luego, los de toda una rama de trabajo, los que se enfrentan, en una localidad, con el burgués que personalmente los explota. Sus ataques no van sólo contra el régimen burgués de producción, van también contra los propios instrumentos de la producción; los obreros, sublevados, destruyen las mercancías ajenas que les hacen la competencia, destrozan las máquinas, pegan fuego a las fábricas, pugnan por volver a la situación, ya enterrada, del obrero medieval (23).

En esta primera etapa, los obreros forman una masa diseminada por todo el país y desunida por la concurrencia. Las concentraciones de masas de obreros no son todavía fruto de su propia unión, sino fruto de la unión de la burguesía, que para alcanzar sus fines políticos propios tiene que poner en movimiento (cosa que todavía logra) a todo el proletariado. En esta etapa, los proletarios no combaten contra sus enemigos, sino contra los enemigos de sus enemigos, contra los vestigios de la monarquía absoluta, los grandes señores de la tierra, los burgueses no industriales, los pequeños burgueses. La marcha de la historia está toda concentrada en manos de la burguesía, y cada triunfo así alcanzado es un triunfo de la clase burguesa (24).

Sin embargo, el desarrollo de la industria no sólo nutre las filas del proletariado, sino que las aprieta y concentra; sus fuerzas crecen, y crece también la conciencia de ellas. Y al paso que la maquinaria va borrando las diferencias y categorías en el trabajo y reduciendo los salarios casi en todas partes a un nivel bajísimo y uniforme, van nivelándose también los intereses y las condiciones de vida dentro del proletariado. La competencia, cada vez más aguda, desatada entre la burguesía, y las crisis comerciales que desencadena, hacen cada vez más inseguro el salario del obrero; los progresos incesantes y cada día más veloces del maquinismo aumentan gradualmente la inseguridad de su existencia; las colisiones entre obreros y burgueses aislados van tomando el carácter, cada vez más señalado, de colisiones entre dos clases. Los obreros empiezan a coaligarse contra los burgueses, se asocian y unen para la defensa de sus salarios. Crean organizaciones permanentes para pertrecharse en previsión de posibles batallas. De vez en cuando estallan revueltas y sublevaciones (25).

Los obreros arrancan algún triunfo que otro, pero transitorio siempre. El verdadero objetivo de estas luchas no es conseguir un resultado inmediato, sino ir extendiendo y consolidando la unión obrera. Coadyuvan a ello los medios cada vez más fáciles de comunicación, creados por la gran industria y que sirven para poner en contacto a los obreros de las diversas regiones y localidades. Gracias a este contacto, las múltiples acciones locales, que en todas partes presentan idéntico carácter, se convierten en un movimiento nacional, en una lucha de clases. Y toda lucha de clases es una acción política. Las ciudades de la Edad Media, con sus caminos vecinales, necesitaron siglos enteros para unirse con las demás; el proletariado moderno, gracias a los ferrocarriles, ha creado su unión en unos cuantos años (26).

Esta organización de los proletarios como clase, que tanto vale decir como partido político, se ve minada a cada momento por la concurrencia desatada entre los

propios obreros. Pero avanza y triunfa siempre, a pesar de todo, cada vez más fuerte, más firme, más pujante. Y aprovechándose de las discordias que surgen en el seno de la burguesía, impone la sanción legal de sus intereses propios. Así nace en Inglaterra la ley de la jornada de diez horas.

Las colisiones producidas entre las fuerzas de la antigua sociedad imprimen nuevos impulsos al proletariado. La burguesía lucha incesantemente: primero, contra la aristocracia; luego, contra aquellos sectores de la propia burguesía cuyos intereses chocan con los progresos de la industria, y siempre contra la burguesía de los demás países: Para librar estos combates no tiene más remedio que apelar al proletariado, reclamar su auxilio, arrastrándolo así a la palestra política. Y de este modo le suministra elementos de fuerza, es decir, armas contra sí misma. Además, como hemos visto, los progresos de la industria traen a las filas proletarias a toda una serie de elementos de la clase gobernante, o a lo menos los colocan en las mismas condiciones de vida. Y estos elementos suministran al proletariado nuevas fuerzas.

Finalmente, en aquellos períodos en que la lucha de clases está a punto de decidirse, es tan violento y tan claro el proceso de desintegración de la clase gobernante latente en el seno de la sociedad antigua, que una pequeña parte de esa clase se desprende de ella y abraza la causa revolucionaria, pasándose a la clase que tiene en sus manos el porvenir. Y así como antes una parte de la nobleza se pasaba a la burguesía, ahora una parte de la burguesía se pasa al campo del proletariado; en este tránsito rompen la marcha los intelectuales burgueses, que, analizando teóricamente el curso de la historia, han logrado ver claro en sus derroteros (27).

De todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen con la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar.

Los elementos de las clases medias, el pequeño industrial, el pequeño comerciante, el artesano, el labriego, todos luchan contra la burguesía para salvar de la ruina su existencia como tales clases. No son, pues, revolucionarios, sino conservadores. Más todavía, reaccionarios, pues pretenden volver atrás la rueda de la historia. Todo lo que tienen de revolucionario es lo que mira a su tránsito inminente al proletariado; con esa actitud no defienden sus intereses actuales, sino los futuros; se despojan de su posición propia para abrazar la del proletariado.

El proletariado andrajoso, esa putrefacción pasiva de las capas más bajas de la vieja sociedad, se verá arrastrado en parte al movimiento por una revolución proletaria, si bien las condiciones todas de su vida lo hacen más propicio a dejarse comprar como instrumento de manejos reaccionarios (28).

Las condiciones de vida de la vieja sociedad aparecen ya destruidas en las condiciones de vida del proletariado. El proletario carece de bienes. Sus relaciones con la mujer y con los hijos no tienen ya nada de común con las relaciones familiares burguesas; la producción industrial moderna, el moderno yugo del capital, que es el mismo en Inglaterra que en Francia, en Alemania que en Norteamérica, borra en él todo carácter nacional. Las leyes, la moral, la religión, son para él otros tantos prejuicios burgueses tras los que anidan otros tantos intereses de la burguesía. Todas las clases que le precedieron y conquistaron el poder procuraron consolidar las posiciones adquiridas sometiendo a la sociedad entera a su régimen de adquisición. Los proletarios sólo pueden conquistar para sí las fuerzas sociales de la producción aboliendo el régimen adquisitivo a que se hallan sujetos, y con él todo el régimen de apropiación de la sociedad. Los proletarios no tienen nada propio que asegurar, sino destruir todos los aseguramientos y seguridades privadas de los demás (29).

Hasta ahora, todos los movimientos sociales habían sido movimientos desatados por una minoría o en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento autónomo de una inmensa mayoría en interés de una mayoría inmensa. El proletariado; la capa más baja y oprimida de la sociedad actual, no puede levantarse, incorporarse, sin hacer saltar, hecho añicos desde los cimientos hasta el remate, todo ese edificio que forma la sociedad oficial.

Por su forma, aunque no por su contenido, la campaña del proletariado contra la burguesía empieza siendo nacional. Es lógico que el proletariado de cada país ajuste ante todo las cuentas con su propia burguesía.

Al esbozar, en líneas muy generales, las diferentes fases de desarrollo del proletariado, hemos seguido las incidencias de la guerra civil más o menos embozada que se plantea en el seno de la sociedad vigente hasta el momento en que esta guerra civil desencadena una revolución abierta y franca, y el proletariado, derrocando por la violencia a la burguesía, echa las bases de su poder (30).

Hasta hoy, toda sociedad descansó, como hemos visto, en el antagonismo entre las clases oprimidas y las opresoras. Mas para poder oprimir a una clase es menester asegurarle, por lo menos, las condiciones indispensables de vida, pues de otro modo se extinguiría, y con ella su esclavizamiento. El siervo de la gleba se vio exaltado a miembro del municipio sin salir de la servidumbre, como el villano convertido en burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. La situación del obrero moderno es muy distinta, pues lejos de mejorar conforme progresa la industria, decae y empeora por debajo del nivel de su propia clase. El obrero se depaupera, y el pauperismo se desarrolla en proporciones mucho mayores que la población y la riqueza. He ahí una prueba palmaria de la incapacidad de la burguesía para seguir gobernando la sociedad e imponiendo a ésta por norma las condiciones de su vida como clase. Es incapaz de gobernar, porque es incapaz de garantizar a sus esclavos la existencia ni aun dentro de su esclavitud, porque se ve forzada a dejarlos llegar hasta una situación de desamparo en que no tiene más remedio que mantenerles, cuando son ellos quienes debieran mantenerla a ella. La sociedad no puede seguir viviendo bajo el imperio de esa clase; la vida de la burguesía se ha hecho incompatible con la sociedad.

La existencia y el predominio de la clase burguesa tienen por condición esencial la concentración de la riqueza en manos de unos cuantos individuos, la formación e incrementación constante del capital; y éste, a su vez, no puede existir sin el trabajo asalariado. El trabajo asalariado presupone, inevitablemente, la concurrencia de los obreros entre sí. Los progresos de la industria, que tienen por cauce automático y espontáneo a la burguesía, imponen, en vez del aislamiento de los obreros por la concurrencia, su unión revolucionaria por la organización. Y así, al desarrollarse la gran industria, la burguesía ve tambalearse bajo sus pies las bases sobre que produce y se apropia lo producido. Y a la par que avanza, se cava su fosa y cría a sus propios enterradores. Su muerte y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables (31).

II Proletarios y comunistas

¿Qué relación guardan los comunistas con los proletarios en general?

Los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros.

No tienen intereses propios que se distingan de los intereses generales del proletariado. No profesan principios especiales con los que aspiren a modelar el movimiento proletario.

Los comunistas no se distinguen de los demás partidos proletarios más que en esto: en que destacan y reivindican siempre, en todas y cada una de las acciones

nacionales proletarias, los intereses comunes y peculiares de todo el proletariado, independientes de su nacionalidad, y en que, cualquiera que sea la etapa histórica en que se mueva la lucha entre el proletariado y la burguesía, mantienen siempre el interés del movimiento enfocado en su conjunto.

Los comunistas son, pues, prácticamente, la parte más decidida, el acicate siempre en tensión de todos los partidos obreros del mundo; teóricamente, llevan de ventaja a las grandes masas del proletariado su clara visión de las condiciones, los derroteros y los resultados generales a que ha de abocar el movimiento proletario.

El objetivo inmediato de los comunistas es idéntico al que persiguen los demás partidos proletarios en general: formar la conciencia de clase del proletariado, derrocar el régimen de la burguesía, llevar al proletariado a la conquista del poder (32).

Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son todas expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vívida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos. La abolición del régimen vigente de la propiedad no es tampoco ninguna característica peculiar del comunismo.

Las condiciones que forman el régimen de la propiedad han estado sujetas siempre a cambios históricos, a alteraciones históricas constantes.

Así, por ejemplo, la Revolución francesa abolió la propiedad feudal para instaurar sobre sus ruinas la propiedad burguesa.

Lo que caracteriza al comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición del régimen de propiedad de la burguesía, de esta moderna institución de la propiedad privada burguesa, expresión última y la más acabada de ese régimen de producción y apropiación de lo producido que reposa sobre el antagonismo de dos clases, sobre la explotación de unos hombres por otros.

Así entendida, sí pueden los comunistas resumir su teoría en esa fórmula: abolición de la propiedad privada.

Se nos reprocha que queremos destruir la propiedad personal bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano, esa propiedad que es para el hombre la base de toda libertad, el acicate de todas las actividades y la garantía de toda independencia.

¡La propiedad bien adquirida, fruto del trabajo y del esfuerzo humano! ¿Os referís acaso a la propiedad del humilde artesano, del pequeño labriego, precedente histórico de la propiedad burguesa? No, ésa no necesitamos destruirla; el desarrollo de la industria lo ha hecho ya y lo está haciendo a todas horas (33).

¿O queréis referiros a la moderna propiedad privada de la burguesía?

Decidnos: ¿es que el trabajo asalariado, el trabajo del proletario, le rinde propiedad? No, ni mucho menos. Lo que rinde es capital, esa forma de propiedad que se nutre de la explotación del trabajo asalariado, que sólo puede crecer y multiplicarse a condición de engendrar nuevo trabajo asalariado para hacerlo también objeto de su explotación. La propiedad, en la forma que hoy presenta, no admite salida a este antagonismo del capital y el trabajo asalariado. Detengámonos un momento a contemplar los dos términos de la antítesis.

Ser capitalista es ocupar un puesto, no simplemente personal, sino social, en el proceso de la producción. El capital es un producto colectivo y no puede ponerse en marcha más que por la cooperación de muchos individuos, y aun cabría decir que, en rigor, esta cooperación abarca la actividad común de todos los individuos de la sociedad. El capital no es, pues, un patrimonio personal, sino una potencia social.

Los que, por tanto, aspiramos a convertir el capital en propiedad colectiva, común a todos los miembros de la sociedad, no aspiramos a convertir en colectiva una

riqueza personal. A lo único que aspiramos es a transformar el carácter colectivo de la propiedad, a despojarla de su carácter de clase (34).

Hablemos ahora del trabajo asalariado.

El precio medio del trabajo asalariado es el mínimo del salario, es decir, la suma de víveres necesaria para sostener al obrero como tal obrero. Todo lo que el obrero asalariado adquiere con su trabajo es, pues, lo que estrictamente necesita para seguir viviendo y trabajando. Nosotros no aspiramos en modo alguno a destruir este régimen de apropiación personal de los productos de un trabajo encaminado a crear medios de vida: régimen de apropiación que no deja, como vemos, el menor margen de rendimiento líquido y, con él, la posibilidad de ejercer influencia sobre los demás hombres. A lo que aspiramos es a destruir el carácter oprobioso de este régimen de apropiación en que el obrero sólo vive para multiplicar el capital, en que vive tan sólo en la medida en que el interés de la clase dominante aconseja que viva (35).

En la sociedad burguesa el trabajo vivo del hombre no es más que un medio de incrementar el trabajo acumulado. En la sociedad comunista, el trabajo acumulado será, por el contrario, un simple medio para dilatar, fomentar y enriquecer la vida del obrero.

En la sociedad burguesa es, pues, el pasado el que impera sobre el presente; en la comunista, imperará el presente sobre el pasado. En la sociedad burguesa se reserva al capital toda personalidad e iniciativa; el individuo trabajador carece de iniciativa y personalidad.

¡Y a la abolición de estas condiciones llama la burguesía abolición de la personalidad y la libertad! Y sin embargo tiene razón. Aspiramos, en efecto, a ver abolidas la personalidad, la independencia y la libertad burguesas (36).

Por libertad se entiende, dentro del régimen burgués de la producción, el librecambio, la libertad de comprar y vender. Desaparecido el tráfico, desaparecerá también, forzosamente, el libre tráfico. La apología del libre tráfico, como en general todos los ditirambos a la libertad que entona nuestra burguesía, sólo tienen sentido y razón de ser en cuanto significan la emancipación de las trabas y la servidumbre de la Edad Media, pero palidecen ante la abolición comunista del tráfico, de las condiciones burguesas de producción y de la propia burguesía.

Os aterráis de que queramos abolir la propiedad privada, ¡como si ya en el seno de vuestra sociedad actual la propiedad privada no estuviese abolida para nueve décimas partes de la población, como si no existiese precisamente a costa de no existir para esas nueve décimas partes! ¿Qué es, pues, lo que en rigor nos reprocháis? Querer destruir un régimen de propiedad que tiene por necesaria condición el despojo de la inmensa mayoría: de la sociedad.

Nos reprocháis, para decirlo de una vez, el querer abolir vuestra propiedad. Pues sí, a eso es a lo que aspiramos.

Para vosotros, desde el momento en que el trabajo no pueda convertirse ya en capital, en dinero, en renta, en un poder social monopolizable; desde el momento en que la propiedad personal no pueda ya trocarse en propiedad burguesa, la persona no existe.

Con eso confesáis que para vosotros no hay más persona que el burgués, el capitalista. Pues bien, la personalidad así concebida es la que nosotros aspiramos a destruir (37).

El comunismo no priva a nadie del poder de apropiarse productos sociales; lo único que no admite es el poder de usurpar por medio de esta apropiación el trabajo ajeno.

Se arguye que, abolida la propiedad privada, cesará toda actividad y reinará la indolencia universal.

Si esto fuese verdad, ya hace mucho tiempo que se habría estrellado contra el escollo de la holganza una sociedad como la burguesa, en que los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan. Vuestra objeción viene a reducirse, en fin de cuentas, a una verdad que no necesita de demostración, y es que, al desaparecer el capital, desaparecerá también el trabajo asalariado (38).

Las objeciones formuladas contra el régimen comunista de apropiación y producción material hácense extensivas a la producción y apropiación de los productos espirituales. Y así como el destruir la propiedad de clases equivale, para el burgués, a destruir la producción, el destruir la cultura de clase es para él sinónimo de destruir la cultura en general.

Esa cultura cuya pérdida tanto deplora es la que convierte en una máquina a la inmensa mayoría de la sociedad (39).

Al discutir con nosotros y criticar la abolición de la propiedad burguesa partiendo de vuestras ideas burguesas de libertad, cultura, derecho, etc., no os dais cuenta de que esas mismas ideas son otros tantos productos del régimen burgués de propiedad y de producción, del mismo modo que vuestro derecho no es más que la voluntad de vuestra clase elevada a ley: una voluntad que tiene su contenido y encarnación en las condiciones materiales de vida de vuestra clase.

Compartís con todas las clases dominantes que han existido y perecieron la idea interesada de que vuestro régimen de producción y de propiedad, obra de condiciones históricas que desaparecen en el transcurso de la producción, descansa sobre leyes naturales eternas y sobre los dictados de la razón. Os explicáis que haya perecido la propiedad antigua, os explicáis que pereciera la propiedad feudal; lo que no podéis explicaros es que perezca la propiedad burguesa, vuestra propiedad (40).

¡Abolición de la familia! Al hablar de estas intenciones satánicas de los comunistas, hasta los más radicales gritan escándalo.

Pero veamos: ¿en qué se funda la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. Sólo la burguesía tiene una familia, en el pleno sentido de la palabra; y esta familia encuentra su complemento en la carencia forzosa de relaciones familiares de los proletarios y en la pública prostitución.

Es natural que ese tipo de familia burguesa desaparezca al desaparecer su complemento, y que una y otro dejen de existir al dejar de existir el capital, que le sirve de base.

¿Nos reprocháis acaso que aspiremos a abolir la explotación de los hijos por sus padres? Sí, es cierto, a eso aspiramos.

Pero es, decís, que pretendemos destruir la intimidad de la familia, suplantando la educación doméstica por la social.

¿Acaso vuestra propia educación no está también influida por la sociedad, por las condiciones sociales en que se desarrolla, por la intromisión más o menos directa en ella de la sociedad a través de la escuela, etc.? No son precisamente los comunistas los que inventan esa intromisión de la sociedad en la educación; lo que ellos hacen es modificar el carácter que hoy tiene y sustraer la educación a la influencia de la clase dominante.

Esos tópicos burgueses de la familia y la educación, de la intimidad de las relaciones entre padres e hijos, son tanto más grotescos y descarados cuanto más la gran industria va desgarrando los lazos familiares de los proletarios y convirtiendo a los hijos en simples mercancías y meros instrumentos de trabajo.

¡Pero es que vosotros, los comunistas, nos grita a coro la burguesía entera, pretendéis colectivizar a las mujeres!

El burgués, que no ve en su mujer más que un simple instrumento de producción, al oírnos proclamar la necesidad de que los instrumentos de producción sean explotados colectivamente, no puede por menos de pensar que el régimen colectivo se hará extensivo igualmente a la mujer.

No advierte que de lo que se trata es precisamente de acabar con la situación de la mujer como mero instrumento de producción.

Nada más ridículo, por otra parte, que esos alardes de indignación, henchida de alta moral, de nuestros burgueses, al hablar de la tan cacareada colectivización de las mujeres por el comunismo. No; los comunistas no tienen que molestarse en implantar lo que ha existido siempre o casi siempre en la sociedad.

Nuestros burgueses, no bastándoles, por lo visto, con tener a su disposición a las mujeres y a los hijos de sus proletarios (¡y no hablemos de la prostitución oficial!), sienten una grandísima fruición en seducirse unos a otros sus mujeres.

En realidad, el matrimonio burgués es ya la comunidad de las esposas. A lo sumo, podría reprocharse a los comunistas el pretender sustituir este hipócrita y recatado régimen colectivo de hoy por una colectivización oficial, franca y abierta, de la mujer. Por lo demás, fácil es comprender que, al abolirse el régimen actual de producción, desaparecerá con él el sistema de comunidad de la mujer que engendra, y que se refugia en la prostitución, en la oficial y en la encubierta (41).

A los comunistas se nos reprocha también el querer abolir la patria, la nacionalidad.

Los trabajadores no tienen patria. Mal se les puede quitar lo que no tienen. No obstante, siendo la mira inmediata del proletariado la conquista del poder político, su exaltación a clase nacional, a nación, es evidente que también en él reside un sentido nacional, aunque ese sentido no coincida ni mucho menos con el de la burguesía.

Ya el propio desarrollo de la burguesía, el librecambio, el mercado mundial, la uniformidad reinante en la producción industrial, con las condiciones de vida que engendra, se encargan de borrar más y más las diferencias y antagonismos nacionales. El triunfo del proletariado acabará de hacerlos desaparecer.

La acción conjunta de los proletarios, a lo menos en las naciones civilizadas, es una de las condiciones primordiales de su emancipación. En la medida y a la par que vaya desapareciendo la explotación de unos individuos por otros, desaparecerá también la explotación de unas naciones por otras.

Con el antagonismo de las clases en el seno de cada nación se borrará la hostilidad de las naciones entre sí (42).

No queremos entrar a analizar las acusaciones que se hacen contra el comunismo desde el punto de vista religioso, filosófico e ideológico en general.

No hace falta ser un lince para ver que, al cambiar las condiciones de vida, las relaciones sociales, la existencia social del hombre, cambian también sus ideas, sus opiniones y sus conceptos, su conciencia, en una palabra.

La historia de las ideas es una prueba palmaria de cómo cambia y se transforma la producción espiritual con la material. Las ideas imperantes en una época han sido siempre las ideas propias de la clase imperante[12].

Se habla de ideas que revolucionan a toda una sociedad; con ello no se hace más que dar expresión a un hecho, y es que en el seno de la sociedad antigua han germinado

---

[12] En el fragmento que se conserva de *La ideología alemana*, obra redactada por Marx y Engels en 1845, encontramos mantenida esta tesis: "Las ideas de la clase dominante son, en todas las épocas, las ideas dominantes, es decir, que la clase que forma el poder *material* dominante en la sociedad, forma también su poder dominante *espiritual*…"

ya los elementos para la nueva, y a la par que se esfuman o derrumban las antiguas condiciones de vida, se derrumban y esfuman las ideas antiguas.

Cuando el mundo antiguo estaba a punto de desaparecer, las religiones antiguas fueron vencidas y suplantadas por el cristianismo. En el siglo XVIII, cuando las ideas cristianas sucumbían ante el racionalismo, la sociedad feudal pugnaba desesperadamente, haciendo un último esfuerzo, con la burguesía, entonces revolucionaria. Las ideas de libertad de conciencia y de libertad religiosa no hicieron más que proclamar el triunfo de la libre concurrencia en el mundo ideológico (43).

Se nos dirá que las ideas religiosas, morales, filosóficas, políticas, jurídicas, etc., aunque sufran alteraciones a lo largo de la historia, llevan siempre un fondo de perennidad, y que por debajo de esos cambios siempre ha habido una religión, una moral, una filosofía, una política, un derecho.

Además, se seguirá arguyendo, existen verdades eternas, como la libertad, la justicia, etc., comunes a todas las sociedades y a todas las etapas de progreso de la sociedad. Pues bien, el comunismo (continúa el argumento) viene a destruir estas verdades eternas, la moral, la religión, y no a sustituirlas por otras nuevas; viene a interrumpir violentamente todo el desarrollo histórico anterior.

Veamos a qué queda reducida esta acusación.

Hasta hoy, toda la historia de la sociedad ha sido una constante sucesión de antagonismos de clases, que revisten diversas modalidades, según las épocas.

Mas, cualquiera que sea la forma que en cada caso adopte, la explotación de una parte de la sociedad por la otra es un hecho común a todas las épocas del pasado. Nada tiene, pues, de extraño que la conciencia social de todas las épocas se atenga, a despecho de toda la variedad y de todas las divergencias, a ciertas formas comunes, formas de conciencia hasta que el antagonismo de clases que las informa no desaparezca radicalmente.

La revolución comunista viene a romper de la manera más radical con el régimen tradicional de la propiedad; nada tiene, pues, de extraño que se vea obligada a romper, en su desarrollo, de la manera también más radical, con las ideas tradicionales (44).

Pero no queremos detenernos por más tiempo en los reproches de la burguesía contra el comunismo.

Ya dejamos dicho que el primer paso de la revolución obrera será la exaltación del proletariado al poder, la conquista de la democracia[13].

El proletariado se valdrá del poder para ir despojando paulatinamente a la burguesía de todo el capital, de todos los instrumentos de la producción, centralizándolos en manos del estado, es decir, del proletariado organizado como clase gobernante, y procurando fomentar por todos los medios y con la mayor rapidez posible las energías productivas (45).

Claro está que, al principio, esto sólo podrá llevarse a cabo mediante una acción despótica sobre la propiedad y el régimen burgués de producción, por medio de medidas que, aunque de momento parezcan económicamente insuficientes e insostenibles, en el transcurso del movimiento serán un gran resorte propulsor y de las que no puede prescindirse como medio para transformar todo el régimen de producción vigente.

Estas medidas no podrán ser las mismas, naturalmente, en todos los países.

Para los más progresivos mencionaremos unas cuantas, susceptibles, sin duda, de ser aplicadas con carácter más o menos general, según los casos[14].

[13] "La democracia es hoy el comunismo", dice Engels en 1845. Y en una carta a Marx, fechada en 1846, habla de la "revolución democrática violenta". La *Nueva Gaceta del Rin*, dirigida por Marx (1848), se titulaba también "órgano de la democracia".

1.- Expropiación de la propiedad inmueble y aplicación de la renta del suelo a los gastos públicos.

2.- Fuerte impuesto progresivo.

3.- Abolición del derecho de herencia.

4.- Confiscación de la fortuna de los emigrados y rebeldes.

5.- Centralización del crédito en el estado por medio de un Banco Nacional con capital del estado y régimen de monopolio.

6.- Nacionalización de los transportes.

7.- Multiplicación de las fábricas nacionales y de los medios de producción, roturación y mejora de terrenos con arreglo a un plan colectivo.

8.- Proclamación del deber general de trabajar; creación de ejércitos industriales, principalmente en el campo.

9.- Articulación de las explotaciones agrícolas e industriales; tendencia a ir borrando gradualmente las diferencias entre el campo y la ciudad.

10.- Educación pública y gratuita de todos los niños. Prohibición del trabajo infantil en las fábricas bajo su forma actual. Régimen combinado de la educación con la producción material, etc (46).

Tan pronto como, en el transcurso del tiempo, hayan desaparecido las diferencias de clase y toda la producción esté concentrada en manos de la sociedad, el estado perderá todo ca-rácter político. El poder político no es, en rigor, más que el poder organizado de una clase para la opresión de la otra. El proletariado se ve forzado a organizarse como clase para luchar contra la burguesía; la revolución le lleva al poder; mas tan pronto como desde él, como clase gobernante, derribe por la fuerza el régimen vigente de producción, con éste hará desaparecer las condiciones que determinan el antagonismo de clases, las clases mismas, y, por tanto, su propia soberanía como tal clase.

Y a la vieja sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, sustituirá una asociación en que el libre desarrollo de cada uno condicione el libre desarrollo de todos (47).

III Literatura socialista y comunista

l.- El socialismo reaccionario

a) *El socialismo feudal*

La aristocracia francesa e inglesa, que no se resignaba a abandonar su puesto histórico, se dedicó, cuando ya no pudo hacer otra cosa, a escribir libelos contra la moderna sociedad burguesa. En la revolución francesa de julio de 1830, en el movimiento reformista inglés, volvió a sucumbir, arrollada por el odiado intruso. Y no pudiendo dar ya ninguna batalla política seria, no le quedaba más arma que la pluma (48). Mas también en la palestra literaria habían cambiado los tiempos; ya no era posible seguir empleando el lenguaje de la época de la Restauración. Para ganarse simpatías, la aristocracia hubo de olvidar aparentemente sus intereses y acusar a la burguesía, sin tener presente más interés que el de la clase obrera explotada. De este

[14] Compárense estas medidas con las doce propuestas por Engels en su *Principios del comunismo* (ver en anexos) y con los diecisiete puntos mantenidos por la Liga Comunista en la revolución del 48 (ver en anexos)

modo se daba el gusto de provocar a su adversario y vencedor con amenazas y de musitarle al oído profecías más o menos catastróficas.

Nació así el socialismo feudal, una mezcla de lamento, eco del pasado y rumor sordo del porvenir; un socialismo que de vez en cuando asestaba a la burguesía un golpe en medio del corazón con sus juicios sardónicos y acerados, pero que casi siempre movía a risa por su total incapacidad para comprender la marcha de la historia moderna.

Con el fin de atraer hacia sí al pueblo, tremolaba el saco del mendigo proletario por bandera. Pero cuantas veces lo seguía, el pueblo veía brillar en las espaldas de los caudillos las viejas armas feudales y se dispersaba con una risotada nada contenida y bastante irrespetuosa.

Una parte de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra fueron los más perfectos organizadores de este espectáculo.

Esos señores feudales, que tanto insisten en demostrar que sus modos de explotación no se parecían en nada a los de la burguesía, se olvidan de una cosa, y es de que las circunstancias y condiciones en que ellos llevaban a cabo su explotación han desaparecido. Y, al enorgullecerse de que bajo su régimen no existía el moderno proletariado, no advierten que esta burguesía moderna de que tanto abominan es un producto históricamente necesario de su orden social.

Por lo demás, no se molestan gran cosa en encubrir el sello reaccionario de sus doctrinas, y así se explica que su más rabiosa acusación contra la burguesía sea precisamente el crear y fomentar bajo su régimen una clase que está llamada a derruir todo el orden social heredado.

Lo que más reprochan a la burguesía no es el engendrar un proletariado, sino el engendrar un proletariado revolucionario.

Por eso, en la práctica están siempre dispuestos a tomar parte en todas las violencias y represiones contra la clase obrera, y en la prosaica realidad se resignan, pese a todas las retóricas ampulosas, a recolectar también los huevos de oro y a trocar la nobleza, el amor y el honor caballerescos por el vil tráfico en lana, remolacha y aguardiente (49).

Como los curas van siempre del brazo de los señores feudales, no es extraño que con este socialismo feudalista venga a confluir el socialismo clerical.

Nada más fácil que dar al ascetismo cristiano un barniz socialista. ¿No combatió también el cristianismo contra la propiedad privada, contra el matrimonio, contra el estado? ¿No predicó frente a las instituciones la caridad y la limosna, el celibato y el castigo de la carne, la vida monástica y la Iglesia? El socialismo cristiano es el hisopazo con que el clérigo bendice el despecho del aristócrata (50).

b) El socialismo pequeñoburgués

La aristocracia feudal no es la única clase derrocada por la burguesía, la única clase cuyas condiciones de vida ha venido a oprimir y matar la sociedad burguesa moderna. Los villanos medievales y los pequeños labriegos fueron los precursores de la moderna burguesía. Y en los países en que la industria y el comercio no han alcanzado un nivel suficiente de desarrollo, esta clase sigue vegetando al lado de la burguesía ascensional.

En aquellos otros países en que la civilización moderna alcanza un cierto grado de progreso, ha venido a formarse una nueva clase pequeñoburguesa que flota entre la burguesía y el proletariado y que, si bien gira constantemente en torno a la sociedad burguesa como satélite suyo, no hace más que brindar nuevos elementos al proletariado, precipitados a éste por la concurrencia; al desarrollarse la gran industria llega un

momento en que esta parte de la sociedad moderna pierde su substantividad y se ve suplantada en el comercio, en la manufactura, en la agricultura por los capataces y los domésticos.

En países como Francia, en que la clase labradora representa mucho más de la mitad de la población, era natural que ciertos escritores, al abrazar la causa del proletariado contra la burguesía, tomasen por norma, para criticar el régimen burgués, los intereses de los pequeños burgueses y los campesinos, simpatizando por la causa obrera con el ideario de la pequeña burguesía. Así nació el socialismo pequeñoburgués. Su representante más caracterizado, lo mismo en Francia que en Inglaterra, es Sismondi.

Este socialismo ha analizado con una gran agudeza las contradicciones del moderno régimen de producción. Ha desenmascarado las argucias hipócritas con que pretenden justificarlas los economistas. Ha puesto de relieve de modo irrefutable los efectos aniquiladores del maquinismo y la división del trabajo, la concentración de los capitales y la propiedad inmueble, la superproducción, las crisis, la inevitable desaparición de los pequeños burgueses y labriegos, la miseria del proletariado, la anarquía reinante en la producción, las desigualdades irritantes que claman en la distribución de la riqueza, la aniquiladora guerra industrial de unas naciones contra otras, la disolución de las costumbres antiguas, de la familia tradicional, de las viejas nacionalidades.

Pero en lo que atañe ya a sus fórmulas positivas, este socialismo no tiene más aspiración que restaurar los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos el régimen tradicional de propiedad y la sociedad tradicional, cuando no pretende volver a encajar por la fuerza los modernos medios de producción y de cambio dentro del marco del régimen de propiedad que hicieron y forzosamente tenían que hacer saltar. En uno y otro caso peca, a la par, de reaccionario y de utópico.

En la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo la implantación de un régimen patriarcal: he ahí sus dos magnas aspiraciones.

Hoy, esta corriente socialista ha venido a caer en una cobarde modorra (51).

c) El socialismo alemán o "verdadero" socialismo

La literatura socialista y comunista de Francia, nacida bajo la presión de una burguesía gobernante y expresión literaria de la lucha librada contra su avasallamiento, fue importada en Alemania en el mismo instante en que la burguesía empezaba a sacudir el yugo del absolutismo feudal.

Los filósofos, seudofilósofos y grandes ingenios del país se asimilaron codiciosamente aquella literatura, pero olvidando que con las doctrinas no habían pasado la frontera también las condiciones sociales a que respondían. Al enfrentarse con la situación alemana, la literatura socialista francesa perdió toda su importancia práctica directa, para asumir una fisonomía puramente literaria y convertirse en una ociosa especulación acerca del espíritu humano y de sus proyecciones sobre la realidad. Y así, mientras que los postulados de la primera revolución francesa eran, para los filósofos alemanes del siglo XVIII, los postulados de la "razón práctica" en general, las aspiraciones de la burguesía francesa revolucionaria representaban a sus ojos las leyes de la voluntad pura, de la voluntad ideal, de una voluntad verdaderamente humana.

La única preocupación de los literatos alemanes era armonizar las nuevas ideas francesas con su vieja conciencia filosófica, o, por mejor decir, asimilarse desde su punto de vista filosófico aquellas ideas.

Esta asimilación se llevó a cabo por el mismo procedimiento con que se asimila uno una lengua extranjera: traduciéndola.

Todo el mundo sabe que los monjes medievales se dedicaban a recamar los manuscritos que atesoraban las obras clásicas del paganismo con todo género de insubstanciales historias de santos de la Iglesia Católica. Los literatos alemanes procedieron con la literatura francesa profana de un modo inverso. Lo que hicieron fue empalmar sus absurdos filosóficos a los originales franceses. Y así, donde el original desarrollaba la crítica del dinero, ellos pusieron: "expropiación del ser humano"; donde se criticaba el estado burgués: "abolición del imperio de lo general abstracto", y así por el estilo.

Esta interpolación de locuciones y galimatías filosóficos en la crítica francesa fue bautizada con los nombres de "filosofía del hecho"[15], "verdadero socialismo", "ciencia alemana del socialismo", "fundamentación filosófica del socialismo", y otros semejantes.

De este modo, la literatura socialista y comunista francesa perdía toda su virilidad. Y como, en manos de los alemanes, no expresaba ya la lucha de una clase contra otra clase, el profesor germano hacíase la ilusión de haber superado el "parcialismo francés"; a falta de verdaderas necesidades pregonaba la de la verdad, y a falta de los intereses del proletariado mantenía los intereses del ser humano, del hombre en general, de ese hombre que no reconoce clases, que ha dejado de vivir en la realidad para transportarse al cielo vaporoso de la fantasía filosófica.

Sin embargo, este socialismo alemán, que tomaba tan en serio sus desmañados ejercicios escolares y que tanto y tan solemnemente trompeteaba, fue perdiendo poco a poco su pedantesca inocencia.

En la lucha de la burguesía alemana, y principalmente de la prusiana, contra el régimen feudal y la monarquía absoluta, el movimiento liberal fue tomando un cariz más serio.

Esto deparaba al "verdadero" socialismo la ocasión apetecida para oponer al movimiento político las reivindicaciones socialistas, para fulminar los consabidos anatemas contra el liberalismo, contra el estado representativo, contra la libre concurrencia burguesa, contra la libertad de prensa, la libertad, la igualdad y el derecho burgueses, predicando ante la masa del pueblo que con este movimiento burgués no saldría ganando nada y sí perdiendo mucho. El socialismo alemán cuidábase de olvidar oportunamente que la crítica francesa, de que no era más que un eco sin vida, presuponía la existencia de la sociedad burguesa moderna, con sus peculiares condiciones materiales de vida y su organización política adecuada, supuestos previos ambos en torno a los cuales giraba precisamente la lucha en Alemania.

Este "verdadero" socialismo les venía al dedillo a los gobiernos absolutos alemanes, con toda su cohorte de clérigos, maestros de escuela, hidalgüelos raídos y cagatintas, pues servíales de espantapájaros contra la amenazadora burguesía. Era una especie de melifluo complemento a los feroces latigazos y a las balas de fusil con que esos gobiernos recibían los levantamientos obreros.

Pero el "verdadero" socialismo, además de ser, como vemos, un arma en manos de los gobiernos contra la burguesía alemana, encarnaba de una manera directa un interés reaccionario, el interés de la baja burguesía del país. La pequeña burguesía, heredada del siglo XVI y que desde entonces no había cesado de aflorar bajo diversas formas y modalidades, constituye en Alemania la verdadera base social del orden vigente.

[15] Título de un artículo publicado por Moses Hess en 1843 (en Herweghs, 21, *Boogen aus der Schweiz*).

Conservar esta clase es conservar el orden social imperante. Del predominio industrial y político de la burguesía teme la ruina segura, tanto por la concentración de capitales que ello significa, como porque entraña la formación de un proletariado revolucionario. El "verdadero" socialismo venía a cortar de un tijeretazo (así se lo imaginaba ella) las dos alas de este peligro. Por eso se extendió por todo el país como una verdadera epidemia.

El ropaje ampuloso en que los socialistas alemanes envolvían el puñado de huesos de sus "verdades eternas", un ropaje tejido con hebras especulativas, bordado con las flores retóricas de su ingenio, empapado de nieblas melancólicas y románticas, hacía todavía más gustosa la mercancía para ese público. Por su parte, el socialismo alemán comprendía más claramente cada vez que su misión era la de ser el alto representante y abanderado de esa baja burguesía.

Proclamó a la nación alemana como nación modelo y al súbdito alemán como el tipo ejemplar de hombre. Dio a todos sus servilismos y vilezas un hondo y oculto sentido socialista, tornándolos en lo contrario de lo que en realidad eran. Y al alzarse furiosamente contra las tendencias "bárbaras y destructivas" del comunismo, subrayando como contraste la imparcialidad sublime de sus propias doctrinas, ajenas a toda lucha de clases, no hacía más que sacar la última consecuencia lógica de su sistema. Toda la pretendida literatura socialista y comunista que circula por Alemania, con poquísimas excepciones, profesa estas doctrinas repugnantes y castradas[16] (52).

2.- El socialismo burgués o conservador

Una parte de la burguesía desea mitigar las injusticias sociales, para de este modo garantizar la perduración de la sociedad burguesa.

Cuéntanse en este bando los economistas, los filántropos, los humanitarios, los que aspiran a mejorar la situación de las clases obreras, los organizadores de actos de beneficencia, las sociedades protectoras de animales, los promotores de campañas contra el alcoholismo, los predicadores y reformadores sociales de toda laya.

Pero, además, de este socialismo burgués han salido verdaderos sistemas doctrinales. Sirva de ejemplo la *Filosofía de la miseria* de Proudhon (53).

Los burgueses socialistas considerarían ideales las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que encierran. Su ideal es la sociedad existente, depurada de los elementos que la corroen y revolucionan: la burguesía sin el proletariado. Es natural que la burguesía se represente el mundo en que gobierna como el mejor de los mundos posibles. El socialismo burgués eleva esta idea consoladora a sistema o semisistema. Y al invitar al proletariado a que lo realice, tomando posesión de la nueva Jerusalén, lo que en realidad exige de él es que se avenga para siempre al actual sistema de sociedad, pero desterrando la deplorable idea que de él se forma. Una segunda modalidad, aunque menos sistemática bastante más práctica, de socialismo, pretende ahuyentar a la clase obrera de todo movimiento revolucionario haciéndole ver que lo que a ella le interesa no son tales o cuales cambios políticos, sino simplemente determinadas mejoras en las condiciones materiales, económicas, de su vida. Claro está que este socialismo se cuida de no incluir entre los cambios que afectan a las "condiciones materiales de vida" la abolición del régimen burgués de producción, que sólo puede alcanzarse por la vía revolucionaria; sus aspiraciones se contraen a esas reformas administrativas que son conciliables con el actual régimen de producción y

[16] La tormenta revolucionaria de 1848 barrió a toda esa escuela apolillada y quitó a sus personajes las ganas de seguir jugando con el socialismo. Representante principal y tipo clásico de la tal escuela es Carlos Grün. (F.E.)

que, por tanto, no tocan para nada a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo sólo (en el mejor de los casos) para abaratar a la burguesía las costas de su reinado y sanearle el presupuesto.

Este socialismo burgués a que nos referimos sólo encuentra expresión adecuada allí donde se convierte en mera figura retórica.

¡Pedimos el librecambio en interés de la clase obrera! ¡En interés de la clase obrera pedimos aranceles protectores! ¡Pedimos prisiones celulares en interés de la clase trabajadora! Hemos dado, por fin, con la suprema y única seria aspiración del socialismo burgués.

Todo el socialismo de la burguesía se reduce, en efecto, a una tesis, y es que los burgueses lo son y deben seguir siéndolo... en interés de la clase trabajadora (54).

3.- El socialismo y el comunismo crítico-utópico

No queremos referirnos aquí a las doctrinas que en todas las grandes revoluciones modernas abrazan las aspiraciones del proletariado (obras de Babeuf, etc.) (55).

Las primeras tentativas del proletariado para ahondar directamente en sus intereses de clase, en momentos de conmoción general, en el período de derrumbamiento de la sociedad feudalista, tenían que tropezar necesariamente con la falta de desarrollo del propio proletariado, de una parte, y de otra con la ausencia de las condiciones materiales indispensables para su emancipación, que habían de ser el fruto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que guía estos primeros pasos vacilantes del proletariado es, y necesariamente tenía que serlo, juzgada por su contenido, reaccionaria. Estas doctrinas profesan un ascetismo universal y un torpe y vago igualitarismo.

Los verdaderos sistemas socialistas y comunistas, los sistemas de Saint-Simon, de Fourier, de Owen, etc., brotan en la primera fase embrionaria de las luchas entre el proletariado y la burguesía, tal como más arriba la dejamos esbozada. (V. el capítulo "Burgueses y proletarios") (56).

Cierto es que los autores de estos sistemas penetran ya en el antagonismo de las clases y en la acción de los elementos disolventes que germinan en el seno de la propia sociedad gobernante. Pero no aciertan todavía a ver en el proletariado una acción histórica independiente, un movimiento político propio y peculiar.

Y como el antagonismo de clase se desarrolla siempre a la par con la industria, se encuentran con que les faltan las condiciones materiales para la emancipación del proletariado, y es en vano que se debatan por crearlas mediante una ciencia social y a fuerza de leyes sociales. Esos autores pretenden suplantar la acción social por su acción personal especulativa, las condiciones históricas que han de determinar la emancipación proletaria por condiciones fantásticas que ellos mismos se forjan, la gradual organización del proletariado como clase por una organización de la sociedad inventada a su antojo. Para ellos, el curso universal de la historia que ha de advenir se cifra en la propaganda y práctica ejecución de sus planes sociales.

Es cierto que en esos planes tienen la conciencia de defender primordialmente los intereses de la clase trabajadora, pero sólo porque la consideran la clase más sufrida. Es la única función en que existe para ellos el proletariado.

La forma embrionaria que todavía presenta la lucha de clases y las condiciones en que se desarrolla la vida de estos autores hace que se consideren ajenos a esa lucha de clases y como situados en un plano muy superior. Aspiran a mejorar las condiciones de vida de todos los individuos de la sociedad, incluso los mejor acomodados. De aquí

que no cesen de apelar a la sociedad entera sin distinción, cuando no se dirigen con preferencia a la propia clase gobernante. Abrigan la seguridad de que basta conocer su sistema para acatarlo como el plan más perfecto para la mejor de las sociedades posibles.

Por eso rechazan todo lo que sea acción política, y muy principalmente la revolucionaria; quieren realizar sus aspiraciones por la vía pacífica e intentan abrir paso al nuevo evangelio social predicando con el ejemplo, por medio de pequeños experimentos que, naturalmente, les fallan siempre.

Estas descripciones fantásticas de la sociedad del mañana brotan en una época en que el proletariado no ha alcanzado aún la madurez, en que, por tanto, se forja todavía una serie de ideas fantásticas acerca de su destino y posición, dejándose llevar por los primeros impulsos, puramente intuitivos, de transformar radicalmente la sociedad.

Y, sin embargo, en estas obras socialistas y comunistas hay ya un principio de crítica, puesto que atacan las bases todas de la sociedad existente. Por eso han contribuido notablemente a ilustrar la conciencia de la clase trabajadora. Mas, fuera de esto, sus doctrinas de carácter positivo acerca de la sociedad futura, las que predican, por ejemplo, que en ella se borrarán las diferencias entre la ciudad y el campo o las que proclaman la abolición de la familia, de la propiedad privada, del trabajo asalariado, el triunfo de la armonía social, la transformación del estado en un simple organismo administrativo de la producción..., giran todas en torno a la desaparición de la lucha de clases, de esa lucha de clases que empieza a dibujarse y que ellos apenas si conocen en su primera e informe vaguedad. Por eso todas sus doctrinas y aspiraciones tienen un carácter puramente utópico.

La importancia de este socialismo y comunismo crítico-utópico está en razón inversa al desarrollo histórico de la sociedad. Al paso que la lucha de clases se define y acentúa, va perdiendo importancia práctica y sentido teórico esa fantástica posición de superioridad respecto a ella, esa fe fantástica en su supresión. Por eso, aunque algunos de los autores de estos sistemas socialistas fueran en muchos respectos verdaderos revolucionarios, sus discípulos forman hoy día sectas indiscutiblemente reaccionarias, que tremolan y mantienen impertérritas las viejas ideas de sus maestros frente a los nuevos derroteros históricos del proletariado. Son, pues, consecuentes cuando pugnan por mitigar la lucha de clases y por conciliar lo inconciliable. Y siguen soñando con realizar experimentalmente sus utopías sociales, siguen soñando con la fundación de falansterios, con la colonización interior, con la creación de una pequeña Icaria, edición en miniatura de la nueva Jerusalén...[17] Y para levantar todos esos castillos en el aire no tienen más remedio que apelar a la filantrópica generosidad de los corazones y los bolsillos burgueses. Poco a poco van resbalando a la categoría de los socialistas reaccionarios o conservadores, de los cuales sólo se distinguen por su sistemática pedantería y por el fanatismo supersticioso con que comulgan en las milagrerías de su ciencia social. He ahí por qué se enfrentan rabiosamente con todos los movimientos políticos a que se entrega el proletariado, lo bastante ciego para no creer en el nuevo evangelio que ellos le predican (57).

En Inglaterra, los owenistas se alzan contra los cartistas, y en Francia los reformistas tienen enfrente a los discípulos de Fourier (58).

[17] "Colonias interiores" es el nombre que da Owen a sus sociedades comunistas modelos. "Falansterios" el título con que bautiza Fourier a sus proyectados palacios sociales. "icaria" se llamaba el país utópico, imaginario, cuyas instituciones comunistas pintaba Cabet. (F.E.)

IV Actitud de los comunistas ante los otros partidos de la oposición

Después de lo que dejamos dicho en el capítulo II, fácil es comprender la relación que guardan los comunistas con los demás partidos obreros ya existentes, con los cartistas ingleses y con los reformadores agrarios de Norteamérica (59).

Los comunistas, aunque luchando siempre por alcanzar los objetivos inmediatos y defender los intereses cotidianos de la clase obrera, representan a la par, dentro del movimiento actual, su porvenir. En Francia se alían al partido democrático-socialista[18] contra la burguesía conservadora y radical, mas sin renunciar por esto a su derecho de crítica frente a los tópicos y las ilusiones procedentes de la tradición revolucionaria.

En Suiza apoyan a los radicales, sin ignorar que este partido es una mezcla de elementos contradictorios: de demócratas socialistas, a la manera francesa, y de burgueses radicales (60).

En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846 (61).

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes estén prestos a volver contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria (62).

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante.

En todos estos movimientos ponen de relieve el régimen de la propiedad, cualquiera que sea la forma más o menos progresiva que revista, como la cuestión fundamental que se ventila.

Finalmente, los comunistas laboran por llegar a la unión y la inteligencia de los partidos democráticos de todos los países. Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones. Abiertamente declaran que sus objetivos sólo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sea sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.

¡Proletarios de todos los países, uníos![19]

---

[18] Era el partido que representaba en política Ledru-Rollin y que tenía por exponente literario a Luis Blanc; entre él y la actual socialdemocracia media, pues, un abismo de diferencia. (F.E.)

[19] El número 1 de la *Revista Comunista*, editado en septiembre de 1847 por el Comité Central de la Liga Comunista, llevaba ya a la cabeza, como lema, estas palabras (V. Engels, *Principios del comunismo* en

Anexos: notas aclaratorias al *Manifiesto Comunista*, documentos fundacionales de la Liga de los Comunistas y contexto del *Manifiesto Comunista*

anexos a esta obra). En el *Testamento* del cura Meslier (1664-1729), socialrevolucionario francés aparecen estas palabras: *Unissez-vous donc, peuples.*

David Riazanov: notas aclaratorias al Manifiesto Comunista

I Burgueses y proletarios

l. La batida contra los comunistas en 1847

Al ser elevado al solio pontificio en 1846, Pío IX se consideraba a sí mismo como un "liberal". En su actitud hacia el socialismo demostró, sin embargo, la misma hostilidad que el zar Nicolás I (1796-1855), desempeñando el papel de polizonte de Europa aun antes de que estallase la revolución de 1848. Metternich (1773-1859), canciller del imperio austríaco y representante caracterizado de la reacción europea, mantenía por entonces estrechas relaciones con Guizot, el más saliente historiador de la época, que había dirigido los Negocios Extranjeros de Francia desde 1840, pasando luego a ocupar la jefatura del Ministerio. Guizot (1787-1874) era el caudillo intelectual de la alta finanza y de la burguesía industrial y un enemigo irreconciliable del proletariado. A instancias del gobierno prusiano expulsó a Marx (1818-1883) de París. La policía alemana no sólo no dejaba en paz a los comunistas en su propio país, sino que los acosaba igualmente fuera de sus fronteras, en Francia, en Bélgica y hasta en Suiza, valiéndose de cuantas armas tenía a su alcance y utilizando todos los medios posibles para detener y ahogar su propaganda. Los radicales franceses Marrast (1801-1852), Camot (1801-1888) y Marie (1795-1870) sostuvieron batallas polémicas no sólo contra los comunistas y socialistas, sino contra los socialdemócratas de su tiempo, acaudillados por Ledru-Rollin (1807-1874) y Flocon (1800-1866).

2. Haxthausen, Maurer y Morgan

Augusto von Haxthausen (1792-1866) era un barón prusiano. En 1843, a petición de Nicolás I, se trasladó a Rusia con el fin de hacer investigaciones e informar acerca de las leyes rurales, las condiciones de la agricultura y la vida del campesino.

Fruto de esta labor fue un libro titulado *Estudio de la vida del pueblo y en particular de las instituciones agrarias de Rusia*, cuyo primer volumen apareció en 1847, y el tercero en 1852, cerca de cinco años después de la publicación del *Manifiesto Comunista*. El tercer volumen estaba principalmente dedicado a estudiar el comunismo agrario ruso. En sus viajes por Rusia, Haxthausen había sido acompañado por Alejandro Herzen (1812-1870), a quien sus escritos de política revolucionaria habían de elevar más tarde a lugar tan prominente. Bajo la influencia de su amigo, Haxthausen exaltó la importancia del comunismo agrario ruso, viendo en él el medio para salvar a la nación de la "plaga" que representaba el tener que pasar por un período de desarrollo proletario.

Jorge Ludwig von Maurer (1790-1872) fue un gran historiador, abogado, estadista y escritor alemán, que dedicó muchas de sus obras al estudio de las primitivas instituciones de los germanos. Estas obras, publicadas en el transcurso de las décadas del 50 y del 60, están todas ellas consagradas a estudiar la historia de las instituciones comunales, rurales y urbanas de Alemania. Apartándose de la vieja perspectiva (de la cual se encuentran todavía algunos vestigios en el *Manifiesto Comunista*), Maurer

demostró que el municipio de la temprana Edad Media, lejos de proceder de la servidumbre medieval de la gleba, se había desarrollado sobre la comuna rural libre (la Marca medieval).

Lewis Henry Morgan (1818-1881), norteamericano, fue un etnólogo especializado en la investigación de las organizaciones sociales primitivas. Vivió entre los indios iroqueses, dirigiendo su vida y estudiando sus costumbres. Morgan sostenía que los factores fundamentales del desarrollo histórico eran las invenciones y descubrimientos técnicos, el desenvolvimiento de las condiciones materiales de vida. Sus ideas acerca del desarrollo de la familia humana, y especialmente sus teorías sobre los sistemas de consanguinidad y afinidad, fueron analizados y discutidos por Engels en su obra sobre *Los orígenes de la familia, la propiedad privada y el estado,* publicada por primera vez en 1884. Engels intenta trazar en este libro el cuadro evolutivo de la sociedad desde los albores de la historia, con la mira de demostrar cómo va transformándose gradualmente en una sociedad de clases.

3. La decadencia de la economía medieval, la época de los descubrimientos geográficos y los orígenes del mercado mundial

La sociedad medieval, basada en la producción en pequeña escala, se hallaba ya envuelta en un activo proceso de decadencia durante la segunda mitad del siglo XV. Los progresos de la economía monetaria, resultado de las crecientes facilidades del cambio, así interior como exterior, crearon condiciones favorables para el desarrollo del capital numerario y mercantil. En el campo, el pago de los tributos feudales va haciéndose cada vez más en dinero en vez de en especie; las condiciones de la pequeña producción, lo mismo la libre que la servil, son cada vez más desfavorables; los terratenientes feudales van convirtiéndose en agricultores y echan mano de todos los recursos con tal de obtener riqueza en forma de dinero. Las fastuosas cortes y las enormes comitivas de los señores feudales fueron disueltas, y sus huestes, privadas ahora de dueño, y con ellas los campesinos que habían sido despojados de las tierras que ellos y sus antepasados venían cultivando durante tantas generaciones, fueron a engrosar las filas de los “pícaros y vagabundos”, que infestaban los caminos y las ciudades. A su vez, los gremios independientes, minados por las disensiones entre maestros y oficiales, cayeron bajo la férula del capital mercantil.

Los innumerables adelantos técnicos experimentados por los medios de producción metalúrgica, la manufactura textil, la navegación, los armamentos, la relojería, los instrumentos astronómicos, la invención de la imprenta y los progresos de las investigaciones científicas, especialmente los nuevos descubrimientos hechos en el mundo astronómico, todo vino a imprimir un poderoso impulso a las fuerzas productoras, alentando a los hombres de carácter emprendedor a asumir la iniciativa. La competencia desatada entre los comerciantes y manufactureros de las costas occidentales del Mediterráneo o los de las orillas del Atlántico (sirvan de ejemplo los puertos de Génova y Lisboa) y los venecianos, que tenían el monopolio del mercado del Asia y eran dueños del Mediterráneo oriental, movió a los mercaderes aventureros portugueses, españoles y genoveses a buscar una nueva ruta hacia las Indias. El príncipe Enrique el Navegante (1394-1460), cuarto hijo del rey Juan de Portugal, y la princesa Felipa de Inglaterra, hija de Juan de Gante, se habían distinguido ya, a principios del siglo XV, por los servicios prestados en materia de descubrimientos geográficos. Aquél fue quien mandó barcos a algunos lugares de la costa de África hasta entonces desconocidos, y sus capitanes quienes descubrieron en 1418 y 1420 las islas de Madeira y Porto Santo. A él se debió el fletamento de una expedición para explorar las Azores,

cuya colonización por los portugueses progresó rápidamente. Por el año 1460, los barcos del príncipe Enrique se habían aventurado hasta cerca del Ecuador, a unas cien leguas más allá de Cabo Verde. En 1486, Bartolomé Díaz (1455-1500) dio la vuelta al cabo de Buena Esperanza. Antes de que los portugueses pudieran organizar una nueva expedición para el descubrimiento de las Indias, el navegante genovés Cristóbal Colón (1446-1506) partió en su busca por la ruta occidental, y en 1492 descubrió las Antillas. Juan Cabot (1450-1498) y su hijo Sebastián (1474-1557) desembarcaron en las costas de Norteamérica en 1497. Pero hasta un año más tarde no coronó Vasco de Gama (1460-1524) la obra comenzada por Díaz, abriendo una ruta oceánica hacia la India. Dos años después, el navegante florentino Américo Vespucio (1451-1512), del cual se deriva el nombre de América, desembarcaba en las costas del Brasil. En 1500, el comandante portugués Pedro Alvarez Cabral (muerto en 1526) emprendió, enviado por el rey, la ruta de Vasco de Gama; pero vientos adversos lo desviaron tanto de su camino, que hacia el viernes santo de aquel año arribó a las costas del Brasil. Finalmente, Fernando Magallanes (1470-1521), primer navegante que dio la vuelta al globo, se abrió paso hacia el Pacífico a través del estrecho que lleva su nombre. Estas empresas y descubrimientos pusieron al mercado mundial en condiciones de absorber la creciente producción del siglo XVI, siglo en que comienza la era capitalista moderna. La cruel devastación y el horrible saqueo de las poblaciones indígenas por los primeros conquistadores (Cortés, 1485-1547, en Méjico y Pizarro, 1476-1541, en el Perú, por ejemplo) no abrieron paso hasta la segunda mitad del siglo XVI a la explotación sistemática de las tierras vírgenes con la ayuda del trabajo de los esclavos. Durante varios siglos África fue un vasto campo de caza para los negreros, que se adentraron por el continente negro en busca de esclavos para el mercado americano. De 1508 a 1860 cruzaron el Atlántico más de quince millones de negros y otros tantos murieron durante la travesía, víctimas de los “filantrópicos” esclavistas portugueses, españoles, franceses y, sobre todo, británicos. “El mercado de esclavos dio a Liverpool rango de gran ciudad; pues ese mercado era allí el método de la acumulación originaria. En Liverpool había hasta hace muy poco tiempo “respetables” ciudadanos dispuestos en todo momento a abogar con caluroso entusiasmo por el mercado esclavista. Véase, por ejemplo, la obra del doctor Aikín, escrita en 1795, en que se habla de aquél “audaz espíritu aventurero que caracterizó el mercado de Liverpool, elevándolo rápidamente al presente nivel de prosperidad, dando empleo a gran número de marinos y navegantes y reforzando en grandes proporciones la demanda y el mercado para las manufacturas del país…” (Marx, *Capital*, t. I, pág. 842). A comienzos del siglo XIX, cuando el desarrollo de la industria algodonera inglesa dio nuevo impulso a la producción del algodón en rama de los estados norteamericanos del Sur, la esclavitud había llegado a ser del otro lado del Atlántico una institución nacional y la cría de esclavos una empresa comercial muy rentable.

El descubrimiento y explotación de las minas de oro y plata de Bolivia, a partir de 1545, y las de México, a partir de 1548, contribuyó a engrosar las enormes reservas de oro y plata acumuladas por los europeos. La producción de plata, desde el año 1501 a 1544, se elevó a unos 460 millones de marcos; desde 1546 a 1600 alcanzó la cifra de 2.880 millones. La cantidad de monedas de plata puestas en circulación revela un aumento proporcional a esa alza.

La colonización sistemática de Norteamérica por los ingleses comenzó en 1620. Los franceses siguieron sus huellas. Al principio, los portugueses se hicieron dueños de las Indias Orientales; pero en 1600 los ingleses y los holandeses acometieron casi simultáneamente una campaña mediante la cual, luchando contra sus rivales de Europa (los portugueses y, más tarde, los franceses), fueron poco a poco sentando el pie en

ellas. Los primeros europeos que concertaron relaciones con China fueron los portugueses, que se apoderaron de Macao en 1557. Los ingleses no se establecieron en las costas chinas hasta 1684.

4. La manufactura

Al hablar aquí de la manufactura, nos referimos a ella como a una fase en el desarrollo del capitalismo industrial. Históricamente hablando, la manufactura se desarrolló invadiendo **la** pequeña producción artesana. Cuando el capitalista industrial hubo cogido en sus redes al artesano independiente, reunió bajo el mismo techo y en la misma empresa a diferentes clases de operarios, encargados de rematar tal o cual fase de un trabajo (de sastrería, por ejemplo) o de acabar las diferentes piezas (las piezas de un carro, v. gr.) para luego unirlas y formar un solo producto. La ventaja de este sistema de manufactura, en la época de su implantación, consistía en que la producción podía asumir dimensiones considerables, reduciendo los gastos superfluos. Sobre esta base se erige luego un sistema que va fomentando más y más la especialización en el trabajo, hasta que, por último, la manufactura se transforma en un mecanismo armónico, cuyos diferentes miembros corren a cargo de diferentes trabajadores, cada uno de los cuales no elabora más que una pequeña parte del artículo que sus antecesores habían tenido que elaborar completo y que ahora se convierten en meros instrumentos del proceso total de la producción. En Inglaterra, en Holanda, y más tarde en Francia, el período manufacturero de la producción capitalista comienza durante la segunda mitad del siglo XVI, alcanzando su apogeo en las primeras décadas del XVIII. (Téngase en cuenta que los autores del Manifiesto emplean el término “manufactura” en el sentido estricto que se le da más arriba y no en el sentido lato que incluye, como se advierte en la siguiente nota, la “maquinofactura”).

5. La revolución industrial y el desarrollo de la “maquinofactura”

La revolución industrial, que representa la suplantación de la manufactura capitalista por la producción en gran escala, tiene lugar a fines del siglo XVIII, con la invención de la máquina. Fue Inglaterra quien rompió la marcha, y, hablando en términos generales, podemos decir que esta revolución no termina hasta la primera mitad del siglo XIX. Comienza con toda una serie de invenciones y descubrimientos, sobre todo en materia de ganadería, agricultura, minería, producción textil y medios de transporte. El impulso inicial partió de la creación de lo que llamamos máquinas de trabajo y su invasión de la órbita hasta entonces reservada a los instrumentos del artesano o al trabajo de la manufactura. En 1733, John Kay (que florece allá por los años de 1733 a 1764) patenta su lanzadera, que, gracias a un mecanismo especial, sólo requería una mano para los movimientos de avance y retroceso. La primera etapa en la evolución del hilado mecánico se halla representada por el invento de Levis Paul (muerto en 1759), patentado en 1738 y conseguido con la ayuda de John Vyatt (1700-1766). De esta máquina se decía que era capaz de “hilar sin dedos”. (V. *Capital*, t. I, pág. 392) James Hargreaves (muerto en 1778), tejedor y carpintero, inventa en 1767 la máquina de hilar empleada en las manufacturas de algodón. Richard Arkwright (1732-l792) construye en 1767 su célebre bastidor, cuyo mérito principal consistía en estar provisto de la urdimbre de que carecía el invento de Hargreaves. Samuel Crompton (1753-1827), labriego y tejedor, dedica cinco años a la invención de su huso mecánico, aparato que precede a los descubiertos por Hargreaves y Arkwright para hilar la hebra más fina conocida. El telar mecánico fue inventado en 1785 por Edmund Cartwright

(1743-1823), pero no llegó a popularizarse hasta algunos años más tarde, gracias al industrial algodonero John Horrocks (1768-1804). Allá por la tercera y cuarta década del siglo XIX, el telar mecánico había suplantado en la industria textil a los anticuados métodos manuales.

Los progresos de la industria minera durante el siglo XVIII (la producción mundial de carbón se eleva, en el período de 1700 a 1770, de 214.800 a 7.205.400 toneladas) impusieron la introducción universal de la bomba de vapor. La fuerza motriz fue aprovechada prácticamente por primera vez para desaguar las minas. La primera máquina de Watt no sirvió más que para generalizar el empleo de las bombas de vapor introducidas por Newcom (1663-1729). La nueva bomba de Watt tenía un aparato de doble acción y fue perfeccionada más tarde por la patente de 1784. La fuerza motriz, que hasta ahora no había sido aprovechada casi más que en la industria minera, podía ya emplearse ventajosamente en mover fábricas de hilados y telares mecánicos, haciendo que el vapor reemplazase al agua como fuente de energía. En el primer cuarto del siglo XIX, el uso del vapor como generador de fuerza motriz se hizo casi universal. Luego, vinieron los transportes por medio de vapor. Roberto Fulton (1765-1815) perfeccionó en 1807 el descubrimiento de la navegación a vapor, y Jorge Stephenson (1781-1848) ideó la primera locomotora, ensayada con éxito en 1814. Cinco años más tarde se tendían los primeros carriles experimentales. El primer barco de vapor que hizo la travesía de Norteamérica a Europa, en 1819, invirtió veintiséis días en el viaje. En 1825 se abrió al servicio público en Inglaterra el primer ferrocarril. En 1830, el tendido de los ferrocarriles británicos era de unas 57 millas; en 1840, de unas 843, y en 1850 la red alcanzaba ya 6.630 millas.

En el campo de la agricultura, el antiguo sistema de cultivo a tres hojas fue suplantado por el método alternativo de rotación de cosechas. Roberto Bakewill (1725-1795) descubrió nuevos métodos para la ganadería, transformándola en una nueva rama industrial y acreditando una maravillosa pericia en la producción de diferentes ejemplares que respondieran a las necesidades del mercado. Sus especialidades eran la oveja de Leicester, de lana larga, y la raza vacuna de Dishley, de asta grande, que habían de hacerse famosas. El viejo régimen rural iba sometiéndose cada vez más a las condiciones de la producción capitalista. Paralelamente con la clase media propietaria y el campesino sin tierras que se había convertido en bracero, fue desarrollándose un nuevo tipo de agricultor en gran escala, verdadero capitalista industrial, que explotaba el trabajo asalariado en su provecho personal y en provecho del terrateniente, al que había de satisfacer la renta. El giro capitalista de la agricultura cobra todavía mayor relieve en el segundo cuarto del siglo XIX.

6. La evolución política de la burguesía

Lo que ante todo y sobre todo tienen presente los autores del *Manifiesto* es la evolución política de la burguesía francesa.

Marx escribe en otro sitio lo siguiente: “La historia de la burguesía puede dividirse en dos fases: durante la primera, la burguesía se destaca como una clase sujeta al régimen feudal y a la monarquía absoluta; durante la segunda, organizada ya como clase independiente, derriba el orden de la sociedad feudal y la monarquía, e instaura sobre sus ruinas el nuevo sistema burgués. La primera fase necesitó un período de tiempo mayor que la segunda para desarrollarse y un caudal de energías superior para su culminación.” (*Misère de la Philosophie*, pág. 242)

Durante los siglos XII y XIII, los municipios franceses hubieron de sostener una lucha contra los magnates feudales, aprovechándose de sus discordias intestinas. (La

palabra “comuna” fue adoptada, según explica Engels en una nota a una de las últimas ediciones del *Manifiesto*, por las comunidades municipales de Italia y Francia después de haber comprado o arrebatado a los señores feudales el derecho a gobernarse por sí mismas.) En los primeros años del siglo XIV solicitaron tener representación en los Estados Generales, asamblea en la que se reputaba representada toda la nación. De 1356 a 1358, la burguesía de París, acaudillada por Etiènne Marcel (muerto en 1358), preboste de los comerciantes de París, trató de sustituir a los Estados Generales por una institución representativa que pudiera reunirse a deliberar en determinadas fechas fijas, sin necesidad de que el rey la convocase. El monarca absoluto, aprovechándose de las disensiones encendidas entre los distintos estamentos (el clero, la nobleza, etc.), decidió pactar un arreglo con la oposición burguesa. La burguesía se convirtió así en el *tiers état*, tercer estado, en una clase sujeta a tributación y parte integrante del estado monárquico, equipada con derechos propios, que concentraba todas sus energías en servirse del aparato gubernamental poniéndolo al servicio del desarrollo industrial y mercantil. A la cabeza de este movimiento nos encontramos con una serie de burgueses financieros que, ayudados por los nobles cortesanos que se volvían hacia esta potencia naciente en demanda de apoyo, tratan de utilizar el poder monárquico como un instrumento para sus fines. La explosión de esta política, basada en la inhumana explotación de las masas trabajadoras y en un absoluto desprecio hacia los intereses de la pequeña burguesía, condujo a la Gran Revolución francesa, que levantó su llamarada a fines del siglo XVIII. Después del intermedio napoleónico (que terminó en 1815) y de la restauración borbónica sobrevino la revolución de 1830 y la instauración de la “monarquía de julio”, prototipo clásico de gobierno parlamentario basado en el derecho de sufragio de la burguesía.

En los Países Bajos, los burgueses sostuvieron una incesante lucha contra las instituciones feudales, lucha que a veces asume la forma de una verdadera guerra civil (como, por ejemplo, en la revolución de las ciudades flamencas, capitaneada por Iprés y Brujas en 1324, y que duró varios años). En la segunda mitad del siglo XVI, la burguesía de Holanda, unida a la nobleza baja y media, acaudilló el alzamiento nacional contra los Habsburgo y, tras larga y encarnizada lucha, los Países Bajos consiguieron manumitirse del yugo extranjero. Los holandeses fueron los primeros que crearon un estado burgués, y desde el siglo XVII sirvieron de modelo a los demás estados burgueses que fueron estableciéndose poco a poco en la Europa occidental.

Las repúblicas de las ciudades autónomas de Italia, después de sacudir el yugo de la aristocracia territorial, fueron asumiendo gradualmente la forma de oligarquías industriales y mercantiles. Pero al mismo tiempo que declinaba la hegemonía comercial del norte de Italia (donde el capitalismo mercantil se había desarrollado antes que en ningún otro país de Europa), se advertía un retroceso paralelo del capitalismo en las ciudades. Estas perdieron su antiguo esplendor, y hasta el siglo XIX no se reanudó en Italia el proceso de consolidación política de la burguesía.

En Gran Bretaña, los municipios urbanos consiguieron muy pronto representación parlamentaria, pero al iniciarse el desarrollo del capitalismo industrial, la burguesía británica no se contentó ya con el papel de consejera y postulante, sino que abrazó cada vez con mayor ímpetu la lucha por el poder político. La guerra parlamentaria, que dura desde 1641 hasta 1649, termina con la ejecución de Carlos I y la instauración de la república bajo el caudillaje de Oliverio Cromwell. Tras el breve período de restauración de los Estuardo, la revolución estalló nuevamente en 1688, logrando implantar esta vez una monarquía constitucional. La burguesía encuentra ahora valiosos aliados en los terratenientes de la clase media, que atraviesan por un rápido proceso de aburguesamiento. En el campo económico, el poder cayó en manos

de los sectores más influyentes de la burguesía, como había de ocurrir más tarde en Francia. Hasta muy entrado el siglo XIX, después de la reforma electoral de 1832 y la derogación de las "leyes anticerealistas", el estado británico no llegó a constituir una verdadera sociedad anónima integrada por toda la clase burguesa, unida por su política de explotación del mercado mundial, y sólo a partir de este momento se convierte el gobierno británico en un comité gestor de los intereses de la burguesía.

Este proceso de centralización política, en países que apenas si habían alcanzado todavía 1a unidad nacional, puede seguirse aún más claramente en la historia de Italia y Alemania durante el siglo XIX. En cuanto a Francia, el proceso cobró formas sobremanera relevantes y animadas, y la burguesía impuso su centralización política entre los años 1789 y 1815, aunque los toques finales no se diesen hasta 1830, 1848-50 y 1870-75.

7. El desarrollo del cambio y el predominio de los pagos al contado

"El cambio tiene tras de sí su historia propia y ha pasado por varias etapas en su desarrollo. Durante algún tiempo, en la Edad Media, por ejemplo, sólo se cambiaba lo sobrante, es decir, aquellos productos que excedían de las necesidades de la gente. Vino luego otra fase en la cual no sólo se cambiaba ya lo sobrante, sino que todos los productos de la industria pasaron a ser objeto de comercio. En este período la producción dependía enteramente del cambio. Finalmente, amaneció el día en que hasta las mismas cosas que antes se consideraban inalienables pasaron a ser artículo de tráfico mercantil. Hasta aquellas cosas que se entregaban pero que no se vendían, que se daban pero que no se cambiaban, que se adquirían pero que no se compraban (la virtud, el amor, las ideas, la ciencia, la conciencia, etc.), entraron en el comercio. Comienza, así un período de corrupción al por mayor, de venalidad universal, o, para decirlo en términos de economía política, un período en el que todo, en el orden espiritual como en el material, se convierte en valores de cambio y desciende al mercado para ser tasado en su justo precio." (Marx, *Misere de la Philosophie*, pág. 41)

"Cuando los bienes se convierten en valores de cambio, o viceversa, éstos en aquéllos, despierta la codicia de dinero. A medida que la circulación de esos bienes se extiende, el poder del dinero aumenta, pues el dinero es una forma de riqueza absolutamente social, siempre presta para el uso. Colón, en una carta escrita en Jamaica en 1503, dice lo siguiente: "¡Cosa maravillosa es el oro! Quien lo posee obtiene cuanto desea. ¡Con el oro se abren hasta las puertas del cielo a las almas!" Desde el momento en que el dinero no deja traslucir aquello que ha sido convertido en él, todo, sea valor moral o material, puede convertirse en oro. Todo puede ser objeto de compraventa. La circulación es la gran retorta social donde se vuelca todo para volver a salir cristalizado en dinero. Ni los mismos huesos de los santos escapan a esta alquimia, y menos aún cosas más delicadas, cosas sacrosantas que permanecían hasta ahora fuera del tráfico comercial de los hombres. Y así como todas las diferencias cuantitativas entre unos y otros bienes se borran en el dinero, el dinero es, a su vez, el nivelador radical en el que se esfuman todas las distinciones." (Marx, *Capital*, ed. alemana, t. I, pág. 195)

El régimen idílico y patriarcal imperante en Britania en vísperas de la revolución industrial de este país aparece admirablemente descrito por Engels en su obra sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (Londres, 1892). Esta obra, escrita en 1845, traza un animado cuadro de los tejedores que todavía disfrutaban de la propiedad de pequeñas parcelas de tierra:

"No hace falta un gran esfuerzo imaginativo para comprender que la vida moral e intelectual de esta clase de trabajadores tenía mucho de parecido. Aislados de las

ciudades, a las que no se trasladaban nunca (puesto que el lienzo y la hebra se los compraban los viajantes que les tenían a sueldo), los tejedores se hallaban de tal modo divorciados de la vida urbana, que aun en su vejez, después de haberse pasado una larga vida en las cercanías de una ciudad, podían decir que no la habían visto nunca. Tal era su situación en el momento mismo en que la introducción de la máquina les arrebató los medios de vida, forzándolos a buscar trabajo en las ciudades. El plano moral e intelectual de los tejedores era el mismo de los propietarios rurales de su localidad, con los cuales se asociaban libremente y a los que estaban unidos por lazos de gran intimidad, gracias a las tierras que cultivaban en los ratos que les dejaba libres su oficio. Veían en los hacendados o terratenientes principales de la vecindad sus superiores naturales. Acudían a ellos en busca de consejo, exponiéndoles sus pequeños problemas para que se los resolvieran y prestándoles la reverencia y acatamiento que este régimen patriarcal implicaba. Eran gentes "respetables", buenos padres y buenos maridos; llevaban una vida honrada y honesta, pues no estaban expuestos a tentaciones que se la torciesen, ya que en el distrito rural no había tabernas ni burdeles y el hostelero de la mina, en cuyo mesón mitigaban a veces su sed, era un hombre igualmente "respetable", tal vez un arrendatario rural, pagado de su buena cerveza, su buen orden y pendiente siempre de cerrar temprano los domingos y días de fiesta. Los hijos se criaban encerrados en su casa y educados en el principio de la obediencia y el santo temor de dios. Mientras los jóvenes permanecían solteros, persistían estas relaciones patriarcales. Los niños llegaban a la mayoría de edad en un candor idílico, manteniendo la intimidad con sus compañeros de juego hasta el matrimonio. A pesar de ser muy estrechas las relaciones que se mantenían entre los jóvenes de diferente sexo, puede afirmarse casi como regla general que estas relaciones se consideraban como mero preludio del matrimonio. Este era el corolario natural de aquéllas. En una palabra, los artesanos y oficiales ingleses de aquel tiempo vivían y se sucedían unos a otros en una vida de retraimiento, en una soledad que todavía (1845) se encuentra en ciertas partes de Alemania, sin quebraderos intelectuales de cabeza y sin ninguna sacudida violenta en su modo de vivir. Eran muy pocos los que sabían leer y muchos menos los, que sabían escribir. Cumplían con gran regularidad sus deberes con la Iglesia, no hablaban nunca de política, no conspiraban contra nada, no dejaban tiempo al pensamiento, se divertían con juegos y algazaras, escuchaban la lectura de la Biblia con piadosa atención y se sometían, llenos de humildad, mansedumbre y reverencia, a sus superiores. Pero desde un punto de vista intelectual vivían muertos, entregados exclusivamente a sus pequeños intereses, a sus telares y a sus huertos, bien ajenos al pujante movimiento que, más allá de su limitado horizonte, estremecía a la humanidad. Se sentían felices con aquella existencia tranquila y vegetativa. A no ser por la revolución industrial, jamás hubieran roto con aquel género de vida, indigno de seres humanos, pese a sus románticos colores. En rigor, apenas eran seres humanos, sino simples máquinas que trabajaban al servicio de un puñado de aristócratas, en quienes hasta entonces había residido la substancia de la historia." (Engels, obra citada, páginas 2-4)

El dinero contante, factor que preside la sociedad capitalista, es el estímulo cardinal en la vida: psicológica del burgués. De aquí el grito de guerra: "¡A llenar la bolsa!" Engels traza una vívida pintura de esto en las siguientes líneas: "A la burguesía inglesa le tiene completamente sin cuidado que sus obreros se mueran de hambre o de hartura, ya que, mientras dura su vida, los obreros no cesan de llevar dinero a sus manos. Lo mide todo por el mismo rasero monetario, y lo que no produce dinero es considerado, sea lo que sea, como insensato, inútil, como una quimera ideológica. El obrero es, para el burgués, no un ser humano, sino un simple "brazo", como él le llama aun en su propia presencia. El burgués reconoce que, para decirlo con las palabras de

Carlyle, "el pago al contado es el único lazo que une a los hombres". Hasta los lazos entre marido y mujer pueden traducirse, en el noventa y nueve por ciento de los casos, a términos monetarios. La lastimosa influencia que el dinero ejerce sobre el burgués ha dejado su rastro en el idioma inglés. Para decir que un individuo posee un capital de 10.000 libras esterlinas se emplea la siguiente frase: *So and so is worth £ 10.000* (literalmente traducido: "Fulano vale 10.000 libras esterlinas"). Todo el que tiene dinero es hombre "respetable" y se le aprecia conforme a su riqueza; ocupa un puesto entre "los de arriba" y tiene influencia; cualquier cosa que haga será siempre un modelo para sus conciudadanos. El espíritu del traficante invade todo el lenguaje. No hay relación que no se exprese en términos tomados del vocabulario comercial y se resuma en categorías económicas. La oferta y la demanda: he aquí la fórmula en que se resume toda la perspectiva vital del inglés. De ahí que tenga por tan lícita la libre concurrencia en todos los campos de la actividad humana, y de ahí también el régimen del *laissez-faire, laissez-aller* en política, medicina, educación, etc.; esta actitud del no intervencionismo no tardará en invadir también el campo religioso, pues el poder incuestionable de la Iglesia aliada al estado se está derrumbando más y más conforme pasan los días." (Engels, obra citada, págs. 279-280)

8. Carácter revolucionario del capitalismo

"Mientras el artesanado y la manufactura forman la base general de la producción social, la especialización del productor en una sola rama de producción, rompiendo con toda la variedad de sus ocupaciones primitivas, es un paso necesario de progreso. Sobre esta base, y como fruto de la experiencia, cada rama especial de producción asume su forma técnica adecuada; poco a poco, esa técnica se va perfeccionando hasta adquirir cierto grado de desarrollo que le permite al fin plasmarse en su forma más conveniente. Además de las diferentes clases de materias primas que afluyen al mercado, conspira a este proceso de diferenciación el perfeccionamiento gradual de los instrumentos de trabajo. Tan pronto como una forma determinada alcanza el grado de perfección que la experiencia señala como más adecuado, esa forma se plasma y cristaliza, fenómeno que puede advertirse prácticamente en el modo como se trasmite con frecuencia de generación en generación durante miles de años. Para la industria moderna, la forma de un proceso de producción no es nunca definitiva. Por eso sus bases técnicas son revolucionarias, mientras que el fundamento técnico de todos los antiguos métodos de producción era esencialmente conservador. Por medio de la máquina, los procedimientos químicos y demás métodos de que dispone, la industria moderna, al cambiar la base técnica de la producción, cambia las funciones de los trabajadores y el régimen social de los procedimientos de trabajo. Al mismo tiempo, y con no menos premura, transforma la división del trabajo dentro de la sociedad, desplazando incesantemente masas de capital y masas de trabajo de una a otra rama de producción." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 524- 526) Respecto al papel histórico del capitalismo, véase Plejánov (1856-1918), *Nuestras diferencias*. Obras (edición rusa), t. I, páginas 230-237.

9. Expansión del capitalismo a través del mundo

El ímpetu del capitalismo durante el siglo XVI fue debido a la expansión del mercado mundial. Pero hasta después de la revolución industrial del siglo XVIII la burguesía no se extendió por toda la faz de la tierra, valiéndose de los misioneros y los hombres de ciencia para penetrar en los más remotos rincones del mundo. Los ingleses

se adueñaron de Australia, Nueva Zelanda, el África del Sur y el Indostán entre los años 1 770 y 1848. Francia, que durante las guerras napoleónicas perdió la mayor parte de sus posesiones coloniales, arrebatadas por los ingleses, se compensó de estas pérdidas apoderándose de grandes extensiones de terreno en el África del Norte. Y así otros países.

10. Desarrollo cuantitativo y cualitativo del mercado mundial

“Antes de la invención de la maquinaria, la actividad industrial se contraía principalmente a la elaboración de materias primas producidas en el mismo suelo nativo. Así, la Gran Bretaña tejía géneros con la lana de sus ovejas; Alemania empleaba el lino para hacer géneros de lienzo; Francia producía lino y seda y transformaba estos productos en artículos acabados; en las Indias Orientales y en Levante, donde se daba el algodón, se fabricaban productos derivados de esta planta, y así sucesivamente. La introducción de la maquinaria de vapor determinó una división del trabajo tal, que la gran industria, desarraigada del suelo nativo, llegó a depender exclusivamente del mercado mundial, del cambio internacional y de la división internacional del trabajo.” (Marx, *Misère de la Philosophie*, página 194)

De·no ser por el algodón, el yute, el petróleo y el caucho, la industria europea hubiera ido fatalmente a la ruina. La industria maquinista y automovilística de Italia depende enteramente de la importación de carbón y de metales. Todas las mercancías transportadas durante un año por el paso de San Gotardo en los tiempos más florecientes del comercio medieval podrían acomodarse hoy holgadamente en un par de trenes corrientes. Las proporciones que ha llegado a adquirir el comercio mundial pueden documentarse con ayuda de las siguientes cifras. En 1800, el comercio internacional se calcula que ascendía a 6.050 millones de marcos (1 marco=8 onzas de

plata); en 1820, la cifra es de 6.820 millones; en 1840 asciende a 11.500 millones, y en 1850 se remonta a 16.650 millones. A comienzos del siglo XX, el comercio mundial había quintuplicado el volumen de 1850, alcanzando la cifra de 88.500 millones de marcos, y en 1912 se elevaba a 169.000 millones. La variedad de las mercancías lanzadas al mercado mundial es diez veces mayor. A fines del siglo XVIII aparecieron en escena, y empezaron a circular en una escala cada vez mayor, ciertas “mercancías aristocráticas”, artículos solicitados por las clases ricas. Entre el Báltico y las costas del noroeste de Europa se desarrolló un activo tráfico marítimo de granos y maderas de construcción. En 1790 se descargan en Londres, el centro más importante del comercio internacional, 580.000 toneladas de mercancías transportadas en barcos de vela. Cien años más tarde, esta cifra había aumentado a 7.709.000 toneladas. El desarrollo de la industria algodonera motivó una demanda cada día mayor de algodón en rama, que determinó la intensificación del cultivo de este producto en los estados norteamericanos del sur. En 1790, la producción arrojaba 2.000.000 de libras, en 1820 asciende a 180 millones. Esto determinó un aumento enorme de la importación de algodón en rama en Inglaterra. En 1751, la importación de este producto llegaba a 5.000.000 de libras; en 1820, la cifra aumentó a 142 millones. Durante el siglo XIX se operó una transformación completa en la naturaleza de los cargamentos que afluían al mercado mundial. De los Estados Unidos: trigo, algodón, petróleo y cobre; de Sudamérica: café, guano, nitro chileno y carne; de Asia: trigo, yute, algodón, arroz y té; de Australia: trigo, carne y lana. Toda esta variedad de productos era lanzada a los mares en barcos de vapor y abarrotaba los mercados del mundo.

11. Desarrollo de los medios de comunicación y transporte bajo el régimen capitalista

"La revolución operada en los métodos de producción industrial y agrícola obligaba a revolucionar también las condiciones generales del progreso social de producción, esto es, los medios de comunicación y de transporte. En una sociedad cuyas columnas (para emplear la expresión de Fourier) eran, primero, la agricultura en pequeña escala, con sus industrias domésticas derivadas, y segundo, el artesanado urbano, los medios de transporte y comunicación tenían que resultar prácticamente inadecuados para las exigencias del período manufacturero, con su amplia división del trabajo social, su concentración de los instrumentos de trabajo y de los obreros y sus mercados coloniales. Por eso, los transportes y las comunicaciones tenían que ser, como de hecho lo fueron, revolucionados. Y a su vez, los medios de transporte y comunicación legados por el período manufacturero al de la gran industria no tardaron en revelarse como trabas intolerables para el nuevo régimen industrial, con su ritmo febril de producción, sus vastas gradaciones, su constante trasiego de capitales y trabajo de una a otra esfera de producción y las nuevas proporciones del mercado mundial. He ahí por qué, aparte de los adelantos conseguidos en la construcción de barcos de vela, los medios de comunicación y de transporte hubieron de irse adaptando gradualmente, por medio de una red de vapores, ferrocarriles y telégrafos, a los métodos industriales de la gran producción." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 347-8)

En la segunda mitad del siglo XVIII, los barcos que hacían la travesía de Inglaterra a la India necesitaban de dieciocho a veinte meses para cubrir el viaje de ida y vuelta. Estos veleros transportaban un promedio de 300 a 500 toneladas de carga. El tonelaje total de la flota, a fines del siglo XVIII, se aproximaba a 1.725.000 toneladas. Con la invención del barco de vapor, impulsado al principio por ruedas de paletas y posteriormente por un sistema de hélices, el aumento de carga y velocidad en el tráfico marítimo adquirió proporciones gigantescas. Actualmente, los barcos de carga tienen un promedio de diez a doce mil toneladas, y los barcos de pasaje, con un tonelaje bruto de cuarenta a cincuenta mil, pueden navegar a una velocidad de veinte nudos por hora. Según las estadísticas noruegas, la capacidad de toda la flota marítima del mundo en el año 1821 sumaba 5.250.000 toneladas, en cuya cifra sólo correspondía un 0,2 por 100 al tonelaje de los barcos de vapor. En 1914, el tonelaje mundial alcanzaba la cifra de 31.500.000, siendo la inmensa mayoría barcos de vapor. En cuanto a los ferrocarriles, la extensión mundial cubierta por las líneas férreas, en 1840, era de 4.800 millas; en 1850 ascendía a 21.600; en 1870, a 136.000, y en 1913 era ya de 690.000 millas. El promedio de velocidad de los trenes de mercancías es de veinte a veinticinco millas por hora; el de los trenes de viajeros, de treinta y cinco. En 1812 se necesitaban cinco días para trasladarse de Berlín a Viena; en 1912, el viaje queda reducido a doce horas. La travesía de Berlín a París duraba, en 1812, nueve días; en 1912, sólo dura ya diecisiete horas. En vez de los cuarenta y ocho días necesarios para hacer la travesía de Hamburgo a Nueva York, en 1812, a los cien años, en 1912, se necesitaban solamente siete días. A partir de 1840, después de las reformas introducidas por Rovland Hill (1795-1879), fueron organizados los servicios postales para responder a las demandas de la gran industria. A fines del siglo XIX este servicio abarcaba, prácticamente, el mundo entero, desde la Tierra del Fuego a los islotes helados de Spitzbergen. La Unión Postal convirtió al globo terráqueo en un solo "país postal".

El primer semáforo o telégrafo óptico, inventado por Claude Chappe (1763-1805), fue adoptado por la Asamblea Legislativa en 1792 y prestó grandes servicios a los ejércitos revolucionarios en sus luchas contra la coalición monárquica. Actualmente, el semáforo más corriente es el usado en los ferrocarriles. Antes de la invención del

telégrafo eléctrico, el semáforo se utilizaba para transmitir mensajes a grandes distancias y con mucha velocidad. Hacia el año 1830 se construyó un aparato electro-telegráfico, y Morse (1791-1872), un norteamericano, inventó el método telegráfico que lleva su nombre. A partir de 1844 fue universalmente adoptado el telégrafo eléctrico como medio de comunicación acomodado a las necesidades del mercado mundial y en consonancia con el ritmo de su desarrollo. Sólo por medio del telégrafo puede el mundo del comercio mantenerse al día en las alzas y bajas de los precios. En 1865, fecha en que fue tendido el primer cable submarino, el mundo entero quedó unido por una red telegráfica. El telégrafo ha permitido estrechar los lazos entre las metrópolis y sus colonias, entre las centrales comerciales y sus sucursales y agencias en el extranjero. A fines del siglo XIX, las redes de comunicación telegráfica tendidas abarcaban una extensión de cinco millones de millas. El teléfono fue introducido hacia el año 1870, y desde entonces se ha desarrollado de tal modo, que no sólo nos permite comunicar con nuestros amigos dentro del país en que nos encontramos, sino también por encima de las fronteras nacionales. Se calcula que los hilos telegráficos y telefónicos tendidos en todo el mundo alcanzan actualmente una extensión aproximada de cuarenta millones de millas y que podrían dar la vuelta al planeta mil seiscientas veces. Con la innovación del telégrafo y el teléfono sin hilos se abre una nueva era en la historia de los medios de comunicación.

Los comerciantes ingleses, rebajando el precio de sus productos, especialmente de los artículos de algodón, arruinaron a la industria de las Indias Orientales. No contentos con sus fuentes de riqueza económica, echaron mano de los métodos políticos, sin el menor escrúpulo de conciencia. De este modo, encañonándolos con sus fusiles, obligaron a los chinos a aceptar la importación de opio. Por estos procedimientos logró vencerse la hostilidad de los japoneses contra el comercio extranjero. Sólo que esta vez fue la marina de guerra norteamericana la que cumplió la misión. Por virtud de la convención Perry de 1854, de la convención Harris de 1857 y del tratado de Yedo de 1858, los japoneses se comprometieron a abrir ciertos puertos de sus costas al mercado occidental.

12. El divorcio entre el campo y la ciudad

"Tres siglos necesitó Alemania para instaurar la primera división del trabajo en gran escala: la separación del campo y la ciudad. Al cambiar en este respecto las relaciones entre el campo y la ciudad, fue transformada la sociedad entera. Concentrémonos en este aspecto de la división del trabajo nada más y notemos el contraste entre las repúblicas clásicas, en que regía, de una parte, la esclavitud, y de otra el feudalismo cristiano, o, sin ir tan lejos, en el contraste entre la vieja Inglaterra, con sus terratenientes blasonados, y la moderna Inglaterra, con sus lores algodoneros. Durante los siglos XIV y XV, cuando no se conocían todavía las posesiones coloniales, cuando América no existía para los europeos y el tráfico con el Asia se mantenía al través de Constantinopla, cuando el mar Mediterráneo era la clave del comercio, en esos tiempos, la división del trabajo dentro de la sociedad era completamente distinta a lo que había de ser luego, en el siglo XVII, cuando España, Portugal, Holanda, Inglaterra y Francia se hallaban empeñadas en la adquisición de posesiones coloniales en todos los rincones del planeta." (Marx, *Misère·de la Philosophie*, páginas 177-8) En *El Capital*, Marx vuelve sobre este tema y añade: "La base fundamental de toda división del trabajo en su pleno desarrollo, tal como la implanta el cambio de productos, es el divorcio entre el campo y la ciudad. Puede decirse que toda la historia económica de la ciudad se cifra en esa separación." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 371-2)

La gran industria asestó el golpe de gracia a los anticuados métodos de la agricultura, arrancando al campesino a las pésimas condiciones de la vida rural. “En el campo de la producción agrícola, el efecto más revolucionario de la gran industria consistió en destruir el baluarte de la vieja sociedad, el campesino, desplazado ahora por el jornalero. De este modo, la apetencia de transformaciones sociales en el campo y la oposición con que tropiezan se van asimilando a las de la ciudad. El régimen capitalista de producción corta radicalmente los viejos lazos de unión entre la agricultura y la manufactura, que se mantuvieron unidas mientras ambas se hallaban en la infancia.” (Marx, *Capital*, (. I, página 546)

Por las cifras que damos a continuación podemos juzgar de la rapidez con que se desarrolló la población urbana a expensas del campo durante las primeras décadas del siglo XIX. En 1800, el censo de población de Londres era de 959.000 habitantes; hacia 1850 había ascendido a 2.363.000. Entre 1800 y 1850, el censo de población de París se elevó de 547.000 a 1.053.000 habitantes. En el mismo período, el censo urbano de Nueva York ascendió de. 64.000 a 612.000 habitantes. El aumento de población experimentado por los nuevos centros industriales, tales como Mánchester, Birmingham, Sheffield y Bradford fue todavía más rápido. Pero esto no es nada, comparado con el aumento de la población urbana durante la segunda mitad del siglo XIX. He aquí algunos datos:

	1850	1900
Viena	444.000	1.675.000
San Petersburgo	485.000	1.133.000
Berlín	419.000	1.889.000
Múnich	110.000	500.000
Essen	9.000	119.000
Leipzig	63.000	456.000
Chicago	30.000	1.699.000
Nueva York	612.000	3.437.000

En el año1851, la población urbana de Inglaterra y el país de Gales ascendía ya a 8.991.000 habitantes, lo que arroja un 50 por 100 de la población total. Hacia 1901, el cálculo arroja 28.169.000 habitantes, o sea, el 88 por 100 de la población total del país. La rapidez con que creció el censo de población en Inglaterra y Gales puede deducirse del siguiente cuadro:

Año	Población
1690	5.000.000
1801	9.000.000
1851	17.900.000
1901	32.500.000

En 1800, la densidad de población en Inglaterra y Gales es de unos 146 habitantes por milla cuadrada; en 1840, de 265, y en 1901, de 540.

13. La acumulación del capital

La acumulación del capital en manos de los capitalistas sigue dos caminos distintos: primero, el capital se multiplica automáticamente, incrementándose con las ganancias obtenidas del trabajo ajeno (concentración del capital), y luego se acumula

por la unión de varios capitales individuales formando sociedades, monopolios, sindicatos y trusts (centralización del capital).

La renta total sujeta a tributación en el Reino Unido sumaba en 1856, 307.068.898 libras esterlinas; en 1865, 385.530.020; en 1882, 601.450.977, y en 1912, 1.111.456.413. A esto hay que agregar los ingresos no sujetos a tributación, y tendremos un total de 2.200 millones de libras esterlinas. La mitad de estas rentas corresponde a una octava parte de la población. En 1884, el número de sociedades anónimas existentes en Inglaterra era de 8.192. En 1900, la cifra había ascendido a 29.730; en 1917, a 66.094. El capital de estas sociedades aumenta en la misma proporción: de 480.000.000 de libras esterlinas, en 1884, a 1.640.000.000 en 1900 y a 2.720.000.000 en 1916.

La riqueza nacional de Francia entre los años 1909 a 1913 se calculaba en 225.000 millones de francos, repartidos entre 11.634.000 franceses. De éstos, 98.243 personas poseían más de 250.000 francos cada una, sumando entre todas 106.000.000.000 de francos, o sea, cerca de la mitad de toda la riqueza nacional. Si dejamos a un lado a los grandes acaudalados, que vienen a sumar, aproximadamente, unos 18.586 individuos con un capital total de 60.500.000.000 de francos, nos quedarán menos de 9.500.000 personas con más de 10.000 francos de capital cada una y una riqueza global de 66.000 millones de francos.

En Prusia había 8.570.418 individuos cuyas rentas no llegaban a 900 marcos. Sumadas todas estas rentas nos darán una cantidad menor a la de la suma a que ascienden las rentas de 146.000 individuos de categoría superior. El siguiente cuadro se refiere a las personas que disfrutan rentas de más de 100.000 marcos cada una:

Año	Número de personas
1913	4.747
1914	5.215
1917	13.327

En 1850, la riqueza nacional de los Estados Unidos era de 7.100 millones de dólares; en 1870, de 30.000 millones, y en 1900 había ascendido a 88.500 millones. Según algunos economistas, en 1920 alcanza ya la suma de 500.000 millones de dólares. En 1917 existían 19.103 ciudadanos norteamericanos con una renta anual de más de 50.000 dólares; de éstos; 141 disfrutaban ingresos de más de 1.000.000 de dólares cada uno. El capital invertido en la industria manufacturera sumaba, en 1899, 8.900 millones de dólares, y en 1914, 22.700 millones. El capital invertido en ferrocarriles ascendía en 1899 a 11.000 millones de dólares, y en 1914, a 20.200 millones.

El National City Bank, banco controlado por los grandes trusts, poseía ya en 1879 un capital de 16.700.000 dólares. Hacia 1899, el capital del Banco había ascendido a 128 millones y en la actualidad suma ya mil millones.

Los Estado Unidos no representan más que el 7 por 100 del territorio mundial y su población hacia un 6 por100 del censo de población del mundo; sin embargo, esta república capitalista produce el 20 por 100 del oro mundial, el 25 por 100 del trigo, el 40 por 100 del hierro y el acero, el 40 por 100 del plomo, el 40 por 100 de la plata, el 50 por 100 del cinc, el 52 por 100 del carbón, el 60 por 100 del cobre, el 60 por 100 del algodón, el 60 por 100 del petróleo, el 75 por 100 del trigo y el 85 por 100 de los automóviles que circulan por el mundo. Pues bien, toda esta producción está en manos de unos cuantos *trusts*, capitaneados por una veintena de multimillonarios como Rockefeller, Morgan, Ford, MacCormick y Armour.

14. El capitalismo y la conquista de la naturaleza por el hombre

Hasta 1848, la conquista de la naturaleza por el hombre se había ido desarrollando muy lentamente. Sin embargo, el aprovechamiento energético del aire y del agua y el empleo del vapor como fuerza motriz habían hecho progresos considerables después de adoptarse con carácter general los inventos de Watt. Desde·1820, las invenciones en el campo de la electricidad se sucedieron sin cesar, destacándose los nombres de Oersted (1777-1851), Seebeck (1770-1831) y Faraday (1791-1867). Pero, a excepción del telégrafo eléctrico y de la electrometalurgia, estos descubrimientos no habían llegado a aplicarse a la industria manufacturera hasta que en el último tercio del siglo XIX apareció una nueva rama industrial: la electrotecnia.

La aplicación de las ciencias químicas a la agricultura, la química agrícola, como se la llama algunas veces, se debe principalmente a un alemán, Justus von Liebig (1803-1873), si bien no debemos omitir aquí el nombre del inglés Humphry Davy (1778-1829), cuyo libro acerca de los *Elementos de la química agrícola* vio la luz en 1813. La primera obra de Liebig, *La química en sus aplicaciones a la agricultura y a la fisiología* (*Die Chemie in ihrer An wendung auf Agricultur und Physiologie*) apareció en 1840. "Uno de los servicios inmortales prestados por Liebig a la ciencia [escribe Marx (*Capital*, t. I, página 548, nota)] consiste en haber expuesto los aspectos negativos o destructores de la agricultura moderna y en haberlo hecho enfocándolo en la perspectiva de las ciencias naturales." Un poco más arriba, en el mismo texto, nos encontramos con estas líneas: "Con el aumento cada vez mayor del censo de población concentrada en los grandes centros urbanos, la producción capitalista imprime, de un lado, mayor movilidad a la sociedad, mientras que de otro destruye el intercambio de materias entre el hombre y el suelo, es decir, impide que se restituyan a la tierra los elementos que el hombre utiliza para su alimentación y vestido, restitución que es la reserva natural indispensable para la conservación de la fertilidad del suelo." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 546-547).

Liebig fue el primero en demostrar que la razón de que se agotase la capacidad de producción de la tierra estaba en que el régimen de intercambio entre el hombre y el suelo se veía interrumpido, pues al irse desarrollando las cosechas extraían del suelo ciertas substancias que el hombre no podía restituirle. Una de las características de la economía capitalista, con su separación de la ciudad y el campo, consiste en que roba al suelo ciertas substancias fertilizadoras, sin lograr devolvérselas en forma de abono natural. En la economía natural, cuando los frutos de la tierra se consumían casi por entero en la misma localidad donde se producían, el abono fisiológico producido por los consumidores, así hombres como animales, bastaba para devolver al suelo sus materias fertilizantes. Pero al irse formando ciudades cada día más populosas, los productos agrícolas pasaron a ser consumidos fuera de los lugares de cultivo, sin que, por tanto, el abono natural pudieses ser restituido al suelo. Con la pérdida del abono natural surgió la necesidad de descubrir substancias fertilizadoras artificiales que devolvieran a la tierra loa elementos que le habían sido extraídos por el cultivo. Liebig sostenía que el abastecimiento de substancias minerales tenía un límite, toda vez que el suelo no podía aportarlas en cantidad ilimitada; por eso el primer deber del agricultor y la misión de los abonos consistía en restituir a la tierra aquellas materias minerales que las cosechas, al multiplicarse, le arrebataban. Con este criterio se fabricó un abono químico, integrado por las substancias minerales esenciales, tales como ácido fosfórico, potasa y nitrógeno. Desde 1840 fue generalizándose el empleo de los abonos químicos. Hoy se emplean como fertilizantes abonos artificiales nitrogenados, escoria básica y superfosfatos,

huesos pulverizados y abonos sintéticos. La escoria básica es un producto obtenido de la fundición del acero, y sus propiedades fertilizantes no fueron descubiertas hasta 1878. La aplicación de la química a la producción industrial fue descubierta hacia fines del siglo XVIII. Allá por el año 1787, Nicolás Leblanc (1742-1806) fijó su atención en el urgente problema de la fabricación de carbonato sódico, como producto derivado de la sal. Sus trabajos experimentales condujeron en 1790 a la fundación de la importantísima industria del álcali, cuyos productos se emplean para el blanqueado de diferentes artículos (de determinadas clases de papel, especialmente) y para la fabricación de cohetes, cerillas, jabón, en las industrias textiles, tintes, etc. La primera aplicación práctica del gas de carbón al alumbrado se suele atribuir a William Murdoch (1754-1839), que hizo experimentos demostrativos de sus posibilidades por los años de 1792 a 1802. En 1804, un alemán hizo una demostración de este descubrimiento en el Lyceum Theatre de Londres, en la cual la invención del gas de alumbrado había alcanzado ya un alto grado de progreso. Como resultado de todas estas experiencias, el nuevo sistema fue instalado en Pall Mall, en la ciudad de Londres, en 1807. El residuo sólido más importante obtenido por la destilación del carbón es el cok; el residuo líquido da el alquitrán y el amoníaco. Entre los productos secundarios tenemos el benzol, los tintes de anilina, una serie de desinfectantes, naftalina, sacarina, etc. Los productos empleados en la fabricación de jabón y velas de sebo fueron revolucionados a comienzos del siglo XIX por las investigaciones de Chevreuil (1786-1889) sobre las grasas y los aceites, y por Leblanc (1742-1806), que hizo descubrimientos importantes en cuanto al modo de obtener sosa cáustica de la sal. Pero la nueva era de la aplicación de las investigaciones químicas a la industria no comenzó hasta mediados del siglo XVIII, pocos años después de la publicación del *Manifiesto*. Hacia el año 1848, la revolución industrial experimentada por la producción textil, que hasta entonces se había limitado principalmente a los hilados y tejidos, entró en su etapa final con los adelantos introducidos en el tinte y los procedimientos de estampación. En 1856, W. H. Perkin (1838-1907) preparó el primer tinte de anilina, o sea la materia colorante que da el tono llamado malva. No tardaron en sucederse rápidamente otros brillantes descubrimientos en la industria del tinte, procedentes de la destilación del alquitrán de hulla, y hoy día el tintorero tiene a su disposición la más compleja variedad de tintes, capaces de producir toda la gama de colores y matices, de las más diversas cualidades, poco permanentes muchos de ellos, pero otros en cambio, en gran número, absolutamente fijos y capaces de resistir toda serie de influencias.

La roturación y cultivo de las partes distantes del planeta (proceso al que se refieren Marx y Engels en el *Manifiesto*) había recorrido ya sus primeras etapas en el año 1848. En 1815, los Estados Unidos de América empezaban a ser el centro principal del cultivo del algodón. La producción algodonera de los Estados Unidos en el año 1830 fue de 73.000 balas; en el año 1840 había ascendido ya a 1.348.000. En los años que siguen al de 1850, el aumento de la producción de cereales en los Estados Unidos adquirió todavía mayor incremento. En 1840, la producción de trigo fue de 84.800.000 bushels[20]; durante el quinquenio de 1901 a 1905, la cifra asciende a·662.000.000 de bushels anuales. La producción total de cereales fue en 1848 de 377.000.000 de bushels, mientras que en el transcurso de 1901 a 1905 el promedio de producción anual alcanza la cifra de 2.100.000.000. El Canadá, la América del Sur, Siberia, el África, etc., no entraron en competencia con Norteamérica hasta después de 1850.

La navegación fluvial se atuvo a métodos anticuados hasta el último tercio del siglo XVIII. A mediados de este siglo, Inglaterra comenzó la construcción de canales, y

[20] El bushel norteamericano equivale a 25 litros.

en Francia empezó también a construirse una red de vías artificiales de agua. Los canales abiertos en los· primeros tiempos eran, en su mayoría, de los llamados de bote o de gabarra, y por su poca profundidad y anchura sólo eran navegables por barcos de poco calado. El desarrollo que toma la construcción de canales se debe a las necesidades del comercio. A medida que la técnica de estas obras hidráulicas se fue perfeccionando fueron abriéndose canales mayores, hasta llegar a las grandes vías practicables por barcos de gran calado. Estos canales se abren, bien para acortar la distancia entre dos mares, rompiendo un istmo (el canal de Suez y el de Caledonia, por ejemplo), o para convertir importantes centros interiores en puertos de mar (sirvan de ejemplo el canal de Mánchester y el de Zeebrugge-Brujas en Flandes). El curso tortuoso de los ríos se salvó abriendo cauces de una curva a otra, y los declives del cauce por medio de esclusas y represas. El fondo y la desembocadura de los ríos se mantienen limpios por medio de máquinas especiales de dragado, movidas generalmente a vapor. La construcción de canales no cesó de desarrollarse hasta la introducción de los grandes ferrocarriles.

15. Algunos datos acerca de la teoría y la historia de las crisis

En su libro acerca de la situación de la clase obrera en Inglaterra, Engels trata con alguna extensión del problema de las crisis, demostrando que tienen su origen en la concurrencia y en el mismo carácter genuino de la producción capitalista. “Las condiciones anárquicas de la moderna producción y distribución de los productos, condiciones que están gobernadas por el afán de lucro y no por la satisfacción de necesidades, y que hacen que todo el mundo trabaje con el único fin de enriquecerse, no pueden por menos de producir frecuentes colapsos. En los comienzos de la era del progreso industrial, estos colapsos se limitaban a tal o cual rama de la industria o a determinados mercados; pero tan pronto como se centralizaron las actividades de los competidores, los obreros privados de trabajo en una rama de la industria se lanzaron a otra, prefiriendo siempre, naturalmente, el oficio más fácil de aprender. De este modo, los artículos que no encuentran comprador en un mercado afluyen a otro, y así sucesivamente. En ocasiones, estas pequeñas crisis se aglutinan, formando crisis en gran escala y sucediéndose periódicamente de cinco en cinco años, tras un corto período de expansión y prosperidad general.” (Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, ed. alemán, página 84) Engels habla en otro lugar de ciclos de cinco y de seis años, y en sus *Principios de comunismo* menciona períodos de siete años. “Desde comienzos de siglo, la industria ha venido fluctuando constantemente entre épocas de prosperidad y épocas de crisis, y cada cinco, seis o siete años se produce una de estas crisis, que trae aparejada una miseria cada vez mayor de la clase obrera, una agudización revolucionaria general y el mayor de los peligros para el orden social existente.” (V. infra, Apéndice, *Principios de comunismo,* por Engels: respuesta a pregunta I l.)

Bastantes años después de 1848, cuando Marx se hallaba entregado a la redacción de *El Capital*, vino Engels a reconocer que esos ciclos de fluctuación entre la prosperidad y las crisis abarcaban, no cinco, seis ni siete años, sino hasta diez y once[21].

[21] Es interesante señalar aquí que el mismo Engels escribía, en nota a pie de página en la primera edición en alemán del Tomo III en 1984, lo siguiente: “(Como ya hemos hecho notar en otro pasaje, se ha operado aquí un viraje desde la última gran crisis general. La forma aguda del proceso periódico con su ciclo de diez años que hasta entonces venía observándose parece haber cedido el puesto a una sucesión más bien crónica y larga de períodos relativamente cortos y tenues de mejoramiento de los negocios y de períodos relativamente largos de opresión sin solución alguna. Aunque tal vez se trate simplemente de una mayor duración del ciclo. En la infancia del comercio mundial, de 1815 a 1847, pueden observarse

La primera crisis de proporciones nacionales se produjo en 1825-1826. La había precedido una explosión de fiebre especulativa, que recibió su impulso inicial con la apertura del mercado de la América del Sur. La segunda crisis general se manifestó en los años 1836-1837, precedida por un desarrollo gigantesco de la industria inglesa y una gran alza en las exportaciones, principalmente a Norteamérica. El año 1847 asistió a la tercera crisis de grandes proporciones: la depresión que siguió inmediatamente a la "fiebre ferrocarrilera" de 1845 y 1846, que hizo que el capital se volcase febrilmente en la construcción de ferrocarriles.

Este ritmo febril en la apertura de vías férreas, que al principio atrajo una masa imponente de hombres, dejó al fin en la calle a unos 50.000 obreros. Además, la crisis afectó a la industria algodonera y a las ramas minera y metalúrgica. Fue en el apogeo de esta crisis, que se extendió a la Gran Bretaña, América y a casi todo el continente europeo (a excepción de Rusia), cuando Marx, a petición de la Liga Comunista, redactó su *Manifiesto*.

16. Evolución histórica del proletariado

Por "proletario" se entiende hoy todo el que no dispone de más medios de vida que la venta de su fuerza de trabajo. Originariamente, en su forma latina, *proletarius* no significa enteramente lo mismo. En la Roma antigua, "proletario" era el que no tenía más fortuna que su descendencia, sus vástagos, la "prole" (*proles*). En un principio, el proletariado, la clase más humilde de la población romana, estaba exenta de tributos y del servicio militar. Más tarde fue admitida en el ejército y equipada por el estado. En la época de las guerras civiles, cuando el campesino romano se hallaba ya arruinado, y posteriormente bajo el Imperio, el proletariado formaba el verdadero núcleo del ejército. En tiempo de paz, este cuerpo de hombres se sostenía a expensas del estado, recibiendo regularmente sus raciones de grano. Salvo el nombre, entre este proletariado y los proletarios europeos sin tierras ni hogares de nuestros días, apenas hay nada de común. Ni debemos olvidar tampoco que, como indica Marx, "en la Roma clásica, la lucha de clases se mantenía en la esfera de una minoría privilegiada, entre libres ricos y libres pobres. Los esclavos, que formaban la gran masa trabajadora de la población, no eran sino el pedestal pasivo que sostenía esta lucha. La gente parece haberse olvidado de la notable frase de Sismondi: "El proletariado romano vivía a expensas de la sociedad; en

---

sobre poco más o menos crisis [Se trata evidentemente de una errata. Debe decir *ciclos*. Editores] de cinco años; de 1847 a 1867, los ciclos son, resueltamente, de diez años; ¿estaremos tal vez en la fase preparatoria de un nuevo *crack* mundial de una vehemencia inaudita? Hay algunos indicios de ello. Desde la última crisis general de 1867, se ha producido grandes cambios. El gigantesco desarrollo de los medios de comunicación (navegación transoceánica de vapor, ferrocarriles, telégrafo eléctrico, Canal de Suez) ha creado por primera vez un verdadero mercado mundial. Inglaterra, país que antes monopolizaba la industria, tiene hoy a su lado a una serie de países industriales competidores; en todos los continentes se han abierto zonas infinitamente más extensas y variadas a la inversión del capital europeo sobrante, lo que permite distribuirse mucho más y hacer frente con más facilidad a la superespeculación local. Todo esto contribuye a eliminar o amortiguar fuertemente la mayoría de los antiguos focos de crisis y las ocasiones de crisis. Al mismo tiempo, la concurrencia del mercado interior cede ante los *cartels* y los *trusts* y en el mercado exterior se ve limitada por los aranceles protectores de que se rodean todos los grandes países con excepción de Inglaterra. Pero, a su vez, estos aranceles protectores no son otra cosa que los armamentos para la campaña general y final de la industria que decidirá de la hegemonía en el mercado mundial. Por donde cada uno de los elementos con que se hace frente a la repetición de las antiguas crisis lleva dentro de sí el germen de una crisis futura mucho más violenta. *F.E.*)" (Marx, *El Capital*, Tomo III, Fondo de Cultura Económica, México, cuarta reimpresión, 1971, páginas 459-460, nota 3) Nota de Edicions Internacionals Sedov.

cambio, la sociedad moderna vive a expensas del proletariado.” (Carlos Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, páginas 18-19)

La palabra “proletariado”, en su acepción de “salariado”, no fue admitida en el lenguaje general hasta la primera mitad del siglo XIX. En la introducción a la edición original alemana de su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, libro en el que por primera vez se traza un detallado estudio del proletariado inglés, remontándose hasta mediados del siglo XVIII, Engels advierte que emplea las palabras *obrero, proletario, clase trabajadora, clase no poseedora y proletariado* como expresiones sinónimas del mismo concepto. En otro lugar escribe: “El proletariado es aquella clase social cuyos medios de vida dependen por entero de la venta de su trabajo (fuerza de trabajo) y no de las ganancias obtenidas del capital; cuya suerte y cuya desventura, cuya vida y cuya muerte, cuya existencia entera dependen de la demanda de trabajo (fuerza de trabajo), de la sucesión alternativa de buenas y malas épocas, de las fluctuaciones producidas por la competencia desenfrenada. El proletariado o clase proletaria es, en una palabra, la clase trabajadora del siglo XIX.” (*Principios de comunismo*, respuesta a la pregunta 2. V. infra, Apéndice.) En la segunda mitad del siglo XIV surgió en Inglaterra una clase de proletarios o trabajadores asalariados. A lo largo de ciento cincuenta años, esta clase formó la capa inferior de la población, logrando diferenciarse gradualmente de las filas de artesanos, oficiales y campesinos, y emancipándose de los vínculos feudales.

En lo que concierne a la condición social, el proletariado, en los primeros días de su existencia, apenas se diferenciaba de otros braceros dedicados al trabajo manual o a las labores del campo. Pero al desarrollarse el capitalismo, el proletariado adquirió características específicas. La diferencia entre el proletario, el campesino libre y el artesano estriba en el hecho de que el trabajador proletario carece de todo medio de producción, y, por tanto, no pudiendo trabajar por su cuenta (como el artesano y el campesino), se ve obligado a trabajar al servicio de otro, al servicio del dueño del capital. Se vende a sí mismo, vende su fuerza de trabajo, ni más ni menos que otra mercancía cualquiera, recibiendo a cambio un salario.

Mientras el capitalismo no había salido todavía de la infancia, mientras los poderes feudales en el campo y las corporaciones gremiales en la ciudades entorpecían la transformación del capital monetario y mercantil en capital industrial, mientras la nueva industria manufacturera sólo podía echar raíces en aquellos centros urbanos que permanecían al margen de la jurisdicción corporativa, durante todo este tiempo, los proletarios, los asalariados podían, a pesar de la legislación represiva, aprovecharse de la creciente demanda de sus servicios resultante de la acumulación del capital. Pero después de la expropiación de los bienes de la Iglesia en el siglo XVI, después del reparto de las propiedades del estado y de las extensas tierras comunales, medidas que privaron de vida a cientos de miles de campesinos, echándolos por los caminos y las veredas en busca de trabajo, la condición del asalariado empeoró notablemente. El desarrollo de la manufactura, la acumulación del capital, tan necesaria para la fundación de empresas independientes, todo contribuyó a matar en los asalariados la esperanza de volver a ser nunca más dueños de sus destinos, pues hasta los oficios independientes iban viéndose desplazados, cada día con mayor vertiginosidad, por empresas capitalistas. Es cierto que la industria manufacturera fue adueñándose poco a poco, en el transcurso de unos cien años, más o menos, desde la segunda mitad del siglo XVII a la segunda mitad del siglo XVIII, de casi toda la producción urbana y rural. Pero las filas del proletariado se veían engrosadas de continuo por la afluencia de artesanos y trabajadores domésticos rurales. Mientras tanto, a pesar del flujo de estos nuevos elementos, el proletariado se iba diferenciando más y más como clase. El artesano de la

ciudad y el trabajador doméstico rural no desaparecieron hasta la implantación de la fábrica en gran escala. Esta los lanzó en masa a las filas del proletariado, despojándolos de toda posibilidad de retomo a su “estado primitivo”. La introducción de la gran fábrica fue la que creó esa clase de personas que acudían al mercado a vender su propia pelleja y lanzaban sus cuerpos a la vorágine de la concurrencia en busca de trabajo.

“La concurrencia [escribe Engels] es la expresión más perfecta de la lucha de todos contra todos que preside la moderna sociedad burguesa. Esta lucha, que es una lucha por la vida, por la existencia y por todo (en caso extremo, por tanto, una lucha a vida o muerte), no es solamente una batalla librada entre las diversas clases sociales, sino que enfrenta también entre sí a los individuos de estas clases. Unos se interponen en el camino de otros, y cada cual trata de derribar al vecino y ocupar su lugar. Los trabajadores se hacen la competencia, ni más ni menos que los burgueses. El tejedor fabril hace la competencia al tejedor a mano; el obrero sin trabajo o mal pagado hace la competencia al compañero que trabaja en mejores condiciones y trata de desplazarlo. Esta concurrencia de los trabajadores entre sí constituye el aspecto más deplorable de las condiciones de vida del obrero, pues pone en manos del burgués el arma más eficaz contra el proletariado.” (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra,* páginas 77-8)

17. La división del trabajo en la época de la manufactura y en la producción en gran escala (producción fabril)

El artesano fabrica, una tras otra, todas las piezas del artículo con el que luego, una vez completo, acude al mercado. Aun en pleno apogeo del desarrollo corporativo, era limitadísimo el número de subdivisiones en el campo de la producción. Pero al surgir la manufactura, se implantó una división del trabajo puramente mecánica, que venía a convertir al trabajador en una mera pieza del proceso total. Sin embargo, durante esta etapa, la división del trabajo en el proceso de la producción no se conocía más que en ciertas ramas de la industria. Además, en la manufactura, toda la producción, obra manual, dependía de la aptitud y habilidad del obrero.

“En la manufactura y en las artes mecánicas, el obrero maneja un instrumento; en la fábrica, en cambio, se pone al servicio de una máquina. En el primer caso, los movimientos del instrumento de trabajo responden a la voluntad del obrero; en el segundo, los movimientos del obrero están supeditados a los de la máquina. En la manufactura, los trabajadores forman parte de un mecanismo viviente; en la fábrica, trabaja un mecanismo inanimado, al que se les adscribe como accesorios vivientes suyos. La sorda rutina de una tarea de trabajo incesante, en la que se repite constantemente el mismo proceso mecánico, se parece bastante al tormento de Sísifo, pues lo mismo que la roca de Sísifo, el trabajo revierte perpetuamente, una y otra vez, sobre el fatigado operario. Además de ejercer una influencia depresiva sobre el sistema nervioso, el trabajo en la máquina entorpece la multiforme actividad muscular y el libre juego mental y físico. El mismo aligeramiento del trabajo se convierte en medio de tortura, pues la máquina no liberta al hombre del trabajo, sino que despoja al trabajo de interés.” (Marx, *Capital,* t. I, página 451) Este pasaje en que se compara al obrero con Sísifo lo toma Marx del libro de Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra,* ed. 1845, página 217, y Engels, a su vez, de la obra de James Phillips Kay, M. D., *The Moral* and *Physical Condition of the Working Classes employed in the Cotton Manufacture in Manchester,* Didgeway, London, 1832, página 8)

La producción mecánica exige un aumento en la producción de materias primas, artículos a medio elaborar, etc., y conduce a la creación de nuevas ramas industriales,

cada vez más numerosas. La elaboración de estas materias primas y artículos a medio trabajar se opera por medio de una cantidad innumerable de variedades y subvariedades de procedimientos, que originan un aumento creciente en. el número de "oficios". Las estadísticas alemanas calculaban el número de oficios y ocupaciones existentes en 1882 en la cifra de 6.000, y en 1895 habían ascendido, aproximadamente, a 10.000.

Por consiguiente, bajo el régimen capitalista, la gran industria no sólo acaba de raíz con la antigua división del trabajo y sus especializaciones, sino que crea un número enorme de procedimientos que son otras tantas especialidades. Hoy, las condiciones de vida del trabajador especializado son, como es lógico, peores todavía que las antiguas, ya que dependen enteramente de los azares de la realidad, los cuales atentan a cada paso contra la seguridad y solidez de su base de vida.

18. Trabajo y fuerza de trabajo

Marx y Engels emplean todavía en el *Manifiesto* una terminología que más tarde desecharán. El trabajo, considerado como producto, se diferencia del trabajo cuya cantidad determina el valor de un producto. En vez de hablar del trabajo como producto, Marx empleará más tarde el término de "fuerza de trabajo" para designar la capacidad de trabajo del obrero, su aptitud para crear un producto. El obrero, privado de medios de producción, no se halla en condiciones de aplicar su capacidad de trabajo a una tarea productiva hasta que no encuentra en el mercado quien le compre su fuerza de trabajo como una mercancía. Marx y Engels modifican asimismo sus puntos de vista en lo tocante a las causas que determinan el precio del trabajo como producto o el precio de la fuerza de trabajo. En su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra y en su *Apuntes para una crítica de la economía política*, Engels llega a la conclusión de que el precio del trabajo está determinado por las mismas leyes que determinan el precio de cualquier otro producto, esto es, por el coste de su producción, que en el caso del trabajador está representado por el coste de los medios de vida indispensables para mantenerse en condiciones de trabajar. El precio del "trabajo", es decir, de la fuerza de trabajo, el salario, es, por tanto, el mínimo necesario para el sostenimiento de la vida del obrero. Marx hace suya esta conclusión. En su *Misère de la Philosophie*, como más tarde en su obra *El trabajo asalariado y el capital*, define así el salario: "El costo de producción del trabajo (fuerza de trabajo) es igual a los gastos necesarios para el sostenimiento del obrero y su reproducción. El sostenimiento del obrero y su reproducción se le paga en forma de salario. Este salario mínimo hace referencia a la especie humana en general y no a un obrero determinado, del mismo modo que el precio de las mercancías en general se determina por el coste de su producción. Hay obreros, mejor dicho, millones de obreros, que no perciben salarios suficientemente elevados para sostener su vida y reproducir su especie. Pero dentro de la trama de sus propias fluctuaciones, los salarios de los obreros se ajustan, en conjunto, a este mínimo." (Marx, *Trabajo asalariado y capital*, página 24)

Lassalle adopta esta fórmula, que desarrolla como "la ley broncínea del salario", frase que sólo tiene, por lo demás, un valor de propaganda.

En *El Capital*, Marx demuestra que el precio de·la fuerza de trabajo, cómo el de cualquier otra mercancía, se determina por el tiempo de trabajo necesario para su producción, y que el tiempo necesario para la producción de la fuerza de trabajo equivale al tiempo de trabajo necesario para producir los medios de subsistencia con que el obrero satisface sus necesidades de alimento, vestido, alojamiento, etc., etc. Pero el volumen de estas necesidades fundamentales, la medida dentro de la cual pueden ser satisfechas y la habilidad en el modo de satisfacerlas son el resultado de una serie de

condiciones históricas. Dependen, en gran parte, del desarrollo cultural del país a que se refieren, y, entre otras cosas, de las condiciones de vida en que se haya desenvuelto la clase de trabajadores libres, de los hábitos de esta clase social y del tipo medio de vida que reclame. Es decir, que, a diferencia de lo que ocurre con otras mercancías, la determinación del precio de la fuerza de trabajo obedece en parte a factores históricos y morales. El cálculo mínimo del valor de la fuerza de trabajo se basa en el coste de los elementos puramente necesarios para el sostenimiento de la vida. Si el precio de la fuerza de trabajo (el salario) desciende hasta el mínimo, cae por debajo de su valor. En estas condiciones, la fuerza de trabajo no puede sostenerse en el nivel normal. Marx demuestra, además, que en la sociedad capitalista al obrero sólo se le concede el privilegio de trabajar para sostenerse, a condición de que se avenga a trabajar gratuitamente cierta fracción de tiempo, fracción de tiempo durante la cual produce plusvalía para el capitalista. Marx explica también los procedimientos de que el capitalista puede valerse para aumentar este trabajo no retribuido, a saber: prolongando las horas de trabajo, intensificando éste y redoblando su capacidad productiva. Por tanto, el capitalista dispone de medios para reducir el precio de la fuerza de trabajo, el salario, hasta un nivel inferior a su precio de coste. (Véase el estudio detallado de este punto -del que nos limitamos a apuntar un breve extracto- en *El Capital,* t. I, páginas 158-165)

19. Despotismo fabril

"La supeditación técnica del obrero a los movimientos uniformes del instrumento de trabajo y la peculiar contextura del cuerpo de trabajadores (integrado por individuos de ambos sexos y diferentes edades) engendran una disciplina cuartelaría que acaba por convertirse en todo un sistema interior de fábrica, con las categorías ya descritas de obreros y vigilantes, que equivale a la división de los obreros en operarios e inspectores, en soldados y sargentos del ejército industrial. La legislación fabril (en que el capital formula su poder autocrático sobre los trabajadores, en un sistema legislativo de carácter privado, sin las garantías de la autoridad ni el régimen representativo, de que tanto gusta en otros terrenos la burguesía) no es más que la caricatura capitalista de la reglamentación social de los procedimientos de trabajo que se impone cuando aparece la cooperación en gran escala y los instrumentos de trabajo se unifican en la máquina. En vez del látigo empleado por el capataz de esclavos, tenemos el reglamento del inspector que marca los castigos. No hay que decir que estos castigos se reducen todos a multas y deducciones de salario; el genio legislativo del Licurgo industrial es tan inventivo, que consigue, en la medida de lo posible, que la infracción de las reglas resulte todavía más beneficiosa para él que su estricta observancia." (*Capital*, t. I, páginas 453-4)

A este propósito, Marx cita a Engels, que había trazado veinte años antes, en su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, una viva pintura del despotismo de las fábricas: "En ninguna parte se ve tan patente la esclavitud impuesta por la burguesía al proletariado como en la fábrica. Dentro de la fábrica, la libertad está, de hecho y por ley, en la agonía. El obrero se ve obligado a entrar en la fábrica a las cinco y media de la mañana. Si llega dos minutos más tarde le imponen una multa; si llega diez minutos fuera de la hora, no le admiten hasta después del almuerzo, con lo cual pierde la cuarta parte del salario del día. Se levanta y se acuesta, bebe y come a la voz de mando... El pitido despótico de la sirena le hace saltar de la cama, y le obliga a dejar el plato como esté, sin acabar de almorzar o de comer. ¿Y qué ocurre una vez dentro de la fábrica? De puertas adentro de su fábrica, el patrono es un legislador absoluto. Dicta medidas según su real antojo; reforma su código y suprime o le agrega

cuanto le parece oportuno. Y aunque dicte las disposiciones más absurdas, los tribunales dicen siempre al trabajador: "Por cuanto que firmaste ese contrato por tu omnímoda voluntad, estás obligado a someterte a él con todas sus consecuencias..." Así, los obreros viven sentenciados al azote (y no sólo en sentido metafórico) desde la edad de los nueve años hasta el día de su muerte." (*Capital*, t. I, página 453)

La forma repulsiva que adoptaba en Rusia, antes de la revolución, el despotismo industrial, el grado de refinamiento a que había llegado el sistema de castigos impuestos por los patronos en las fábricas, fueron admirablemente descritos por Lenin en su folleto *Comentarios a la Ley de Penas*[22], que vio la luz por primera vez en 1897.

20. El trabajo de la mujer y del niño

"En cuanto suprime la necesidad de gran energía muscular, la máquina se convierte en medio para dar entrada en la fábrica a obreros de menor resistencia física y a aquellos cuyos miembros, por hallarse todavía en la época del crecimiento, presentan mayor flexibilidad. Por eso el trabajo de la mujer y del niño fue el primer fruto que rindió el empleo capitalista de la máquina. Pronto este poderoso sustituto del brazo se transformó en el medio de aumentar el número de asalariados reclutando a todos los miembros de la clase obrera sin distinción de edad ni de sexo y sometiéndolos al imperio del capital. Los trabajos forzados vinieron así a sustituir no sólo a los juegos infantiles, sino también al trabajo libremente realizado por la familia dentro de la esfera doméstica y en pequeñas proporciones." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 418-9)

Bajo el capitalismo, en vez de trabajar solamente el cabeza de familia, encargado de alimentar y vestir a los demás, entra en la fábrica y se entrega a las máquinas la familia entera. Y hasta puede acontecer que las personas mayores carezcan de trabajo en esta fábrica y se vean obligadas a buscarlo en alguna otra industria, o bien a sostenerse a costa de los salarios de sus hijos. En la industria textil inglesa trabajaban en 1861, por cada 1.000 obreros: ramo del algodón, 567 obreras (en 1901, 628); ramo de la lana, 461 (en 1901, 582); ramo de la seda, 642 (en 1901, 702). En 1841, la proporción de obreros empleados en diez industrias diferentes, tales como la industria alfarera, química, alimenticia y textil, era de 1.030.600 hombres y 463.000 mujeres; en 1891, de 1.576.100 hombres y 1.447.500 mujeres. En la industria textil alemana trabajaban 38 mujeres por cada cien hombres, en 1882; en 1895, la proporción era de 45 y 100, y en 1907, de 50 y 100.

21. El obrero abre crédito al capitalista

"En los países en que está instaurado el reglamento capitalista de producción, la fuerza de trabajo no se le retribuye al obrero hasta después de haber trabajado durante el período de tiempo especificado en el contrato; por ejemplo, hasta el final de la semana. Por consiguiente, el trabajador adelanta al capitalista el importe de su fuerza de trabajo; el vendedor de la fuerza de trabajo permite al comprador hacer uso de ella antes de que se le pague; en todas partes el obrero abre crédito al capitalista. Y la prueba de que este crédito no es puramente ficticio la tenemos en que cuantas veces quiebra un capitalista los obreros pierden sus salarios, argumento que aun podríamos reforzar con el estudio de otras consecuencias más viciosas." (Marx, *Capital*, t. I, página 162)

---

[22] El lector puede ver *La nueva ley de fábricas*, en *Obras Completas*, Tomo II, Akal Editor y Editorial Ayuso, Madrid, 1974, páginas 259-305 disponible en la sección en español del MIA; estas EIS no tiene la seguridad de que se trate del mismo texto a que se refiere Riazanov. Nota de Edicions Internacionals Sedov.

Marx pone al pie de esto una nota en la que demuestra cómo los tenderos se aprovechan de esta situación del obrero que no cobra hasta el fin de la semana, teniendo por consiguiente que comprar al fiado, para recargarle los precios de los artículos.

Todavía más desventajosa es la situación del obrero que cobra por meses o por quincenas. Tiene que pagar precios más altos y se halla de hecho sometido al tendero o comerciante que le suministra los artículos de primera necesidad. Estos artículos son siempre de calidad inferior, cuando no adulterados. La adulteración de materias alimenticias adquirió enormes proporciones durante el siglo XIX. El obrero está asimismo a merced del casero en lo tocante a los alquileres. Cuanto más mísero es el cuarto, más trabajo cuesta mantenerlo en buen estado, y los barrios relativamente más caros son precisamente los habitados por la clase más pobre de la población. "Los especuladores de la vivienda explotan estas minas de la pobreza con tanto provecho y tan poco costo como si se tratara de las minas de un nuevo Potosí." (Marx, *Capital*, t. I, página 727)

22. La pequeña burguesía y la clase media entran en las filas del proletariado

"La clase trabajadora se ve igualmente engrosada por la afluencia de individuos de capas superiores de la sociedad. Numerosos industriales en pequeña escala y pequeños rentistas ingresan en las filas del proletariado y se ven obligados a descender al mercado de trabajo con los obreros a ofrecer sus brazos al mejor postor. La selva de brazos que se alzan en demanda de trabajo se hace cada vez más tupida, al paso que esos mismos brazos adelgazan cada día más. Es evidente que el pequeño productor no puede competir con la gran industria, en una fase de organización en que la primera condición del éxito está en la producción en gran escala. Ni hace falta insistir tampoco en el hecho de que el interés del capital disminuye a medida que el capital aumenta, a medida que aumentan la masa y dimensiones del capital. El pequeño rentista se ve cada día más agobiado si quiere vivir del producto de su capital. Se ve, por consiguiente, obligado a sumarse al proceso industrial, es decir, a engrosar las filas de los productores en pequeña escala, los cuales a su vez pasan a engrosar el ejército del proletariado." (Marx, Trapajo asalariado y capital, página 39)

23. Distintas formas de protesta de la clase obrera contra el capitalismo

La sociedad capitalista degrada al obrero al nivel de un objeto inanimado. El trabajador no puede mantener los derechos de su dignidad humana si no es protestando contra esta degradación, luchando contra el capitalismo y sus mantenedores, los capitalistas, rebelándose contra la burguesía, detestando del orden social burgués. En su libro sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, escribe Engels: "La rebelión de la clase obrera contra la burguesía comenzó poco después de alcanzar la industria, en el sentido moderno, sus primeras etapas de desarrollo… Esta rebelión, en su forma más cruda, prematura e infructuosa de manifestarse, asumió las características del crimen. El obrero vivía en la indigencia y la miseria, viendo que otros llevaban una vida feliz. No acertaba a comprender por qué él, que había hecho por la comunidad más que el rico perezoso, había de ser el que llevara el peso del sufrimiento. La necesidad le obligaba a vencer su respeto tradicional a la propiedad, y se echó a robar. A medida que la industria progresaba, los delitos aumentaban, y el número anual de condenas correspondía sobre poco más o menos al número de balas de algodón consumidas. Sin embargo, el obrero no tardó en darse cuenta de que con el robo no salía ganando nada. El ladrón sólo podía protestar individualmente, aisladamente, contra la forma social

imperante, y la sociedad caía sobre él con todo su peso, aplastándolo con su abrumadora mayoría. El robo es la forma más primitiva de protesta; por eso no llegó a ser jamás reflejo general del espíritu de la clase obrera, por mucho que los trabajadores la perdonasen secretamente en el fuero interno de sus corazones." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, págs. 216-7) Forma semejante adoptaban otros modos de protesta con que nos encontramos en los comienzos del desarrollo capitalista: muertes de dueños de fábricas, asesinatos de vigilantes, etc.

La primera forma de protesta colectiva fueron los amotinamientos de obreros en las fábricas, fomentados con el fin de inferir daños a la propiedad y especialmente para destruir las máquinas. La lucha del obrero contra la máquina empieza en el mismo momento en que se inventan los nuevos artefactos. Pero la acción en masa no comienza hasta principios del siglo XIX. Bajo el nombre de "ludditas", los obreros iniciaron una campaña organizada con el fin de destruir colectivamente las máquinas en los centros fabriles de Nottingham, Yorkshire y Lancashire. Estos destructores de máquinas aparecen por vez primera en Nottingham y sus alrededores a fines de 1811. Comenzaron destruyendo los telares de medias y encajes. El director de las bandas era un obrero conocido por el apodo de *General Ludd*, una figura mítica en cuyo nombre se perpetraban actos de violencia contra los dueños de fábricas, se destruían las propiedades industriales y se hacían pedazos las máquinas. La policía resultaba impotente para luchar contra los "ludditas", y el gobierno no tuvo más remedio que recurrir al ejército para sofocar la revuelta. Se dictaron leyes conminando con la pena de muerte a cualquier obrero al que se le probara haber roto una máquina. En la campaña parlamentaria de oposición a estas medidas represivas es notable un discurso de lord Byron (1788-1824) pronunciado en la Cámara de los Lores. En él traza Byron una descripción gráfica de la miseria de que son víctimas los trabajadores de Nottingham. En el drama de Ernesto Toller, *Los destructores de máquinas*[23], puede verse un animado cuadro literario del movimiento de los "ludditas". Este movimiento se reprodujo en 1812, y en enero de 1813 fueron ahorcadas tres personas complicadas en él. En la semana que siguió al asalto a la fábrica de Cartwright fueron ejecutados catorce hombres. Todavía en el año 1817 se aplicó en Derby la pena de muerte a varios "ludditas". Por fin, el gobierno logró acabar con la organización, ayudado por agentes provocadores. Con el renacimiento de la prosperidad industrial, y gracias también en parte a la campaña de Cobbett (1762-1835), por la cual los obreros se fueron dando cuenta de la insensatez que era destruir las máquinas (a lo que también contribuyó el desarrollo cada vez mayor de su conciencia de clase), desapareció el movimiento de los "ludditas". Claro está que este medio de protesta persistió en su forma más elemental y adaptado a las circunstancias, produciéndose de tiempo en tiempo, cada vez que se introducían en las fábricas nuevas máquinas. Así, allá por el año 1830, el "gallo rojo" de la revuelta dejó oír su canto por todo el campo inglés, pues capitaneados por un tal *Jack Swing* (figura mítica como la del General Ludd), los braceros comenzaron a quemar graneros y cosechas.

En Alemania se produjo un movimiento parecido hacia el año 1840 entre los tejedores silesianos, que describió Guillermo Wolff, el amigo de Marx, y sirvió de tema a Gerardo Hauptmann para su famoso drama *Los tejedores*[24]. En Rusia se produjeron también, a fines del siglo pasado, motines encaminados a la destrucción de las máquinas. "Fueron necesarios mucho tiempo y mucha experiencia para que los obreros llegasen a distinguir entre las máquinas en sí y el empleo que les daba el capital y a

[23] Edición española Cénit, 1931. [También en Alikornio Ediciones, Barcelona, 2002. Nota de Edicions Internacionals Sedov.]

[24] Editorial Losada, Buenos Aires, 1958. Nota Edicions Internacionals Sedov.

dirigir sus tiros no contra los instrumentos materiales de producción, sino contra la forma social en que se aplicaban.” (Marx, *Capital*, t. I, página 458)

24. Los proletarios, peones en el juego de la burguesía

En el primer tercio del siglo XIX (1820-1840), la burguesía francesa e inglesa se arrogaron el papel de directores de la clase obrera, utilizando a los proletarios como peones en su juego. Marx escribe por esta fecha: “Por una parte, la gran industria se hallaba todavía en la adolescencia. Advertimos esto porque el carácter cíclico que se percibe en la vida de la industria moderna no se manifestó hasta la crisis de 1825. Por otro lado, la lucha social entre el capital y el trabajo quedó relegada a segundo término: políticamente, fue eclipsada por la lucha entre los gobiernos y los poderes feudales coaligados en la Santa Alianza y por los avances de las masas populares, acaudilladas por la burguesía; económicamente, por el feudo entre el capital industrial y el latifundio aristocrático, que en Francia se disfrazó bajo el conflicto entre la grande y la pequeña propiedad, pero que en Inglaterra estalló francamente ante la cuestión de las leyes anticerealistas.” (Marx, prólogo a la segunda edición alemana de *El Capital*)

En Inglaterra, los obreros ayudaron a la burguesía en sus luchas por implantar el principio del librecambio, la ayudaron a derogar las leyes anticerealistas, a conseguir la reforma de los códigos civil y penal, a extender la franquicia, etc.

Economistas como Ricardo (1772-1823), juristas como Bentham (1748-1832) y políticos como Joseph Hume (1777- 1855) ejercían gran autoridad sobre los obreros. Hasta después de 1830, cuando el ala radical de la burguesía aceptó tan a la ligera la transacción por la cual venía a adquirir influencia política sobre los industriales capitalistas, no se produjo un profundo divorcio entre la vanguardia de la clase obrera y la burguesía.

De 1815 a 1830, durante el período de la Restauración, la burguesía liberal francesa atravesó por una época de desarrollo semejante. Se puso al frente de las masas populares en su lucha contra la aristocracia feudal y el poder monárquico de los Borbones; asumió el papel de guía, filósofo y amigo de los explotados; trató de disfrazar, en la forma más hábil que pueda imaginarse, el antagonismo de intereses entre los industriales capitalistas y la aristocracia feudal, y el que existía entre ella misma y la clase obrera. Pero la revolución de julio y los alzamientos de los obreros de Lyon en 1831 y 1834 abrieron los ojos a los trabajadores y los llevaron a enfocar sus propias perspectivas políticas y a asumir el papel que hasta entonces había estado reservado al ala izquierda de los partidos burgueses.

25. Origen y desarrollo de las tradeuniones

Engels es el primero que trata de darnos una exposición teórica del desarrollo de estas sociedades obreras. Discrepando de los economistas y socialistas de su época, demostró ya en 1845 que las tradeuniones eran el fruto obligado de la lucha entre obreros y patronos y que estas sociedades constituían la base de toda organización obrera de clase. En sus comienzos, la unión de los obreros tomó una forma fugaz, como nacida al calor de una huelga, y como toda agrupación de trabajadores estaba prohibida por la ley, como toda sociedad o asociación obrera constituía un delito (severamente penado, sobre todo, después de la Gran Revolución francesa, al dictarse medidas legislativas especiales en los años de 1799 y 1800), los obreros fundaron sociedades secretas, que fueron creciendo en número y actividad. Después de una obstinada lucha, en que la burguesía radical tomó partido por los obreros (lucha que adquirió

proporciones casi revolucionarias durante los años de 1816-1817 y 1819, que llevó al Ministerio reaccionario de Sidmouth a imponer las "Seis leyes" infames), por fin, en 1824, fue aprobada una ley derogando las antiguas normas que prohibían toda clase de agrupaciones obreras, y a pesar de que esta ley, que reconocía el derecho de asociación, hubo de ser parcialmente derogada en el siguiente año, los trabajadores continuaron haciendo uso de los derechos que les reconocía.

"En todas las ramas de la industria surgieron tradeuniones laborando abiertamente en defensa de los obreros contra el despotismo y la injusticia de la burguesía. Sus fines eran los siguientes: fijar los tipos de salarios mediante contratos colectivos, tratar con el patrono como potencia en nombre de todos los obreros sindicados, regular los salarios de acuerdo con las ganancias del patrono, impulsar hasta donde fuera posible el aumento de salarios, mantener el mismo nivel de salarios en todas las ramas industriales. Los representantes de estas asociaciones, fieles a su misión, se enfrentaban frecuentemente con el capitalista para tratar acerca de la fijación de un tipo de salario fijo, obligatorio para todos los patronos, y, caso de que alguno se negara a cumplir con este acuerdo, se declaraba la huelga hasta hacerle entrar en razón. Además, limitando el número de aprendices, trataban de mantener firme la demanda de trabajo y, con ello, de sostener alto el nivel de los jornales. Trataban también de contener la introducción de nuevos tipos de máquinas que provocaran la baja de salarios, refrenando la voluntad del patrono. Finalmente, las tradeuniones prestaban ayuda pecuniaria a los sindicatos sin trabajo." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra,* página 28)

Engels sabía perfectamente que ya en su tiempo los obreros ingleses se hallaban empeñados en la creación de asociaciones de envergadura nacional. "En cuantos casos podían y lo estimaban conveniente, las asociaciones locales de obreros se unían formando federaciones; en fechas determinadas, estas asociaciones celebraban congresos, a los cuales enviaban sus representantes. Estas organizaciones no sólo trataban de unir a todos los trabajadores de una determinada rama industrial en una sola agrupación, sino que de cuando en cuando (como, por ejemplo, en 1830) intentaban organizar a todos los trabajadores de Inglaterra en una vasta asociación, dentro de la cual los obreros de cada ramo podían agruparse independientemente." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra,* página 219) Engels nos describe también los métodos de lucha de las tradeuniones. El principal era la huelga; luego, venía la lucha contra el *scab labor* o esquirolaje, contra los rompehuelgas, y la presión sobre los que no participaban del método unionista para hacerlos ingresar en sus filas. Pero aun reconociendo que el tradeunionismo es una forma necesaria de organización obrera, Engels señala la relatividad de su importancia en una sociedad capitalista. "La historia de estas asociaciones es una cadena constante de derrotas interrumpidas por alguna que otra victoria ocasional. Es evidente que, aun con toda la fuerza de que dispone, el trade-unionismo no puede subvertir la ley económica según la cual los salarios se regulan por la oferta y la demanda imperantes en el mercado del trabajo." (Engels, obra citada, página 220)

Pero por más que una huelga pueda parecer ineficaz, es evidente que los obreros tienen que protestar contra toda reducción de salarios, pues de lo contrario la codicia de los patronos no se detendría ante nada. "Las tradeuniones y las huelgas declaradas en su nombre tienen la importancia de ser el primer paso dado para la abolición de la competencia entre unos y otros obreros. Se basan en la premisa de que el régimen burgués tiene su asiento en la rivalidad desatada entre los mismos trabajadores, en su falta de solidaridad, en los conflictos de intereses que separan a los distintos grupos obreros." (Engels, obra citada, página 222)

Engels recuerda a los socialistas y economistas que condenan las huelgas el valor educativo de estas luchas. “Puede ocurrir que una huelga no sea más que una escaramuza; pero a veces una escaramuza puede convertirse en importante batalla. No son combates decisivos, pero es evidente que algún día tiene que surgir el conflicto final entre el proletariado y la burguesía. Las huelgas son para los obreros las escuelas de adiestramiento militar, los campos donde se prepara el proletariado para la gran lucha final inevitable, las proclamas por medio de las cuales las secciones individuales de trabajadores anuncian su adhesión al movimiento social obrero. Como escuelas en el arte de la guerra contra el capitalismo, las huelgas no tienen igual.” (Engels, obra citada, página 227)

Proudhon (1809-1865) condenaba las huelgas, sosteniendo que eran “anticonstitucionales”; pero Marx, encareciendo las conclusiones de Engels y haciéndolas más definitivas, demostró que el desarrollo de las tradeuniones iba estrechamente unido al desarrollo del proletariado como clase.

“Siempre dondequiera que los obreros intentan aunar sus fuerzas, la forma que esa unión asume es la de una coalición. La gran industria concentra bajo el mismo techo a una masa de individuos, desconocidos unos de otros. La competencia los desune. Pero animados por el deseo de mantener el nivel de los salarios (interés común de todos, que está en contradicción con los intereses del patrono), los obreros se unen resistiendo a todo intento de rebaja, y forman, para organizar esta resistencia, una “coalición”. La coalición tiene dos objetos: disminuir la competencia entre los propios obreros y concentrar la fuerza total de la masa obrera contra el capitalista. Parecerá que el primer objeto no tiene más fin que mantener el nivel de los salarios. Sin embargo, un examen detenido nos demuestra que a medida que los capitalistas aúnan sus fuerzas para oprimir al obrero, el obrero tiende a agruparse y organizarse, y que, ante la solidaridad mantenida por los capitalistas, el sostenimiento de estas agrupaciones cobra con el tiempo más importancia a los ojos de los obreros que las forman que la misma defensa del nivel de los salarios. Y tan verdad es esto, que por mucho que ello sorprenda a los economistas ingleses, los obreros sacrifican una parte de su salario con el fin de reunir fondos para estas agrupaciones, fundadas, según los mismos economistas, sin otro fin que defender los salarios. En el curso de esta lucha (una verdadera guerra civil) se van reuniendo todos los elementos para la batalla futura. Al llegar a este punto, las coaliciones asumen ya un carácter político.” (Marx, *Misere de la Philosophie*, páginas 240-1)

26. Organizaciones políticas de la clase obrera: el cartismo

La apelación a la huelga, la creación de tradeuniones, la consolidación de las agrupaciones obreras y el tránsito a las organizaciones regionales, primero, luego a las organizaciones nacionales, y, finalmente, el intento de crear una federación provisional de varias uniones, todos estos progresos fueron desarrollándose paralelamente con la lucha política de la clase obrera, que después de vencida la crisis de 1836-1837 cobró una gran intensidad. La *National Charter Association* se formó en 1839 para hacer campaña a favor de las reivindicaciones que un año antes se habían formulado en el *People’s Charter* o *Cartas del Pueblo*. Esta agrupación, cuya mira era aliviar la penuria de las clases obrera y artesana, puede considerarse como el primer partido político de los trabajadores. Engels nos traza una animada descripción del modo cómo las luchas parciales de asociaciones sueltas, primero, y luego su federación en la lucha de clases hasta adquirir proporciones nacionales, se fueron transformando gradualmente en una lucha política de toda la clase obrera.

"El obrero no venera la ley; lo que hace es simplemente someterse a sus mandatos, mientras no está en sus manos cambiarla. Es, pues, perfectamente natural que el obrero tratara de reformar la ley, sustituyendo la legislación burguesa por otra proletaria. Los trabajadores ingleses se decidieron, por tanto, a alzar un programa de reformas que englobaron en la Carta del Pueblo, documento puramente político que tendía, entre otras cosas, a la reorganización democrática de la Cámara de los Comunes. El cartismo es la expresión evidente de la oposición de la clase obrera contra la burguesía. Este conflicto asumía una forma esporádica y local en las huelgas y las tradeuniones; los obreros luchaban contra los burgueses individualmente o en grupos difusos. Y raras eran las veces en que esta lucha se generalizaba, pues los obreros lo evitaban con plena conciencia de lo que hacían. Pero el movimiento fue extendiéndose y adquiriendo alcance cada vez mayor, proyectándose sobre objetivos deliberados. En este movimiento es la clase trabajadora entera la que rompe el fuego contra la burguesía, atacando primeramente al poder político y pugnando por abrir una brecha en la muralla legislativa en que se atrincheraba." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, páginas 230-1)

La *Carta del Pueblo* fue proclamada en 1838, en una conferencia celebrada en Londres y en la que tomaron parte seis diputados de la Cámara de los Comunes y algunos representantes de la Asociación de Trabajadores. Sus reivindicaciones eran las siguientes: primera, sufragio universal para todos los varones mayores de veintiún años; segunda, reunión anual del parlamento; tercera, abolición de un mínimum de propiedad como condición para ser diputado del parlamento; cuarta, votación por papeletas; quinta, distritos electorales iguales, para que la representación fuese más equitativa; sexta, asignación de dietas a los diputados.

En su "Anti-Proudhon" (*Misère de la Philosophie*) describe Marx el proceso a través del cual la clase obrera se convierte en clase independiente, y en los trabajadores se va desarrollando la conciencia de clase. He aquí su, palabras:

"Al comenzar la era capitalista, las condiciones económicas transformaron a la gran masa de la población en una masa de asalariados. El régimen del capital creó condiciones que afectaron del mismo modo a todos los obreros y les dieron intereses comunes. A partir de este momento se consolidan como clase frente al capitalista, aunque todavía no tengan conciencia de sí mismos como clase aparte. En el transcurso de la lucha… la masa obrera se consolida hasta llegar a formar conscientemente una masa distinta. Sus intereses se convierten en intereses de clase. Y la lucha de una clase contra otra es una lucha política." (Marx, obra citada, pág. 241)

El proletariado, como clase, como sector diferenciado de la sociedad, como grupo de individuos que desempeñan un papel importante en el proceso de la producción, adquirió fisonomía definitiva durante el primer cuarto del siglo XIX. En esta época es cuando el proletariado se convierte en objeto de investigación científica. Su existencia era tan patente, que Ricardo, máximo exponente de la política económica de la burguesía en su aspecto teórico, consideraba deber primordial de esta doctrina económica dilucidar las leyes que, bajo el capitalismo, rigen la distribución de las mercancías entre tres clases sociales: terratenientes, capitalistas y obreros. Sin embargo, habían de pasar todavía muchos años antes de que la clase obrera se convirtiera en una clase aparte, consciente de su existencia como clase independiente, como una clase específica con sus intereses específicos de clase, su específica misión histórica; en una palabra, una clase existente por cuenta propia.

27. Contradicciones internas de la sociedad burguesa. Uso que hace el proletariado de estos conflictos

La discordia reinante en las filas de la burguesía, la contienda desatada entre ésta y la clase capitalista, la lucha entre propietarios rurales y propietarios industriales, la rivalidad entre los intereses financieros y los intereses fabriles, todos estos conflictos se producen provocados por la misma naturaleza de la sociedad capitalista.

"En el curso de su evolución histórica, la burguesía acentúa necesariamente los antagonismos latentes en sus filas… A medida que se desarrolla la burguesía, surge en la trama del orden burgués el nuevo proletariado, un proletariado característico de los nuevos tiempos. Y entre este proletariado y la burguesía estalla la guerra, una guerra que, al principio, antes de que los dos combatientes la sientan, la perciban, la aprecien, la entiendan, la reconozcan y, por último, la proclamen abiertamente, es una serie de conflictos pasajeros que se manifiestan fugazmente en determinados casos, contrayéndose a ciertas actividades destructoras. A pesar de que todos los miembros de la burguesía moderna tienen intereses comunes en la medida en que forman una clase específica contrapuesta a otra clase, en sus relaciones interiores median intereses encontrados. Estos antagonismos tienen su origen en la estructura económica del sistema burgués." (Marx, *Misère de la Philosophie*, página 170)

La historia de la burguesía británica durante la primera mitad del siglo XIX ilustra admirablemente estos conflictos.

En 1815, a poco de ser definitivamente derrotado Napoleón (1769-1821), los terratenientes ingleses impusieron leyes restrictivas para la importación de cereales, fijando el precio del trigo en 80 chelines como tasa mínima para que la importación de este cereal pudiera hacerse libre de derechos. Con esta ley se pretendía mantener el precio del trigo en el mercado británico por encima de 80 chelines el quarter. Libre de competencia continental en el mercado de cereales, el terrateniente británico tenía así garantizado un ingreso gigantesco. Pero la clase media protestó enérgicamente contra las nuevas leyes. Este cuerpo de opinión pública estaba compuesto por todos los pequeños industriales, artesanos, la pequeña burguesía y muchos representantes de la burguesía industrial, todos los cuales, al obrar así, luchaban por sus propios intereses. Al principio, la campaña tomó la forma de una protesta pacífica, pero estos recursos resultaron desoladoramente insuficientes. Las peticiones veíanse todas implacablemente rechazadas.

Tampoco la reforma electoral de 1832 condujo a ninguna solución. Todos los sectores de la clase terrateniente se unieron en la lucha por la salvaguardia de sus rentas. La burguesía industrial decidió entonces llevar el asunto al terreno de la política, invitando al "pueblo" a la lucha. En 1839 se constituyó en Mánchester la *Anti-Corn Law League* (Liga contra las leyes anticerealistas), con Bright (1811-1889) y Cobden (1804-1865) a la cabeza. La lucha se fue enconando cada día más. Los dos bandos apelaron a "las clases bajas" en demanda de ayuda; comenzaron las recriminaciones. La burguesía industrial señaló la angustia en que vivía el trabajador agrícola; los terratenientes se desquitaron saliendo a la defensa de los obreros de las fábricas y haciendo una campaña a favor de la legislación industrial.

"De un lado, los agitadores burgueses tenían de su parte el poder demostrar lo poco que aquella ley protegía a los agricultores; de otro lado, los industriales montaban en cólera al ver que la aristocracia de la tierra denunciaba los abusos del sistema fabril y al observar la simpatía que aquellos corrompidos, despiadados y elegantes holgazanes afectaban sentir por la miseria de los trabajadores. Los representantes de los intereses industriales consideraban esta defensa de la legislación fabril por parte de los terratenientes como resultado de un exceso de celo diplomático. Hay un proverbio

inglés que encaja muy bien aquí y que dice que cuando los ladrones se pelean, los honrados se aprovechan.” (Marx, *Capital*, t. I, página 747)

Por último, el 29 de junio de 1846 se puso fin a la disputa con la famosa ley Peel (1788-1850), derogando las tan discutidas leyes. La *Anti-Corn Law League* había vencido en toda la línea. Su campaña había sido apoyada por los obreros. “Los obreros ingleses demostraron a los librecambistas que no se dejaban embaucar con las ilusiones de librecambio ni con engañifas. Si, a pesar de ello, se aliaron a los librecambistas contra la aristocracia terrateniente, fue con el fin de barrer los restos del feudalismo, dejando así un solo enemigo a quien combatir. Los obreros no se equivocaron en sus cálculos. En el debate entablado acerca del proyecto de ley de diez horas, los terratenientes, deseosos de vengarse de los industriales, se unieron en defensa del obrero, que había venido demandando en vano esta reforma por espacio de treinta años. Las reivindicaciones de los obreros se incorporaron a la legislación inmediatamente de derogarse las leyes anticerealistas.” (Marx, *Discurso sobre el librecambio*, pronunciado en la Association Démocratique de Bruxelles en 9 de enero de 1848. Véase *Misere de la Philosophie*, página 275)

Marx describe del modo siguiente los precedentes del proyecto de ley de la jornada de diez horas: “Las leyes anticerealistas fueron derogadas, los aranceles de importación sobre el algodón y otras materias primas abolidos, y el librecambio se erigió en la estrella polar de la legislación inglesa; en una palabra, estaba a punto de inaugurarse un nuevo milenio. Mas por aquellos mismos años llegaban a su apogeo el movimiento cartista y el proyecto de la ley sobre la jornada de diez horas, gracias al apoyo de los tories, sedientos de venganza. A pesar de la obstinada resistencia de los librecambistas (capitaneados por Cobden y Bright), el proyecto de las diez horas, que había sido discutido durante tanto tiempo, fue convertido en ley.” (Marx, *Capital*, t. I, páginas 289-90)

La Liga contra las leyes anticerealistas fue para los obreros ingleses una gran escuela de agitación. Esta Liga disponía de fondos en abundancia y no escatimó los gastos de propaganda por medio de la prensa, del libro, folletos, pasquines y proclamas. En 1843, la suma de folletos que llevaba publicados la Liga ascendía a 10 millones de ejemplares. Al frente de la Liga estaba un comité ejecutivo, entre cuyos miembros se distribuían las distintas actividades de la asociación. A sus tareas se asociaron inmediatamente las organizaciones obreras de ambos sexos. Los representantes de la Liga no recelaron en apelar a la fuerza para la consecución de sus fines, expresándose en los términos más claros acerca de la ferocidad de los terratenientes, que no vacilaban en llevar a las clases productoras del país a la miseria.

Mientras que en la revolución burguesa surgieron gran número de teóricos de origen aristocrático dispuestos a abrazar el punto de vista de la burguesía y defenderlo, los teóricos burgueses capaces de abarcar en su totalidad el curso del desarrollo social y de adoptar la perspectiva proletaria fueron muy pocos. La razón primordial de esto está en que el abismo entre el proletariado y la burguesía es mucho más grande y más hondo que el que separa a la burguesía de la nobleza. En la historia del movimiento revolucionario ruso, esos teóricos (los llamados intelectuales revolucionarios, los militantes de los partidos democráticos) rara vez mostraron el deseo de entrar en fuego en las líneas del proletariado.

28. Proletariado, “pueblo” y campesinos. Importancia de las formas de explotación

El proletariado se diferencia de otras clases explotadas y oprimidas, no tanto en la medida en que se le explota, como en la forma que asume esa explotación. Bajo el

régimen de producción de mercancías, es decir, bajo el capitalismo (la forma de producción mercantil en que el trabajo humano desciende al mercado como una mercancía), el proletariado lucha contra las bases de la explotación por la sencilla razón de que es la clase a quien más afecta este régimen de producción mercantil. El proletariado tiene que vivir de sí mismo, de su fuerza de trabajo; en cambio, los elementos pertenecientes a las demás clases oprimidas (pequeñoburgueses de todas clases, campesinos, artesanos independientes) no abrigan ninguna predisposición contra la producción de mercancías como tal, y se limitan, en cuanto constituyen clases aparte, a apetecer la supresión de las condiciones que colocan a sus mercancías en situación desfavorable en el plano de la concurrencia.

El hecho de que el proletariado viva esclavizado no es, por tanto, el hecho fundamental, pues hay también otras clases que viven igualmente esclavizadas. Lo importante es el modo cómo se desarrolla esta esclavización y la forma que asume, pues cambiando la forma cambiaremos a la par el espíritu de los individuos esclavizados, los pensamientos y las ideas que brotan o pueden brotar de la mente de los oprimidos. En una época en que la perspectiva de los pequeños burgueses y los campesinos los hace aliarse involuntariamente a las clases gobernantes, a despecho de sus propios intereses; en que, para ellos, como para la mayoría de los hombres dentro de la sociedad capitalista, el régimen de la propiedad privada representa, al parecer, la última palabra en punto a la libertad humana y a la independencia personal, la perspectiva del proletariado está cada vez más en consonancia con sus intereses. Pues, como dice el *Manifiesto*, “de todas las clases que hoy se enfrentan con la burguesía, no hay más que una verdaderamente revolucionaria: el proletariado. Las demás perecen y desaparecen al surgir la gran industria; el proletariado, en cambio, es su producto genuino y peculiar”.

El proletariado, en el sentido actual de la palabra, es un producto de la gran industria. Su contingente aumenta a medida que la gran industria se extiende. Pero este aumento numérico no es lo único que interesa. También en la antigüedad existieron movimientos revolucionarios de masas. Lo que importa fundamentalmente es la calidad. En efecto, el proletariado es una clase nueva de oprimidos. Al paso que, con el desarrollo del capitalismo, la importancia de otras clases de trabajadores va en descenso, el proletariado se convierte en un factor cada vez más importante y decisivo en la organización general de la producción. Mientras que las energías de otras clases oprimidas se dispersan, no pudiendo manifestarse más que en puntos distanciados del organismo social, las energías del proletariado se concentran en unos cuantos puntos capitales de vital importancia para los proletarios. El proletariado elimina una multitud de elementos de desunión, tales como los prejuicios de oficio, el fanatismo religioso, los sentimientos nacionalistas y otros por el estilo, y esto le permite organizarse más libremente dentro del gran ejército de los que luchan por un mañana mejor.

En el transcurso del desarrollo económico, el “pueblo” (palabra que nos encontramos con mucha frecuencia en boca de los “liberales” y “populistas”, y de los socialrevolucionarios, que desdeñan nuestra “estrecha” fraseología marxista) no forma un todo, sino que se compone de varias partes, cada una con sus intereses específicos propios. En cambio, el proletariado, a pesar de que sus componentes proceden de varias capas de la población, se consolida, en el curso de la evolución económica, formando un todo orgánico, integrado por individuos que tienen intereses comunes que defender. Claro está que existen también otras clases explotadas con un sentido revolucionario, pero este sentido revolucionario suyo se desata únicamente “porque sus miembros temen caer en las filas del proletariado; es decir, que no defienden sus intereses actuales, sino sus intereses futuros, y abandonan sus propios puntos de vista para adoptar los del proletariado”. De este modo, la ideología de clase del proletariado va convirtiéndose

más y más en la ideología de todos los trabajadores oprimidos, y al frente del movimiento que lucha por la libertad humana, surge, no un pequeño grupo de intelectuales, sino el potente ejército del proletariado, consciente de su misión histórica.

No tenemos más que echar una mirada en torno nuestro para darnos cuenta de las enormes dificultades que tiene que vencer el pequeñoburgués para abrazar las perspectivas del proletariado. Obsérvense los diferentes partidos nacionalistas, antisemitas y clericales, el partido alemán del centro o el partido popular italiano, y se verá cuán difícil es para el artesano y el campesino, que forman el principal contingente de sus aliados, desnudarse de la esperanza de mejorar de situación reforzando su propiedad privada, y a qué grado de madurez tienen que llegar antes de aceptar por entero la perspectiva del proletariado.

"Ya hemos visto cómo se formó la clase obrera moderna, cómo el desarrollo de la gran industria crea las condiciones que precipitan el proceso de su formación como clase bien deslindada. El régimen del capital determina la creación de condiciones e intereses comunes entre los obreros. Los pequeños propietarios agrícolas viven en circunstancias completamente distintas. Marx nos habla de esto, tomando como ejemplo el campesino francés: "Los pequeños propietarios del campo forman la mayoría de la población francesa. Viven en condiciones casi idénticas en todo el país, pero se relacionan muy poco entre sí. Su régimen de producción los aísla, en vez de ponerlos en contacto mutuo. Este aislamiento se agudiza por lo primitivos que son en Francia los medios de comunicación y por la pobreza del campesino. Lo que posee es tan·poco, que no deja margen para la menor división del trabajo, ni ofrece oportunidad alguna para el empleo de la agricultura científica. Por eso la masa campesina es incompatible con un proceso múltiple de desarrollo y con un régimen de diferenciación de aptitudes. Cada familia subviene casi por entero a sus necesidades produciendo en su parcela la mayor parte de los artículos necesarios para su sustento, satisfaciendo sus necesidades más bien por medio de un intercambio con la naturaleza que entrando en contacto con la sociedad. Aquí nos encontramos con una pequeña parcela de tierra que cultiva un campesino con su familia; más allá con otra, cultivada a su vez por otro campesino, con su mujer y sus hijos. Una veintena o dos de átomos de éstos forman una aldea, y entre unas cuantas veintenas de aldeas forman un departamento. Así, la gran masa de la nación francesa se forma por la simple suma de entidades idénticas, del mismo modo que un saco de patatas se forma con una porción de patatas metidas en un saco. A partir del momento en que varios millones de familias viven en circunstancias económicas idénticas que caracterizan su régimen de vida, sus intereses, su cultura y las diferencias de las demás clases, haciéndolas más o menos hostiles a ellas, estas familias constituyen una clase. Pero si tenemos en cuenta que sus lazos de unión se limitan a su proximidad y que la afinidad de sus intereses no basta para darles una expresión común en una organización nacional, en un partido político, esas familias no forman una clase. Se hallan, por consiguiente, incapacitadas para la defensa de sus intereses, ya sea por medio del parlamento o dejándose oír en un congreso. No pueden representarse a sí mismas y tienen que ser representadas por otros. Quien pretenda erigirse en representante suyo deberá aparecer a los ojos de los campesinos como señor o jefe, como una autoridad indiscutible que está por encima de ellos, como persona que ejerza poderes ilimitados, los proteja contra las otras clases y les mande el sol y el agua del cielo cuando les haga falta. Es decir, resumiendo: que la influencia política de los campesinos halla su más alta expresión en un poder ejecutivo que supedite la sociedad al poder autocrático de su albedrío." (Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*, páginas 132-3)

Por sus mismas condiciones de vida, el campesino es un elemento incompatible con una política colectiva. El movimiento de los labriegos que estalló en Inglaterra durante el año 1381, acaudillado por Wat Tyler (asesinado en el mismo año); el de Francia en 1358, la gran guerra de los campesinos alemanes en 1525, todas estas llamadas guerras campesinas sólo adquirieron una significación política a partir del momento en que el labriego unió temporalmente sus fuerzas a las de las ciudades que luchaban por sus libertades. Como sector social aparte de la población de un país, puede decirse que los campesinos tienen intereses comunes; pero esto no significa que sus intereses sean siempre idénticos. Por eso no se levantan todos como un solo hombre, a no ser que se hallen agobiados por una pobreza extrema; y cuando, a poco, bajo el régimen de la sociedad vigente, las causas de esa pobreza se repiten, el campesino vuelve a apurar la copa amarga de su miseria. Los intereses locales continúan mandando y, tarde o temprano, por muchas ganas que tenga de seguir resistiendo, el campesino acaba por sucumbir fácilmente al señuelo de las llamadas reformas, dejándose engañar por un plato de lentejas. El fuego de los primeros momentos se apaga en seguida y las aldeas desertan una tras otra de la "causa común", ateniéndose a las pequeñas mejoras conquistadas. La actuación política, la capacidad para perseverar en la persecución de un fin, no ha sido jamás virtud campesina, ni aun en los viejos tiempos, antes de que existiera una clase campesina con sus características diferenciales.

Pero aun es menor la capacidad de acción del campesino mediatizado por la influencia de la economía monetaria. Estas influencias no sólo diferencian a la masa campesina dentro del. municipio y de la aldea, sino que la desintegran en grupos territoriales, cada uno con sus propios intereses específicos. En tiempos de revolución, el campesino casi nunca lucha directamente en las filas revolucionarias. La efervescencia en el campo sólo comienza después que la revolución ha estallado en la ciudad, contribuyendo, cuando más, a prolongarla. Esta fue la marcha que siguieron las cosas en la Gran Revolución francesa, y otro tanto ocurrió en Alemania y en Austria.

Los filósofos burgueses, especialmente los del continente eu-ropeo, suelen identificar con el proletariado a todo el cúmulo de personas que Marx bautizó con el término de *lumpenproletariat* ("proletariado andrajoso"). Para estos señores, todo proletario es un "pobre", un "indigente", un "vagabundo", etc. En su polémica contra Stirner (uno de los maestros de Bakunin), Marx demuestra que "el pauperismo es un estado en que sólo se halla el proletario arruinado, el último escalón a que desciende el proletario que ha perdido su fuerza de resistencia ante la presión burguesa. Sólo el proletario desangrado de toda su energía se convierte en pobre". (Marx, *Der heilige Max* (San Max), en *Documentos de socialismo*, eds. por Bernstein, t. III, página 175)

En *El Capital*, donde se analizan las distintas formas del exceso de población, leemos que el poso del exceso relativo de población se deposita en el mundo del pauperismo. (*Capital* t. I, página 711) El "proletariado andrajoso", en el que Marx incluye a los vagabundos, los criminales, las prostitutas y otros elementos dañinos de la sociedad, ocupa un plano aparte. El pauperismo [dice (*Capital*, t. I, página 712)] es la enfermería del ejército activo del trabajo y la carga muerta que tiene que llevar a cuestas el ejército industrial de reserva. Estos despojos de la producción industrial se concentran en las grandes ciudades, y así surgen los apaches, los pícaros, los matones, etc.; no intervienen en el proceso de la producción y están siempre dispuestos a venderse a cualquier caudillo reaccionario, yendo de ese modo a engrosar las filas del fascismo y otros movimientos por el estilo.

En *El 18 Brumario*, donde se traza un brillante análisis histórico de las condiciones sociales que permitieron a Napoleón III (1808-1873) dar su golpe de estado, demuestra Marx el importante papel que el "proletariado andrajoso" desempeñó

en el triunfo de la revolución que consolidó bajo el tercer Napoleón el poder de la burguesía. La Sociedad del Diez de Diciembre databa del año 1849. "Bajo el pretexto de fundar una sociedad benéfica, el proletariado andrajoso de París se había organizado en secciones secretas. Cada una de estas secciones estaba bajo la dirección de un agente bonapartista, y todas ellas puestas bajo el alto mando de un general de Bonaparte. Con los crápulas fracasados de dudosos medios de vida y borrosos antecedentes, con los aventureros derrotados desprendidos de las filas de la burguesía, formaban allí toda laya de vagabundos, desertores, licenciados de presidio, fugados de galeras, tahúres, bohemios, mendigos profesionales, carteristas, nigromantes, jugadores, chulos, dueños de burdeles, porteros, literatuelos, organilleros, traperos, afiladores, hojalateros; en una palabra, toda esa chusma desaliñada y andrajosa que los franceses designan con el nombre de la *bohème*. Eran todos de la familia de Luis Bonaparte, que levantó sobre ellos el armazón de su Sociedad del Diez de Diciembre." (Marx. *El 18 de Brumario de Luis Bonaparte*, página 83)

29. El proletariado y el respeto a la ley

La propiedad privada forma la base de la sociedad capitalista. En nombre de la justicia y de la igualdad, la burguesía la libertó de las mallas del feudalismo, del monopolio y del privilegio. Bajo la acción de las leyes que rigen el desarrollo del capitalismo, esta propiedad privada fue transformándose gradualmente en propiedad privada capitalista, es decir, en una clase de propiedad privada cuya existencia dependía del número, cada vez mayor, de personas que se iban quedando desnudas de toda propiedad privada. Cuantos más aspavientos hacen los burgueses hablando del carácter sagrado e inviolable de la propiedad privada, más vorazmente despojan de ella al pequeño comerciante, al artesano y al campesino, transformándolos así en una masa de población carente de toda propiedad, es decir, en proletarios. Al pedir la abolición de la propiedad privada, el proletario no hace más que pedir la abolición de algo que a él le ha sido arrebatado ya, de algo cuya carencia es su característica esencial. El proletariado es la masa de individuos que se forma al deshacerse la vieja sociedad, con la decadencia de la clase media, y sobre todo de las últimas capas de esta clase. Al formular por primera vez su idea de la misión histórica del proletariado, escribe Marx (*Sobre la crítica de la filosofía jurídica hegeliana*, edición alemana de *Obras Completas*, t. I, página 620 [en sección en español del MIA o en *Obras de Marx y Engels*, Volumen 5, Editorial Crítica, Barcelona, 1978, página 209 y siguientes. Nota Alejandría Proletaria]): "Cuando el proletariado pregona la disolución del orden social preexistente no hace más que expresar el misterio de su propia existencia, ya que él mismo representa, de hecho, la disolución de ese orden social. Cuando el proletariado pide la supresión de la propiedad privada no hace más que elevar a principio social aquello de que la sociedad ha hecho ya su propio principio, aquello que en el mismo proletariado, y sin intervención suya, se ha incorporado ya a la sociedad como un producto negativo."

Las leyes de protección de la propiedad privada fueron creadas por el sistema capitalista. En el curso del desarrollo capitalista se puso cada vez más de manifiesto que, a no estar tan cuidadosamente redactadas, esas leyes serían insuficientes para defender la propiedad. En lo que a los obreros se refiere, las tales leyes no tienen más razón de ser que impedir sus ataques contra la propiedad privada. Sólo a costa de una lucha perseverante y del sacrificio de muchas vidas ha conseguido el proletariado arrancar alguna protección para su propia, para su única propiedad: su fuerza de trabajo. Ha sido necesario que los trabajadores batallasen incansablemente para lograr la concesión de algunas leyes de defensa de esta fuerza de trabajo contra la cruel

expoliación de los capitalistas. En su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels traza una admirable descripción de la actitud de los obreros ante las leyes burguesas: su falta de respeto hacia ellas, etc.

"Es natural que la ley sea sagrada a los ojos de la burguesía, pues no en vano fue confeccionada por ella, aprobada con su beneplácito; no en vano sirve para proteger y salvaguardar el orden social burgués. La clase burguesa sabe perfectamente que, si bien tal o cual ley específica puede perjudicar a tal o cual miembro de la burguesía, los códigos protegen en conjunto los intereses de la clase burguesa en general. Es más: la santidad de la ley, la inviolabilidad de las instituciones establecidas y consagradas por la afanosa actividad de una parte de la sociedad y aceptadas pasivamente por el resto de los hombres, son otras tantas abstracciones que constituyen el más firme sostén de la posición burguesa dentro de la sociedad de hoy. Para el burgués de Inglaterra, la ley es sagrada, pues ve en ella su propia imagen y semejanza, del mismo modo que ve su imagen y semejanza en Dios. ¡Por eso la porra del policía (que es en rigor su propia porra) se le representa con una virtud tan confortadora! Pero el obrero no ve esa santidad. La experiencia le ha enseñado, harto implacablemente, que la ley es un flagelo que el burgués ha trenzado para servirse de él. Por eso, a menos que las circunstancias le obliguen, el obrero no apela nunca a la ley..." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, página 230)

"¿Cuál es la razón fundamental de que el obrero se abstenga de robar? No hay duda de que la frase "santidad de la propiedad" está bien construida y suena agradablemente a los oídos del burgués; pero es bastante difícil que la propiedad sea sagrada para quien no tiene nada propio. El dinero es el dios de la tierra. El burgués priva al proletariado de dinero, es decir, le priva de dios, en beneficio suyo. ¿Ha de sorprendernos, pues, que el proletariado confiese su ateísmo, que pierda todo respeto a la santidad y al poder del dios de este mundo? Cuando la pobreza del proletariado se agudiza hasta el extremo de carecer de lo más indispensable para cubrir sus necesidades más perentorias, cuando el hambre y el desamparo le aguijonean como espuelas, es natural que se agudice también el estímulo por el desprecio hacia el orden social existente y sus cánones legales." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, página 118)

La psicología del obrero cambia radicalmente bajo la acción de las condiciones creadas al desarrollarse la gran industria y concentrarse en las ciudades las grandes masas de población. Asociándose para la consecución de fines comunes, los obreros empezaron a considerarse una clase, empezaron a advertir que, luchando individualmente, su poder era escaso, pero que la unión les daba una fuerza considerable; se dieron exacta cuenta de su diferenciación de la burguesía; comenzaron a pensar por cuenta propia, a tener sus puntos de vista propios, a ajustar sus ideas y sus perspectivas a su situación especial de obreros; comprendieron la relativa esclavitud en que vivían y, poco a poco, fueron cobrando conciencia de los acontecimientos políticos y sociales. El viejo régimen patriarcal velaba astutamente la esclavización del obrero. Espiritualmente hablando, el obrero no era más que un cadáver; vegetaba en la más completa ignorancia de sus propios intereses y sin el menor conocimiento general. Sólo cuando el amo se hubo convertido en un extraño; sólo cuando se patentizó a los ojos de todo el mundo que el único lazo que unía al esclavo y el señor era el interés personal de éste por sacar partido de su posición; sólo cuando hubo desaparecido todo vínculo de simpatía, sin dejar detrás de sí el menor rastro, sólo entonces empezó el obrero a cobrar conciencia de su posición y de sus intereses, sólo entonces comenzó a revivir espiritualmente, dejando de ser, en sentimiento, en pensamiento y en esfuerzo, el esclavo de su señor.

La burguesía tiene más afinidad con las naciones atrasadas del planeta que con los obreros que viven en su propio seno. Los obreros hablan un idioma diferente, tienen ideas y creencias antagónicas a las suyas, hábitos y principios morales distintos, puntos de vista políticos y religiosos que no coinciden con los de los burgueses. La burguesía y el proletariado son, en realidad, dos naciones distintas, tan marcadamente diferenciadas una de otra, que podemos decir que constituyen más bien dos razas. Disraeli escribió su novela *Sybil or the Two Nations* (Sibila o las dos naciones) en 1845, coincidiendo en el tiempo con la gestación del libro de Engels sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra, y menos de tres años antes de que viese la luz el *Manifiesto Comunista*. Empleando la vieja terminología, Disraeli dice a sus lectores que las "dos naciones" son "el rico" y "el pobre". (V. infra.) Hoy sabemos claramente que el joven estadista conservador escribió su libro hondamente impresionado por el abismo cada día mayor que, así en lo físico como en lo mental, se abría entre la burguesía y el proletariado.

30. Evolución y revolución. Carácter internacional del movimiento proletario

"La existencia de una clase oprimida es esencial en esta sociedad basada en antagonismos de clase. Emancipar a la clase oprimida equivale, por consiguiente, a crear una nueva sociedad. Mas para que la clase oprimida pueda emanciparse es menester que las fuerzas de la producción y las relaciones sociales vigentes dejen de ser incompatibles entre sí. La clase revolucionaria es, de todos los instrumentos de producción, la fuerza productiva más poderosa. La organización de los elementos revolucionarios en una clase única presupone que todas las fuerzas productivas susceptibles de ser creadas dentro de la armazón de la vieja sociedad lo hayan sido ya. ¿Pero ha de argüirse de aquí que al derrumbamiento de la sociedad preexistente deba seguir el triunfo de otra clase y que este nuevo triunfo haya de culminar en un nuevo régimen político? De ningún modo. La condición esencial de la emancipación de la clase obrera consiste precisamente en la desaparición de todas las clases. El precedente histórico de la emancipación del tercer estado, es decir, de la clase burguesa, en que la condición esencial para su libertad era la abolición de todos los estados del reino, nos brinda un paralelo exacto de lo que decimos." (Marx, *Misère de la Philosophie*, páginas 242-3)

En otra nota (número 42) trataremos con más amplitud lo que se refiere al carácter internacional del movimiento proletario. Aquí nos limitamos a recordar al lector que los autores del *Manifiesto* emplean la palabra "nacional" en un sentido puramente geográfico y como sinónima de "estado". Cuando hablan de la lucha de clases como movimiento "nacional", quieren significar que esa lucha se libra dentro de las fronteras de un estado, v. gr., dentro de Francia, Inglaterra, Bélgica, etc. Para poder hacer frente a la burguesía internacional es indispensable que el proletariado luche en una escala internacional, agrupando a los proletarios de todos los países del mundo en una alianza combativa. Pero antes, el proletariado de cada país tiene que entendérselas con la burguesía de su propio estado. La Segunda Internacional llegó adonde llegó porque sus dirigentes, abrazando como grito de guerra la "defensa de la patria", se aplicaron con gran ahínco a la destrucción de la burguesía extranjera, lo que llevaba aparejada la matanza consiguiente, no sólo de sus hermanos proletarios de otros países, sino de los propios camaradas de su nación. Jamás, ni en la más fiera de las guerras civiles, en la más cruenta revolución, en la época más fanática de contiendas entre naciones, jamás en todo el transcurso de la historia se derramó tanta sangre ni se sacrificaron tantas vidas como en la última guerra mundial, en una matanza santificada con las bendiciones de los mismos que vuelven la cara horrorizados ante la idea de

derrocar por la fuerza a la burguesía de su propio país, pues esto puede traer consigo, a no dudarlo, efusión de sangre.

"Cuando se haya desarrollado, la clase obrera desplazará a la vieja sociedad burguesa, sustituyéndola por una asociación que no sabrá nada de clases ni de antagonismos de clase. Ese día no existirá ya un poder político, en el sentido usual de esta palabra, pues el poder político no es más que la expresión oficial de los antagonismos imperantes en la sociedad burguesa. Pero mientras ese día llega, el conflicto entre proletariado y burguesía es la lucha entre dos clases; una lucha que, llevada a su límite, constituye una revolución. ¿Ha de sorprendernos, pues, que una sociedad basada en los antagonismos de clase acabe en una colisión de dos bandos armados y dividida por una lucha cuerpo a cuerpo? El movimiento social no excluye el político, antes, al contrario. No ha habido nunca un movimiento político que no fuera al mismo tiempo social. Sólo cuando se haya implantado un sistema del que desaparezcan las clases y los antagonismos de clase dejarán las evoluciones sociales de ser a la par revoluciones políticas. Entretanto que eso ocurre no se podrá hacer una revisión general de la sociedad sin que la última palabra de la ciencia social sea, para decirlo con las palabras de Jorge Sand (1804-1876), "la guerra o la muerte, la lucha encarnizada o la extinción; he ahí el dilema inexorable". (Marx, *Misère de la Philosophie*, páginas 243-4)

31. La acumulación del capital conduce al empobrecimiento y degradación de la clase obrera. La expropiación de los expropiadores

Aun cuando logre vender su fuerza de trabajo al mejor postor y perciba el salario máximo, el obrero se halla siempre sujeto a las perturbaciones de los ciclos industriales, expuesto siempre a ser víctima de una crisis. Lo precario de su existencia, el alza y baja de los salarios, la perpetua amenaza del despido, todo contribuye a hacer que la situación del proletariado sea fundamentalmente distinta a la del siervo o el esclavo. "El proletario, que no tiene más fortuna que sus brazos, que gasta hoy lo que ganó ayer, que depende de toda clase de azares, que no tiene la menor garantía de si podrá ganar lo indispensable para cubrir sus necesidades más perentorias, que puede verse privado del pan de un momento a otro por una crisis comercial o por el capricho de su patrono, ocupa la más desdichada situación, una situación tal, que no se puede concebir peor. El esclavo tiene, a lo menos, asegurados sus medios de vida, pues de otro modo no sería útil a su propietario; el siervo de la gleba disfruta siquiera de un pedazo de tierra donde puede cosechar los frutos necesarios para su sostenimiento; tanto uno como otro tienen asegurados sus medios mínimos de vida. El proletario, no; el proletario depende exclusivamente de sí mismo, sin que pueda tener nunca la seguridad de poder ganarse el pan. Por mucho que mejore de condición, todo lo que consiga no será más que una gota de agua en el mar de azares a que está expuesto." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, página 119)

El desarrollo de la gran industria viene a agravar la inseguridad en la situación del obrero, y, al precipitar el proceso de la acumulación del capital, crea las fuerzas de reserva del ejército industrial, que ejerce una presión constante sobre el ejército proletario en activo y no permite a los obreros empleados obtener el aumento de salario adecuado a sus necesidades. Fruto típico de la vida cíclica en que se desenvuelve la industria moderna (en la que una fase de intensidad regular en la producción va seguida siempre de un ascenso repentino, y éste, a su vez, por una crisis, un colapso, un período de estancamiento) es el aumento del exceso de población y son las fluctuaciones del censo de hombres que forman el ejército industrial de reserva. Cuanto mayores son

estos contingentes de la reserva, más en peligro están los obreros de verse arrastrados a las filas del pauperismo. Y este proceso puede llegar hasta tal punto, que la sociedad se vea obligada a alimentarlos y a alojarlos en talleres, a socorrerlos materialmente como obra de beneficencia.

"El resultado es que, proporcionalmente a la acumulación del capital, las condiciones de vida del obrero, sean altos o bajos sus salarios, tienen necesariamente que empeorar. Finalmente, la ley por imperio de la cual el exceso relativo de población o ejército industrial de reserva contrarresta siempre la energía y alcance de la acumulación, encadena al obrero al capital con la misma fuerza con que Prometeo vivía encadenado a la roca con los grilletes forjados por Vulcano. Según esta ley, la propiedad aumenta a medida que aumenta la acumulación del capital. La acumulación de riqueza en uno de los polos de la sociedad lleva aparejada la acumulación simultánea de pobreza, de los tormentos de trabajo, la esclavitud, la ignorancia, el embrutecimiento y la degradación moral en el polo opuesto, donde reside la clase productora de ese capital." (Marx, *Capital*, t. I, página 714)

El párrafo con que termina el capítulo primero del *Manifiesto*, con su visión profética del destino que aguarda a la sociedad capitalista, aparece repetido y glosado en el primer volumen de *El Capital*, fruto de la experiencia ulterior y del profundo análisis del autor. Reproduciremos un fragmento, tomado del penúltimo capítulo de esta obra:

"Tan pronto como este proceso de transformación haya desintegrado bastante, en profundidad y en extensión, la vieja sociedad; tan pronto como los trabajadores se hayan convertido en proletarios y sus condiciones de trabajo en capital; tan pronto como el régimen capitalista de producción se afirme sobre sus pies, la socialización del trabajo y la transformación de la tierra y demás medios de producción en medios de producción socializados, es decir, comunes, y por tanto la expropiación de los propietarios privados, no podrán seguir progresando sin asumir una nueva forma. Ahora, la expropiación no recae ya sobre el obrero que trabaja por su cuenta, sino sobre el capitalista que explota a muchos obreros.

"Este proceso de expropiación se desarrolla bajo la acción de las leyes inmanentes de la propia producción capitalista, por la centralización de los capitales. Cada capitalista devora a otros muchos, y a la par, con la expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla, en grado cada vez mayor, la forma cooperativa del proceso del trabajo, la aplicación técnica y consciente de la ciencia, la tierra se cultiva más metódicamente, los instrumentos de trabajo tienden a asumir formas únicamente manejables por el esfuerzo combinado de muchos, los medios de producción se economizan todos al ser aplicados por la colectividad, por medio del trabajo social, el mundo entero se ve preso en la red del mercado mundial, y con ello el régimen capitalista presenta un carácter internacional cada vez más marcado, y mientras de este modo va disminuyendo progresivamente el número de los magnates del capital, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso de transformación, en el polo opuesto crece proporcionalmente la masa de la pobreza, crecen la opresión, la esclavización, la degeneración y la explotación; pero al mismo tiempo crece la ira de la clase obrera y ésta se hace cada día más numerosa, disciplinada, unida y organizada por el propio método capitalista de producción. El monopolio capitalista se convierte en grillete del régimen de producción que ha florecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Y la envoltura se desgarra. La hora de la propiedad privada capitalista ha sonado. Los expropiadores son expropiados." (Marx, *Capital,* t. I, páginas 845-846)

II Proletarios y comunistas

32. Los comunistas y los partidos obreros

Las palabras "los comunistas no forman un partido aparte de los demás partidos obreros" pudieran dar hoy origen a equívocos. Pudiera creerse, juzgando por ellas, y, en efecto, así las han interpretado algunos, erróneamente, que Marx y Engels eran fundamentalmente reacios a la creación de un partido comunista enfrentado con los demás partidos de la clase obrera. Sin embargo, estas palabras pueden interpretarse sin extravío a la luz de las circunstancias históricas en que la Liga Comunista vivió. Por aquellos años no había más que un partido en que la organización de los trabajadores tuviese proporciones nacionales: este partido era el cartismo inglés. En Francia, aparte de los socialistas demócratas acaudillados por Ledru-Rollin y Flocon, no existían más que grupos diseminados, adscritos a las viejas organizaciones blanquistas, y los seguidores del viejo Barbès (1809-1870), que habían sufrido un grave descalabro con la derrota de 1839. Existían, además, algunas "células" de "comunistas materialistas" y "obreros igualitarios". A pesar de estar compuestos por proletarios, esos grupos, a diferencia del de los socialistas demócratas, que eran un partido pequeñoburgués, no habían pasado de ser, hasta el año de 1848, más que agrupaciones de poca monta, sin adquirir en ningún caso contornos nacionales.

Desde el momento mismo de formarse, la Liga Comunista se erigió en una organización internacional, viéndose obligada a entrar en relaciones con las secciones nacionales, con el fin de evitar interferencias inútiles entre ella y los partidos nacionales que pudieran existir. Estas precauciones eran muy necesarias, sobre todo en lo tocante a Inglaterra, donde el cartismo se había convertido en la organización política genuina de la clase trabajadora. Los comunistas ingleses, entre los que mencionaremos a Jorge Julian Harney (1817-1899) y Ernesto Jones (1819-1869), no formaron un nuevo partido. Se aplicaron a la empresa de fundir el cartismo y el comunismo, asumiendo la dirección del movimiento y poniendo sobre el tapete la cuestión de la propiedad.

El *Manifiesto* señala los deberes que los comunistas han de imponerse. En lo que se refiere a las relaciones entre el Partido Comunista y la clase obrera en general, la fórmula del *Manifiesto* tiene todavía perfecta actualidad. El programa del Partido Comunista ruso está en consonancia con ella, como del siguiente fragmento puede colegirse:

"Con el fin de capacitar al proletariado para el cumplimiento de su gran misión histórica, el Partido Comunista Internacional organiza al proletariado en partido político independiente frente a todos los partidos burgueses; acaudilla a los trabajadores en todas las manifestaciones de la lucha de clases, muestra a los explotados el antagonismo irreconciliable de intereses que se alza entre ellos y los explotadores, y señala al proletario la significación y las condiciones ineludibles de la revolución social inminente." (Preobrazhensky y Bujarin, *El ABC del comunismo*, página 375)

33. Propiedad feudal y propiedad burguesa

"La propiedad ha asumido formas diferentes y se ha desarrollado bajo condiciones distintas en todas las épocas de la historia. Por consiguiente, para dar una definición de lo que es la propiedad burguesa, nos basta con describir las condiciones sociales de la producción capitalista. La pretensión de definir la propiedad

independientemente de las condiciones reinantes, como una categoría aparte, como una idea abstracta y eterna, puede llevarnos a ilusiones metafísicas o legalistas.” (Marx, *Misère de la Philosophie*, página 214)

La cuestión de la propiedad presenta, según las épocas, formas distintas, que corresponden a las diversas fases del desarrollo industrial y a las peculiaridades que ofrece el desarrollo de la industria en los distintos países.

“En los tiempos de la revolución inglesa, lo mismo que en los de la revolución francesa, la cuestión de la propiedad giraba en torno a la creación de condiciones que facilitaran la libre concurrencia y la abolición de todas las instituciones de la propiedad feudal (privilegios feudales, gremios, monopolios, etcétera), que fueron otras tantas trabas para el desarrollo de la industria desde el siglo XVI al XVIII. La cuestión de la propiedad es siempre una cuestión vital para una clase determinada, en relación con las varias fases recorridas en el desarrollo de la industria. En los siglos XVII y XVIII, al abolirse las condiciones de la propiedad feudal, la cuestión de la propiedad adquirió una importancia vital para la burguesía. En el siglo XIX, cuando el problema gira en torno a la destrucción de la propiedad burguesa, el tema de la propiedad se convierte en cuestión vital para el proletariado.”

La burguesía destruyó todas las viejas formas de la economía, y con ellas todos los tipos de propiedad adecuados a esas formas. Asimismo, fue abolida la organización política que formaba la expresión oficial del viejo estado. Sobre las ruinas del sistema feudal de propiedad, la burguesía implantó su propio sistema. La justicia y la igualdad eran postulados sobre los que la burguesía aspiraba a construir el nuevo edificio social, aprovechando los restos del régimen feudal de la propiedad. Dentro de la sociedad burguesa, todos los hombres habían de ser iguales y libres, todos habían de ser propietarios y producir artículos para ser cambiados por otros, pertenecientes todos ellos a estos propietarios libres e iguales, que no los cobrarían nunca más que por su justo precio. Estas eran las intenciones. Pero el hecho fue que la burguesía fundó una sociedad basada en el privilegio, en la desigualdad, en la injusticia; una sociedad en que los conflictos y los antagonismos son todavía más agudos que eran en la sociedad feudal.

“Cada día que pasa se hace más evidente el hecho de que las condiciones de producción en que vive y se apoya la burguesía no tienen una forma única ni un carácter igual. Presentan, por el contrario, dos aspectos diferentes. Las condiciones que producen la riqueza, producen al mismo tiempo la pobreza; las condiciones que determinan el desarrollo de la fuerza de producción, determinan simultáneamente la fuerza de la opresión; las condiciones que levantan la riqueza de la burguesía, es decir, de la clase burguesa, lo hacen a costa de sacrificar la riqueza de otros miembros de la misma clase y de engrosar más y más las filas del proletariado.” (Marx, *Misère de la Philosophie*, páginas 171-2)

Marx nos enseña cómo, bajo las condiciones de la producción y circulación de mercancías, la ley de apropiación, o sea la ley de la propiedad privada, “se torna, por obra de su inmanente e inexorable dialéctica, en todo lo contrario de lo que es”. (*Capital*, t. I, página 641.) Al aparecer en el mercado la fuerza de trabajo, los capitalistas, dueños de los medios de producción, adquieren la posibilidad de privar sistemáticamente, pero sin faltar a la más estricta observancia de la ley y sin infringir en lo más mínimo los derechos de la propiedad, a otros propietarios, los asalariados, de una parte de los productos que ellos mismos crean. “Las relaciones de cambio entre el capitalista y el obrero se convierten así en meros reflejos del proceso de circulación, en una mera forma que se tiende por encima de la esencia de las verdaderas relaciones y que sólo sirve para mixtificarlas. La compraventa perpetua de la fuerza de trabajo es la

forma externa. El verdadero contenido esencial está en que el capitalista se adueña, sin equivalente, de una porción de trabajo ajeno previamente materializado y lo cambia por una cantidad mayor de trabajo vivo... Hoy día, la propiedad parece significar, en lo que concierne al capitalista, el derecho a apropiarse de trabajo ajeno no retribuido, o de su producto; en lo que concierne al obrero, la imposibilidad de apropiarse el producto de su propio trabajo. El divorcio entre la propiedad y el trabajo ha acabado siendo el fruto obligado de una ley nacida originariamente de su identidad.” (Marx, *Capital,* t. I, páginas 641-642)

Dicho en otros términos: “La transformación primaria del dinero en capital se lleva a cabo en perfecto acatamiento de las leyes económicas de la producción de mercancías y ejerciendo el derecho de propiedad que esas leyes reconocen. Y, sin embargo, nos encontramos con lo siguiente:

1º Con que el producto pertenece al capitalista y no al obrero.

2º Con que el valor intrínseco de este producto encierra, además del valor del capital aportado, un exceso de valor, una plusvalía, que al obrero le ha costado su trabajo, pero que al capitalista no le ha costado nada y que, no obstante, es de su legítima propiedad.

3º Con que la fuerza de trabajo del obrero permanece intacta y por entero a su disposición, para venderla de nuevo si encuentra quien se la compre.” (Marx, *Capital,* t. I, página 643)

Mientras tanto, el llamado derecho de propiedad subsiste bajo el régimen capitalista de producción, aunque sus efectos hayan variado radicalmente, en relación con lo que eran antes del capitalismo. “Continúa vigente el mismo derecho, aunque las cosas hayan dejado de ser lo que eran antiguamente, cuando el producto pertenecía a su creador y éste, cambiando un equivalente por otro equivalente, no tenía más medio de enriquecerse que su propio trabajo, para asumir la forma propia de la época capitalista, en que la riqueza social, en proporciones cada día mayores, se torna en monopolio de aquellas personas cuya posición les permite adueñarse constantemente del trabajo de los demás.” (Marx, *Capital*, t. I, página 645)

En tanto la propiedad privada no desaparezca persistirán sus efectos, y la clase obrera será explotada por la clase capitalista. Por eso toda la teoría del comunismo puede resumirse en esta tesis: abolición de la propiedad sobre los medios de producción e implantación de la propiedad común. Mas de aquí no debe deducirse que los comunistas sean enemigos de la propiedad privada en todas sus formas y manifestaciones, que su designio sea abolir todas las modalidades de propiedad privada. No, este tipo de propiedad reviste formas muy diversas: hay propiedad privada y propiedad privada.

“La propiedad privada, a diferencia de la propiedad social o colectiva, sólo existe allí donde los medios de trabajo y las condiciones externas en que éste se desarrolla pertenecen a unos cuantos particulares. Pero el carácter de esta propiedad varía según que sus propietarios sean o no trabajadores. Las innumerables modalidades que presenta a primera vista la propiedad privada no son más que otros tantos reflejos de las condiciones intermedias que fluctúan entre los dos extremos. La posesión de los medios de producción por el obrero es la base de la pequeña industria, y ésta una condición indispensable para el desarrollo de la producción social y para la independencia del obrero. Es evidente que con este régimen de producción nos encontramos también en el sistema de participación del obrero en la industria, en el sistema de la servidumbre de la gleba y en otros sistemas de vasallaje. Pero sólo florece, sólo se manifiesta en todo su esplendor, sólo reviste su forma clásica adecuada allí donde el obrero es el propietario de sus medios de trabajo, allí donde el campesino es

dueño de la tierra que cultiva y el artesano de las herramientas con que trabaja.” (Marx, *Capital,* t. I, página 844) Esta clase de propiedad privada es fruto del trabajo propio de quien la adquiere. Pero al llegar a cierto grado de evolución social se ve desplazada por la forma de propiedad privada capitalista, basada en la explotación del trabajo ajeno, por muy “libre” y muy “independiente” que, formalmente, sea este trabajo.

Por consiguiente, aunque los comunistas luchan por la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, su actitud es muy distinta cuando se trata de la propiedad privada a que hemos aludido. Ante la propiedad privada adquirida por el trabajo personal del propietario, los comunistas adoptan una actitud amistosa de acercamiento, tratando de demostrar a estos poseedores que la situación del pequeño productor es extraordinariamente precaria en un régimen en que prevalece la producción comercial y que la propiedad privada es actualmente un medio que le convierte en víctima de la explotación. En cambio, tratándose de la propiedad privada capitalista, la actitud que adoptan los comunistas es muy diferente. A ésta le declaran la guerra sin cuartel y se esfuerzan por precipitar la hora de la muerte de la clase poseedora. El acto en que culmina la revolución social no es precisamente la expropiación de los expropiados, sino la expropiación de los expropiadores; no es la expropiación de la propiedad privada fruto del esfuerzo personal, sino la expropiación de la propiedad privada capitalista fruto del trabajo ajeno.

34. El capitalismo, producto de una fase específica y transitoria de la evolución social

Los economistas burgueses ven en el capital un régimen perenne de producción social, y, como perenne, indispensable para el rendimiento del trabajo. Olvidan que los medios de producción sólo se transforman en capital y el trabajador en asalariado, en proletario, bajo ciertas y determinadas condiciones históricas.

El capital presupone el trabajo asalariado, y éste el capital. Dependen el uno del otro y ambos se crean mutuamente. ¿Es que el obrero que trabaja en una fábrica algodonera sólo produce artículos de algodón? No, produce también capital. Produce, por tanto, valores que se adueñan de su trabajo y lo utilizan para la creación de nuevos valores, y así sucesivamente. El capital sólo se incrementa al cambiarse por fuerza de trabajo, al engendrar el trabajo asalariado. A su vez, la fuerza de trabajo del obrero no puede trocarse en capital si no es aumentando ese mismo capital, reforzando la propia cadena a que está atado. Y al aumentar el capital, aumenta también el número de proletarios, el contingente de individuos que forman la clase obrera.” (Marx, *Trabajo asalariado y capital,* páginas 27-8)

Colocados fuera de ciertas condiciones sociales, fuera de tal o cual período histórico en el desarrollo de la sociedad, los medios de producción no pueden constituir jamás capital. El capital es la fuerza, no de un individuo, sino de toda la sociedad. “Un negro es un negro... Pero bajo determinadas condiciones se convierte en esclavo. Una máquina de hilar algodón es una máquina para hilar algodón. Han de concurrir condiciones especiales para que se convierta en capital. Desgajada de esas condiciones, la máquina no tiene carácter de capital, del mismo modo que el oro no es de por sí dinero, ni el azúcar el precio del azúcar. El capital es un régimen social de producción, el régimen de producción peculiar de la sociedad burguesa. Los medios de vida, los instrumentos de trabajo, las materias primas, todos esos elementos esenciales integrantes del capital, ¿acaso no se producen y acumulan bajo determinadas condiciones sociales, bajo un determinado régimen social? ¿Y no se utilizan, bajo esas condiciones y bajo ese régimen determinado, como medios para seguir produciendo? ¿Y

no es precisamente este carácter social el que transforma los productos aptos para una nueva producción en capital?" (Marx, *Trabajo asalariado y capital*, páginas 24-5)

Mas adviértase que ese poder social es un poder privado, patrimonio privativo de una persona individual, el capitalista, que tiene el derecho, omnímodo e irrefrenable de hacer de él el uso que le dicte su voluntad. Cuanto más rápidamente se desarrollan los medios de producción capitalista, con más pujanza se desarrollan también las distintas ramas de la industria y más aguda se hace la contradicción entre la apropiación capitalista y la producción social. No hay más que cancelar en los medios sociales de producción el carácter capitalista, y ya los tenemos convertidos en propiedad social. "El proletariado se adueña del poder público, e inmediatamente transforma los medios de producción en propiedad social." (Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico*, página 48) De este modo arranca las fuerzas de producción a las uñas capitalistas y abre el camino para el desarrollo pleno de su aplicación social. Esto hace posible la regulación de la producción social de acuerdo con un plan preconcebido. El desenvolvimiento de la producción convierte así la existencia de clases diferentes en un anacronismo.

35. Propiedad individual y propiedad privada. El principio de distribución de la sociedad comunista

Hemos visto cómo el régimen capitalista de apropiación crea la propiedad privada capitalista, que se diferencia bastante claramente de la propiedad privada individual, basada en el trabajo del propietario. Hemos visto, además, que la única propiedad que los comunistas intentan expropiar es la propiedad privada capitalista. Dejando la propiedad de los pequeños productores en manos de estos obreros, ya que no se trata de una clase de propiedad empleada como medio de explotación del trabajo ajeno, los comunistas respetan el patrimonio personal de todos los miembros de la sociedad; no ponen fin a la apropiación personal de los productos indispensables para el sustento de la vida. Sin embargo, para curarla de los vicios de que hoy adolece, los comunistas basan esta nueva propiedad individual en las adquisiciones provenientes de la época capitalista, es decir, en la cooperación de los trabajadores independientes y en la posesión conjunta de los medios de producción, incluyendo la tierra.

La forma que esta propiedad personal, esta propiedad individual, haya de asumir, el principio por el cual haya de regirse la distribución de lo producido entre los trabajadores, dependerá de las condiciones históricas de los tiempos y del grado de desarrollo a que hayan llegado las fuerzas productivas de la sociedad en el momento en que el proletariado se adueñe del poder. Deducida del producto colectivo la parte indispensable para la marcha normal del proceso social de la producción, para la reposición y reparación de los medios de trabajo, para la formación de un fondo social de reserva; para los gastos administrativos de toda clase, para las necesidades sociales y culturales, para la asistencia que ha de prestarse a los desvalidos, las utilidades del producto social se distribuirán entre los productores. Durante el período de transición del viejo al nuevo régimen, en que los vestigios de la vieja sociedad permanecen todavía adheridos a la nueva, el productor percibirá estrictamente la parte del producto proporcional a la cantidad del trabajo rendido; pero, aunque las distinciones de clase habrán desaparecido, permanecerán los privilegios naturales del talento individual, y la remuneración del trabajo será regulada en consonancia con su cantidad, calidad e intensidad.

Cuando la sociedad comunista haya alcanzado un grado considerable de desarrollo, "cuando la sumisión esclavizadora al yugo de la división del trabajo haya

desaparecido, y cuando, con ella, hayan dejado también de existir la distinción entre el trabajo físico y el trabajo intelectual; cuando el trabajo no sea ya un medio de vida, sino la primera de las necesidades vitales del hombre; cuando las fuerzas productivas de la sociedad se hayan desarrollado en proporción al desarrollo multiforme de los individuos que componen esa sociedad, entonces los estrechos horizontes burgueses serán enterrados y la sociedad podrá escribir en su bandera: "Cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades." (Marx, El Programa socialista, página 9, *Crítica al Programa de Gotha)*

36. El imperio del capital sobre el trabajo

Según los economistas burgueses, el capital es trabajo acumulado, empleado como medio de nueva producción. Llegan a esta conclusión porque ven el capital como un conjunto de materias primas, instrumentos de trabajo y medios de sustento, indispensables para continuar produciendo. Pero todos estos elementos del capital son artículos comerciales, es decir, productos dotados ya de un carácter social definitivo, que únicamente pueden adquirir cuando las relaciones económicas han alcanzado ya un determinado grado de desarrollo. Según esto, el capital no es una simple suma de productos materiales, sino un conjunto de productos que constituyen mercancías, valores de cambio, objetos dotados de una significación social. Toda suma de mercancías es una suma de valores de cambio. ¿Cómo, entonces, se opera su conversión en capital?

"¿De qué modo se transforma una cantidad de mercancías, de valores de cambio, en capital? Del modo siguiente. Como poder social independiente (es decir, como poder de una parte de la sociedad), el capital se sostiene e incrementa cambiándose por fuerza de trabajo. La existencia de una clase de hombres que no poseen más fortuna que su capacidad de trabajo es requisito indispensable para la existencia del capital. El capital no es trabajo acumulado puesto al servicio del trabajo en activo, sino trabajo en activo puesto al servicio del trabajo acumulado, como medio para sostener e incrementar sus valores de cambio." (Marx, *Trabajo asalariado y capital*, páginas 26-27) En *El Capital*, todavía traza Marx una exposición más clara de cómo el trabajo muerto, acumulado, gobierna al trabajo vivo, de cómo el trabajo pretérito rige al trabajo actual:

"Todas las modalidades de producción capitalista, en cuanto no sean meros procedimientos de trabajo, sino también medio de incremento y expansión del capital, tienen de común el hecho de que en ellas no es el obrero el que emplea los instrumentos de trabajo, sino éstos, los instrumentos de trabajo, los que le emplean a él. Sin embargo, hasta llegar a la producción por medio de máquinas, esta inversión de las cosas no adquiere una realidad técnica y tangible. Al convertirse en autómata, el instrumento de trabajo se alza frente al obrero, en el proceso del trabajo, como capital, como trabajo muerto que gobierna el trabajo vivo y le chupa la savia." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 455-6)

¡Y este sistema social, en que la inmensa mayoría de la población se ve obligada a venderse por un mezquino salario, es lo que los economistas burgueses describen como un régimen de "libertad"!

"No os dejéis embaucar por el concepto abstracto de "libertad" [exclama Marx en su discurso sobre el librecambio, citado más arriba]. Libertad, ¿de quién? Esta palabra no indica la libertad de una persona respecto a otra, no, sino la libertad del capital para oprimir al obrero. ¿A qué ir a buscar apoyo y sanción para la "libre" concurrencia en esa idea de libertad, cuando la idea de la libertad no es en sí más que el

fruto de un régimen basado en la libre concurrencia?” (Marx, *Misère de la Philosophie*, páginas 287-8)

37. Personalidad burguesa y personalidad humana

En su polémica contra Max Stirner, Marx hace algunas observaciones de gran interés acerca de la relación que existe entre la personalidad burguesa y la personalidad humana. Los pensadores burgueses como Destutt de Tracy, filósofo francés (1754-1836), ven en la propiedad un atributo inseparable de la personalidad humana, consubstanciado con ella por lazos naturales. Para ellos, propiedad, individualidad y personalidad son una y la misma cosa. La idea de “yo” lleva ya inherente la idea de “mío”.

“La naturaleza ha dotado al hombre de una propiedad, es decir, de una individualidad, inalienable e inseparable. Dondequiera que existe, si no ya un ente individual, sí al menos un individuo con voluntad propia, existe propiedad.” (Destutt de Tracy, citado por Marx, *San Max*, en *Documentos de socialismo*, eds. por Bernstein, t. III, página 361) El propio Stirner se acercaba bastante a este modo de pensar.

“Si el burgués, con su limitado horizonte mental, se vuelve hacia el comunista y exclama: “suprimiendo la propiedad, que vale tanto como privarme a mí de mi existencia como capitalista, como terrateniente, como industrial, y como privarte a ti propio de tu existencia como trabajador, suprimes a la vez mi individualidad y la tuya propia, imposibilitándome para seguir explotándoos a vosotros, los trabajadores, para seguir acumulando utilidades, dividendos y rentas, destruyendo mi existencia individual”; si el burgués dice al comunista: “destruyendo mi existencia como burgués, destruyes mi existencia como individuo”, tendremos que darle las gracias por su franqueza..., por no decir por su cinismo. En efecto, eso y no otra cosa es lo que el burgués piensa, pues él no acierta a concebirse como individuo si no es concibiéndose como burgués. Pero en cuanto se ponen de por medio los teóricos burgueses, procediendo por vía general y teóricamente a identificar la propiedad burguesa con la personalidad humana, y pugnan por reforzar su tesis por medio de la lógica, entonces lo que se defiende y santifica ya no es más que la necedad... Para el burgués es facilísimo, empleando su lenguaje vernacular, demostrar que las relaciones mercantiles se confunden con las relaciones individuales y aun con las relaciones humanas en general, pues ese lenguaje vernacular es por sí mismo un producto burgués, que hace del regateo, tanto en el mundo tangible como en el mundo del lenguaje, el eje sobre el cual giran todas las cosas.” (Marx, *Comentario sobre Stirner*, en *Documentos de socialismo*, eds. por Bernstein, t. III, 362-363)

Los comunistas sólo pretenden destruir la propiedad privada con el fin de curarla de las taras que le impuso su modo adquirido de ser; en cambio, los pensadores burgueses (y entre ellos tenemos que incluir a los idealistas de la pequeña burguesía, como Proudhon y Stirner, los voceros más radicales de esta clase) tratan de tergiversar a toda costa este principio haciendo creer que equivale a la destrucción de la propiedad en general. Así lo hace Stirner, con su característica y perversa ingenuidad.

La propiedad privada (que no debemos confundir con la propiedad *individual* o *personal*, con la propiedad de “mi” camisa, de “mi” chaqueta, que no confiere a su dueño el menor poder de absorción de trabajo ajeno), la propiedad capitalista o de *explotación*, es la única que brinda las condiciones que permiten al individuo monopolizar las fuerzas sociales, las condiciones mediante las cuales los “propietarios” pueden mediatizar para su exclusivo provecho las cualidades naturales e individuales, no sólo de las personas, sino también de las cosas.

"Respecto al terrateniente, el único interés que tiene en el suelo es la renta que puede extraer de él. Pero la renta es una propiedad de la tierra que ésta puede perder sin perder ninguna de sus cualidades inalienables, sin perder ni una sola gota de su fertilidad. Es decir, que la renta es una cualidad cuyo volumen y hasta cuya existencia dependen de una serie de relaciones sociales que se crean y desaparecen sin que en ello tenga arte ni parte el propietario. Otro tanto podemos decir de la máquina. El dinero (la forma de propiedad más generalizada) tiene muy poco que ver con las características personales, y hasta puede ocurrir que sea directamente opuesto a ellas. Shakespeare sabía de esto mucho más que nuestros teorizantes pequeñoburgueses cuando escribió:

Gold? yellow, glittering, precious gold? ...
Thus much of this will make black, white; foul, fair;
Wrong, right; base, noble; old, young; coward, valiant.

(¿Oro? ¿Oro amarillo, brillante, precioso?
Con él se torna el negro blanco; hermoso el feo;
el cobarde, valiente; el viejo, mozo;
noble el villano, y el malvado justo)

En una palabra, la renta de la tierra, las ganancias y demás atributos inherentes a la propiedad privada, no son más que otras tantas relaciones sociales en que se refleja una fase determinada de la producción." (Marx, *Contra Stirner,* en *Documentos de socialismo,* t. III, página 363)

38. La laboriosidad burguesa y la pereza proletaria

En su tiempo se dijo que si se abolía la esclavitud o la servidumbre de la gleba los siervos o los esclavos huirían del trabajo y se darían a la ociosidad. A no ser por la vara o por el látigo, la "indolente pereza del pueblo bajo" sería invencible. La realidad demostró que estos augurios eran completamente falsos. El trabajo libre resultó ser más productivo que el servil. Pero este trabajo "libre" corre a cargo de un obrero "libre", cuya libertad se parece mucho a la del pájaro en el aire: el pájaro es "libre" de seguir volando o de parar el vuelo... hasta que cae. El obrero es también "libre", libre y desembarazado de todo medio de producción, y esta "libertad" le obliga a venderse a sí mismo, a vender su fuerza de trabajo. Hoy, en vez de ser el látigo o la vara, son las punzadas del hambre las que lo arrean hacia la fábrica. Trabaja acosado, pues ya no le vigila como antes la presencia del dueño de vez en cuando, sino el ojo siempre avizor del capataz y la ley hecha por el patrono, que está allí para castigar el menor descuido. La división del trabajo (cuyas funestas consecuencias, lejos de disminuir con el progreso de la máquina, se acentúan al desarrollarse el maquinismo) despoja al trabajo del obrero casi siempre de sentido y razón de ser. Los comunistas luchan por crear condiciones que garanticen la "libertad" de trabajo del obrero, dando rienda suelta a sus fuerzas físicas e intelectuales, sin hacer de su trabajo una faena insoportablemente monótona y pesada. La réplica burguesa a esta aspiración es la versión moderna del viejo refrán de la "haraganería del pueblo bajo".

Cuando el proletariado suba al poder tendrá que hacer frente (ya tiene que hacer frente hoy en Rusia) a una complicada serie de problemas. La revolución lleva consigo toda una serie de desórdenes y perturbaciones en el proceso de la producción. Para que la paz interior se restablezca hace falta tiempo. Durante el período de transición se produce inevitablemente una baja en el suministro de artículos manufacturados. Ésta

depresión es inevitable, aun dentro de las condiciones más propicias y aun cuando el proletariado consiga reorganizar satisfactoriamente las empresas industriales. Si, además, se hace imposible pertrechar las fábricas con los medios de producción necesarios o abastecer a los obreros de víveres, si los instrumentos están deteriorados, la resistencia de los obreros agotada y las reservas de materias primas exhaustas, entonces, los problemas a que tiene que hacer frente el proletariado parecen superiores a toda fuerza.

A la par que impone la obligación de trabajar a todos los ciudadanos, el proletariado tiene·que cuidarse de eludir todo aquello que recuerde el trabajo de los cuarteles y las cárceles. Para fortalecer la disciplina entre los propios trabajadores, para difundir en todos los sentidos la idea de esta disciplina consciente y demostrar su importancia a tono con el carácter social de los instrumentos de trabajo, para mantener la necesidad de imponer esa disciplina en una sociedad recién salida del cascarón capitalista y que conserva todavía vestigios de su antigua matriz, que se halla aún bajo el peso de los residuos del sistema capitalista, para todo esto es indispensable, en los comienzos de una sociedad comunista, echar mano de una serie de recursos que levanten y fomenten el estímulo del trabajo. Pero estas medidas deben aplicarse ya desde el primer instante, no con el designio de hacer que se destaquen los obreros más eficientes, presentándolos como modelos a los demás, sino con la mira de incrementar la producción total de la colectividad obrera a la que pertenecen individualmente todos y cada uno de los trabajadores.

39. Producción material y producción intelectual

La producción y distribución de los productos del trabajo intelectual están estrechamente relacionadas con los cambios y el desarrollo de los medios materiales de producción, y corresponden al grado de progreso de las fuerzas productivas. Las formas de producción intelectual presentan diferentes características en las distintas etapas de desarrollo histórico de la sociedad humana. “Para estudiar las relaciones entre la producción material e intelectual es preciso fijarse ante todo en la producción material, no considerándola bajo el aspecto de una categoría universal, sino como una forma histórica concreta de producción. Así, por ejemplo, la producción intelectual no es la misma bajo el régimen capitalista que durante la Edad Media. Sólo enfocando la producción material en una fase histórica determinada alcanzaremos a comprender las peculiaridades de la forma de producción intelectual correspondiente y la reciprocidad que media entre ésta y la producción material.” (Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, t. I, página 381)

Una forma determinada de producción material exige un determinado régimen de división del trabajo, y éste, a su vez, constituye la base de la división del trabajo intelectual. El estudio de la historia social nos demuestra que, una vez vencidas las etapas de la sociedad primitiva, comenzó la división del trabajo, dando origen a un gran número de especialidades y subespecialidades en el trabajo social, con la correspondiente clasificación en el campo técnico intelectual.

“En toda sociedad [escribe Engels en su *Anti-Dühring*] en que la producción se desarrolla como un proceso regido por leyes naturales (y en la sociedad moderna ocurre así) no son los productores los que gobiernan los medios de producción, sino éstos los que gobiernan a los productores. En esta sociedad, cada nueva palanca de producción se torna forzosamente en un nuevo yugo que encadena al productor a los medios de producción. Tal acontece, sobre todo, con esa palanca poderosísima de la producción, la más poderosa antes de que surgiese la gran industria, a saber: la división del trabajo. Ya

al instaurarse la primera división del trabajo en gran escala, la que trajo consigo la separación del campo y la ciudad, la población rural se vio condenada a varios siglos de letargo mental, mientras los trabajadores de la ciudad quedaban entregados a la esclavitud, encadenado cada cual a su trabajo específico. Este estado de cosas se interpuso ante el desarrollo intelectual de los trabajadores del campo, a la par que entorpecía el desarrollo físico de los habitantes de la ciudad. Es cierto que el campesino es dueño, en esta época, de la tierra que cultiva y el artesano dueño del oficio que ejerce; pero en la realidad acontece al revés: que la tierra es la dueña del labrador y el oficio del artesano. Con la división del trabajo quedó segmentado el propio hombre. Hubo que sacrificar sus facultades físicas y mentales en holocausto de una sola. Esta mutilación de las capacidades humanas aumenta conforme avanza la división del trabajo, para llegar a su grado máximo en la manufactura. El régimen de la manufactura desintegra el oficio en toda una variedad de operaciones, a cada una de las cuales se adscribe un obrero como al trabajo de toda su vida; este trabajo esclaviza al obrero durante toda la vida, sometiéndole a una operación determinada y parcial, y obligándole a manejar mientras vive un instrumento de trabajo especializado. Pero esta esclavitud no se limita al obrero. También los individuos de las otras clases que, directa o indirectamente, explotan al trabajador están sometidos, por el yugo de la división del trabajo, a los instrumentos de su actividad: el burgués a su capital y a su codicia de lucro, el abogado a sus tercos conceptos legalistas, que le subyugan como si tuviesen vida propia; la "clase culta" a toda una trama de prejuicios y afectos localistas, a su propia incapacidad física y a su miopía intelectual, a las taras de una lamentable educación y a la repetición constante y de por vida de fútiles actividades." (Engels, *Anti-Dühring*, páginas 314-5)

La individualización de una serie de especialidades: conocimientos técnicos, enseñanza, instrucción militar, ejercicio del comercio, acaba por concentrar los estudios y la experiencia en manos de la clase dominante, empobreciendo intelectualmente a la masa trabajadora. Esta división del trabajo social, gracias a la cual todos los aserradores de madera y achicadores de agua, por ejemplo, pertenecen a una clase aparte, es ya bastante grave; pero todavía es más desastrosa, en muchos respectos, la torpe especialización, la separación cada día más acentuada entre el trabajo físico y el intelectual que sigue al desarrollo del régimen de la manufactura.

"El campesino independiente o el artesano desarrollan, aunque sea en pequeña escala, sus conocimientos, su perspicacia y su voluntad. El salvaje se ejercita en las artes bélicas, dando rienda suelta en ellas a su astucia personal. Bajo el régimen de la manufactura, estas aptitudes ya sólo las necesita el taller en su totalidad. La producción acusa la inteligencia en un sentido a costa de sacrificarla en todos los demás. Lo que el obrero especializado pierde individualmente se concentra en el capital al que sirve. Como resultado de la división del trabajo fabril, el obrero se enfrenta con las fuerzas intelectuales del proceso material de la producción, de las que es esclavo, objeto de su propiedad. Este proceso comienza con la simple cooperación, en la que el capitalista representa la unidad y la voluntad del organismo de trabajo frente al trabajador individual. En la manufactura va más allá, pues mutila al obrero sometiéndolo a un trabajo determinado. Y triunfa, por fin, en la gran industria al separar el trabajo de la técnica, haciendo de ésta una fuerza independiente de producción y sometiéndola al servicio del capital." (Marx, *Capital*, t. I, página 382)

En la sociedad capitalista, la enseñanza popular está toda ella encaminada a perpetuar el despojo intelectual de las masas. Sin embargo, al avanzar el movimiento de la clase obrera, la clase dominante se ve obligada a introducir ciertas reformas, siquiera sean mezquinas, en el sistema de educación. Claro está que, en los países capitalistas,

estas reformas no menoscaban en lo más mínimo el carácter de clase de la educación ni la emancipan de los intereses de la burguesía.

Lo mismo que hacen los burgueses idealistas de hoy, los defensores filosóficos del régimen de la servidumbre en la época feudal se empeñaban en sostener que el destruir el sistema feudal de producción, y con él su producción intelectual, llevaría aparejadas grandes pérdidas para la sociedad. En aquellos tiempos los burgueses criticaban sin recato el carácter corporativo del viejo sistema de educación y se burlaban mordazmente de todos aquellos trabajos intelectuales respetados por sus antecesores. Economistas como Adam Smith y Ricardo demostraban la esterilidad de gran número de oficios, por estar sometidos todavía, en mayor o menor medida, a las viejas condiciones feudales de producción, como fruto que eran del régimen feudal y creados a la medida de sus necesidades.

"El trabajo de algunas de las clases más respetadas de la sociedad no es menos estéril que el trabajo de los criados. Tomemos por ejemplo un soberano territorial, con toda su cohorte de jueces y oficiales de graduación, con todo su ejército y su marina; todos son obreros improductivos. Son los criados del público y se les sostiene con una parte del producto anual del trabajo de otras personas... Entre ellos se cuentan asimismo los curas, los abogados, los literatos, los médicos, los cómicos, los juglares, los músicos, los tenores, los bailarines, etc." (Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, t. I, página 263)

Y más adelante: "Tal era el lenguaje empleado por la burguesía en sus tiempos revolucionarios, antes de haberse impuesto a toda la sociedad, antes de adueñarse de todos los poderes del estado. Estas ocupaciones transcendentales, venerables y antiquísimas; el oficio de rey, de juez, de oficial, de cura, etcétera; todas las viejas y rancias jerarquías de que proceden, y con ellos sus criados, sus maestros, sus sastres, todos ocupan la misma categoría económica que el enjambre de lacayos y bufones que pululan a su alrededor y alrededor de los ricos ociosos (la nobleza territorial y los capitalistas, que son como los socios financieros y no toman parte activa en el negocio). Los intelectuales, los consagrados a "profesiones transcendentales", no son, para decirlo con la expresión burguesa de la época revolucionaria, más que los servidores del público, del mismo modo que los otros son, a su vez, sus servidores. Viven del producto del trabajo ajeno; por eso hay que reducirlos a la mínima expresión. El estado, la Iglesia, etc., sólo tienen razón de ser como comités administrativos o gestores de los intereses colectivos de la burguesía productora; y su coste, que entra en el capítulo de gastos incidentales de la producción, debe reducirse al mínimum estrictamente indispensable. Este modo de ver tiene el interés histórico de patentizar, de una parte, el contraste con la antigüedad clásica, en que el trabajo material llevaba el sello degradante de la esclavitud y sólo se le reconocía como el pedestal del ciudadano libre; y de otra parte, con la idea que prevalece bajo el régimen de la monarquía absoluta o aristocrática erigida sobre las ruinas de la sociedad medieval. Este último punto de vista aparece ingenuamente expresado por Montesquieu, que no había podido llegar a emanciparse de su absurdo. En *El espíritu de las leyes* escribe lo siguiente: "Si los ricos no gastasen con liberalidad, los pobres se morirían de hambre." Mas cuando hubo triunfado la burguesía (en parte al adueñarse del estado y en parte pactando con las antiguas clases dirigentes); cuando hubo reconocido las clases intelectuales como carne de su carne y sangre de su sangre, sacando de ellas a sus funcionarios, gente de su propia estirpe; cuando hubo dejado de erigirse a sí misma en representante del trabajo productivo frente a las clases improductivas; cuando los verdaderos trabajadores productivos se volvieron a su vez contra la burguesía, declarando que sus componentes vivían a costa del trabajo ajeno; tan pronto como la burguesía llegó a ser lo suficientemente "culta" para no dedicarse por entero a la producción y aspiró también a consumir "de un modo ilustrado"; a

medida que los trabajadores intelectuales se fueron inclinando cada vez más abiertamente al servicio de la burguesía, de la producción capitalista, cambió la decoración, y la burguesía se esforzó por encontrar una razón "económica" para justificar, desde su propio punto de vista, las mismas cosas que antes había criticado y atacado con tanta dureza." (Marx, *Teorías sobre la plusvalía*, t. I, páginas 405-406)

La burguesía y su cortejo de servidores (maestros, técnicos de todas clases, filósofos, etc.) se han olvidado ya de esto, hasta el punto de ver en todo ataque a la cultura burguesa un ataque dirigido a la cultura general. Todo el sistema actual de educación secundaria y superior se encamina a formar los nuevos servidores y apologistas del orden social burgués. La burguesía se aprovecha de la experiencia de sus antiguos enemigos y pugna por atraer a las filas de sus criados, todavía con más tesón que sus predecesores de la época feudal, a los hombres excepcionales de las "clases inferiores", garantizándoles una posición privilegiada y un cubierto en su propia mesa; exactamente lo mismo que la vieja aristocracia hacía con el burgués advenedizo.

Entre tanto, la producción capitalista va echando los cimientos para el alumbramiento de nuevas formas de producción intelectual aptas para asimilarse las actividades de una gran parte de la población trabajadora. La fábrica necesita obreros que sepan leer y escribir; la gran industria necesita nuevos y mejores medios de transporte y comunicación. Por eso la legislación industrial insiste tanto en dotar a los obreros de la educación elemental. "Como podemos ver en la obra de Roberto Owen, los gérmenes de la educación del mañana se encuentran en el sistema fabril. En la nueva educación se combinarán, para los niños de cierta edad, el trabajo productivo, la instrucción y la cultura física, no sólo como medio de incrementar la producción social, sino como el único procedimiento que hay para conseguir seres humanos en plenitud de desarrollo." (Marx, *Capital*, t. I, página 522) "Y si, de un lado, el cambio incesante de trabajo parece venir impuesto por una ley natural superior, que obra con la ciega energía de las leyes naturales cuando algo se interpone en su camino, la gran industria, con sus catástrofes, impone, de otro lado, la necesidad de que esos cambios y la mayor versatilidad posible en punto a los obreros se reconozcan como otras tantas leyes generales de la producción social, como cuestión de vida o muerte, a cuyo normal funcionamiento debe plegarse la producción. Bajo la gran industria es también cuestión de vida o muerte que la monstruosidad del desdichado ejército de reserva del trabajo, puesto al servicio del capital para sus varias necesidades de explotación, sea relevado por la perfecta adaptabilidad del ser humano para la versátil demanda de diferentes clases de trabajo; de esta suerte, el obrero educado sólo para un trabajo social específico será sustituido por otro con aptitudes varias, para quien los distintos trabajos sociales no sean más que otros tantos modos alternativos de ejercer su actividad. Las escuelas agrícolas y politécnicas son los factores de esta metamorfosis, factores que son un brote natural de la gran industria; otro factor de la misma índole son las escuelas industriales, donde los hijos de los obreros reciben una instrucción especializada en tecnología y en manejo de los instrumentos de trabajo. Aunque hoy las leyes de fábrica, como fruto que son de las concesiones elementales del capital, se contenten con una combinación de instrucción primaria y prácticas de taller, es evidente que a la conquista del poder político por la clase obrera seguirá un movimiento en que la instrucción técnica, teórica y práctica será obligatoria en las escuelas de trabajadores. Ni cabe tampoco la menor duda de que la forma capitalista de producción y el régimen político-económico adecuado a esa forma de producción son diametralmente opuestos a estos fermentos revolucionarios y a su designio: la abolición de la vieja división del trabajo." (Marx, *Capital*, t. I, páginas 525-527)

Sólo destruyendo el carácter de clase de la sociedad, redimiendo al proletariado de la maldición de un trabajo exclusivamente físico y mecánico, podrán crearse las condiciones para la producción intelectual del comunismo. Sólo emancipando a la ciencia del yugo de la clase dominante y explotadora, de su degradación en manos de un munífico Rockefeller que "sacrifica" millones de dólares en beneficio de la ciencia, para luego, pertrechado con "la última palabra en materia de descubrimientos científicos", proceder a extraer millones de dólares de las minas del proletariado; sólo redimiendo la ciencia y el arte del régimen capitalista, conseguiremos transformar toda la sociedad en una libre asociación de personas que puedan desarrollar desembarazadamente todos sus talentos y actividades. Dotada de los conocimientos científicos necesarios, la humanidad podrá entonces reanudar la lucha con la naturaleza, libre ya de los prejuicios inseparables de un sistema en el que el hombre es el explotador del hombre.

40. La presunta inmutabilidad del tipo de sociedad burguesa

Los pensadores burgueses suelen considerar las condiciones de su sociedad como sempiternas. Pero Marx nos demuestra lo contrario:

"Los economistas son unas criaturas raras. Para ellos sólo existen dos clases de instituciones: obras de arte y obras de la naturaleza. Las instituciones del feudalismo son artificiales, las de la burguesía son naturales. En esto, los economistas se parecen a los teólogos, para quienes sólo existen dos clases de religión. Toda religión que no sea la que ellos profesan es invención del hombre: sólo la suya es la revelación de Dios. Cuando los economistas declaran que el régimen existente (el régimen que impera en la producción burguesa) es "natural", quieren decir que ese régimen es obra de la riqueza y del desarrollo de las fuerzas de producción en consonancia con las leyes de la naturaleza. Es, según ellos, una trama de leyes naturales, sustraídas a los cambios del tiempo. Es un conjunto de leyes eternas e inmutables por las que se regirá perennemente la sociedad. ¡La historia ha concluido! Y, sin embargo, debió de existir, puesto que sabemos que existieron instituciones feudales, y bajo ellas descubrimos condiciones de producción radicalmente distintas a las que en la sociedad burguesa inspiran estas condiciones de producción que nuestros economistas se empeñan en hacer pasar por naturales y eternas." (Marx, *Misère de la Philosophie,* páginas 167-168)

Para la burguesía tiene una gran importancia el hacemos creer que las leyes que rigen la sociedad actual son leyes eternas, inculcándonos la idea de que la más leve infracción de esas leyes es un crimen atroz. De aquí los esfuerzos de la burguesía por atrincherarse tras el concepto de la legalidad. Aun en los casos en que la clase burguesa se ve complicada en manejos revolucionarios, hay que guardar a todo trance las apariencias de legalidad.

Procesado en 1849 por excitar a la resistencia armada contra el recaudador de contribuciones del gobierno prusiano, Marx se defendió en los términos siguientes:

"Pero veamos, señores, ¿a qué llaman ustedes mantener el "principio de legalidad"?

"A mantener unas leyes procedentes de una época social desaparecida, hechas por los representantes de intereses sociales caducos o que están a punto de caducar y que, por tanto, se limitan a elevar a ley estos intereses, pugnantes con las necesidades generales de la sociedad.

"Pero la sociedad no descansa en la ley. Eso es una quimera jurídica. No, es lo contrario; la ley es la que tiene que descansar en la sociedad, la que tiene que ser expresión de intereses y necesidades comunes, derivados del régimen material de producción existente en cada época, contra el despotismo individual. "Este Código de

Napoleón[25] que tengo en la mano no engendró la moderna sociedad burguesa. Es, por el contrario, la sociedad burguesa nacida en el siglo XVIII la que encuentra en este código mera expresión legal. Tan pronto como deje de ajustarse a las relaciones sociales se convertirá en un simple pedazo de papel. Ustedes no pueden hacer de una ley vieja la base de un nuevo desarrollo social, del mismo modo que esa ley no creó la vieja situación legal.

"Las viejas leyes son fruto de las viejas condiciones, y con ellas perecen. Cambian al cambiar las nuevas condiciones de vida. Querer mantener las leyes viejas desafiando a las nuevas necesidades y exigencias del progreso social, equivale, en rigor, a tomar la defensa de intereses privados y trasnochados, sacrificando a ellos el interés actual y general.

"Esa afirmación del "principio de legalidad" pretende hacer pasar por vigentes intereses particulares que han dejado de regir; pretende imponer a la sociedad leyes condenadas ya a ser letra muerta por las condiciones de vida de esa sociedad, por su modo de vivir, por su comercio, por su régimen material de producción; pretende mantener en sus funciones a un legislador que se limita a defender los intereses privados de unos, cuantos; pretende abusar del poder público para supeditar por la fuerza los intereses de la mayoría a los intereses de una minoría.

"Y esto le lleva a chocar a cada paso con las necesidades reales del país, entorpeciendo la marcha del comercio y de la industria y atizando las crisis sociales, que son el combustible que en las revoluciones políticas hace explosión." (*Carlos Marx ante el jurado de Colonia*, páginas 15-16)

41. La familia en la sociedad burguesa

Antes de redactar el *Manifiesto Comunista*, Marx y Engels habían reflexionado ya más de una vez acerca del problema de la familia.

Marx estudió con más detalle la familia burguesa, mientras que Engels se especializó en las relaciones de la familia proletaria.

La burguesía está hablando a todas horas de la santidad de los vínculos familiares. Para disfrazar el cuadro poco halagüeño de la realidad se vale de una hipócrita fraseología. Hace ya mucho tiempo que el matrimonio burgués se convirtió en una transacción de índole comercial, hace ya mucho tiempo que perdió aquellos encantos de ternura y sinceridad que los idealistas burgueses gustan de ensalzar en él.

"La actitud de los burgueses para con las instituciones de la burguesía se parece mucho a la actitud de los judíos para con la Ley mosaica. Individualmente, el burgués se olvida de las instituciones para atender a su propio provecho; pero no quiere que los demás las ataquen. Si los burgueses en masa volvieran la espalda a sus instituciones dejarían de ser burgueses, y esto, naturalmente, está muy lejos de su intención; por eso no sueñan jamás con semejante cosa. El burgués de temperamento sensual olvida la santidad del matrimonio para convertirse en un adúltero a cencerros tapados; el comerciante olvida la santidad de la propiedad, a partir del momento en que priva a otros de la suya por medio de la especulación, la quiebra, etc.; el joven burgués se emancipa de su familia en cuanto puede, quebrantando así prácticamente la ley familiar; pero no importa; teóricamente, el matrimonio, la propiedad y la familia siguen siendo instituciones sacrosantas, porque en la práctica son las bases sobre las cuales se ha fundado el régimen burgués, porque, bajo su forma burguesa, constituyen las condiciones que hacen del burgués un burgués, del mismo modo que la Ley mosaica,

[25] El Código Civil decretado por Napoleón y que regía en la provincia del Rin.

perpetuamente burlada, hace del piadoso judío un judío piadoso. Este entronque entre el burgués y las condiciones que rigen la vida de la burguesía asume una de sus formas de generalidad en la moral burguesa.

"No debemos hablar de "la" familia sin distinguir. Históricamente, el burgués imprime a la familia las características de la familia burguesa, cuyos lazos son el hastío y el dinero, y una de cuyas peculiaridades es su constante violación por el propio burgués. Su viciosa existencia se disfraza, en parlamentos oficiales y locuciones hipócritas, con la santidad de la idea de la familia. Allí donde la familia no existe ya de hecho, en el proletariado, las condiciones con que nos encontramos son precisamente las contrarias a las que Stirner se imagina. Entre el proletariado, la idea de la familia se ha borrado en absoluto, por más que no sea raro encontrarse aquí con verdaderos sentimientos familiares, basados en condiciones extremadamente concretas. En el siglo XVIII, la idea de la familia fue propagada por los filósofos porque, al llegar al apogeo de la civilización, la verdadera familia estaba ya en vías de disolverse. Los lazos íntimos de la familia, los elementos individuales de que se compone la vida familiar: la obediencia, el afecto, la fidelidad conyugal, etc., habían ido desapareciendo; sólo persistía, si bien considerablemente modificado, el cuerpo de la familia: las relaciones de propiedad, la actitud de retraimiento hacia las familias ajenas, la convivencia forzada, el régimen de familia impuesto por la existencia de hijos, por la estructura de las ciudades modernas, por el desarrollo del capital, etc. Y persistía porque la existencia de la familia es inevitable por su entronque con el régimen burgués de producción, independiente, a su vez, de la voluntad de la sociedad burguesa. Estudiando la Revolución francesa, que, en lo que a la ley se refiere, abolió virtualmente, durante un corto espacio de tiempo, la familia, podemos comprobar cuán indispensable es esta institución para la sociedad de la burguesía. La familia continúa en pie en el transcurso del siglo XIX, con la diferencia de que su disolución se va haciendo cada vez más general, y no teóricamente, sino conforme crece el desarrollo de la industria y de la concurrencia." (Marx, Polémica contra Stirner, en *Documentos de socialismo*, t. 11, páginas 126-127)

La disolución de la familia burguesa es un tema tratado con peculiar lucidez en las obras de los grandes utopistas, y sobre todo en las de Fourier. En *La Sagrada Familia*, Marx y Engels citan "el magistral tratado de la familia" de Fourier, y lo comentan en términos que denotan la misma orientación ideológica que luego se había de revelar en los pasajes correspondientes del *Manifiesto*:

"El adulterio, la seducción, son timbre de prestigio para el seductor, se consideran actos de buen tono... En ella (¡pobre muchacha!) no piensa nadie. El infanticidio, en cambio, ¡qué crimen más atroz! Para conservar el honor, la sociedad obliga a la mujer a destruir la evidencia de la deshonra; y sin embargo, cuando sacrifica el hijo a los prejuicios de la sociedad es cuando se la considera más culpable y se la sacrifica a ella misma a los prejuicios de la ley… Y en este círculo vicioso se mueve todo el mecanismo de la civilización... ¿Qué es la mujer joven más que una mercancía puesta en venta, esperando al primer postor que le haga una oferta para entrar, como dueño exclusivo, en su posesión? Así como en gramática dos negaciones constituyen una afirmación, podría decirse que en el matrimonio dos prostituciones constituyen una virtud... Los cambios operados en la historia se acusan siempre en la relativa libertad conquistada por la mujer en alguno de los aspectos de su vida, pues en cuanto analizamos las relaciones entre hombre y mujer, entre el fuerte y el débil, vemos triunfar con toda claridad la naturaleza humana sobre la naturaleza del bruto. El grado de emancipación de la mujer es el exponente natural de la emancipación de la sociedad... El envilecimiento del sexo femenino es un rasgo esencial así de la civilización como de

la barbarie, con la diferencia de que los vicios que los bárbaros practican sencilla y derechamente, sin disfraz, en la civilización se conservan bajo una apariencia complicada, hipócrita y ambigua… La mujer permanece esclavizada, y el hombre sufre con ello más que la mujer misma.” (Marx y Engels, *La Sagrada Familia*, cap. VII, sec. 6, reproducido en *Escritos varios*, ed. Mehring, t. II, páginas 308-309)

Durante el siglo XIX, la prostitución, la alcahuetería, el tráfico de carne humana (la trata de blancas) se convirtieron en ramos especiales de especulación comercial, con ramificaciones en todas partes, irradiando las enfermedades venéreas por todo el orbe. He ahí los frutos de las instituciones familiares burguesas y del matrimonio burgués.

En su libro sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels nos presenta el cuadro de la familia proletaria y demuestra que la borrachera y la glotonería son los vicios más salientes de los obreros que no han adquirido aún conciencia de clase como miembros del ejército del trabajo y que aceptan, por consiguiente, sin rebelarse, el orden social burgués. “Cuando el pueblo se ve condenado a vegetar en unas condiciones que no hacen más que despertar sus peores instintos no le queda sino rebelarse o dejarse resbalar a un estado de degradación peor todavía que el del bruto. Por su parte, la burguesía contribuye a este envilecimiento fomentando directamente la prostitución. De las cuarenta mil prostitutas que merodean por los barrios de Londres, ¿cuántas no viven del virtuoso burgués? ¿Y cuántas no fueron seducidas por honestos burgueses viéndose luego obligadas a vender sus cuerpos al primero que acertó a pasar?” (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, página 131.) Aun cuando la burguesía cuente con las condiciones materiales necesarias para crear una vida familiar feliz, el régimen capitalista emponzoña inmediatamente el hogar con las irradiaciones de su espíritu mercantil. El obrero, agobiado por la penuria, es también incapaz de sostener un hogar para él y su familia. “Para el obrero es casi imposible sostener un hogar, bajo el régimen social vigente. La casa en que vive es incómoda y sucia, apenas si sirve para refugio de dormir, le falta calor, está desmantelada y con frecuencia llueve dentro; en los cuartos, en que se hacinan los inquilinos, se respira un aire maloliente; allí es imposible que reine la amenidad doméstica. El marido se pasa el día en su trabajo, como la mujer y los hijos, casi siempre, en el suyo. Lo más frecuente es que trabajen todos en distintas fábricas, cargos o talleres. Sólo se ven por las noches y por las mañanas, expuestos constantemente a la tentación de ahogar su miseria en el alcohol. ¿Se concibe vida familiar en estas condiciones?” (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, página 132.) El empleo de las mujeres en las fábricas contribuye poderosamente a quebrantar la familia. En las casas en que marido y mujer se pasan trabajando fuera todo el día, los niños se crían sin cuidado de nadie, como los hierbajos a la vera del camino, o son recluidos en algún asilo.

Pero el trabajo de la mujer en la fábrica ejerce todavía una influencia más perniciosa sobre la moral. En el confinado local de un taller se aglomeran personas de ambos sexos, dotadas de una educación meramente elemental y sin una moral de voluntad suficientemente desarrollada. ¿Cuáles son las consecuencias de esto? Las mismas exactamente que resultan de los cuchitriles en que se hacinan los pobres, tan distintos de los espaciosos salones de los ricos. Añádase a eso la hegemonía que el dueño de la fábrica o el director ejerce sobre las operarias y aprendizas, que hasta los mismos investigadores burgueses reconocen que llega a extremos imperdonables.

La gran industria, al empujar al niño y a la mujer a la fábrica, destruye el régimen familiar existente y trastorna de raíz las relaciones entre padres e hijos, entre marido y mujer. El cabeza de familia, que ganaba el pan para todos, se convierte ahora en explotador de su propia prole, con la que trafica por necesidad en el mercado de trabajo, hasta que la legislación industrial viene a poner coto a estas transacciones. La

mujer, que antes regentaba el hogar, se transforma ahora en el objeto más lucrativo de la explotación capitalista. Los niños y los muchachos, por su parte, se convierten en trabajadores independientes, libres de la tutela paterna; sus relaciones con sus padres son ahora radicalmente distintas de las que regían bajo el régimen patriarcal de antaño. Mientras la familia siga basada en el régimen de propiedad, mientras se halle regida por intereses privados, mientras determinados miembros de la familia puedan basar sus prerrogativas en la cantidad con que contribuyen al sostenimiento del presupuesto familiar, mientras persista todo eso, persistirá también el trastrocado reparto de papeles de la sociedad actual, y la familia proletaria será un mito.

No obstante, la gran industria crea los elementos necesarios para el desarrollo de un nuevo tipo de familia. "Por muy horrible, por repulsiva que se nos antoje la disolución de la familia dentro del régimen de la sociedad capitalista, la gran industria, asignando a las mujeres y a los niños de ambos sexos un papel importantísimo en el proceso organizado de la producción, papel que tiene que ser desempeñado forzosamente fuera del hogar, echa las bases económicas para una forma superior de familia y de relaciones entre los sexos. Tan estúpido sería considerar la forma teutónicocristiana de la familia como absoluta, como aplicar este punto de vista a la familia clásica romana, al tipo clásico de familia griega o a la forma oriental, en las que se reflejan sucesivamente distintas series eslabonadas del progreso histórico. Y asimismo es evidente que la estructura del trabajo combinado de obreros de ambos sexos y diferentes edades (aunque en su desarrollo espontáneo y en su forma capitalista brutal -donde el obrero existe para el proceso de producción, en vez de existir éste para el obrero- sea un foco pestilente de corrupción y esclavitud) habrá de transformarse, bajo condiciones propicias, en una fuente de progreso humano." (Marx, *Capital*, t. I, pág. 529)

El lector que desee desarrollar la concepción del matrimonio y de las relaciones familiares desde el punto de vista del socialismo científico, debe consultar el libro de Engels, *Los orígenes de la familia, de la propiedad privada y el estado*. Aunque algunas de las conclusiones a que llega Engels respecto a los resultados históricos de las diversas formas de matrimonio han sido ya sobrepasadas, la descripción que hace de las relaciones familiares en el período de la civilización burguesa (dominada como lo está por el interés privado, el dinero contante, etcétera) sigue sin superar. En ella, Engels une los rasgos críticos de un Fourier al maravilloso método analítico empleado por Marx en *El Capital*.

No es éste lugar adecuado para estudiar los puntos de vista que acerca de la familia y del matrimonio mantienen los diversos autores socialistas y comunistas anteriores a Marx y Engels, aunque el estudio sería, sin duda alguna, sobremanera sugestivo. Muy especialmente el de las ideas de los discípulos de Saint-Simon y las de los comunistas materialistas, que sostienen que el matrimonio burgués y las relaciones familiares de la burguesía deben desaparecer de raíz.

42. Los obreros y "su" patria

Los trabajadores no tienen patria. Esta idea aparece expresada en todas las obras comunistas, así francesas como alemanas, anteriores a la publicación del *Manifiesto*. Este no hace más que subrayar la afirmación, haciendo resaltar el hecho de que esa "patria" que tanto gustan de ensalzar los voceros de la burguesía no existe para el obrero.

A medida que el proletariado va cobrando conciencia de clase, las luchas parciales libradas por sus distintos sectores se organizan y toman los contornos de una

lucha general y nacional de la clase trabajadora. El área en que dan estas batallas cae dentro de las fronteras de cada estado nacional gobernado por la burguesía. He aquí por qué (si no de hecho, por lo menos en apariencia) las luchas del proletariado son primariamente luchas nacionales, es decir, planteadas dentro de las fronteras de cada nación. Es una parte nada más de la nación, la, burguesía, la que crea para sus intereses dentro del territorio nacional eso que se llama la "patria". Allí donde el proletariado no forme una clase por cuenta propia, fundida por su propia conciencia de clase; allí donde esa conciencia de clase no exista aún o no se haya consolidado, el estado nacional de clase ·seguirá siendo, será todavía, también, la "patria" de los obreros. Además, cuando el proletariado, consciente ya de su existencia como clase, trata de apoderarse del poder político, sigue siendo una unidad nacional dispuesta a erigirse en la clase dirigente dentro de las fronteras de su país. En este sentido es evidente que el proletariado tiene un cierto carácter nacional. Pero a medida que decaiga y se debilite el individualismo nacional y se fortifiquen los lazos de solidaridad entre los diversos países, las características nacionales se irán desvaneciendo. La lucha del proletariado en los diversos países irá haciéndose más homogénea, el programa de todos los trabajadores del mundo tenderá a ser el mismo y la lucha asumirá proporciones internacionales. Sin embargo, sólo el triunfo de la revolución social en todos los países y el advenimiento mundial del régimen del proletariado podrá echar los cimientos sobre los cuales cobrará enorme incremento el proceso de internacionalización (visible ya bajo el régimen capitalista) y cesarán los actuales antagonismos y las luchas de clases actuales. Si los obreros, a lo menos los de los principales países civilizados, no se hallan en condiciones de unir sus fuerzas, su emancipación nacional, de fronteras adentro, tropezará con formidables dificultades.

La idea burguesa de "patria" lleva aparejados los conflictos entre naciones, conflictos que a veces estallan abiertamente y otras veces se mantienen ocultos; equivale a exclusivismo nacional, equivale a opresión de unos países por otros. Las relaciones entre los capitalistas de una nación se reproducen entre los de distintas nacionalidades, y así como unos capitalistas compiten con otros dentro de su propio país, venciéndolos en la lucha y absorbiendo sus capitales o colocándolos bajo su sujeción personal, en la órbita internacional unos gobiernos capitalistas pugnan por arrollar a otros, por anexionarse el país enemigo y convertir a la nación vencida en tributaria suya: La reciente guerra imperialista ha dejado bien patentizado que entre los obreros de Europa perdura todavía el espíritu de sumisión al régimen burgués. Esto quiere decir que el proletariado no forma todavía un todo homogéneo ni siquiera dentro de las fronteras nacionales de cada país; que se halla todavía dividido en grupos; que no es aún una clase unida por la solidaridad de sus intereses y que no reconoce más que un fin, a saber: la organización de los trabajadores en dase dirigente, la implantación del estado proletario. Cuanto más estrechos y apretados sean los lazos que unan a los partidos obreros de los distintos países, más pronto se convertirá la lucha contra la burguesía nacional, de una guerra individual, en una lucha generalizada; más se extenderá la lucha de clases del área nacional a la órbita internacional; mayor realidad y evidencia adquirirá la fraternidad internacional de los obreros; más se precipitará la hora de la revolución social y más vastas serán sus perspectivas. Desde los comienzos de su carrera revolucionaria, Marx y Engels hicieron del internacionalismo la piedra angular de sus actividades. Su "patria" era el sitio donde se avecinaba, donde era inminente la batalla de los obreros contra los capitalistas; sus energías se concentraban todas en reforzar los lazos internacionales del proletariado; todo su afán era crear una organización internacional de tipo comunista. Ya antes de que existiese la Liga Comunista, Marx y Engels tomaron parte en todas las tentativas que se hicieron en

Bélgica y en Inglaterra por elevar las organizaciones democráticas a un nivel internacional. En 1846 subrayaron la necesidad de cambiar el viejo grito de combate de "la fraternidad entre las naciones" por el de "la fraternidad del proletariado de todos los países". Después de asistir en Londres a un mitin internacional, Engels escribió:

"Diré, para concluir, que hoy sólo la fraternidad entre las naciones, interpretada en un sentido socialista, puede significar algo. Dentro del régimen político actual, la quimera de una república europea, la ilusión de la paz perpetua, no dice nada, es algo tan ridículo como toda esa fraseología acerca de una unión de los pueblos bajo la égida del librecambio universal. Y a la par que este quimérico sentimentalismo se pasa de moda, los proletarios de todos los países, firmemente y sin ostentación, comienzan a confraternizar bajo la bandera de la democracia comunista. Y no sólo eso, sino que los proletarios son hoy los únicos elementos capaces de confraternizar de este modo. La burguesía de cada país tiene intereses propios y específicos que defender, y los burgueses, para quienes el interés es el todo, no podrán sobreponerse jamás a las fronteras del nacionalismo. Y cuanto un puñado de teorizantes pretenda hacer en este punto será en vano, pese a todos sus bellos "principios", pues los conflictos de intereses y la inercia del fenómeno pueden más que toda la fraseología. Los proletarios, por el contrario, tienen unos y los mismos intereses en todos los países, uno y el mismo enemigo, una y la misma guerra que sostener. La inmensa mayoría de los proletarios está, gracias a su situación, limpia de prejuicios nacionales, y toda su cultura y su acción son esencialmente humanistas y antinacionales. Los proletarios son los únicos que pueden acabar con el nacionalismo; el proletariado naciente es el único que puede llevar a efecto la fraternidad de las naciones." (Engels, *Escritos varios*, ed. Mehring, t. II, página 460)

43. La lucha de clases y el proceso histórico

El *Manifiesto* es una aplicación viva de la nueva filosofía de la historia: traza el cuadro del proceso histórico que lleva al nacimiento y desarrollo de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. En la primera parte coloca el elemento dramático, la lucha de clases. El *Manifiesto* demuestra cómo la lucha de clases está informada siempre por los factores sociales y las condiciones económicas; cómo la pugna del proletariado por conquistar su emancipación es un fenómeno obligado en el transcurso de la historia, del mismo modo que lo fue en otro tiempo la lucha de la burguesía por su libertad; cómo el desarrollo de la gran industria crea los elementos necesarios para la restauración de un nuevo sistema económico. Marx y Engels no pretendieron jamás haber "descubierto" la lucha de clases en la historia. Por el contrario, tuvieron muy buen cuidado de demostrar que ya había obras del período de la Restauración inglesa (es decir, de mucho antes de su tiempo) referentes a la historia de la burguesía, en las que se pintaba el desarrollo histórico de la lucha de clases. Además, los economistas burgueses ponen al descubierto la estructura económica de estas clases. Marx se limita a generalizar el conocimiento de estos hechos, borrando del campo de la historia, de una vez para siempre, el romanticismo de los héroes, caudillos, etcétera, a quienes se venía reconociendo tradicionalmente como sus "autores". Marx demostró que la existencia de las clases está estrechamente relacionada con el grado de desarrollo de la producción en una época histórica determinada y que la lucha de clases, en su fase más moderna, tiene que conducir necesariamente a la toma del poder político por el proletariado. La lucha de clases como fuerza motriz de la historia, el origen de las clases sociales, la transformación de grupos homogéneos de individuos unidos por intereses comunes en una clase coherente con vida propia, el desarrollo de la conciencia de clase entre los

obreros, la creación de una mentalidad de clase, la formación de una perspectiva de clase que abarque el mundo entero (actitud mental cimentada en las condiciones materiales vigentes en el seno de la clase), todos estos puntos de vista fueron trasladados poco a poco por Marx al laboratorio de su interpretación materialista de la historia. Uno de los problemas más urgentes era desarraigar las ideas corrientes y generalizadas en materia de religión. Feuerbach, filósofo alemán (1804-1872), había proclamado ya que, en el mundo religioso, el conocimiento estaba determinado por la existencia, el pensamiento por el ser, afirmando que no era la religión la que creaba al hombre, sino éste el que creaba la religión. Marx fue más allá. Sostuvo que no era el hombre individual el que se enfrentaba con la naturaleza, sino la humanidad en conjunto; que, la conciencia no estaba determinada por la existencia individual, sino por el conjunto de existencias humanas. La religión (dice Marx) se explica, no por la "autoconciencia" y otras sutilezas por el estilo, sino por el régimen general de producción e intercambio, que es tan independiente del conocimiento puro como la invención del telar mecánico y la introducción del ferrocarril de la filosofía de Hegel.

Marx estudió también otras formas ideológicas: "Las relaciones sociales están íntimamente relacionadas con las fuerzas de la producción. Al disponer de nuevas fuerzas productivas, las gentes cambian el régimen de producción, y paralelamente con el cambio sobrevenido en el régimen de producción, en el modo de ganarse la vida, cambian todas las relaciones sociales. El molino movido a mano nos lega una sociedad de señores feudales; el taller mecánico, una sociedad de capitalistas industriales. Y esas mismas personas que amoldan las relaciones sociales al régimen material de producción, modelan igualmente las ideas, los principios, las categorías a las condiciones sociales en general. Por eso esas ideas, esas categorías, sólo duran lo que las condiciones, las relaciones de las cuales son expresión. Son productos históricos, fugaces, transitorios." (Marx, *Misère de la Phisolophie*, páginas 151-152)

A los que sostienen que las ideas, los principios, etc., crean la historia, contesta Marx con la siguiente definición de los problemas que se le plantean al historiador:

"Si nos preguntamos... por qué un principio dado aparece en el siglo XI o en el siglo XIII y no en otro cualquiera, necesariamente tendremos que estudiar de cerca la condición de la gente que vivió en aquel siglo, indagar las necesidades especiales que regían en ese siglo, las fuerzas productivas que imperaban en esa época, los métodos de producción y las materias primas de uso general; cerciorarnos, en fin, de cuáles eran las relaciones sociales resultantes de las condiciones de vida a que aludimos. ¿Y qué es estudiar todas estas cuestiones sino escribir la historia real y cotidiana de las gentes que vivieron en cada siglo, describiéndolas como los autores y actores a la par de su propio drama dentro de los límites comunes de su tiempo?" (Marx, *Misère de Philosophie*, página 159)

Y ¿qué decir de la idea revolucionaria enderezada contra la sociedad existente? ¿No existe y se extiende cada vez más la convicción de que la explotación del hombre por el hombre es inmoral y de que debe ponerse fin a este régimen, destruirlo? ¿Y no demuestra la difusión de esas convicciones que la idea es capaz de crear una mentalidad revolucionaria? Engels escribe: "Cuando la conciencia moral de las masas señala como injusto tal o cual fenómeno económico, como sucedió primero con la esclavitud y luego con la servidumbre, ello indica que ese fenómeno ha sobrevivido ya a su tiempo, que han surgido ya nuevas condiciones económicas junto a las cuales las viejas se han hecho insoportables y tienen que ser barridas."

La idea revolucionaria indica sencillamente que en el seno de la vieja sociedad se forman siempre los elementos que han de formar la sociedad nueva.

El carácter de clase de la sociedad determina el carácter también de clase de las ideas que en ella prevalecen. “Nuestros sentimientos, nuestras ilusiones, nuestras ideas, nuestros pensamientos, no son más que la fachada que se levanta sobre diferentes regímenes de propiedad, sobre distintas condiciones sociales. Cada clase construye esta fachada para sí misma, sobre la base de sus condiciones materiales específicas y de sus relaciones sociales peculiares. Sin embargo, el individuo que adquiere sus ideas y sus sentimientos por medio de la educación y la tradición se figura que esas ideas y sentimientos son el móvil fundamental, el verdadero punto de partida de sus actividades.”

Siempre que varias clases estén eslabonadas en un destino histórico común y confinadas dentro del mismo sistema social, sus perspectivas presentan ciertos rasgos comunes. Pero estos rasgos tienen una importancia puramente secundaria comparados con las características específicas que acusan la psicología de cada clase de por sí. A la lucha de clases en el mundo político y económico corresponde la lucha en el mundo de las ideas. La psicología de la clase dirigente imprime su sello a la época histórica en que esa clase impera y desarrolla sus atributos especiales. Es una psicología de clase dirigente. O para decirlo con la paráfrasis que hace el *Manifiesto* de la sentencia de Goethe: “Las ideas directivas son, en todas las épocas, las ideas de la clase dirigente.”

44. La evolución de la ética, de la sociología y de las ciencias naturales

La fluctuación incesante de las ideas populares en torno al “bien” y al “mal” basta para demostrarnos que la “moral” no es algo inalterable en el curso de las mutaciones generales del proceso histórico. La “moralidad” de unas épocas se convierte para otras en “inmoralidad”. En 1878 escribía Engels lo siguiente:

“¿Qué clase de moral es la que se inculca a la gente hoy? Es, ante todo, la moral cristiana de la época feudal, que nos ha sido transmitida por el pasado. Esta moral se divide entre un código de lógica protestante y un código de ética católica. Cada uno de estos códigos se subdivide, a su vez, en toda otra serie de ramas, que van desde el código jesuita-católico y el ortodoxo-protestante hasta las ideas, relativamente tolerantes, de los apóstoles de la civilización. Al lado de estos códigos tenemos, además, la ética burguesa moderna y la ética proletaria del futuro. He aquí, pues, que, sin salimos de las naciones más adelantadas de Europa, nos encontramos con tres grupos de teorías morales que conviven en esta sociedad: las teorías morales del pasado, las del presente y las del futuro. ¿Cuál de ellas es la verdadera? Entendida la verdad como ley absoluta para todos los tiempos, no lo es ninguna. Pero, desde luego, la moral que cuenta con mayor número de elementos perdurables tiene que ser la que refleja la revolución de cada época, y, por tanto, la moral que representa el futuro; en una palabra, si nos referimos a la época de hoy, la moral proletaria.

“Vemos, por consiguiente, que de las tres clases que forman la sociedad actual (la aristocracia feudal, la burguesía y el proletariado), cada una tiene su código de moral. De esto podemos colegir que los hombres, consciente o inconscientemente, se crean en último término sus perspectivas morales sobre las condiciones de cada día, sobre la experiencia práctica, sobre las condiciones en que viven formando clase, o lo que es lo mismo, sobre las condiciones económicas de intercambio y producción.

“Pero existe una nota común a esos tres códigos de moral.

¿No podría constituir ese factor común, por lo menos, parte de un código de moral perdurable? Las diversas teorías morales representan tres planos dentro del mismo proceso de desarrollo histórico. Tienen, por consiguiente, un fondo histórico común, que los acerca mucho entre sí. Más aún. En planos idénticos, o casi idénticos, de

desarrollo económico, tiene que haber necesariamente una correlación más o menos estrecha entre las teorías morales profundas en las épocas respectivas. En cuanto la propiedad privada se pone de moda en cualquier sociedad fomentadora de este régimen, se hace necesario reforzar el código de moral con este mandamiento: "No robarás". ¿Es este mandamiento aplicable por igual a todos los tiempos? En modo alguno. En una sociedad en que faltase el móvil del robo, en que, a la larga, sólo pudiesen sentirse tentadas a robar las personas anormales, se reirían del hombre que se pusiera a predicar esa "verdad eterna" del "no robarás". (Engels, *Anti-Dühring*, 1923, páginas 88-89)

Por las fechas en que vio la luz por vez primera el M*anifiesto*, la idea de la evolución como ley del cambio no había conquistado todavía carta oficial de naturaleza. Hacia los primeros años del segundo tercio del siglo XIX, Jacobo Schleiden (1804-1881) y Teodoro Schwann (1810-1882), dos científicos alemanes, fundaron la teoría celular de la estructura animal y vegetal, demostrando que las células eran las unidades elementales de toda materia viviente. La ciencia del desarrollo orgánico adquirió gran impulso con la obra de Carlos Ernesto Baer (1792-1876), con lo cual dio un avance la teoría general sobre la evolución de las formas vivientes.

En el campo de la geología, la teoría de los cataclismos, debida principalmente al naturalista francés Cuvier (1769-1832), cedió el puesto a otras teorías más modernas. James Hutton (1726-1797), geólogo escocés, había descubierto ya antes de la época de Cuvier que las épocas geológicas se sucedían, no por erupciones, revoluciones y cataclismos repentinos, sino en virtud de una suma de cambios graduales. Pero el dar al traste con la teoría de los cataclismos estaba reservado a Charles Lyell (1797-1875).

La laguna entre la materia orgánica y la materia inorgánica había sido salvada ya. La aportación de Justus von Liebig (1803-1873) en los dominios de la química obtuvo el reconocimiento de Engels y Marx antes de mediados del siglo. Liebig y otros químicos demostraron que el carbono, el elemento más importante que se había logrado eliminar, lo extraen las plantas de la atmósfera, y que los vegetales transforman la materia inorgánica en orgánica. De este modo, la ley de la indestructibilidad de la materia, descubierta respecto de la materia inorgánica por el químico francés Lavoisier (1743-1794), hízose igualmente aplicable a la materia orgánica. En 1828, el químico alemán Friedrich Wohler (1800-1882) alcanzó un gran triunfo derribando la barrera que se suponía existente entre la química orgánica y la inorgánica, al obtener en su laboratorio, por procedimientos artificiales, urea, una de las substancias que hasta entonces se suponían producto exclusivo de "fuerzas vitales". Roberto Mayer (1814-1878) y Helmholtz (1821-1894), científicos alemanes ambos, sentaron la teoría de la conservación de la energía, y la publicación de sus obras sobre este tema coincidió casi con la primera edición del *Manifiesto*. La teoría de la conservación de la energía desahució del estudio de los organismos aquella misteriosa "fuerza vital" que se suponía albergada en la materia. El fantasma de la fuerza vital se desvaneció con el reconocimiento científico de que las fuerzas materiales de la naturaleza eran permutables; de que, así como perdura la materia, se conserva, sin pérdida, la energía, cualesquiera que sean las formas en que una o la otra se manifiesten temporalmente.

Once años después de la publicación del *Manifiesto* apareció el libro de Darwin (1809-1882) sobre el origen de las especies, que sienta época. Por entonces (1859), ya Marx había formulado su teoría sobre la evolución de la sociedad capitalista (considerando este régimen como una fase específica de un proceso histórico). El libro de Marx sobre la *Crítica de la Economía política* y *El origen de las especies* se publicaron casi simultáneamente. La obra de Darwin estudia la teoría de la evolución de los seres vivientes, o, como él dice, el origen de las especies, por la selección natural. Darwin viene, pues, a representar en biología lo que Marx en sociología. El desarrollo

de las ciencias etnológicas y antropológicas, un conocimiento más profundo de las instituciones históricas, la aplicación del método histórico al estudio de los fenómenos de la vida social, tales como la religión, la moral, la literatura, el arte, el derecho, la política, todos estos temas comenzaron a adquirir actualidad allá por los años de 1860 y siguientes, bajo el influjo de las teorías marxista y darwiniana. La enorme cantidad de materiales recopilados desde entonces no han sido todavía suficientemente trabajados ni convenientemente coordinados de modo que nos permitan trazar un cuadro constructivo del desarrollo de la sociedad humana en sus evoluciones. Mas con todo, hay evidencias que respaldan la exactitud del criterio mantenido por Marx (en el prefacio de la obra mencionada más arriba), según el cual "las condiciones productivas corresponden a una determinada fase evolutiva de las fuerzas materiales de producción. La totalidad de estas relaciones productivas forma la estructura económica de la sociedad, la verdadera base sobre la cual se asienta el edificio legal y político, y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El régimen de producción de la vida material determina el carácter general del proceso de la vida política social e intelectual".

45. La dictadura del proletariado

Marx y Engels hacen en el *Manifiesto* repetidas alusiones a la conquista del poder político por el proletariado y a la instauración de un régimen proletario. En el lugar correspondiente leemos que el primer paso que habrá de darse en la revolución obrera será "organizar al proletariado como clase dirigente", efecto de lo cual será la transformación del estado en una organización proletaria, que empuñará las riendas del gobierno. El *Manifiesto* no emplea la expresión actual de "dictadura del proletariado", por más que los elementos básicos de esta idea se contengan ya aquí. Ya he dicho yo en otra parte que la expresión "dictadura del proletariado" fue acuñada después de la revolución parisiense de febrero de 1848 y que Marx y Engels sólo empezaron a emplearla después de la derrota del proletariado francés en las jornadas de junio (1848), cuando comenzaron a darse cuenta de que el proletariado no podía limitarse a conquistar el poder político, sino que, una vez logrado esto, tendría que proseguir su obra hasta desmontar todo el aparato de gobierno de la burguesía, sustituyéndolo por otro nuevo. Y todavía iban más allá, pues declaraban que sería imprescindible, como medida pasajera, instaurar la dictadura del proletariado como clase, dictadura que sería el único medio de poner fin a la resistencia de los explotadores. Sólo de ese modo podría el proletariado transformar el estado burgués en un estado proletario, exterminar a la burguesía como clase dominante y sustituirla por el proletariado, que a su vez se convertiría en clase dirigente. El socialismo revolucionario, el comunismo, que la burguesía bautizó con el nombre de "blanquismo, nombre derivado de Augusto Blanqui, el escritor revolucionario francés, se contrapone, según Marx, al "socialismo doctrinal de los que quieren subordinar todo el movimiento a uno de sus factores; de los que no conciben que puedan sustituirse las actividades intelectuales de unos cuantos pedantes sueltos por el trabajo colectivo de la producción social; de los que, sobre todo, se imaginan que los pequeños artificios del sentimentalismo mugriento bastarán para conjurar la lucha de clases revolucionaria". (Marx, *Las luchas de clases en Francia*, 1848-1850, página 94) El socialismo revolucionario, dice Marx en el mismo pasaje, "es la declaración de la revolución permanente, la instauración de la dictadura de clase del proletariado como paso necesario para la abolición de las distinciones de clase en general, para la abolición de las condiciones de producción de que dependen las distinciones de clase, para la abolición de todas las relaciones sociales que dependen de

estas condiciones de producción, para la subversión de todas las ideas que emanan de estas relaciones sociales".

Y luego, en *El Programa socialista* (*Crítica del Programa de Gotha*), página 13: "Entre la sociedad capitalista y la sociedad comunista se abre el período revolucionario de transformación que sirve de puente entre una y otra. Paralelamente tiene que existir un período de transición política, durante el cual el estado no puede asumir más forma que la dictadura revolucionaria del proletariado."

Y Marx prosigue criticando que el programa socialista de Gotha no hable de la dictadura revolucionaria del proletariado ni del futuro sistema de estado de la sociedad comunista, limitándose a servir de medio de propaganda, a expresar las necesidades políticas. El partido alemán, dice Marx, ha de laborar, según ese programa, dentro del aparato del estado nacional existente, es decir, de su propio estado: el Imperio prusiano-alemán. Y concluye que ese programa no es aplicable en modo alguno al período revolucionario de transición.

El *Manifiesto* enfoca el problema de un modo radicalmente distinto, pues nos ofrece un programa articulado para hacer frente al período durante el cual et proletariado se erige en clase gobernante.

Antes de estudiar más a fondo este programa conviene decir unas palabras de aclaración sobre otro punto. *El Manifiesto* advierte que el primer paso que ha de darse en la revolución obrera tenderá a hacer del proletariado la clase dirigente. Y agrega: "y la conquista de la democracia". Se refiere, naturalmente, a una democracia proletaria, por oposición a la democracia burguesa; se refiere a la conquista del poder político que garantice la independencia y la libertad política de la clase obrera. La democracia proletaria dista tanto de la democracia burguesa como el estado proletario del estado burgués. La democracia de la clase obrera es la democracia de los hombres que carecen de propiedad; la democracia burguesa es la democracia de los propietarios. En el transcurso de la Revolución francesa, los burgueses liberales dividieron la nación en dos bandos: ciudadanos activos y pasivos; luego, bajo la presión del proletariado parisiense, los burgueses demócratas no tuvieron más remedio que hacer extensivo el sufragio a todas las categorías de ciudadanos (con la excepción de los criados y los jornaleros). La característica fundamental de la democracia es la soberanía y el gobierno del pueblo. La democracia, en su sentido más genuino, sólo puede instaurarse cuando haya desaparecido la burocracia. Por eso es deber de la democracia proletaria destruir la burocracia, proclamando el principio de elección para todos los cargos y la amovilidad para todas las instituciones, lo mismo las sociales que las políticas. Los rasgos característicos de un sistema soviético ideal están en que los sóviets funcionen como órganos del gobierno de clase del proletariado.

"Una república burguesa, no obstante ser democrática, santificada por la consigna de la voluntad del pueblo, de la voluntad de toda la nación, de la voluntad de todas las clases, tiene necesariamente que significar (por el mismo hecho de tener su cimiento en la propiedad privada de la tierra y demás medios de producción) la dictadura de la burguesía, tiene necesariamente que representar una máquina creada para la explotación y la opresión de la inmensa mayoría de los trabajadores por la pandilla capitalista. Por el contrario, la democracia proletaria, la democracia soviética, transforma las organizaciones de los oprimidos por la clase capitalista, de los proletarios y semiproletarios (los campesinos pobres), es decir, la inmensa mayoría de la población, en la base homogénea y permanente del aparato todo del estado, así local como central, desde los cimientos hasta el remate. El estado soviético realiza, por consiguiente, entre otras cosas, y en proporciones mucho mayores que todas las demás formas hasta hoy conocidas, el gobierno local del pueblo, sin ningún género de autoridad impuesta desde

arriba." (*Programa del Partido Comunista ruso*, reproducido en Bujarin, *El ABC del comunismo*)

46. El programa comunista para el período de transición

Para la cabal comprensión del programa comunista que ha de regir durante el período de transición, tenemos que hacernos cargo de que estamos tratando de una época en la cual el proletariado, erigido en clase dirigente, no tendrá más remedio que hacer "incursiones despóticas en los derechos de la propiedad". No debemos olvidar tampoco que las medidas enumeradas en el *Manifiesto* se redactaron pensando en los países más adelantados. Y aun en lo que a estos países se refiere, tenemos que preguntarnos si las medidas en cuestión serán o no aplicables con alcance universal. ¿Tiene el programa aquí esbozado un carácter genuinamente internacional? ¿Es igualmente aplicable a Francia y a Inglaterra, a Bélgica y Alemania? ¿O deja a los comunistas un margen para proponer medidas de interés especial a las masas obreras dentro de las fronteras de cada país?

Como ya dijimos, los puntos del programa de transición no fueron redactados exclusivamente por Marx y Engels. Fueron formulados en un congreso comunista y acordados colectivamente. Para ello se creyó conveniente tener en cuenta la situación política y social de los distintos países, así como el grado de desarrollo del movimiento de la clase obrera. Este programa contiene puntos que habían sido previamente destacados por los comunistas hacía tiempo y que apenas habían encontrado entre ellos oposición.

El primer punto fue apasionadamente discutido por los cartistas. Los partidarios de O'Connor (1794-1855) abrazaron el plan defendido por Liga de la Tierra. Su propósito era crear un nuevo contingente de pequeños propietarios, comprando grandes porciones de tierra y parcelándolas entre los trabajadores municipales. Por su parte, los secuaces de O'Brien (1803-1864) mantenían la idea de convertir la tierra en propiedad nacional, es decir, de nacionalizarla. En este respecto, los obrienistas limitábanse a resucitar las viejas ideas de Thomas Spencer (1750-1814), inventor de un sistema de nacionalización de la tierra, según el cual se formarían comunidades parroquiales independientes, sin más tributación que la renta que los agricultores vendrían obligados a pagar a la corporación que se hiciera cargo de la propiedad. En la *Miseria de la filosofía*, Marx pone de manifiesto el carácter capitalista de la renta. "La degradación del agricultor independiente [escribe] al nivel de un obrero, de un bracero del campo, de un asalariado, de un hombre que trabaja para el capitalista industrial; la invasión del campo por el capitalista industrial, que explota la tierra del mismo modo que explotaría cualquier taller; la conversión del terrateniente, de pequeño soberano en vulgar usurero: he ahí otras tantas expresiones en que la renta del suelo se traduce… Explotada en esta forma, la propiedad del suelo se convierte en un artículo de comercio. La renta del suelo no puede darse más que cuando el desarrollo de la industria urbana y la organización social resultante de ella obligan al terrateniente a buscar en sus propiedades agrícolas una utilidad exclusivamente monetaria, más que cuando el terrateniente llega a considerar sus vastos terrenos como una máquina de acuñar moneda. Nos explicamos perfectamente que algunos economistas, como Mili, Cherbuliez, Hilditch, etc., propusieran que la renta del suelo fuese abonada al estado y aplicada a la reducción de las contribuciones. Esta proposición nace del odio de los capitalistas industriales contra los propietarios de tierras. A los capitalistas, éstos les parecen excrecencias superfluas e inútiles dentro del régimen armonioso de la producción burguesa." (Marx, *Misère de la Philosophie*, páginas 221-225)

Como vemos, ya hacia el año 1840 abogaban los economistas burgueses por la absorción de la renta del suelo por el estado, adelantándose a las reivindicaciones del "impuesto único", que habían de brotar de una generación posterior de partidarios de la nacionalización de la tierra.

Marx y Engels abogaban por la idea de la expropiación de los grandes terratenientes y la conversión de la tierra así adquirida en propiedad del estado proletario, contraponiendo esta reivindicación a la de la democracia burguesa. "La abolición del feudalismo será la primera manzana de la discordia entre los burgueses y los obreros. Como ocurrió en la Gran Revolución francesa, la pequeña burguesía querrá dividir las propiedades feudales entre los campesinos, con lo cual el proletariado rural quedará como estaba y se formará una clase de pequeños burgueses rurales, una clase que irá empobreciéndose y empeñándose hasta descender al nivel del campesino francés de hoy día. Defendiendo los intereses del proletariado rural y los suyos propios, el obrero debe oponerse a este plan e insistir en que las propiedades confiscadas pasen a ser propiedad del estado para aplicarse a la creación de colonias obreras, que el proletariado rural cultivará en forma cooperativa, con todas las ventajas inherentes a la agricultura en gran escala. De este modo, el principio de la propiedad colectiva encontrará una sólida base dentro de las inestables condiciones de la propiedad burguesa. Y del mismo modo que los demócratas unen sus fuerzas a las de los propietarios rurales, los obreros deben unir las suyas a las del proletariado rural." (Marx, *Revelaciones sobre el proceso de los comunistas de Colonia*, páginas 134-135) El segundo punto, "un fuerte impuesto progresivo" sobre la renta, surgió de las condiciones reinantes por aquel entonces en la vida política inglesa. Surgió de la lucha entablada entre los varios sectores de la burguesía británica y fue viéndose apoyado poco a poco por las masas, en cuyo nombre abogaban los radicales por su implantación como una necesidad fundamental. El enorme aumento de la Deuda pública, con su consiguiente carga de intereses, condujo a la radical revisión de todo el sistema de impuestos. "Desde el momento en que la Deuda pública está respaldada por las entradas del erario, que rendirán lo necesario para el pago anual de intereses, etc., el moderno sistema de impuestos es un complemento necesario del sistema de empréstitos nacionales. Los empréstitos permiten al gobierno sufragar los gastos extraordinarios sin imponer, por el momento, nuevas cargas al contribuyente, pero, a la larga, los impuestos tienen forzosamente que aumentar en proporción con esta ventaja. Por otro lado, el aumento de las contribuciones, por efecto de la acumulación de deudas contraídas sucesivamente, obliga al gobierno a empeñarse cada vez más para poder sufragar los nuevos gastos extraordinarios. El moderno sistema fiscal, cuyo eje son los impuestos sobre los productos indispensables para la vida (con su consiguiente encarecimiento), abriga en sí mismo los gérmenes de una progresión automática. En Holanda, donde se implantó por primera vez este sistema, el notable patriota De Witt lo ensalzó en sus *Máximas* como el más adecuado para hacer al trabajador humilde, diligente, frugal y... oprimido por el trabajo. Sin embargo, lo que aquí nos interesa no es tanto la desastrosa influencia que los excesivos impuestos ejercen sobre el trabajador como la forma en que conducen a la expropiación forzosa de los campesinos, los artesanos y, en una palabra, de todos los miembros de la clase media inferior. Sobre este punto no existe aún entre los economistas burgueses más que una opinión. La eficacia de los impuestos excesivos en el proceso de expropiación se intensifica todavía más por el sistema de protección arancelaria, que es parte integrante de aquéllos. El hecho indudable de que la Deuda pública y el sistema fiscal, que es su nodriza, desempeñan un papel importante en la capitalización de la riqueza y la expropiación de las masas, hizo suponer a muchos escritores, como Cobbett, Doubleday (1790-1870) y otros, aunque equivocadamente,

que ésta era la causa principal de la pobreza del pueblo en nuestros tiempos.” (Marx, *Capital*, t. I, páginas 838-839)

La campaña de Cobbett acerca de la Deuda pública y el sistema de impuestos tuvo una gran importancia. El impuesto sobre la renta, implantado por William Pitt (1759-1806) como “medida temporal”, había sido arrancado a la burguesía inglesa para poder rivalizar con la competencia francesa. Después de concertada la paz de 1815, la ley del impuesto sobre la renta fue derogada, y para borrar de la memoria del pueblo inglés hasta el último rastro de aquella “odiosa” disposición, por indicación de Henry Brougham (más tarde lord Brougham, 1778-1868) se quemaron todos los documentos referentes a ella. Esta campaña de agitación de Cobbett y otros radicales ingleses asumió entonces mayores proporciones y fue de triunfo en triunfo, conquistándose no solamente las simpatías de los pequeños burgueses, sino también las de la clase obrera. Los cartistas se negaron a dar a este problema de la reforma del sistema de impuestos una importancia primordial, importancia que tampoco concedían a la derogación de las “leyes anticerealistas”. No obstante, continuaron la campaña de Cobbett y reforzaron sus críticas. Bronterre O’Brien, por ejemplo, hacía resaltar el carácter de clase del sistema de impuestos. En los años de 1830 a 1840 elevó al parlamento una petición encareciendo la necesidad de implantar el sistema progresivo del impuesto sobre utilidades. Finalmente, en 1842, exigencias fiscales obligaron a Peel a resucitar el impuesto sobre la renta. Ya no quedaba más que hacer de este impuesto una institución permanente, convertirlo en progresivo y darle el alcance necesario.

Que el impuesto progresivo sobre la renta no tiene nada de específicamente comunista o proletario y no es más que una de esas armas inadecuadas que los obreros tomaron del arsenal de la pequeña burguesía, lo demuestra Marx en su polémica contra el radical francés Emilio de Girardin (1806-1881)

“La reforma fiscal es el simulacro de todos los burgueses de filiación radical, es el remedio específico defendido por todos los economistas burgueses. Desde la Edad Media hasta nuestros días, lo mismo entre los antiguos ciudadanos que entre los modernos librecambistas ingleses, el hueso más duro de la disputa ha sido siempre el impuesto. El principal fin de la reforma fiscal es desembarazarse del sistema tradicional de impuestos, que entorpece el desarrollo de la industria, abaratar el consumo del estado o garantizar una distribución más equitativa en las contribuciones. Y cuanto más él les huye, más se afanan los burgueses en dar caza al fuego fatuo de la “distribución equitativa”. En cuanto a las condiciones de la distribución, basadas directamente en la producción burguesa (la proporción entre el salario y la ganancia, la ganancia y el interés, la renta y la utilidad), lo más que una reforma fiscal puede conseguir es modificarlas en detalle, jamás transformarlas fundamentalmente. Todos los debates reñidos en torno a la reforma fiscal, todos los esfuerzos desplegados por rectificar el régimen de impuestos, arrancan del supuesto de que el sistema burgués es imperecedero. La abolición total de los impuestos no serviría más que para acelerar el incremento de la propiedad burguesa y acentuar las contradicciones que ya existen dentro del sistema. Los impuestos pueden ser beneficiosos para ciertas clases y ser, al mismo tiempo, sobremanera lesivos para otras. Esto salta a la vista dondequiera que la aristocracia de la finanza ejerce su influencia… Los impuestos sólo arruinan a ese sector social que fluctúa entre la burguesía y el proletariado, ya que los contribuyentes que lo forman no pueden traspasar la carga de los impuestos que pesan sobre ellos a los hombros de otra clase. Cada nuevo impuesto que se crea sobre el proletariado obliga a esa clase a descender un grado más en la escala social; la abolición de un impuesto no determina ningún aumento en el salario del obrero, sino sólo en las utilidades del patrono. Durante la revolución, el aumento de impuestos puede servir como recurso

para atacar a la propiedad privada; pero, aun así, la tributación ha de ser nada más que un peldaño hacia nuevas medidas revolucionarias, pues de otro modo se retrocedería a las condiciones burguesas preexistentes. La rebaja de impuestos, su distribución equitativa, etc., no son más que otras tantas triviales reformas burguesas. Plantear una campaña pidiendo la abolición de los impuestos es incurrir en lo que se llama "socialismo burgués". Ese socialismo burgués está bien para los industriales, para la clase media comercial y para el campesino. La alta burguesía, viviendo, como vive, en el mejor de los mundos, tiene por fuerza que despreciar el utópico sueño de un mundo mejor... El impuesto sobre el capital tiene sus méritos. Todos los economistas, y especialmente Ricardo, señalaron las ventajas de un impuesto único. Si fuera el único, el impuesto sobre el capital disolvería por lo menos el nutrido y costoso ejército de recaudadores y opondría el mínimo de obstáculos al proceso de producción, de circulación y de consumo, ya que es el único impuesto que afecta a la riqueza." (Marx, *Escritos varios*, ed. Mehring, t. III, páginas 435-439)

Para Marx, esas reivindicaciones referentes a la tributación eran meros expedientes de táctica. Medía su valor por el grado en que constituían un ataque directo contra la propiedad privada. "Cuando los demócratas abogan por el impuesto proporcional, los obreros deben reclamar el impuesto gradual; cuando los demócratas proponen una graduación moderada de los impuestos, los obreros deben insistir en que los tributos sean tan altos que hagan imposible la posesión de capitales en gran escala; cuando los demócratas piden la reorganización de la Deuda pública, los obreros deben precipitar la bancarrota del estado." (Marx, *Revelaciones*, páginas 137)

Pasando al tercer punto del programa esbozado por el *Manifiesto*, nos encontramos con que la abolición del derecho de herencia era una de las reivindicaciones básicas de los sansimonianos, de quienes la tomaron ciertos comunistas. El sistema sansimoniano, que deja intactas las bases fundamentales del capitalismo, hace resaltar como norma directiva la abolición del derecho de herencia a modo de correctivo contra las injusticias de este régimen, como el primer antídoto contra los privilegios de nacimiento. En una sociedad comunista, donde los medios de producción son de propiedad colectiva, donde la propiedad privada no existe, a excepción de los artículos de consumo; en semejante sociedad, no cabe pensar en la acumulación de bienes para transmitirlos a la posteridad. La abolición del derecho de herencia puede, indudablemente, tener gran importancia durante el período de transición, como medio para minar el régimen de propiedad capitalista. Pero todas estas medidas son, sin duda alguna, meros arbitrios provisionales, por funestas que las consecuencias de su implantación puedan ser para la existencia de la propiedad privada. Por lo demás, la creación de un impuesto progresivo sobre las herencias y la supresión del derecho hereditario entre colaterales puede constituir una buena fuente de ingresos para el erario, aun dentro del régimen burgués.

En el período de la Primera Internacional fue Bakunin el primero que abogó por la abolición del derecho de herencia. Para él era ésta una medida fundamental. El Consejo General, cuya voz llevaba Marx, declaró que el derecho de herencia no era una categoría productiva, que las leyes de la herencia no constituían una causa, sino un efecto, un reflejo legal de la organización económica imperante en la sociedad; que, al convertirse los medios de producción en propiedad común, el derecho de herencia quedaría definitivamente desterrado. La meta debía ser, por consiguiente, la abolición de las instituciones que dotaban a unos individuos con el poder de explotar a otros. La abolición o reducción de los derechos de herencia podía ser, a lo sumo, el punto de partida para emprender la reforma social. Esa invasión en los dominios del derecho de propiedad y de la herencia sería un buen recurso durante el período de transición,

cuando, sin estar barridas todavía las viejas instituciones económicas, la clase obrera se hallara ya capacitada para introducir cambios radicales en el orden jurídico. Entre las medidas propias del período de transición pueden, por consiguiente, señalarse el aumento de impuestos sobre la propiedad hereditaria y las limitaciones del derecho de donación.

El cuarto punto, la confiscación de los bienes de todos los emigrados y rebeldes, tomado de las tradiciones de la Gran Revolución francesa, aparece ya entre los preceptos e instituciones de Babeuf (1760-1797), notable precursor del moderno comunismo. Figuraba asimismo en los programas de las sociedades revolucionarias que funcionaron en la primera mitad del siglo pasado.

El quinto punto recuerda una de las principales proposiciones de los sansimonianos. Los partidarios de esta doctrina subrayaron siempre la importancia de los bancos e instituciones de crédito. Sin embargo, entre la reivindicación del *Manifiesto* y la de los discípulos de Saint-Simon sólo existe una semejanza formal. Marx, que en 1847 criticó despiadadamente las ideas de Proudhon acerca del crédito gratuito y los bancos populares, se mostraba todavía más severo con las ilusiones bancarias de los sansimonianos. Del mismo modo que los bancos populares de Proudhon serían impotentes para vencer las leyes que rigen la producción de mercancías, el banco centralizado de los sansimonianos sería incapaz de regular la producción para evitar la reiteración de las crisis. Tanto en un caso como en otro, la persistencia de la propiedad privada sobre los medios de producción dejaría intactas las leyes de la sociedad capitalista.

Pero, aunque el banco nacional de crédito centralizado fuese incapaz de regular en conjunto el movimiento de la producción nacional (función que le asignaba Pecqueur -1801-1887-), podía ser, indudablemente, de gran utilidad durante el período de transición, contribuyendo a poner todo el sistema nacional de crédito bajo el control del estado proletario.

La centralización de los medios de transporte en manos del estado, sexto punto del *Manifiesto*, es corolario lógico del primero y del segundo. Aun cuando los ferrocarriles no sean de construcción del estado, sino de alguna compañía particular, es evidente que estas compañías ferroviarias se enriquecen a expensas del estado, que les concede créditos y subsidios. En Norteamérica, el estado concedió a las compañías de ferrocarriles grandes extensiones de terreno a lo largo de la vía, convirtiéndolas en los primeros terratenientes de la nación. Pecqueur dedicó un libro a estudiar el tema de los ferrocarriles, formulando ya por aquellas fechas (1840) un programa que coincide casi literalmente con el que Marx y Engels redactaron años más tarde para Alemania.

Las "fábricas nacionales" a que se refiere el séptimo punto no deben confundirse con los "talleres nacionales", creación de Luis Blanc (1811-1882), socialista, historiador y estadista francés, que formó parte del gobierno provisional de 1848. El *Manifiesto* no tiende precisamente a organizar la producción cooperativa con la ayuda del estado, sino a nacionalizar todas las empresas privadas, convirtiéndolas en empresas nacionales. En la doctrina de Luis Blanc, los talleres nacionales proponíanse dar realidad al derecho al trabajo; los comunistas, por el contrario, interpretan la organización de las fábricas del estado como medio para convertir en un hecho la obligación que toda persona físicamente capacitada tiene de trabajar. Esta idea se halla ya mantenida en los decretos de Babeuf, y el octavo punto del *Manifiesto* la recoge explícitamente. Está íntimamente relacionada con otra reivindicación sostenida por escritores como Weitling (1808-1871), comunista alemán, y Dézamy (muerto en 1850), miembro de los círculos comunistas franceses. Carlos Fourier (1772-1837) fue, sin embargo, el primero que habló de la necesidad de organizar un ejército del trabajo. El primer deber de este ejército sería,

como se indica en el *Manifiesto*, cultivar y mejorar la tierra de acuerdo con un plan preestablecido, otra de las ideas favoritas de Fourier.

Ya hemos visto la gran importancia que Marx concede a la división del trabajo, lo mismo en el seno de la sociedad que dentro de la fábrica, y hasta qué punto la separación entre el campo y la ciudad influyó en el curso de la historia. De aquí el punto noveno del *Manifiesto*, encaminado a que la industria agrícola y la urbana funcionen al unísono, a fin de ir borrando gradualmente las distinciones entre la ciudad y el campo.

"Ya los utopistas comprendieron perfectamente los efectos de la división del trabajo. Sabían hasta qué punto el propio trabajo cae en una especie de atrofia y cómo la capacidad de trabajo disminuye cuando el obrero se limita a la repetición mecánica del mismo acto monótono durante toda la vida. Fourier y Owen están de acuerdo en pedir que desaparezca el divorcio entre la ciudad y el campo, como primer requisito para la abolición de la vieja división del trabajo. Los dos creían conveniente que la población se distribuyese por el campo en grupos que fluctuarían entre mil seiscientas a tres mil personas. Los habitantes de cada uno de estos grupos vivirían en el centro de la región que cultivaran, llevando allí una vida comunal. De vez en cuando, Fourier habla de, ciudades, pero estas ciudades no serían, según su concepción, más que aglutinaciones de cuatro o cinco grupos adyacentes. Lo mismo en los planes de Fourier que en los de Owen, cada miembro de la comunidad se dedicaría alternativamente a las ocupaciones agrícolas e industriales. Pero, al paso que, en lo tocante a éstas, Fourier concedía primordial importancia a las artes mecánicas y a la manufactura, en el sentido primitivo de la palabra, Owen vislumbra ya la industria en gran escala y apunta a la introducción de la máquina y la fuerza motriz en la economía doméstica. Lo mismo en la agricultura que en la industria manufacturera, ambos, Fourier y Owen, encarecen la necesidad de encomendar al individuo la mayor variedad posible de ocupaciones, proponiendo, como medida preliminar que los jóvenes reciban una educación técnica sumamente diferenciada. La abolición del divorcio entre el campo y la ciudad no sólo es posible, sino fundamental. Se ha hecho igualmente necesaria para la industria manufacturera que para la producción agrícola y las exigencias de la higiene. Sólo unificando la ciudad y el campo será posible acabar con el envenenamiento de la atmósfera, del suelo y del agua; sólo así podrán distribuirse las masas que hoy se aglomeran en ciudades pestilentes, de modo que sus excrementos se empleen beneficiosamente como abono en vez de ser fuente de enfermedades. La abolición de la línea fronteriza que separa la ciudad y el campo no es, por consiguiente, una aspiración utópica. Al contrario, tiende a dar una distribución más uniforme a la gran industria por todo el país. Es cierto que las grandes ciudades de hoy día, que son uno de los legados de la civilización, sólo pueden disolverse a costa de mucho tiempo y mucho trabajo. Pero este trabajo no habrá más remedio que afrontarlo, por muy agobiador y costoso que sea." (Engels, *Anti-Dühring*, página 315)

En el décimo punto se señala la necesidad de borrar las perniciosas consecuencias de la división del trabajo físico y mental. Babeuf y sus partidarios abogaban ya por la educación universal y gratuita. Todos los grandes utopistas subrayaron esta necesidad. Según Fourier y Owen, la educación debe consistir en la instrucción técnica diferenciada de la juventud, a fin de que puedan desarrollarse los diversos talentos del individuo, devolviendo al trabajo los atractivos que le han sido arrebatados por el régimen de división.

En el congreso de la Asociación Obrera Internacional celebrado en Génova en 1866 se tomó un acuerdo que ilustra y desarrolla esta idea de combinar el trabajo manual con el intelectual. Este acuerdo, redactado por Marx, dice así: "Por educación entendemos tres cosas: primero, la educación mental; segundo, la educación física, al

modo de la que se da en las escuelas de gimnasia y en los centros militares; tercero, la instrucción técnica, que comprende los principios generales de todos los procesos de producción, iniciando simultáneamente al niño y al joven en el uso y manejo práctico de los instrumentos elementales de todos los oficios. El curso progresivo y gradual de la educación técnica, mental y física, debe corresponder a la clasificación de los obreros jóvenes. El sostenimiento de las escuelas técnicas deberá ser sufragado, en parte al menos, por la venta de sus productos. La combinación del trabajo productivo, la educación mental, el ejercicio físico y la instrucción politécnica, elevará a la clase obrera muy por encima del nivel de las clases media y superior.”

Resumiendo: el programa expuesto en el *Manifiesto* es un programa internacional, aplicable a los países más adelantados; sin embargo, los comunistas de los distintos países pueden agregar a las apuntadas aquellas medidas que crean especialmente aplicables dentro de las fronteras de su nación y, sobre todo, aquellas que más radicalmente afecten al poder de su burguesía. Como ejemplo nos bastará recordar al lector el programa adoptado por los comunistas alemanes a raíz de estallar la revolución de 1848 y en el transcurso de las dos semanas siguientes a la publicación del *Manifiesto*. (Véase Apéndice; *Reivindicaciones del Partido Comunista en Alemania*) Este programa, redactado por Marx y Engels, difiere en varios puntos del programa esbozado en el Manifiesto. Al glosar el último capítulo volveremos sobre este punto.

47. La centralización y el estado

En el prólogo a la edición alemana de 1872, Marx y Engels reconocen que en algunos de sus puntos el *Manifiesto* se hallaba ya anticuado. Y apuntan principalmente a la parte que trata de la actitud que deben seguir los obreros revolucionarios con el aparato del estado burgués. Íntimamente relacionado con este punto está el problema de la centralización política, problema acerca del cual Marx y Engels rectificaron también su posición desde los primeros años de la década del 50.

La táctica mantenida en el *Manifiesto* basábase en el estudio de los acontecimientos de la Gran Revolución francesa, en la idea de que la conquista del poder político por el proletariado seguiría derroteros análogos a los de las jornadas de la Convención.

Por eso insistían tanto en la centralización del estado, que, en opinión suya, había sido obra de los jacobinos. La conquista del estado allanaría los obstáculos que se oponían al triunfo de la revolución en todos los países. De ahí que en los días que preceden a la revolución de 1848, en el curso de ésta y en los años primeros que la siguieron, Marx y Engels atacasen tan denodadamente todo movimiento encaminado hacia el federalismo o la descentralización por parte de los demócratas franceses y alemanes.

“Los demócratas intentarán instaurar una república federal, o bien (caso de que no consigan la implantación de una república, una e indivisible) procurarán coartar los atributos del gobierno central, ofreciendo la mayor suma posible de libertades a los gobiernos locales. Los obreros deberán tratar, por su parte, de impedir el logro de estos planes, no sólo contribuyendo con todas sus fuerzas a la instauración de una república alemana, una e indivisible, sino pugnando porque en esa república la autoridad se halle fuertemente centralizada. No deben dejarse engañar por las frases hueras de los demócratas respecto a la libertad de las autoridades locales, la autonomía del gobierno local, etc., etc. En un país como Alemania, donde tantas supervivencias medievales oprimen todavía el suelo, donde hay que dar todavía la batalla a todo linaje de soberbias y arrogancias locales, no podemos pensar, ni por sueño, en permitir que cada aldea, cada

ciudad, cada provincia se interponga como una traba en el camino de la obra revolucionaria, obra que sólo puede desarrollar toda su fuerza irradiando del centro. En la Alemania de hoy (1850), lo mismo que en la Francia de 1793, la instauración del más rígido centralismo deberá ser el fin primordial de todo partido genuinamente revolucionario.” (Marx, *Revelaciones*, etc., páginas 135-136)

Marx escribía esto en marzo de 1850. Hacia febrero de 1852 había llegado ya a la conclusión de que en Francia las sucesivas revoluciones, lejos de desmontar la máquina administrativa creada bajo el antiguo régimen, la habían perpetuado. He aquí lo que escribe a este propósito en El 18 Brumario: “Para los partidos que luchan por el poder, la ocupación de ese enorme edificio del estado se ha convertido en el trofeo más importante de la victoria.”

Luego, entra a analizar el tema de la necesidad de destruir esa máquina de gobierno, siempre y cuando que no se atente a la centralización. “La centralización de la autoridad, indispensable en la sociedad moderna, sólo puede levantarse sobre los escombros de la máquina militarista y burocrática creada como un contrapeso del feudalismo.” (Obra citada, página 140)

Marx subraya el hecho de que “la Revolución francesa, que se proponía barrer todas las autoridades particularistas (ya fueran locales, territoriales, urbanas o provinciales) para modelar la nación en unidad burguesa, no pudo por menos de continuar la obra que ya la monarquía absoluta había comenzado: la centralización. Por eso no pudo tampoco por menos de realzar el rango y los atributos de la autoridad del gobierno. Napoleón se encargó, a su vez, de perfeccionar la máquina del estado”. (Obra cit., página 131)

Marx no había penetrado todavía en el verdadero carácter de esta obra de centralización. Era un fruto de la Convención y se apoyaba en las organizaciones jacobinas. La centralización francesa de esta época era la expresión de la soberanía indisoluble del pueblo revolucionario, el reconocimiento del poder central del estado, perfectamente compatible con el gobierno autónomo de las comunas, departamentos, distritos, etc., es decir, con el gobierno local.

Previo un estudio más profundo de las instituciones políticas, acometido durante la primera década de la segunda mitad de siglo, Marx y Engels cambiaron de punto de vista. No sólo abrazaron otras ideas respecto a la propiedad común de la tierra, sino que adoptaron también nuevos criterios en lo concerniente a la centralización política y a las formas en que esta centralización había de realizarse. Engels escribía en 1885: “Todo el mundo sabe hoy que durante la revolución y hasta el 18 de Brumario el gobierno de los departamentos, distritos y comunas estaba formado [en Francia] por autoridades de elección local, que gozaban de gran libertad de movimientos dentro de la legislación nacional. Todo el mundo sabe, además, que estas autoridades locales, encarnaciones de un sistema semejante al del gobierno provincial y local de los Estados Unidos de América, se contaban entre los factores principales de la revolución. Por eso fue por lo que Napoleón, inmediatamente después de dar el golpe de estado del 18 de Brumario (9 de noviembre de 1799), se apresuró a desmontar el sistema vigente, reemplazándolo por el sistema prefectural, que todavía permanece en vigor y que fue siempre, desde sus orígenes, un instrumento reaccionario. Pero, así como el gobierno local y provincial no es absolutamente incompatible, ni mucho menos, con la centralización nacional del país, no debe tampoco equiparársele a aquella forma estrecha, cantonal y comunal, que informa los caracteres poco recomendables de la vida política suiza y del sistema que todos los republicanos federales del sur de Alemania tomaron como modelo para su país en 1849.” (Prólogo a *Revelaciones*, etc., página 136 [Ver en esta misma obra, EIS])

La experiencia de la Comuna de París convenció a Marx y a Engels definitivamente de que “la clase obrera no puede limitarse a tomar posesión de la máquina del estado, aplicándola a sus propios fines”. Y lo primero que, según ellos, tenía que haber hecho la comuna era aplastar los órganos principales del estado burgués: abolir, por ejemplo, instituciones como la del ejército permanente, sustituyéndolo por “la nación en armas”; convertir la policía en un instrumento responsable de la comuna, sujeto siempre a destitución y sin el menor poder político; barrer la burocracia para que los altos puestos del estado dejasen de ser un privilegio de la clase dominante y se transformasen en una función social, retribuida con sueldos corrientes y desempeñada por individuos elegidos y removibles en todo momento de sus cargos.

La comuna, según Marx y Engels, no debió limitarse a las funciones parlamentarias, sino constituirse en una corporación activa y eficaz, compartiendo el poder legislativo y el poder ejecutivo. A la vieja organización centralizada debió sustituir una red de organismos igualmente autónomos en todos los distritos provinciales. Estas instituciones comunales descentralizadas, lejos de mediatizar la unidad de la nación, la hubieran reforzado. La abolición del estado burgués, que sólo sirve de careta para disfrazar la ausencia de una unidad nacional, hubiera hecho de ésta una realidad tangible. El estado anterior había querido sobreponerse a esa unidad, hacerse independiente de ella, aunque de hecho no era más que una excrecencia parasitaria enquistada en el organismo de la nación. La verdadera importancia histórica de la comuna consiste en esto: en haber sido un gobierno de la clase obrera, un gobierno que brotó como fruto de la lucha entre la clase explotada y la clase dominante. La comuna debió haber servido de palanca para derribar los fundamentos de la sociedad existente, con las instituciones económicas que habían hecho posible la transformación de la clase propietaria en clase gobernante. Y esa palanca no podía ser otra que la dictadura del proletariado.

Pero la dictadura del proletariado sólo será un gobierno transitorio. Responderá a una necesidad durante el período de transición, mientras la forma capitalista de la sociedad no ceda el puesto a una sociedad comunista, mientras las instituciones capitalistas no se sustituyan por instituciones revolucionarias, mientras no se borren los antagonismos, mientras el estado de clase no se desvanezca como una forma del pasado. Al destruir las bases económicas sobre las que descansa el edificio capitalista, y de las que depende la integridad del estado de clase, la dictadura del proletariado pondrá fin a la forma absorbente del poder público y transformará el estado en mero órgano administrativo de la producción.

Esta última idea, que encontramos mantenida ya en las obras de los sansimonianos, se ha incorporado definitivamente al acervo de todo movimiento comunista. Marx, sin embargo, agrega algo nuevo a la teoría de sus predecesores. Este algo consiste en demostrar que la lucha de clases librada bajo las condiciones de la producción capitalista tiene forzosamente que conducir a la implantación de la dictadura del proletariado y que esta dictadura no es más que una forma transitoria, una etapa necesaria en la ruta hacia la abolición de las distinciones de clase y la instauración de la sociedad sin clases.

“En el transcurso de su desarrollo, la clase trabajadora irá sustituyendo la sociedad burguesa por una asociación de la que se borrarán en absoluto las clases y los conflictos de clase. Y con ellos desaparecerá el poder político, en el sentido estricto de esta palabra, ya que el poder político no es más que una expresión oficial de esos conflictos de la sociedad burguesa.” (Marx, *Misère de la Philosophie,* página 159)

Los anarquistas, incapaces de comprender el sentido de este proceso histórico, incapaces de penetrar en la necesidad de la dictadura del proletariado como forma de

gobierno para el período de transición, preferirían trastornar todo ese proceso y arrancar de la radical extirpación del poder del estado.

Antes de la revolución de 1848, las teorías anarquistas no podían exponerse todavía en un programa de partido, por la sencilla razón de que este partido no existía. Los precursores del anarquismo iban a buscar las bases principales de su doctrina al campo económico. Hasta después del año de 1860, en vida de la Asociación Obrera Internacional, el anarquismo no se convirtió en un sistema filosófico coordinado y completo, en que se declaraba la guerra a dios y al estado. Caudillo de este movimiento era el ruso Miguel Bakunin (1814-1876).

Aquí, en el *Manifiesto*, Marx y Engels formulan su idea (que hoy ha pasado a ser del dominio común de todos los socialistas y comunistas), idea que se cifra substancialmente en la tesis de que en una sociedad comunista no existe estado.

Las polémicas que hubieron de mantener con Bakunin y los anarquistas suizos, y más tarde con Dühring, dieron a Marx y Engels ocasión para deslindar sus puntos de vista de los profesados por los anarquistas en lo tocante a la función del estado y a los medios más eficaces para socavarlo.

“Los antagonismos de clase, inseparables de todas las saciedades pasadas y presentes, hicieron surgir el estado. Por estado entendemos aquí la organización de la clase explotadora para la defensa de las condiciones materiales de producción existentes, y más especialmente para el sojuzgamiento por la fuerza de la clase explotada, dentro de las condiciones de opresión características del régimen de producción vigente (esclavitud, servidumbre, trabajo asalariado, según los casos). El estado es el representante oficial de la sociedad, la encarnación de ésta en una corporación tangible; pero sólo lo es en cuanto estado de una clase especial que, durante esa época, se halla en condiciones de representar de hecho a la sociedad toda: en la antigüedad clásica es el estado de los esclavistas; en la Edad Media, el estado de la nobleza feudal; actualmente, el estado de la burguesía. A partir del momento en que el estado se convierta en representante de la sociedad en general, dejará de tener una razón de ser. Desde el momento en que no haya clases a quienes mantener sometidas, tan pronto como el régimen de clase desaparezca, y con él la lucha por el pan y los conflictos y abusos subsiguientes a la actual anarquía de la producción, no habrá ya nada que castigar y perseguir, nada, por consiguiente, que reclame la existencia de un organismo especial de represión, el estado. La función primordial del estado como representante de la sociedad en general: adueñarse de los medios de producción en nombre de toda la sociedad, será al mismo tiempo su última función como estado. Poco a poco irá haciéndose innecesaria y dejará, por tanto, de manifestarse espontáneamente la intervención del estado en las relaciones sociales. El poder sobre las personas se convertirá en la administración de las cosas y en la gestión directiva del proceso de producción. El estado no se “suprime”, agoniza, muere. Todo esto que dejamos dicho basta para juzgar el valor de la frase de “un estado de hombres libres”, demostrándonos que ese tópico, si bien puede tener un valor pasajero y propagandista, carece de aplicación científica adecuada. Y con estos mismos criterios tenemos la vara que necesitamos para medir las ideas de los que, llamándose anarquistas, quieren poner fin al estado de la noche a la mañana.” (Engels, *Anti-Dühring*, páginas 102-103.)

III Literatura socialista y comunista

48. El romanticismo reaccionario

Englobamos bajo este epígrafe a los representantes más destacados de la reacción desatada contra la Revolución francesa. Los enemigos venían de las filas de la aristocracia feudal, y contra ellos asestaban los jacobinos sus dardos más afilados. Entre los literatos franceses, esta reacción se vio representada por escritores como Luis Bonald (1754-1840) y José de Maistre (1753-1821), que creían posible la restauración del antiguo régimen, con sus tres figuras principales: Dios, el Rey y el Verdugo. Bonald se oponía ferozmente a toda innovación.

Cuanto fuera producto de la nueva industria, cuanto recordara los aborrecidos "principios del siglo XVIII", era al punto condenado. El crédito, las grandes ciudades, la banca: tales eran, para él, las raíces satánicas del mal. A Bonald le irritaban especialmente los triunfos de la industria y de la técnica, que creía, y con razón, absolutamente incompatibles con un régimen social primitivo, con las relaciones patriarcales y (hablando en general) con el espíritu localista y el exclusivismo medieval. En un estado normal (sostenía este autor) deben ocupar el primer plano los intereses de la clase terrateniente, ya que esta clase es más estable y más amante del orden que ninguna otra. La primacía del comercio, la industria y el capitalismo inoculan en la nación el "morbo revolucionario", socavan los cimientos de la estratificación social ennoblecida por los siglos, subvierten las relaciones sociales y provocan constantemente la infracción de las leyes. Del carbón, habla Bonald con lágrimas en los ojos: "Llena el aire de humo, despide un hedor pestilente, abate el ánimo y, con el tiempo, puede hasta cambiar el carácter entero de una nación."

Cuando Marx y Engels describen el papel revolucionario desempeñado por la burguesía en sus luchas contra el feudalismo, cuando hablan del modo cómo el nacimiento del sistema industrial moderno acabó con el régimen idílico de la sociedad medieval, piensan evidentemente en las lamentaciones y anatemas fulminados contra el nuevo orden de cosas por los campeones católicos y feudales del orden social de la Edad Media. Además de los nombres de Bonald y de Maistre, podríamos mencionar aquí los desbordamientos literarios de un Chateau-Briand (1768-1848) en Francia y de un Adam Müller (1779- 829) en Alemania, y las elegías de Samuel Taylor Coleridge (1772-1834) y Robert Southey (1774-1843) en Inglaterra. Todos ellos acusan a la gran industria de haber destruido el viejo régimen patriarcal, donde todo ocupaba su debido lugar, donde las mesnadas feudales acudían dócilmente a la llamada de cualquier barón o sacerdote y se prestaban con dulzura y mansedumbre a dejarse trasquilar, para la mayor honra y gloria del Altar y del Trono.

49. El socialismo feudal

En una de las últimas ediciones del *Manifiesto* aparece una nota de Engels llamando la atención del lector hacia el hecho de que estas irónicas censuras se refieren "especialmente a Alemania, donde la aristocracia terrateniente y gobernante tiene grandes extensiones de terreno dedicadas al lucro y cultivadas por bailíos; estas gentes poseen, además, importantes fábricas de azúcar de remolacha y destiladeros para la fabricación de licor de patatas. Los personajes más acaudalados de la aristocracia inglesa se han mantenido, por lo menos hasta ahora, alejados de estos métodos. Claro está que piensan resarcirse de la pérdida que eso supone para sus rentas vendiendo sus

nombres a los promotores de compañías anónimas dedicadas a negocios más o menos turbios".

Marx y Engels escogen dos organizaciones entre las que mejor representan las teorías del socialismo feudal: "una parte de los legitimistas franceses y la Joven Inglaterra".

En su comentario a *Le Manifeste Communiste* (Bibliothèque Socialiste, página 170 y ss.), Charles Andler cita algunos nombres. Pero sus datos carecen de fundamento. Marx y Engels quieren referirse a los legitimistas franceses, que, siguiendo distinto camino que sus colegas, trataban de ganarse las simpatías del "pueblo bajo" acusando a los tenderos y manufactureros de la monarquía de julio, a la cabeza de los cuales figuraba el propio rey Luis Felipe (1773-1850), tendero máximo del reino. Enrique Reine, el gran poeta alemán, nacido hacia 1800 y muerto en 1856, expuso deliciosamente las cabriolas de estos legitimistas franceses que se abrazaban a la causa del pueblo. "Es verdaderamente divertido [escribe Reine] oír a estos curas enmascarados vociferar en el lenguaje de los *sans-culottes* y ver con qué aire coquetón de fiereza lucen el gorro rojo de los jacobinos, y el pánico que a veces se adueña de ellos, temerosos de que en un momento de descuido se hayan encasquetado en su lugar la mitra del obispo. Para cerciorarse de que no han cometido tal desliz, se quitan un momento el tocado, y entonces todo el mundo puede verles la tonsura."

La campaña en pro del trono y del altar, disfrazada ahora bajo el manto de la defensa de los intereses del pobre, es el rasgo más característico de este gobierno. Lamennais (1782-1854), teólogo y filósofo francés, figuraba entre los caudillos de este movimiento y continuó defendiéndolo hasta su ruptura con la Iglesia. Pero la figura más destacada en ese campo era, sin duda alguna, la del conde de Montalembert (1810-1870), político y publicista, y uno de los corifeos más brillantes del catolicismo liberal. Montalembert se erigió, con Villeneuve-Bargemont (1784-1855), en el campeón de los obreros industriales.

Mientras se discutía el proyecto de ley de protección de la infancia, Montalembert tronaba contra el orden social burgués, atacando a los fabricantes algodoneros que empujaban al pobre y a su mujer a la fábrica, destruían el hogar y arrancaban al pueblo a la bienaventuranza de la vida rural, para lanzarlo a barracas insalubres, verdaderas mazmorras, donde los seres de ambos sexos y diferente edad se veían condenados a una lenta, pero sistemática degradación.

En su *Misère de la Philosophie* (página 167), Marx recomienda a Proudhon el estudio de las obras de monsieur de Villeneuve-Bargemont, diciéndole que debe tomarle por mentor en materias de política económica, pues este escritor persigue como él fines providenciales, aunque su meta sea, no la igualdad, sino el catolicismo. Efectivamente, este economista, que amalgamaba las doctrinas políticas de Bonald con la crítica económica de Sismondi (1773-1884), amasó todo un sistema de economía legitimista y cristiana. Los economistas liberales se oponían tenazmente a toda "intromisión del estado entre el patrono y el obrero dentro de la fábrica". Pero Villeneuve-Bargemont proponía toda una serie de medidas de legislación obrera: prohibición del trabajo infantil, inspección sanitaria, instrucción técnica obligatoria para los obreros de las fábricas, creación de cajas de ahorro, etc. A su debido tiempo, todas estas medidas acabaron por formar el sistema del llamado socialismo católico. Ahora, todas las esperanzas se cifraban en encontrar los guías de la masa oprimida, no entre los aristócratas feudales, sino entre los magnates de la gran industria.

En su obra sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels se expresa en términos de simpatía respecto a la organización conocida por el nombre de Joven Inglaterra. Apunta que no puede entrar en detalles en lo tocante a las diferencias

que median entre los varios sectores de la burguesía, si bien reconoce algunas "respetables excepciones". Entre éstas se contaban, según él, los filantrópicos tories, que acababan de fundar la Joven Inglaterra. Figuraban en esta organización algunos miembros del parlamento, como Disraeli (1804-1881), Borthwick (1804-1852), Ferrand (1829-1870), lord John Manners (1818-1906), etc. Lord Ashley (más tarde lord Shaftesbury, (1801-1885) estaba íntimamente unido a Manners. La Joven Inglaterra proponíase como fin restaurar las condiciones que habían reinado antaño en la "merry England" con todos sus esplendores y sus románticas galas feudalistas. Fin tan absurdo e irrealizable no podía ser más que una sátira, en el curso real de la historia. Sin embargo, sería injusto desconocer las sanas intenciones y la valentía de los miembros de la Joven Inglaterra, que alzaron su voz de protesta contra el orden social de su tiempo, contra los prejuicios de la época, y que supieron comprender el carácter fundamental del orden social vigente. (Resumen de una nota que figura al pie de la página 295 de la citada obra de Engels)

La Joven Inglaterra atrajo a sus filas a la juventud aristocrática de Inglaterra e Irlanda, que tenía por espíritu rector a Jorge Smythe (más tarde vizconde de Strangford, 1789-1846). Estos elementos se oponían tenazmente al capitalismo industrial y al librecambio, y soñaban con restaurar la supremacía política de la aristocracia, supremacía que había de enraizarse hondamente en la estructura social de la época y asentarse sólidamente en los principios democráticos.

Disraeli (más tarde lord Beaconsfield), hijo de una acaudalada familia judía, se hallaba íntimamente ligado a este grupo. Ya en 1839 comenzó a llamar la atención de la cámara con sus discursos acerca de las peticiones de los cartistas, en cuya defensa salió, a pesar de no estar conforme con el movimiento. En sus novelas, en Coningsby, por ejemplo, y principalmente en Sibila o las dos naciones, popularizó las ideas socialistas de los tories. En Sibila traza una pintura muy interesante del movimiento cartista, retratando con vívidos colores el estado de la Inglaterra contemporánea, que, bajo la acción de la gran industria, se estaba dividiendo en "dos naciones, entre las cuales no existe afinidad ni simpatía y que ignoran mutuamente sus ideas, sus sentimientos, como si vivieran en zonas distintas o habitaran planetas diferentes". (*Sibila*, t. II, cap. IV)

Como grupo político, la Joven Inglaterra comenzó a decaer ya hacia 1845. Disraeli no tardó en romper con los tories de sangre azul y pasó a ser jefe del moderantismo británico.

Ferrand, Borthwick (cuyo discurso en defensa de los trabajadores aparece citado tres veces por Marx en *El Capital*, t. I, páginas 271, 444 y 631) y lord Ashley desempeñaron un papel importante en la historia de la legislación fabril de Inglaterra. Lord Ashley, a pesar de haber apoyado generalmente a los conservadores, modificó su actitud parlamentaria, en su interés por mejorar las condiciones de vida del trabajador, y mientras vivió, su nombre sonaba familiarmente en los hogares obreros. Era especialista en materia de utilidades industriales, y sus estadísticas prestaron grandes servicios a los cartistas y a los librecambistas en sus ataques contra aquellos hipócritas cristianos que criticaban los vicios ajenos y cerraban los ojos cuando estos vicios redundaban en su propio provecho.

Este lord Ashley, más generalmente conocido por su último título de lord Shaftesbury, acaudillaba a los filántropos aristócratas que luchaban contra el régimen fabril. Durante los años de 1844 y 1845, su personalidad era el blanco favorito de los ataques en las columnas del órgano liberal más importante de la época, el *Morning Chronicle*, cuando este periódico se hallaba empeñado en revelar las terribles condiciones en que vivían los trabajadores del campo. Las cifras publicadas por Marx (*Capital*, t. I, página 748) demuestran lo mezquinos que eran los jornales abonados a los

braceros en las explotaciones de aquel honorable y humanitario lord. Y por si esto era poco, nuestro digno aristócrata no tenía escrúpulo en embolsarse una buena parte de aquellos jornales por el alquiler de las casas en que albergaba a sus obreros. (*Capital*, t. I, página 749)

Otro representante del socialismo feudal digno de mención es el gran historiador y literato Tomás Carlyle (1795-1881). Engels se mostraba aun más indulgente con él que con el partido de la Joven Inglaterra. “Tomás Carlyle forma una categoría aparte. Al principio formaba en la organización de los tories, pero pronto hubo de dejar atrás a sus compañeros. Carlyle comprende mejor que ningún otro burgués británico la anarquía social reinante y aboga por la organización del trabajo. Confío en que tan pronto como se ponga en el camino recto lo seguirá hasta el final. Como tantos otros alemanes, le deseo buena suerte.” (*Situación de la clase obrera en Inglaterra*, I. c.)

En 1892, Engels completa esta referencia sobre Carlyle en los términos siguientes: “La revolución de febrero transformó a Carlyle en un completo reaccionario. Su sana indignación contra los filisteos se convirtió ahora en un despechado y filisteo desprecio contra la oleada histórica que lo arrastró a la orilla, dejándolo abandonado en la costa desierta.”

El libro de Carlyle, *Past and Present* (1843), era, con su obra *Chartism* (1839), lo mejor que se había escrito, desde el punto de vista del socialismo aristocrático, acerca de la situación de los obreros ingleses. En los *Anales Franco Alemanes* (1844) figura un artículo de Engels titulado “La situación de Inglaterra”, en el que hace un análisis detallado y encomiástico del primer libro (*Pasado y presente*).

Estos dos libros de Carlyle impresionaron profundamente a Engels. Esto puede explicarnos el motivo de que Engels mostrase preferencia por los tories sobre los whigs. En el mencionado artículo escribe lo siguiente: “En las condiciones sociales reinantes en Inglaterra, el propio interés obliga a los whigs a rechazar toda idea contraria a la industria, que es la firme columna de la sociedad inglesa y que está en manos de los whigs, que se enriquecen a costa de ella. A ellos, la industria les parece intachable, su legislación no tiene más objetivo que la expansión industrial. ¿Por qué? Porque la industria les ha proporcionado poder y riqueza. Por su parte, los tories (cuya aristocracia y cuyo poder fueron arrollados por la industria, cuyos principios perecieron bajo el avance industrial) odian la industria o, en el mejor de los casos, la consideran un mal inevitable. Así se explica que algunos tories filantrópicos, acaudillados por lord Ashley, Ferrand, Walter, Oastler, etc., se impusieran el deber de defender a los obreros contra la explotación de los industriales. Carlyle empezó siendo tory, y toda su vida simpatizó más por este partido que por el de los whigs.” (Engels, *Escritos varios*, t. I, página 464)

La gran analogía existente entre la condición de los siervos ingleses de 1145 y la de los obreros ingleses de 1845 (paralelo que traza Engels en su libro sobre la situación de la clase obrera en Inglaterra) había sido señalada ya por Carlyle. De él procede también la idea del “vínculo de los pagos al contado” y de los cálculos pecuniarios en que se basa toda la autocracia burguesa. En el *Manifiesto* aparecen reflejadas las palabras de Carlyle sobre este punto. Carlyle protestó en su tiempo contra el culto de Mammon y llegó hasta ver en “la organización del trabajo” (impuesta desde arriba, por supuesto, por obra de los “héroes”) un remedio a ese mal.

Pero ya en 1844 declaraba Engels que Carlyle no podría sacudir su sentido religioso del universo y que su panteísmo no era más que el culto de la humanidad como tal. “De aquí su ideal de una “genuina” aristocracia, su ideal “heroico”, como si los héroes pudieran ser otra cosa que hombres. Si Carlyle hubiera sabido comprender al hombre como tal hombre, en toda su infinitud, jamás habría pensado en dividir a la humanidad en lobos y ovejas, en gobernantes y gobernados, en aristócratas y chusma,

en caballeros y mesnadas; hubiera llegado a la conclusión de que la verdadera aplicación social del talento no está en ejercitar el dominio de la fuerza, sino en servir de estímulo y de guía. Es cierto que la democracia no constituye más que una fase transitoria, pero no hacia la implantación de una nueva aristocracia mejor precisamente, sino hacia la instauración de la verdadera libertad humana, del mismo modo que la irreligiosidad de nuestra época habrá de conducir finalmente, no al renacimiento de la religión, sino a la emancipación del hombre de toda forma religiosa, sea sobrehumana o sobrenatural. Carlyle ataca el culto del dinero, la oferta y la demanda, la concurrencia, etc., y está muy lejos de mantener la justificación absoluta de la propiedad del suelo. ¿Por qué, entonces, no saca las conclusiones evidentes a que llevan sus propias premisas y no repudia la propiedad privada en general? ¿Para qué predica la abolición de la codicia, de la oferta y la demanda, la concurrencia, etc., si deja intacta y en pie la propiedad privada, que es la raíz de todos esos males? La "organización del trabajo" no nos sirve de nada, pues para que sea eficaz es menester que exista una cierta suma de intereses comunes." (Engels, l. c., páginas 488-489)

En las columnas de la *Nueva Gaceta del Rin* nos encontramos, allá por el año 1850, con una crítica más dura y acerada de Carlyle, a quien la revolución de 1848 había vuelto un completo reaccionario. Engels reconoce, sin embargo, sus méritos anteriores: "Tenemos que agradecer a Carlyle que, como literato, haya arremetido contra la burguesía en un tiempo en que los gustos, las opiniones y las ideas burguesas ejercían una completa hegemonía sobre el mundo literario británico, y que lo hiciera en un tono que a veces cobraba carácter verdaderamente revolucionario. Este elogio puede aplicarse a gran parte de las páginas de sus obras *La Revolución Francesa*, *Cromwell*, *Cartismo* y *Pasado y presente*." Y en seguida añade: "Pero la crítica que desarrolla en estos libros acerca de las condiciones reinantes se halla íntimamente asociada con una apoteosis extraña y antihistórica de la Edad Media, como es frecuente en los libros de los revolucionarios ingleses, en los de Cobbett, por ejemplo, y en los de algunos de los cartistas. Y a la par que admira el pasado, o al menos las épocas clásicas de una determinada fase social, el presente le desespera y la perspectiva del futuro le llena de horror. Cuando rinde pleitesía a la revolución, y hasta la glorifica, lo hace en la medida en que la revolución se cifra a sus ojos en una figura individual, en un Cromwell o en un Dantón. Rinde culto a estas figuras como a héroes, culto que en su obra *Sobre los héroes y su culto* exalta como el único refugio contra una realidad desesperante y predica como una religión." (Engels, *Escritos varios*, t. I, páginas 414 ss.)

En sus últimas obras, Carlyle demostró que había desertado de lleno del campo revolucionario. "Carlyle, lo mismo que Strauss, se ha consagrado al culto del genio. Y aunque en sus obras se ha evaporado el genio, el culto persiste." (Engels,

l. c., pág. 415) Durante la guerra norteamericana de secesión, librada por la abolición de la esclavitud, Carlyle defendió a los estados esclavistas, y después, en 1865, salió en defensa de Edward John Eyre (1815-1901), gobernador de Jamaica que sofocó con gran rigor una sublevación de negros. "Así [escribe Marx] reventaba aquella espléndida burbuja de simpatía hacia los obreros; hacia los obreros de las ciudades, entiéndase bien; jamás ni en modo alguno hacia los campesinos. A la postre, resultó que todo lo que la burbuja tenía dentro era... esclavitud."

50. Socialismo cristiano

El socialismo cristiano se parece mucho al socialismo feudal. En las obras de todos los voceros de la reacción contra la Revolución francesa encontramos el culto del Altar desposado con el culto al Trono. Pero en vista de que el prestigio de la vieja

monarquía absoluta se había esfumado y de que la monarquía de julio se mostraba cada día más inestable, entre los hombres de sentimientos genuinamente filantrópicos empezó a manifestarse una nueva tendencia. Era una nueva forma de socialismo que pretendía reconciliar la religión con la Iglesia, democratizando ésta y restituyéndola a los cauces del cristianismo primitivo. El representante más destacado de esta escuela filosófica era, indudablemente, Lamennais. Su libro *Palabras de un creyente* (*Paroles d'un croyant*) vio la luz en 1837. Este libro llevó a su autor a romper con la vieja "tradición eclesiástica y a divorciarse de los legitimistas. Lamennais era un demócrata sincero, un defensor apasionado del pueblo obrero, y pintó con colores muy vivos la dolorosa situación de los trabajadores. Flagelaba a los ricos como un profeta del Antiguo Testamento, sin miramiento alguno. Como remedio contra la pobreza recomendaba la asociación libre y otras medidas que garantizaran al pobre, cuando menos, lo indispensable para vivir. Su libro traspasó las fronteras de Francia[26], y, traducido al alemán, no tardó en convertirse en un nuevo evangelio entre los artesanos de este país.

Felipe Buchez (1796-1865), político y escritor francés, era otro preclaro representante del socialismo cristiano. Al principio se unió a los discípulos de Saint-Simon, pero pronto rompió con ellos y se puso a construir un sistema propio de socialismo. En él se sostiene que la religión y la ética cristianas son los factores principales del progreso. Buchez atacó a los comunistas y es autor de un proyecto para la creación de asociaciones de producción, especialmente adaptables a las necesidades de los artesanos. Este autor hizo causa común con el grupo de obreros parisienses que tenían por órganos en la prensa *Le Producteur* y *Le National*. Engels, que no perdía ocasión de ponerse en contacto con las organizaciones obreras, trató de entablar relaciones con *Le Producteur* durante su permanencia en París y publicó un artículo en sus columnas.

Sin embargo, hasta el triunfo de la reacción en 1848 no se dieron condiciones verdaderamente propicias para el desarrollo del socialismo cristiano. A partir de ahora se nos presentan toda suerte de aleaciones de socialismo con las diferentes ramas religiosas: un socialismo católico, un socialismo protestante, un socialismo anglicano, un socialismo cristiano, etc. Por la fecha de publicación del *Manifiesto*, estas formas religiosas de socialismo sólo atraían ya a una pequeña parte del proletariado. Tanto en el *Manifiesto* como en toda su obra, Marx se opone a todo conato de cristianizar el socialismo y de introducir la moral cristiana en las teorías socialistas, que comenzaban a asumir un carácter internacional. En su polémica contra el autor de un artículo publicado en la *Gaceta Alemana de Bruselas*, adopta un tono todavía más resuelto. El autor del artículo, un tal Herman Wagener (1815-1889), era uno de los más destacados exponentes del socialismo cristiano conservador de Alemania, de aquella tendencia que no llegó a adquirir expresión desde el poder hasta bastante más tarde, hasta después de la fundación del Imperio. La pretensión de demostrar que el comunismo era un fruto de las doctrinas sociales del cristianismo fue combatida por Marx en las siguientes líneas, en las que se analiza el papel representado por estas doctrinas en el curso de la evolución histórica.

"Los principios sociales del cristianismo han tenido ya dieciocho siglos para desenvolverse y no necesitan que un consejero consistorial prusiano (alusión al mentado Wagener) venga ahora a desarrollarlos. Los principios sociales del cristianismo justificaron la esclavitud en la antigüedad, glorificaron en la Edad Media la servidumbre de la gleba y se disponen, si necesario es, aunque arrugando un poco el gesto

---

[26] Hay una magnífica traducción española de Mariano J. de Larra. [*EL DOGMA DE LOS HOMBRES LIBRES. Palabras de un creyente*, Editorial ZYX – Colección lee y discute]

plañideramente, a defender la opresión moderna del proletariado. Los principios sociales del cristianismo dejan la desaparición de todas las infamias para el cielo, justificando con ello la perduración de esas mismas infamias sobre la tierra. Los principios sociales del cristianismo ven en todas las vilezas de los opresores contra los oprimidos el justo castigo del pecado original y de los demás pecados del hombre, o la prueba a que el Señor quiere someter, según sus designios inescrutables, a la humanidad. Los principios sociales del cristianismo predican la cobardía, el desprecio de sí mismo, el envilecimiento, el servilismo, la humildad, todas las virtudes de la canalla; y el proletariado, que no quiere que se le trate como canalla, necesita mucho más de su intrepidez, de su sentimiento de dignidad personal, de su orgullo y de su independencia, que del pan que se lleva a la boca. Los principios sociales del cristianismo hacen al hombre miedoso y trapacero, y el proletariado es revolucionario. Era cuanto teníamos que decir de los principios sociales del cristianismo." (*Escritos varios*, t. II, páginas 442-443)

Desde luego, no sería difícil demostrar que esos "principios sociales del cristianismo" no desempeñaron siempre un papel reaccionario. El cristianismo primitivo, en lo que tenía de protesta contra el orden social del mundo antiguo, se alzaba contra la propiedad privada y el estado, y abogaba por el ascetismo y la pobreza. Pero esto es ya un cuento viejo, una historia de aquellos tiempos en que no había más camino para liberar a "los que trabajan y sufren" que el de la divina Jerusalén. Los obreros con conciencia de clase deben oponerse a los manejos de cuantos intenten aunar sus intereses con los de la religión, cualquiera que sea la forma en que se les presente la doctrina, ya sea bajo el nombre de cristianismo "purificado" y "ennoblecido", ya bautizada con el de "nuevo" cristianismo o "religión de la humanidad".

"La religión es siempre la conciencia y el sentimiento del yo en el hombre que no se ha encontrado aún a sí mismo o que, habiéndose encontrado, se ha vuelto a perder… Por eso, luchar contra la religión es luchar directamente contra el mundo del que la religión es el aroma espiritual. La pobreza religiosa es en algunos la expresión de la pobreza verdadera, mientras que en otros es la protesta contra la verdadera pobreza. La religión es el suspiro de los oprimidos, el corazón de los descorazonados, el espíritu de los abatidos. La religión es el opio del pueblo… Acabar con la religión, dicha ilusoria del pueblo, es dar un paso hacia la conquista de su dicha verdadera... Por donde la crítica del cielo se torna en la crítica de la tierra; la crítica de la religión, en la crítica de la ley; la crítica de la teología, en la crítica de la política." (Marx-Engels, *Obras completas*, t. I, págs. 607-608. Marx, *Crítica de la filosofía hegeliana del Derecho*).

Marx y Engels no podían por menos de oponerse enérgicamente a todo intento de adormecer al proletariado con cualquier suerte de ideas religiosas, pues sabían que eso era detenerlo en su marcha hacia la emancipación.

51. Sismondi

Estamos tan acostumbrados a hablar de "socialismo pequeñoburgués" siempre que nos referimos a una serie de doctrinas socialistas extendidas aun en el seno de la clase obrera, que en el capítulo titulado "Socialismo pequeñoburgués" nos solemos inclinar más bien a ver una crítica de Proudhon y sus secuaces que una censura de las teorías del economista burgués Sismondi (1773-1842). En su prólogo a una de las últimas

ediciones del *Manifiesto,* explica Engels en qué sentido empleaban él y Marx la palabra "socialismo" en este documento. Para ellos, el socialismo era, por oposición al comunismo, un movimiento en parte obrero y en parte burgués, encaminado a hacer

desaparecer la pobreza por medio de panaceas y de toda suerte de remiendos. Para los autores del *Manifiesto*, el socialismo es la doctrina profesada por los defensores de toda una serie de sistemas utópicos que apelaban todos (como los proyectos anteriores de transformación social a la clase "ilustrada", esto es, a la burguesía. Entre los paladines del socialismo burgués, Marx y Engels distinguen varios grupos. Sismondi era para ellos el prototipo del socialismo pequeñoburgués, porque en todas sus censuras al capitalismo su punto de vista era siempre pequeñoburgués o pequeñocampesino. "Todos los que, como Sismondi, pretenden restablecer una justa proporcionalidad en la producción conservando las bases de la sociedad actual son reaccionarios, pues consecuentes con el camino trazado deberían pedir asimismo la restauración de las condiciones industriales de los primeros tiempos." (Marx, *Misère de la Philosophie*, página 90)

Sin embargo, Marx tenía a Sismondi en gran estima por las censuras dirigidas por él contra el sistema capitalista, y este juicio favorable no trasciende sólo al *Manifiesto*. Los adversarios burgueses de Marx, ansiosos por acusarlo de plagiario con el menor pretexto, se desvivían por atribuirle como maestro a tal o cual economista de una generación anterior. Estos economistas se agarraron al reconocimiento de los méritos de Sismondi en la obra de Marx para apuntar a toda una serie de ideas básicas encajadas en el sistema marxista y que, sin embargo, no eran "descubrimientos originales" de Marx ni de Engels. Pero aunque las tales ideas hubiesen sido expuestas de un modo o de otro con anterioridad a su tiempo, lo cierto es que en la forma que ellos acertaron a imprimirles, estas ideas adquirieron una significación mucho más profunda, y, situadas en el sistema general del pensamiento marxista, irradiaron nueva luz y se revelaron en todo su verdadero sentido. En su *Crítica de la Economía política* y en los tres volúmenes de *El Capital*, Marx se expresa con gran respeto acerca de Sismondi, destacándolo entre los representantes más eminentes de la escuela clásica de economía. Llega incluso a considerarlo como el primer crítico realmente serio de esa escuela. Pero Sismondi gusta de encarecer la conveniencia de que el estado ponga freno a la producción ilimitada, controlando el desarrollo demasiado rápido de la técnica. A Charles Andler le parece demasiado dura la crítica que Marx y Engels hacen de Sismondi en el *Manifiesto*; en cambio, Gide (nacido en 1847) y Charles Rist

(*Histoire des doctrines économiques depuis les physiocrates jusquà nos jours*), página 223) reconocen justas, en términos generales, sus censuras. "Lejos de tratar de estimular la producción, el gobierno debe moderar el "impulso ciego". Dirigiéndose a los hombres de ciencia, les pide que dejen de inventar, rogándoles que tomen en consideración la consigna de los economistas respecto al no intervencionismo. Abriga una secreta simpatía por el viejo sistema corporativo y los maestros de los gremios. Aun cuando condena el antiguo sistema como contrario a los intereses de la producción, se pregunta si no podría aprender de aquel sistema algo que le ayudara a refrenar los abusos de la concurrencia. El primer objetivo será, por tanto, restaurar hasta donde sea posible la unión entre el trabajo y la propiedad. Pertrechado con esta mira, Sismondi aboga, en el campo de la agricultura, por la vuelta a lo que él llama propiedad patriarcal, que quiere decir tanto como la multiplicación de los propietarios rurales. En. la industria, le gustaría ver el retorno del artesano independiente."

¿No coincide esto, en varios respectos, con lo que se dice en el *Manifiesto*? Aquí leemos que "la última palabra" de las teorías de Sismondi es: "en la manufactura, la restauración de los viejos gremios, y en el campo la implantación de un régimen patriarcal".

Sismondi ejerció gran influjo sobre la literatura económica de su tiempo, pero no llegó a fundar una escuela propia. Su discípulo más destacado fue Buret (1811-1842),

autor de un libro acerca de la situación de la clase obrera en Francia e Inglaterra (*Misère des classes laborieuses en France et en Angleterre*, 1842). Buret va algo más allá que su maestro y recomienda una serie de reformas en la legislación social y obrera, en las que, sin embargo, vemos· manifestarse la influencia de Saint-Simon.

En lo que se refiere a Adolfo Blanqui (1798-1854), economista y escritor francés, autor de varias obras sobre economía política y acerca de la clase trabajadora de Francia, hermano de Augusto Blanqui (1805-1881), socialista revolucionario y autor de varios trabajos sobre cuestiones sociales y económicas; Francisco Xavier Droz (1773-1850), sociólogo y moralista francés, y otros, la influencia de Sismondi parece haberse limitado a que estos economistas no se avenían a adoptar, ante los sufrimientos de la clase trabajadora, la actitud cínica e indiferente que asumían los corifeos de la economía política vulgar. (Respecto a los "economistas vulgares" y diferencias que les separan de los "economistas clásicos" puede verse *El Capital*, t. I, página 55, nota). En su *Misère de la Philosophie* (página 172), Marx caracteriza del siguiente modo a los representantes de la escuela económica humanitaria: "Para tranquilizar su conciencia hacen cuanto está de su parte por ocultar las contradicciones reales de la sociedad, a la par que deploran sinceramente la pobreza de los obreros y la desenfrenada concurrencia de la burguesía. Recomiendan a los trabajadores sobriedad, diligencia en el trabajo y limitación del número de hijos, y a los burgueses les aconsejan que moderen su apetito de producción. Toda la teoría de esta escuela consiste en trazar distinciones interminables entre la teoría y la práctica, entre los principios y sus resultados, entre una idea y su aplicación, entre la forma y el contenido, entre la esencia y la realidad, entre el hecho y el derecho, entre el bien y el mal." Ninguna otra escuela habló nunca tanto de la aplicación de la ética a la economía política. La escuela de los economistas morales, que surgió después de la publicación del *Manifiesto*, era una nueva expresión de este sentimentalismo pegajoso y plañideros.

52. El "verdadero" socialismo

La crítica que se hace en este capítulo del Manifiesto del socialismo alemán o "verdadero" socialismo es, hasta cierto punto, una censura contra la propia formación filosófica de Marx, y en mayor grado todavía la de Engels. Este recorre, en la experiencia de su vida, todas las fases que caracterizan al pensamiento alemán de su tiempo. Conforme se iba dando cuenta más y más de que esta reencarnación filosófica del socialismo había sacado de quicio su juventud, más duras eran sus referencias al propio pasado. En ninguna parte encontramos una expresión más severa de esto que decimos que en el siguiente pasaje, que puede servir de comentario a la acusación formulada en el *Manifiesto* contra el "verdadero" socialismo:

"Por fin, los alemanes comienzan a corromper hasta el movimiento comunista. Como suele ocurrir en tales·casos, los zánganos, los retrógrados, tratan de ocultar la vergüenza de haberse quedado dormidos hablando despectivamente de los que se les adelantaron y batiendo el gran tambor de la filosofía. Apenas hace el comunismo su aparición en Alemania, cae sobre él una horda de pensadores especulativos que creen hacer grandes milagros con traducir al lenguaje de la lógica hegeliana proposiciones que se han hecho ya vulgares en Inglaterra y en Francia, con soplar en la trompeta de esta nueva sabiduría, como si fuese algo a todas luces nuevo y maravilloso, la verdadera teoría alemana, cubriendo de lodo las falsas tácticas de los ridículos sistemas socialistas de los necios ingleses y franceses. Esa perpetua teoría alemana, que tuvo el privilegio infinito de asomar las narices a la filosofía hegeliana de la historia y de verse clasificada por algún flaco profesor berlinés en el sistema de las categorías eternas; esa teoría de

gentes que tal vez hojearon las obras de Feuerbach, echaron una ojeada a las de los comunistas alemanes y se mostraron conformes con lo que von Stein dice acerca del socialismo francés; esa teoría alemana, teoría de la peor calidad posible, ha llegado ya a sus conclusiones respecto al comunismo y el socialismo francés (tal como von Stein lo presentara en su libro), le ha asignado un puesto de segunda fila, se le ha adelantado a grandes pasos y lo ha superado en la fase más alta de evolución de la "teoría alemana". Desde luego, a estos notables filósofos jamás se les ocurre enterarse primero del contenido real de las cosas que han de "superar" en su sistema; no se les ocurre examinar directamente los escritos de Fourier, de Saint-Simon, de Owen y los de los comunistas franceses. Para sus fines les basta con los magros extractos hechos por von Stein (1815-1890). Y ateniéndose a esos extractos, les parece que están en condiciones de conquistar a la teoría alemana un brillante triunfo sobre los endebles combatientes extranjeros. Aunque la absurda vanidad de los teorizantes alemanes parece invulnerable, creemos, sin embargo, oportuno recordarles cuánto tienen que agradecer al extranjero en el estudio de los problemas sociales desde el punto y hora en que empiezan a interesarse por estos problemas. Entre toda la pomposa fraseología que la literatura alemana proclama, como si en ella se cifrasen los principios fundamentales del "verdadero" y "puro" comunismo germano, no se encuentra todavía una sola idea que haya visto la luz en suelo alemán. Lo que los franceses e ingleses han venido sosteniendo por espacio de diez, veinte, cuarenta años, en palabras precisas y claras, en términos cuidadosamente escogidos, empieza a traspasar ahora la frontera alemana. Durante estos últimos años, los alemanes han aprendido unos cuantos retazos de estas cosas y ahora se dedican a chapurrearlos en su jerga hegeliana. Algunos de los más brillantes pensadores alemanes acaban de descubrir estas verdades y las lanzan en letra impresa como si fuesen descubrimientos personales suyos, vestidos con una fraseología bastante menos afortunada y mucho más abstracta que la original. Y a esta censura no escapan ni mis propias palabras. La única originalidad de que pueden jactarse los alemanes es la forma abstracta, obscura y retorcida en que expresan esas ideas. Además, lo único que ellos creyeron digno de ser tomado en consideración en las obras de los franceses (pues nuestros dignos alemanes apenas si conocen nada hasta ahora de los ingleses) no es (como cuadra a auténticos teóricos), fuera de los principios archigenerales, más que lo más malo y lo más teórico de todo: la esquematización de la futura sociedad, los sistemas sociales que la reflejan. Lo mejor de todo, la crítica de la sociedad actual, el verdadero fundamento, la misión primordial de cuantos se preocupan de problemas sociales, lo dejan tranquilamente a un lado. Por eso el "socialismo absoluto" alemán es tan lamentablemente pobre. Un poco de "humanidad", como hoy día suele llamarse eso; un poco de "realización" de esa humanidad, o por mejor decir, de esa cosa monstruosa; un poco, menos ya, de "propiedad" tomada (de tercera o cuarta mano) de Proudhon; otro poco de "simpatía" hacia las miserias del proletariado; otro poco de "organización del trabajo"; otro poco de sociedades para socorrer a las clases inferiores, y junto a todo esto una ignorancia ilimitada de todo lo que se refiere a la economía política y al verdadero carácter de la sociedad en que vivimos: a eso se reduce todo. Y por si todavía no bastase, aun viene la imparcialidad teórica, la "absoluta serenidad del espíritu", a chuparle la última gota de sangre, el último rastro de decisión y de energía. ¿Y con esa cosa tediosa y aburrida se quiere revolucionar a Alemania, poner al proletariado en movimiento, obligar a las masas a pensar y actuar?" (Artículo de Engels, publicado en la *Gaceta Alemana de Bruselas*). (*Escritos varios*, ed. Mehring, t. II, páginas 407-408)

Vemos, pues, que Engels no se asusta de incluirse a sí mismo en el acta de acusación. En su tiempo había mantenido íntimas relaciones con Moses Hess (1812-

1875), principal exponente del socialismo filosófico alemán. Y hay que reconocer que su amistad con Hess era más estrecha, por entonces, que sus relaciones con Marx.

Hess les llevaba algunos años a Marx y a Engels y había comenzado su carrera literaria algo antes que ellos. Antes de conocer a Marx, Hess había publicado dos obras tituladas *La historia sagrada de la humanidad* (1837) y *La triarquía europea* (1841). En estas obras construye su filosofía de la historia de la humanidad, completando la filosofía del pensamiento con la "filosofía de la acción".

En 1841 rompió con los neohegelianos de izquierda y trabó conocimiento con Marx. Este encuentro le produjo una profunda impresión.

En una carta a su amigo Berthold Auerbach (1812-1882), ilustre escritor alemán, fechada en Colonia el 2 de septiembre de 1841, Hess escribe lo siguiente: "Va usted a tratar al más grande, iba a decir el único, filósofo viviente… El nombre de mi ídolo es Marx. Es todavía muy joven, pues no tiene más que veinticuatro años y está llamado a ser el que dé el golpe de gracia a la religión y a la política de la Edad Media. Une a una profunda seriedad filosófica un ingenio mordaz. Imagínese a Rousseau, Voltaire; Holbach, Lessing, Reine y Hegel en una pieza (pero no revueltos a troche moche y en montón, sino perfectamente combinados y formando un todo armónico) y tendrá usted una idea de quién es Marx." (Publicada por Carlos Grünberg, en *Archiv für die Geschichte des Sozialismus*, año 10, Léipzig, 1922, páginas 411-412)

Hess contribuyó a la fundación de la *Gaceta del Rin*, y en sus artículos comenzó a inclinarse hacia el comunismo. Conoció a Engels en Colonia, donde su trato fue convirtiéndose en amistad. Fue Hess quien convenció a Engels de que el comunismo era la resultante lógica de las nuevas doctrinas hegelianas. Engels y Hess formaron parte durante varios años de la redacción de un periódico titulado *El espejo de la sociedad*, que se publicaba en Elberfeld. En uno de sus editoriales leemos: "¿Es posible que el monarca prusiano sienta menos simpatías por la clase pobre de Prusia que la cámara de diputados o el rey de Francia por la clase pobre de su país? Son tantos los hechos que indican lo contrario, y la reflexión nos tiene tan firmemente convencidos de esto, que las tendencias políticas de los liberales han llegado a ser para nosotros no solamente incompatibles, sino positivamente repulsivas." (*Escritos varios*, t. 11, página 352)

Pronto, sin embargo, hubo de librarse Engels de esta herencia de socialismo filosófico. Hess se acercaba también cada vez más a las nuevas ideas formuladas por Marx. Pero su avance era mucho más lento que el de Engels y le costaba mucha dificultad desprenderse de la vieja herencia idealista. En julio de 1846 escribía a Marx: "Del mismo modo que al comienzo hubo necesidad de eslabonar las aspiraciones comunistas con la ideología alemana, ahora tenemos que fundar nuestras teorías en premisas históricas y económicas, pues de otro modo no podríamos llegar a un acuerdo con los "socialistas" ni con ninguna otra clase de adversarios." (*Escritos varios*, t. 11, página 371)

Al plantearse en la Liga Comunista, a poco de su fundación, enconadas luchas intestinas, Hess (cuyo carácter le incapacitaba para las actividades prácticas) fluctuó entre los distintos grupos, arrimándose tan pronto a uno como a otro. En el congreso de la Liga rompió definitivamente con Marx y Engels. Durante las convulsiones de la revolución alemana de 1848, Hess permaneció casi todo el tiempo al margen del movimiento; al acabar éste se unió a la fracción capitaneada por Willich (1810-1878) y Schapper (1813-1870). A los pocos años abandonaba completamente las actividades revolucionarias y se convertía en el primer profeta del sionismo. Cuando Lassalle (1825-1864) comenzó su campaña de propaganda, Hess se adhirió a sus ideas; pero después de la muerte de Lassalle rompió con sus discípulos, para ingresar luego en la

Asociación Obrera Internacional y enrolarse en las filas de los que combatían a Bakunin.

En la severa crítica que se hace en el *Manifiesto* contra los representantes del "verdadero" socialismo, el primer blanco de ataque era, como ya hemos dicho, Carlos Grün. Es interesante el comentario que hace Mehring de su persona. "Grün era un periodista típico, en el peor sentido de la palabra, hombre igualmente desprovisto de rigor y de profundidad, sin la menor probidad en sus juicios. Sus apreciaciones eran tan superficiales, tan evidentemente triviales, que aun cuando su modo de expresarlas las hacía parecer agudas a primera vista, sólo servían para descubrir su falta de substancia. Marx y Engels tuvieron mucha razón al calificarlo como el más insoportable de todos los "verdaderos" socialistas.

En un artículo publicado en *El Vapor Westfaliano* algunos meses antes de ver la luz el *Manifiesto*, Marx alude ya a las relaciones espirituales mantenidas entre Hess y Grün. "Los temas que en los escritos de Hess aparecen envueltos en sugerencias vagas y expresiones míticas, son llevados por Grün hasta un grado tal, que rayan ya en lo absurdo."

Unas cuantas citas tomadas de escritos de Grün bastarán para demostrar cuáles eran la teoría y la práctica. del "verdadero" socialismo. "El que invoca el nombre de Feuerbach, invoca al mismo tiempo toda la obra realizada en el campo filosófico desde Francis Bacon (1561-1626) hasta nuestros días; Feuerbach nos revela lo que la filosofía debe ser y lo que significa en último término, y se remonta hasta el hombre como la síntesis definitiva de la historia universal. Por este camino llegamos más segura y más eficazmente al concepto del trabajo que rompiéndonos la cabeza acerca de los salarios, la libre concurrencia y las injusticias de la Constitución... Partamos del Hombre; del hombre curado de religión, de la idea de la muerte, de todo lo que le es ajeno, de las necesidades materiales..., del puro y verdadero hombre…"

El siguiente botón de muestra de las disquisiciones de Grün explica por qué los autores del *Manifiesto* consideraban insoportable su literatura: "¿Quién reclama la constitución en Prusia? Los liberales. ¿Y quiénes son los liberales? Unos cuantos señores que se pasan la vida metidos en sus casas y un puñado de escritores... ¿Acaso constituyen el pueblo un puñado de propietarios y sus escribas? De ningún modo. ¿Pide el pueblo la constitución? Ni en sueños… Si el proletariado de la Silesia tuviera conciencia propia y derechos esenciales, de acuerdo con esa conciencia, se opondría a la constitución. Como el proletariado no tiene ni conciencia ni derechos, actuamos nosotros en su nombre. Y en su nombre protestamos..." (*Escritos varios*, t. II, páginas 359-36.)

Arengas por este estilo no servían más que para echar

agua y grano a los molinos de los enemigos del comunismo, como el demócrata y republicano Carlos Heinzen (1809-1880), que acusaba a los comunistas de tergiversar el significado de las palabras "factor político", demostrando que eran, de hecho, "los servidores del absolutismo".

Además del ataque a los "verdaderos" socialistas, el capítulo que glosamos contiene también una crítica de la filosofía alemana en aquello en que refleja las influencias del pensamiento revolucionario francés. A la cabeza de esta filosofía figura Kant, con su declaración de que los postulados de la Revolución francesa no eran más que los postulados generales de la "razón práctica". Marx y Engels explican esta opinión de Kant como fruto de las peculiaridades del desarrollo económico de Alemania, peculiaridades que favorecieron la persistencia de la pequeña burguesía. "Las condiciones de Alemania a fines del siglo XVIII se hallan perfectamente reflejadas en la *Crítica de la razón práctica*, de Kant. La burguesía francesa había subido al poder por

obra de la más formidable revolución que conoce la historia, invadiendo victoriosamente el continente europeo; la burguesía inglesa, ya políticamente emancipada, había revolucionado la industria, sometido a la India a su cetro político y subyugado comercialmente a todo el resto del mundo; pero la burguesía alemana, impotente, no podía acreditar más que "buena voluntad". Kant se conformó con esta "buena voluntad", aun cuando se quedara en pura intención; la realización de esa buena voluntad, la instauración de un régimen de armonía entre las necesidades y los impulsos de los individuos se lograría en un mundo mejor. La "buena voluntad" de Kant se hallaba perfectamente a tono con la impotencia, con la sumisión y esterilidad de los ciudadanos alemanes, cuyos pequeños intereses eran incapaces de desarrollarse sobre una escala general hasta convertirse en los intereses nacionales de la clase, razón por la cual los burgueses de las demás naciones los explotaban constantemente. A estos pequeños intereses locales correspondían, por un lado, el apocamiento local y provincial de los ciudadanos alemanes, y por otro, sus infatuadas ideas cosmopolitas. Hablando en términos generales, el desarrollo de Alemania desde la Reforma había sido en todo y por todo pequeñoburgués. Los representantes de la aristocracia feudal habían desaparecido, en su mayoría, durante las guerras de los campesinos. Los que quedaban se dividían en dos clases. Algunos eran pequeños príncipes que no reconocían más soberano que el emperador y que fueron adquiriendo gradualmente una relativa independencia, la cual les permitía erigirse en monarcas absolutos de sus minúsculos estados. Otros eran pequeños propietarios, y éstos se subdividían, a su vez, en dos categorías. Muchos de ellos prestaban sus servicios al gobierno, viviendo como oficiales del ejército o funcionarios del estado. Los demás eran un tropel de hidalgos venidos a menos y que llevaban una existencia tan mísera, que el hacendado inglés con menos pretensiones o cualquier *gentilhombre de province* francés la hubiera desdeñado. La agricultura no se desarrollaba en grande ni en pequeña escala, sino en una forma intermedia, que compartía los defectos de ambas. Y a pesar de que persistía la servidumbre de la gleba con todas sus ignominias, los campesinos no pugnaban por emanciparse, en parte porque los métodos de cultivo no eran los más adecuados para fomentar la formación de una clase revolucionaria, y en parte porque no existía una burguesía revolucionaria que respaldara a la clase campesina." (Marx contra Stirner, en *Documentos de socialismo,* t. II, página 170)

En algún otro sitio, Marx pone de relieve las causas que impedían el desarrollo de la burguesía industrial alemana. Las nuevas rutas comerciales abiertas en el siglo XVI y que determinaron la decadencia de la industria y el comercio medievales en el momento preciso en que se abrían los horizontes de un nuevo mercado mundial y cuando la manufactura comenzaba a surgir en Inglaterra, Francia y Holanda; las consecuencias de la Guerra de los Treinta Años (1618-1648), que despobló el campo alemán, haciéndolo retroceder en ciertas comarcas a un estado de barbarie; la naturaleza peculiar de ciertas industrias (como la del lino, por ejemplo) que comenzaron a revivir hacia fines del siglo XVIII, aunque sujetas todavía a condiciones patriarcales; la naturaleza de las exportaciones, que versaban principalmente sobre productos agrícolas y que impulsaban el desarrollo de una vasta clase de terratenientes hostil a la burguesía de las ciudades: todo contribuyó a estorbar el desarrollo de la burguesía alemana y su expresión política.

"A la falta de cohesión de los intereses correspondía la falta de cohesión en la organización política, y esto hacía que Alemania fuese un mosaico de pequeños principados y de ciudades imperiales libres. No podía existir concentración política en un país en que faltaban todas las condiciones económicas determinantes de esa concentración." (Obra cit., página 171)

De aquí que lo que nos encontramos en la Alemania de aquellos tiempos sea el predominio del estado y de la burocracia, predominio fomentado por la monarquía y que asume formas particularmente falsas y grotescas. El estado se manifestaba como un poder independiente encarnado en la burocracia. Esto explica la incorruptibilidad oficial, virtud característica de Alemania; las ilusiones estatales, tan generalizadas también en este país, y la independencia aparente de los teóricos de los derechos del estado, que tejían sus doctrinas sin tener en cuenta para nada los intereses de la burguesía.

"El liberalismo francés, basado en los intereses reales de clase, asumió también una forma peculiar al pisar el suelo de Alemania. También las obras de Kant sirven aquí de ejemplo. Ni él ni los ciudadanos alemanes, cuyo pensamiento interpretaba, advertían que por debajo de aquellas ideas teóricas de la burguesía fluían intereses materiales y una voluntad específica determinada por las condiciones materiales de·la producción. Por eso, Kant separaba la expresión teórica de los intereses que defendía, y veía en los actos de voluntad con contenido material de la burguesía francesa voliciones puras del "libre albedrío", de la voluntad humana incondicionada. De este modo, la expresión teórica se convertía en sus manos en un concepto puramente ideológico, en un postulado moral. De aquí que la pequeña burguesía alemana se replegase horrorizada ante el expeditivo liberalismo burgués tan pronto como·éste comenzó a manifestarse en el reinado del terror y en la batida franca contra la riqueza." (Obra cit., páginas 171-172)

El liberalismo alemán (que hasta entonces no había sido más que un sueño acerca del liberalismo abstracto, y no, ni mucho menos, la filosofía de la burguesía que luchaba por sus intereses de clase) no comenzó a adquirir una forma concreta hasta después de la revolución de julio. "La intensidad cada vez mayor de la competencia extranjera y el desarrollo del comercio mundial, que llegó un momento en que Alemania no pudo ya eludir, la obligaron por fin a recoger sus dispersos intereses locales para organizarlos en una forma sistemática. Los ciudadanos alemanes, sobre todo desde 1840, comenzaron a pensar en instaurar una base sólida para esos intereses comunes, se hicieron nacionalistas y empezaron a clamar por constituciones y aranceles protectores." (Obra cit., página 172)

En estas circunstancias comenzó a dar señales de vida poco a poco el "verdadero" socialismo, a medida que los intereses reales, aunque no del todo gratos, de la burguesía alemana iban asomando las narices por encima de las galas apolilladas de la vieja filosofía, y las relaciones entre la burguesía industrial, cada día más poderosa, y la aristocracia feudal se iban haciendo más tirantes (por mucho que esta tirantez quisiera velarse haciendo a cada paso protestas de reverencia servil hacia el monarca). Los "verdaderos" socialistas, Grün y consortes, arreciaban también, paralelamente y con furia redoblada, en sus acusaciones contra el liberalismo de su tiempo, privando a los obreros alemanes de la oportunidad de formular un programa político propio.

La conocida réplica de Marx a Heinzen puede aplicarse también perfectamente a Grün: "Al proletariado no le interesa saber si el bienestar del pueblo es fin primordial o secundario para la burguesía, ni si ésta quiere o no utilizar al proletariado como carne de cañón. Al proletariado no le interesa saber qué es lo que quiere la burguesía, sino lo que la burguesía está obligada a querer. El verdadero problema está en saber qué sistema político ofrecerá al proletariado un camino más expedito para la consecución de sus propios fines: si el sistema político reinante, en el que impera la burocracia, o el sistema que los liberales tratan de establecer, el régimen de la burguesía. Basta comparar la posición política que ocupa el proletariado en Inglaterra, en los Estados Unidos y en Francia con la que ocupa en Alemania, para convencerse de que la conquista del poder por la burguesía no sólo brindará al proletariado nuevas armas para luchar contra ella,

sino que lo colocará en una posición completamente nueva, en la posición de un partido reconocido.”

Este fue el punto de vista desde el que Marx y Engels libraron sus más duras batallas contra el “verdadero” socialismo, que se transformó, como era lógico que lo hiciera, en el ideario de la pequeña burguesía alemana, agobiada bajo el yugo de las instituciones feudales, a la par que alarmada ante la posibilidad del triunfo político de la burguesía industrial.

Cierto es que lo sucedido en 1848 demostró que no sólo la burguesía alemana (divorciada del proletariado ya antes de que éste se constituyese, políticamente hablando, en clase independiente), sino también la francesa y la inglesa, se disponían a renunciar apresuradamente a sus reivindicaciones tan pronto como se evidenciara que el proletariado hacía de la revolución burguesa el punto de partida para su propia revolución; pero esto no sirvió más que para engendrar una nueva táctica más a tono con las circunstancias.

53. Proudhon

Veíamos que el *Manifiesto* presenta a Sismondi como representante típico del socialismo pequeñoburgués. A muchos lectores sorprenderá que se destaque a Proudhon como el representante más caracterizado del socialismo burgués o conservador, pues es corriente considerar a este escritor íntimamente identificado con el pensamiento pequeñoburgués. Una prueba más de que esta clasificación específica del *Manifiesto* no tiene hoy más que un valor puramente histórico.

Proudhon nació en 1809, y por consiguiente le llevaba a Marx cerca de diez años. Sus dos obras más importantes son *Qu’est ce que la propriété?* (*¿Qué es la propiedad?*), publicada en 1840, y *Système des contradictions économiques ou philosophie de la misère* (*Sistema de las contradicciones económicas o filosofía de la miseria*), publicada en 1846. Al morir Proudhon en 1865, Marx escribió que el muerto era ya por el año 1847 un “filósofo de la miseria”, cuyas doctrinas tenían un marcado sabor de “socialismo pequeñoburgués”.

Durante algún tiempo, Marx guardó el mayor respeto hacia las ideas de Proudhon. En *La Sagrada Familia* (1845) habla de él como de un revolucionario en el campo de la economía política. “Proudhon somete ahora la propiedad privada, que es la base de la economía política, a un examen crítico, el primer examen de carácter decisivo, implacable y al mismo tiempo científico que se haya trazado. Tal es el gran adelanto científico que debemos a Proudhon, un adelanto que revoluciona la economía política, haciendo de ella, por primera vez, una verdadera ciencia.” (*Escritos varios*, ed. Mehring, t. II, página 127) En una carta dirigida al periódico titulado *El Socialdemócrata*, en enero de 1865, Marx habla ya de la obra de Proudhon en términos completamente distintos: “La impertinencia de su libro se patentiza ya en su mismo título. El problema está erróneamente planteado y, por consiguiente, mal resuelto. El régimen clásico de la propiedad ha desaparecido para transformarse en el “régimen feudal”, del mismo modo que el régimen feudal se ha transformado en el “régimen burgués”. He ahí la suma y la substancia de su crítica acerca del viejo régimen de la propiedad. Proudhon se ocupó realmente de la propiedad actual, de la propiedad burguesa moderna. Pero la pregunta de ¿qué es esta propiedad? no podía contestarse más que procediendo a un análisis crítico de la economía política, a un análisis que enfocase este régimen de propiedad, no en un sentido jurídico precisamente, como un conjunto de relaciones voluntarias, sino en su verdadera forma de relaciones productivas. Pero como Proudhon resumía todas estas relaciones económicas bajo el

concepto jurídico general de la propiedad, le era imposible llegar más allá de la conclusión a que había llegado ya Brissot (1754-1793), mucho antes que él (antes de 1789), en una obra parecida a la suya, diciendo con las mismas palabras de Proudhon: "la propiedad es el robo". (Reproducido en la introducción a las últimas ediciones alemanas de *Misère de la Philosophie*: *Das Elend der Philosophie,* Dietz, Stuttgart, 1885, página 28)

Durante el largo intervalo que media entre estos dos puntos de vista encontrados habían visto la luz dos libros importantes: la *Philosophie de la Misère* (*Filosofía de la miseria*), de Proudhon, y la réplica de Marx a esta obra. En su obra titulada *La Sagrada Familia,* aunque escrita ya desde el punto de vista proletario, Marx empieza a desplazar sus investigaciones desde el campo de la crítica filosófica y jurídica al reino de la economía política.

Lo mismo en 1840 que en 1846 (fechas de publicación de sus dos libros), Proudhon se revela como un pequeñoburgués, pero con esta diferencia: que en su primera obra critica la sociedad burguesa desde el punto de vista del pequeño propietario rural, mientras que más tarde, en la *Filosofía de la miseria,* abraza los intereses del pequeñoburgués, que oscila entre el pequeño productor y el obrero. De ahí provienen todas sus contradicciones. Proudhon quería reformar la sociedad burguesa, pero sus reformas aspiraban a borrar los antagonismos de clase que pugnaban en su seno, para transformarla en una sociedad burguesa ideal. Únicamente en este sentido puede clasificarse a Proudhon, a diferencia de Sismondi (primer representante del socialismo pequeñoburgués reaccionario, empeñado en volver atrás el carro de la historia), como paladín del socialismo conservador pequeñoburgués. Después de la revolución de 1848, Proudhon rectificó nuevamente sus doctrinas. Fue entonces cuando desplegó su sistema de "mutualismo", que es en el que suele pensarse hoy generalmente cuando se habla de proudhonismo. El proyecto proudhoniano representó un gran papel en la historia de la Asociación Obrera Internacional. Estas doctrinas asumieron forma concreta poco después de 1860, cuando Proudhon adaptó por primera vez sus ideas a las necesidades del proletariado urbano. Esta adaptación obedeció en gran parte a la presión del movimiento, cada vez más pujante, de la clase obrera. El sistema mutualista aparece desarrollado en la obra póstuma de Proudhon titulada *La capacité politique de la classe ouvriere* (París, 1873). En este libro se habla de la necesidad de dar al proletariado una organización independiente como clase; sin embargo, Proudhon sigue condenando las huelgas y se declara contrario a la participación directa de los obreros en la lucha política. Proudhon fue siempre enemigo del comunismo, al que oponía el mutualismo y la cooperación, y pisó en el terreno del socialismo pequeñoburgués hasta el final de sus días.

54. La filantropía burguesa

La cuarta y quinta década del siglo XVIII marcan el apogeo de la filantropía burguesa en la Europa occidental. El pauperismo era el peor enemigo de la humanidad y había que combatirlo. Los escritos acerca de la pobreza, la "maldición que pesa sobre el proletariado", etc., aumentan de año en año, paralelamente con el aumento del número de huelgas y de motines en el interior de las fábricas.

Entre estas personas de buena fe había no pocos "volatineros" que vivían de traficar con la caridad. Los que sinceramente apetecían que mejorase la situación de los trabajadores fundaban ligas, sociedades, organizaciones caritativas y de beneficencia para ayudar a la clase obrera. Estos filántropos tenían, sin embargo, un cuidado exquisito en evitar todo lo que pudiera "fomentar la rebeldía de los obreros contra sus

condiciones de vida" o llevarlos a organizarse para la defensa de sus intereses. Alguien presentó un proyecto encaminado a premiar la laboriosidad de los obreros en las fábricas, pero no llegó a realizarse. Las "sociedades de templanza" incluían en sus programas la aspiración de levantar el nivel moral de vida de los trabajadores. La filantropía práctica se completaba con la teoría filantrópica.

"La escuela filantrópica es la más desarrollada de todas las escuelas humanitarias. Sus secuaces niegan que exista ninguna necesidad de antagonismo (entre ricos y pobres). Aspiran a colocar a todo el mundo en un nivel burgués y profesan una teoría que quisieran ver realizada en aquello en que la teoría puede diferir de la práctica y liberarse de los antagonismos de clase que gobiernan la realidad. Desde luego, en el campo teórico es muy fácil ignorar las contradicciones con que en la vida real tropezamos a cada paso. Por eso la teoría filantrópica aspira a ser la realidad idealizada. Los filántropos desean mantener las categorías que son expresión de las condiciones burguesas, al mismo tiempo que se empeñan en hacer desaparecer las contradicciones que forman la esencia de este régimen, del cual son inseparables. Y aun cuando se figuran estar atacando muy seriamente las prácticas de la burguesía, los filántropos son en realidad más burgueses todavía que los demás burgueses." (*Misère de la Philosophie*, página 173)

En su discurso sobre el librecambio, Marx retrata brillantemente a los economistas que cantan a la libertad del tráfico mercantil… ¡en interés de la clase trabajadora! "Verdaderamente [dice Marx] es difícil de comprender la asombrosa suposición de que parten los librecambistas al afirmar que un mejor empleo del capital pondría fin a los antagonismos que median entre los capitalistas y los obreros. El resultado sería precisamente el contrario. Sería, y no podría ser otro, acentuar más todavía la división entre las dos clases."

En el congreso de economistas celebrado en Bruselas durante el mes de septiembre de 1847, Rittinghausen (1814-1890) (un socialista que, andando el tiempo, había de adquirir considerable fama como adalid del referéndum y de la libre iniciativa) salió en defensa de los aranceles protectores..., ¡en interés, claro está, de la clase trabajadora! La *Gaceta Alemana de Bruselas*, comentando el discurso de Rittinghausen, observaba que podía pasar perfectamente por una alocución del proteccionista burgués Federico List (1789-1846), si bien las arengas de éste solían ser más amenas y brillantes.

Coincidiendo con ese congreso, y en la misma ciudad, se celebró otro encaminado a promover la reforma de la legislación penal. Los filantrópicos abogados de la reforma penal sostenían que el sistema unicelular o de reclusión solitaria era el mejor medio para elevar el nivel moral de los criminales de la clase obrera. Por fin, los congresistas decidieron fundar una sociedad internacional destinada a mejorar la suerte de la clase proletaria y de los pobres. "Prisiones celulares… en interés de la clase trabajadora (¡!)".

55. Babeuf

Cuando Eduardo Bernstein comenzó a atacar al marxismo revolucionario, trató de demostrar que Marx y Engels no eran, en el fondo, más que discípulos espirituales de Blanqui (1798-1854), que a su vez era pura y simplemente un "babuviano" (discípulo de Babeuf, 1760-1797). Bernstein apoyaba su tesis en el hecho de que en toda la literatura socialista no existiese ninguna crítica de las teorías de Babeuf.

Charles Andler, sin embargo, está seguro de que, aunque las ideas de Babeuf no aparezcan directamente discutidas en el *Manifiesto*, este autor se halla clasificado

implícitamente entre los reaccionarios, como uno de aquellos paladines que "predicaron el ascetismo universal y una igualdad primitiva". (Andler, *Le Manifeste Communiste*, página 191).

En el *Manifiesto* no sólo no se toman en *consideración* las doctrinas de Babeuf, sino que no se hace tampoco la más leve referencia a las de Blanqui. En el capítulo correspondiente al socialismo y comunismo crítico-utópico, el *Manifiesto* no menciona a los comunistas revolucionarios ni alude tampoco para nada a los comunistas materialistas franceses. No se hace la menor mención de comunistas como Gay y Dézamy. El mismo Cabet (1788-1856) aparece aludido indirectamente, a pesar de ser el único comunista contemporáneo cuyas obras tuvieron presentes, indudablemente, los autores del *Manifiesto* al escribir el mentado capítulo.

Babeuf no fue nunca un teórico del comunismo, tesis que puede aplicarse también, con mucha más razón, a Blanqui. "Presentar a Babeuf como el exponente teórico del comunismo no podía caber más que en la cabeza de un maestro de escuela de Berlín." (Marx contra Stirner, en *Documentos de socialismo*, eds. por Bernstein, t. III, páginas 309-310)

Sin embargo, en 1845, Marx asignaba un importante papel a Babeuf en la historia del pensamiento socialista.

Al explicar al demócrata Carlos Heinzen toda la importancia que habían tenido las ideas socialistas en el curso de la Revolución francesa, Marx subraya la labor de Babeuf, calificándolo de defensor activo de los intereses proletarios. "El primer partido comunista verdaderamente efectivo se formó en el curso de la revolución burguesa, en el momento de ser derrocada la monarquía constitucional. Los comunistas dotados de mayor fuerza dialéctica (los "niveladores" en Inglaterra, y Babeuf, Buonarroti y otros en Francia) fueron los primeros que hicieron hincapié en la cuestión social. En *Gracchus Babeuf et la conjuration des égaux*, obra escrita por el amigo y camarada de Babeuf, Buonarroti, se pone de manifiesto cómo aquellos republicanos llegaron a comprender por experiencia que, aun cuando fuese posible resolver "problemas sociales" como los de república contra monarquía, esto no solucionaría ni una sola "cuestión social", en el sentido proletario de la palabra." (Marx, *Escritos varios*, t. II, página 548)

Hacia fines de la tercera década del siglo XVIII, cuando (bajo la dirección intelectual de Buonarroti, que predicaba el viejo evangelio de la igualdad) los babuvistas intervinieron en el movimiento revolucionario francés, este grupo fue separándose cada vez más de aquellos que mostraban tendencias puramente republicanas y asociándose cada vez más íntimamente con los círculos comunistas proletarios. Antes de la revolución de 1848, los babuvistas se veían obligados a desarrollar secretamente sus actividades. Luego, durante las jornadas de febrero, ejercieron una influencia decisiva, logrando mantenerla hasta el final del movimiento, en junio. Dirigidos por Blanqui (que acababa de salir de la cárcel), contribuyeron a la formación de un partido proletario verdaderamente potente.

Como vemos, la importancia de las enseñanzas de Babeuf no está precisamente en el campo de las ideas ni de los sistemas comunistas, sino en el terreno de las organizaciones proletarias y su táctica, en la redacción de un programa en que se cifran las medidas fundamentales para el período de la dictadura del proletariado. Precisamente por la importancia que ejercían en este campo, pudieron convertirse los babuvistas en un partido revolucionario, a pesar de que en los escritos de muchos de ellos nos encontramos con una serie de ideas reaccionarias sobre el "ascetismo universal y la igualdad primitiva". Marx dijo en una ocasión que el materialismo babuvista era un materialismo "grosero y sin desbastar".

Engels demuestra que el ascetismo no sólo es característica de todos los levantamientos de la Edad Media, sino que da también un tinte religioso al movimiento proletario moderno en sus primeros pasos. "Este puritanismo ascético, esta insistencia en renunciar a todos los placeres y alegrías de la vida, representa, de un lado, una restauración del principio espartano de la igualdad contra las clases dirigentes, y es, de otro, una etapa necesaria de transición, sin la cual los sectores inferiores de la sociedad son incapaces de ponerse en marcha. Si los individuos de esta clase han de arreciar en sus energías revolucionarias, si han de llegar a darse cuenta de que su posición tiene que ser de hostilidad contra todos los demás elementos de la sociedad, si han de unirse y concentrarse en una sola clase, es necesario que empiecen por desprenderse de cuanto pueda reconciliarlos con el orden existente y que renuncien a los pequeños placeres que les permiten sobrellevar temporalmente su existencia y que ni aun la más fiera opresión puede arrebatarles. Este ascetismo plebeyo y proletario se distingue marcadamente, así en su acometividad fanática como en su verdadera esencia, del ascetismo burgués predicado por los moralistas luteranos y los puritanos ingleses, pues todo el secreto del ascetismo burgués reside en el medro de la propia clase. Advertiremos, además, que aquel ascetismo proletario y plebeyo va perdiendo poco a poco su carácter revolucionario, a medida que el desarrollo de las modernas fuerzas de producción multiplica en número ilimitado los placeres materiales, echando por tierra la igualdad espartana, y, sobre todo, a medida que la posición del proletariado y, por tanto, el proletariado mismo, se tornan, con cada día que pasa, más revolucionarios." (Engels, *La guerra de los campesinos alemanes*, páginas 60-61)

Entre los movimientos autónomos de esos sectores de la sociedad a quienes cabe considerar como precursores más o menos rudimentarios del proletariado moderno, Engels incluye, además de los "niveladores", o mejor dicho, la extrema a la izquierda de este movimiento durante la revolución inglesa y el grupo de Babeuf durante la Revolución francesa, la insurrección acaudillada por Tomás Münzer (1490-1525) durante el período de la Reforma y la guerra de los campesinos en Alemania, insurrección en que explotó el descontento reinante entre los elementos proletarios de la población plebeya de Turingia. "La filosofía religiosa de Münzer rayaba en el ateísmo, del mismo modo que su programa político presentaba gran afinidad con el comunismo. En vísperas de la revolución de febrero (1848) había aún sectas comunistas cuyo arsenal teórico se hallaba todavía peor pertrechado que el de Münzer y sus secuaces en el siglo XVI." (Engels, obra citada, página 54)

Las primeras aspiraciones utópicas hacia una sociedad ideal se revelaron en el siglo XVI, como protesta contra el desarrollo incipiente del capitalismo. Portavoz de estas aspiraciones, cuyas raíces se hallaban en el propio suelo del capitalismo, fue Tomás Moro (1478-1535). Su *Utopía* vio la luz en 1516. Le siguió Tomás Campanella (1568-1639), con su *Ciudad del Sol* (*Civitas Solis*) en 1623.

En el curso del siglo XVIII, las teorías comunistas tuvieron su abogado en Meslier (1664-1729), un pobre cura parroquial, y en Morelly (se desconocen las fechas de su muerte y de su nacimiento; sus libros se publicaron de 1743 a 1755).

En las teorías de estos hombres basaron Babeuf y los que le seguían su crítica de las desigualdades existentes y sus reivindicaciones prácticas.

56. Los grandes utopistas

Los sistemas erigidos por Saint-Simon (1760-1825), Fourier (1772-1837) y Owen (1771-1858) pertenecen al siglo XIX. Todos ellos se inspiraron en la Gran

Revolución francesa y desplegaron sus actividades impulsados por las condiciones creadas por la gran industria.

No fue Engels el único que puso de relieve lo mucho que el socialismo científico debe a estos tres grandes utopistas. “Los exponentes del socialismo científico alemán no olvidarán nunca lo mucho que deben a Fourier, Saint-Simon y Owen. Estos tres hombres, por fantásticas y utópicas que fuesen sus doctrinas, deben ser clasificados entre los pensadores más fecundos de todas las épocas. Hombres de genio profético, esbozaron no pocas de las ideas que nosotros podemos ya asentar hoy sobre bases firmes y científicas.

Las obras de los grandes utopistas eran, ante todo y, sobre todo, descripciones de un país imaginario. Sin embargo; su crítica de la sociedad burguesa llegaba a lo más hondo de sus raíces y contribuyó no poco a despertar la conciencia de los obreros. Más aún: tan pronto como desnudamos sus escritos de las galas utópicas nos encontramos con preciosas indicaciones referentes a las medidas de carácter positivo por las que el proletariado debe luchar en tiempos de revolución social.

Estos tres grandes utopistas no ejercieron, sin embargo, la misma influencia sobre los fundadores del socialismo científico.

La influencia ejercida por Saint-Simon fue escasa, sobre todo en lo que a Marx se refiere. Engels reconoce que la defensa que Saint-Simon hacía de los obreros era perfectamente compatible con las aspiraciones burguesas. En un principio, Saint-Simon se alzó como defensor de la sociedad industrial contra el feudalismo. Dividió a la sociedad en tres clases: la clase feudal, la clase media y la clase industrial. En esta última incluía no sólo a los obreros, sino también a los dueños de fábricas, a los comerciantes y, en general, a todos los capitalistas industriales. Estos magnates industriales, guiados por los sabios, los científicos, estaban, según él, llamados a ser los grandes paladines de la futura sociedad. “No debemos olvidar que sólo en su última obra (*Le Nouveau Christianisme*, 1825) abogaba Saint-Simon por la causa de los obreros, declarando que su emancipación era la meta final de todas sus actividades. Sus escritos anteriores no son más que panegíricos de la moderna sociedad burguesa, por oposición a la sociedad feudal, de los industriales y banqueros frente a los mariscales de campo y los legisladores de la era napoleónica. Entre sus manifestaciones y las de Owen, cuyas obras aparecieron casi al mismo tiempo, media un abismo.” (Marx, Capital, 4ª ed., t. III, 2ª parte, página 144)

En una nota glosando estas manifestaciones de Marx, dice Engels que éste hubiera modificado considerablemente ese pasaje si hubiese podido revisar el manuscrito. Engels olvida, sin embargo, que, al escribir el *Anti-Dühring*, él mismo se vio obligado a subrayar estas declaraciones de Marx. Aunque sea cierto que Marx hablaba siempre elogiosamente de Saint-Simon refiriéndose a su genio y a su cultura enciclopédica, no es menos cierto que, de todos los grandes utopistas, el que menos influencia ejerció sobre él fue Saint-Simon. Merece la pena advertir que ni en los tres volúmenes de *El Capital* ni en ninguna de las obras de Marx aparece citado nunca Saint-Simon en apoyo de sus opiniones.

Cuando Marx se entregó al estudio de los sistemas socialistas tenía ya detrás una experiencia de vida, adquirida en la campaña contra el régimen social del feudalismo prusiano, campaña en la que luchó mano a mano con los representantes de la nueva burguesía industrial de las provincias del Rin. Marx llegó a la conclusión de que no bastaba con criticar el orden social en términos generales; para él, el arma crítica principal debía ser la económica. Y esto fue lo que le alejó de Saint-Simon para acercarle a Fourier y a Owen, cuyas obras, en lo que a la crítica social se refería, tenía en mucha más estima que las del autor del *Nuevo cristianismo*.

Tan ridículo es suponer que Marx era discípulo de Saint-Simon en su interpretación materialista de la historia, como sostener que le seguía en el campo de la economía política (como seguía a Rodbertus, por ejemplo).

Engels se aprovechó de los servicios de Saint-Simon hasta donde le fue posible, lo mismo que de los de Fourier y Owen; pero también él tuvo que reconocer que Saint-Simon, a pesar de haber tocado en la esencia de casi todas las teorías socialistas posteriores, había fracasado en el campo de la economía política.

Sólo en un punto (y el propio *Manifiesto* lo subraya) puede decirse que Saint-Simon se anticipó a Marx: en la idea de transformar el estado en un simple organismo administrativo del proceso de producción. "En 1816; Saint-Simon declaró que la política era la ciencia de la producción y predijo la fusión completa de la política con la economía. El hecho de que las condiciones económicas son la base de las instituciones políticas, sólo aparece aquí delineado. Pero tenemos ya la afirmación concreta de que el gobierno político sobre las personas se transformará, llegado un momento, en la gestión administrativa de las cosas y en la dirección de los procesos de producción. La abolición del estado, que tanto se pregona hoy, aparece claramente esbozada en Saint-Simon." (Engels, *Anti-Dühring*, página 277)

He ahí por qué la filosofía de Saint-Simon y sus teorías históricas no pudieron influir sobre Marx, que en 1842 era ya un materialista más convencido que lo había estado nunca del idealismo. Fourier y Owen, materialistas también, ocupan una posición completamente distinta respecto a Marx. Sin un materialismo lógicamente mantenido y consecuente, sin una visión de las cosas que limpie de telarañas místicas el campo de las relaciones sociales y de la historia humana, no puede haber comunismo verdadero.

Basta comparar lo que Engels dice de Fourier con la opinión que exterioriza respecto a Saint-Simon, para comprender lo fácil que le era encontrar palabras y hechos acreditativos de los servicios prestados a la ciencia social por Fourier, y el trabajo que le costaba descubrir en las obras de Saint-Simon ninguna cualidad digna de encomio en este sentido. Lo cierto es que Fourier ejerció bastante influencia lo mismo sobre Marx que sobre Engels.

En *La Sagrada Familia* y en otros muchos escritos suyos, Marx cita con frecuencia a Fourier en apoyo de sus opiniones. Califica de "maestra" su crítica de la familia y del matrimonio en la sociedad burguesa, y reputa sus ideas sobre educación como las "mejores que existen en esa materia, llenas de agudeza y profundidad".

En 1846, Engels contrastaba ya las enseñanzas de Fourier con las de los exponentes del "verdadero" socialismo alemán, y decidió emprender la publicación de las obras más importantes del utopista francés, traducidas al alemán. Pero este plan no llegó a convertirse en realidad, y Engels hubo de contentarse con publicar la traducción de un artículo de Fourier sobre el comercio. Qué profundo conocimiento tenía Engels de las obras de Fourier lo demuestra el brillante retrato que traza del socialista francés, y en el que se advierte no sólo un gran respeto, sino también una gran simpatía personal hacia el eminente utopista.

He aquí la semblanza:

"Las obras de Fourier contienen una crítica de las condiciones sociales imperantes, crítica que no por estar brillantemente escrita deja de ser profunda, como podría esperarse de un francés. Ataca a la burguesía de un modo tajante, citando a sus inspirados profetas de los días prerrevolucionarios y a sus sicofantes de la república. Fourier demuestra de un modo inexorable cuán empobrecido vive el mundo burgués, así en lo material como en lo moral, a pesar de todas las brillantes promesas de la época enciclopedista, cuyos apóstoles solían predicar de una sociedad futura en la que reinaría la razón y la civilización irradiaría por todas partes la dicha y perfeccionaría el género

humano. Cita las hermosas frases de los idealistas burgueses de la época, comparándolas con las realidades y cubriéndolos de ridículo. Fourier no es solamente un crítico; su carácter jovial e incisivo hace de él un satírico, y uno de los más grandes que jamás existieron. Describe con gran ingenio y maestría el frenesí especulativo y el espíritu devorador del mercantilismo que se apoderó de Francia después de la revolución. Pero la crítica que traza de la evolución de las relaciones sexuales burguesas y de la posición de la mujer en la sociedad es todavía más notable. El fue quien sentó el axioma de que en la sociedad el grado de emancipación de la mujer refleja siempre el grado de emancipación general. Pero donde Fourier raya más alto es en la perspectiva que traza de la historia de la sociedad. Fourier divide el curso de la historia social en cuatro fases de desarrollo: el estado salvaje, la barbarie, el patriarcalismo y la civilización. Esta última fase corresponde al período de la llamada sociedad burguesa; es el orden social que comienza con el siglo XVI. Fourier demuestra que "la civilización complica, arrecia y hace ambiguos e hipócritas todos aquellos vicios que en la barbarie se practicaban en una forma relativamente sencilla"; que la civilización se mueve en un círculo vicioso, en medio de contradicciones, que reproduce incesantemente sin lograr resolverlas, llevando a consecuencias que resultan ser siempre lo contrario de lo que persigue o de lo que profesa perseguir. Y así nos encontramos, por ejemplo, con que en la civilización la pobreza brota precisamente de la abundancia." (Engels, *Del socialismo como utopía al socialismo como ciencia,* página 22)

La influencia ejercida por Owen sobre Engels no fue menor que la ejercida por Fourier. En su primer viaje a Inglaterra, Engels colaboró en el periódico de Owen titulado *El Nuevo Mundo Moral* (*New Moral World*). En Marx influyeron todavía más intensamente las ideas de Owen. En varias partes de *El Capital* se deja traslucir la importancia que Marx concedía al sistema de Owen, muy especialmente porque "Owen no sólo arranca en sus experimentos del sistema fabril, sino que declara que este sistema es, teóricamente, el punto de partida de la revolución social". (*Capital*, t. I, página 544, nota) En este sentido, Owen ocupa en el socialismo científico un lugar más alto que Saint-Simon y aun que Fourier, del mismo modo que en su tiempo Inglaterra era, como país capitalista, superior a Francia, donde la gran producción se hallaba todavía en mantillas. Después de pasar al campo comunista, Owen concentró sus ataques contra los principales obstáculos que se oponían a la transformación de la sociedad burguesa en una sociedad comunista; por eso arremetió principalmente contra la propiedad privada, contra la religión y contra las formas vigentes de matrimonio. Owen era un materialista convencido y basaba sus teorías en la idea de que el carácter humano obedecía a influencias exteriores y de que el hombre no poseía ninguna cualidad innata, ningún sentimiento ni conciencia moral adquiridos *a priori* o transmitidos por un poder sobrenatural. "Lo cierto es que la conciencia es un producto manufacturado, ni más ni menos que el algodón o cualquier otro artículo." Esta observación encierra un sentido más profundo que todos los pensamientos de los materialistas vulgares y antihistóricos juntos. Lo mismo en el campo teórico que en los dominios de la práctica, Owen prestó grandes servicios a la legislación obrera; fue el primero en abogar por la combinación del trabajo fabril con la educación de los niños empleados en la industria (el germen de las "escuelas de trabajo") y el iniciador de las cooperativas de producción y de distribución. Pero Owen no compartía las ilusiones de sus imitadores en punto a la importancia de estas reformas aisladas, que sólo consideraba como expedientes transitorios hacia el orden social comunista. Nadie, salvo Fourier, trabajó tan intensamente como él para descubrir los medios de poner fin al divorcio abierto entre el campo y la ciudad. Owen comprendía perfectamente la necesidad de llegar a una inteligencia mutua entre los trabajadores de la ciudad y del campo.

57. Los comunistas franceses y alemanes

Etiènne Cabet (1788-1856), comunista y republicano francés, escribió una especie de fábula social, el *Viaje a Icaria* (*Voyage en Icarie*), que causó gran sensación en su tiempo. En vísperas de la revolución de febrero (1848) fletó una expedición utópica con el fin de fundar en los Estados Unidos de América una colonia de "icarios". Cabet confiaba en poder realizar sus sueños utópicos en el mismo seno de un orden social capitalista; su aspiración era edificar en suelo americano la Nueva Jerusalén. No contento con apelar a las simpatías burguesas, se dirigió a los obreros, entre los cuales encontró algunos dispuestos a apoyar la empresa. En 1847 había trazado ya los planes para la fundación de su pequeña Icaria. Se dirigió en busca de apoyo a varias organizaciones obreras, entre otras a la Asociación Comunista de Cultura Obrera de Londres, cuyos miembros más destacados (Bauer, Moll, Schapper, Lessner, etc.) tuvieron una parte tan importante en la creación de la Liga Comunista. Pero aun reconociendo los servicios prestados por Cabet a la lucha proletaria, los miembros de la Asociación Comunista de Cultura Obrera se declararon en contra de sus planes. Razonaban la negativa diciendo que la bancarrota inevitable en que acabarían esos planes no serviría más que para llenar de regocijo a la burguesía y que, aun para comunistas, la propiedad colectiva que él proponía era irrealizable sin el indispensable período de transición durante el cual se iría haciendo desaparecer gradualmente la propiedad privada; a su juicio, Cabet se obstinaba en cosechar sin haber sembrado. Nuestro Icaro se trasladó a Londres con el fin de convencer a los comunistas de la viabilidad de sus planes, pero fue en vano. El espíritu de la farsa enseñó su mueca grotesca en cuanto los aventureros se hicieron a la mar. Cuando levantó anclas el barco de los expedicionarios de Icaria se oían ya los primeros rumores de las tormentas revolucionarias de 1848. A la primera expedición, compuesta por 1.500 icarios, siguieron, en el curso del mismo año, otros destacamentos. Aquellas gentes utópicas abandonaban el viejo mundo cuando todo se hallaba forcejeando con la revolución, para regresar, pocos años más tarde, a su tierra natal vencidos y desilusionados.

Aparte de estos ilusos que soñaban con llevar a cabo la transformación de la sociedad por métodos pacíficos, en Francia y Alemania había algunos otros comunistas de tendencias revolucionarias. La figura más notable de todos los comunistas que precedieron a Marx y Engels fue Guillermo Weitling (1808-1870), de oficio sastre. Aunque el *Manifiesto* no mencione su nombre, le incluye indudablemente en el grupo dominado por las ideas de Babeuf. Más aún. En el primer capítulo del Manifiesto hay un pasaje que se refiere evidentemente a Weitling, que, lo mismo que Bakunin, asignaba un papel importante al proletariado andrajoso o *lumpenproletariat,* viendo en este sector el elemento más leal y seguro de la revolución. Como Fourier, Weitling comienza su crítica del orden social analizando las pasiones y necesidades de la humanidad. En la construcción de su plan de sociedad futura reserva un puesto de primer plano a los representantes de las ciencias aplicadas. Para él, el mejor medio para instaurar un nuevo orden social era llevar el desorden social existente a un extremo tal, que la paciencia del pueblo llegara a agotarse. Weitling no se resignaba a admitir la idea de un período de transición durante el cual (en Alemania, donde no había estallado todavía la revolución burguesa) la burguesía actuara como clase dirigente. Esta disparidad de criterio fue la causa principal de su ruptura con Marx, que había sido uno de los primeros en saludar con palabras encomiásticas la aparición de su libro *Garantías de la armonía y la libertad* (1842). Marx habla de esta obra como de "un gigantesco y brillante debut de los obreros alemanes", destacándola sobre la medrosa y tímida mediocridad de la

literatura política alemana de su tiempo. Weitling y Marx rompieron definitivamente el 30 de marzo de 1846, cerca de un año antes de fundarse la Liga Comunista.

En Francia existía otro grupo comunista revolucionario que actuaba secretamente y que no dejó de funcionar ni aun después del fracaso de la intentona revolucionaria de mayo de 1839. En este alzamiento tomaron parte, además de Blanqui y de Barbes, los futuros fundadores de la organización comunista alemana. Los guías de este grupo de comunistas franceses, hombres que gozaban de gran predicamento en los medios obreros, eran Dézamy y sus camaradas.

En su interesante digresión sobre la historia del materialismo francés, Marx expone que la teoría comunista se deriva de la filosofía materialista francesa del siglo XVIII. Y escribe: "Fourier toma por punto de partida las doctrinas de los materialistas franceses. Los babuvistas eran materialistas groseros y sin desbastar, pero el comunismo progresivo se deriva, a pesar de todo, del materialismo francés. Nos encontramos con que estas doctrinas vuelven a Inglaterra, su país natal, después de haber asumido la forma que les imprimió Helvetius. Bentham construyó su sistema sobre las nociones morales de Helvetius; del mismo modo que Owen, partiendo del sistema de Bentham, llegó a ser el fundador del comunismo británico. Cabet, francés emigrado a Inglaterra, se sintió impresionado por las ideas comunistas que se agitaban entonces en aquel país y regresó a Francia para convertirse en el más popular, aunque también en el más superficial representante del comunismo en su patria. Al igual que Owen, los comunistas científicos franceses (Dézamy, Gay, etc.) desarrollaron la teoría materialista bajo la forma de un humanismo realista como la base lógica del comunismo." (Marx, *La Sagrada Familia*, VI, 3, d. Reproducido en *Escritos varios*, ed. Mehring, t. II, páginas 239-240)

Dézamy, cuyo nombre aparece citado en algunos otros escritos de Marx, intervino activamente en los círculos comunistas obreros. Era un comunista de los pies a la cabeza, admirador convencido de Morelly, Babeuf y Buonarroti. Como Weitling, entró en contacto directo con el proletariado; pero era, a diferencia de éste, un materialista consecuente. Influido por los utopistas, sus precursores, trazó un plan detallado para la instauración de un orden social comunista, confiando en que la propaganda de este plan allanaría el camino para la transformación de la sociedad contemporánea en otra de tipo superior, es decir, en una sociedad de tipo comunista. Sin embargo, pese a estos proyectos utópicos, su crítica del régimen social burgués (que tiene cierto sabor de owenismo y fourierismo) ejerció indudablemente gran influencia sobre el pensamiento de Marx. En el mismo *Manifiesto* se percibe cierto eco de la crítica social de Dézamy. Dézamy y sus discípulos atrajeron a su lado gran cantidad de obreros, y los "comunistas materialistas" de todos los matices desempeñaron, como hemos indicado ya, un papel muy importante en la labor subterránea que precedió a la revolución de 1848. Estos elementos fueron los que luego formaron la medula del partido blanquista.

Aparte de sus escritos menores sobre Lamennais y Cabet, los libros más notables de Dézamy fueron: *Code de la communauté* (1842), *Organisation de la liberté et du bien-être universel* (1846) y *Le jesuitisme vaincu et anéanti par le socialisme* (1845). Dézamy editó también un *Almanach de la communauté* para obreros.

58. Cartistas y owenistas

A diferencia de Saint-Simon y Fourier, Owen, una vez que hubo roto con las ideas convencionales de la sociedad de su tiempo, se entregó en cuerpo y alma al movimiento proletario y luchó durante varios decenios mano a mano con los

trabajadores. A pesar de esto continuaba siendo un utopista pacifista y se negaba a tomar parte en las actividades revolucionarias. No se le alcanzaba la necesidad de organizar a los obreros en un partido político independiente frente a los partidos políticos de la burguesía. Esto explica la actitud por él adoptada para con los cartistas, que luchaban por conquistar la plenitud de los derechos políticos para la clase obrera. En su obra sobre la situación de la clase trabajadora en Inglaterra, Engels nos pinta del modo siguiente las relaciones entre cartistas y owenistas durante los años 1850 y siguientes:

"Los socialistas (a diferencia de los comunistas) son totalmente dóciles y pacíficos y apoyan las condiciones de vida de la sociedad existente (por malas que sean), toda vez que se niegan a abrazar, para transformarlas, ningún método que no sea la senda pacífica de la persuasión. Al mismo tiempo, sus ideas son tan abstractas, que, presentadas en su forma actual, no se prestan para ganar adeptos… Los socialistas desconocen todo el proceso del desarrollo histórico y admiten la posibilidad de instaurar el comunismo en proporciones nacionales, sin pasar por un período de transición; creen en la posibilidad de implantarlo en bloque de la noche a la mañana. No comprenden que la marcha de los acontecimientos políticos impondrá la implantación de un régimen social comunista cuando la sociedad se halle madura para el cambio, cuando ese cambio se haga factible y necesario. Se explican que los obreros abriguen resentimientos contra los burgueses, pero no creen que este odio de clase pueda conducir a ningún resultado positivo. No ven que es precisamente ese resentimiento, que actúa como incentivo moral, el que más acercará al obrero a su meta. Su evangelio de filantropía universal es totalmente estéril, sobre todo bajo las condiciones que imperan actualmente en Inglaterra." (Engels, *Situación de la clase obrera en Inglaterra*, páginas 239-240)

Engels no cerraba los ojos a la evidencia de que los cartistas se hallaban todavía muy rezagados en su desarrollo. Sin embargo, reconocía que eran los auténticos proletarios, los que representaban real y verdaderamente los intereses de la clase obrera. Por eso creía esencial llegar a una inteligencia entre los socialistas y los cartistas, y él mismo laboró de firme por conseguir sellar esta alianza, poniéndose en contacto con los cartistas y los owenistas.

Por aquel entonces, los fourieristas, en colaboración con Considérant (1808-1893), cambiaron su viejo periódico titulado *La Phalange* por un diario con el título de *La Démocratic Pacifique*. Basta mencionar el nombre para indicar la ideología del periódico. Este órgano sostuvo una campaña a favor de las "reformas" y se convirtió en portavoz de los socialistas democráticos franceses. Como hubo de escribir Engels en *La Sagrada Familia*, aquello no era más que un fourierismo bañado en las teorías sociales de la filantropía burguesa. Considérant, a quien algunos anarquistas gustan de presentar como maestro de Marx y Engels, acometió la empresa de reconciliar los intereses de las dos clases contrapuestas. En la cuarta década del siglo XVIII profetizó ya "el derrumbamiento de la política francesa". Pero después de la revolución de 1848 continuó soñando con la fundación de un nuevo falansterio, que "convencería" por la ejemplaridad a la clase capitalista. Considérant se trasladó a Texas (México), donde fundó una colonia comunista llamada "La Reunión", que, como todos los intentos de la misma clase, no tardó en estrellarse contra la cruda realidad. Regresó a París en 1869, cuando la colonia se había deshecho ya en una lucha sin cuartel, y murió el 8 de mayo de 1893. Jamás abandonó, ni aun en su avanzada edad, los intereses de la clase obrera y acogió con la más fervorosa alegría el resurgir del movimiento proletario francés.

IV Actitud de los comunistas ante los otros partido de la oposición

59. Los comunistas y las organizaciones proletarias de Inglaterra y de los Estados Unidos

En el segundo capítulo del *Manifiesto* se habla de las relaciones entre los comunistas y los demás partidos de la clase obrera. Ya hemos visto que los comunistas no constituyen un partido frente a los demás partidos obreros. Por consiguiente, dondequiera que exista un partido obrero, los comunistas forman simplemente un sector considerable dentro de ese partido, con la ventaja de que su disciplina teórica los capacita para comprender las condiciones, los avances y los resultados generales del movimiento. Así fue como los comunistas consiguieron hacer pesar su influencia sobre dos organizaciones obreras que florecieron a mediados del siglo pasado: los cartistas ingleses y los adalides de la reforma agraria en los Estados Unidos de América.

Después de la publicación del *Manifiesto*, Marx, y sobre todo Engels, que mantenían ya relaciones con los cartistas, estrecharon todavía más los lazos que les unían al ala comunista del cartismo, principalmente representada por Jorge Julián Harney (1817-1899) y Ernesto Jones (1819-1869). A fortalecer esa intimidad contribuyeron los miembros de la Liga Comunista londinense.

Los asuntos tomaron un giro completamente distinto en los Estados Unidos, donde la Liga Comunista no había logrado echar raíces independientes. Entre los obreros alemanes emigrados a los Estados Unidos, el que ejerció una influencia más notable fue Herman Kriege (1820-1850), que se había trasladado a Norteamérica en 1845. Kriege estableció contacto directo con la organización americana titulada Asociación Nacional de Reformas, fundada en 1845 para servir de manto legal a la sociedad secreta llamada Joven América. Esta sociedad política se proponía como fin, según dice Engels, la instauración de un gobierno democrático que pudiera utilizarse como arma contra la burguesía y a favor de la causa proletaria. No hay razón alguna para identificar, como lo hace Andler, la Joven América con la Liga Antirrentista. Esta había sido fundada mucho antes, como fruto del potente movimiento agrario desarrollado en el Estado de Nueva York durante el año 1839.

Los agricultores tomaban sus fincas en arriendo de propietarios a quienes se había concedido miles y miles de acres arbitrariamente. Al principio la renta era moderada; pero la creciente voracidad de los herederos de los primitivos concesionarios iba apretando cada vez más los tornillos de los colonos y tratando de extraer un tributo cada vez mayor. Los agricultores, en vista de esto, entablaron una activa campaña contra la renta y estalló una revuelta agraria. Esta agitación encontró cauces más pacíficos en la Liga Antirrentista, que abrazaba procedimientos legales contra los abusos de los propietarios.

Los dirigentes de la Joven América intervinieron ahora en el movimiento, levantando, por medio de la Asociación Nacional de Reformas, un programa mucho más radical de condiciones agrarias. En este programa se pedía, entre otras cosas, la nacionalización de la tierra y el establecimiento de un límite máximo de 160 acres para cada propietario.

En octubre de 1845, la Joven América celebró un congreso en Boston, invitando a él a la Asociación de Trabajadores de la Joven Inglaterra (que había comenzado a funcionar aquel mismo año). El congreso adoptó un programa en el cual se proclamaba el derecho a la vida y a la libertad, declarando, además, que todo hombre era acreedor a que se le entregase la cantidad de tierra necesaria para el sostenimiento de su familia.

Marx no se forjaba ilusiones en cuanto a la índole de este programa. Tanto él como los que compartían sus ideas protestaron contra Kriege por no tomar la reforma agraria como base del movimiento, por su insistencia en no darle una forma más definida, una mira más alta, tomándolo como pauta del movimiento comunista.

"Si Kriege hubiera concebido el movimiento de emancipación como una primera forma del nuevo movimiento proletario, necesaria bajo determinadas condiciones específicas, como un movimiento que, por las condiciones de vida de la clase de que arrancaba, estaba necesariamente destinado a desarrollarse hasta convertirse en un movimiento comunista; si hubiera demostrado cómo las tendencias comunistas en Norteamérica tenían que empezar forzosamente asumiendo esa forma agraria, aparentemente contraria a todo comunismo, no hubiéramos tenido nada que oponerle." (*Escritos varios*, t. II, páginas 421-422) El primer resultado de este movimiento era acelerar el desarrollo industrial de la sociedad burguesa contemporánea. Pero como a la vez precipitaba el movimiento proletario y envolvía, además, un ataque contra la propiedad privada, Marx admitía que, visto en conjunto, aquella campaña tendía a promover la causa comunista.

Después de conseguir unas cuantas reformas mezquinas en el terreno de la legislación agraria, el movimiento se desvaneció. Fue, en substancia, una agitación de agricultores, y los pocos obreros industriales que tomaron parte en ella se vieron arrastrados a un movimiento de vuelta al campo.

Durante los años de 1845 a 1848, Marx y Engels creyeron de primordial importancia ponerse en contacto con una organización que indudablemente ejercía gran influencia sobre los obreros norteamericanos, aunque, como ya hemos visto en la controversia que Marx hubo de sostener con el demócrata Heinzen, el primero profesaba una idea un poco exagerada respecto a la medida en que los proletarios contribuían a la agitación agraria.

"En Inglaterra, bajo el nombre de "cartistas", y en los Estados Unidos bajo el de "reformistas nacionales", los obreros crearon sus partidos políticos. Su grito de guerra ya no era monarquía o república. Para ellos, la alternativa era otra: régimen proletario o régimen burgués." (*Escritos varios*, página 146) Esta exagerada afirmación debíase a la falta de antecedentes.

En el siguiente episodio se trasluce la importancia que Marx y Engels concedían a este asunto. Los comunistas alemanes de Bruselas decidieron enviar a Kriege una circular criticando severamente su táctica en relación con el movimiento americano. Weitling fue el único miembro del grupo que se negó a firmar el documento. Esto determinó la ruptura entre los comunistas que se inclinaban a las ideas de Marx y los que, con Kriege a la cabeza, pugnaban por armonizar la labor revolucionaria con disertaciones morales y religiosas.

60. Los comunistas y los radicales en Francia en Suiza

Por aquel entonces, la democracia social estaba representada en Francia por Ledru-Rollin (1807-1874) y Luis Blanc (1811-1882). La tal democracia había de representar en 1848 el más afrentoso de los papeles. Sus secuaces salían de las filas del proletariado y de la pequeña burguesía. No tenían ninguna idea clara acerca de las condiciones que habían de presidir la emancipación de los obreros; todas sus esperanzas se cifraban en tópicos como "el derecho al trabajo", "la organización del trabajo", la creación de sociedades cooperativas de producción, etcétera.

Engels recomendaba frente a los socialdemócratas la táctica siguiente: "Por consiguiente, los comunistas, en momentos de acción, deberán llegar a una inteligencia

con estos elementos socialistas democráticos y concertar con ellos una política momentánea lo más estrecha posible, siempre y cuando que estos socialistas no actúen al servicio de la burguesía dominante ni ataquen a los comunistas. Claro está que esta inteligencia para la acción no excluye la discusión acerca de las diferencias que los separan." (*Principios de comunismo,* respuesta a la pregunta 24.

V. infra, Apéndice)

El diario socialdemócrata francés más importante era *La Réforme*. Entre sus colaboradores se contaban Flocon, Luis Blanc, etc. Engels recibió el encargo de ponerse en contacto con los que dirigían el periódico, trabando así conocimiento con Flocon y Blanc. Para estrechar las relaciones con sus nuevos amigos envió al periódico algunos artículos acerca del movimiento proletario inglés.

En Suiza se aconsejaba a los comunistas apoyar a los radicales. Estos, a pesar de que formaban un grupo insignificante, eran los únicos con quienes, en aquellos tiempos, podían colaborar los comunistas. La mayoría de los radicales suizos vivían en los cantones de habla francesa de Ginebra y Vaud. En octubre de 1846 había estallado en Ginebra una revolución democrática, acaudillada por el periodista James Fazy (1796-1878), después de cuyo movimiento el partido radical cobró más fuerza y se acercó más a los ideales de los republicanos franceses. En febrero de 1845, el gobierno conservador de Lausana, capital del cantón de Vaud, tuvo que dimitir ante un alzamiento popular, cediendo el puesto a otro gabinete de tendencias radicales, y Druey (1799-1855) ascendió a jefe del gobierno cantonal. Más tarde formó parte de una comisión nombrada para revisar la Constitución Federal y apoyó un proyecto para que se insertase en ella un artículo sobre la "organización del trabajo". Como hemos visto, este punto figuraba en el programa de los socialistas democráticos franceses. Cuando los socialistas, y aun los demócratas alemanes, se vieron obligados a refugiarse en Suiza, después del alzamiento fracasado de mayo de 1849, tanto Druey como Fazy demostraron ser fieles servidores de la reacción europea. Pero durante los años de 1847 y 1848 su reputación política era intachable. Ocuparon un lugar prominente en la guerra separatista de la Sonderbund. La Sonderbund, que pugnaba por separarse de la Confederación Helvética, era la liga de los siete cantones conservadores sometidos a un gobierno clerical y se había constituido para combatir al gobierno federal, mucho más avanzado. Engels escribe a este respecto; "Ahora que los demócratas apoyan a la parte más civilizada, industrial y democrática de Suiza contra la democracia inculta y teutónico-cristiana de los cantones ganaderos y primitivos, estos demócratas son los representantes del progreso, dejan de revelar su afinidad con la reacción y demuestran que comprenden el verdadero sentido de la democracia en el siglo XIX." (*Escritos varios,* t. II, página 446) En la lucha contra los jesuitas y los partidarios de la Sonderbund, que gozaban de la protección de Metternich y de Guizot, los demócratas y socialistas europeos pusieron todas sus simpatías de parte de los cantones radicales, que habían entrado en la etapa decisiva de la lucha. En noviembre de 1847 capitularon, una tras otra, las ciudades de Friburgo, Zud y Lucerna. Estas derrotas llevaron la más completa desorganización a la Sonderbund, y a las dos semanas había terminado la guerra suiza de secesión.

En la tercera sesión de la Liga Democrática, fundada en Bruselas poco antes por Marx y otros comunistas alemanes, se acordó dirigir una proclama al pueblo suizo. En ella se invitaba a todos los demócratas convencidos a que prestasen su apoyo a los radicales suizos en su lucha por "sacudir el yugo de los curas" y acabar con la Sonderbund. Este documento iba firmado por Marx, Julio Valles (1832-1885), compositor y literato; Guillermo Wolff (1809-1864), representante de la Sociedad Obrera Alemana de Bruselas, a quien Marx dedicó el primer volumen de El Capital; Moses Hess (1812-1875) y otros.

61. La cuestión polaca y los comunistas

En cuanto a Polonia, a los comunistas se les aconsejaba que apoyasen a la Sociedad Democrática Polaca, que había sido fundada en 1832 para contrarrestar la labor de los aristócratas desterrados. Los demócratas polacos creían que la causa principal del fracaso de la revolución de 1830-1831 había sido el egoísmo de los aristócratas, y sostenían que la salvación de Polonia no estaba sólo en el alzamiento armado, sino que era preciso desarrollar simultáneamente una revolución democrática y radical. La mira de los demócratas era, por tanto, apelar al pueblo, a los campesinos. Para ganarse las simpatías populares incluyeron en su programa la emancipación de los campesinos y la supresión de los vínculos feudales que pesaban sobre la tierra. En 1845, bajo la influencia de las ramas austríaca y prusiana, la Sociedad Democrática preparó un nuevo alzamiento bajo la dirección de Mieroslawski (1814-1878). El 24 de enero de 1846 se proclamó en Cracovia un gobierno nacional. Este gobierno nacional publicó el 22 de febrero un manifiesto en el que se prometía a los campesinos la igualdad de derechos y la posesión libre de las tierras que cultivaran. El intento fracasó. Excitados por los más ultrajantes métodos demagógicos (métodos de que Metternich sabía servirse con suma maestría), los campesinos se labraron ellos mismos su derrota haciendo una matanza de miles de propietarios. Y la pequeña república de Cracovia, último vestigio de la Polonia independiente que quedaba en pie después de los repetidos repartos, fue anexionada a Austria con el consentimiento de Rusia y de Alemania.

Esta insurrección despertó las simpatías de todos los demócratas de Europa. Fue el preludio de los sucesos revolucionarios que provocaron la convulsión del continente en 1847 y culminaron en la revolución de febrero de 1848. A pesar de su trágico fin, la tendencia socialista del levantamiento fue acogida por la gran masa del pueblo, a la que se le alcanzaba perfectamente la diferencia que mediaba entre este movimiento revolucionario y los que habían ocurrido durante los años 1830-183 l. Los polacos se ganaron nuevas simpatías, esta vez procedentes del campo proletario. Sin exageración puede afirmarse que la restauración de la independencia polaca encontró su primera expresión enérgica en las clases proletarias de Alemania, Francia e Inglaterra después del alzamiento de Cracovia.

He ahí explicado por qué la cuestión polaca figura siempre, desde 1847 en adelante, en el orden del día de todos los congresos de alguna importancia celebrados por los demócratas europeos. En la asamblea celebrada en Londres el 29 de noviembre de 1847 en conmemoración de la revolución polaca de 1830-1831, Marx y Engels hablaron de la importancia de la cuestión polaca para el proletariado europeo.

En su discurso, Marx indicó que la cuestión polaca formaba parte del movimiento general en pro de la emancipación de la clase obrera. “Para que los pueblos se unan, en el sentido genuino de esta palabra, es necesario que tengan intereses comunes. Y para que lleguen a tener intereses comunes es indispensable la previa abolición del régimen de propiedad imperante, pues este régimen es precisamente el que determina la explotación de unos pueblos por otros. Sólo la clase obrera está interesada en la abolición del régimen gente de propiedad. Sólo ella posee los medios para conseguirlo. El triunfo del proletariado sobre la burguesía pondrá fin, a la par, a los conflictos nacionales e industriales, que son la causa actual de la hostilidad de unas naciones contra otras. Por consiguiente, el triunfo del proletariado sobre la burguesía será la señal de la emancipación de todas las naciones oprimidas.” (Publicado en la *Gaceta Alemana de Bruselas*, 1847, núm. 98)

Engels explica por qué la lucha de los polacos por su libertad tenía un especial interés para Alemania: "Ninguna nación puede ser libre mientras mantenga a otra encadenada. Por eso la emancipación de Alemania no será posible. mientras los alemanes no liberen a los polacos del yugo germano." (Lugar citado)

En el mitin celebrado el 22 de febrero de 1848 en conmemoración del alzamiento de Cracovia, Marx abordó de nuevo el problema polaco, tratando de hacer comprender al auditorio, en todo su alcance, la importancia de los sucesos de Cracovia. De este examen sacaba en consecuencia que la emancipación nacional de un pueblo se hallaba siempre íntimamente unida al movimiento democrático, es decir, a la emancipación de la clase oprimida. Por eso no era la emancipación de la Polonia aristocrática, sino de la Polonia democrática, el problema que afectaba a toda la democracia europea.

En la misma asamblea, Engels encarece la importancia de este problema para el pueblo alemán. El alzamiento de Cracovia había convertido un asunto exclusivamente polaco en asunto de interés internacional; y lo que hasta entonces era pura fraseología sentimental, pasaba a ser una expresión positiva que afectaba a la actuación de todos los verdaderos demócratas. Alemania era la que más debía congratularse de ello, pues en una Polonia democrática tendría una aliada leal, una aliada que compartiría sus mismos intereses. El revolucionamiento político de Alemania, la desaparición de Prusia y Austria como potencias dominantes en la Europa central, el repliegue de la Rusia zarista detrás de los ríos Dniester y Dvina, todo esto sería el preludio para la emancipación de Polonia y de Alemania.

Tales eran, pues, y bien claros como se ve, los motivos por los cuales Marx y Engels insistían en que los comunistas apoyaran a aquel partido polaco que entendía que la emancipación de Polonia debía llevarse a cabo por medio de una revolución agraria como la que había estallado en la república de Cracovia el año 1846.

62. Deberes de los comunistas en Alemania

En Alemania se recomienda a los comunistas que apoyen a la burguesía mientras ésta se halla empeñada en una guerra revolucionaria contra las fuerzas de la reacción.

Marx y Engels conocían harto bien la tibieza y falta de decisión de la burguesía alemana. Hasta aquel sector de la burguesía interesado en el desarrollo industrial de las provincias del Rin y de Westfalia formaba meramente en el movimiento de oposición; y aun los mismos colaboradores asiduos de la *Gaceta del Rin*, que dirigía Marx, hombres como Camphausen (1803-1890), Hansemann (1790-1864) y Mevissen (1815-1899), demostraron, en los debates de la Dieta, que estaban muy por debajo de un Mirabeau (1749-1791) o de un La Fayette (1779-1849). Pero no por eso perdían Marx y Engels su ecuanimidad.

"Sin embargo, los obreros alemanes saben muy bien que la monarquía absoluta no vacilará ni puede vacilar un solo momento en recibirlos, al servicio de la burguesía, con balas de cañón o a latigazos. ¿Por qué han de preferir, pues, los obreros la persecución brutal del gobierno absoluto, con su séquito semifeudal, al gobierno directo de la burguesía? Los obreros saben muy bien que la burguesía no sólo les hará concesiones políticas más amplias que la monarquía absoluta, sino que, mal que le pese, por exigirlo así la prosperidad de su comercio y su industria, provocará las condiciones necesarias para la unificación de la clase obrera, y la unificación de la clase obrera es el primer requisito para su victoria. Los obreros saben que la abolición del régimen burgués de propiedad no podrá llevarse a cabo precisamente manteniendo en pie el régimen feudal. Saben que el movimiento revolucionario de la burguesía contra los

estamentos feudales y la monarquía absoluta no hará más que acelerar su propio movimiento revolucionario. Saben que su lucha contra la burguesía no podrá comenzar hasta el día en que la burguesía haya triunfado. Y a pesar de todo esto no comparten las ilusiones burguesas del señor Heinzen. Pueden aceptar y deben aceptar la revolución burguesa como condición de la revolución proletaria. Pero jamás, ni por un momento, considerarla como su propia meta final." (Marx, *Escritos varios*, t. II, págs. 469470)

Es cierto que la burguesía alemana se había quedado muy rezagada, que empezaba a luchar contra la monarquía absoluta y a consolidar su poder político en una época en que la burguesía de todos los demás países adelantados se hallaba ya empeñada en una lucha a vida o muerte con el proletariado, cuando toda Europa había dejado ya atrás las ilusiones políticas de la infancia. Sin embargo, también en Alemania empezaban a estallar ya conflictos entre la burguesía y la clase obrera, cobrando incluso carácter virulento, como lo demuestran los disturbios de Silesia y Bohemia. Es decir, que, en Alemania, el proletariado y la burguesía luchaban ya en el terreno económico antes de que ésta se hubiese constituido en clase política independiente.

La burguesía alemana trató de convertir la monarquía absoluta en una monarquía burguesa por todos los medios pacíficos, sin querer recurrir a procedimientos revolucionarios. Pero esta esperanza era una vana ilusión, pues la monarquía absoluta tenía sus raíces en la burocracia y en el orden feudal, clases ambas que se veían encaradas con el dilema de "ser o no ser". La revolución burguesa era, pues, inevitable.

No obstante, los comunistas no debían frenar ni por un momento en su labor específica. No debían cejar en su misión de educar a los obreros en la conciencia de sus intereses de clase, opuestos a los de la burguesía, haciéndoles comprender que la batalla contra ésta empezaría inmediatamente después del derrumbamiento de la monarquía absoluta, tan pronto como se evidenciase que la revolución burguesa no era más que el preludio de la revolución proletaria.

Es corriente atribuir a Engels la paternidad de todo este capítulo IV; pero no es así, y basta con comparar el texto del *Manifiesto* y la táctica aquí propuesta con sus *Principios de comunismo* para comprender cuán difícil era hasta para un hombre como Engels trazar y expresar líneas de acción convenientes. Mientras que Engels dice que los comunistas debían luchar contra el gobierno apoyando al partido liberal burgués, Marx sostiene que los comunistas sólo debían hacer causa común con la burguesía en la medida en que ésta actuase revolucionariamente. Mientras que Engels se circunscribe a la lucha por la consecución de un gran número de derechos, merced a los cuales el triunfo de la burguesía sería al mismo tiempo el triunfo del partido comunista, Marx eslabona la revolución burguesa de Alemania (donde las condiciones eran mucho más propicias que aquellas con que se habían encontrado Inglaterra y Francia en los siglos XVII y XVIII respectivamente) con la revolución proletaria; entendiendo que la primera no sería más que el preludio de la segunda.

Que los comunistas tuvieron en cuenta las condiciones especiales imperantes en Alemania al estallar la revolución, lo demuestra el hecho de que inmediatamente de desatarse ésta levantaron un programa de reivindicaciones prácticas que difiere en varios puntos del que se formula en el segundo capítulo del *Manifiesto*. El programa redactado por los comunistas alemanes en el 48 tiene todavía gran interés de actualidad. (V. infra, Apéndice, Reivindicaciones de los comunistas alemanes)

Una de las diferencias esenciales que median entre este programa y el del *Manifiesto* estriba en la petición de concesiones que, aunque en muy pequeño grado, habían sido logradas ya en los países más adelantados, tales como Suiza, los Estados Unidos, Francia e Inglaterra. Sin estas reformas esenciales sería imposible la

instauración de condiciones políticas y sociales que sirvieran a los obreros de armas en su lucha contra la burguesía.

Los puntos uno al seis, y el doce y el trece, resumen las reivindicaciones políticas generales, cuya realización transformaría a Alemania en una república indivisible y democrática.

Los demás puntos se refieren a concesiones tocantes a la vida social y económica. Corresponden al décimo punto del programa esbozado en el *Manifiesto*, si bien aparecen más desarrollados y difieren de éste en algunos respectos. Estos detalles y divergencias tienen un interés especial para nosotros, pues de ellos podemos colegir hasta qué punto Marx y Engels hubieran formulado los mismos principios, de no haberse visto obligados a introducir en el *Manifiesto* una serie de puntos que eran tal vez fruto de la deliberación colectiva o de las transacciones a que habían tenido que llegar con las distintas corrientes de opinión en el congreso de la Liga Comunista celebrado en Londres.

Pronto la experiencia de la revolución alemana demostró que allí donde la burguesía se ve arrastrada, bien a su pesar, a tomar parte en el movimiento revolucionario contra la monarquía absoluta, procura pactar inmediatamente con las fuerzas del pasado, con tanto más ahínco cuanto mayores son la decisión y la energía con que la clase obrera plantea sus propias reivindicaciones. Por lo demás, las reivindicaciones formuladas por Marx y Engels en Alemania eran como para sacar de quicio a la burguesía alemana… Eran demasiado fuertes para los estómagos de aquellos demócratas.

63. Comunistas y demócratas

Vemos, por consiguiente (tal es la idea substancial de este pasaje), que, lo mismo en Francia que en Suiza, que en Polonia o en cualquier otro país, los comunistas debían unir sus fuerzas a las de aquellos que batallasen contra las condiciones sociales y políticas dominantes, pues cada paso que se da en la senda de la emancipación de la clase trabajadora prepara el terreno para la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

Pero, a diferencia de los demócratas, los comunistas, aun tomando parte en estos movimientos, no colocan la cuestión de la forma de gobierno o la de los derechos políticos a la cabeza de su programa. Combaten, ante todo y, sobre todo, contra la propiedad privada, y la solución de este problema es cuestión de vida o muerte para el proletariado, en lo que a la abolición del régimen burgués de propiedad se refiere.

Otro de los puntos del orden del día comunista, tal como se desprende del capítulo final del *Manifiesto*, es la unión e inteligencia de los partidos democráticos de todos los países. Todas éstas eran las razones que inducían a la Liga Comunista al tratar de unir a los comunistas y a los demócratas en un frente único. Con ayuda de Marx, Engels, Wolff, etc., la Liga confiaba en llevar a cabo la unión de las fuerzas democráticas de todos los países contra el feudalismo y la reacción. Sin embargo, esta inteligencia no significaría para los comunistas la renuncia a seguir criticando la fraseología y las ilusiones de aquellos mismos demócratas con quienes se aliaban. La unión de las dos tendencias se llegó a realizar en algunas organizaciones internacionales, tales como la Asociación Democrática Internacional de Bruselas (cuya vicepresidencia ocupaba Carlos Marx) y la Fraternidad Democrática de Inglaterra. En esta última organización predominaban los cartistas, y entre sus miembros figuraban Schapper y otros representantes del comunismo alemán en Londres.

Cartas de Federico Engels a Carlos Marx sobre la actividad de Engels en Alemania, 1844-1845 [Extractos] [27]

(Principios de octubre de 1844)

Acabo de pasar tres días en Colonia y me ha sorprendido la magnitud de la propaganda que los nuestros han hecho allí. En Colonia nuestros amigos son muy activos; sin embargo, se hace notar una clara ausencia de formación de base teórica entre ellos. Hasta que no hayamos presentado, en una serie de textos, una exposición histórica y coherente de nuestros principios, teniendo en cuenta la evolución de las ideas y el pasado, sólo llevaremos a cabo una agitación inconsciente y, la mayoría de las veces, ciega. Luego fui a Düsseldorf, donde también tenemos algunos elementos muy activos. Sin embargo, sigo prefiriendo a nuestros chicos de Elberfeld. Llevan en la sangre y en los huesos una concepción verdaderamente humana[28].

****

(19 de noviembre de 1844)

Hace unos días, fui a Colonia y Bonn. Todo va bien en Colonia. Grün probablemente te habrá hablado de la actividad de nuestra gente. Hess también planea ir a París cuando haya recaudado el dinero necesario en dos o tres semanas. Bürgers ya está allí con vosotros para que formen un verdadero consejo. Me necesitarás tanto menos cuanto más necesario me he vuelto aquí. Está claro que no puedo ir todavía en estos momentos, a menos que riña con toda mi familia. Además, todavía tengo un asunto de corazón que resolver de antemano. Por último, uno de nosotros debe estar aquí, porque la gente necesita ser incentivada para continuar su actividad en la misma dirección y no perderse en todo tipo de desvíos o entrar en callejones sin salida.

Así, me es imposible convencer a Jung, y a cuántos más, de que hay una diferencia de principios entre Ruge y nosotros, siguen pensando que simplemente hay una confusión personal[29]. Cuando se les dice que Ruge no es comunista, no lo creen

---

[27] Versión al castellano desde “Agitation en Allemagne”, en Karl Marx, Friedrich Engels *Le parti de clase. I. Théorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 92-96. También para las notas.

[28] Estos primeros extractos muestran que el comunismo es inseparable de una necesidad de acción y propaganda que se ven en el joven Engels en borbotones y apasionadamente. Esta necesidad de comunicar y de propagarse la comparte, por otra parte, su corresponsal, Marx y a ambos los animará toda su vida la misma llama que brilla en sus múltiples actividades.

Sin embargo, Engels muestra enseguida que el proselitismo y la agitación solo son una cara de la actividad, o mejor dicho que tienen una condición *previa*, la teoría general, el `programa político, el objetivo socialista, que justifican, explican y guían el esfuerzo para ganar a los otros a la causa.

En su fogosidad de joven militante, Engels ve al comunismo expandirse con rapidez, pero pronto será llevado a considerar las cosas con más perspectiva.

Hoy en día la experiencia del partido permite establecer la siguiente regla para los militantes: en todas partes y siempre, la vida del partido debe insertarse en la vida de las masas, incluso cuando las manifestaciones de esas masas están bajo la influencia de directrices opuestas a las del partido de clase. Sin embargo, jamás debe considerarse al movimiento como a una pura actividad de propaganda oral o escrita y de proselitismo político.

[29] Las diferencias de opinión entre Marx y Ruge habían puesto fin a su colaboración. Fue durante el levantamiento de los tejedores silesianos cuando Ruge rechazó la acción revolucionaria como medio de emancipación. Marx rompió definitivamente con Ruge en marzo de 1844, y se explicó en un largo artículo titulado: “Notas sobre el artículo El rey de Prusia y la reforma social. Por un prusiano”, 7-8-1844.

realmente, y afirman que siempre es lamentable rechazar sin consideración a una “autoridad literaria” así. ¿Qué responder? Estamos obligados a esperar a que Ruge cometa un error enorme para darles pruebas *ad oculos*. Tengo la extraña sensación de que hay algo que no marcha bien en Jung, no tiene suficiente firmeza.

Estamos organizando reuniones públicas en todas partes en este momento para crear asociaciones para la *mejora de las condiciones de obreras*[30]. Esto crea una insólita agitación en nuestros valientes alemanes, y hace que la atención de los filisteos se dirija a las cuestiones sociales. Estas reuniones se organizan sin preocuparse en absoluto de lo que piense la policía. En Colonia, la mitad de la comisión de redacción de los estatutos está formada por personas que hemos colocado allí. En Elberfeld tenemos al menos un hombre y, con la ayuda de los racionalistas, hemos infligido, en dos reuniones sucesivas, una derrota aplastante a los meapilas: por abrumadora mayoría, se han eliminado de los estatutos toda traza de las ideas cristianas. Me divertí al ver lo ridículos que eran estos racionalistas con su visión teórica del cristianismo y su práctica atea. En principio, estaban absolutamente de acuerdo con la oposición cristiana, pero en la práctica el cristianismo (que, según ellos mismos, constituye el fundamento de la asociación) no debía mencionarse en ningún caso en los estatutos: ¡deben contenerlo todo, excepto el principio vital de la asociación! Pero estos hombres se aferraron tan obstinadamente a su ridícula posición que no tuve que decir ni una palabra para obtener los estatutos tal como los deseábamos en las condiciones actuales. Habrá una nueva reunión el próximo domingo, pero no podré asistir, porque me voy a Westfalia.

Estoy hundido del todo en los periódicos y libros en inglés de los que extraigo el material para mi libro sobre *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Espero tenerlo terminado para mediados o finales de enero, ya que hace una semana o dos semanas que he acabado el trabajo más difícil, el de clasificar la documentación.

****

(20 de enero de 1845)

Lo que me produce un particular placer es ver cómo la literatura comunista arraiga en Alemania. Ahora es un hecho consumado. Hace un año apenas comenzaba a desarrollarse fuera de Alemania, en París, y en realidad sólo había nacido. Ahora ya se está apoderando del Michel alemán. Todo esto marcha mejor que mejor: periódicos, semanarios, revistas mensuales y trimestrales, una verdadera artillería de gran calibre. Todo esto marcha diabólicamente rápido[31]. La propaganda llevada a cabo bajo mano

---

[30] Después de los disturbios de los tejedores silesianos de 1844, un viento de reforma social se extendió por las esferas oficiales de Alemania, incluyendo al Rey de Prusia, quien se alegró de enfrentar al proletariado contra la burguesía. Engels parece haber aprovechado este clima (que también fue creado por la acción contundente de los tejedores rebeldes) para desarrollar la agitación. A pesar de la oposición de los liberales, los estatutos de la Asociación para la Promoción Obrera, fundada en Colonia en noviembre de 1844, se fijaron el objetivo de involucrar activamente a los obreros en la marcha de la Asociación y “defender a los trabajadores contra el poder del capital”. En estas condiciones, la burguesía liberal, bajo la dirección de Ludolf Camphausen, abandonó la Asociación e hizo todo lo posible para que fuera prohibida por la administración.
En Elberfeld, se creó una Asociación de Cultura Popular en la que Engels pronunció dos discursos sobre el comunismo [ver en esta misma obra los “Discursos de Elberfeld”]. Las autoridades se negaron a ratificar los estatutos de esta asociación, que tuvo que cesar sus actividades en la primavera de 1845.

[31] Informando en la prensa socialista inglesa sobre los disturbios en Alemania, Engels escribió: “La acción fue tan repentina, tan rápida, y se llevó a cabo con tanta fuerza, que el público y los gobiernos estuvieron por un momento vencidos. Pero esta violencia de la agitación simplemente demostró que no nos apoyábamos en un partido fuerte entre el público, su poder provenía de la sorpresa y la confusión de nuestros oponentes. Cuando los gobiernos recuperaron la conciencia, tomaron medidas despóticas para poner fin a la libertad de expresión. Los panfletos, folletos, periódicos, revistas, periódicos y libros científicos, fueron prohibidos por docenas, y la agitación decayó poco a poco.” (“Progresos de la reforma social en el continente”, *The Nex Moral World.*

tampoco ha carecido de frutos: cada vez que voy a Colonia, cada vez que entro en un bar de aquí, hay un nuevo progreso, nuevos prosélitos.

La reunión de Colonia obró milagros: poco a poco estamos descubriendo la existencia de pequeños grupos aislados de comunistas que se han desarrollado en secreto, sin hacer ruido y sin ninguna intervención directa por nuestra parte.

También hemos conseguido tener en nuestras manos el *Gemeinnützige Wochenblatt*, que antes se distribuía al mismo tiempo que el *Rheinische Zeitung*[32]. D'Ester se encargó de ello, y verá qué podemos hacer. Pero en estos momentos necesitamos unas pocas obras lo suficientemente gruesas como para proporcionar una base sólida a los muchos semiignorantes que están llenos de buena voluntad pero que no pueden arreglárselas por sí solos. Haz todo lo posible para completar su libro de economía política[33], aunque no estés completamente satisfecho con muchos pasajes. Esto no importa, porque las mentes están maduras y el hierro debe ser forjado cuando está caliente. Ciertamente, mi libro sobre las condiciones de la clase obrera en Inglaterra tampoco fracasará, porque los hechos de los que se informa son demasiado sorprendentes. Sin embargo, me gustaría tener más libertad para explicar en detalle diferentes cosas que serían más decisivas y efectivas en el momento actual y para la burguesía alemana.

Es una característica de la época, y el resultado de la descomposición de las supervivencias feudales de la nación alemana, que los alemanes somos esencialmente mentes teóricas, pero sería ridículo que no fuésemos capaces de desarrollar nuestra teoría. De hecho, ni siquiera hemos realizado la crítica de esas condiciones absurdas[34]. Pero ya es hora. Así que arréglatelas para haber terminado para abril. Haz lo que yo hago: fija una fecha en la que, *pase lo que pase, debes haber terminado*, y asegúrate de que se imprima sin demora. Si no puedes imprimir *in situ*, busca en Mannheim, Darmstadt o en cualquier otro lugar. Pero es importante que el libro se publique lo antes posible.

---

[32] Marx había colaborado con el *Rheinische Zeitung* en abril de 1843 y se convirtió en su editor en octubre. El periódico dio entonces un giro más radical y el gobierno prusiano lo prohibió el 1 de abril de 1843 después de haberlo sometido a una estricta censura a partir de mediados de enero. En el mencionado artículo del *New Moral World*, Engels escribió sobre ello: "El periódico político del partido (*La gaceta renana*) publicó algunos artículos en defensa del comunismo, pero sin alcanzar realmente el éxito esperado.

En el marco de esta recopilación no podemos abordar el problema de la transición de Marx-Engels de la "democracia radical" al socialismo científico que algunos exégetas sitúan en los años 1844-1847. Además, en nuestra opinión, es un falso problema: el marxismo nació como un bloque único, como una teoría de clase del proletariado, *por lo tanto en total oposición* a otras ideologías y valores políticos, de cualquier matiz. Si Marx-Engels defendieron posiciones burguesas y democráticas, fue en relación con las tareas históricas aún progresistas e históricamente necesarias, a partir de posiciones comunistas. Por eso seguirán exigiendo el establecimiento de la democracia burguesa incluso después de su "paso al comunismo" en países donde el objetivo era luchar primero contra los regímenes precapitalistas, en primer lugar Alemania, luego contra todos los países del sur y del este de Europa donde las relaciones capital-trabajo todavía eran prácticamente inexistentes.

[33] Engels se refiere al libro *Crítica de la política y de la economía política*, para el cual Marx firmó un contrato con el editor de Darmstadt Leske en febrero de 1845. Esta obra anticipa *sobre El Capital;* el texto inacabado fue publicado bajo el nombre de *Manuscritos de 1844*, llamados manuscritos económico-filosóficos. [Ver en el MIA: *Manuscritos económicos y filosóficos de 1844*]

[34] Engels se refiere a la especificidad del desarrollo histórico de Alemania, y por lo tanto también económico y político, lo que explica que en 1845 todavía no hubiera llevado a cabo su revolución burguesa, a diferencia de países comparables como Inglaterra y Francia. En Alemania, la lucha siempre tendía a alejarse del ámbito de la práctica (política y económica) hacia el nivel teórico, filosófico o religioso, condenando a los protagonistas a la impotencia y la esterilidad, a menos que se produjera una intervención externa. De ahí la marcada tendencia de los alemanes hacia una visión internacionalista.

Federico Engels: *Discursos de Elberfeld*[35]

I

¡Caballeros!

Como acaban de escuchar y como puedo pensar, es un hecho universalmente conocido que vivimos en el mundo de la libre competencia. Pero examinemos más de cerca esta libre competencia y el orden social que genera. En la sociedad actual, cada uno trabaja para sí mismo, cada uno sólo busca enriquecerse y no se preocupa en lo más mínimo por lo que hacen los demás. No se trata de una organización racional, y ni siquiera podemos hablar de una división del trabajo; por el contrario, cada uno intenta anteponerse al otro e intenta aprovechar la oportunidad favorable para sus intereses privados, y no tiene ni el deseo ni el ocio de pensar que básicamente sus propios intereses coinciden con los de todos los demás hombres. El capitalista privado está en lucha contra todos los demás capitalistas, y el trabajador individual contra todos los demás trabajadores, los capitalistas están luchando contra todos los trabajadores, así como la masa de trabajadores necesariamente, a su vez, está luchando contra la masa de capitalistas. En esta guerra de todos contra todos, en esta anarquía general y en la explotación mutua reside la esencia de la sociedad burguesa actual. Sin embargo, una economía desregulada de este tipo, señores, debe conducir a largo plazo, necesariamente, a los resultados más perjudiciales para la sociedad. El desorden en el que se basa y la falta de interés por el verdadero bien común deben salir a la luz tarde o temprano. La ruina de las clases pequeñoburguesas, de la masa que había constituido la base esencial del estado durante el siglo pasado, es la primera consecuencia de esta lucha. Cada día vemos como esta clase de la sociedad es aplastada por el poder del capital; por ejemplo, el maestro sastre independiente pierde a sus mejores clientes como resultado del desarrollo de talleres de confección, y los ebanistas como resultado del desarrollo de talleres y tiendas de muebles: como los pequeños capitalistas, de miembros de la clase *propietaria*, se transforman en proletarios dependientes que trabajan para otros, en miembros de la clase *privada de propiedad*. La ruina de las clases medias es una de las consecuencias muy deploradas de nuestra tan cacareada libertad de industria. Esto es un resultado necesario de las ventajas que el gran capitalista tiene sobre su competidor que tiene menos; es el signo más enérgico de vida del capital que tiende a concentrarse en pocas manos. Esta tendencia en el capital también ha sido destacada por muchas personas y en general se deplora que la propiedad se acumule más y más en manos de unos pocos cada día que pasa, mientras que la gran mayoría de la nación se empobrece cada vez más. Existe así un creciente antagonismo entre unos pocos ricos, por un lado, y un sinnúmero de pobres, por otro. Este antagonismo ya se ha agravado de forma amenazadora en Inglaterra y Francia, y se agudiza cada día que pasa. Pero mientras mantengamos la base actual de la sociedad, será imposible detener este progreso del enriquecimiento de unos pocos individuos y la

[35] Versión al castellano desde "Discours d'Elberfeld", en Marxistes. Les auteurs marxistes en langue française – Section Française-MIA. Discursos publicados en: *Rheinische Jahrbücher zur gesellschaftlichen Reform*, 1845, Bd. I y pronunciados el 8 y el 15 de febrero de 1845.

pauperización de la gran masa. El antagonismo se agudizará cada vez más, hasta que esta misma tensión obligue a la sociedad a reorganizarse según principios más racionales.

Sin embargo, señores, estas no son todavía todas las consecuencias de la libre competencia. Dado que cada uno produce y consume por cuenta propia, sin preocuparse mucho por la producción y el consumo de los demás, es necesario que se produzca muy rápidamente un desequilibrio flagrante entre la producción y el consumo. Además, dado que la sociedad actual confía la tarea de distribuir los bienes producidos a los comerciantes, especuladores y tenderos, cada uno de los cuales sólo tiene en mente sus propios intereses, el mismo desequilibrio se producirá también en la distribución de alimentos (aunque ignoremos la imposibilidad de que quienes se ven despojados de toda propiedad obtengan una parte suficiente de ellos) y, por tanto, en última instancia, en la distribución de las producciones. ¿Hemos visto que un fabricante tiene los medios para saber cuántos de sus productos son necesarios en un mercado particular, e incluso si pudiera saberlo, cuántos de sus competidores enviarían sus productos a cada uno de estos mercados? En la mayoría de los casos ya no sabe adónde irán los productos que fabrica; ¿cómo podría saber entonces cuántos de sus competidores extranjeros enviarán productos a los mercados en cuestión? No sabe absolutamente nada de todo esto; al igual que sus competidores, fabrica a ciegas y se consuela pensando que otros deberían hacer lo mismo. No hay otro punto de referencia que el nivel siempre cambiante de los precios. Para los mercados lejanos a los que envía sus mercancías, este precio ya ha variado considerablemente entre el momento en que su informante le envió una carta con estos datos y el momento en que las mercancías se envían o incluso llegan al mercado. A falta de una regulación de la producción, también es natural que en un momento dado se produzca una congestión del tráfico, y este debe ser tanto más importante cuanto más avanzada esté la industria. Por lo tanto, Inglaterra ofrece los ejemplos más llamativos a este respecto. Debido a la amplitud y sofisticación del tráfico, así como a los numerosos especuladores y casamenteros que se interponen entre el fabricante industrial y los consumidores reales, es aún más difícil para los industriales ingleses que para los alemanes saber algo sobre la relación entre las existencias y la producción, por una parte, y el consumo, por otra. El fabricante tiene que abastecer casi todos los mercados del mundo, pero casi nunca sabe adónde van a parar sus productos. Por eso, dada la enorme capacidad de producción de la industria inglesa, todos los mercados están repentinamente sobresaturados. La circulación se bloquea, las fábricas sólo trabajan a tiempo parcial o no trabajan en absoluto, a esto le sigue una serie de quiebras, hay que liquidar las existencias a precios bajos, y una gran parte del capital acumulado con gran dificultad se pierde de nuevo como resultado de una crisis comercial de este tipo. En Inglaterra, desde principios de este siglo, hemos tenido toda una serie de estas crisis comerciales, y durante los últimos veinte años hemos tenido una cada cinco o seis años. Estas últimas (las de 1837 y 1842) están todavía claramente escritas en la memoria de la mayoría de ustedes. Y aunque nuestra industria fuera tan grande y sus salidas tan extendidas como las de la industria y el comercio ingleses, veríamos los mismos resultados, mientras que hoy, en nuestro país, el efecto de la competencia en la industria y el tráfico se hace sentir en una depresión general y continua de todas las ramas de actividad, en un estado medio miserable entre el florecimiento dudoso y el declive total, en una situación de congestión moderada, es decir, en la estabilidad.

Caballeros, ¿cuál es la verdadera razón de estos males y desequilibrios? ¿De dónde viene la ruina de la clase media, el brutal antagonismo entre ricos y pobres, el hacinamiento del mercado y el consiguiente despilfarro de capital? No tienen otro

motivo que la dispersión de intereses. Todos trabajamos, pero cada uno por sus propios intereses, sin preocuparnos por el bien de los demás. Pero ¿no es una verdad manifiesta y obvia que el interés, el bien, la felicidad de la vida de cada persona están inseparablemente ligados a los de nuestros semejantes? Debemos reconocer que ninguno de nosotros puede prescindir de nuestros semejantes, que el mero interés nos vincula entre sí y, sin embargo, contradecimos abiertamente esta verdad en nuestras acciones; y, sin embargo, organizamos nuestra sociedad no como si nuestros intereses fueran los mismos, sino como si estuvieran completamente opuestos entre sí. Hemos visto cuáles han sido las consecuencias de este error fundamental; si queremos eliminar estas graves consecuencias, debemos cambiar este error fundamental, y ese es precisamente el propósito del comunismo.

En la sociedad comunista, donde los intereses de unos ya no se oponen a los de otros, sino que se asocian, se elimina la competencia. Es obvio que ya no hablaremos de la ruina de ciertas clases, o incluso ni de las clases en general, de ricos y pobres como se hace hoy en día. En la producción y distribución de los bienes necesarios para la vida, se abolirá el modo privado de adquisición y el objetivo del individuo particular de enriquecerse por su propia cuenta con medios privados, de modo que las crisis de circulación desaparecerán por sí solas. En la sociedad comunista, será fácil conocer tanto la producción como el consumo: tan pronto como sepamos la cantidad que necesita un individuo medio, será fácil calcular la cantidad que necesita un determinado número de individuos, y como la producción ya no estará en manos de unos pocos propietarios privados, sino en las de la comunidad y su administración, será fácil *regular la producción según las necesidades*.

Por lo tanto, vemos que los males esenciales del estado social actual desaparecen en la organización comunista. Sin embargo, si entramos en un poco más de detalle, nos encontramos con que las ventajas de este sistema no se detienen ahí, sino que llegan incluso a eliminar muchos otros de esos males, de los que hoy sólo mencionaremos los males económicos. La estructura actual de la sociedad es ciertamente la menos racional y práctica que se pueda imaginar. El antagonismo de intereses significa que una cantidad significativa de mano de obra se emplea de una manera que no proporciona ningún beneficio a la sociedad, y una parte considerable del capital se pierde completamente innecesariamente, sin reproducirse.

Basta con observar las crisis económicas. Vemos cómo masas de productos que los hombres han tenido grandes dificultades para realizar son liquidados a precios irrisorios que causan pérdidas al vendedor; vemos que después de las quiebras, masas de capital, que sin embargo habían sido amasadas con dificultad, se escapan de las manos de sus dueños y desaparecen. Pero miremos más de cerca la circulación tal y como se practica hoy en día. ¿Por cuántas manos tiene que pasar cada producto antes de que llegue a las del consumidor real? Así que piensen, caballeros, en los muchos intermediarios y especuladores superfluos que se interponen entre el productor y el consumidor. Vamos a ilustrar esto con un ejemplo: una bala de algodón que fue hecha en Norteamérica. Fluye de las manos del agricultor a las del agente de cualquier puesto comercial en Mississippi, y río abajo a Nueva Orleans, donde se vende (por segunda vez, ya que el agricultor ya la ha vendido al agente) a un especulador, por ejemplo, que a su vez la vende al exportador. Este último, a su vez, la negocia con un comisionista que la compra a crédito, por ejemplo, para una empresa alemana. En estas condiciones, la bala de algodón se transporta a Rotterdam, desde donde sube por el Rin, pasando por una docena de manos, después de haber sido descargada una docena de veces, luego vuelta a cargar de un vehículo a otro, y es sólo entonces cuando llega a las manos, no del consumidor, sino del fabricante, que comienza a transformarla en un producto apto

para su uso, después de haber hecho trabajar su hilado por un tejedor, y después de haber transportado su tejido a la secadora. Luego viene el mayorista y el minorista, que finalmente entrega el producto al consumidor. Y todos estos intermediarios, especuladores, directores de agentes comerciales, exportadores, comisionistas, cargadores, mayoristas y minoristas, que no tienen nada que ver con la mercancía en sí, todos quieren vivir y obtener beneficios, y también lo hacen en promedio, porque de lo contrario no podrían sobrevivir.

Caballeros, ¿no hay una forma más sencilla y económica de transportar una bala de algodón de América a Alemania y poner el artículo fabricado con ella en manos del consumidor real que este desvío a través de una docena de ventas complicadas, innumerables transbordos y viajes de un almacén a otro? ¿No es éste un ejemplo llamativo de este despilfarro múltiple de mano de obra, generado por la dispersión de intereses privados?

En la sociedad sensatamente organizada ya no habrá ninguna cuestión de tal complicación del transporte. Para seguir con nuestro ejemplo, será tan fácil determinar cuánto algodón o productos de algodón necesita una colonia comunitaria, como es de fácil para la administración central saber cuánto necesitan todas las comunidades del país. Una vez que se haya compilado dicha estadística (algo que se puede hacer fácilmente en uno o dos años) bastará con modificar el consumo medio anual simplemente en función del crecimiento de la población. Por lo tanto, es fácil predecir, a su debido tiempo, la cantidad de todos los múltiples productos que necesita la población, y toda esta gran cantidad se pedirá directamente en origen, sin la especulación de intermediarios o almacenamiento y transbordo que no sean los requeridos por la naturaleza física de las comunicaciones: en resumen, con un gran ahorro de mano de obra; ya no habrá necesidad de pagar un beneficio a los especuladores, mayoristas y minoristas.

Pero eso no es todo: de esta manera, estos especuladores e intermediarios no sólo serán inofensivos para la sociedad, sino que también serán útiles para ella. Mientras que hoy en día realizan un trabajo que es una desventaja para todos los demás y, en el mejor de los casos, superfluo aunque les proporcione los medios para vivir, y muy a menudo incluso una gran riqueza; en resumen, aunque hoy en día son directamente perjudiciales para el bien de todos, entonces tendrán las manos libres para una actividad útil y podrán asumir una ocupación en la que no serán miembros hipócritas que holgazanean pretendiendo solamente participar en la comunidad humana, sino que lo harán como miembros activos de la misma.

La sociedad actual pone a cada individuo en un estado de hostilidad contra todos los demás y así genera una guerra social de todos contra todos, que necesariamente toma una forma brutal, bárbara y violenta en todos, especialmente en el individuo inculto, la forma criminal. Para protegerse del crimen y de la violencia pública, la sociedad necesita una enorme y compleja red administrativa y legal, que ocupa una enorme masa de mano de obra. En la sociedad comunista, esto sería infinitamente más sencillo, precisamente (por extraño que parezca) porque en esta sociedad la administración no sólo tendría que ocuparse de unos pocos aspectos, sino de toda la vida social en todas sus múltiples actividades, en todos los sentidos. Al abolir la oposición de cada individuo a todos los demás y sustituir la guerra social por la paz social, estamos hundiendo el hacha en la misma raíz del crimen y, en consecuencia, haciendo superflua la mayor parte, si no la abrumadora, de la actividad actual de las autoridades administrativas y judiciales. Los crímenes pasionales ya están disminuyendo constantemente en comparación con los crímenes cometidos por cálculo,

por interés: los crímenes contra las personas están disminuyendo mientras que los crímenes contra la propiedad están aumentando.

La civilización en crecimiento ya atempera las violentas explosiones de pasión en la sociedad de hoy que se mantiene en pie de guerra, ¡pero cuánto más lo hará en la sociedad comunista pacífica! La justicia penal desaparecerá por sí sola, al igual que la justicia civil, que se ocupa casi exclusivamente de cuestiones de propiedad o, al menos, de las derivadas del estado de guerra social. Los enfrentamientos ya no pueden ser más que raras excepciones, mientras que hoy en día son la consecuencia natural de la enemistad universal: pueden resolverse fácilmente mediante arbitraje.

Hoy en día, las autoridades administrativas también encuentran en el estado de guerra permanente la fuente de su ocupación (la policía y toda la administración están ocupadas en nada más que asegurar que la guerra permanezca oculta, indirecta, que no degenere en violencia abierta, en crímenes). Pero si es infinitamente más fácil mantener la paz que mantener la guerra dentro de ciertos límites, será infinitamente más fácil administrar una sociedad comunista que una sociedad competitiva. Y si la civilización ya ha enseñado a la gente hoy en día a buscar sus intereses manteniendo al mismo tiempo el orden público, la seguridad y la estabilidad, y por lo tanto a prescindir de la policía, la administración y la justicia si es posible, ¡cuánto más lo veremos en una sociedad en la que la comunidad de intereses es elevada a principio fundamental, en la que el interés público ya no es distinto al del individuo! Lo que ya está sucediendo hoy *a pesar* de la organización actual de la sociedad, ¡cuánto más veremos cuando las estructuras sociales ya no representen tantos obstáculos, sino apoyos! También en este nivel se puede esperar un aumento considerable del número de fuerzas productivas que el orden social actual de la sociedad deduce de la propia producción.

Una de las instituciones más caras, de la que la sociedad actual no puede prescindir, son los ejércitos permanentes, que arrebatan a la nación la parte más vigorosa y eficaz de la población y obligan a otra parte a mantener a los que se han vuelto improductivos. El presupuesto estatal de nuestro propio país nos dice lo que nos cuesta el ejército permanente: veinticuatro millones al año y la retirada de doscientas mil vigorosas manos del proceso de producción.

En la sociedad comunista, a nadie se le ocurriría mantener un ejército permanente. ¿Cuál es el punto, de hecho? ¿Mantener el orden dentro del país? Como acabamos de decir, a nadie se le ocurriría perturbar esta paz interior. Si tememos las revoluciones, es porque sabemos que son la consecuencia inevitable de la oposición de los intereses existentes. Sin embargo, cuando los intereses de todos coinciden, no puede haber tal temor. ¿Para iniciar una guerra de agresión? ¿Cómo podría una sociedad comunista emprender una guerra de agresión, cuando sabe perfectamente que sólo perdería hombres y capital, cuando a lo sumo ganaría unas pocas provincias reacias, es decir, un desorden de su orden social?

¿Para empezar una guerra de defensa? Para ello no necesita un ejército permanente, ya que es fácil entrenar a cualquier hombre sano en la sociedad, no sólo en sus diversas ocupaciones, sino también en el arte militar, siempre que se trate de defender el país y dejar de lado los ejercicios de puro desfile. Y pensad, pues, señores, que en el caso de una guerra que sólo podría producirse *contra naciones anticomunistas*, el miembro de tal sociedad tendría que defender una *verdadera* patria, un *verdadero hogar*, es decir, luchar con el entusiasmo, la tenacidad y el coraje contra los que la formación mecánica de un ejército moderno volaría en mil pedazos. Pensemos, pues, en los milagros realizados por el entusiasmo de los ejércitos revolucionarios de 1792 a 1799, y sin embargo sólo lucharon por una *ilusión*, un *simulacro de patria*, y hay que estar de acuerdo en la extraordinaria fuerza de un

ejército que no lucha por ilusiones, sino por una realidad tangible. Estas incontables masas de mano de obra que los ejércitos están tomando ahora de los pueblos civilizados volverían a trabajar en una sociedad comunista: no sólo producirían todo lo que necesitan, sino que también podrían proporcionar a los almacenes públicos más productos de los que su mantenimiento requiere.

Un desperdicio aún peor de fuerzas productivas es evidente en la sociedad actual en la forma en que los ricos explotan su situación social. No quiero hablar de este innumerable lujo, perfectamente inútil y literalmente ridículo, que tiene su origen en la obsesión por destacar y que requiere una gran cantidad de mano de obra. Caballeros, ¿por qué no entráis en la casa, en el santa sanctórum de un hombre rico, y me decís si no hay el más absurdo derroche de mano de obra, ya que muchos hombres son acaparados para servir a una sola persona y a su ociosidad, o peor aún, se dedican a tareas que tienen su fuente en el aislamiento de cada individuo dentro de sus cuatro paredes? Toda esta multitud de sirvientes, cocineros, criados, cocheros, lacayos, jardineros y toda esta gente, ¿qué están haciendo realmente? Todas estas personas sólo están muy ocupadas *por unos instantes* al día haciendo que la vida de su jefe sea *verdaderamente agradable*, facilitando el libre desarrollo y ejercicio de su naturaleza humana y sus fortalezas innatas. ¡Durante *cuántas horas* la gente sólo se dedica a tareas que tienen su causa en la organización malvada de nuestras condiciones sociales! ¿Y qué decir de los que están detrás del coche, al servicio de los pasatiempos de sus jefes o siguiéndolos portando caniches y otras porquerías ridículas? En una sociedad racionalmente organizada, en la que todos están en condiciones de vivir sin tener que hacer tareas para satisfacer los caprichos de los ricos, ni caer en ellos mismos, esta misma mano de obra, tan desperdiciada hoy en día, puede ser utilizada para dar lujo en beneficio de todos y cada uno.

Otro despilfarro de la fuerza de trabajo en la sociedad actual se produce directamente como resultado de la competencia, creando un gran número de trabajadores sin pan, que *quisieran* trabajar pero *no pueden encontrar* trabajo. De hecho, la sociedad no está organizada en absoluto de manera que pueda informarse sobre el uso efectivo de la fuerza de trabajo, ya que deja en manos de cada uno la búsqueda de una fuente de ingresos. En estas condiciones, es bastante normal que muchos trabajadores se encuentren con las manos vacías en la distribución del trabajo útil o aparentemente útil. Más aún cuando la lucha por la competencia empuja a cada individuo a vender sus fuerzas al máximo, a explotar todas las ventajas de que dispone, y cuando la mano de obra cara es sustituida por otra más barata, para la que la civilización creciente ofrece cada vez más medios cada día (o, en otras palabras, cuando cada individuo debe trabajar para privar a los demás del pan, para mantener a los demás alejados del trabajo de una u otra manera). Bajo estas condiciones, en toda sociedad civilizada hay una gran masa de desempleados que quieren trabajar pero no encuentran trabajo. Sin embargo, esta masa resulta ser mayor de lo que generalmente se cree. Encontramos a estas personas, en parte, *prostituyéndose* de una manera u otra, mendigando, barriendo las calles, recostadas en las esquinas de las calles, manteniendo sus cuerpos y mentes vivas con mil penas haciendo ocasionalmente pequeños trabajos y servicios, para manipular y ofrecer de puerta en puerta cada pequeño artículo imaginable (o, como hemos visto esta noche, pobres niñas yendo de un lugar a otro con sus instrumentos musicales, tocando y cantando por dinero, forzadas a dejarse insultar por la primera persona que llega, simplemente para ganar unos pocos centavos). Quiero decir, ¡cuántas de ellas han caído en la prostitución! Caballeros, el número de personas sin pan que no tienen otra alternativa que prostituirse de una u otra manera es muy grande (nuestra beneficencia podría dar fe de ello).

Y no olviden que la sociedad sigue alimentando a estas personas de una manera u otra, aunque las trata como inútiles. Por lo tanto, si la sociedad los apoyase, también debería preocuparse de que estas personas desempleadas se ganasen la vida *dignamente*. Pero *eso* no puede hacerlo nuestra sociedad competitiva.

Señores, si admiten todo esto (y podría darles toda una serie de ejemplos de cómo la sociedad actual está desperdiciando su mano de obra), reconocerán que la sociedad humana tiene una sobreabundancia de mano de obra que espera que sólo se ponga en marcha una organización racional y una distribución coherente en beneficio de todos. Señores, ustedes pueden juzgar por esto lo poco justificado que está el temor de que una distribución justa de la actividad social pueda tener el efecto de que recaiga sobre cada individuo tal carga de trabajo que no pueda dedicarse a otra cosa. Por el contrario, podemos suponer que con una organización de este tipo las horas de trabajo actualmente en vigor para todos podrían reducirse a la mitad, aunque sólo sea utilizando mano de obra que no se utiliza o que se aplica de forma improductiva.

Sin embargo, las ventajas que ofrece la organización comunista debido al uso de mano de obra desperdiciada, *estas ventajas no son todavía las más significativas*. La mayor economía de la fuerza de trabajo reside en la combinación de *fuerzas individuales*, transformadas así en una fuerza social colectiva, y en la organización basada en esta concentración de fuerzas que antes se oponían entre sí. En este punto estoy de acuerdo con las propuestas del socialista inglés Robert Owen, porque son las más prácticas y, al mismo tiempo, las más elaboradas. En lugar de los actuales pueblos y ciudades con sus casas en orden opuesto y disperso, Owen propone la construcción de grandes palacios, construidos en una plaza de unos 1.650 pies de ancho, incluyendo un gran jardín y capaz de acomodar cómodamente de dos a tres mil personas. Es obvio que un edificio de este tipo, aunque ofrece a sus ocupantes el confort de las mejores viviendas actuales, es más barato y más fácil de construir que las viviendas unifamiliares, diseñadas por el sistema actual para un número equivalente de personas y normalmente construidas de forma mucho peor. Las numerosas habitaciones de casi todas las casas adecuadas que están vacías u ocupadas sólo una o dos veces al año se pueden retirar sin ningún tipo de inconveniente. Del mismo modo, el ahorro de espacio será importante, ya que no habrá necesidad de despensa, sótanos y otros almacenes.

Sin embargo, consideremos los detalles del orden interno de este edificio. Entonces veremos claramente los beneficios de la comunidad. ¡Cuánto trabajo y materias primas se están desperdiciando en la economía actual de los hogares dispersos, por ejemplo, en la calefacción! Necesitamos una estufa separada para cada habitación. Sin embargo, cada estufa debe ser cargada por separado, mantenida en condiciones de funcionamiento y vigilada. El combustible debe ser llevado a todos estos diferentes lugares, luego las cenizas deben ser retiradas. ¿No sería más sencillo y barato, y en mucho, sustituir estos calefactores dispersos por un magnífico sistema de calefacción colectiva, por ejemplo, con un sistema de tuberías de vapor y un único centro de calefacción, como ya ocurre en grandes edificios públicos, fábricas, iglesias, etc.?

Tomemos también el ejemplo de la iluminación de gas. Esto sigue siendo caro en este momento, ya que también hay que colocar tubos relativamente delgados en el suelo. Debido a la inmensa superficie que debe iluminarse en nuestras ciudades, estos tubos alcanzan una longitud desmesurada, mientras que en la instalación propuesta por Owen todo se concentra en un cuadrado de 1.650 pies; siendo el número de llamas del gas a quemar igual de grande, el resultado es por lo menos tan interesante como en una ciudad mediana.

Consideremos ahora la preparación de las comidas. ¡Estamos asistiendo a un enorme despilfarro de locales, productos y mano de obra en la actual economía

fragmentada, en la que cada familia prepara sus pequeñas comidas, tiene su propia vajilla separada, necesita una cocinera permanente, debe obtener suministros privados en el mercado, en la huerta, en la carnicería, en la panadería! Se puede asumir tranquilamente que dos tercios de la fuerza laboral que se dedica a estas tareas podrían salvarse si estas comidas se preparasen y sirvieran colectivamente, mientras que el tercio restante podría utilizarse para llevar a cabo estas tareas con más cuidado y atención que en las condiciones actuales. Y finalmente ¡las tareas domésticas! ¿No será infinitamente más fácil mantener limpio y en buenas condiciones un edificio de este tipo si (como es fácil de hacer) este tipo de trabajo también se organiza y se distribuye de forma más juiciosa que en las doscientas o trescientas casas particulares que, en el orden actual, proporcionan alojamiento a un número similar de habitantes?

Estos, caballeros, son sólo algunos de los inmensos beneficios económicos que deben derivarse de la organización comunista de la sociedad humana. No es posible para nosotros, en pocas horas y en pocas palabras, explicarles nuestros principios y motivarlos como debe ser en cada detalle. Pero esa no es nuestra intención. No podemos y no haremos más que explicar ciertos aspectos de la misma, y animar a quienes no tienen todavía claro el tema a que lo estudien. Lo que deseamos es, como mínimo, haberles hecho comprender esta tarde que el comunismo no va contra la naturaleza, la razón o el corazón humanos, ni es una teoría que, sin ningún apoyo en la realidad, simplemente tendría sus raíces en la imaginación.

Se nos preguntará cómo se puede aplicar esta teoría en la realidad, y qué medidas proponemos para preparar su aplicación. Hay varias maneras de lograr este objetivo: los ingleses comenzarán verosímilmente construyendo unas cuantas colonias y darán a todos la opción de entrar o no en ellas. Los franceses, por otro lado, ciertamente prepararán y establecerán el comunismo a escala nacional. Dada la novedad del movimiento social en Alemania, todavía hay poco que decir sobre la forma en que los alemanes se involucrarán en él. Por el momento, me gustaría mencionar sólo uno de los muchos medios posibles de esta preparación, porque se ha debatido varias veces en los últimos tiempos, a saber, la aplicación de tres medidas que necesariamente deben tener como consecuencia la práctica del comunismo.

La primera sería la *educación universal* de todos los niños sin excepción a expensas del estado, una educación que sería igual para todos y continuaría hasta el momento en que el individuo pudiera comportarse y actuar como miembro autónomo de la sociedad. Esta medida sólo sería un acto de justicia hacia nuestros hermanos y hermanas privados de medios, ya que todo hombre tiene un derecho evidente al pleno desarrollo de sus capacidades, y la sociedad comete una doble ofensa contra los individuos cuando hace de la ignorancia una consecuencia necesaria de la pobreza. Es obvio que la sociedad se beneficia más de los miembros educados que de los miembros ignorantes y frustrados, y si un proletariado educado (como es de esperar) no está dispuesto a permanecer en la situación inferior en la que se encuentra nuestro actual proletariado, se puede esperar, sin embargo, que una clase obrera *educada* espere con calma y serenidad la transformación necesaria y pacífica de la sociedad. Pero es obvio que el proletariado *no instruido* no quiere permanecer en la situación en que se encuentra, y esto es lo que los recientes disturbios en Silesia y Bohemia demuestran para Alemania, por no mencionar a otros pueblos.

La segunda medida sería una *reorganización total del sistema de asistencia pública*. Todos los ciudadanos privados de pan deben establecerse en colonias, en las que se les empleará en actividades agrícolas e industriales, organizando su trabajo en beneficio de toda la colonia.

Hasta ahora, el capital de la administración de la asistencia pública se ha prestado con intereses, dando así los ricos medios adicionales para explotar a los que están despojados de toda propiedad. Que se permita que este capital trabaje verdaderamente de una vez por todas en beneficio de los pobres, y que todo el producto de este capital se utilice para los pobres, y no sólo el interés del tres por ciento, ¡ofreciendo así un maravilloso ejemplo de la combinación del capital y el trabajo! En estas condiciones, la mano de obra de todos los que carecen de pan se emplearía en beneficio de la sociedad; los pobres desmoralizados y disminuidos serían hombres morales, independientes y activos, y podrían manifestarse muy rápidamente bajo una luz envidiable para los trabajadores parcializados; y esto iniciaría una reorganización decisiva de la sociedad.

Sin embargo, para ambas medidas se necesita dinero. Para unirlo y al mismo tiempo reemplazar el actual sistema de impuestos injustamente distribuidos, el mismo plan de reforma propone un impuesto progresivo general sobre el capital; su tasa aumentaría con el volumen de capital. De este modo, la carga de la administración pública sería soportada por todos en función de sus capacidades y, a diferencia de lo que se ha hecho hasta ahora en todos los países, no recaería principalmente sobre los hombros de los que están en peores condiciones de pagar. Básicamente, el principio de imposición es comunista, porque el derecho a recaudar impuestos se deduce en todos los países de la llamada propiedad nacional. O bien la propiedad privada es sacrosanta y no hay propiedad nacional, y entonces el estado no tiene derecho a recaudar impuestos; o bien el estado tiene ese derecho, y entonces la propiedad nacional está por encima de la propiedad privada, y el estado es el verdadero propietario. Este último principio es universalmente reconocido (básicamente, señores, por el momento sólo pretendemos que el estado se declare propietario universal y, por lo tanto, administre los bienes públicos para el bien público) y que, como primer paso en esta dirección, introduzca un método de tributación que tenga en cuenta la capacidad de cada uno para pagar los impuestos y el verdadero beneficio público.

Por lo tanto, caballeros, no se trata de introducir la comunidad de bienes de la noche a la mañana y en contra de la voluntad de la nación, sino sobre todo de fijar el *objetivo*, las *vías* y medios gracias a los cuales podemos conseguirlo. El principio del comunismo es, en cualquier caso, el principio del futuro, como lo demuestra la historia del desarrollo de las naciones civilizadas, la creciente disolución de todas las instituciones sociales actuales, así como la sana razón humana y especialmente el corazón humano.

II

Durante nuestra última reunión, se me reprochó apoyar mis demostraciones con ejemplos y documentos de países extranjeros solamente, incluyendo Inglaterra. Se ha dicho que Francia e Inglaterra no nos preocupan, que vivimos en Alemania y que nuestra tarea es demostrar que el comunismo es una necesidad y una ventaja para Alemania. Al mismo tiempo, hemos sido criticados por no haber demostrado satisfactoriamente la necesidad histórica del comunismo en general. Esto es perfectamente cierto, pero no fue posible hacerlo de otra manera en una primera presentación. En efecto, una necesidad histórica no puede demostrarse tan rápidamente como la equivalencia de dos triángulos; sólo puede demostrarse mediante el estudio y la profundización de premisas distantes. En cualquier caso, haré todo lo que esté en mis manos para responder a las objeciones que he recibido, y trataré de demostrar que para Alemania, el comunismo, si no era una *necesidad histórica*, es una *necesidad económica*.

Consideremos primero la situación social actual en Alemania. Sabemos que la pobreza es alta entre nosotros. Silesia y Bohemia lo han demostrado suficientemente. *La Gaceta Renana* ha hablado mucho sobre la miseria de las regiones del Mosela y del Eifel. En *Erzgebirge* ha habido una gran pobreza desde tiempos inmemoriales y reina allí constantemente. Los distritos de Senne y Westphalian no están en mejor situación. En todas partes de Alemania, la gente se queja, y, por otra parte, no podemos esperar otra cosa. Nuestro proletariado es numeroso y debe serlo, como vemos incluso observando superficialmente nuestra situación social.

La naturaleza de las cosas es que hay un gran proletariado en los *distritos industriales*. La industria no puede existir sin un gran número de obreros que estén a su completa disposición, que trabajen sólo para ella y renuncien a cualquier otro medio de vida; porque el empleo en la industria hace imposible cualquier otra ocupación, dado el desarrollo de la competencia. Por eso, en todos los distritos industriales hay un proletariado, que es demasiado numeroso y manifiesto para negar su existencia. Sin embargo, todas las partes afirman que no hay proletariado en los *distritos agrícolas*. ¿Pero cómo podría ser posible? En las regiones donde predomina la gran propiedad de la tierra, se necesita un proletariado así; las grandes haciendas necesitan obreros y obreras agrícolas y no pueden existir sin proletarios. En las zonas donde la propiedad de la tierra se divide en parcelas, tampoco es posible evitar el nacimiento de una clase de individuos que no tienen nada: divide la tierra hasta cierto punto, y luego no hay nada más que dividir. Cuando al final sólo uno de los miembros de la familia es suficiente para ocupar la parcela, los otros simplemente tienen que transformarse en proletarios, en obreros sin ninguna posesión. Así que la división ha llegado, en general, a un punto en el que la parcela es demasiado pequeña para alimentar a una familia, y se forma una clase de personas que, como la pequeña clase media de las ciudades, hace la transición de la clase propietaria a la que ya no tiene ninguna propiedad, personas a las que la propiedad retiene de buscar trabajo en otro lugar, pero que, al mismo tiempo, no tienen suficiente para vivir. También hay una gran pobreza en esta clase.

El creciente empobrecimiento de la clase media, del que hablé en detalle hace ocho días, y la tendencia del capital a concentrarse en unas pocas manos demuestran que este proletariado debe aumentar continuamente en número. Ciertamente no necesito volver sobre estos puntos hoy; simplemente observaré que las causas que constantemente generan y multiplican al proletariado seguirán siendo las mismas y tendrán los mismos efectos mientras exista la competencia. En estas condiciones, el proletariado no sólo debe seguir existiendo, sino que también se expandirá cada vez más; incluso debe convertirse en un poder cada vez más amenazador en nuestra sociedad, si queremos seguir produciendo cada uno por su cuenta y en oposición a todos los demás. Sin embargo, un día el proletariado alcanzará un nivel de poder e inteligencia tal que ya no tolerará soportar la carga de todo el edificio social que pesa sobre sus hombros, y exigirá una distribución proporcional de las cargas y beneficios sociales, y entonces (si la naturaleza humana no ha cambiado hasta ahora) no será posible evitar la revolución social.

Esta es una cuestión que nuestros economistas no han abordado hasta ahora. No se preocupan tanto por la distribución como por la producción de la riqueza nacional. Sin embargo, por un momento queremos ignorar el hecho de que (como acabamos de demostrar) una revolución social es, en general, consecuencia de la competencia; nos limitaremos a observar las diversas formas particulares en las que aparece la competencia, así como las numerosas oportunidades económicas a las que se enfrenta Alemania, y veremos cuál debe ser el efecto en cada caso.

Alemania (o, más concretamente, la Unión Aduanera Alemana) aplica actualmente un arancel de comercio ajustado a un término medio. Nuestros derechos de aduana son demasiado bajos para ser verdaderamente protectores, y demasiado altos para garantizar el libre comercio. Por lo tanto, hay tres cosas posibles: o bien nos movemos hacia la plena libertad de comercio, o bien protegemos nuestra industria con derechos de aduana adecuados, o bien mantenemos el sistema actual. Consideremos estos diferentes casos.

Si proclamamos *la libertad de comercio* y eliminamos nuestros aranceles, toda nuestra industria (con la excepción de unos pocos sectores) se arruinará.

En ese caso ya no será cuestión de la hilatura del algodón, el tejido mecánico, la mayoría de las industrias del algodón y la lana, la importante rama de la industria de la seda y casi todas las minas y fábricas de hierro. Los trabajadores de todos estos sectores, después de haber sido repentinamente reducidos al desempleo, serán arrojados masivamente a la agricultura y a las demás ramas de la industria; la pobreza brotaría de todas partes, la concentración de la propiedad en unas pocas manos se aceleraría por tal crisis y, a juzgar por los acontecimientos de Silesia, el efecto de esta crisis sería inevitablemente una revolución social.

En el segundo caso, imponemos *derechos de aduana protectores*. Recientemente se han convertido en los niños de sus ojos de la mayoría de nuestros industriales, y merecen un examen minucioso. El Sr. *List* ha organizado los deseos de nuestros capitalistas en un sistema; me detendré en este sistema, que se utiliza en todas partes como credo. El Sr. List propone un aumento progresivo de los derechos de aduana, que deben aumentar hasta que los fabricantes hayan asegurado el mercado del país; estos derechos de aduana deben permanecer en el mismo nivel durante un período de tiempo y luego disminuir gradualmente hasta que después de varios años cese finalmente toda protección. Supongamos que este plan se aplica y que se decretan derechos de protección. La industria se reactivaría, el capital aún inactivo se precipitaría hacia las empresas industriales, la demanda de obreros, y por lo tanto los salarios, aumentarían, las casas de pobres, la beneficencia, se vaciarían, y se desarrollaría una situación que parecería estar floreciendo. Esto continuará hasta que nuestra industria se haya ampliado lo suficiente para cubrir el mercado *interior*. No podrá seguir expandiéndose porque si, sin protección, no ha podido afirmarse en el mercado interior, no podrá competir con éxito contra la competencia extranjera en mercados neutrales. En este punto, cree el Sr. List, la industria ya sería lo suficientemente fuerte como para necesitar menos protección, y podrían comenzar los recortes arancelarios. Démosle un momento. Se reducen los derechos de aduana. Si no es la primera reducción arancelaria, entonces la segunda o tercera reducirá la protección hasta que la industria extranjera (por decirlo claramente la industria inglesa) pueda competir con la nuestra en el mercado alemán. Esto es exactamente lo que el propio Sr. List quiere. Pero, ¿cuáles serán las consecuencias? A partir de ese momento, la industria alemana debería ser capaz de soportar todas las fluctuaciones y crisis de la industria británica. Tan pronto como los mercados de ultramar se saturasen de productos ingleses (como ocurre precisamente en estos momentos y como lo describe con gran emoción el Sr. List) los británicos verterían todas sus existencias en el mercado alemán, el más cercano al que tienen acceso, y volverían a convertir a los países de la Unión Aduanera Alemana en su "tienda de baratijas". Entonces la industria inglesa saldría de su letargo, porque su mercado es el mundo entero y el mundo entero no puede prescindir de la industria inglesa, mientras que la industria alemana ni siquiera es esencial para el mercado de su país y debe temer en su propia casa la competencia de los ingleses, que sufren por la sobreabundancia de bienes que lanzan sobre sus clientes durante la crisis. Por lo tanto, nuestra industria

debería soportar hasta sus últimas consecuencias los oscuros períodos de la industria inglesa, mientras que sólo podría participar modestamente en sus períodos de esplendor: en resumen, nos encontraríamos exactamente en el punto en el que nos encontramos hoy. Y, para llegar inmediatamente al resultado final, tendríamos el mismo estado de depresión en el que nos encontramos hoy en los sectores que gozan de semiprotección. Entonces vendría el cierre de un establecimiento tras otro, sin que surgieran otros nuevos; nuestras máquinas envejecerían sin que pudiéramos sustituirlas por otras mejores; el estancamiento se convertiría en una regresión y, según el propio Sr. List, los sectores industriales decaerían uno tras otro y, al final, cesarían su actividad. Sin embargo, tendríamos un proletariado numeroso que la industria habría creado y que no tendría medios de subsistencia ni de trabajo (y este proletariado, caballeros, exigiría trabajo y comida de la clase poseedora).

Esto es lo que ocurriría si se rebajaran los derechos arancelarios. Supongamos, pues, que no se rebajan, que siguen siendo los mismos, y que queremos esperar a que la competencia interna de los fabricantes del país los haya hecho ilusorios. La consecuencia sería que la industria alemana se estancaría tan pronto como lograse abastecer plenamente el mercado interior. No serían necesarios nuevos establecimientos, ya que los ya existentes son suficientes para el mercado existente y (como hemos dicho) no se pueden considerar nuevos mercados mientras sea necesaria la protección. Sin embargo, una industria que no está en perpetua expansión tampoco puede mejorar. Sería estacionaria tanto hacia afuera como hacia adentro. No se produciría ninguna mejora en las máquinas: las máquinas viejas no pueden ser desechadas, y para las nuevas no habría nuevos establecimientos donde pudiesen encontrar uso. Mientras tanto, otras naciones progresarían, y el estancamiento de nuestra industria se convertiría en una regresión. Pronto los británicos podrían, gracias a sus progresos, producir tan barato que podrían competir con Alemania en su propio mercado *a pesar* de los aranceles protectores, y dado que, en la lucha contra la competencia como en cualquier otra lucha, las victorias son para el más fuerte, podemos estar seguros de nuestra derrota final. Entonces se confirmaría la hipótesis que hemos mencionado anteriormente: el proletariado artificialmente producido exigiría de los poseedores algo que no podrían dar mientras siguieran siendo dueños exclusivos, y eso es la revolución social.

Ahora supongamos un caso, bastante improbable, a saber, que los alemanes estén logrando, a través de aranceles protectores, elevar su industria al nivel en el que podrían competir con los ingleses sin protección. Supongamos que este caso ocurriera, ¿cuáles serían las consecuencias? Apenas habríamos empezado a competir con los británicos en mercados extranjeros neutrales cuando habría una lucha mortal entre nuestra industria y la de los británicos. Usarían toda su energía para mantenernos fuera de los mercados que habían abastecido anteriormente: se verían obligados a hacerlo, porque serían atacados en la fuente misma de sus vidas, en su punto más sensible. Y con todos los medios a su alcance, con todas las ventajas que les da su centenaria industria, lograrían vencernos. Obligarían a nuestra industria a permanecer dentro de los límites de nuestro mercado y tendría que estancarse, de modo que se confirmaría el mismo hecho que hemos descrito anteriormente: nos estancaríamos, los ingleses progresarían, y nuestra industria, dada su inevitable decadencia, no sería capaz de alimentar al proletariado que hubiese creado artificialmente, y eso es revolución social.

Sin embargo, si derrotamos a los ingleses incluso en mercados neutrales y nos apoderamos de sus mercados uno tras otro, ¿qué habríamos ganado en este caso casi imposible? En el caso más feliz, repetiríamos una vez más la carrera industrial que Inglaterra ha hecho antes que nosotros... para llegar a donde está Inglaterra ahora, en

vísperas de una revolución social. Pero con toda probabilidad, esto no duraría hasta entonces. Las continuas victorias de la industria alemana habrían arruinado inevitablemente a los ingleses y sólo acelerarían en Inglaterra el inminente levantamiento masivo del proletariado contra las clases poseedoras. El rápido aumento del desempleo empujaría a los obreros ingleses a la revolución y (dado el estado actual de las cosas) esa revolución tendría repercusiones considerables en los países del continente, particularmente en Francia y Alemania, donde serían tanto más violentas cuanto que el proletariado artificial producido por la fuerza de la industria alemana sería más numeroso. Tal revolución se convertiría inmediatamente en europea y sacaría brutalmente a nuestros fabricantes de su sueño de un monopolio industrial por parte de Alemania.

Además, está excluido que la industria inglesa y alemana puedan coexistir pacíficamente, simplemente por la existencia de competencia. Cualquier industria, para no ser superada y sucumbir, está obligada (repito) a progresar. Sin embargo, para progresar, debe expandirse, conquistar nuevos mercados y expandirse continuamente a través de la creación de nuevos establecimientos. Dado que, desde la apertura de China, ya no es posible conquistar nuevos mercados, sino simplemente explotar mejor los que ya existen, y que, en consecuencia, la expansión de la industria será más lenta en el futuro que en el pasado, Inglaterra no puede tolerar, hoy mucho menos que ayer, a sus competidores. Para evitar el declive de su propia industria, se vería obligada a aplastar la industria de todos los demás países. Mantener el monopolio industrial no es para Inglaterra sólo una cuestión de mayores o menores ganancias, sino que también se ha convertido en una *cuestión vital* para ella. La lucha por la competencia entre las naciones ya es, en cualquier caso, mucho más dura y decisiva que la lucha entre los individuos, porque es una lucha *concentrada*, una lucha de masas a la que sólo una victoria decisiva de una de las partes (y una derrota decisiva de la otra) puede poner fin. Por eso, una lucha así entre nosotros y los británicos, sea cual sea el resultado, no sería beneficiosa ni para nuestros industriales ni para los industriales ingleses; todo lo que produciría es (como acabo de demostrar) una revolución social.

Así que hemos visto, caballeros, lo que Alemania puede esperar, en cualquier caso, del libre comercio y del proteccionismo. Por lo tanto, sólo nos quedaría una perspectiva económica, a saber: limitarnos a los aranceles de comercio ajustados que existen hoy en día. Pero ya hemos visto cuáles serían las consecuencias: nuestra industria acabaría por arruinarse, sector por sector; los obreros perderían sus puestos de trabajo y, cuando el desempleo alcanzara un cierto nivel, sería la explosión de una revolución contra las clases dominantes.

Como ven, caballeros, lo que he expuesto al principio en términos generales, partiendo de la noción de competencia, se confirma en este caso concreto, a saber: que la consecuencia inevitable de las condiciones sociales actuales es, en cualquier caso, una *revolución social*. Con la misma certeza con la que podemos deducir de los principios matemáticos un nuevo teorema, con la misma certeza podemos concluir de las condiciones económicas existentes y de los principios de la economía política que una revolución social es inminente. Pero echemos un vistazo más de cerca a esta revolución. ¿De qué forma surgirá, cuáles serán sus resultados, cuáles serán sus diferencias con respecto a las violentas revoluciones que se han producido hasta ahora? Una revolución social, caballeros, es algo muy diferente de las revoluciones políticas anteriores. A diferencia de éstas, no se dirige contra la propiedad del monopolio, sino contra el monopolio de la propiedad; una revolución social, caballeros, es una *guerra abierta de los pobres contra los ricos*. Tal lucha pone al descubierto todos los motivos y las causas del conflicto y manifiesta abiertamente sus efectos, que han permanecido oscuros y

ocultos en las profundidades de todos los conflictos históricos del pasado. Pero semejante combate amenaza con ser más violento y sangriento que cualquier otro anterior. El resultado puede ser doble. O bien el partido subversivo sólo se apodera de la apariencia y no de la esencia, de la forma y no de la cosa en sí, o bien ataca el contenido y ataca el mal de raíz. En el primer caso, se permitirá que la propiedad privada permanezca y sólo se hará un reparto, de manera que las causas sigan existiendo, causas que han causado la situación actual y que deben en el más o menos largo plazo reproducir una situación similar y una nueva revolución. Caballeros, ¿esto es posible, sin embargo? ¿Dónde encontramos una revolución que realmente no ha realizado las premisas en las que se basa? La revolución inglesa encarnó los principios religiosos y políticos a los que había dado lugar la violenta oposición de Carlos I; la burguesía francesa, en su lucha contra la nobleza y la antigua monarquía, conquistó lo que quería y eliminó todos los abusos que la habían empujado a la insurrección. Pero, por contra, ¿debería apaciguarse el levantamiento de los pobres antes de que se aboliesen la pobreza y sus causas? Caballeros, esto no es posible, esta hipótesis sería contraria a toda experiencia histórica. Ni siquiera el nivel de desarrollo y de sensibilización de los obreros, especialmente en Inglaterra y Francia, nos permite considerarlo posible. Por lo tanto, sólo queda el otro término de la alternativa, a saber: que la futura revolución social atacará las causas reales de la pobreza y la pobreza, la ignorancia y la delincuencia, y que, por lo tanto, emprenderá una verdadera reforma de la sociedad. Sin embargo, esto sólo puede ocurrir si se proclama el principio comunista. Caballeros, simplemente consideren los pensamientos que agitan a los obreros en países donde los trabajadores también piensan; miren pues a Francia: ¿no son comunistas *todas* las múltiples fracciones del movimiento obrero? Vayan a Inglaterra y escuchen las propuestas de los obreros para mejorar su situación: ¿no se basan todos ellas en el principio de la propiedad común? Miren los diferentes sistemas de reforma de la sociedad: ¿hay alguno que no sea comunista? De todos los sistemas que siguen siendo importantes hoy en día, el único que no es comunista es el de Fourier, que dirigió su atención más a la organización social de la actividad humana que a la distribución de sus productos. Todos estos hechos permiten concluir que una futura revolución social debe conducir a la aplicación del principio comunista y no admite ninguna otra solución.

Si estas deducciones son correctas, caballeros, la revolución social y el comunismo práctico son el resultado necesario de las condiciones bajo las que vivimos hoy. Por lo tanto, debemos centrarnos ante todo en las medidas que nos permitan evitar una ruptura violenta y sangrienta de las relaciones sociales. *Sólo hay un medio* para hacerlo, a saber, mediante el establecimiento pacífico o, al menos, la preparación del comunismo. Así pues, si no queremos una solución sangrienta al problema social, si no queremos que el antagonismo creciente día a día entre la educación y las condiciones de vida de los proletarios llegue a un paroxismo, en el que, según todas nuestras experiencias, la desesperación y la necesidad de venganza resolverán este antagonismo, entonces, caballeros, debemos preocuparnos seria y objetivamente por la cuestión social; debemos tener un corazón que contribuya por nuestra parte a humanizar la situación de los ilotas modernos. Y si a algunos de ustedes les pareció que la promoción de las clases hasta ahora empobrecidas y humilladas no podría llevarse a cabo sin rebajar sus propias condiciones de vida, deberían pensar que se trata de crear *para todos los hombres* una forma de vida tal que cada uno pueda desarrollar libremente su naturaleza humana, que pueda vivir con los demás en condiciones y relaciones humanas, sin tener que temer sacudidas violentas de sus propias condiciones de vida. Además, hay que tener en cuenta que lo que el individuo particular tiene que sacrificar

no es un verdadero disfrute humano de la vida, sino simplemente un simulacro de disfrute generado por las malas condiciones de nuestra vida actual, en definitiva, algo a lo que se opone la propia razón y el corazón de quienes hasta ahora han disfrutado de estos beneficios ilusorios. No queremos destruir la vida verdaderamente humana con todas sus condiciones y necesidades, sino que, por el contrario, queremos realizarla en la práctica. Y aunque ignoren todo esto, piensen seriamente en las consecuencias de nuestra situación actual, en el laberinto de contradicciones y desórdenes al que nos hemos visto abocados, entonces, caballeros, sentirán que realmente vale la pena abordar la cuestión social de forma exhaustiva y seria. Y si pudiera animarle a que lo haga, entonces habré alcanzado plenamente el objetivo de mi discurso.

Carta de Marx a P.-J. Proudhon anunciándole la creación del Comité Comunista de Correspondencia[36]

5 de mayo de 1846

Junto con dos de mis amigos, Friedrich Engels y Philippe Gigot (ambos en Bruselas), hemos organizado una correspondencia regular con los comunistas y socialistas alemanes. Abarca tanto la discusión de problemas científicos y la crítica de todos los escritos populares como la propaganda socialista que puede llevarse a cabo en Alemania por este medio. Sin embargo, el objetivo principal de nuestra correspondencia será conectar a los socialistas alemanes con los socialistas franceses e ingleses[37],

---

[36] Versión al castellano desde "Création du Comité de correspondance communiste", en Karl Marx, Friedrich Engels *Le parti de clase. I. Théorie, activité,* Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 96-99. También para las notas, que no se traducen completas. En Bruselas, a principios de 1846, Marx y Engels fundaron un Comité de Comunista de Correspondencia para reunir en una red internacional a las fuerzas socialistas dispersas en Europa Occidental mediante la colaboración de conocidos socialistas y comunistas. El ala izquierda del cartismo y la Asociación Obrera Alemana de Londres bajo el liderazgo de Schapper aceptaron la oferta, como puede verse en una carta de Harney a Engels (30-3-1846) y en cartas de K. Schapper a Marx (6-6-1846 y 17-7-1846). Pero Marx y Engels pidieron en vano a Étienne Cabet, Pierre-Joseph Proudhon y otros socialistas franceses que colaborasen en su esfuerzo internacional en vísperas de la gran crisis revolucionaria que sacudió a toda Europa en 1848.

El espíritu internacionalista era más vivaz entre los extremistas ingleses y alemanes. Entre estos últimos, Wolff mantuvo contacto con los obreros de Silesia, Georg Weber con los de Kiel, Weydemeyer con los de Westfalia, Naut y Köttgen con los de Elberfeld. Los comunistas de Colonia (Daniels, Bürgers y Karl d'Ester) mantenían correspondencia a intervalos regulares con el comité de Bruselas.

Para Marx-Engels, el objetivo de este comité era obviamente la constitución de un partido proletario revolucionario. Sin embargo, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas y el grado de madurez de la conciencia y la organización, la tarea inmediata era ante todo prepararse y establecer contactos. Para ello, primero era necesario ganarse al programa revolucionario a individuos, grupos o movimientos ya comprometidos políticamente, utilizando medios sencillos, inmediatamente disponibles, tales como correspondencia personal, circulares, resultados ya adquiridos en diarios socialistas o populares a través de los corresponsales interesados por el comité.

En resumen, esta iniciativa debe considerarse como un punto de partida (para ser mantenido y superado en la dinámica del movimiento) y no como un esquema organizativo acabado, una especie de oficina de información y estadística (que Marx y Engels criticaron duramente en el caso de los anarquistas, especialmente después de 1871). En general, es importante evitar encerrar una forma de organización transicional en un esquema rígido de estatutos o a un programa que uno mismo debe hacer estallar para desarrollarse y crecer, lo que siempre lleva a fricciones y choques con la acción y la organización desarrolladas hasta ese momento.

[37] Toda medida organizativa debe insertarse, como acto de voluntad y de sistematización, en una actividad o función ya exigente o en tendencia. Así se corresponde con una necesidad que se desarrolla desde entonces de forma coherente hacia un objetivo determinado. No se debe, pues, al azar que Marx y Engels tomasen la iniciativa de este comité de correspondencia internacional. En Bruselas ya estaban en contacto permanente con los militantes o con los centros comunistas de los trabajadores alemanes que viajaban de un país a otro. Y ya desde hacía algunos años, Marx y, sobre todo Engels, escribían artículos de información y formación: cuando se producía en un país un acontecimiento revolucionario, o interesante para los obreros, en Inglaterra por ejemplo, lo sintetizaban para los obreros del resto de países, Alemania y Francia por ejemplo; más aún, cada vez que eso ocurría extraían enseñanzas teóricas y prácticas para la acción de la clase obrera de todos los países. Tenemos así los artículos publicados en la *Reinische Zeitung*, en el *Schweizerischer Republikaner*, *The New Moral World*, en los *Anales francoalemanes*, en el *Worwärts*, *Deutsches Bürgerbuch für 1845*, en las *Theinische Jharbücher für 1846*,

mantener informados a los extranjeros sobre la agitación y las organizaciones socialistas que operan en Alemania, e informar a los alemanes sobre el progreso del socialismo en Francia e Inglaterra. Así, pueden surgir diferencias de opinión y se puede lograr un intercambio imparcial de ideas y críticas. Este es un paso que el movimiento social debe dar, en su forma de expresión *literaria*, para deshacerse de sus limitaciones *nacionales*. Y, en el momento de la acción, será sin duda muy útil para todos estar informados de la situación en los países extranjeros, así como en el suyo.

Además de los comunistas en Alemania, nuestra correspondencia también incluirá a los socialistas alemanes en París y Londres. Ya hemos establecido las relaciones con Inglaterra; por lo que respecta a Francia, todos creemos que no podemos encontrar allí a un corresponsal mejor que usted: sabe que los ingleses y los alemanes le han apreciado hasta ahora más que sus propios compatriotas[38].

Verá pues que se trata, simplemente, de crear una correspondencia regular y de asegurarse de que dispone de los medios para seguir el movimiento social en los diferentes países, reunir conclusiones ricas y variadas, como nunca se puede lograr con el trabajo de uno solo.

Si desea acceder a nuestra propuesta, los gastos de envío de las cartas que se le enviarán, así como los de las que nos envíe usted, estarán a cargo de nosotros desde aquí, ya que las colectas realizadas en Alemania se destinan a cubrir los gastos de correspondencia.

La dirección a la que se dirigirá aquí es la del Sr. Philippe Gigot, 8, rue de Bodenbroek. También él firmará las cartas desde Bruselas. Huelga decir que toda esta correspondencia requiere un secreto absoluto por su parte; en Alemania, nuestros amigos deben actuar con la mayor cautela, para no comprometerse…

P.D. - Le prevengo contra el Sr. Grün[39] que está en París. Este individuo es sólo un caballero de la industria literaria, una especie de charlatán que busca comerciar con las ideas modernas…

---

en el *Telegraph für Deutschland, The Northern Star,* en la *Deutsche Brüsseler Zeitung, La Réforme, L'Atelier,* etc.

Una vez establecida la relación internacional de información o de contactos con los elementos de los diversos movimientos nacionales, Marx y Engels la mantendrán toda su vida en tanto que pudieron, manteniendo siempre un pie en el movimiento internacional.

38 En su respuesta del 17 de mayo de 1846, Proudhon rechazó la oferta de Marx, declarando que era hostil a los métodos revolucionarios de combate y al comunismo.

39 Marx y Engels publicaron varias declaraciones contra Karl Grün en los *Deutsche Brüsseler Zeitung* y *Triersche Zeitung* de abril de 1847, y luego en el *Westphälisches Dampfboot* de septiembre de 1847. Dedicaron un capítulo de *La ideología alemana* a la crítica del libro de Grün, capítulo titulado "Karl Grün: "El movimiento social en Francia y Bélgica" (Darmstadt, 1845) o la historiografía del verdadero socialismo".

Carlos Marx y Federico Engels: *carta del Comité Comunista de Correspondencia de Bruselas a G. A. Köttgen*[40]

15 de junio de 1846

A G. A. Köttgen para transmitir en comunicación

Nos apresuramos a responder a su petición de hace unos días: compartimos plenamente su opinión de que los comunistas alemanes deben salir del aislamiento y la dispersión en que se encontraban hasta ahora y establecer relaciones regulares y sostenidas entre ellos, igual que se siente vivamente la necesidad de sociedades de lectura y debate. En efecto, en primer lugar los comunistas deben darse cuenta claramente de sus propias posiciones, lo que no se puede lograr sin reuniones regulares para discutir los problemas comunistas[41]. Dicho esto, estamos totalmente de acuerdo con usted en la necesidad de preparar libros y folletos baratos y comprensibles con contenido comunista.

Usted reconoce la necesidad de continuar contribuyendo con pequeñas cantidades de dinero regularmente. Sin embargo, por nuestra parte tenemos que rechazar su propuesta de que estas contribuciones se utilicen para apoyar a quienes escriben y proporcionarles una vida libre de miserias. Creemos que estas contribuciones sólo deberían utilizarse para cubrir los costes de impresión de folletos y volantes comunistas baratos, así como los costes de la correspondencia, incluida la correspondencia enviada al extranjero. Será necesario establecer un nivel mínimo de cotización mensual, de manera que en todo momento sea posible determinar de un vistazo y con certeza lo que se puede utilizar para las necesidades colectivas. Además, es importante que nos facilite los nombres de los miembros de su asociación comunista, (ya que se necesita saber con qué tipo de personas estamos tratando, al igual que sabe usted en lo concerniente a nosotros). Por último, esperamos que nos diga el importe de sus aportaciones mensuales para cubrir las necesidades colectivas, ya que tenemos que empezar a imprimir algunos folletos populares lo antes posible. Comprenderá usted fácilmente que estos folletos no se pueden publicar en Alemania: no es necesario que se lo demostremos.

En realidad, usted se hace grandes ilusiones sobre el Parlamento Federal, el Rey de Prusia[42], las instancias de distrito, etc. Un manifiesto sólo podría tener efecto si ya existiera un partido comunista fuerte y organizado en Alemania, pero no es así. Una petición sólo tiene sentido si también se presenta como una amenaza, detrás de la cual hay una masa compacta y organizada. Todo lo que puedes hacer (en caso de que las

[40] Versión al castellano desde "Lettre du Comité de correspondance communiste de Bruxelles à G.A. Köttgen", en Marx y Engels *Le parti de clase. I. Théorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973 páginas 99-102. También para las notas.

[41] No se exagera nunca bastante la importancia de las reuniones y la presencia física de los camaradas, incluso cuando hay dificultades de idioma.

[42] El rey de Prusia, que tenía todo el interés en hacer la vida difícil a la naciente burguesía, estaba a favor de las demandas de los obreros. Marx había revelado el significado de estas maniobras e indicado todos sus límites en sus "Notas Críticas al artículo de Ruge *El rey de Prusia y la reforma social*" (*Vorwärts*, 7-8-1844)

condiciones en su distrito se presten a ello) es implementar una petición con imponentes y *numerosas* firmas de obreros.

No creemos que sea el momento de celebrar un congreso comunista. Sólo cuando las asociaciones comunistas se hayan extendido por toda Alemania y hayan implementado los medios para su acción, los delegados de las distintas asociaciones podrán reunirse en un congreso con perspectivas de éxito. Esto no será posible hasta el año que viene.

Hasta entonces, el único medio de acción común será el intercambio de puntos de vista y aclaraciones a través de la correspondencia regular.

Desde aquí, ya intercambiamos correspondencia de vez en cuando con los comunistas ingleses y franceses, así como con los comunistas alemanes en el extranjero. Cada vez que recibamos informes sobre el movimiento comunista en Inglaterra y Francia y, en general, cada vez que conozcamos algo, se lo comunicaremos a ustedes.

Por favor, facilítenos una dirección *segura* (y no mencione más el nombre de G. A. Köttgen, por ejemplo, en palabras en el reverso, de forma que, tanto el remitente como el destinatario, puedan ser identificados inmediatamente).

Escribanos a la dirección *muy segura* que aquí tiene:

Sr. Philippe Gigot, 8, rue de Bodenbroek, Bruselas.

Carlos Marx, Federico Engels, P. Gigot y F. Wolff

P.D. Weerth, actualmente en Amiens, le saluda.

Si usted llevase a cabo su proyecto de petición eso no le llevaría más que a proclamar abiertamente la debilidad del partido comunista y comunicar al gobierno los nombres de aquellos a quienes debería vigilar de cerca. Si no puede establecer una petición obrera con al menos quinientas firmas, actúe más bien como la burguesía de Tréveris cuando exige la institución de un impuesto progresivo sobre la renta: si la burguesía local no se une a ellos, pues bien, únase a ellos por el momento en las manifestaciones públicas; actúe de manera jesuítica; deje caer la honestidad tradicional alemana, la fidelidad sentimental y la tranquila firmando y activando las peticiones burguesas por la libertad de prensa, la constitución, etc. Si todo esto sucede en la práctica, es el amanecer de una nueva era para la propaganda comunista. Los medios de acción se multiplicarán para nosotros y se zanjará el antagonismo entre la burguesía y el proletariado. En un partido, hay que apoyar todo lo que ayude a hacer avanzar el movimiento, y en este punto no hay que ser tedioso con escrúpulos morales.

Además, debe elegir un comité permanente para la correspondencia que se reúna por un período determinado para desarrollar y discutir las cartas a enviarnos. De lo contrario, el asunto se llevará de forma desordenada. Elija al que considere más capaz de preparar las cartas. Las consideraciones y cuestiones personales deben ser descartadas, porque eso es lo que lo arruina todo. Por supuesto, háganos saber los nombres de los miembros del comité. Salud.

Federico Engels*: Carta al Comité Comunista de Correspondencia de Bruselas*[43]

París, 23 de octubre de 1846

Acerca del asunto con los Straubingers de aquí, no hay mucho que decir. Lo principal es que las diversas diferencias que hasta ahora he debido discutir con los muchachos ya han sido arregladas; Papa Eisermann, el principal partidario y discípulo de Grün, ha sido separado, la influencia del resto sobre la masa de los Straubingers ha sido completamente vencida, y conseguí una resolución unánime contra ellos.

En resumen, esto es lo que ocurrió:

El proyecto de la Asociación Proudhon fue discutido durante tres noches. Al comienzo tuve a casi toda la camarilla en mi contra, pero al final solo Eisermann y los otros tres partidarios de Grün. El punto principal fue probar la necesidad de la revolución por la fuerza, y en general demostrar que el "verdadero socialismo" de Grün (que ha tomado nuevo impulso con la panacea de Proudhon) es antiproletario, pequeñoburgués, straubingeriano. Al final me puse furioso con la perpetua repetición de los mismos argumentos por parte de mis opositores, y llevé un ataque directo contra los Straubingers, lo que provocó gran indignación entre los grünistas, pero en cambio me permitió atraer al noble Eisermann a un ataque abierto contra el comunismo. Cuando terminó le di una paliza tan despiadada que no volvió a la carga.

Entonces hice uso de la agarradera que me había dado Eisermann (el ataque al comunismo), tanto más por cuanto Grün intrigaba constantemente, merodeando los talleres, convocando gente para los domingos, etc., etc., y el domingo siguiente a la mencionada sesión cometió él mismo la estupidez ilimitada de atacar al comunismo en presencia de ocho o diez Straubingers. Por eso anuncié que antes de tomar parte en otras discusiones debíamos votar si habíamos de reunirnos aquí como comunistas o no. En el primer caso, debía procurarse que no se repitieran ataques contra el comunismo tales como el de Eisermann; en el segundo caso, si se trataba simplemente de individuos extraviados que discutían cualquier cosa que les pasara por la cabeza, yo no daría un centavo por ellos y no volvería a concurrir. Esto horrorizó mucho a los grünistas: ellos se reunían "para bien de la humanidad", para su propio esclarecimiento, ellos eran espíritus progresistas y no unilaterales, eran intelectuales, etc., etc., y no era posible llamar "individuos extraviados" a personas tan dignas. Más aún, ellos debían saber primero lo que era en realidad el comunismo (¡estos perros, que durante años se han dicho comunistas y sólo han desertado por miedo a Grün y Eisermann, quienes se han arrastrado entre ellos utilizando como pretexto el comunismo!). Naturalmente que no me dejé atrapar por su simpático pedido de contarles, en dos o tres palabras, a ellos, ignorantes, lo que es el comunismo. Les di una definición extremadamente simple. No comprendía más que los puntos particulares en discusión y, partiendo de la comunidad de bienes, excluía la actitud pacífica, tierna o considerada para con la burguesía, incluyendo a los Straubingers y, finalmente, a la compañía proudhoniana con su conservación de la propiedad individual y lo que de ella deriva. Más aún, dicha

[43] Tomado de "Carta al Comité de Correspondencia de Bruselas", en Archivo Marx-Engels de la Sección en español del MIA.

definición no contenía nada que pudiera dar pie a digresiones y evasiones de la votación propuesta. Por ello definí los fines de los comunistas de esta manera: 1) Hacer triunfar los intereses del proletariado en oposición a los de la burguesía; 2) Hacer esto por medio de la abolición de la propiedad privada y su sustitución por la comunidad de bienes; 3) No reconocer otro medio de lograr estos objetivos que una revolución democrática por la fuerza.

Esto se discutió durante dos noches. En la segunda el mejor de los tres grünistas, al observar la disposición de ánimo de la mayoría, se puso completamente de mi parte. Los otros dos se contradijeron constantemente sin advertirlo. Varios mozos que hasta entonces nunca habían hablado, abrieron de pronto la boca y se pronunciaron bastante decididamente a mi favor. Hasta entonces solo Junge lo había hecho. Algunos de estos hombres nuevos, aunque temblaban por temor de parecer presumidos, hablaron bastante bien y en general parecen ser mentes bastante sanas. En definitiva, cuando llegó la votación, la reunión se declaró comunista en el sentido de la definición dada anteriormente, por trece votos contra los dos que seguían siendo leales grünistas (uno de los cuales explicó después que tenía el más vehemente deseo de convertirse).

Esto por lo menos despejó el campo y ahora se puede empezar a hacer algo de los muchachos, en la medida de lo posible. Grün, quien se libró fácilmente de su preocupación pecuniaria debido a que sus principales acreedores eran estos mismos grünistas, sus principales partidarios, ha quedado ahora muy desacreditado ante la mayoría e incluso ante un sector de sus partidarios, y a pesar de todas sus intrigas y experimentos (por ejemplo, yendo de gorra a reuniones en las barriéres[44], etc., etc.) ha tenido un fracaso de primer orden con su Sociedad Proudhon. Aun cuando yo no hubiera estado presente, nuestro amigo Ewerbeck habría arremetido contra ello de cabeza…

[44] “Barriéres”: los distritos que rodeaban las puertas y fortificaciones de París, eran el refugio preferido por los obreros para las diversiones, reuniones, etc., dominicales.

Federico Engels: carta a Marx[45]

Diciembre de 1846

El asunto con los londinenses es aburrido precisamente a causa de Harney, y porque eran los únicos comunistas utópicos entre los artesanos alemanes con los que se podía intentar un acercamiento inmediato y sin segunda intenciones[46]. Si no quieren, bueno, no queda más que dejarlos caer. En cualquier caso, nunca se está seguro de que no vuelvan a lanzar discursos miserables como los que enviaron al Sr. Ronge o a los proletarios en Schleswig-Holstein[47]. Sin hablar de los eternos celos que sienten por nosotros, los "intelectuales". Además, tenemos dos métodos a nuestra disposición para deshacernos de ellos en caso de que se levanten: romper con ellos directamente, o simplemente cerrar la boca con la correspondencia. Yo optaría por esta última solución, si su última carta admite una respuesta que, sin golpearlos de frente, sea lo suficientemente suave como para eliminar cualquier deseo de que se manifiesten demasiado rápidamente. Entonces podemos esperar un lapso de tiempo antes de contestar su carta, y mientras ellos remolonean con la correspondencia, dos o tres cartas bastarán para adormecer completamente a estos caballeros.

No tenemos un órgano de prensa, y si lo hay, no son ellos los que escriben; ¿no se contentan con hacer proclamaciones de vez en cuando que ni siquiera llegan a las personas afectadas y que a nadie le importan? Cuando ataquemos el comunismo de los artesanos, podremos utilizar sus hermosos documentos; como la correspondencia está en espera, todo será perfecto: la ruptura será gradual, sin explosión. Mientras tanto, nos arreglaremos tranquilamente con Harney, asegurándonos de que *ellos* nos deben una respuesta (lo que no dejarán de hacer si los hemos hecho languidecer durante seis a diez semanas), y luego los dejaremos gritar. Una ruptura abierta con ellos no nos daría ninguna ventaja o gloria.

Las disputas *teóricas* con estas personas son casi imposibles, ya que no tienen ninguna teoría, excepto la teoría de sus reticencias hacia nosotros cuando les damos

---

[45] Tomado de Marx y Engels, *Le parti de clase. I. Théorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1873. También para las notas.

[46] Engels se refiere a una disputa (menor pero significativa) que surgió entre la Liga de los Justos de Londres y Marx-Engels, ya que al fin de cuentas se producirá el acercamiento cuando la Liga les propondrá unirse y contribuir a su reorganización y a la elaboración de su programa. De hecho, la Liga de Londres había emitido una proclama expresando su desconfianza hacia la "gente educada", en otras palabras, hacia los teóricos del socialismo científico moderno, y en particular hacia Marx-Engels. Además, propuso la convocatoria de un congreso comunista en mayo de 1847, para poner fin a las diferencias ideológicas dentro del movimiento comunista. Sin embargo, Marx y Engels creían que antes de celebrar un congreso era necesario ampliar y consolidar la organización, fortalecer las posiciones del comunismo moderno y establecer relaciones internacionales, especialmente con el ala izquierda del cartismo, G. J. Harney. En breve, como tantas veces propondrán durante su larga vida política, es necesario preparar, a través de un trabajo en profundidad, actos organizativos oficiales, congresos, etc., marcando una cumbre que golpee mentes tanto dentro como fuera, mientras que generalmente se considera que estos grandes golpes constituyen el estímulo, incluso sustituyen al trabajo en profundidad.

[47] Se trata de una proclamación significativa de las debilidades del comunismo utópico al estilo Weitling. En efecto, proponía "purificar" el cristianismo a fin de que sirviese para la causa del comunismo. Este llamamiento estaba firmado por H. Bauer, J. Moll, K. Schapper y A. Lehmann, y fue lanzado por la Asociación Alemana para la Ilustración de los Obreros de Londres.

lecciones. Del mismo modo, no son capaces de expresar su desconfianza y reservas; por lo tanto, no es posible discutir con ellos, excepto quizás oralmente. Sin embargo, en caso de una ruptura directa, podrían utilizar contra nosotros el pasatiempo tan común entre los comunistas (la necesidad de aprender) diciendo que no pedían más que aprender de esos caballeros instruidos, si es que tenían algo que enseñarles, etc.

Las disputas *prácticas* pronto se reducirían a disputas personales o parecerían serlo, dado que son poco numerosos en el comité, al igual que nosotros. Frente a los literatos, podemos ser vistos como un partido; no con los artesanos que defienden el comunismo utópico. Al fin de cuentas reúnen a unos pocos cientos de hombres, son reconocidos por los ingleses gracias a Harney, y en Alemania al *Observador renano* proclama a voz en grito y clara que forman una sociedad de comunistas enfurecidos, de ninguna manera indefensa. Además, mientras no haya cambios en Alemania, son los más soportables entre los comunistas de la vieja escuela y ciertamente lo mejor que se puede hacer con los artesanos. Sin embargo, este caso nos ha enseñado que no se puede hacer nada con estas personas, por muy valientes que sean, mientras Alemania no tenga un movimiento obrero normal.

Es mejor, pues, dejarlos tranquilos, atacarlos sólo en bloque, más que provocar una disputa, en la que sólo nos ensuciaríamos a nosotros mismos. Frente a nosotros, estos tipos dicen ser el “pueblo”, los “proletarios”, pero nosotros podemos apelar a un proletariado comunista que, en Alemania, todavía debe desarrollarse[48]. Además, pronto se hablará de una constitución en Prusia, y es posible que entonces necesitemos a estas personas para peticiones, etc.

Por otra parte, es probable que con toda mi sagacidad llegue después de la batalla, ya que probablemente ya habrás tomado una decisión al respecto, o incluso la habrás ejecutado.

[48] Marx y Engels se basan en un movimiento que todavía no existente (en Alemania), pero del cual toda la sociedad industrial inglesa es la prefiguración. El método es precisamente el del socialismo científico: la anticipación revolucionaria.

Carlos Marx*: carta a Pável Vasílievich Annenkov*[49]

Bruselas, 28 de diciembre [de 1846]

Querido señor Annenkov:

Hace ya mucho que hubiera recibido usted la respuesta a la suya del 1 de noviembre si mi librero me hubiese mandado antes de la semana pasada la obra del señor Proudhon *La Filosofía de la Miseria*. La he leído por encima, en dos días, a fin de comunicarle a usted, sin pérdida de tiempo, mi opinión. Por haberla leído sin gran detenimiento, no puedo entrar en detalles, y me limito a hablarle de la impresión general que me ha producido. Si usted lo desea, podré extenderme al particular en otra carta.

Le confieso francamente que el libro me ha parecido, en general, malo, muy malo. Usted mismo ironiza en su carta refiriéndose al "jirón de la filosofía alemana" de que alardea el señor Proudhon en esta obra informe y presuntuosa, pero usted supone que el veneno de la filosofía no ha afectado a sus investigaciones económicas. Yo también estoy muy lejos de imputar a la filosofía del señor Proudhon los errores de sus investigaciones económicas. El señor Proudhon no nos ofrece una crítica falsa de la Economía Política porque sea la suya una filosofía ridícula; nos ofrece una filosofía ridícula porque no ha comprendido la situación social de nuestros días en su engranaje [engrènement], si usamos esta palabra, que, como otras muchas cosas, el señor Proudhon ha tomado de Fourier.

¿Por qué el señor Proudhon habla de Dios, de la razón universal, de la razón impersonal de la humanidad, razón que nunca se equivoca, que siempre es igual a sí misma y de la que basta tener una idea acertada para ser dueño de la verdad? ¿Por qué el señor Proudhon recurre a un hegelianismo superficial para fingirse un pensador profundo?

El mismo señor Proudhon nos da la clave del enigma. Para el señor Proudhon la historia es una determinada serie de desarrollos sociales. El ve en la historia la realización del progreso. Él estima, finalmente, que los hombres, tomados como individuos, no sabían lo que hacían, que se imaginaban de modo erróneo su propio movimiento, es decir, que su desarrollo social parece, a primera vista, una cosa distinta, separada, independiente de su desarrollo individual. El señor Proudhon no puede explicar estos hechos y recurre entonces a su hipótesis (verdadero hallazgo) de la razón universal que se manifiesta. Nada más fácil que inventar causas místicas, es decir, frases cuando se carece de sentido común.

Pero cuando el señor Proudhon reconoce que no comprende en absoluto el desarrollo histórico de la humanidad (como lo hace al recurrir a las palabras altisonantes de razón universal, Dios, etc.) ¿no reconoce también implícitamente que es incapaz de comprender el *desarrollo económico*?

¿Qué es la sociedad, cualquiera que sea su forma? El producto de la acción recíproca de los hombres. ¿Pueden los hombres elegir libremente esta o aquella forma social? Nada de eso. A un determinado nivel de desarrollo de las facultades productivas de los hombres, corresponde una determinada forma de comercio y de consumo. A

[49] Tomado de "Carta a Pável Vasílievich Annenkov", en Archivo Marx-Engels, Sección en español del MIA.

determinadas fases de desarrollo de la producción, del comercio, del consumo, corresponden determinadas formas de constitución social, una determinada organización de la familia, de los estamentos o de las clases; en una palabra, una determinada sociedad civil. A una determinada sociedad civil, corresponde un determinado orden político (*état politique*), que no es más que la expresión oficial de la sociedad civil. Esto es lo que el señor Proudhon jamás llegará a comprender, pues él cree que ha hecho una gran cosa apelando del estado a la sociedad civil, es decir, del resumen oficial de la sociedad a la sociedad oficial.

Huelga añadir que los hombres no son libres árbitros de sus *fuerzas productivas* (base de toda su historia), pues toda fuerza productiva es una fuerza adquirida, producto de una actividad anterior. Por tanto, las fuerzas productivas son el resultado de la energía práctica de los hombres, pero esta misma energía se halla determinada por las condiciones en que los hombres se encuentran colocados, por las fuerzas productivas ya adquiridas, por la forma social anterior a ellos, que ellos no crean y que es producto de la generación anterior. El simple hecho de que cada generación posterior se encuentre con fuerzas productivas adquiridas por la generación precedente, que le sirven de materia prima para la nueva producción, crea en la historia de los hombres una conexión, crea una historia de la humanidad, que es tanto más la historia de la humanidad por cuanto las fuerzas productivas de los hombres, y, por consiguiente, sus relaciones sociales, han adquirido mayor desarrollo. Consecuencia obligada: la historia social de los hombres no es nunca más que la historia de su desarrollo individual, tengan o no ellos mismos conciencia de esto. Sus relaciones materiales forman la base de todas sus relaciones. Estas relaciones materiales no son más que las formas necesarias bajo las cuales se realiza su actividad material e individual.

El señor Proudhon confunde las ideas y las cosas. Los hombres no renuncian nunca a lo que han conquistado, pero esto no quiere decir que no renuncien nunca a las formas sociales bajo las cuales han adquirido determinadas fuerzas productivas. Todo lo contrario. Para no verse privados del resultado adquirido, para no perder los frutos de la civilización, los hombres se ven constreñidos, desde el momento en que el tipo de su comercio no corresponde ya a las fuerzas de producción adquiridas, a modificar todas sus formas sociales tradicionales. Empleo aquí la palabra "comercio" en su sentido más amplio, para designar lo que en alemán decimos "*Verkehr*". Por ejemplo: el privilegio, la institución de gremios y corporaciones, el régimen reglamentado de la Edad Media, eran relaciones sociales que sólo se correspondían con las fuerzas productivas adquiridas y con el estado social anterior, del que aquellas instituciones habían brotado. Bajo la tutela del régimen de las corporaciones y las ordenanzas, se acumularon capitales, se desarrolló el comercio marítimo, se fundaron colonias; y los hombres habrían perdido estos frutos de su actividad, si se hubiesen empeñado en conservar las formas a la sombra de las cuales habían madurado aquellos frutos. Por eso estallaron dos truenos: la revolución de 1640 y la de 1688. En Inglaterra fueron destruidas todas las viejas formas económicas, las relaciones sociales con ellas congruentes y el estado político que era la expresión oficial de la vieja sociedad civil. Por tanto, las formas económicas bajo las que los hombres producen, consumen y cambian, son *transitorias e históricas*. Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los hombres cambian su modo de producción, y con el modo de producción cambian todas las relaciones económicas, que no eran más que las relaciones necesarias de aquel modo concreto de producción.

Esto es lo que el señor Proudhon no ha sabido comprender y, menos aún, demostrar. Incapaz de seguir el movimiento real de la historia, el señor Proudhon nos ofrece una fantasmagoría con pretensiones de dialéctica. No siente la necesidad de hablar de los siglos XVII, XVIII y XIX, porque su historia discurre en los medios

nebulosos de la imaginación y se eleva, muy alto, por encima del tiempo y del espacio. En una palabra, eso no es historia, sino viejos trapos hegelianos, no es una historia profana (la historia de los hombres), sino una historia sagrada, la historia de las ideas. A su modo de ver, el hombre no es más que un instrumento del que se vale la idea o la razón eterna para desarrollarse. Las *evoluciones* de que habla el señor Proudhon son concebidas como evoluciones que se operan en el seno de la mística idea absoluta. Si arranca uno el velo de este lenguaje místico, verá que el señor Proudhon le ofrece el orden en que las categorías económicas se hallan alineadas en su cabeza. No hará falta que me esfuerce mucho para probarle que éste es el orden de una mente muy desordenada.

El señor Proudhon inicia su libro con una disertación acerca del *valor*, que es su tema predilecto. En ésta no entraré en el análisis de dicha disertación.

La serie de evoluciones económicas de la razón eterna comienza con la *división del trabajo*. Para el señor Proudhon la división del trabajo es una cosa bien simple. Pero, ¿no fue el régimen de las castas una determinada división del trabajo? ¿No fue el régimen de las corporaciones otra división del trabajo? Y la división del trabajo del régimen de la manufactura, que comenzó a mediados del siglo XVII y terminó a fines del XVIII en Inglaterra, ¿no fue también totalmente distinta de la división del trabajo de la gran industria, de la industria moderna?

El señor Proudhon se halla tan lejos de la verdad que omite incluso lo que los economistas profanos toman en consideración. Cuando habla de la división del trabajo, no siente la necesidad de hablar del mercado mundial. Pues bien, ¿acaso la división del trabajo en los siglos XIV y XV, cuando no había aún colonias, cuando América no existía aún para Europa y al Asia Oriental sólo se podía llegar a través de Constantinopla, acaso esa división del trabajo no debía distinguirse esencialmente de la división del trabajo en el siglo XVII, cuando las colonias se hallaban ya desarrolladas?

Pero esto no es todo. Toda la organización interior de los pueblos, todas sus relaciones internacionales, ¿son acaso otra cosa que la expresión de cierta división del trabajo?, ¿no deben cambiar con los cambios de la división del trabajo?

El señor Proudhon ha comprendido tan poco en el problema de la división del trabajo, que ni siquiera habla de la separación de la ciudad y del campo, que en Alemania, por ejemplo, se operó del siglo IX al XII. Así, pues, esta separación debe ser ley eterna para el señor Proudhon, ya que no conoce ni su origen ni su desarrollo. En todo su libro habla como si esta creación de un modo de producción determinado debiera existir hasta el fin del mundo. Todo lo que el señor Proudhon dice de la división del trabajo es sólo un resumen, por cierta muy superficial, muy incompleto, de lo dicho antes por Adam Smith y otros mil autores.

La segunda evolución son las máquinas. En el señor Proudhon la conexión entre la división del trabajo y las máquinas es enteramente mística. Cada una de las formas de división del trabajo tiene sus instrumentos de producción específicos. De mediados del siglo XVII a mediados del siglo XVIII, por ejemplo, los hombres no lo hacían todo a mano. Poseían instrumentos, e instrumentos muy complicados, como telares, buques, palancas, etc., etc.

Así, pues, nada más ridículo que derivar las máquinas de la división del trabajo en general.

Señalaré también, de pasada, que si el señor Proudhon no ha alcanzado a comprender el origen histórico de las máquinas, peor aún ha comprendido su desarrollo. Puede decirse que hasta 1825 (período de la primera crisis universal) las necesidades del consumo, en general, crecían más rápidamente que la producción, y el desarrollo de las máquinas fue una consecuencia forzada de las necesidades del mercado. A partir de

1825, la invención y la aplicación de las máquinas no han sido más que un resultado de la guerra entre patronos y obreros. Pero esto sólo puede decirse de Inglaterra. En cuanto a las naciones europeas, se han visto obligadas a emplear las máquinas por la concurrencia que les hacen los ingleses, tanto en sus propios mercados como en el mercado mundial. Finalmente, en Norteamérica la introducción de la maquinaria se ha debido tanto a la concurrencia con otros pueblos, como a la escasez de mano de obra, es decir, a la desproporción entre la población del país y sus necesidades industriales. Por estos hechos puede usted ver qué sagacidad pone de manifiesto el señor Proudhon cuando conjura el fantasma de la concurrencia como la tercera evolución, ¡como la antítesis de las máquinas!

Finalmente, es en general un verdadero absurdo hacer de las máquinas una categoría económica al lado de la división del trabajo, de la concurrencia, del crédito, etc.

La máquina tiene tanto de categoría económica como el buey que tira del arado. La *aplicación* actual de las máquinas es una de las relaciones de nuestro régimen económico presente, pero el modo de explotar las máquinas es totalmente distinto de las propias máquinas. La pólvora continúa siendo pólvora, indistintamente de que se la emplee para herir a un hombre o para restañar sus heridas.

El señor Proudhon se supera a sí mismo cuando permite que la concurrencia, el monopolio, los impuestos o la policía, la balanza de comercio, el crédito y la propiedad se desarrollen en el interior de su cabeza precisamente en el orden de mi enumeración. Casi todas las instituciones de crédito se habían desarrollado ya en Inglaterra a comienzos del siglo XVIII, antes de la invención de las máquinas. El crédito público no era más que una nueva manera de elevar los impuestos y de satisfacer las nuevas demandas originadas por la llegada de la burguesía al poder.

Finalmente, la *propiedad* constituye la última categoría en el sistema del señor Proudhon. En el mundo real, por el contrario, la división del trabajo y todas las demás categorías del señor Proudhon son relaciones sociales, cuyo conjunto forma lo que actualmente se llama propiedad; fuera de esos relaciones, la propiedad burguesa no es sino una ilusión metafísica o jurídica. La propiedad de otra época, la propiedad feudal, se desarrolla en una serie de relaciones sociales completamente distintas. Cuando establece la propiedad como una relación independiente, el señor Proudhon comete algo más que un error de método: prueba claramente que no ha aprehendido el vínculo que liga todas las formas de la producción *burguesa*, que no ha comprendido el carácter *histórico y transitorio* de las formas de la producción en una época determinada. El señor Proudhon sólo puede hacer una crítica dogmática, pues no estima nuestras instituciones sociales como productos históricos y no comprende ni su origen ni su desarrollo.

Así, el señor Proudhon se ve también constreñido a recurrir a una *ficción* para explicar el desarrollo. Se imagina que la división del trabajo, el crédito, las máquinas, etc. han sido inventados para servir a su idea fija, a la idea de la igualdad. Su explicación es de una ingenuidad sublime. Esas cosas han sido inventadas para la igualdad, pero desgraciadamente, se han vuelto contra ella. Este es todo su argumento. Con otras palabras: hace una suposición gratuita, y como el desarrollo real y su ficción se contradicen a cada paso, concluye que hay una contradicción. Oculta que la contradicción únicamente existe entre sus obsesiones y el movimiento real.

Así, pues, el señor Proudhon, debido principalmente a su falta de conocimientos históricos, no ha visto que los hombres, al desarrollar sus facultades productivas, es decir, al vivir, desarrollan ciertas relaciones entre ellos y que el carácter de estas relaciones cambia necesariamente con la modificación y el desarrollo de estas

facultades productivas. No ha visto que las *categorías económicas* no son más que *abstracciones* de estas relaciones reales y que únicamente son verdades mientras esas relaciones subsisten. Por consiguiente, incurre en el error de los economistas burgueses, que ven en esas categorías económicas leyes eternas y no leyes históricas, que lo son únicamente para cierto desarrollo histórico, para un desarrollo determinado de las fuerzas productivas. Así, pues, en vez de considerar las categorías político-económicas como abstracciones de relaciones sociales reales, transitorias, históricas, el señor Proudhon, debido a una inversión mística, sólo ve en las relaciones reales encarnaciones de esas abstracciones. Esas abstracciones son ellas mismas fórmulas que han estado dormitando en el seno de Dios padre desde el nacimiento del mundo.

Pero aquí nuestro buen señor Proudhon sufre graves convulsiones intelectuales. Si todas esas categorías económicas son emanaciones del corazón de Dios, si son la vida oculta y eterna de los hombres, ¿cómo puede haber ocurrido, primero, que se hayan desarrollado y, segundo, que el señor Proudhon no sea conservador? El señor Proudhon explica estas contradicciones evidentes valiéndose de todo un sistema de antagonismos.

Para esclarecer este sistema de antagonismos, tomemos un ejemplo.

El *monopolio* es bueno porque es una categoría económica y, por tanto, una emanación de Dios. La concurrencia es buena, porque también es una categoría económica. Pero lo que no es bueno es la realidad del monopolio y la realidad de la concurrencia. Y aún es peor que el monopolio y la concurrencia se devoren mutuamente. ¿Qué se debe hacer? Como estos pensamientos eternos de Dios se contradicen, al señor Proudhon le parece evidente que también en el seno de Dios hay una síntesis de estos dos pensamientos, en la que los males del monopolio se ven equilibrados por la concurrencia y viceversa. Como resultado de la lucha entre las dos ideas, sólo puede exteriorizarse su lado bueno. Hay que arrancar a Dios esta idea secreta, aplicarla seguidamente y todo saldrá a las mil maravillas; hay que revelar la fórmula sintética oculta en la noche de la razón impersonal de la humanidad. El señor Proudhon se ofrece como revelador sin titubeo alguno.

Pero mire usted por un segundo la vida real. En la vida económica de nuestros días no sólo usted verá la concurrencia y el monopolio, sino también su síntesis, que no es una *fórmula*, sino un *movimiento*. El monopolio produce la concurrencia y la concurrencia produce el monopolio. Por lo tanto, esta ecuación, lejos de eliminar las dificultades de la situación presente, como se lo imaginan los economistas burgueses, tiene por resultado una situación aún más difícil y más embrollada. Así, al cambiar la base sobre la que descansan las relaciones económicas actuales, al aniquilar el modo actual de producción, se aniquila no sólo la concurrencia, el monopolio y su antagonismo, sino también su unidad, su síntesis, el movimiento, que es el equilibrio real de la concurrencia y del monopolio.

Ahora le daré un ejemplo de la dialéctica del señor Proudhon.

La *libertad* y la *esclavitud* forman un antagonismo. No hay necesidad de referirse a los lados buenos y malos de la libertad. En cuanto a la esclavitud, huelga hablar de sus lados malos. Lo único que debe ser explicado es el lado bueno de la esclavitud. No se trata de la esclavitud indirecta, de la esclavitud del proletariado; se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Surinam, en el Brasil y en los Estados meridionales de Norteamérica.

La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual, lo mismo que las máquinas, el crédito, etc. Sin la esclavitud, no habría algodón, y sin algodón, no habría industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias, son las colonias lo que ha creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias

no daban al mundo viejo más que unos pocos productos y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud, es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia. Sin la esclavitud, Norteamérica, el país más desarrollado, se transformaría en país patriarcal. Si se borra a Norteamérica del mapa del mundo, tendremos la anarquía, la decadencia absoluta del comercio y de la civilización modernos. Pero hacer desaparecer la esclavitud equivaldría a borrar a Norteamérica del mapa del mundo. La esclavitud es una categoría económica y por eso se observa en cada nación desde que el mundo es mundo. Los pueblos modernos sólo han sabido disfrazar la esclavitud en sus propios países e importarla al nuevo mundo. ¿Qué hará nuestro buen señor Proudhon después de estas consideraciones acerca de la esclavitud? Buscará la síntesis de la libertad y de la esclavitud, el verdadero término medio o equilibrio entre la esclavitud y la libertad.

El señor Proudhon ha sabido ver muy bien que los hombres hacen el paño, el lienzo, la seda; y no es un gran mérito, en él, haber sabido ver estas cosas tan sencillas. Lo que el señor Proudhon no ha sabido ver es que los hombres producen también, con arreglo a sus facultades productivas, las relaciones sociales en que producen el paño y el lienzo. Y menos aún ha sabido ver que los hombres que producen las relaciones sociales con arreglo a su productividad material (*productivité matérielle*), crean también las *ideas* y las *categorías*, es decir, las expresiones ideales abstractas de esas mismas relaciones sociales. Por tanto, estas categorías son tan poco eternas como las relaciones a que sirven de expresión. Son productos históricos y transitorios. Para el señor Proudhon las abstracciones, las categorías son, por el contrario, la causa primaria. A su juicio, son ellas y no los hombres quienes hacen la historia. *La abstracción, la categoría, considerada como tal*, es decir, separada de los hombres y de su acción material, es, naturalmente, inmortal, inalterable, impasible; no es más que una modalidad de la razón pura, lo cual quiere decir, simplemente, que la abstracción, considerada como tal, es abstracta: ¡*tautología* maravillosa!

Por eso las relaciones económicas, vistas en forma de categorías, son para el señor Proudhon fórmulas eternas, que no conocen principio ni progreso.

En otros términos: el señor Proudhon no afirma directamente que la *vida burguesa* sea para él una *verdad eterna*. Lo dice indirectamente, al divinizar las categorías que expresan en forma de ideas las relaciones burguesas. Toma los productos de la sociedad burguesa por seres eternos surgidos espontáneamente, y dotados de vida propia, tan pronto como se los presenta en forma de categorías, en forma de ideas. No ve, por tanto, más allá del horizonte burgués. Como opera con ideas burguesas, suponiéndolas eternamente verdaderas, pugna por encontrar la síntesis de estas ideas, su equilibrio, y no ve que su modo actual de equilibrarse es el único posible.

En realidad, hace lo que hacen todos los buenos burgueses. Todos ellos nos dicen que la libre concurrencia, el monopolio, etc., en principio, es decir, considerados como ideas abstractas, son los únicos fundamentos de la vida, aunque en la práctica dejen mucho que desear. Todos ellos quieren la concurrencia, sin las funestas consecuencias de la concurrencia. Todos ellos quieren lo imposible, a saber: las condiciones burguesas de vida, sin las consecuencias necesarias de estas condicionas. Ninguno de ellos comprende que la forma burguesa de producción es una forma histórica y transitoria, como lo era la forma feudal. Este error proviene de que, para ellos, el hombre burgués es la única base posible de toda sociedad, proviene de que no pueden representarse ningún estado social en que el hombre hubiese dejado de ser burgués.

El señor Proudhon es, pues, necesariamente, un *doctrinario*. El movimiento histórico que está revolucionando el mundo actual, se reduce, para él, al problema de

encontrar el verdadero equilibrio, la síntesis de dos ideas burguesas. Así, el hábil mozo descubre, a fuerza de sutileza, la idea oculta de Dios, la unidad de las dos ideas aisladas, que sólo lo están porque el señor Proudhon las ha aislado de la vida práctica, de la producción actual, que es la combinación de las realidades que ellas expresan. En vez del gran movimiento histórico que brota del conflicto entre las fuerzas productivas ya alcanzadas por los hombres y sus relaciones sociales, que ya no corresponden a estas fuerzas productivas; en vez de las guerras espantosas que se preparan entre las distintas clases de una nación y entre las diferentes naciones; en vez de la acción práctica y violenta de las masas, la única que puede resolver estos conflictos; en vez de este movimiento vasto, duradero y complicado, el señor Proudhon, pone el detestable movimiento de su cabeza (*la mouvement cacadouphin*). Así, son los sabios, los hombres capaces de sorprender los pensamientos recónditos de Dios, los que hacen la historia. A la gente menuda sólo le toca poner en práctica sus revelaciones.

Ahora comprenderá usted por qué el señor Proudhon es enemigo declarado de todo movimiento político. Para él, la solución de los problemas actuales no consiste en la acción pública, sino en las rotaciones dialécticas dentro de su cabeza. Como las categorías son, para él, las fuerzas motrices, para cambiar las categorías no hace falta cambiar la vida práctica. Muy por el contrario: hay que cambiar las categorías, y en consecuencia cambiará la sociedad real.

En su deseo de conciliar las contradicciones, lo único que no se le ocurre al señor Proudhon es preguntar si no deberá ser derrocada la base misma de estas contradicciones. Se parece en todo al político doctrinario, para quien el rey, la cámara de los diputados y el senado son, como partes integrantes de la vida social, categorías eternas. Sólo que él busca una nueva fórmula para equilibrar estas potencias, cuyo equilibrio está precisamente en el movimiento actual, en que una de estas potencias tan pronto es vencedora como esclava de la otra. Así, en el siglo XVIII una multitud de cabezas mediocres se dedicaban a buscar la verdadera fórmula para equilibrar los estamentos sociales, la nobleza, el rey, el parlamento, etc., y al día siguiente ya no había ni rey, ni parlamento, ni nobleza. El verdadero equilibrio en este antagonismo era el derrocamiento de todas las relaciones sociales que servían de base a estas instituciones feudales y al antagonismo entre ellas.

Como el señor Proudhon pone de un lado las ideas eternas, las categorías de la razón pura, y del otro lado a los hombres y su vida práctica, que es, según él, la aplicación de estas categorías, encuentra usted en él desde el primer momento un *dualismo* entre la vida y las ideas, entre el alma y el cuerpo; dualismo que se repite bajo muchas formas. Ahora se dará usted cuenta de que este antagonismo no es más que la incapacidad del señor Proudhon para comprender el origen terrenal y la historia profana de las categorías que él diviniza.

Me he extendido ya demasiado y no puedo detenerme en las absurdas acusaciones que el señor Proudhon lanza contra el comunismo. Por el momento, convendrá usted conmigo en que un hombre que no ha comprendido el actual estado de la sociedad menos aún comprenderá el movimiento que tiende a derrocarla y las expresiones literarias de ese movimiento revolucionario.

El *único punto* en que estoy completamente de acuerdo con el señor Proudhon es en su repulsión hacia la sensiblería socialista. Antes que él me he ganado ya muchos enemigos por mis ataques contra el socialismo borreguil, sentimental, utopista. ¿Pero no se hace el señor Proudhon ilusiones extrañas cuando opone su sentimentalismo de pequeño burgués (me refiero a sus declamaciones acerca del hogar, el amor conyugal y todas esas banalidades) al sentimentalismo socialista, que en Fourier, por ejemplo, es mucho más profundo que las presuntuosas banalidades de nuestro buen Proudhon? El

mismo comprende tan bien la vaciedad de sus argumentos, su completa incapacidad para hablar de estas cosas, que se lía de pronto la manta a la cabeza y pronuncia furiosas tiradas y exclamaciones (*irae hominis probi*), vocifera, despidiendo espumarajos por la boca, jura, denuncia, maldice, se da golpes de pecho y se jacta ante Dios y ante los hombres de hallarse puro de infamias socialistas. Se desvela por criticar el sentimentalismo socialista o lo que él toma por sentimentalismo. Como un santo, como el Papa, excomulga a los pobres pecadores y canta las glorias de la pequeña burguesía y las miserables, amorosas y patriarcales ilusiones del hogar. Esto no es casual. El señor Proudhon es de pies a cabeza un filósofo y un economista de la pequeña burguesía. En una sociedad avanzada el *pequeño burgués* se hace necesariamente, en virtud de su posición, socialista de una parte y economista de la otra, es decir, se siente deslumbrado por la magnificencia de la gran burguesía y siente compasión por los dolores del pueblo. Es al mismo tiempo burgués y pueblo. En su fuero interno se jacta de ser imparcial, de haber encontrado el justo equilibrio, que proclama diferente del término medio. Ese pequeño burgués diviniza la *contradicción*, porque la contradicción es el fondo de su ser. No es más que la contradicción social en acción. Debe justificar teóricamente lo que él mismo es en la práctica, y al señor Proudhon corresponde el mérito de ser el intérprete científico de la pequeña burguesía francesa, lo que constituye un verdadero mérito, pues la pequeña burguesía será parte integrante de todas las revoluciones sociales que han de suceder.

Hubiera querido enviarle con esta carta mi libro de economía política, pero hasta ahora no he conseguido imprimir esta obra ni mi crítica de los filósofos y socialistas alemanes, de la que le hablé en Bruselas. Le parecerán a usted inverosímiles las dificultades que una publicación de este tipo encuentra en Alemania, tanto por parte de la policía como por parte de los libreros, que son representantes interesados de todas las tendencias que yo ataco. En cuanto a nuestro propio partido, además de ser pobre, una gran parte del Partido Comunista Alemán está enfadada conmigo porque me opongo a sus utopías y a sus declamaciones...

Del Comité Central de la Liga de los Justos a sus afiliados (dos circulares-alocución a los afiliados)[50]

*En 1919 publicó el marxista alemán Ernesto Drahn (*Neue Zeit*, XXXVII, 2, págs. 131 ss.) dos documentos de gran importancia en la historia de los orígenes del* Manifiesto Comunista. *Trátase de dos alocuciones dirigidas por la Liga de los Justicieros a sus afiliados en noviembre de 1846 y febrero de 1847, anteriores, por consiguiente, a su transformación en Liga Comunista, y muy interesantes para fijar la trayectoria de sus ideas en la fase que precede a la incorporación de Marx y Engels a la Liga y a la promulgación del* Manifiesto Comunista *como doctrina oficial de ésta. La circular de 1847, especialmente, nos da el esquema a que responden los* Principios de comunismo *de Engels y nos permite apreciar con cierta precisión el contraste entre los principios profesados hasta entonces por los comunistas de la Liga y los mantenidos catequísticamente en el esbozo de Engels y luego desarrollados de un modo más doctrinal en el* Manifiesto. *Sobre fragmentos transcritos de estas alocuciones, y principalmente de la segunda, forma C. Grünberg (*Die Londoner Kommunistische Zeitschrift und andere Urkunden aus den Jahren *1847-48, Leipzig 1921) un* Proyecto de profesión de fe redactado *por la Liga Comunista. En efecto, en las circulares se esboza bastante claramente la posición de la Liga ante estas preguntas: ¿Qué es comunismo y qué pretenden los comunistas?, ¿Quién es proletario?, ¿Qué es socialismo y qué persiguen los socialistas?, ¿De qué modo puede implantarse el comunismo más fácil y rápidamente?, ¿Cuál es la actitud del proletariado frente a la alta y la baja burguesía?, ¿Cuál es la actitud del proletariado frente a los diversos partidos religiosos?, ¿Cuál es su actitud con respecto a los diversos partidos sociales y comunistas?*

Estos documentos tienen, además, la gran importancia histórica de haber servido de convocatoria al congreso de donde salió la transformación de la Liga de los Justicieros en Liga Comunista y la nueva orientación de ésta bajo los principios críticos consignados en el Manifiesto.

Alocución de noviembre de 1846

Hermanos:

Habiéndosenos encargado de la alta dirección de nuestros asuntos, creemos de nuestro deber hacer llegar a vosotros la siguiente carta, y os rogamos que le prestéis la mayor atención y el debido respeto.

1.- Si nos fijamos en la situación actual de Europa, y especialmente de Alemania, no podremos dudar un momento que las ideas sociales y comunistas consiguen los progresos más satisfactorios y que ningún partido puede encontrar eco si no hace más o menos hincapié en la transformación de la sociedad actual. Nuestra

[50] Tomado de "Dos alocuciones del Comité Central de la Liga de los Justicieros a sus afiliados", en *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 359-372.

misión debe ser espolear el grandioso movimiento de nuestro tiempo y encauzarlo en la medida de nuestras fuerzas, pues sólo de ese modo lograremos formar un partido potente y dar la batalla victoriosamente a nuestros enemigos. Desgraciadamente, hasta hoy no ha ocurrido así; unidos en la aspiración de combatir el orden o, por mejor decir, el desorden actual, no lo estamos en cambio en cuanto al modo cómo hemos de combatirlo. Al principio creíase que nuestra actuación debía consistir en construir sistemas comunistas y sociales, pero pronto se vio que se seguía un camino falso y, afortunadamente, hoy se va abandonando ya casi por completo esa manía sistemática; no obstante, nuestras fuerzas siguen desunidas, nuestras relaciones con el partido religioso y con la burguesía radical no se han puesto en claro todavía, aun es la hora en que no se ha levantado una sencilla profesión de fe comunista que pueda servir a todos de norma, y así nos encontramos con que en muchas localidades, en vez de ayudarnos eficazmente unos a otros, nos estorbamos recíprocamente. Pues bien, es necesario a todo trance poner remedio a este mal, y como ello no podría conseguirse por medio de cartas, convocamos un congreso para el 1 de mayo de 1847. Todos… deben enviar a este congreso un delegado; aquellas localidades donde sólo exista una comuna deben unirse con otras que estén en idénticas condiciones, para elegir entre las dos, de su seno, un representante. Os encarecemos la necesidad de no elegir más que a delegados que conozcan bien las orientaciones de su localidad y que puedan, por tanto, representarlas en sus intervenciones; los días que dure el congreso correrá de nuestra cuenta el alojamiento y la comida de los delegados. Este congreso puede ser el precursor de un congreso general comunista que se celebre en el año 1848 y al cual se invite, de un modo público, a los partidarios de la nueva doctrina en todos los continentes. Esperamos que para ese día habremos alcanzado la unidad y la fuerza necesarias para imprimir a todos los asuntos la debida orientación.

2.- Ya tendréis noticia de que, no sólo en Alemania, sino también en Bélgica y otros países, el partido radical se separa públicamente del viejo y vacuo liberalismo, levantando bandera propia. La pequeña burguesía, desplazada más y más, con cada día que pasa, por la alta aristocracia del dinero, cada vez más pujante, ve acercarse a pasos agigantados su ruina; ella es la que forma principalmente ese partido, que no sólo no está reacio a una reforma social (en Alemania y en Francia las cosas no están todavía tan avanzadas), sino que reconoce públicamente su necesidad. A nuestro juicio, las circunstancias actuales hacen deseable y necesaria una inteligencia del proletariado con ese partido. Creemos, por tanto, que debemos procurar en todas partes entrar en relación con los radicales, aunque sin ceder en nada de nuestros principios; que debemos aspirar a demostrarles que no está ya lejos el día en que también ellos se verán empujados a las filas proletarias y que sólo por medio de una reforma social podrán esquivar su ruina. Si somos capaces de llevar adelante una inteligencia de la burguesía radical con el proletariado, pronto se abrirá una nueva era, tan grandiosa, que no tendrá paralelo en la historia. ¡Manos, pues, a la obra, hermanos!

3.- Las esperanzas que ciertos comunistas ponían en los católicos alemanes y en los iluministas no parecen realizarse. Nosotros jamás ciframos la menor ilusión en ello: querer apuntalar un edificio viejo y podrido es trabajo en balde. Procurad, pues, traer de nuevo al buen camino a cuantos hasta ahora encauzaron en ese sentido sus aspiraciones. No miremos demasiado al ayer y convenzámonos de que las formas del viejo mundo que cohíbe el espíritu del corazón humano no podrán ser trasplantadas al mundo nuevo; no, eso no es posible.

4.- Os llamamos la atención acerca de los manejos de los fourieristas y os intimamos a que dondequiera que se manifiesten esos hombres vanos les salgáis al paso, y vigorosamente. De suyo no tienen nada de peligrosos, pero disponen de dinero, envían

a todas partes emisarios y se esfuerzan primordialmente por desfigurar el comunismo; por eso no podemos seguirlos ignorando por más tiempo, sino que debemos atacarlos públicamente. Su ridícula pretensión de hacerse pasar por los verdaderos cristianos, sus instituciones militares y su sinnúmero de leyes, su asociación de capitales para hacer atractivo el trabajo, brindan elementos sobrados para combatirlos. En su necia adoración de Fourier y de sí mismos no comprenden que con su reglamentación de todas las relaciones de la vida humana privan a los hombres de toda libertad y los convierten en plantas de estufa, de las que nada bueno puede esperarse; no comprenden que toda la aspiración de los tiempos actuales tiende precisamente a emanciparse de las innumerables trabas de las leyes y los reglamentos, en que los hombres de hoy se revuelven como las moscas apresadas en una tela de araña, y pretenden imponernos nuevas trabas, por si las existentes fuesen pocas. Los infelices nos hablan de medios para hacer atractivo el trabajo y no parecen darse cuenta que en una sociedad basada en las leyes naturales, el trabajo, que es función de vida y manifestación vital del individuo, no necesita de medios que lo hagan atractivo, ya que el trabajo mismo es de por sí lo más atractivo que hay en el mundo.

5.- Queremos dirigir vuestra atención muy especialmente a los manejos del partido cristiano-germano-prusiano. Los secuaces de este partido del jesuitismo protestante son los oscurantistas de los tiempos presentes; incapaces de combatir con su espíritu y sus enseñanzas sin corazón las aspiraciones jóvenes y fuertes, pero resueltos a mantener a los pueblos a todo trance en la esclavitud, no saben más que gritar: ¡policía!, ¡policía! Y cuando no consiguen lo que desean, pretenden alcanzar sus fines tergiversando los principios sociales o sembrando recelos contra las personas que difunden estas doctrinas. Es menester arrancar a esos sujetos la careta detrás de la que se ocultan, para que la gente vea su verdadera faz y retroceda aterrada ante ella. Toda su aspiración se cifra ahora en reclutar partidarios entre el proletariado, en sembrar la discordia en nuestras filas, para, en caso de revolución, levantar un ejército popular, que, como los vendeanos de 1792, declaren la guerra, en nombre de Dios y del Redentor, a las ideas de la justicia. Hay que salir al paso de esta maniobra, si no queremos que corran ríos de sangre. Mas no creáis que la cosa es fácil, pues esas gentes cuentan con la protección de los gobiernos, de los curas, del dinero y de la policía; ya han fundado en Berlín, Hamburgo, Stuttgart, Basilea, París, Londres, etc., asociaciones cristianas de artesanos, que mantienen entre sí constantes relaciones, envían a obreros de emisarios y, si necesario es, no tienen inconveniente en ponerse careta de comunistas para ganar adeptos; es necesario, pues, desenmascarar a esas gentes, sin pérdida de momento, en todos los periódicos que podamos [sigue una larga descripción de la situación en Londres y de los manejos de Bunsen, embajador prusiano en esta capital, para fundar asociaciones cristianas de artesanos que contrarrestasen las organizaciones de los comunistas].

Os invitamos, pues, a que salgáis al paso de las maniobras de esos oscurantistas del modo más enérgico, no sólo en vuestras localidades, sino previniendo también a cuantos obreros se trasladan a Londres contra los manejos de esos jesuitas protestantes...

Como veis, hermanos, el trabajo no falta; ¡arriba, pues, quienquiera que seáis, poneos en pie! Que la justicia y la verdad, sean vuestros gritos de guerra; hagamos frente sin miedo a los enemigos de la humanidad, y estad seguros de que cuanto más dura sea la lucha más espléndida será la victoria.

6.- Exigimos de vosotros que cada dos meses nos enviéis un informe detallado acerca de los progresos experimentados y de los sucesos ocurridos durante ese tiempo. Cuatro semanas después de recibir esos informes se enviará a todas las localidades una memoria reseñando los progresos generales y los acontecimientos más importantes; en

ella se transcribirán, además, literalmente, los pasajes verdaderamente interesantes de cuantas cartas se reciban.

Esperamos que os someteréis estrictamente a nuestras instrucciones; nosotros cumpliremos con nuestro deber y haremos cuanto esté en nuestras manos, pero exigimos de vosotros que hagáis lo mismo. Si en alguna localidad ocurriese algo importante se nos debe informar sin pérdida de momento, para que podamos adoptar sin dilación las medidas oportunas.

7.- Os rogamos que a partir de ahora dejéis a un lado todas las escisiones, si alguna existiera entre vosotros, que estrechéis vuestras filas para luchar contra el enemigo común y no perdáis nunca de vista que la unidad hace la fuerza.

Las discrepancias de criterio serán discutidas y resueltas en el congreso; entre tanto, no hay más que esperar. Todos aquellos hermanos para quienes nuestra causa sagrada lo sea, comprenderán, sin duda alguna, que no es éste momento de destacar personalismos, sino, por el contrario, de darlos al olvido; alerta, pues, apretad firmemente vuestras filas, y si entre vosotros hubiese alguno para quien la persona esté por encima del triunfo de nuestros principios, alejadle de junto a vosotros lo antes posible.

8.- Os rogamos que inmediatamente de recibir esta carta nos enviéis un informe detallado acerca de la situación en vuestra localidad, para que, con los elementos de juicio necesarios, podamos crear la organización más general y más sencilla que nos sea posible.

9.- Os suplicamos que procuréis ayudar en la medida de vuestras fuerzas al periódico de Suiza, siendo de parecer que el próximo congreso decida dónde y de qué modo se ha de crear el órgano general de nuestro movimiento.

10.- Siendo indispensable que todo el mundo conozca detalladamente nuestra actual situación, os rogamos que pongáis a debate en todas las comunas las tres preguntas siguientes: Pregunta 1: ¿Cuál es la actitud que guardan entre sí el proletariado y la alta y la baja burguesía? ¿Es aconsejable que lleguemos a una inteligencia con la baja burguesía o burguesía radical, y, en caso afirmativo, de qué modo podría lograrse esa inteligencia del modo más fácil y seguro?

Pregunta 2: ¿Cuál es la actitud del proletariado frente a los diversos partidos religiosos? ¿Es posible y aconsejable una inteligencia con algunos de estos partidos, y, caso afirmativo, de qué modo podría conseguirse esa inteligencia del modo más fácil y seguro?

Pregunta 3: ¿Cuál es nuestra actitud ante los partidos sociales y comunistas? ¿Es posible y deseable la unión general de todos los socialistas, y, si lo es, de qué modo podría realizarse esa unión del modo más rápido y seguro?

Os rogamos que, ante todo, meditéis maduramente estas tres preguntas en los respectivos…, para que la mesa de todas las comunas pueda encauzar debidamente la discusión que se haga acerca de las mismas. No entramos en el análisis detenido de estas preguntas porque, antes de inclinarnos en ningún sentido, queremos conocer el parecer de los afiliados; sin embargo, por los puntos 2, 3 y 4 podéis deducir nuestra actitud ante las actuales circunstancias.

Una vez discutidas las anteriores preguntas, os rogamos que nos hagáis conocer sin demora las opiniones y los deseos de los afiliados.

Seguros de que apoyaréis con todo celo y decisión nuestros deseos, os saludamos a todos fraternalmente.

Alocución de febrero de 1847

Queridos hermanos:

Cuando nos hicimos cargo de la dirección de los asuntos de la Liga esperábamos que nos veríamos asistidos enérgicamente por todos; pero nuestras esperanzas han resultado fallidas: son varios los sitios de que hasta la fecha no hemos recibido una carta ni una comunicación. Es necesario poner remedio a este mal. En los momentos actuales en que el horizonte político aparece cargado de nubes, en que por todas partes se oye bramar al espíritu de los tiempos y en que todo indica que navegamos hacia una revolución gigantesca que decidirá probablemente por varios siglos de la suerte de la humanidad, no es hora de dormirse, no es el momento más adecuado para hacer valer los personalismos; no, en estos momentos la humanidad exige de cada uno de sus militantes el cumplimiento de su deber.

Los demonios en figura humana que devoraron lo último que quedaba en pie de la infeliz Polonia, unidos a ese monstruo que amenaza con destruir el espíritu de la libertad en el noble pueblo francés, se disponen ahora a abalanzarse sobre Suiza e Italia y reducir al silencio al pueblo de todos los países, con ayuda de cartuchos y bayonetas, en vez de darle la justicia por la que clama; cientos de miles de bárbaros rusos acampan en las fronteras de Alemania, dispuestos a arrollar de un momento a otro los países del centro y occidente de Europa, enviando a nuestros padres y hermanos a las estepas heladas de Siberia y deshonrando a nuestras mujeres y nuestras hermanas. ¡Hermanos! ¿Hemos de seguir contemplando impasibles esto? ¿Sólo hemos de tener palabras con que atacarlo, sin energías con que combatirlo? ¿Hemos de doblar cobardemente la cerviz bajo el yugo? ¡No, os oímos exclamar a todos, o vencer o morir! Pues bien, hermanos, congregaos bajo la bandera de la humanidad, y si la lucha hubiese de comenzar ya esta primavera, colocaos en las primeras filas de los soldados de la justicia y demostrad que sabemos manejar el fusil con la misma firmeza que la palabra. Y a la par que hacéis eso, difundid por todas partes los principios del comunismo, predicadlos por dondequiera que vayáis, pues el pueblo recibirá con gozo esta magnífica doctrina que le asegura el remedio definitivo de sus males. Esto es lo que tenemos que aconsejaros, caso de que los tiranos se lancen ya al ataque esta primavera; en ese caso, vuestras funciones habrían terminado y nuestra última misión sería conseguir por la palabra y por el hecho que al gobierno provisional fuesen hombres que rindiesen culto a los principios del comunismo. Pero si nuestros enemigos no creyeran oportuno lanzarse este año al ataque, deberemos concentrar todos nuestros esfuerzos en organizar convenientemente nuestro partido. El proletariado de Europa, y sólo él, es capaz de traer a la humanidad su salvación; por eso nuestro deber más sagrado es organizar nuestras fuerzas de lucha lo más rápidamente posible y arrancar a los proletarios a la influencia de los vacuos liberales, que acaso se prestarían a colaborar en una revolución política, para, bajo el título de presidente, poder ocupar el trono vacante del príncipe, pero que sólo nos emanciparían de la tiranía de los príncipes para colocarnos bajo el despotismo del dinero.

En nuestra primera carta convocábamos a un congreso comunista para comienzos del mes de mayo, pero hoy, ante circunstancias inesperadas que han surgido y que hacen necesarias precauciones especiales, nos vemos obligados a aplazar ese congreso hasta el 1 de junio de este año.

Os invitamos, pues, a que elijáis sin pérdida de momento vuestros delegados y les dotéis de los recursos necesarios para emprender el viaje. Los delegados deberán estar todos en Londres el 30 de mayo, para que las sesiones puedan comenzar el 1 de junio. Inmediatamente de abierto el congreso, rendiremos cuentas de nuestra labor y

pondremos nuestros cargos a disposición de los delegados, invitándolos a que designen el lugar en que hemos de tener en lo sucesivo nuestra residencia. En seguida se procederá a una total revisión de la Liga. La humanidad progresa a pasos agigantados, la conciencia se desarrolla en todos los pechos y con ella la apetencia de libertad. También nosotros tenemos que sujetarnos a esa necesidad y no obligar a la gente a someterse a leyes que contradicen a su espíritu.

En tercer lugar, deberá procederse a redactar una breve profesión de fe comunista que se imprima en todos los idiomas europeos y se difunda por todos los países. Este es un punto muy importante y os rogamos que discutáis con la mayor atención las preguntas que, relacionadas con esto, formulamos más abajo, para que de una vez podamos saber claramente qué es lo que queremos.

En cuarto lugar, deberá deliberarse acerca de la creación de un periódico que represente a nuestro partido en todas las direcciones. Todos vosotros comprenderéis, seguramente, que no puede existir un partido sin un órgano público de expresión; estamos convencidos, por tanto, de que haréis todo lo posible para que ese periódico pueda aparecer ya en el mes de junio. Todos los delegados deben saber cuántos ejemplares pueden colocar en su comarca.

En quinto y último lugar, deberán nombrarse delegados que se pongan en camino a todas partes, para intervenir en la organización. Deberéis, pues, dar a vuestros representantes todas las direcciones que conozcáis de aquellas personas que se encuentren en Alemania y países escandinavos y que hasta ahora no hayan dado noticia ninguna de su actuación. Deliberad acerca de éste y otros puntos que deseéis someter al congreso y dad a vuestros diputados las instrucciones necesarias.

Por lo que se refiere a la situación actual, podemos deciros que, aunque el número de afiliados es muy grande, hay que reconocer, desdichadamente, que entre ellos no existe una cohesión firme ni una colaboración enérgica, sin las cuales jamás llegaremos a influir real y verdaderamente en la marcha de las cosas. Los comunistas no forman todavía, desgraciadamente, un partido firme, no tienen todavía bases fijas y concretas, y eso hace que propendan con harta frecuencia, allí donde no son fuertes, a confundirse con otros partidos, movidos del pensamiento de que también éstos laboran por el progreso y de que no hay que ser exclusivistas. Es menester que esto cambie. Nosotros, que vamos hoy a la cabeza del movimiento, debemos tener una bandera propia en torno a la cual podamos agruparnos y no marchar a la zaga del gran ejército de los filisteos. Cuando nos vean avanzar resueltos y decididos, en filas cerradas, ya nos seguirán; pero si nos dividimos entre los más diversos partidos, jamás seremos nada. Sigamos el ejemplo de los cartistas ingleses, que en Inglaterra van a la cabeza del movimiento. Los cartistas han proclamado los seis puntos de su *Carta*, y declarado: o con nosotros o contra nosotros, y aunque al principio toda la banda de los filisteos echaba pestes contra ellos, ya hoy empiezan a sumárseles, cada vez más abiertamente. También nosotros debemos proclamar lo que queremos, nuestros puntos del comunismo, no apartándonos ni una tilde de ellos y discutiendo solamente en cuanto a los medios para conseguir lo más fácil y más rápidamente nuestras pretensiones; ya veréis cómo, si avanzamos, nos sigue el ejército de los filisteos.

De Suecia recibimos noticias bastante alentadoras. Las ideas de comunismo hacen allí grandes progresos, si bien aparecen mezcladas todavía con algo de cristianismo, como a nosotros nos acontecía también en los primeros momentos; pero eso se evitará. Varios hermanos nuestros se proponen fundar en todas las comarcas de Suecia asociaciones públicas de proletarios, y en Estocolmo se han dado ya los primeros pasos para ello.

Por mucho que los príncipes y los clérigos se revuelvan contra nosotros, todo redunda en ventaja nuestra; ¡adelante, pues, y no cejemos! En Francia y en Bélgica hemos vuelto a organizarnos provisionalmente. Confiamos en que París, que ha venido siendo hasta ahora nuestro centro de propaganda, lo siga siendo también en lo sucesivo. Y esperamos y exigimos de los hermanos de París que en adelante cumplan estrictamente con su deber y creen una escuela de militantes de la que salgan elementos que difundan nuestros principios por todos los rincones del planeta.

De Berna recibimos noticias favorables; nuestros hermanos de aquella capital van a fundar una revista comunista, y os invitamos a que hagáis todo lo posible por ayudar a este periódico. Necesitamos incondicionalmente de un periódico que mantenga en Suiza la causa de nuestro partido. Desgraciadamente, en los últimos dos años surgieron allí una serie de lamentables discordias, que contribuyeron a desorganizar nuestras fuerzas. Los comunistas cristianos declararon una guerra sin cuartel a los no cristianos, a los llamados ateos, espoleados principalmente por Weitling, que pugnaba por crearse en Suiza un partido propio, ya que en otras partes todo le había salido mal. Esperamos que nuestros hermanos de Suiza hayan sabido comprender que para organizar las instituciones de la tierra no necesitamos acudir a remedios supraterrenales. De nuestros hermanos de L... hemos recibido noticias y sabemos que trabajan con arrojo, energía y éxito por nuestra justa causa. En Londres, las cosas marchan bien. Las dos asociaciones de los dos barrios londinenses no hacen más que ver aumentar su contingente de día en día, y cuentan ya con unos 500 afiliados. Los curas alemanes no hacen más que vomitar pestes contra nosotros desde los púlpitos, y no saben que con eso lo que consiguen es favorecer nuestra causa. Fuera de eso, se mantienen tranquilos dentro de sus asociaciones juveniles, medio adormiladas; esto proviene, sin duda, de que el piadoso Bunsen[51], cristiano-germano, no puede de momento prestarles ayuda, absorbido como está por la labor de cohonestar ante el gabinete inglés y la nación inglesa los manejos tramposos e infames de la diplomacia prusiana. En la próxima carta os informaremos acerca de la actuación de los cartistas ingleses y del plan agrario de O'Connor, con el que, dicho sea entre paréntesis, no estamos de acuerdo, sino que, lejos de ello, lo creemos un absurdo repugnante y una estupidez canibálica; pero no queremos alargar demasiado esta carta.

Ponemos a discusión las tres preguntas formuladas un poco más abajo y os rogamos que nos comuniquéis lo antes posible el resultado de vuestra discusión acerca de estos puntos y de las tres preguntas contenidas en nuestra primera carta, para que en nuestra próxima circular podamos daros ya un breve resumen de las diversas opiniones.

1.- ¿Qué es comunismo y qué pretenden los comunistas?

2.- ¿Qué es socialismo y qué pretenden los socialistas?

3.- ¿De qué modo puede instaurarse el comunismo lo más rápida y fácilmente posible?

A modo de introducción, observamos lo que sigue: Como sabéis, el comunismo es un sistema según el cual la tierra debe ser propiedad común de todos los hombres, y todo el mundo debe trabajar, "producir", con arreglo a sus capacidades y disfrutar, "consumir", con arreglo a sus fuerzas; los comunistas pretenden, por tanto, echar a tierra toda la organización social del pasado y levantar sobre sus ruinas una nueva.

El socialismo, que deriva su nombre de la palabra latina *socialis*, o sea lo que afecta a la sociedad, estudia, como ya su propio nombre indica, la organización de la sociedad, las relaciones de unos hombres con otros; pero no erige ningún sistema nuevo, sino que se aplica predominantemente a poner parches en el viejo edificio, a taponar y

[51] El embajador en Londres del rey de Prusia.

ocultar a la vista las grietas abiertas por el tiempo, y, a lo sumo, a levantar, como hacen los fourieristas, un nuevo piso sobre los viejos y carcomidos cimientos llamados capital; entre los socialistas pueden clasificarse todos los inventores de cárceles y correccionales, todos los fundadores de hospitales, comedores económicos y asilos de beneficencia; y precisamente por eso, porque el término de socialismo no tiene un sentido concreto y fijo, sino que puede significarlo todo y no significa nada, corren a agruparse bajo sus banderas e increpan a los comunistas, que no quieren perder el tiempo en apuntalar el viejo edificio y concentran todos sus esfuerzos en levantar otro nuevo, todas esas cabezas confusas, todos esos filántropos sentimentales, todas esas gentes a quienes gustaría hacer algo, pero que carecen de arrojo para hacer nada. A nadie que sepa razonar puede ocultársele que el entretenerse en remendar y repintar un sistema social totalmente podrido es perder lastimosamente el tiempo. Es necesario, pues, que nos aferremos a la palabra "comunismo" y la inscribamos audazmente en nuestras banderas, contando luego los militantes que se congreguen en torno a ella; no podemos callar cuando oímos, como tantas veces se oye en la actualidad, que el comunismo y el socialismo son en el fondo lo mismo, cuando se nos invita a cambiar el nombre de comunistas, que todavía asusta a tantos espíritus medrosos, por el de socialistas, sino que debemos levantar nuestra enérgica protesta contra semejante disparate. Por lo que toca a la implantación del comunismo, hay que saber ante todo, pues es la cuestión capital, si éste puede implantarse inmediatamente o si hay que admitir un período de transición durante el cual se eduque al pueblo para él; y necesitamos además saber, caso de que sea así, cuánto habrá de durar ese período; en segundo término, hay que preguntarse si el régimen comunista puede y debe implantarse de una vez o si se deberá comenzar con pequeños ensayos; y, finalmente, ¿deberá implantarse por la fuerza o dejar que la transformación se desarrolle por la vía pacífica?

Con esto creemos haber encauzado suficientemente vuestras discusiones, y terminamos haciéndoos el requerimiento formulado ya en nuestra carta anterior: que en todas partes donde dé señales de vida el fourierismo, cuyo fin no es otro que mantener en pie bajo una forma más endulzada la esclavitud del trabajo, aboguéis vigorosamente por nuestros principios. Asimismo os invitamos a que luchéis contra esa vacua filantropía sentimental que, desgraciadamente, parece haberse desatado entre los comunistas de una serie de sitios. Los tiempos son cada vez más duros; necesitamos de hombres fuertes y no de lunáticos y soñadores, de ésos que, en vez de maldecir de la miseria de la humanidad y empuñar la espada, no saben más que derramar lágrimas como las mujeres. Y por último: guardaos de motines, conspiraciones, compras de armas y demás disparates por el estilo; nuestros enemigos se desvivirán por provocar revueltas callejeras, etc., y tomar de ahí pretexto para una represión encaminada a restablecer, como ellos dicen, el orden y a poner por obra sus planes demoníacos. Una actitud seria y serena obligará a los tiranos a quitarse la careta, y entonces ¡a vencer o morir!

Que os vaya bien, hermanos, y contestad pronto.

Informe sobre el Primer Congreso de la Liga de los Comunistas. El Congreso a la Liga de Hamburgo[52]

9 de junio de 1847

Queridos hermanos:

El Primer Congreso de la Liga, convocado en el pasado mes de febrero por la Autoridad Central (Halle)[53], y que se inauguró aquí en Londres el 2 de junio de este año, ha terminado sus deliberaciones. Dada la situación general de nuestra liga, las sesiones del congreso no pudieron ser publicadas.

Nos toca, a los que participamos al congreso hacérselas saber, después de terminadas, y darles al menos, una visión de conjunto de nuestros debates.

Nos sentimos tanto más obligados en darles este informe puesto que la Autoridad Central saliente nos rindió cuentas de su actividad y *nosotros* debemos explicarles en qué medida estuvo satisfecho el congreso con ese informe. Además, estamos obligados, porque hemos añadido a los nuevos estatutos un artículo, con carácter de ley, que somete todas las decisiones del congreso a la ratificación de las comunas; por lo tanto tenemos, al menos en esta parte de nuestras decisiones, un doble motivo para explicarles las razones de ello.

Después de verificación de los poderes, la Autoridad Central saliente debía, primeramente, rendir informe de su administración al congreso, y hacer el balance de la situación de la Liga. Los delegados se declararon completamente satisfechos de la manera en que la Autoridad Central comprendió los intereses de la Liga y de cómo había emprendido su reorganización. Este primer punto, queda pues, satisfecho. A continuación les daremos una rápida visión de conjunto del informe de la Autoridad Central y de las cartas originales presentadas al congreso.

La facción más fuerte de la Liga está en Londres. La libertad de palabra y de asociación facilitan grandemente la propaganda y dan oportunidad a los miembros de la Liga, capaces y numerosos, de hacer valer su carácter y talento al servicio de la Liga y de nuestra causa. Con este propósito, la Liga utiliza a la *Sociedad Alemana de Instrucción Obrera* y a su filial en Whitechapel. Además, los miembros de la Liga tienen actividades con los *Fraternal Democrats*, en las sociedades de discusión de los comunistas franceses[54], etc.

La misma antigua Autoridad Central parisina comprendió que la Liga de Londres estaba en mejores condiciones que ella para asegurar la dirección central de los negocios de la Liga. En ninguna otra parte hubieran estado mejor asegurados tanto los documentos como los miembros de la Autoridad Central. En el transcurso de los debates, el congreso tuvo suficientemente ocasión de comprobar que las comunas londinenses cuentan con un número importante de gentes capaces en quienes se puede

[52] Tomado de "Reporte del Primer Congreso de la Liga de los Comunistas", en Bert Andreas, *La Liga de los Comunistas. Documentos constitutivos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1973, páginas 73-102; también para las notas.

[53] El término "Halle" corresponde a "Gran Venta" o "Venta Suprema" en el lenguaje de la Charbonnerie.

[54] Se trata de la *Sociedad Francesa de Instrucción*, fundada en Londres por los exiliados de abril de 1834 y los de mayo de 1839, entre otros, Michelot, Berrier-Fontaine, Jacques Chillmann, etc.

confiar el poder supremo ejecutivo de la Liga. En consecuencia, se decidió que la Autoridad Central se quedase en Londres.

Durante los últimos años, la Liga en París se había deteriorado notablemente. Desde tiempo atrás, los miembros de la autoridad regional y los de la Autoridad Central ya no se ocupaban más que de disputas formales y de pretendidas violaciones a los estatutos, en lugar de vigilar los intereses de la Liga en general o regional. Igualmente en las comunas, se discutían mezquindades parecidas, quitando el tiempo y que conducían a escisiones. A lo sumo se discutían viejas cuestiones, rebatidas hasta la saciedad después de las Garantías de Weitling. En el seno mismo de la Liga, en París, no se manifestaba el menor progreso, ni el más mínimo interés en el desarrollo del principio del movimiento del proletariado, como sucedía en el interior de la Liga de otras localidades, como sucedía *fuera de la Liga*. La consecuencia fue, que todos los que no estaban satisfechos con lo que en la Liga se les proponía, buscaron completar su formación *fuera* de la misma. Esta necesidad de formación fue explotada por un caballero andante de la industria literaria, explotador de obreros además, el escritor alemán *Karl Grün*[55]. Este personaje se unió al comunismo cuando vio que se podía ganar dinero con escritos comunistas. Pero después de un cierto tiempo, comprendió que era peligroso continuar declarándose comunista y optó por retirarse, tomando como excusa el último libro de Proudhon (que él mismo tradujo al alemán), sobre las contradicciones de la economía política. El Sr. Grün utiliza las tesis emitidas en ese libro, de manera insignificante, como de conferencias sostenidas en París ante miembros de la Liga. Esas conferencias fueron seguidas por dos clases de gentes, aquéllos que se encontraban cansados del comunismo en general y por los que, probablemente, esperaban instruirse con el Sr. Grün y encontrar respuesta a una cantidad de cuestiones y de dudas que jamás habían sido resueltas en las sesiones de sus comunas. Estos últimos eran numerosos y se componían de los miembros de las comunas parisinas más capaces y aptos para ser instruidos. El Sr. Grün logró deslumbrar a estos últimos, durante un cierto tiempo, gracias a sus fórmulas y su pretendida sabiduría. Esta situación significó una escisión de la Liga. De un lado se encontraba el partido de los weitlinguianos, que hasta ahora había regenteado absolutamente la Autoridad Central y la regional; del otro, los que pensaban que aún se podía aprender algo, así fuese del mismo Grün. Pronto vieron que Grün se declaraba abiertamente hostil a los comunistas, y que toda su teoría era absolutamente incapaz de reemplazar al comunismo. Durante el transcurso de violentas discusiones se confirmó que casi todos los miembros de la Liga continuaban fieles al comunismo y que solamente dos o tres defendían al Sr. Grün, y a su sistema proudhoniano. Se confirmó igualmente que Grün, según su costumbre, había robado a los obreros, al utilizar para fines personales el importe de una colecta para los polacos insurrectos (30 francos), y que les había extorsionado, igualmente, varias centenas de francos para hacer imprimir un miserable folleto sobre los recesos de las dietas prusianas[56]. En suma, la mayoría de los que habían seguido las conferencias de Grün se abstiene de continuar y constituye un nuevo partido en el que la intención era esencialmente desarrollar el principio comunista en todas sus consecuencias y en sus relaciones con la situación social. Esta escisión implica la desorganización de la Liga.

---

[55] Se puede seguir esos debates en las cartas que Engels envía de París al Comité de Correspondencia Comunista en Bruselas, cf. Marx-Engels, *Correspondance*, Ed. Sociales, 1971, vol. I. Karl Grün (1817-1887) es uno de los representantes de lo que Marx y Engels han llamado "socialismo verdadero" en la *Ideología Alemana*.

[56] Karl Grün, *Die pressischen Landtagsabsabschiede. Ein Worl zur Zeit*, Birwirken, 1846. Los recesos son originalmente los cuadernos de deliberaciones de las dietas; los Landtag prusianos, parlamentos sin poder, tuvieron algunas veleidades de reformas en los años precedentes a 1848.

En el transcurso del invierno, la Autoridad Central envía un emisario[57], que reconstituye la organización en la medida de lo posible. Pero las disputas reaparecieron rápidamente. Los tres partidos y los tres principios eran irreconciliables. El partido progresista logró, con la ayuda de los weitlinguianos, alejar de la Liga a los tres o cuatro partidarios reacios de Grün, que habían tomado abiertamente posición en contra del comunismo. Los dos partidos restantes tuvieron un enfrentamiento cuando, en la sesión de la autoridad de la región se quiso elegir un delegado para el congreso. El desacuerdo se agravó y, por alcanzar al menos un voto, se decidió en las tres comunas en que el partido progresista era mayoría, separarse de las otras dos comunas en las que los weitlinguianos predominaban y elegir, en asamblea general, un delegado al congreso. Y así se hizo; de esta manera, los weitlinguianos se encontraron provisionalmente alejados de la Liga y vieron reducirse sus miembros en un tercio. Después del examen de las justificaciones dadas por los partidos, el congreso se declara de acuerdo con la manera en que habían reaccionado las tres comunas, dado que el partido de Weitling ha frenado en todas partes el desarrollo de la Liga, como se ha podido comprobar con la experiencia en Londres y en Suiza. Se decidió por unanimidad alejar de la Liga a los weitlinguianos de París[58] y admitir en el congreso al delegado de la mayoría parisina[59].

De esta manera, el número de miembros de la Liga en París, está, sin duda, fuertemente reducido. Pero, en revancha, los elementos que la frenaban fueron separados y los ánimos han sido incitados por la lucha a la reanudación de las actividades. Un nuevo ánimo, una energía nueva se hace sentir. Las persecuciones policíacas parecen, más o menos, pasadas, y además ellas no estaban dirigidas en contra del partido que obtuvo la victoria (solamente uno de sus miembros fue expulsado) sino contra el de Grün, único que ha sido afectado (prueba de que todas esas persecuciones estuvieron originadas por los informes proporcionados por el gobierno de Prusia, como se verá más adelante). Y si el gobierno (francés) prohibió las reuniones públicas de la Barriere [du trône], este hecho afecta nuevamente a los partidarios de Grün, sobre todo porque ahí, éstos monopolizaban la palabra y predicaban en contra del comunismo y porque, naturalmente, los comunistas no podían responderles libremente en ese lugar. Así, la Liga de París se encuentra mucho mejor que en la época en que abandonó la Autoridad Central. Somos mucho menos numerosos, pero más unidos y tenemos gentes capaces.

En Lyon, la Liga cuenta con miembros constituidos en comuna, que parece que trabajan por la causa en la medida de sus fuerzas.

En Marsella estamos igualmente constituidos en comuna. Se nos ha escrito a propósito de los miembros que se encuentran ahí: “La situación de la Liga en Marsella no es de las mejores. Los estímulos por carta tendrán poco efecto; intentaremos hacer de tal manera que para el otoño algunos de nosotros puedan ir y reorganicen la Liga.”[60]

La Liga ha logrado igualmente, implantarse en Bélgica. Existe en Bruselas una sólida comuna constituida por alemanes y belgas, los que ya fundaron otra comuna en Lieja, entre los obreros fabriles valones. Las perspectivas de la Liga en ese país son magníficas y esperamos que para el próximo congreso Bélgica estará representada por varios delegados.

---

[57] Joseph Moll, enviado de Londres para reencontrar a los miembros del Comité de Correspondencia Comunista de Bruselas y de París, debía, pues, además, restablecer la situación de la Liga en París.

[58] Cf Art. 23 del Proyecto de estatutos [en esta misma obra], la importancia diferente entre “alejamiento” y “exclusión”. Después de la decisión del congreso sobre las comunas parisinas, ya no se trata más que de los weitlinguianos excluidos.

[59] Se trata de Federico Engels.

[60] Seguramente carta de la comuna de Lyon desorganizada en septiembre por la partida de sus miembros.

En Alemania tenemos varias comunas en Berlín, que han sido súbitamente desorganizadas por la policía a principios de año. Los miembros de la Liga habrán leído en la prensa que una reunión obrera dirigida por miembros de la Liga, ha sido dispersada por la policía y que un proceso sumario ha sido abierto, a consecuencia de lo cual muchos miembros dirigentes de la Ligan han sido detenidos. Entre estos últimos se encuentra un tal Friedrich Mentel, sastre originario de Potsdam, de 27 años de edad, talla media, regordete. Este individuo, que había estado en Londres y después en Francia, en donde había pertenecido al partido de Grün y se había revelado como un soñador sentimental aletargado[61] (y que además en el transcurso de sus viajes había aprendido a conocer bien los negocios de la Liga), se muestra incapaz de sobrepasar esta pequeña prueba. Se confirma una vez más que la tontería y la confusión mental de estos individuos sentimentales no encuentran, finalmente, su plena satisfacción más que en la religión. El Sr. Mentel se deja completamente convertir al cabo de algunos días por un cura y durante su detención hace dos veces la comedia de la comunión. Un miembro de la Liga en Berlín nos ha escrito: "...él ha contado al tribunal lo que pasaba en las comunas de París, Londres, Hamburgo y Kiel (las frecuentó a todas) y dio la dirección bajo la cual Hermann Kriege enviaba su *Volkstribun*[62] a Berlín. Le dijo a otro en su cara: ¿no te he vendido esos libros?, ¿no nos hemos reunido en tal y tal lugar?, ¿no eres miembro de la Liga de los Justos?, y como el otro respondiera 'no' a todo eso, Mentel le dijo: ¿cómo osas sostener eso delante de Dios todopoderoso, que lo sabe todo? y otras estupideces por el estilo". Afortunadamente las bajezas del Sr. Mentel no desorientaron a los otros acusados y no le quedó al gobierno otra cosa que absolver provisionalmente a los inculpados. Las persecuciones contra los comunistas alemanes en París están, evidentemente en estrecha relación con las denuncias del Sr. Mentel. Podemos felicitarnos de que Mentel, partidario de Grün, haya considerado a los partidarios de Grün como los verdaderos dirigentes de la Liga, y que sea a ellos a quien ha denunciado. De esta forma, los verdaderos comunistas han quedado, generalmente, al abrigo de persecuciones. Naturalmente, todo el círculo de Berlín ha sido desorganizado por estos acontecimientos. Sin embargo, conocedores del valor de los miembros que la forman, tenemos la esperanza de que la reorganizarán rápidamente.

Hamburgo tiene igualmente una comuna constituida. Pero sus miembros se han dejado intimidar un poco por las persecuciones en Berlín. Sin embargo, el contacto no se ha interrumpido en ningún momento.

La Liga tiene también comunas en Altona, Bremen, Maguncia, Múnich, Leipzig, Königsberg, Thorn, Kiel, Magdeburgo, Stuttgart, Mannheim y Baden-Baden. En Escandinavia también está presente: Estocolmo.

La situación de la Liga en Suiza no es tan buena como lo hubiésemos deseado. Desde el principio, es el partido de los weitlinguianos quien domina ahí. La ausencia de evolución en las comunas de Suiza se ha comprobado notablemente por una parte, en el hecho de que una fracción de ellas no han sido capaces de terminar la vieja disputa que las contrapone con la Joven Alemania y por la otra de que, por contraponerse a la Joven Alemania, se hicieron defensoras de la religión y se dejaron explotar de manera vergonzosa por miserables caballeros andantes de la industria, tales como Georg

[61] "Liebesduselei" y "Liebesduseler" son términos compuestos por Marx y Engels para designar la tendencia sentimental (y religiosa) del comunismo emanado de Weitling, en el que se predica el amor como único medio para resolver los problemas sociales. Los términos son consagrados, en cierta forma, por la *Circular contra Kriege*. La traducción es delicada y corresponde aproximadamente a aletargamiento por amor.

[62] *La Tribuna del Pueblo*, periódico redactado y publicado por Hermann Kriege en Nueva York en 1846, quebró mismo antes de la llegada de Weitling quien debía ser el redactor.

Kuhlman de Holstein con sus aires ceremoniosos. A consecuencia de medidas tomadas por la policía, la Liga se desorganizó en Suiza a tal punto, que el congreso decidió tomar determinaciones extraordinarias para reconstituirla. La naturaleza y éxito de tales medidas, naturalmente, no podrán ser comunicadas a las comunas posteriormente.

En lo que concierne a América, habrá que esperar más amplia información del emisario que se envió, para poder dar un informe preciso sobre la situación de la Liga, así como la forma que finalmente tomará allá.

Del anterior informe y de las cartas de la Liga presentadas al congreso, resultan dos cosas: primeramente, que la Liga estaba verdaderamente en una situación difícil en el momento en que la Autoridad londinense toma la dirección, que la antigua Autoridad Central absolutamente no había cumplido las tareas que le incumbían, que había descuidado totalmente mantener la unidad del conjunto y que, además de esta desorganización de la Liga, elementos de discordia habían germinado poco a poco en las mismas comunas. En estas condiciones que amenazaban la existencia de la Liga, la Autoridad Central londinense tomó inmediatamente las medidas que se imponían: envío de emisarios, alejamiento de los miembros peligrosos para la existencia del conjunto, reorganización de los contactos, convocación al Congreso General y preparación de preguntas que en él debían ser discutidas. Al mismo tiempo emprendió gestiones para atraer a la Liga otros elementos del movimiento comunista que hasta ahora habían permanecido ajenos a la Liga (gestiones que fueron coronadas de éxito[63]).

Después de haber arreglado esas cuestiones, el congreso pasó al examen de los estatutos. El resultado de esos debates se encuentra ya bajo la forma de nuevos estatutos, en las comunas, y fueron votados por unanimidad sobre todos los artículos; el congreso propone su adopción definitiva. Con objeto de justificar las modificaciones aportadas, haremos las siguientes consideraciones:

La modificación de Liga de los Justos, en Liga de los Comunistas ha sido adoptada, primeramente porque el antiguo nombre había sido revelado al gobierno por la infame traición del Sr. Mentel, por lo que una modificación parecía indicada. Segundo, (y sobre todo) porque el antiguo nombre había sido adoptado en circunstancias y en consideración de acontecimientos particulares, que ya no tienen nada que ver con los actuales objetivos de la Liga[64]. Este nombre está, pues, terminado y no indica en lo absoluto lo que nosotros queremos. Cuántas gentes no desean la justicia, o lo que ellos llaman justicia, sin ser comunistas. Ahora bien, nosotros no nos distinguimos por el hecho de querer la justicia en general, lo que cada quien puede pretender, sino por el hecho de que atacamos al orden social establecido y a la propiedad privada, por el hecho de querer la comunidad de bienes, por el hecho de ser comunistas. No hay pues, más que un nombre que convenga a nuestra Liga, ése expresa lo que realmente somos, y es el que hemos escogido. Con esta misma idea hemos reemplazado los términos "Gau" y "Halle"[65], herencias de sociedades políticas secretas y en las que el aspecto germánico era molesto a los sentimientos de carácter

[63] Se trata del acuerdo de febrero de 1847 entre la Liga de los Justos y el Comité de Correspondencia Comunista.

[64] Llamada de circunstancias de por sí, para los antiguos miembros de la Liga: escisión de la Liga de los Desterrados [según traducciones también "Proscritos"] y fundación de la Liga de los Justos. El término de desterrados daba cuenta únicamente de la ausencia de derechos del proletariado en formación, del "cuarto estado", como entonces lollamaba L. Borne. Liga de los Justos (donde la Justicia, término socialmente adoptado a finales de 1836, principios de 1837, a proposición de Weissenbach, Hoffmann, Ahrens, lo que permite comprender la reticencia de los hamburgueses para la transformación del nombre), implica ya una reivindicación social y política consciente: la abolición del estado anterior, de la ausencia de derechos.

[65] "Gau" es igual a región y "Halle" es igual a venta, son reemplazadas por "Kreis", que es igual a círculo o distrito y "Zentralbehörde" es igual a Autoridad Central.

antinacional de nuestra Liga abierta a todos los pueblos; hemos reemplazado esos términos por palabras que signifiquen verdaderamente lo que debe ser. El empleo de tales términos, simples y claros, servirá, y todavía más, para borrar de nuestra Liga, fundada en la propaganda, el carácter de conjuración que nuestros enemigos quisieran adjudicarnos.

La necesidad de repetir ese congreso, convocado y reunido por primera vez, de repetirlo *regularmente*, y de darle la totalidad del poder legislativo de la Liga, bajo reserva de ratificación de las comunas, ha sido reconocida unánimemente sin discusión. Esperamos haber definido exactamente los puntos que importaba precisar en las disposiciones concernientes tomadas, con objeto de asegurar al congreso una actividad eficaz, en interés general.

El abandono de títulos[66], en tanto que contenían disposiciones estatutarias quedan reemplazados por artículos precisos de los estatutos y conteniendo al mismo tiempo principios comunistas generales, quedan reemplazados por la *Profesión de fe comunista*; esto confiere a los estatutos un aspecto más simple y uniforme, conduciéndolo, igualmente, a una definición más precisa del papel de cada autoridad responsable.

Después de la expedición de los estatutos, se pasó a la discusión de las proposiciones preparadas por la Autoridad Central o propuestas individualmente por los delegados.

Primero se deliberó sobre la proposición de un delegado para convocar a un nuevo congreso en el plazo de seis meses. El congreso tenía la clara visión de que, en tanto que el primer congreso convocado y reunido en un periodo en que la organización de la Liga se había relajado, debería considerarse, ante todo, como una asamblea constitutiva y organizadora. Se tenía la convicción de que para arreglar a fondo las cuestiones importantes que se planteaban, era necesario un nuevo congreso; pero al mismo tiempo, como los estatutos fijaban el próximo congreso para el mes de agosto (lo que hubiese dejado de plazo dos meses solamente, ya que es imposible retardar el segundo congreso hasta agosto de 1848), se decidió convocar ese segundo congreso, para el lunes 29 de noviembre de este año, también en Londres. No nos dejamos amedrentar ni por la mala estación ni por los nuevos gastos. La Liga ha sobrepasado una crisis y no debe retroceder ante un esfuerzo excepcional. La nueva constitución de la Liga contiene las disposiciones necesarias para la elección de delegados y esperamos, en consecuencia, que en el Segundo Congreso estarán representados numerosos círculos.

La proposición del mismo delegado de constituir un fondo aparte para el envío de emisarios, ha obtenido, igualmente, la aprobación general. Se juzgó que nuestra Liga dispone de dos clases de emisarios. Primeramente los emisarios que son enviados a expensas de la Liga con misión especial en localidades determinadas, ya sea con el fin de constituir la Liga en regiones en donde no existe todavía, o de reorganizarla en los lugares en donde se está relajando. Esos emisarios tienen que estar necesariamente bajo el control directo de la Autoridad Central. En segundo, los obreros que regresan a sus hogares o que por cualquier otro motivo tienen que emprender un viaje. Estos obreros, gentes capaces, a menudo utilizados para visitar alguna comuna que no esté muy alejada de su trayecto, pueden prestar los más grandes servicios a la Liga, si ésta les reembolsa los gastos suplementarios ocasionados. Naturalmente que estos emisarios ocasionales deben estar bajo el control directo de la autoridad del círculo y no ser colocados, sino de manera excepcional, bajo la Autoridad Central. En consecuencia, el congreso decidió

---

66 Se trata de títulos o secciones de un texto sometidos a discusión del congreso y que nosotros no poseemos.

acordar mandato a la Autoridad Central para exigir de cada autoridad de círculo una participación trimestral determinada, y para constituir con estas cuotas un fondo de envío de emisarios del primer tipo. Se decidió también darles mandato a las autoridades de círculo para que utilicen como emisarios *ocasionales*, de la manera indicada (además de que esto no se ha hecho hasta ahora), a los miembros capacitados de la Liga que parten de viaje y les paguen por adelantado, (utilizando sus propios fondos), sus gastos de viaje suplementarios. Las autoridades de círculo podrán, en casos excepcionales, pedir una participación del fondo de la Autoridad Central; naturalmente, es la Autoridad Central quien decide si podrá satisfacer esta demanda. Todo emisario es responsable ante la autoridad que le ha proporcionado los fondos y deberá rendirle cuentas.

Todos ustedes comprenderán la necesidad de organizar la propaganda a través de los emisarios y de someterla a una dirección centralizada. Esperemos que nuestras decisiones tomadas después de una madura reflexión, encuentren vuestra aprobación y tengan éxito para la causa.

La cuestión siguiente era la del órgano de prensa de la Liga; su necesidad ha sido reconocida sin discusión. El periódico debe aparecer en Londres necesariamente, no más de una vez por semana y menos de una vez por mes ha sido también admitido sin más. Se ha fijado el título, divisa y formato, y ustedes tendrán conocimiento a través del número de lanzamiento que aparecerá en julio. Para la redacción y hasta que el periódico sea oficial, existe una comisión y un redactor que, ya ha sido designado y que tomará la dirección con ayuda de la comisión. Arreglado esto, el congreso atacó el problema del costo. Primero, y a fin de completar la imprenta, se tiene todavía necesidad de un cierto número de cosas, entre las cuales, una prensa metálica, para la cual la Autoridad Central ha sido encargada de pedir una participación de los círculos. Después se hizo la cuenta de gastos. Se ve que, para que, el número semanal de una galera[67] cueste 2 pence = 4 sous = 2 Silbergroschen = 6 Kreutzer, se tendría necesidad de cubrir los gastos de un número de abonados sobre los cuales no se puede aún contar con certeza. Una hoja mensual sin redactor podría vivir con menos abonados, pero no respondería a las necesidades de la Liga. Pero, como en la cuestión relativa de saber si estaríamos en estado de reunir el número suficiente de abonados para un periódico semanal estábamos muy inseguros, no pudimos hacer los compromisos necesarios. Por lo tanto hemos decidido: mientras se resuelve esta situación aparecerá en julio un número de lanzamiento gratuito. Las comunas deberán entonces, a través del intermediario del círculo, hacer saber cuántos miembros tienen, pues el congreso ha decidido que, en tanto el periódico no sea mensual, cuando menos, cada miembro de la Liga cotizará por un número, cada comuna recibirá solamente un ejemplar y el resto será distribuido gratuitamente. Además, los miembros de la Liga deben informarse del número de ejemplares que sea posible colocar en su región, recibir los abonos y dar cuenta de esto. En noviembre el congreso decidirá el camino a tomar en consideración de las indicaciones que le suministrará la Autoridad Central, y de ser posible, pondrá el periódico en marcha antes de principios del nuevo año.

Entretanto, la imprenta londinense servirá para la impresión de volantes.

Finalmente, la cuestión de la *Profesión de fe comunista*. El congreso tuvo consciencia de que la proclamación oficial de los principios de la Liga es un paso de lo más importante; que una profesión de fe caduca al cabo de algunos años, entiéndase al cabo de algunos meses, que ya no corresponde al ideal de la mayoría, sería tan perjudicial como útil una buena proclamación de fe; se dio cuenta, pues, que era

[67] La galera u hoja de imprenta hace 16 páginas en 80. Y efectivamente es el formato y volumen del único número aparecido de *Kommunistische Zeitschrift* que prevista para julio, después para agosto, aparecerá solamente a principios de septiembre. [Ver este número único en esta misma obra. EIS]

necesario efectuar esta gestión con una particular prudencia y evitar cualquier decisión apresurada. Al igual que con el órgano de prensa de la Liga, aquí también el congreso tuvo consciencia que no debería hacer nada definitivo, que convendría actuar solamente en Congreso Constitutivo y darle a la renaciente vida de la Liga un alimento nuevo, proponiendo a discusión un *Proyecto* de profesión de fe. En consecuencia, el congreso decidió redactar ese proyecto y presentarlo a las comunas, para que lo discutan, redacten y envíen proposiciones de modificaciones y adiciones a la Autoridad Central. Adjuntamos el proyecto. Lo recomendamos al examen serio y reflexivo de las comunas. Hemos intentado evitar, por una parte, todo espíritu de sistema y todo comunismo que huela a cuartel, por la otra, las cosas estúpidas y ensoñaciones sobre el amor de los comunistas sentimentales y plañideros; por el contrario, hemos intentado, tomando siempre en cuenta las relaciones sociales (únicas que han engendrado al comunismo), no apartarnos de este terreno seguro, a fin de no perdernos. Esperamos que la Autoridad Central recibirá de la parte de ustedes numerosas adiciones y proposiciones, y les invitaremos una vez más a una discusión especialmente intensa sobre este sujeto preciso.

He aquí, queridos hermanos, la visión de conjunto y el resultado de nuestras deliberaciones. Nos hubiera gustado resolver definitivamente los puntos que nos han sido propuestos, fundar el órgano de prensa de la Liga, proclamar los principios comunistas en una *Profesión de fe*. Pero en el interés de la Liga, en el del movimiento comunista, hemos debido limitarnos a nosotros mismos, hacemos de nuevo un llamado a la mayoría y dejamos al Segundo Congreso el cuidado de realizar lo que hemos preparado.

Les toca ahora a ustedes, queridos hermanos, demostrar que la causa de la Liga, la causa del comunismo les es entrañable. La Liga ha salido victoriosa de un periodo de deterioro. La tibieza y la malicia están superadas, los elementos hostiles que habían aparecido en el seno mismo de la liga han sido alejados. Nuevos elementos han llegado. El porvenir de la Liga está asegurado. Pero, queridos hermanos, nuestra situación no es tal que podamos aflojar un solo instante nuestro esfuerzo: todas las llagas no están aún cicatrizadas, todos los vacíos en nuestras filas no han sido todavía llenados, aún se sienten las consecuencias dolorosas del combate por el que hemos atravesado. Es por esto que el interés de la Liga, en la causa del comunismo exige todavía un breve periodo de actividad encarnizada por su parte; es por esto que durante algunos meses aún, ustedes no deben relajar un solo instante en nuestro trabajo. A circunstancias excepcionales, energía excepcional. Una crisis como la que ha atravesado nuestra Liga, una crisis en el transcurso de la cual tuvimos primero que combatir el abatimiento debido a la presión aplastante de la policía alemana y de otras, debido además al hecho de que la esperanza de un próximo mejoramiento de la situación social parecía alejarse cada vez más de su realización; una crisis, en la que, además, durante su transcurso hemos tenido que luchar no solamente contra las persecuciones de nuestros adversarios, de los gobiernos vinculados a la burguesía o dominados por ella, sino contra el enemigo en nuestras filas, al que hemos estado obligados de anularlo, sin consideración de nadie, teniendo en cuenta exclusivamente el peligro corrido por la Liga, la amenaza de desorganización de todo el partido comunista de lengua alemana; una crisis parecida, hermanos, no se supera de la noche a la mañana. Mismo si la existencia de la Liga y el vigor de su organismo están asegurados, se necesitará todavía de meses de trabajo ininterrumpido antes de que se pueda decir: hemos cumplido con nuestro deber de comunistas, con nuestro deber de miembros de la Liga.

Hermanos, ante la firme convicción de que ustedes han resentido, al igual que nosotros, la gravedad de las circunstancias; ante la firme creencia de que sabrán

mostrarse a la altura de esas circunstancias difíciles, ¡llamamos con confianza a ustedes mismos, a su entusiasmo por la causa de la comunidad! Sabemos que la infame avidez de la burguesía casi no les deja un descanso para trabajar por la causa; sabemos que les reduce al máximo el salario de miseria que les da por vuestro rudo trabajo; sabemos que la escasez y la crisis de los negocios pesan al presente[68] de manera particularmente penosa sobre ustedes; sabemos que la burguesía les persigue, los encarcela, arruina su salud, pone en peligro su vida en el momento, en que a pesar de todo, encuentran el tiempo y el dinero para trabajar por la comunidad; sabemos todo esto y a pesar de ello no hemos dudado un solo instante en pedirles nuevos sacrificios pecuniarios, en llamarles a redoblar la actividad. Estaríamos obligados a retirarnos del conjunto del movimiento si, en efecto, no supiéramos que los hombres que nos han elegido para tomar medidas para el bien común están prestos a poner en práctica nuestras decisiones, sin flaquezas ni vacilaciones; si no supiéramos que no hay nadie en nuestra Liga para quien los intereses del partido comunista, la caída de la burguesía y la victoria de la comunidad no sean sus intereses, los primeros; si no supiéramos que las gentes han tenido suficiente determinación para organizarse en una Liga que los expone a graves peligros, son lo suficientemente decididos y firmes para desafiar esos peligros y hacer que su Liga se vuelva grande y poderosa sobre toda Europa; en fin, si no supiéramos que gente de esta clase no son jamás más activos y entusiastas que cuando cruzan los obstáculos.

Hermanos, sostenemos una gran causa, una causa admirable. Proclamamos el más grande cambio que jamás haya sido proclamado en el mundo, un cambio que no tiene igual en profundidad y en consecuencias en toda la historia de la humanidad. No sabemos en qué medida se nos permitirá participar de los frutos de ese cambio. Pero lo que sí sabemos, es que ese cambio llegará con fuerza; lo que vemos es que en todas partes, tanto en Francia como en Alemania, en Inglaterra como en América las masas del proletariado en cólera se ponen en movimiento y con una voz a menudo confusa todavía, pero siempre más fuerte e inteligible, exigen su liberación de las cadenas del reino de dinero, de las cadenas de la burguesía. Lo que vemos es que la clase de los burgueses se enriquece cada vez más, que las clases medias desaparecen paulatinamente y de esta manera la evolución histórica empuja a una vasta revolución que estallará un día a causa de la miseria del pueblo y de la arrogancia de los ricos. Ese día, hermanos, esperamos verlo todos, y mismo si no tenemos la oportunidad de tomar las armas en el transcurso de esa primavera, como la circular de la Autoridad Central previo la posibilidad[69], que ese hecho no nos turbe. Ese día llegará, y el día en que las masas populares en columnas cerradas dispersen a los mercenarios de los capitalistas, ¡ese día se verá lo que fue nuestra Liga y cuál ha sido su trabajo! Así si no vivimos *todos* lo bastante para ver los frutos de ese gran *combate*, también si centenas de entre nosotros caen bajo el fuego de las ametralladoras de la burguesía, todos nosotros habremos, aun los desaparecidos, participado al combate, y ese combate, esta victoria, vale por ella sola una vida de trabajo encarnizada.

Y con esto, adiós...

En nombre del Congreso: Secretario Heide; el Presidente Karl Schill (seudónimo de Karl Schapper)

Londres, 9 de junio de 1847

---

[68] Se trata de la crisis económica de 1846-1847 que se traduce, entre otras cosas, en una crisis de subsistencia provocando "motines de grano", esporádicos en toda Europa occidental, en vísperas de la revolución de 1848.

[69] Alusión al comunicado de febrero en que los londinenses pensaban ver estallar la revolución desde la primavera de 1847.

Proyecto de Estatutos de la Liga de los Comunistas[70]

Estatutos de la Liga de los Comunistas
¡Proletarios de todos los países, uníos!

Sección I. La Liga

Art. 1. La Liga tiene como finalidad la supresión de la esclavitud de los hombres a través de la difusión de la teoría de la comunidad de bienes y tan pronto sea posible, por su introducción a la práctica.

Art. 2. La Liga se divide en Comunas y en Círculos: a la cabeza, y en calidad de poder ejecutivo se encuentra la Autoridad Central.

Art. 3. Se exige, de cualquiera que desea adherirse a la Liga:

a. Que se conduzca como hombre;
b. que jamás haya cometido una acción deshonrosa;
c. que acepte los principios de la Liga;
d. que tenga medios de subsistencia conocidos;
e. que no pertenezca a ninguna sociedad política nacional o internacional;
f. que sea admitido por unanimidad en una comuna;
g. que se comprometa, sobre su honor, a actuar con fidelidad y discreción.

Art. 4. Todos los miembros de la Liga son iguales y hermanos, y en esta calidad se deben ayuda en toda circunstancia.

Art. 5. Todos los miembros de la Liga deben portar seudónimo.

Sección II. La Comuna

Art. 6. Una comuna se compone de un mínimo de tres y de un máximo de doce miembros.

Para evitar sobrepasar esta cifra se efectúa una separación.

Art. 7. Cada comuna elige un presidente y un vicepresidente. El presidente dirige las sesiones; el vicepresidente controla la caja alimentada por las cotizaciones de los miembros.

Art. 8. Los miembros de la Liga deben dirigir todos sus esfuerzos a reclutar para la Liga a personas capaces e intentar siempre tomar por regla de sus acciones los principios y no las personas.

Art. 9. La adhesión de nuevos miembros es recibida por el presidente de la comuna y por el de sus miembros que han llevado al candidato a la Liga.

Art. 10. Las comunas no se conocen entre ellas y portan nombres escogidos por ellas mismas.

Sección III. El Círculo

Art. 11. Un círculo reúne un mínimo de dos y un máximo de diez comunas.

[70] Tomado de “Proyecto de Estatutos”, en Bert Andreas, *La Liga de los Comunistas. Documentos constitutivos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1973, páginas 105-111.

Art. 12. Los presidentes y vicepresidentes de las comunas constituyen la Autoridad del Círculo. De entre ellos eligen a un presidente.

Art. 13. La Autoridad del Círculo es el poder ejecutivo del conjunto de las comunas del círculo.

Art. 14. Las comunas aisladas deben, o bien unirse a una autoridad de círculo existente, o bien constituir un nuevo círculo con otras comunas aisladas.

Sección IV. La Autoridad Central

Art. 15. La Autoridad Central es el poder ejecutivo del conjunto de la Liga.

Art. 16. Se compone por un mínimo de cinco miembros y es elegida por la autoridad del círculo del lugar en que tiene su sede.

Sección V. El Congreso

Art. 17. El Congreso es la autoridad legislativa de la Liga.

Art. 18. Cada círculo enviará al Congreso un delegado.

Art. 19. El Congreso tendrá lugar cada año, en el mes de agosto. La Autoridad Central tiene el derecho de convocar, en casos importantes, a un Congreso Extraordinario.

Art. 20. El Congreso fijará el lugar de la sede de la Autoridad Central para el próximo año.

Art. 21. Todas las decisiones del Congreso, con carácter de ley, se presentarán a las comunas para su aprobación o rechazo.

Art. 22. En su calidad de poder ejecutivo de la Liga, la Autoridad Central es responsable ante el Congreso de su administración; en consecuencia ella participa al Congreso pero sin voz deliberada.

Sección VI. Disposiciones generales

Art. 23. Cualquiera que se conduzca de una manera indigna o viole los principios de la Liga, será, según el caso, o bien alejado o bien excluido de ella. La persona que sea excluida no podrá ser reintegrada.

Art. 24. La autoridad del círculo deberá juzgar a cualquier miembro que cometa una acción criminal y vigilar la ejecución del juicio.

Art. 25. Cada comuna debe vigilar de cerca a los miembros alejados o excluidos; además, debe prestar atención a los individuos sujetos de su jurisdicción y hacer saber a la autoridad de círculo, todo lo que, según sus hechos, pueda perjudicar a la Liga; la autoridad de círculo deberá tomar las medidas que se impongan para la seguridad de la Liga.

Art. 26. Las comunas y las autoridades de círculo, así como la Autoridad Central, deben reunirse, como mínimo, una vez cada quince días.

Art. 27. Las comunas entregan cotizaciones semanales o mensuales, cuyo importe está determinado por cada autoridad de círculo. Esas cotizaciones serán utilizadas para la difusión de los principios de la comunidad de bienes y para el franqueo de las cartas.

Art. 28. Las autoridades de círculo deben rendir cuentas cada seis meses a sus comunas de los ingresos y de los gastos.

Art. 29. Los miembros de las autoridades de círculo y de la Autoridad Central son elegidos por un año y a continuación deben, o bien, ser reelegidos en sus funciones, o bien ser reemplazados por otras personas.

Art. 30. Las elecciones tendrán lugar en el mes de septiembre. Por otra parte, los electores pueden deponer a los elegidos de sus funciones si no están de acuerdo con su administración.

Art. 31. Las autoridades de círculo deben vigilar que haya en sus comunas material útil y necesario para las discusiones. A su vez, la Autoridad Central es responsable de enviar a las autoridades de círculo las cuestiones que sea importante debatir para nuestro principio.

Art. 32. Toda autoridad de círculo, o en su defecto, toda comuna y aun todo miembro de la Liga, que se encuentre aislado, debe mantener correspondencia regular con la Autoridad Central o con una autoridad de círculo.

Art. 33. Todo miembro de la Liga, antes de cambiar de domicilio, debe, primero, informar a su presidente.

Art. 34. Cada autoridad de círculo es libre de tomar las medidas que estime necesarias para asegurar la seguridad del círculo y la eficacia de su acción. Sin embargo, esas medidas no deben ser contrarias a los estatutos generales.

Art. 35. Todas las proposiciones de modificación a los estatutos deben ser enviadas a la Autoridad Central, quien las presenta al Congreso para decisión.

Sección VII. Adhesión

Art. 36. Después de la lectura de los estatutos, los dos miembros a que se hace referencia en el artículo 9 plantean al candidato cinco preguntas. Si el candidato responde "sí", se le pide que dé su palabra de honor y se le declara miembro de la Liga.

Las cinco preguntas son:

a. ¿Estás convencido de la verdad de los principios de la comunidad de bienes?

b. ¿Crees que es necesario, para la realización en un futuro próximo de esos principios, de una Liga poderosa, y quieres adherirte a una Liga así?

c. ¿Prometes actuar continuamente, a través de los actos y de las palabras, a la difusión y realización práctica de los principios de la comunidad de bienes?

d. Prometes no revelar ni la existencia, ni los negocios de la Liga?

e. ¿Prometes conformarte con las decisiones de la Liga?

Danos, en prueba de esto, tu palabra de honor.

En nombre y bajo orden del Congreso: Secretario Heide; El Presidente Karl Schill (seudónimo de Karl Schapper)
Londres, 9 de junio de 1847

Proyecto de Profesión de Fe Comunista[71]

Pregunta.-1. *¿Eres comunista?*

Respuesta. Sí.

2. *¿Cuál es la finalidad de los comunistas?*

Organizar la sociedad de tal manera que cada uno de sus miembros pueda desarrollar y ejercer la totalidad de sus facultades y fuerzas en completa libertad, sin que esto ataque a los fundamentos de la sociedad.

3. *¿Cómo quiere usted alcanzar esta finalidad?*

A través de la abolición de la propiedad privada que será reemplazada por la comunidad de bienes.

4. *¿En qué funda usted su comunidad de bienes?*

Primeramente, sobre el conjunto de las fuerzas productivas y de los medios de subsistencia engendrados por el desarrollo de la industria, agricultura, comercio y colonización, y sobre la posibilidad que existe de su acrecentamiento hasta el infinito gracias a la mecanización, a los descubrimientos químicos y otros.

Segundo, en la existencia, en la consciencia o convicción de todo hombre, de ciertos principios irrefutables; principios que son el resultado de toda la evolución histórica, y en esta calidad no tienen necesidad de ser probados.

5. *¿Cuáles son esos principios?*

Por ejemplo: todo hombre busca su felicidad. La felicidad de cada uno es inseparable de la felicidad de todos, etc.

6. *¿Cómo quiere preparar su comunidad de bienes?*

A través de la instrucción y de la unión del proletariado.

7. *¿Qué es el proletariado?*

El proletariado es la clase de la sociedad que vive exclusivamente de su trabajo y no del beneficio de un capital; la clase cuya suerte, vida y muerte depende de la alternancia de buenos y malos periodos en los negocios, en una palabra, de las oscilaciones de la competencia.

9. *¿Cómo nació el proletariado?*

El proletariado vino con la introducción de las máquinas, que fueron inventadas a mediados del siglo pasado; las principales son: la máquina de vapor, las hiladoras y las tejedoras mecánicas. Esas máquinas, que eran muy caras y, en consecuencia, solamente los ricos podían adquirirlas, suplantaron a los obreros de la época, dado que con ellas se podía producir mercancías más rápidamente y a menor costo que con los obreros en sus tornos y tejedoras imperfectas. Así, las máquinas entregaron completamente la industria en manos de los grandes capitalistas y depreciaron totalmente los pocos bienes que poseían los obreros, los que consistían sobre todo en sus útiles, oficios, etc.; de manera que el capitalista posee todo y el obrero no tiene nada. Así se introdujo el sistema de la fábrica. Cuando los capitalistas se dieron cuenta de lo rentable de este sistema, trataron de extenderlo a todas las demás ramas industriales. La división del trabajo de los obreros se acentuó, al grado de que éstos, que hasta entonces habían hecho cada uno un trabajo completo, a partir de entonces no hicieron más que una parte del trabajo. De esta manera el trabajo se simplificó, produciéndose más

[71] Tomado de "Proyecto de Programa. Proyecto de Profesión de Fe Comunista", en Bert Andreas, *La Liga de los Comunistas. Documentos constitutivos*, México, 1973, páginas 115-124.

rápidamente los productos y a menor costo; al mismo tiempo dieron cuentas de que las máquinas podían ser utilizadas también en casi todas las ramas industriales. En el momento en que las máquinas eran introducidas en una rama industrial, sucedía exactamente lo que en la industria hiladora y de tejidos, es decir, pasaba a manos de los capitalistas, y los obreros perdían lo que les quedaba de independencia. Poco a poco hemos llegado al punto en que casi todas las ramas industriales están explotadas según el sistema de la fábrica. Así se explica la ruina, cada vez más pronunciada, de la clase media, en particular de los maestros artesanos, la completa transformación de la situación de los obreros y la constitución de las dos nuevas clases que absorben, paulatinamente, a todas las otras clases. Estas dos nuevas clases son:

I. La clase de los grandes capitalistas que, en los países avanzados, ya están en posesión casi exclusiva de los medios de subsistencia y de los medios que permiten producir esos medios de subsistencia (máquinas, fábricas, talleres, etc.). Es la clase de los "*burgueses*" o de la "*burguesía*".

II. La clase de los que no poseen absolutamente nada, y que están obligados a vender su trabajo a la otra clase, a los burgueses, para no recibir de ellos en cambio, más que los medios de subsistencia. Como en ese mercado de trabajo las partes no están en *igualdad*, sino que los burgueses tienen ventaja, los que no poseen nada están obligados a aceptar las condiciones miserables impuestas por los burgueses. Esta clase que depende de los burgueses se llama la clase de los "*proletarios*" o "*proletariado*".

10. *¿En qué se distingue el proletariado del esclavo?*

El esclavo es vendido de por vida. El proletario se vende él mismo todos los días y a cada hora. El esclavo es propiedad de un solo dueño y de este hecho tiene su existencia asegurada, por miserable que ésta sea. El proletario no es esclavo de un solo dueño, sino, por así decirlo, de la *clase* burguesa entera, y por lo tanto no tiene su existencia asegurada, estando dado que nadie le compra su trabajo cuando él tiene necesidad. El esclavo está considerado como una *cosa* y no como miembro de la sociedad civil. El proletariado está reconocido como *persona*, como miembro de la sociedad civil. El esclavo puede, pues, tener una mejor existencia que el proletario, pero este último se sitúa en una fase superior de desarrollo. El esclavo se libera al *convertirse en propietario* y suprimiendo, de todas las relaciones de propiedad, *solamente* la relación de *esclavitud*. El proletario sólo puede liberarse al suprimir la *propiedad* en sí.

11. *¿En qué se distingue el proletario de siervo?*

El siervo tiene la posesión de un pedazo de tierra, o sea de un instrumento de producción, a cambio de la entrega, más o menos grande, de una parte del producto. El proletario trabaja con instrumentos de producción que son propiedad de otro, que le entrega, por ese trabajo, una parte del producto, determinada por la competencia. En el caso del siervo, la parte del trabajador está determinada por su propio trabajo, es decir, por él mismo. En el caso del proletario, esta parte está determinada por la competencia, o sea, por los burgueses primeramente. El siervo tiene su existencia asegurada, el proletariado no. El siervo se libera al expulsar al señor y convirtiéndose él mismo en propietario, o sea, al entrar a la competencia y aliarse, momentáneamente con la clase poseyente, la clase privilegiada. El proletario se libera al abolir la propiedad, la competencia y todas las diferencias de clases.

12. *¿En qué se distingue el proletario del artesano?*

El artesano, llamado así en oposición al proletario, tal como existía en casi todas partes el siglo pasado, y a partir de entonces en forma esporádica, es *proletario*, cuando mucho, un *cierto tiempo*. Su finalidad es la de adquirir, a su vez, un capital y de esta forma explotar a otros obreros. A menudo, él puede alcanzar este objetivo en los lugares en que existen todavía las corporaciones o en aquellos en que la libertad de comercio e

industria no ha conducido todavía a la organización de los oficios según el sistema de la fábrica, donde todavía no hay una competencia violenta. Pero, desde el momento en que el sistema fabril fue introducido en los oficios y que la competencia tiene su pleno desarrollo esta perspectiva desaparece y el artesano se convierte, cada vez más, en proletario. El artesano, pues, se libera al convertirse en burgués, o generalmente al pasar a la clase media, o bien al convertirse en proletario a través del juego de la competencia (lo que generalmente es el caso) y se alía al movimiento del proletariado, es decir al movimiento comunista más o menos consciente.

13. *¿No cree usted que la comunidad de bienes ha sido siempre posible?*

No. El comunismo apareció en el momento en que las máquinas y otras invenciones permitieron entrever, para todos los miembros de la sociedad, una formación completa y una existencia feliz. El comunismo es la teoría de una liberación que no era posible para los esclavos, siervos o artesanos; ella es posible únicamente para los proletarios, en consecuencia, pertenece al siglo XIX, siendo imposible en épocas anteriores.

14. *Regresemos a la sexta pregunta ¿Si usted quiere preparar la comunidad a través de la instrucción y de la unión del proletariado rechazaría, pues, la revolución?*

Estamos convencidos de que todas las conspiraciones no son solamente inútiles sino también negativas. Igualmente sabemos que las revoluciones no se hacen sobre pedido, bajo comanda, sino que ellas son, en todas partes, consecuencia necesaria de circunstancias que no dependen separadamente ni de la voluntad ni de la decisión de los partidos, así como tampoco de las clases en su totalidad. Pero igualmente comprobamos que la evolución del proletariado, en casi todos los países del mundo, es reprimida con violencia por las clases poseyentes y que de esta manera, los adversarios del comunismo, trabajan con violencia para una revolución. Si en estas condiciones, el proletariado oprimido es empujado a la revolución, nosotros defenderemos entonces, con actos, la causa del proletariado, al igual que lo hacemos actualmente con palabras.

15. *¿Quiere introducir, en un solo acto, la comunidad de bienes en lugar de la actual organización de la sociedad?*

Es inconcebible. La evolución de las masas no se hace por decreto. Se determina por la evolución de las relaciones en las que viven esas masas, y en consecuencia progresa poco a poco.

16. *¿De qué manera cree usted que se puede organizar el paso de la actual situación a la comunidad de bienes?*

La primera condición para la introducción de la comunidad de bienes es la emancipación del proletariado, gracias a una constitución democrática.

17. *¿Cuál será su primera medida, a partir del momento en que hará triunfar a la democracia?*

Asegurar la existencia del proletariado.

18. *¿Cómo espera alcanzar esta finalidad?*

I. Por la reducción de la propiedad privada, de tal manera que se prepare su transformación progresiva en propiedad social, por ejemplo, a través del impuesto progresivo, limitación de los derechos sucesorios en beneficio del estado, etc.

II. Por el empleo de obreros en fábricas y talleres nacionales, así como en bienes nacionales.

III. Por la educación de todos los niños a expensas del estado.

19. *¿Cómo organizaría usted esta instrucción durante el transcurso del periodo transitorio?*

A partir del momento en que los niños ya no necesiten los cuidados maternos, todos ellos serán criados y educados por instituciones del estado.

20. *¿La comunidad de mujeres será proclamada al mismo tiempo que la comunidad de bienes?*

En absoluto. No nos inmiscuiremos en las relaciones privadas entre hombre y mujer en el seno de la familia en general, a menos de que la institución existente perturbe al nuevo orden social. Por otra parte, sabemos perfectamente que en el transcurso de la historia, las relaciones familiares han sufrido modificaciones consecuentes a las relaciones de propiedad y a las etapas de la evolución, y que la abolición de la propiedad privada tendrá, de este hecho, también, una influencia determinada en este dominio.

21. *¿Subsistirán las nacionalidades en el comunismo?*

Las nacionalidades de los pueblos que se unirán según el principio de la comunidad estarán obligadas a mezclarse por esta unión, y en consecuencia a abolirse, al igual que las diferencias de castas y de clases que desaparecerán con la abolición de su fundamento: la propiedad privada.

22. *¿Rechazarán los comunistas a las religiones existentes?*

Hasta el presente todas las religiones han sido la expresión de fases del desarrollo histórico de los pueblos o de grupos de pueblos. Ahora bien, el comunismo es la etapa del desarrollo que hace superfluas a todas las religiones existentes y las abolirá.

En nombre y bajo orden del Congreso: El secretario Heide; El Presidente Karl Schill (seudónimo de Karl Schapper)
Londres, 9 de junio de 1847

Carta de la dirección de la Liga de los Comunistas a la Comuna de Hamburgo[72]

Londres, 24 de junio de 1847.
La Autoridad Central a la Liga de los Comunistas de Hamburgo

Queridos hermanos:

Hemos recibido su carta del 18 del corriente con el documento de Berlín y nos alegramos de saberlos, como siempre, dispuestos a actuar, en actos y palabras, para el bien de nuestro derecho.

Anexa a la presente les enviamos la circular del congreso a la Liga con los nuevos estatutos y el Proyecto de fe comunista, y les pedimos proporcionarnos, lo más rápidamente posible, respuesta a los seis puntos siguientes de manera que podamos comenzar de inmediato los trabajos preparatorios necesarios para el segundo congreso; estos puntos son:

1. Si están satisfechos de los trabajos del congreso y si están de acuerdo con las medidas tomadas por él;
2. Si aceptan o rechazan los nuevos estatutos;
3. Si pueden darnos una participación financiera para los objetivos precisados en la circular; precisar si esta participación sería trimestral, así como el monto;
4. Si ustedes constituyen ya un círculo, o con cuál localidad podrían constituirlo, de la manera más fácil y en las mejores condiciones (Ver Art. 14 de los estatutos);
5. Si es posible difundir en su región el órgano de prensa de la Liga que aparecerá en agosto; y cuántos ejemplares aproximadamente;
6. Si en su región están difundidas entre el pueblo las ideas sociales y comunistas, por qué medios y cuál es la respuesta que estas ideas encuentran.

Además, les pedimos someter a una seria discusión en el seno de su comuna, el Proyecto de profesión de fe comunista y enviarnos, lo más pronto posible, toda adhesión o modificación que ustedes juzguen útil, de manera que los pongamos por orden y podamos proponerlos en los debates del próximo congreso, el que redactará entonces la profesión de fe definitiva.

Sería también deseable, que desde ahora, discutan la posibilidad de enviar, solos o con alguna otra localidad, un delegado al próximo congreso, y que nos lo hagan saber.

Esperamos que harán cuanto les sea posible para mantener y organizar la Liga en Altona, Magdeburgo, Berlín, etc., y les pedimos, en consecuencia, hacerles llegar rápidamente los estatutos, el Proyecto de profesión de fe y la circular del congreso a los miembros de la Liga que se encuentran en las mencionadas ciudades.

Queremos hacer una última observación: dado que a partir de ahora, sólo el congreso tiene derecho a proceder a modificaciones de los estatutos, ustedes deben simplemente declarar si los aceptan o los rechazan; sin embargo, si ustedes consideran oportuno aportar modificaciones o adiciones, les pedimos que nos envíen sus

[72] Tomado de “Carta de la dirección de la Liga a la Comuna de Hamburgo”, en Bert Andreas, *La Liga de los Comunistas. Documentos constitutivos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1973, páginas 127-129.

proposiciones, las que someteremos al congreso, quien deberá discutirlas y tomar una decisión.

Y ahora, hermanos, les decimos adiós, con la esperanza de recibir *muy pronto* noticias suyas, los saludamos muy cordialmente.

En nombre y bajo orden de la Autoridad Central: El secretario Joseph Moll; El Presidente Karl Schapper

Dado que Wilehlm Marr se encuentra en Hamburgo y que seguramente ustedes le conocen personalmente, les pedimos ver la posibilidad de atraerlo a nuestra causa.
Dirección: Sra. Ross
44 Chester Street Kennington Road
Londres

Revista Comunista *nº 1, publicada en Londres en 1847*[73]

En septiembre de 1847, medio año ya antes de que viese la luz el Manifiesto Comunista, *apareció en Londres el primero y único número (publicado como "número de prueba") de una revista política, órgano de la Liga, que acababa de abrazar el nombre oficial de comunista y contaba ya entre sus afiliados a Marx y Engels. A la cabeza del periódico campea ya el famoso lema marxista de "¡Proletarios de todos los países, uníos!", denotando con sólo eso el predicamento que la doctrina de Marx y la preocupación internacionalista del movimiento obrero empezaban a ejercer en aquella organización proletaria.*

En 1920, dos investigadores marxistas, el profesor austríaco Carlos Grünberg y el alemán Gustavo Meyer, biógrafo de Engels, descubrieron este importantísimo documento histórico, y el primero de ellos lo dio a conocer, acompañado de notas, en su libro titulado Die Londoner Kommunistische Zeitschrift und andere Urkunden aus den Jahren 1847-48 *(Leipzig, 1921). Sobre su texto se basa nuestra traducción. En el original forma un cuaderno de 16 páginas impresas en* antiqua. *Por la gran importancia que tiene en la historia de los orígenes del* Manifiesto Comunista *lo reproducimos íntegro.*

[73] Tomado de *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 372-406.

Número de prueba

REVISTA COMUNISTA

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Número 1 Londres, septiembre 1847 Precio: 2 peniques

Rogamos a todos nuestros amigos del extranjero que envíen sus artículos y pedidos a este periódico, franco de porte, a la Asociación de Cultura Obrera, 191, Drury Lane, High, London. Precio para Alemania, 2 silbergr o 6 cruzados; para Francia y Bélgica, 4 sous; para Suiza, 1½ batzes

Introducción

Miles de periódicos y revistas salen a la luz; todos los partidos políticos, todas las sectas religiosas encuentran su vocero; sólo el proletariado, la masa inmensa de los desposeídos, estuvo condenada hasta hoy a no poseer un órgano permanente que defendiera incondicionalmente sus intereses y sirviese de guía a los obreros en su aspiración por ilustrarse. La necesidad de un periódico así concebido ha sido sentida no pocas veces y en gran extensión por los proletarios, y en varios sitios se acometió el intento de fundarlo, pero desdichadamente siempre fracasaba. En Suiza aparecieron en breve tiempo, uno tras otro, *La Joven Generación*, *La Buena Nueva*, las Hojas Actuales; en Francia, el *Adelante*, las *Hojas del Porvenir*; en la Prusia renana, *El Espejo de la Sociedad*, etc., pero todos morían, tras una vida fugaz, unas veces porque la policía tomaba cartas en el asunto, dispersando a los redactores; otras veces porque faltaban los medios económicos para continuar la empresa: los proletarios no podían y los burgueses no querían prestarle ayuda. Después de todos estos intentos fracasados, hacía ya mucho tiempo que se nos requería desde distintos sitios a que aventurásemos una nueva tentativa aquí en Inglaterra, donde la libertad de prensa es absoluta y donde, por tanto, no tenemos por qué temer persecuciones policíacas.

Intelectuales y obreros nos prometían su colaboración, pero aún vacilábamos, temerosos de que se nos agotasen en poco tiempo los recursos necesarios para llevar adelante la empresa. Finalmente, se nos propuso la creación de una imprenta propia, para de este modo asegurar la vida del periódico que se fundase. Fue abierta una suscripción, los afiliados a las dos asociaciones de Cultura Obrera de Londres hicieron cuanto pudieron y aun más, y en poco tiempo se reunieron 25 libras. Con este dinero trajimos de Alemania los originales necesarios; los cajistas de nuestras organizaciones los compusieron gratuitamente, y así puede ver la luz hoy el primer número de nuestro periódico, cuya existencia, por poca ayuda que reciba del continente, estará asegurada. Sólo nos falta una prensa, y tan pronto como reunamos el dinero necesario para adquirirla dispondremos de una imprenta en marcha, en la cual podremos imprimir,

además de nuestra revista, otra serie de folletos de defensa del proletariado. Ateniéndonos a nuestro plan de avanzar con pie firme, nos limitaremos por ahora a expedir este número de prueba y esperaremos a ver los recursos que se nos envían antes de reanudar la publicación. De aquí a fines de año esperamos haber recibido las contestaciones necesarias, y para entonces podremos decidir si el periódico ha de publicarse quincenal o semanalmente. La publicación mensual está casi asegurada con la venta de Londres. El precio de cada número se fija provisionalmente en 2 peniques, 4 sous, 2 silbergrosen o 6 cruzados; sin embargo, tan pronto como el número de suscriptores llegue a los 2.000, este precio podrá abaratarse considerablemente.

Y ahora, proletarios, sois vosotros quienes tenéis la palabra. Enviadnos artículos, suscribíos, por poco que podáis, difundid el periódico, aprovechando todas las ocasiones, y laboraréis por una causa santa y justa: por la causa de la justicia contra la injusticia, por la causa de los oprimidos contra los opresores; nuestra lucha es la lucha por la verdad contra la superstición, contra la mentira. No aspiramos a ninguna recompensa, a ningún pago por lo que hacemos, pues nos limitamos a cumplir con nuestro deber. Proletarios, si queréis ser libres, sacudid vuestra modorra y apretad bien vuestras filas.

¡La humanidad exige de cada hombre el cumplimiento de su deber!

¡Proletarios!

Como para muchos serán seguramente desconocidos los orígenes de esta palabra con que nos dirigimos a vosotros, comenzaremos dando aquí una pequeña explicación de lo que significa. Cuando en la antigüedad el estado romano alcanzó su poderío, al acercarse al punto culminante de su civilización, sus ciudadanos se dividían en dos clases: los poseedores y los desposeídos. Los poseedores pagaban al estado impuestos directos; los que no poseían nada le entregaban sus hijos, a quienes se empleaba en defender a los ricos y se enviaba a regar con su sangre los inacabables campos de batalla, para aumentar más todavía el poderío y la riqueza de la clase poseedora. La prole significa, en la lengua latina, los hijos, la descendencia; los proletarios eran, pues, una clase de ciudadanos que no tenían más patrimonio que sus brazos y sus hijos.

Hoy, en que la sociedad moderna se acerca al punto culminante de la civilización, con la invención de las máquinas y la creación de las grandes fábricas; hoy, en que la propiedad tiende a concentrarse cada vez más en manos de unas cuantas personas, se ha desarrollado también en nuestros países, cada vez más nutrido, el proletariado. Un puñado de privilegiados posee en propiedad todos los bienes, mientras que a la gran masa del pueblo no le quedan más que sus brazos y sus hijos. Y lo mismo que en Roma, los proletarios de hoy y nuestros hijos nos vemos embutidos en el capote del soldado, amaestrados como máquinas llamadas a proteger a sus propios opresores y a derramar la propia sangre a la menor seña de aquéllos. Nuestras hermanas y nuestras hijas sirven, ni más ni menos que en tiempos pasados, para satisfacer los apetitos animales de unos cuantos ricos crapulosos. Sigue siendo el mismo el odio de los pobres oprimidos contra los ricos opresores. Pero el proletariado de nuestra sociedad ocupa una posición muy distinta y muy superior a la del proletariado romano. Los proletarios romanos no disponían de los medios necesarios ni de la cultura imprescindible para poder emanciparse; no les quedaba más salida que la venganza, sucumbiendo en ella. Muchos de los proletarios de hoy poseen ya, gracias a la imprenta, un alto grado de cultura y los demás progresan día a día en su tendencia a la unión, y mientras que en este campo el progreso es cada día más señalado y la cohesión más firme, la clase

privilegiada nos da el espectáculo del más espantoso egoísmo y del desenfreno más repugnante. La civilización actual brinda medios sobrados para hacer felices a todos los hombres de la sociedad; por eso el objetivo del proletariado de hoy no es simplemente destruir, vengarse y buscar en la muerte su liberación, sino cooperar a la creación de una sociedad en la que todos puedan vivir como hombres libres y dichosos. Proletarios de la sociedad actual son todos los que no pueden vivir de sus capitales, lo mismo el obrero que el intelectual, igual el artista que el pequeñoburgués, pues aunque la pequeña burguesía conserve aún algunos bienes de fortuna, marcha visiblemente, y a pasos agigantados, bajo la espantosa concurrencia del gran capital, hacia una situación que la confundirá con la masa de los proletarios. Ya hoy podemos, pues, contarla entre nosotros, no siendo como no es menor su interés de librarse de una situación de total penuria que el nuestro por salir de ella. Unámonos, pues, y ambas partes saldremos ganando.

La mira de este periódico es laborar por la emancipación del proletariado y ofrecer a éste un portavoz para que pueda llevar su aliento a todos los oprimidos y apretar en sus filas la solidaridad.

Le hemos dado el nombre de *Revista Comunista*, convencidos como lo estamos de que esta emancipación no puede ser alcanzada por más camino que el de una radical transformación del régimen de propiedad existente. La liberación de los oprimidos sólo puede ser realizada, para decirlo de otro modo, sobre una sociedad basada en la propiedad común. Era nuestro propósito insertar aquí una breve profesión de fe comunista, fácilmente comprensible para todos y cuyo proyecto tenemos ya redactado[74]. Sin embargo, como esta profesión de fe ha de servir en lo futuro de norma para nuestra propaganda y tiene por consiguiente una importancia grandísima, nos hemos creído obligados a enviar antes de nada este proyecto a nuestros amigos del continente para que nos digan su opinión. Tan pronto como la conozcamos, introduciremos en el proyecto las enmiendas y adiciones necesarias, para insertarlo en el número próximo.

El movimiento comunista es interpretado por mucha gente de un modo tan falso, se ve tan calumniado e intencionadamente torcido, que no podemos menos de decir aquí algunas palabras acerca de él, en aquello en que lo conocemos y en que tenemos de él una experiencia propia. Nos limitaremos principalmente a explicar lo que no somos, saliendo así desde el principio al paso de algunas de las calumnias con que se nos ha querido combatir. Nosotros no somos ningunos urdidores de sistemas: sabemos por experiencia cuán necio es discutir y cavilar acerca de las instituciones que habrán de implantarse en una sociedad futura, sin pararse a pensar en los medios que pueden llevarnos a su instauración. Dejamos a los filósofos y a los eruditos el cuidado de inventar sistemas para la organización de una nueva sociedad, y hasta lo juzgamos bueno y provechoso; pero si nosotros, los proletarios, nos pusiéramos a discutir seriamente sobre la organización de los talleres y la forma de administrar la comunidad de bienes en la sociedad del mañana, si nos pusiéramos a disputar acerca del corte de los trajes o del procedimiento más recomendable para limpiar los retretes, etc., caeríamos en el ridículo y mereceríamos en justicia ese nombre de soñadores sin sentido práctico que tantas veces se nos adjudica. El deber de nuestra generación es descubrir y acarrear los materiales constructivos necesarios para levantar el nuevo edificio; el deber de la generación venidera será construirlos, y estamos seguros de que para esa obra no faltarán arquitectos.

[74] Ver en esta obra en la Circular-alocución del Comité Central de la Liga de los Justos de febrero de 1947.

Nosotros no somos comunistas de esos que pretenden arreglarlo todo con el amor[75]. No derramamos lágrimas amargas a la luz de la luna plañendo la miseria de los hombres, para extasiarnos luego ante la idea de un dorado mañana. Sabemos que los tiempos en que vivimos son serios, que redaman los mayores esfuerzos de cada hombre y que esos vahídos de amor no son más que una especie de desfallecimiento espiritual que incapacita para la acción a quien se entrega a él.

Nosotros no somos de esos comunistas que andan por ahí predicando ya la paz eterna, mientras sus enemigos se pertrechan en todas partes para la lucha. Sabemos muy bien que en ningún país, exceptuando quizá a Inglaterra y a los estados libres de Norteamérica[76], podremos entrar en un mundo mejor sin antes haber conquistado por la fuerza los derechos políticos. No importa que haya gentes a quienes esto sirva de fundamento de acusación para tacharnos a gritos de revolucionarios: todo eso nos tiene sin cuidado. Nosotros, por lo menos, no queremos poner una venda sobre los ojos del pueblo, sino decirle la verdad y hacer que se fije en la tormenta que se avecina para que pueda tomar posiciones ante ella. Nosotros no somos ningunos conspiradores de esos que pretenden hacer estallar una revolución o asesinar a un príncipe en un día determinado, pero no somos tampoco mansas ovejas que cargan con la cruz sin rechistar. Sabemos muy bien que en el continente es inevitable la lucha entre elementos aristocráticos y democráticos, y nuestros enemigos lo saben también y se aprestan a ella; es, pues, deber de todo hombre prepararse para esa lucha, para que el enemigo no nos ataque por sorpresa y nos aniquile. Nos espera todavía la última y definitiva batalla, una ruda batalla, y en tanto que nuestro partido no salga triunfante de ella no habrá llegado el momento de deponer, esperamos que para siempre, las armas.

Nosotros no somos de esos comunistas que creen que, una vez dada victoriosamente la batalla, podrá implantarse el comunismo como por encanto. Sabemos que la humanidad no avanza a saltos, sino paso a paso. No puede pasarse en una noche de un régimen inarmónico a un régimen de armonía: para ello será necesario un período de transición, que podrá durar más o menos según las circunstancias. La propiedad privada sólo puede transformarse gradualmente en propiedad social.

Nosotros no somos de esos comunistas que destruyen la libertad personal y pretenden convertir el mundo en un inmenso cuartel o en una inmensa fábrica. Hay, indudablemente, comunistas que se las arreglan muy cómodamente negando y pretendiendo abolir la libertad personal, por entender que es incompatible con la armonía: a nosotros no se nos ha pasado jamás por las mientes comprar la igualdad con el sacrificio de la libertad. Tenemos la convicción, y procuraremos demostrarlo en los siguientes números, de que en ninguna sociedad puede la libertad de la persona ser mayor que en la basada sobre un régimen de comunidad.

Nos hemos limitado a decir lo que no somos; en nuestra profesión de fe pondremos en claro lo que somos y lo que queremos. Hoy sólo nos resta dirigir unas cuantas palabras a los proletarios que forman en otros partidos políticos o sociales. Todos luchamos contra la sociedad actual, que nos oprime y nos deja perecer en la miseria; desgraciadamente, lejos de tener esto en cuenta para unirnos, lo que hacemos, con harta frecuencia, es combatirnos los unos a los otros, para fruición de nuestros opresores. En vez de poner, todos unidos, manos a la obra, para levantar un estado democrático en el que cada partido pueda luchar con las armas de la palabra hablada y

[75] Ya en mayo de 1846, Marx había redactado y enviado una circular en nombre de los comunistas de Bruselas contra la campaña de agitación del "apóstol del amor" Hermann Kriege y sus campañas sentimentales de Norteamérica.

[76] Todavía en 1871, en una carta a Kugelman, preveía Marx la remota posibilidad de una forma pacífica de transición para Inglaterra y Norteamérica.

escrita para atraerse a la mayoría, nos dejamos llevar de la discordia en torno a lo que deberá y no deberá suceder una vez que hayamos vencido. No podemos menos de recordar aquí la fábula de aquellos cazadores que, antes de haberse echado a la cara el oso, se liaban a golpes sobre quién había de llevarse la piel. Tiempo es ya de que dejemos a un lado nuestras rivalidades y nos tendamos la mano en mutua ayuda. Y si queremos sellar la solidaridad es necesario que los portavoces de los diferentes partidos cesen en sus rabiosos ataques contra cuantos ostentan otras opiniones y pongan fin a la execración de los partidarios de otras teorías. Nosotros respetamos a cuantos, incluso aristócratas y pietistas, tengan opiniones propias y estén prestos a defender, firme y resueltamente, lo que crean la razón. Pero aquellos que, detrás de la careta de tal o de cual religión, de tal o de cual partido político o social, no persiguen más mira que la defensa de sus propios intereses, serán inexorablemente combatidos por nosotros. Todo hombre de honor tiene el deber de desenmascarar a esos hipócritas, presentándolos ante el mundo en toda su repugnante desnudez. Una persona puede equivocarse y mantener doctrinas falsas, pero no debemos pensar mal de él porque lo haga, si cree en la doctrina que profesa y es fiel a su divisa. Por eso Carlos Heinzen incurre en injusticia cuando ataca a los comunistas como lo hace en el segundo número del *Tribuno*. Una de dos. O Carlos Heinzen ignora de medio a medio lo que significa el comunismo, o se vale de sus rivalidades personales con ciertos comunistas para prejuzgar su idea acerca de un partido que forma en la vanguardia de los ejércitos que luchan por la democracia. Cuando leímos este ataque contra los comunistas nos quedamos suspensos de asombro. Sus acusaciones no nos conmueven en lo más mínimo, por una sencilla razón, y es que esos comunistas que describe Heinzen no existen. Han sido creados probablemente por su calenturienta imaginación, para luego rebatirlos. Cuando decimos que la lectura de este artículo nos llenó de asombro, queremos decir que era muy duro para nosotros creer que un demócrata pudiera incurrir en la responsabilidad de lanzar la manzana de la discordia entre las filas de sus propios camaradas de armas. Pero nuestro asombro fue en aumento cuando, al final del artículo, leímos aquellos nueve puntos llamados a formar las bases del nuevo orden social. Estos puntos coinciden casi al pie de la letra con las reivindicaciones presentadas por los comunistas. No hay más diferencia, al parecer, sino que el ciudadano Carlos Heinzen ve en sus nueve puntos las bases del nuevo orden social, mientras que nosotros las consideramos simplemente como el cimiento del período de transición que debe preceder a la creación de una sociedad plenamente comunizada. Es, pues, razonable esperar que acabemos uniéndonos para llevar a la práctica lo que Carlos Heinzen propone. Y cuando lo hayamos conseguido, si vemos que el pueblo vive contento y tan cumplidamente satisfecho que no apetece nuevos avances, nos deberemos someter a la voluntad popular. Pero si el pueblo desea seguir avanzando hasta la implantación del comunismo, suponemos que el ciudadano Heinzen no tendrá nada que objetar. Sabemos de sobra que el ciudadano Heinzen es el blanco de los ataques y calumnias de nuestros comunes opresores y que esto fomenta en él un estado de aguda irritabilidad. Nosotros, por nuestra parte, no queremos molestarle. Lejos de ello, no nos negaremos a tenderle la mano en señal de concordia[77]. La unión hace la fuerza, y sólo ella puede llevarnos al fin perseguido.

---

[77] Desde la *Gaceta Alemana de Bruselas*, Marx y Engels atacaban con bastante más dureza al "ciudadano Heinzen", en unos artículos publicados en octubre y noviembre de 1847, con este título: "La crítica moralizante y la moral crítica. Contribución a la historia de la cultura alemana. Contra Carlos Heinzen." Carlos Heinzen (1809-1880) era un republicano federal burgués, empleado de contribuciones de Prusia y colaborador de varios periódicos radicales. Procesado en 1844 por un libro publicado contra la burocracia prusiana, emigró a Bélgica y luego a Suiza, donde en 1846 publicó un libro contra los comunistas alemanes.

Así, pues, proletarios de todos los países, unámonos; públicamente, allí donde la ley lo permita, pues nuestros actos no tienen por qué rehuir la luz del día, y secretamente donde el despotismo de los tiranos no consienta otra cosa. Leyes que prohíben a los hombres asociarse para debatir los problemas de la época y defender sus derechos, no son leyes, sino actos de fuerza de la tiranía, y quien los acate y respete obra cobarde y deshonrosamente; mas quien los desprecie y los infrinja procede virilmente y con honor.

Diremos, para terminar, que las columnas de nuestra revista no estarán nunca abiertas para librar polémicas personales ni para llenar de elogios a aquellos que cumplen con su deber. En cambio, cuantos proletarios se sientan oprimidos y maltratados no tienen más que dirigirse a nosotros, que saldremos sin vacilar a la palestra en defensa suya y entregaremos los nombres de sus opresores a la execración de la opinión pública, ante la cual empiezan ya a temblar hasta los tiranos más ensoberbecidos.

El plan de emigración del ciudadano Cabet

El ciudadano Cabet, de París, ha lanzado a los comunistas franceses una proclama, en la que dice: "Ya que aquí nos vemos perseguidos, calumniados y blasfemados por el gobierno, por los curas, por la burguesía y hasta por los republicanos revolucionarios; ya que se llega incluso a querer privarnos de medios de vida, para reducirnos así a la ruina física y moral, salgamos de Francia y trasladémonos a Icaria." Y calcula que estarán dispuestos a seguirle, para fundar una colonia comunista en otro continente, unos 20 a 30.000 comunistas. Cabet no ha dicho todavía adónde piensa encaminar su emigración; probablemente piensa establecer su Icaria en los Estados Libres de Norteamérica o en Texas, o acaso en la península de California, conquistada hace poco por los norteamericanos[78].

Reconocemos con satisfacción, como hacen sin duda todos los comunistas, que Cabet ha luchado con éxito y con celo incansable y perseverancia digna de admiración por la causa de la humanidad oprimida, y que, previniendo al proletariado contra toda clase de conspiraciones, le ha prestado un servicio inapreciable; pero esto no es razón para que allí donde Cabet abraza, a nuestro juicio, una senda falsa, le dejemos seguirla sin protesta de nuestra parte. Con todo el respeto que sentimos por la persona del ciudadano Cabet no tenemos más remedio que combatir su plan de emigración, y estamos persuadidos de que si ésta se lleva a cabo inferirá el mayor de los agravios al principio del comunismo, haciendo triunfar a los gobiernos y empañando con amargos desengaños los últimos días de Cabet. Las razones en que apoyamos nuestra opinión son las siguientes:

---

[78] El llamamiento aquí comentado apareció en mayo de 1847, bajo el título de *Alons en Icarie,* en *Le Populaire,* revista editada por Cabet; al mismo tiempo, éste publicó un folleto titulado *Realisation de la Communauté d'Icarie*. Pasaron siete meses antes de que el periódico cabetiano revelase el misterio del punto de destino, señalando como meta Texas. Se añadía: "Tenemos ya más de un millón de acres de tierra a lo largo del río Rojo, hermoso curso navegable hasta nuestra colonia, y podremos extendernos indefinidamente." El 3 de febrero de 1848 salía del puerto de El Havre la primera expedición de icarios, compuesta de 69 personas, a las que desde el 3 de junio hasta el 18 de diciembre del mismo año siguieron otras, hasta formar un total de 415 emigrantes. Cabet envió también su llamamiento a la Asociación de Cultura Obrera de Londres, y poco después se trasladó personalmente a esta capital, esforzándose en vano por convencer a los londinenses de las excelencias de su plan. F. Lessner dice, en sus *Recuerdos de un comunista veterano,* publicados en alemán en 1898, pág. 107, que la discusión abierta acerca de la proposición de Cabet duró toda una semana.

1) El creer que cuando en un país están a la orden del día las corrupciones más escandalosas, cuando el pueblo se ve oprimido y explotado de la manera más infame, cuando el derecho y la justicia ya no son nada, cuando la sociedad empieza a disolverse en la anarquía, que es lo que actualmente acontece en Francia, es deber de todo militante de la justicia y de la verdad permanecer en el país para ilustrar al pueblo, infundir nuevos ánimos a los que desfallezcan, echar las bases para una nueva organización social y hacer frente gallardamente a los malvados. Si los hombres justos y honrados, si los que han de luchar por un mañana mejor abandonan el campo a los oscurantistas y a los canallas, Europa tendrá necesariamente que hundirse y se hundirá, y con ella el continente, en el que, aunque sólo sea por razones estadísticas y económicas, primero y más fácilmente puede implantarse el comunismo, y la pobre humanidad tendrá que pasar por una nueva prueba de fuego y de miseria, que aún durará varios siglos.

2) El estar convencidos de que el plan de Cabet, encaminado a fundar en América una Icaria, es decir, una colonia basada en los principios del comunismo, no puede llevarse todavía a efecto, por las siguientes consideraciones:

a) porque aunque todos los que emigren con Cabet sean celosos comunistas, conservan todavía demasiado vivas, por su educación, las huellas de los vicios y prejuicios de la actual sociedad, para poder desnudarse de ellos instantáneamente al pisar el suelo de Icaria;

b) porque esto hará inevitablemente que en la colonia se promuevan desde el primer momento rozamientos y litigios, que la sociedad circundante, potente y hostil, y los espías de los gobiernos europeos, procurarán atizar más todavía, hasta conseguir dar al traste definitivamente con la sociedad comunista;

c) porque la mayoría de los emigrantes son artesanos, cuando lo que allí más falta hace son recios agricultores que puedan emplearse en la roturación y cultivo de la tierra, sin que sea tan fácil, como muchos piensan, transformar un obrero en campesino;

d) porque las privaciones y las enfermedades que lleva consigo el cambio de clima infundirán en no pocos el desaliento, moviéndolos a abandonar la empresa. Hoy son muchos los que se entusiasman con el plan, en el que no ven más que el lado bello; pero cuando la áspera realidad hable, cuando tengan que someterse a privaciones de todo género, cuando se vean obligados a renunciar a todas esas pequeñas comodidades de la civilización, que en parte hasta el obrero más humilde puede procurarse en Europa, los más sentirán que el entusiasmo cede el paso a un indecible desaliento;

e) porque tratándose de comunistas que reconocen el principio de la libertad personal, como sin duda lo reconocen también los icarios, el implantar el comunismo sin un período democrático de transición, en que la propiedad personal se vaya transformando gradualmente en patrimonio social, es algo tan imposible como para el labrador recoger sin sembrar.

3) Porque el fracaso de un intento como el de Cabet, si bien no puede imposibilitar para siempre el principio comunista ni su práctica realización, puede hacer que deserten de sus filas, desilusionados, muchos miles de comunistas, contribuyendo con ello, probablemente, a seguir manteniendo en la miseria durante una o varias generaciones más al proletariado oprimido.

4) Porque unos cuantos cientos o miles de personas no bastan para fundar o mantener en pie un régimen comunista, sin que éste adopte un carácter totalmente exclusivista y sectario, como ocurrió, por ejemplo, con el de Rapp[79] en América, etc. Y

[79] Jorge Rapp (1757-1847) fue un alemán de Wurtemburgo, fundador de la colonia comunista de los "Arrnonistas", establecida en Norteamérica, primero en Pensilvania (1805), luego en Indiana (1824) y por último, desde 1824, otra vez en Pensilvania.

no es nuestra intención, ni esperamos que sea tampoco la de los icarios, fundar un régimen semejante.

Y aún no hemos aludido a las persecuciones a que los icarios se exponen, probablemente y hasta casi con absoluta seguridad en América, si quieren mantener contacto con la sociedad circundante. Los que deseen acompañar a Cabet a América deben leer antes cualquier relato de las persecuciones a que se vieron expuestos allí, y aun se ven, los mormones, secta comunista de carácter religioso.

Tales son las razones por las que creemos funesto el proyecto de emigración de Cabet, y acogiéndonos a ellas, gritamos a los comunistas de todos los países: ¡Hermanos, permanezcamos en la vieja Europa, junto a la brecha; actuemos y luchemos aquí, pues sólo aquí, en Europa, se dan ya todos los elementos para la instauración de un régimen comunista, que o se implantará aquí por vez primera o no se implantará en parte alguna!

La dieta prusiana y el proletariado de Prusia y de toda Alemania

Desde 1815 la burguesía viene luchando en Alemania con los terratenientes medievales y el sistema absolutista de gobierno, el sistema del “derecho divino”, por la conquista del poder. La transformación cada vez mayor experimentada por todos los factores de la industria y del cambio en los demás países, a la zaga de los cuales renqueaba Alemania con paso modesto y mortecino, había planteado la necesidad de esta lucha. Las nuevas circunstancias reclamaban nuevas formas; la potencia creciente de la burguesía, basada en el capital y en la libre concurrencia, no se avenía a seguir desempeñando por más tiempo un papel mudo y secundario. Pero la tradicional cobardía de la burguesía alemana, y sobre todo su dispersión y su desunión, no le permitían alcanzar una rápida victoria. Dividida en 38 partes o estados, enfrentados los unos con los otros como extraños, y no pocas veces como celosos enemigos, la burguesía se esforzaba, tan pronto en una como en otra de las patrias alemanas, en esfuerzos aislados, por alcanzar la meta de sus deseos. En varios sitios consiguió arrancar a la monarquía pactos (bautizados con el nombre de constituciones) en que se le garantizaba una participación más o menos grande en el gobierno y en la gestión de los negocios públicos. Pero la promesa se quedaba, en lo fundamental, sobre el papel, y en la realidad seguía imperando el sistema del “derecho divino” y de la aristocracia de los terratenientes y los burócratas aliada a él.

Ocurría esto porque los príncipes alemanes podían oponer a la burguesía desunida y dispersa, a los esfuerzos diseminados y a los ataques aislados de sus enemigos, un frente cerrado de batalla que acataba sumiso la jefatura del archibandolero Metternich, triunfando en general, gracias a esta unión, de todas las tentativas de resistencia y de todas las oposiciones. La Dieta Federal Alemana, formada por las criaturas y gentes a sueldo de los príncipes, era el molino de ventaja que no servía más que para volver a pulverizar las conquistas que la burguesía había arrancado por el momento en cualquiera de los muchos estados o estaditos alemanes. Este sistema tenía para los “paternales” soberanos la ventaja de que les permitía, llegado el caso, asegurar hipócritamente lo extraordinariamente liberales que eran y cuán de buen grado accederían a todo y cumplirían con todo lo prometido, si por desgracia no estuviera allí la Dieta Federal para interponerse en el camino de sus promesas. Daba la fatalidad de que sus estados eran demasiado pequeños o demasiado débiles para hacer frente a la poderosa Prusia o a la potente Austria. No tenían más remedio que someterse, aun con harto dolor de sus personas. Y el “paternal” soberano se reía a carcajadas para sus

adentros. Precisamente por eso tiene una importancia extraordinaria el movimiento que actualmente se está desarrollando en Prusia. Prusia, con sus 16 millones de habitantes, echa en la balanza alemana un peso decisivo y tiene una importancia muy distinta a la que tendría si la cosa partiese de cualquier otra patria alemana con tres o cuatro millones de almas, o acaso con 6.000 nada más (que son las que cuenta el principado Lichtenstein-Vaduz). Los 16 millones de habitantes de Prusia pesan más que los restantes 28 millones, divididos en 33 estados. Cada triunfo alcanzado por la burguesía en Prusia representa a la vez un triunfo para la burguesía de los 28 millones restantes de Alemania. Si la burguesía prusiana sabe hacer entrar en razón a su rey "cristiano-germano" de Potsdam y hacerle sumiso a su voluntad, sometiéndole a una recia disciplina, la burguesía del resto de Alemania tendrá también vía libre. El absolutismo de la Dieta Federal Alemana habrá pasado a la historia, la burguesía de toda Alemania se irá dando poco a poco la mano para marchar unida, y los reyes de "derecho divino" y los señores medievales de la tierra serán mandados por ella al diablo, y si quieren seguir teniendo voz y voto habrán de resignarse a ser meros representantes y miembros de la burguesía.

Fijémonos un momento en los trabajos de la Dieta prusiana.

Los sucesos que se vienen desarrollando en el salón blanco de Berlín ponen en claro la situación actual de los partidos de Prusia y la importancia del movimiento político prusiano para el resto de Alemania. Sin embargo, sólo nos será dado comprender los procedimientos de la Dieta si antes nos explicamos las razones por las que fue convocada. ¿A qué se debe que el soberano de Potsdam se decidiese por fin a adoptar una medida contra la que venía manifestándose, tan resueltamente y con tanta furia, hasta estos últimos días, desde que subiera al trono? ¿No venía la censura suprimiendo e impidiendo despiadadamente cuantas manifestaciones intentaban hacerse acerca de la necesidad de convocar las Cortes, cuantas referencias se aventuraban a las promesas reales hechas hace más de veinte años? ¿No se acusaba y castigaba como reo de alta traición a todo el que se atreviese a defender, hablando en público, la necesidad de reunir las Cortes? Y de pronto, he aquí que el soberano de Potsdam se convierte él mismo en reo de alta traición, da un mentís a su pasado y hace lo que tantas veces y con tanto empaque asegurara que jamás haría. ¿Qué fue lo que le llevó a incurrir en tamaña contradicción consigo mismo? Fue sencillamente un arca pública completamente vacía y la imposibilidad de volver a llenarla sin la ayuda de las Cortes. A pesar de treinta años seguidos de paz, a pesar de la subida anual de los impuestos y contribuciones, a pesar de los tributos agobiadores de todo género que pesan sobre la población trabajadora, las inauditas disipaciones del rey y de la corte, el contingente ruinoso de gastos consignados para el ejército, las pensiones desvergonzadas pagadas a oficiales y funcionarios civiles ya ricos de por sí, la incapacidad y las dilapidaciones de toda la administración pública consiguieron agotar hasta el último céntimo los recursos existentes. Todos los expedientes intentados por el rey y sus ministros resultaron fallidos; hasta el último plan, el del Banco Regio, fracasó en gran parte, sin brindar más que un pequeño consuelo pasajero, pues el gobierno prusiano se encontró, espantado, con que seguía gozando de tan poco crédito como antes. Había, desdichadamente, en la enojosa ley de 1820, un par de líneas nada más, pero formuladas en términos tales, que ningún capitalista nacional o extranjero podía incurrir en la insensatez de adelantar al gobierno prusiano un solo tálero mientras dicha ley siguiese siendo letra muerta.

Por eso la soberana majestad "cristiano-germana" no tuvo más remedio que soltar la sutil patente regia del 3 de febrero. En su texto estaba todo tan hábil y arguciosamente hilvanado, que parecía como si el monarca absoluto fuese a conseguir lo que tanto y tan apremiantemente necesitaba, sin que su poder despótico sufriese el

menor menoscabo. A ese fin se encaminaba, muy bien calculado, el “soberano” orden del día que se l prescribía a la Dieta como a un tropel de chicos de la escuela, y tal era también el designio a que respondía la invención de la Cámara señorial[80].

Esta cámara, formada (en fragante contradicción con las leyes vigentes) por unos cuantos príncipes de sangre real, más o menos estúpidos, ricos y orgullosos, y con un puñado de los terratenientes más poderosos y más aristócratas, que tanto vale decir los más reaccionarios, los más viles y los más canallas, se destinaba a servir de freno a la segunda cámara. Y por si aún era poco esto, en ésta tenía también una desmedida representación la propiedad inmueble medieval, ya que a la sabiduría real había placido dar el nombre de segunda cámara al montón de las ocho dietas provinciales reunidas. Por lo que se refiere a los demás diputados de esta cámara, una ley electoral lamentable se había cuidado de que entre ellos hubiese de todo menos un exceso de individuos inteligentes y enérgicos de la burguesía. Además, el rey confiaba en que, adoptando una conducta ruda e insolente en su Mensaje de la Corona, conseguiría intimidar a aquellos pocos que aún infundían cierto temor a la conciencia poco tranquila del gobierno “paternal”. Hechos todos los preparativos, Federico Guillermo, contento de sí mismo, rebosaba alegría y satisfacción. Lo único que le preocupaba era conseguir dinero y restaurar el crédito de su gobierno, completamente destruido. Creía estar seguro de la consecución de sus deseos. “Tan pronto como tenga en el bolsillo unos cuantos empréstitos de cincuenta a cien millones y vuelva a obtener crédito de los capitalistas, mandaré a casa tranquilamente a estos buenos chicos de diputados, y ya pueden esperar sentados a que vuelva a convocarlos. Me arreglaré con las comisiones, que me prestarán magníficos servicios. Sobornar a seiscientos diputados cuesta una fortuna. Me resulta mucho más barato tener que habérmelas con un puñado de comisiones nada más. Las condecoraciones, el dinero, los halagos y demás recursos de que dispone un gobierno cristiano no dejarán de surtir su efecto. Y equipado con dinero y con crédito seguiré gobernando como rey “soberano”, seguiré imponiendo mis antojos y mi capricho en nombre del cielo y trasquilando como hasta aquí, a medida de mis deseos, la lana de mi leal rebaño de súbditos.” Así se expresaba el señor de Potsdam en la intimidad de sus allegados. Veamos lo que le contestó la dieta.

La Dieta le contestó denegando todas las peticiones de dinero, rechazando los proyectos de ley que se le presentaron sobre creación de bancos de renta territorial y sobre el empréstito para las obras del ferrocarril de Berlín a Koenigsberg, y declarando que sólo autorizaría arbitrios al gobierno si éste restauraba los derechos del país, coartados por las patentes de 3 de febrero, convocando periódicamente a cortes y rindiendo a éstas cuentas detalladas sobre la inversión de los fondos públicos: es decir, siempre y cuando que el gobierno, para decirlo de una vez, renunciase para siempre a sus ridículas pretensiones de “derecho divino”, para marchar por la vía constitucional. La misma suerte (la de la denegación) corrió el proyecto de ley sobre los impuestos de molienda y matanza. Las razones alegadas para ello fueron, en parte, las ya aducidas, y en parte la resistencia que los diputados ricos oponían a contribuir con mayores sacrificios a los gastos del estado. Entre estos diputados se destacó principalmente un grupo numeroso de representantes de la alta nobleza, en el que figuraban los príncipes

[80] La Dieta convocada por la patente de 3 de febrero de 1847 era un parlamento de tipo marcadamente feudal. Los representantes de las ocho dietas provinciales se congregaban en dos curias o cámaras: la primera, la cámara señorial, formada por 72 diputados de la alta nobleza; la segunda, en la que estaban representados los tres brazos o estamentos, contaba 231 diputados de la nobleza baja, 182 diputados de las ciudades y 120 de los distritos del campo. El círculo de atribuciones de este “parlamento” era reducidísimo, pues se limitaba a la autorización de empréstitos en tiempos de paz, a la aprobación de nuevos impuestos o subida de los ya existentes y a la dictaminación de proyectos de ley.

más ricos de la Casa Real (entre otros, el príncipe Alberto) y la mayoría de los terratenientes de la aristocracia. Hubo, además, muchos diputados que votaron en contra, porque conocían demasiado bien la brutalidad, la soberbia y la desvergonzada tiranía de la burocracia prusiana, para poner en sus manos, mientras siguiese vistiendo la librea de "derecho divino" fuera del mando de la burguesía, un nuevo poder inquisitivo sobre la renta de los ciudadanos.

Después de todo esto hubiera podido creerse que la dieta iba a perseverar impasible en la defensa de lo que tantas veces y con tanto ahínco proclamó ser el derecho de las cortes. Pero no hubo tal. Poco antes de clausurarse sus sesiones, el 26 de julio, se puso en su conocimiento la respuesta del rey. En ella, el de Potsdam se aviene a algunas de las peticiones de sus "leales" estamentos, aplaza otras, de más importancia, hasta "más madura reflexión", pasa otras en silencio, y, finalmente, en lo que se refiere a las comisiones (el punto más importante de todos), ordena proceder a su elección sin demora con arreglo a las prescripciones contenidas en la patente de 3 de febrero.

¿Qué hacen las cortes? Obedecer. Un grupo de diputados de la provincia del Rin, de Silesia, etc., hace honor a sus convicciones y se niega a tomar parte en la elección; otros intervienen en ella, pero formulando protesta y dejando a salvo expresamente los derechos del parlamento; los demás votan como lacayos humildosos de su señor germánico.

A este viraje final, altamente vergonzoso a todas luces para la dieta, contribuyó lo suyo la tradicional cobardía de la burguesía alemana, a que más arriba aludimos. El arrojo de no pocos representantes de la oposición liberal se vio en un duro trance; a última hora se amedrentaron y dieron media vuelta, abandonando armas y bagaje. También contribuyeron no poco a este resultado los manejos y la perfidia de algunos diputados que pasaban por ser los primeros gallitos liberales. Uno de éstos, el señor de Auerbach, había tenido ya repetidas ocasiones, sobre todo al elevarse la petición sobre la libertad de prensa (que, por ahora, se ha ido a pique), de revelarse bien a las claras como un truhán y tramposo político de primer orden. Si además tenemos en cuenta la estructura de las cortes, la preponderancia en ellas de la propiedad feudal y el número inmenso de funcionarios reales que tenían asiento en la segunda cámara, y si además ponemos en cuenta lo mucho que pesaban en el ánimo de aquellos señores los convites a la mesa regia, las palabras de halago, las sonrisas y demás artes cortesanas infalibles todavía, no tenemos por qué maravillarnos de que el resultado final fuera ése.

Pero por muy mezquino que sea todavía, hoy por hoy, el triunfo alcanzado y grande la satisfacción del partido del gobierno, aquél no tardará en traer consigo otras concesiones ni pasará mucho tiempo sin que esta alegría se convierta en duelo. La Diputación de la Deuda Pública y las comisiones están en una situación tal, que les es imposible prestar al gobierno ninguno de los servicios que éste esperaba de ellas. No pueden atreverse, enfrentándose con la opinión pública, a pisotear los derechos propios de las cortes. Pero aun puestos en el caso, poco probable, de que la mayoría de la diputación y de las comisiones se solidarizasen con el gobierno y votasen contra la fracción liberal, la monarquía absoluta no saldría ganando con ello ni un ápice. No habría ningún capitalista que fuese lo bastante candoroso para poner su dinero en manos de este gobierno, después de los debates sostenidos en la dieta, después de las reiteradas negativas de la oposición y haciendo caso omiso de la letra de las leyes vigentes, hasta hoy incumplidas. Y si a pesar de ello lo hiciese, no tendría que quejarse a nadie si a la vuelta de muy poco tiempo se encontraba con que sus créditos se veían anulados por imperio de la ley.

No se olvide que toda la cuestión gira sobre dinero. Y como la monarquía no tiene bastante y lo necesita irremisiblemente, la burguesía podrá y deberá aprovechar

esta ocasión para hacer valer sus pretensiones. El que se dice trono "soberano" es ya impotente para contener la ola arrolladora del "espíritu de los tiempos" modernos. La importancia extraordinaria de la Dieta de Prusia no hay que medirla por las declaraciones finales que hizo llegar a ella Federico Guillermo. La importancia de sus debates consiste en que, durante once semanas, la opinión pública de Prusia ha dado un avance para el cual hubiera necesitado, sin la dieta, de muchos años. La burguesía prusiana aparece en ella luchando por vez primera en la historia, ante los ojos de todo el mundo, contra la burocracia y la monarquía absoluta, y asesta a sus dos enemigos golpes tan rudos, les inflige una derrota tan formidable, que los vencidos tendrán que rendirse, no tardando, a merced del vencedor. Hasta ahora, un ministro prusiano era un ente tan inaccesible, que un vulgar ciudadano no podía osar siquiera levantar la vista hacia él. La dieta ha hecho morder el polvo a esa grandeza imaginaria. Ni un solo ministro ha intervenido en los debates parlamentarios sin poner al desnudo, estridentemente, su incapacidad. Las once semanas de sesiones han sido un tormento constante para todos los ministros, uno tras otro; su soberbia, su vaciedad, su jactancia mediocre y su mala administración de los negocios públicos se han visto castigadas con la amarga burla, con el desprecio, y a las veces, con explosiones de justa cólera. Jamás se han desempeñado papeles más miserables que los de estos "consejeros de la corona". Eichorn[81], blando como un corderito, hizo un triste papel ante la dieta, con su "estado prusiano"; el antihistórico Savigny[82] hubo de guardarse en el bolsillo, corrido de vergüenza, su falta de sentido histórico; su rancia mercancía no encontraba salida en la dieta; no encontraba más que burlas. Y otro tanto le aconteció a Thiele[83], a Duesberg[84], a Boyen[85] y a los demás. Ni el cinismo de Bodelschwingh[86] pudo salvar ni el más leve resto de la aureola que venía rodeando a todo el ministerio. Y todos los golpes descargados sobre las espaldas de los ministros repercutían en el señor de Potsdam. Jamás un mensaje de la corona fue objeto de más burlas que el suyo en casi todas las sesiones de la dieta. Sin mentarlo, los debates no eran más que una protesta constante contra lo que el 11 de abril proclamara en su mensaje el rey "cristiano", protesta en la que no faltaba la sátira ni la seriedad de razonamiento. Y como los debates se desarrollaban en la más completa publicidad, comentados y reflejados por cientos de periódicos, acabaron despertando en el público un sentido de colaboración en los negocios públicos de que antes sólo se descubría algún rastro en ciertas localidades, sobre todo en las ciudades populosas. Hoy, ese sentido intervencionista se ha corrido por todo el país y ha hecho presa en personas que no estaban acostumbradas a pensar por encima de las cuatro paredes de su casa o de los mojones de su municipio. Y los sucesos de Berlín no sólo se siguen con emoción en Prusia, sino en toda Alemania. Se ha sabido comprender que cada triunfo de la burguesía prusiana es un triunfo de la burguesía alemana en general, y que cuanto se arranque en Prusia acabará por imponerse rápidamente en los demás estados de la confederación.

Pero ¿qué nos interesa a nosotros, proletarios (oigo que exclaman muchos de los nuestros), las luchas de la burguesía? ¿No son acaso los burgueses nuestros peores enemigos? ¿No acaban precisamente de manifestar en la dieta prusiana con bastante elocuencia el desprecio que sienten contra nosotros y las malísimas intenciones que

---

[81] J. A. Federico Eichorn (1779-1856), Ministro de Enseñanza y Cultos desde 1840.
[82] Federico Carlos von Savigny (1789-1861), jurista prusiano y jefe de la "escuela histórica del derecho", Ministro de Legislación desde 1842.
[83] L. Gustavo von Thiele (1781-1852), general de infantería y Ministro del Tesoro desde 1841.
[84] Franz von Duesberg (1771-1848), Ministro de Hacienda desde 1846.
[85] L. von Boyen (1771-1848), Ministro de Guerra y Encargado de la Cartea de Estado desde 1841.
[86] Ernesto von Bodelschwingh (1794-1854), Ministro de Gabinete y del Interior desde 1841.

contra nosotros abrigan, al tratar de las peticiones relacionadas con la situación de las clases trabajadoras? ¿Qué nos importa a nosotros que la burguesía suba o no suba al poder? Y caso de importarnos algo, ¿no saldremos ganando más con oponernos a su triunfo, luchando más bien a favor que en contra del gobierno?

Preguntas e ideas tales sólo pueden partir de aquellos de nosotros que, cegados por el odio un odio (perfectamente justificado, sin duda) contra la burguesía, no han sabido comprender claramente ni la situación que actualmente ocupa el proletariado ni el camino que ha de seguir si quiere realmente emanciparse.

La burguesía es, indiscutiblemente, nuestro enemigo; todo su poder se apoya en la propiedad privada, en el capital y en lo que forma una unidad con todo eso. Y nosotros, proletarios, sólo podemos emanciparnos aboliendo la propiedad privada, lo que equivale a destruir la clase burguesa y a poner fin para siempre a todas las diferencias de clase. Entre ellos y nosotros la lucha es a vida o muerte; una lucha en que el arma no es sólo la palabra, sino el puño y el fusil.

¿Pero es que nosotros, los proletarios alemanes, hemos hecho ya tantos progresos que podemos transformar de raíz el desorden social en nuestro propio interés, es decir, que podemos echar inmediatamente por la borda a la burguesía y realizar sin más espera los principios del comunismo? ¿No tenemos, junto a la burguesía y antes que ella, otro enemigo al que hemos de dar la batalla antes de ajustar cuentas con la burguesía? Sí, y ese otro enemigo es la monarquía absoluta, la monarquía despótica que se titula "de derecho divino", que nos explota en nombre del cielo, que nos sujeta en las garras de los terratenientes medievales, que nos acogota entre las mallas del estado "cristiano-germano" y pone al servicio del capital su policía, sus gendarmes, sus clérigos y sus cañones cuantas veces, llagados por las cadenas de la esclavitud, intentamos sacudirlas. ¿Es que este poder es merecedor de que le guardemos gratitud y le ayudemos en sus luchas contra la burguesía? ¿Qué es lo que ha hecho para merecer de nosotros ninguna de ambas cosas? Ha dilapidado (para atenernos tan sólo a los últimos tiempos), en treinta años de paz, 850 millones de táleros en gastos militares, en sostener con los productos de los impuestos pagados por nosotros bailarinas y prostitutas reales[87], ha nutrido a costa nuestra un ejército cada vez más numeroso y más grosero de funcionarios públicos, ha pagado pensiones desvergonzadamente altas a gentes ya ricas de suyo, ha sostenido, con los llamados "fondos de gracia", a un tropel de terratenientes e hidalgos haraganes, ha llenado de privilegios a la nobleza, ha degradado nuestras vidas por debajo de las de las fieras de sus cotos señoriales de caza, ha entregado a nuestras personas al arbitrio despótico de la policía, ha construido para nosotros presidios y máquinas de tormento, ha entregado nuestro trabajo al capital y a la libre concurrencia, ha sacado de nuestros bolsillos, por medio de una ingeniosa bomba de impuestos, los últimos frutos de nuestro trabajo y confiado nuestros estómagos a los rayos del sol, por ser éste el alimento más barato.

¿Podía la monarquía absoluta hacer más por nosotros, los proletarios? Sí podía. El Federico Guillermo de Potsdam, llamado por otro nombre el Cuarto, ha demostrado que también en su actitud para con los proletarios saben hacer progresos las artes "paternales" de gobierno. La ordenanza industrial de policía del año 1845 entregó a las clases trabajadoras, por si aún lo estaban poco, atadas de pies y manos a los capitalistas y patronos[88]. En esta nueva ley se castiga con severas penas la menor tentativa de asociarse y organizar de ese modo sus fuerzas, sea para oponerse a una rebaja de salarios o para conseguir salarios mejores, que basten por lo menos para cubrir las más

[87] Esta acusación no va, naturalmente, contra Federico Guillermo IV en persona, pues ¿qué iba a hacer éste con ellas? Nota redacción *Revista Comunismo*.
[88] Esta ordenanza mantenía en pie las antiguas normas contras las coaliciones, recargando sus penas.

perentorias necesidades. A los capitalistas, en cambio, con tal de que den gusto al gobierno, se les conceden todas las libertades apetecidas contra los trabajadores. En la nueva ordenanza de domésticos, el "paternal" gobierno prusiano autoriza a los señores no sólo para cubrir a sus criados con todo género de insultos, sino hasta para apalearlos, siempre y cuando que el apaleado no quede tullido por la paliza. Salvo en este caso, el que se ve obligado a servir no puede quejarse ni reclamar. En una orden secreta de gabinete del 14 de junio de 1844, el rey "cristiano" de Potsdam ordena a los censores que no dejen pasar en la prensa la menor alusión a las relaciones entre las clases poseedoras y desposeídas, ni la menor referencia a la situación de los obreros frente a los terratenientes medievales y la burguesía. Cuando en 1844 miles de tejedores de las montañas silesianas, acosados por la miseria y la desesperación, se sublevaron contra los señores de las fábricas, el "piadoso" rey de Prusia dejó que los ametrallasen y los matasen a bayonetazos como perros, y a los que no murieron los sepultó en el presidio, y encima, a la mayoría de ellos, aun les arrancaron la carne de la espalda vareándolos de veinte a cuarenta veces. He ahí las bendiciones que los proletarios tenemos que agradecerle a la monarquía "cristiano-germana".

El año 1847, año de hambre, nos ha dado nuevas pruebas de esto. Mientras miles de proletarios de la provincia del Rin, de Westfalia, de Silesia, de Posen y de la Prusia oriental sucumbían de hambre y de fiebres engendradas por ésta, la monarquía "prusiano-germana" y sus criaturas seguían regodeándose, como si nada ocurriese, en todos los deleites que la abundancia y la ociosidad son capaces de inventar. Hasta que, por fin, cayó en la cuenta de que tenía que hacer algo para aparentar la pena que le daban aquellas poblaciones hambrientas. Y así surgió la ley prohibiendo el empleo de patatas en las destilerías, y unos cuantos decretos más por el estilo, con que se quería tapar los ojos a la clase trabajadora. El miedo a los proletarios fue creciendo, sobre todo cuando en Berlín y en algunos otros sitios estallaron disturbios por la falta de pan. El miedo llevó al "paternal" gobierno prusiano a hacer un nuevo esfuerzo "en bien de las clases trabajadoras". ¿En qué consistía ese esfuerzo? En enviar un consejero de gobierno de Berlín a Bremen con el encargo de comprar urgentemente y bajo cualesquiera condiciones 6.000 toneladas de trigo y expedirlas sin demora a Berlín y otras localidades. El consejero de gobierno se dirigió a la casa Delins de Bremen, donde exhibió sus poderes. Y como era necesario reunir las 6.000 toneladas a cualquier precio, los marchantes de trigo se pusieron en campaña, y a las dos horas, la tonelada había experimentado ya un alza de cerca de 40 táleros oro. Y la subida no paró ahí. En Bremen sólo lograron reunirse 1.500 toneladas. Para el resto, los tratantes en trigo de Bremen remitieron al emisario a sus existencias de Stettin, Danzig, etc., a las que dieron salida, de este modo, a los enormes precios desencadenados por el consejero de gobierno de Prusia. Esta alza de trigo en Bremen hizo que a la vuelta de unos cuantos días los precios del grano subiesen al mismo nivel en todo el norte de Alemania y que las clases trabajadoras tuviesen que pagar su pan una tercera parte más caro y encima soportar como contribuyentes la carga que aquel negocio, tan torpemente llevado por el gobierno, echaba sobre la hacienda. Eso es lo que se llama en alemán "gobernar paternalmente", y el ser rey absoluto por "la gracia de Dios" consiste en hacer fuego o lanzarse a la bayoneta sobre los obreros hambrientos apelotonados en Berlín, en Stettin, etc., mientras el "piadoso rey" manda fabricar con el dinero de la clase trabajadora panoplias por valor de medio millón y se las envía como juguete regio a su ahijado de Londres, un arrapiezo que apenas sabe sorber los mocos.

No acabaríamos nunca si quisiéramos enumerar todo lo que debemos a la "monarquía absoluta"; basten, pues, los ejemplos aducidos. De ellos se desprende ya claramente que esa monarquía es, por lo menos, tan enemiga nuestra como lo es la

burguesía. Pero no perdamos de vista que ésta necesita, para consolidar su hegemonía, libertades políticas que la “monarquía absoluta” deniega obstinadamente y que nosotros, los proletarios, utilizaremos, tan pronto como sean concedidas, como palanca para derribar lo antes posible lo existente; enfocada así la cosa, se comprenderá nuestro interés en el movimiento político actual, pues ayudando a acelerar la caída de esa monarquía laboraremos en nuestro propio provecho. Hasta allí, pero no más, discurren juntos nuestros caminos. Derribado el enemigo de “derecho divino”, derribado el estado “cristiano” de policía, derribado el gobierno “paternal”, ya no tendremos más enemigos que la burguesía; el palenque de nuestras luchas se simplificará y el plan de batalla no será difícil de trazar.

Pero mientras no apretemos nuestras filas de proletarios, mientras no nos unamos y organicemos, mientras no laboremos con nuestras fuerzas unidas por transformar radicalmente nuestra situación, será inútil cuanto hagamos por luchar contra este “sistema paternal de gobierno” ni contra la burguesía. Hasta ahora no disponemos en Alemania ni de libertad de prensa para defender nuestros intereses ni de derecho para reunimos públicamente y poder manifestarnos e ilustrarnos unos a otros acerca de las condiciones sociales, acerca de la situación de poseedores y desposeídos, en una palabra, acerca de todas las cuestiones que afectan al proletariado. Es indudable que esas libertades políticas facilitan la obra de emancipación, pues con ayuda de ellas el proletariado puede organizarse más rápidamente; por eso el actual movimiento político, encaminado también hacia la libertad de prensa y el derecho de libre asociación, tiene gran importancia para nosotros. Pero no seamos tan necios que, entretanto, pongamos las manos tranquilamente en el regazo, en espera de que se proclamen esos derechos. Hagamos contra la ley lo que ésta nos prohíbe. La ley es obra de nuestros enemigos, fruto del gobierno “paternal” en interés de los ricos y poseedores; a nosotros, los desposeídos, la ley sólo obliga mientras no tenemos fuerza bastante para derribarla. Hagamos en secreto lo que se nos prohíbe hacer públicamente; aquí no podemos acatar más ley que la ilegalidad. Cuantas más dificultades se nos pongan en el camino, más actividad y energía debemos desplegar para organizarnos y unirnos en una actuación común por encima de ella. “Ayúdate a ti mismo”, dice el proverbio; y verdaderamente, si nosotros, los proletarios, no sabemos emanciparnos por nosotros mismos, no esperemos que nadie nos emancipe.

¡Qué pavor infundimos ya hoy tanto a la monarquía de “derecho divino” como a la burguesía, hoy, en que estamos casi solos, en que no somos más que un puñado de individuos sueltos, desgarrados no pocas veces por las discordias intestinas e inconscientes de la fuerza que da la unión! ¿No bastaron unos cuantos cientos de proletarios en Berlín, participando en los tumultos de protesta por la falta de pan, sin plan, sin previo acuerdo, sin un objetivo común, para hacer temblar a toda la capital y hacer perder la cabeza durante medio día a todas las autoridades, hasta las más supremas e inaccesibles? ¿No han confesado dos altos funcionarios ministeriales que, pese a todas las tropas, Berlín hubiera caído en manos de los proletarios a poco que éstos hubiesen sabido explotar su fuerza y actuar en común? Es cierto; Berlín estuvo cinco horas enteras en manos del pueblo, sin que éste lo advirtiese. Y lo mismo aconteció en muchos otros sitios de Prusia y del resto de Alemania. Y si un montón de proletarios aislados e insignificantes, obrando sin plan ni concierto, bastan para hacer peligrar de ese modo lo existente, fácilmente se comprenderá que, una vez unidos y organizados como un solo hombre, no habrá poder en el mundo capaz de arrancarnos la victoria. Aislados no somos ni seguiremos siendo más que pobres esclavos entregados al hambre y a la miseria, a la soberbia y a la misericordia de los grandes y los ricos;

unidos y organizados, los barrotes que forjan para nosotros la propiedad privada o los gobiernos "cristiano-germanos" se quebrarán en nuestras manos como mimbres secos.

Los emigrantes alemanes

Ya en la antigüedad aspiraban los hombres a un mundo mejor, a un mundo nuevo, en el que confiaban en ser felices, y sus aspiraciones siguen siendo las mismas de entonces. Desgraciadamente, pese a todas las aspiraciones, poco es lo que hasta hoy se ha conseguido, pues durante mucho tiempo se ha estado buscando ese mundo mejor donde no podía encontrarse, y aun es hoy el día en que son muy pocos los que saben y comprenden que ese mundo mejor está bien cerca de nosotros, que para alcanzarlo basta con unir y organizar a los oprimidos, con imponerse un recio esfuerzo. Se equivocan de medio a medio, naturalmente, los que piensan que basta con buscar, con emigrar a América, para dar con ese mundo mejor. Ese mundo mejor no hay que buscarlo, sino conquistarlo, y el cielo no nos ayudará si nosotros mismos no nos unimos firmemente y nos ayudamos. En otro tiempo, millones de europeos se precipitaban hacia el Oriente para escapar a la tiranía de los señores feudales, para ganar el cielo con la conquista de los Santos Lugares y esperanzados en que en el suelo que había pisado su Redentor les sería dado ya sobre la tierra un avance de las delicias celestiales; pero fueron muy pocos los que alcanzaron la meta, pues los más cayeron sin haber visto la tierra de Jerusalén, derribados por las enfermedades y por el acero de los turcos.

Hoy, millones de europeos acuden a las costas de Occidente esperando encontrar allí un suelo libre y un porvenir dichoso para sí y sus familiares; pero los más sucumben sin ver cumplidas sus esperanzas. Miles de emigrantes mueren ya en las bodegas abarrotadas de los barcos, barridos por las enfermedades, sin haber divisado la orilla del Nuevo Mundo. Miles y miles más caen, no segados ciertamente por el acero turco, pero sí arruinados física y moralmente, despojados por truhanes y engañadores de cuanto poseían, en las esquinas o en los asilos obreros de la Unión; y miles de hombres, obligados a entregar sus brazos a la burguesía americana para poder vivir, se ven explotados tanto y aun más que si estuviesen en Europa, y cuando las fuerzas se les acaban tienen que dar gracias, exactamente lo mismo que en Europa, si los dejan morir en un hospital o en un asilo obrero. ¡Cuán pocos son los que consiguen cimentar una existencia para sí y sus familias! Los buenos alemanes, a quienes hay que reconocer que su libre y unida Alemania, con sus treinta y cuatro príncipes y principillos soberanos, no ofrece gran aliciente, están atravesando por una verdadera borrachera de emigración, y lo malo es que, de todos los emigrantes, ningunos se ven tan estafados, tan tirados por los rincones, tan explotados y maltratados como los alemanes.

En las ciudades de Alemania, Holanda y Bélgica, en Londres y Nueva York, en todos los lugares del mundo donde embarcan o desembarcan emigrantes alemanes, se ha formado una clase especial de hombres que tienen por profesión estafar a esas pobres gentes, las más inexpertas del mundo. Los ingleses llaman a esa casta de hombres "tiburones de tierra" (*land sharks*), nombre muy adecuado, pues devoran con la misma codicia el cruzado del pobre que el ducado de quien tiene un poco más de fortuna. Tan pronto como llegan aquí, a Londres, emigrantes alemanes, se ven rodeados por estos pájaros, acompañados a ciertas moradas, y ya no les dejan de la mano mientras tengan algo que perder. Los más afortunados son los que han pagado por adelantado el pasaje, pues esos llegan por lo menos a las costas de América; los demás tienen que quedarse por el camino, y a la postre, la necesidad los obliga a desnudar a los compatriotas que vienen detrás de ellos, lo mis-mo que a ellos los desnudaron. ¿Pero es que la policía no

interviene?, se preguntará el lector, maravillado. La respuesta no puede ser más sencilla: la ley inglesa tiene por principio que "donde no hay demandante, no hay tampoco juez". Y como los pobres alemanes no entienden el idioma ni saben orientarse por esta ciudad gigantesca, como nadie se preocupa de ellos, raro es el caso en que consiguen dar con las personas que los estafaron para entregarlos a los tribunales. Los tiburones de tierra no tienen más que saltar de tugurio en tugurio y recatarse, aguardando a que se haga a la mar el barco que lleva sus víctimas; luego, pueden salir de nuevo a la calle y reanudar el negocio. Pero, aun supuesto el caso de que el emigrante consiga entregar uno de esos pájaros a la policía, no habrá salido ganando nada; el ladrón es enviado, sin duda, a la prisión, pero lo robado no aparece, y antes de que el proceso se abra, el barco parte y la víctima del robo con él; y no presentándose nadie a mantener la querella, el tiburón de tierra queda en libertad. Y lo mismo que en Londres, les pasa a miles de emigrantes en El Havre, en Amberes, en Rotterdam, etc., y los afortunados que logran desembarcar con algo todavía en Nueva York, caen allí en las garras de los tiburones americanos. Nos han contado infamias increíbles cometidas con emigrantes alemanes, y en los números siguientes de nuestra revista diremos algunas, para que sirvan de aviso a todos los emigrantes. Y rogamos a nuestros amigos de los barrios del puerto que comuniquen a esta redacción todos los abusos y estafas, cometidos contra los emigrantes, de que tengan noticia.

Muchos alemanes se preguntarán: De todos nuestros embajadores y cónsules de Londres, ¿ninguno se ha ocupado de los emigrantes?

Los ingleses y los franceses por dondequiera que vayan, sean viajeros o emigrantes, encuentran protección, consejo y ayuda en los cónsules y embajadores de su país; no así los alemanes, sobre todo si son proletarios; en cuanto salen de las fronteras de la confederación que los tiene por súbditos, en cuanto abandonan el suelo alemán, ningún embajador o cónsul de su país se cuida de ellos. Los embajadores y cónsules alemanes en Inglaterra, a quienes el pueblo alemán paga sueldos de cientos de miles todos los años, tienen otras cosas de que ocuparse. El piadoso Bunsen[89] se dedica a fundar asociaciones juveniles y sociedades evangélicas para inmunizar a los proletarios contra el veneno del ateísmo y el comunismo y enchiquerarlos en el gran establo del estado "cristiano-germano"; los demás envían de vez en cuando a las asociaciones obreras algún que otro espía y se dedican a divertirse.

¡Quién se preocupa de proletarios, y sobre todo de proletarios que aspiran a ser republicanos!

Y a propósito, camaradas, ¿qué tal estaría si un buen día, en vez de emigrar a la remota república de Norteamérica, dejándoos desnudar y explotar en el viaje, apretaseis un poco vuestras filas, pusieseis término a ese absurdo "cristiano-germano" y enviaseis a vuestros príncipes paternales y bondadosos a hacer un viaje bajo cielos más suaves (a Texas, por ejemplo, o al África central, adonde tan de buena gana quieren expediros los píos hermanos), o a un clima más adecuado para su constitución (a Rusia, pongamos por caso), y os decidieseis a instituir en Alemania una república en la que todo el que quisiera trabajar encontrara medios de vida? ¿Eh, qué decís a eso? Nos parece que bien valdría la pena de intentarlo; se ahorraría mucho tiempo y dinero, y podéis estar seguros

---

89 El barón de Bunsen (1792-1860), embajador prusiano en Londres desde 1845, era un celoso propagandista de las "misiones interiores". En una de las alocuciones de la Liga de los Justicieros, la de noviembre de 1846 (ver más arriba en esta obra), se habla de la labor desarrollada por Bunsen en este terreno y de las asociaciones de artesanos y jóvenes cristianos, fundadas en Londres bajo sus auspicios, a semejanzas de las que también existían en Berlín, Hamburgo, Stuttgart, Basilea y París.

de que costaría diez veces menos víctimas que las que siembran la ruta de los emigrantes hacia el Nuevo Mundo.

¡Proletarios, pensad alguna vez en esto!

Revista política y social

En los números siguientes daremos un breve resumen de los acontecimientos políticos y sociales de todos los países, enfocados desde el punto de vista comunista; hoy, el escaso espacio de que disponemos sólo nos permite apuntar algunos de los sucesos más notables de la actualidad.

PORTUGAL. Una reina perjura[90] es restaurada a la fuerza por los ingleses, franceses y españoles en el trono de que la arrojara la general y justa cólera del pueblo portugués. Los proletarios de las ciudades empiezan a abrir los ojos y forman asociaciones republicanas y comunistas.

ESPAÑA. Grandes escándalos en la corte Isabel[91], la joven reina a quien el viejo mercader de almas[92] de París impuso por marido un ser impotente, busca consuelo en amantes más viriles, y como sus ministros no le consienten esos devaneos, amenaza con abdicar. Las arcas públicas están vacías, el país plagado de bandas de salteadores y el comercio y 1os negocios paralizados. ¿Hasta cuándo se dejará maltratar el pueblo español?

FRANCIA. El sistema de Luis Felipe está en las últimas y extiende por toda Francia, al descomponerse, un hedor pestilencial. Ladrones, salteadores y asesinos manipulan sin recatarse casi, y entre la clase gobernante el honor y la justicia son ya palabras vanas[93]. Los republicanos y comunistas, fusil al brazo, contemplan impasibles el espectáculo. Cuando el paciente exhale el último suspiro enterrarán el cadáver, y como primer remedio para purificar el aire proclamarán la república.

ALEMANIA. El Gran Duque de Hessen[94] prohíbe a los proletarios el matrimonio. No nos preocupa, pues sabemos procrear y multiplicarnos sin la bendición del cura. Lola Montes[95] sigue abofeteando a los leales súbditos bávaros; ¡que les aproveche! Federico Guillermo el Gordo, Señor de Berlín[96], hace decretos sobre los bigotes y manda condenar a los nobles polacos que quieren emancipar a su desdichada patria[97]. La burguesía prusiana sigue avanzando lentamente y Federico el Gordo, con toda su Real Casa, acabará sirviendo, además de al señor, a los amos del dinero. Fernando de Viena cuenta los cristales de su palacio[98], y Metternich se relame barruntando sangre. Los demás príncipes patriarcales de Alemania emprenden viajes de recreo, y el pueblo alemán… muerde el pañuelo para matar el hambre.

BÉLGICA Y HOLANDA. Se dice que los reyes de Holanda y Bélgica encuentran demasiado gravoso el peso de sus coronas y que tienen el propósito de abdicar y salir a viajar. *Bon voyage*.

GRAN BRETAÑA. El plan del cartista Feargus O'Connor produce gran sensación, y la acogida que encuentra demuestra que el pueblo aspira seriamente a emancipar la tierra. Desgraciadamente, el plan de O'Connor descansa en el reparto y no en la comunidad de bienes. Más detalles acerca de esto en nuestro próximo número. Las elecciones para el nuevo parlamento han terminado, habiendo salido elegidos algunos hombres de valer. La reina y el príncipe Alberto se dedican a hacer viajes de recreo, mientras los proletarios suspiran

[90] Maria II da Gloria, que subió al trono en 1834 y fue restaurada en él en 1847.
[91] Isabel II.
[92] Luis Felipe, rey de Francia.
[93] Alude a la larga serie de escándalos que en 1847 se produjeron en la alta sociedad de Francia.
[94] Luis II de Hessen-Darmstadt.
[95] Bailarina española, amante del anciano rey de Baviera Luis I.
[96] Federico Guillermo IV.
[97] Alude a las consecuencias de la insurrección polaca de 1846.
[98] Fernando I de Austria, demente y muy enfermo.

en la miseria más espantosa. *Tout comme chez nous*.

PAÍSES ESCANDINAVOS. En Suecia, la doctrina comunista encuentra buena acogida en el pueblo. Como en todas partes, los más rabiosos enemigos del comunismo son aquí los sacerdotes. La igualdad de esos señores no es de este mundo. Pe-ro vuestros esfuerzos, negros oscurantistas, son en vano, no os molestéis.

SUIZA. Los jesuitas y sus leales arman un ruido espantoso; Metternich les envía pertrechos de guerra, y actualmente se dedican a aniquilar a todos los radicales... con el pico; pero en cuanto las tropas federales avancen, lo que confiamos que no se hará esperar, es muy probable que los señores de la Sonderbund[99] corran a refugiarse en sus casas.

ITALIA. El Papa Pío IX ha levantado la bandera de la libertad y del progreso y el pueblo italiano se ha congregado junto a él con verdadero entusiasmo. El sangriento Metternich, descontento de esto, quiso organizar en el estado eclesiástico una segunda edición de las matanzas de Galitzia; en vista de que no lo consiguió, parece que se dispone a emplear la fuerza para que en Italia siga todo bonitamente en las tinieblas. Se dice que el Papa ha declarado que si Metternich le atacaba, saltaría sobre un caballo y saldría al encuentro de los mercenarios austríacos a la cabeza de su pueblo. ¡Bravo! Esta vez puede que el astuto Metternich se haya equivocado.

HUNGRÍA. También aquí, en el país más libre de la monarquía austríaca, se siembra la simiente del comunismo y cae en tierra fructífera. Dónde y cómo no se lo descubriremos por ahora al señor de Metternich.

POLONIA. En Lemberg (Galitzia), dos grandes hombres, Teófilo Wisniowsky y José Kapuscinsky, han sufrido la muerte de los mártires. Murieron como dos héroes, gritando: "¡Viva Polonia!" y "¡Hombres, aprended de nosotros cómo se muere por una causa justa!" Camino del cadalso, el pueblo les arrojaba por todas partes coronas de flores. ¡Todavía no está perdida la causa de Polonia![100].

RUSIA. Los bravos circasianos han vuelto a infligir a los rusos varias derrotas de importancia. Pueblos, aprended ahí todo lo que son capaces de hacer hombres que quieren ser libres.

TURQUÍA. El sultán ha abolido la esclavitud y rinde culto al progreso. ¡Mírate en este espejo, tú, que sólo quieres servir al señor con toda tu casa[101]; estás hasta por debajo de los turcos!

GRECIA. El bávaro Otto[102] ha declarado a sus fieles estamentos que se ve en la más repugnante penuria de dinero y que nadie quiere prestarle nada. ¡Oh, Rothschild, apiádate de él!

NORTEAMÉRICA. Los norteamericanos siguen liados en guerra con los mexicanos. Hay que esperar que se adueñen de la mayor parte del territorio mexicano y sepan utilizar mejor el país de lo que éstos lo han hecho[103]. La Liga para la emancipación de la tierra, la Joven América, cuenta cada día con nuevos afiliados[104].

---

[99] Loa cantones separatistas, acaudillados por los católicos.

[100] En febrero de 1846 estalló en Galitzia una insurrección de los nacionalistas polacos, lamentablemente fracasada; el 31 de julio de 1847 fueron ejecutados brutalmente en Lember por el verdugo austríaco los dos insurrectos mencionados más arriba.

[101] Alusión a Federico Guillermo IV de Prusia.

[102] Otón I de Grecia.

[103] La guerra de los Estados Unidos contra México estalló por la anexión de Texas. Terminó con la paz de Guadalupe-Hidalgo, el 2 de febrero de 1848, por la que los Estados Unidos (abanando una indemnización de 18 millones de dólares) obtenían, además de Texas, una faja de tierra bastante extensa que iba desde el noroeste de Texas hasta el Océano Pacífico.

[104] En 1847, Engels aprobaba expresamente la inteligencia entre los comunistas norteamericanos y los reformadores agrarios, y que estos "volvían a la constitución democrática contra a burguesía y pretendían utilizarla en interés del proletariado". (Ver en esta obra en *Principios del comunismo* la respuesta a pregunta 25)

De venta en Londres, en la Librería Alemana, 8, Marylebone Street, Regent’s Street, Quadrant; en el Westend, en la Liga de Cultura Obrera, 191, Drury Lane, High Holborn; y en el Ostend, en la Asociación de Cultura Obrera, Castle Goodman’s Style, Whitechapel.

Printed for the Proprietors by Meldolas Cahn & Co., 18, St. Mary Axe, City, London.

Primer informe de la Autoridad Central de la Liga de Los Comunistas[105]

Septiembre de 1847

La Autoridad Central a la Liga

¡Proletarios de todos los países, uníos!

Hermanos,

Han pasado tres meses desde que tuvo lugar el congreso y desde que les fue enviada la circular que los informó de él; les presentamos, pues, un nuevo informe de nuestra actividad durante estos tres meses y les ofrecemos una visión de conjunto del estado actual de la Liga.

Lamentamos no poderles dar noticias muy satisfactorias, pero hemos decidido decirles la verdad pura y simple, así sea regocijante o entristecedora. Sin duda, algunos pensarán que se debe siempre hacer notar el mejor aspecto de la situación con objeto de que las gentes no se desanimen; somos de opinión diferente, creemos que todos deben conocer las enormes dificultades a las que nos enfrentamos. Los verdaderos hombres no se asustarán, al contrario, su actividad estará estimulada durante el tiempo que nuestra Liga no esté asegurada y no sea poderosa, mientras ella no intervenga de manera eficaz sobre la situación presente, mientras nuestra acción continúe tan insignificante. Es verdad que ahora contamos con una nueva base y que al parecer se trabaja con ardor aquí y allá, pero en su conjunto, estamos aún muy lejos del punto que deberíamos haber alcanzado hace mucho tiempo. Cuando salió la circular del congreso, tuvimos la esperanza de recibir rápidamente respuestas positivas y precisas. La Autoridad Central había anexado una carta de acompañamiento en la que nuevamente se señalaban los puntos que exigían respuesta y en la que se pedía una respuesta rápida y precisa.

En cuanto a respuesta precisa, hasta ahora sólo hemos recibido la del círculo de Bruselas[106], de otras ciudades únicamente se nos ha enviado acuses de recepción de la circular y agradecimientos por nuestro celo, algunas observaciones y nada más.

¿De dónde procede esta negligencia y hacia dónde nos conduce? Los proletarios alemanes que quieren liberarse son numerosos, pero no por ello se dedican con más ardor a la tarea de lo que hasta ahora lo han hecho, sinceramente, ellos no irán más lejos. Las cosas no nos caerán solas del cielo. A muchos, su pereza les ha impedido actuar; otros, hablan mucho, qué duda cabe, pero cuando se les habla de sacrificios pecuniarios, dan la espalda, encuentran toda clase de disculpas y no cooperan; otros, poseen una buena dosis de cobardía burguesa, ven policías y espías en todas partes y jamás creen que el momento de actuar haya llegado (hay razones para enfermarse cuando se ve lo pasa). La mayor parte del proletariado se vuelve cada vez más activo (como en Silesia, Saxe, en la Prusia renana, Westphalia y en Hesse), sin dirección o casi sin ella, por lo menos, sin dirección comunista.

Por lo tanto, hacemos un nuevo llamado a los miembros de nuestra Liga para que salgan de este letargo y se pongan a trabajar, y exigimos, antes que nada, que se nos dé una respuesta precisa de la circular del congreso, a fin de que sepamos al menos con quiénes podemos contar.

---

[105] Tomado de "Primer reporte de la Autoridad Central de la Liga" en Bert Andreas, *La Liga de los Comunistas. Documentos constitutivos*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1973, páginas 131-159; también para las notas.

[106] Anteayer nos llegó una carta de Leipzig, ver más adelante.

Después de la clausura del congreso enviamos la circular, los nuevos estatutos, la profesión de fe comunista y una carta de acompañamiento a diez ciudades de Suiza, Francia, Bélgica, Alemania y Suecia en donde hay comunas de la Liga. Además, desde Londres enviamos a dos emisarios provistos de plenos poderes a América, uno a Noruega, otro a Alemania y otro más a Holanda. Todos prometieron a la Autoridad Central trabajar en la medida de sus posibilidades, fundar inmediatamente, en las ciudades en que residieran, nuevas comunas y ponerlas en relación con nosotros.

Según una decisión del congreso, en agosto debería aparecer el nuevo órgano de prensa de la Liga, se nos había prometido el enviarnos artículos, así como sostenernos financieramente; por otra parte, se les había pedido a todos los miembros de la Liga ayudarnos según sus promesas se quedaron en el aire, con excepción del círculo de Bruselas, quien por el momento ha decidido entregar una libra esterlina para la prensa y cinco francos por mes para la propaganda; del camarada Heide[107], que nos envió un artículo, al presente no hemos recibido nada. La comisión de redacción, a la cual, semana tras semana se le ha prometido enviarle los artículos necesarios, terminó finalmente por hacerlo todo ella, para que al menos, el número de lanzamiento apareciera. Si no se nos ayuda en una forma de lo que hasta aquí lo han hecho, no avanzaremos en este terreno tampoco. Para poner la imprenta en estado de trabajar a manera de imprimir además del periódico de la Liga, volantes y folletos, nos faltan todavía 600 francos, los que sólo en Londres, no estamos en situación de reunir.

Después de la circular del congreso, hemos recibido noticias de los siguientes países:

[1] Suecia. Hemos recibido una carta de Upsala, fechada el 23 de mayo de un emisario[108] enviado de aquí, que fue desde Helsingoer hasta Suecia y que ha recorrido el país a pie. Como él no poseía nada, su veliz[109] lo llenó de volantes comunistas, que, afortunadamente, pudo pasar por la frontera, hasta Suecia. Nos dice que, en todas las ciudades en que hay obreros alemanes, ha visitado a éstos en sus talleres, les ha distribuido nuestros escritos, y ha encontrado en ellos un eco favorable a lo que les ha dicho. Desgraciadamente, como no ha encontrado trabajo, no pudo permanecer mucho tiempo en cada lugar para fundar comunas. En Estocolmo, remitió a la comuna (nuestra avanzada comunista en el norte), las dos primeras circulares[110] de la Autoridad Central y sus noticias dieron nuevo vigor a nuestros hermanos de allá. De Estocolmo partió hacia Upsala, de ahí a Gavie, donde trabajó un cierto tiempo. Actualmente se encuentra en camino de Umeá y Torneá. ¡Un emisario comunista en tierra de los lapones!

Un miembro de la Liga, venido de Karlskrona a Londres, nos ha informado que el camarada C., que ha estado en París y en Londres, fundó comunas en W. y que la Liga contaba ya más de 100 miembros. El camarada de Karlskrona nos dio la dirección de C. y nosotros le enviaremos esta circular con los nuevos estatutos, así como nuestros estímulos destinados a los camaradas de esa ciudad. Recibimos una carta de Estocolmo, fechada el 8 de julio; nuestros camaradas de ahí, están llenos de un gran celo por nuestros principios. El camarada Forssell ha respondido a un cura que atacó públicamente al comunismo, a través de un folleto redactado en sueco, en el que explicó al pueblo nuestros principios[111]. Y el más grande periódico sueco, el *Aftonbladet*, defiende al comunismo en contra de los curas. Además, nos han escrito: "La *Sociedad*

[107] Heide (= pagana), seudónimo de Wilhelm Wolff; Karl Schill, seudónimo de Karl Schapper.

[108] Se trata de Albmert August Anders que, después de ese viaje al Círculo Polar toma el apodo de "lapón".

[109] En México 'maleta'. EIS.

[110] Se trata de los comunicados de la Autoridad Central de noviembre de 1846 y febrero de 1847.

[111] Karl Daniel Forsell, *Kommunismen och kristendomen* (Comunismo o Cristianismo), Estocolmo, 1847.

de Instrucción de Estocolmo, a la que antiguamente podíamos considerar como la antesala del comunismo, está en las garras de los burgueses. En revancha, el elemento democrático ha quedado limpio y sin mancha en la *Sociedad Escandinava*, de la que nosotros somos miembros y cuyo presidente es uno de los nuestros; es en esta sociedad en la que reclutamos a nuestros miembros". Tan pronto recibimos esta carta, hicimos una copia de la circular del congreso, Profesión de fe comunista y de los estatutos en caracteres latinos porque la mayor parte de los suecos no saben leer los caracteres góticos, y se los enviamos por correo. Esperamos respuesta de este envío.

[2] Alemania. Hace más o menos seis semanas que partió de aquí un emisario a Berlín, llevando para nuestros camaradas los documentos de la Liga y con la misión de alentarlos a continuar y a perseverar. Tenía la intención de no detenerse más que alrededor de una semana, y partir hacia Leipzig, de donde debe enviarnos un informe. Esperamos sus noticias dentro de poco.

Los camaradas de Br[112] [Breslau o Bremen], nos enviaron acuso de recepción de nuestra circular y prometieron responder próximamente de manera completa, lo que todavía no se ha hecho.

Los hermanos de Hamburgo acusaron recepción de la circular y lamentan el que se haya modificado el nombre de Liga de los Justos, nombre que les gustaría ver restablecido; igualmente, se declaran escandalizados de que se ataque tan violentamente en la circular del congreso a los partidarios de Wilhelm Weitling y de Grün. Aconsejan la moderación y la unión y escriben: "que uno sea a un grado más o menos que el otro en lo que respecta a la teoría, no nos autoriza por lo tanto a atacarlo y dividirnos, pues ¿cómo piensan ustedes que podamos actuar si nos mostramos tan intransigentes?; reunamos todas las fuerzas que quieren ir hacia adelante y busquemos enseguida a convencerlas y ganarlas poco a poco a nuestras ideas".

Estamos obligados a responder a nuestros hermanos de Hamburgo que las causas del cambio de nombre, dadas en la circular del congreso, son muy importantes y que si no se nos oponen argumentos de peso, la Autoridad Central defenderá en el próximo congreso que se mantenga el nombre de Liga de los Comunistas. Este último dice netamente lo que somos y lo que queremos, lo que no pasa con el antiguo nombre. Liga de los Justos significa todo y nada, ahora bien, debemos ser precisos. Que los hermanos de Hamburgo examinen, pues, de nuevo las razones dadas en la circular del congreso, si ellos pueden refutarlas, nos conformaremos a su opinión, por el contrario, los sentimientos no pueden ser tomados en consideración.

En relación con el segundo punto, les hacemos notar que no hemos atacado a los partidarios de Weitling y de Grün, únicamente los desenmascaramos. Es tiempo de que seamos vigilantes y que nos demos cuenta de que ya no podemos hacernos cargo de soñadores y de vendedores de sistemas sin ninguna energía, (no queremos arrastrar cadáveres detrás de nosotros). Los partidarios de Grün son gentes que siempre tienen la palabra igualdad en la boca, sin saber lo que significa, que critican todo, salvo ellos mismos, en pocas palabras, presuntuosos que hablan mucho y no hacen nada. Nosotros no somos burgueses refinados, no hablamos con palabras encubiertas, decimos las cosas como vienen, en una palabra, al pan, pan y al vino, vino.

Hace más de diez años que predicamos la moderación en la Liga, la indulgencia y la unión, y con todos estos sermones, todo este amor al prójimo no hemos hecho casi nada, y el año pasado hemos estado a dos dedos de nuestra pérdida. Tenemos que cambiar de procedimiento, es injusto que se nos pida que perdamos el tiempo en

[112] La abreviación de Br deja una cierta incertidumbre: puede tratarse de Breslau o de Bremen, pues la Liga [según el Informe sobre el primer congreso de la liga, ver en esta obra páginas 193-201] tenía comunas en las dos ciudades.

bagatelas y de que pasemos nuestra vida en soñar. Nuestra opinión es que 100 miembros capaces valen por 1.000 cuya mitad sea indecisa. Mejor que quedarse atrás para ayudar a los paralíticos, vamos valientemente hacia adelante, probablemente se les desentumecerán las piernas a los otros. Los camaradas de Hamburgo parecen, por otra parte, no ir muy lejos con su moderación, pues no hablan de dinero ni para la propaganda ni para la prensa, y a propósito del periódico de la Liga, declaran que a causa del desempleo creciente, no podrán tomar sino unos cuantos números.

No es necesario declarar aquí, que cada miembro de la Liga está *obligado* a adquirir un ejemplar del periódico, si él no puede pagarlo, la comuna a la que pertenece deberá hacerlo.

Una vez más, camaradas no gastemos nuestro vigor, no nos convirtamos en la burla de los otros partidos a causa de nuestra moderación intempestivamente, por la amalgama de fuerzas divergentes; podemos actuar poderosamente, a condición de quererlo, y si lo queremos, no tenemos necesidad de otra cosa que ¡valor, valor, y más valor! Si algunos, honestamente, no pueden o no quieren ir tan lejos como nosotros, no dejaremos de estimarlos, pero si se nos pide dar marcha atrás para unirnos a ellos, les decimos bien claro: jamás.

Nuestros hermanos de Leipzig nos escribieron hace algún tiempo, diciéndonos que varios de sus miembros, asustados por el carácter bastante cortante de la circular de la Autoridad Central se habían retirado. Los otros han prometido mantenerse fielmente y obrar en la medida de sus fuerzas. No podemos hacer otra cosa que felicitar a los hermanos de Leipzig por haberse librado de gentes que no tienen el valor de ser hombres. La carta que recibimos ayer de Leipzig tiene un estilo completamente diferente y más enérgico que las precedentes, se nota que esta comuna se liberó de los medios tonos.

Primero, la comuna de Leipzig piensa que es necesario formular la profesión de fe de manera más científica y más adaptada a todas las clases de la sociedad. Propone una transformación casi total y da las razones[113]. Presentaremos al próximo congreso las modificaciones propuestas. La Autoridad Central está de acuerdo con la mayor parte de los puntos citados en la carta. La comuna declara, igualmente, que además de los ejemplares de nuestro periódico para los miembros de la Liga, tomará doce más para distribuirlos. Si todas las comunas siguen el ejemplo dado por la de Leipzig, el periódico de la Liga podrá aparecer cada semana y a mitad de precio. Pedimos que se nos haga llegar, lo más pronto posible, las cotizaciones recogidas para prensa y propaganda. Esperamos que una segunda comuna se establecerá rápidamente en Leipzig, pero si no es así, la comuna de Leipzig puede unirse a la de Berlín; nosotros tomaremos las disposiciones necesarias.

No hemos recibido noticias de Mn.[114], y no tenemos su dirección, dado que nuestro corresponsal debe haber salido hacia París. Nos esforzaremos por restablecer el contacto con las comunas lo más rápidamente posible.

No hemos podido enviar a Maguncia la circular de la Liga por correo, y hace solamente cuatro semanas que le dimos todo a un miembro de una comuna londinense que iba para allá. No podemos, por lo tanto, recibir respuesta por el presente. En una carta de Maguncia, recibida hace algún tiempo, se nos dice que se iba a fundar una

[113] Se notará que Engels llega a la misma conclusión dos meses más tarde, después de haber intentado reescribir la *Profesión de fe* para las comunas parisinas bajo la forma de los *Principios del Comunismo*, cf. carta a Marx del 23-24 de noviembre de 1847: “Reflexiona, pues, un poco en la Profesión de fe. Creo que es preferible abandonar la forma de catecismo y de intitular este folleto: *Manifiesto comunista*. *Correspondencia*, vol. 1, pág. 507 y ss.

[114] Múnich o Mannheim.

segunda comuna, lo que constituiría un círculo. La policía está constantemente sobre la pista de nuestros camaradas de Maguncia, sin embargo esto los incita todavía más a trabajar por nuestra causa. Gloria a los valientes proletarios de Maguncia; si se trabajase en toda Alemania, nuestros asuntos irían mejor.

[3] Holanda. En Ámsterdam hay una *Sociedad de Instrucción* que está en relación con nosotros y en la cual se encuentran gentes capacitadas. Hace tres semanas enviamos a un emisario provisto de poderes para fundar una comuna.

[4] América. El emisario que salió de aquí esta primavera hacia Nueva York, nos pinta un triste cuadro de la situación de la Liga en el Nuevo Mundo. En Nueva York la Liga había hecho grandes progresos cuando llegó Weitling y sembró las discordias[115]. Se plantearon violentas disputas en las sesiones y la consecuencia fue que toda la armadura se derrumbó. Las comunas de Nueva York constantemente nos habían exhortado a modernizarnos y suplicado insistentemente que nos reconciliáramos con Weitling; como quince días después de la llegada de Weitling, ellas mismas entraban en conflicto con él, los corresponsales se desanimaron y ni siquiera se atrevieron a escribirnos, para no revelarnos la triste situación de la Liga por allá. He ahí lo que nos ha escrito nuestro emisario, que, vistas las circunstancias, no podía hacer nada en Nueva York y partió para el estado de Wisconsin, en el que promete trabajar con todas sus fuerzas por nuestra causa.

En Filadelfia hay todavía muchos miembros de la Liga, a los que insistentemente les hemos pedido fundar nuevas comunas. Encargamos a dos emisarios que partieron hace algunas semanas hacia Nueva York y Filadelfia de hacer todo lo posible por reconstituir la Liga en esas ciudades conforme a los estatutos modificados.

[5] Francia. En Marsella no hay cambios. Varios miembros de la Liga se han ido de Lyon a Marsella, prometiendo hacer todo lo posible para darle vida nueva a la Liga local.

Nos han escrito que los miembros de la Liga de Lyon trabajan activamente y discuten sobre la Profesión de fe. El círculo de Lyon está de acuerdo con los nuevos estatutos, salvo en lo que respecta a la sección 7, concerniente a la admisión. Los lyoneses piensan que es inútil exigir un juramento al candidato pues se tienen bastantes pruebas de gentes que han jurado todo lo que se les ha pedido y no han cumplido nada; que lo que habría que tomar en cuenta ante todo es el comportamiento. Queremos aclararles a los lyoneses que no se exige ningún juramento, sino la palabra de honor. Además, los lyoneses nos dicen:

“A menos de que en septiembre nos encontremos en una nueva crisis, les agradeceremos pidan a los parisinos nos proporcionen algunos miembros capacitados, susceptibles de sacrificarse por la causa común y de instalarse durante algún tiempo en Lyon. Todos los antiguos miembros de la Liga quieren partir y a ese momento nos faltarán gentes a quienes *transmitir la dirección*. Traten, pues, de evitar una disolución probable.

“Del periódico que aparecerá, todavía no podemos determinar el número de ejemplares que podremos tomar, estando dado que todo se va a transformar.”

Sobre el dinero para la prensa y la propaganda, ni una palabra.

Pedimos con insistencia a los hermanos de París envíen, tan pronto sea posible, algunos miembros capacitados a Lyon.

De París nos escribieron que los estatutos fueron adoptados por unanimidad, que en las comunas se discute la *Profesión de fe* y que el número de miembros ha aumentado considerablemente. Todavía no tenemos ningún resultado de la discusión,

[115] Weitling llega a Nueva York en enero de 1847. Desde el otoño de 1845, ya existían ahí comunas de la Liga de los Justos, como consecuencia de la partida de Weissenbach de París a Estados Unidos.

tampoco ninguna noticia sobre la colecta para prensa y propaganda. Pero debemos decir, en honor a los parisinos, que en estos últimos tiempos han realizado considerables sacrificios pecuniarios al enviar un delegado al congreso y un emisario a Suiza[116].

En una carta personal de un miembro de la Liga de París, transmitida a la Autoridad Central, desgraciadamente se advierte que todavía hay muchas gentes en las comunas de París que no se han liberado de las roncerías de Grün, ni de las ideas bizarras de Proudhon[117]. Lo que es curioso, es que esas gentes, miembros de la Liga de los Comunistas, parecen rechazar al comunismo: quieren la igualdad y nada más. Parece ser que esta escisión interna es también la responsable de que recibamos tan raramente noticias de París. Proudhon se ha vuelto tan auténticamente germánico y filosófico, que él mismo no sabe lo que quiere; y Grün ha oscurecido todavía más las ideas de Proudhon: se sobreentiende que ya no se puede pedir a las gentes que siguen las doctrinas de estos dos hombres, al saber claramente lo que quieren. Agradeceremos a los partidarios de Grün y Proudhon que lean el libro de Marx, *Miseria de la Filosofía,* verán que el estado igualitario que ellos reclaman en un mar de palabras y fórmulas floridas, no es otra cosa que el estado actual. Así, se da vueltas en un círculo vicioso, para llegar, a fin de cuentas, al lugar de la partida.

Exhortamos a los comunistas de París a mantenerse firmes y trabajar de manera que desaparezcan de las comunas las falsas ideas. Si los partidarios de Grün y Proudhon continúan en su posición, será necesario, si son gentes honorables, dejar la Liga y trabajar por su lado.

En nuestra Liga no puede haber sino comunistas. Mientras los partidarios de Grün continúen en las comunas, no puede haber propaganda eficaz, ni por su parte, ni por la nuestra; las fuerzas se dispersan y los jóvenes se desaniman; es mejor, pues, una separación que una escisión interna.

Los weitlinguianos expulsados nos enviaron una larga carta, en la que nos atacan violentamente, así como a las comunas parisinas, y pretenden ser los verdaderos comunistas. Para terminar, nos piden les demos una dirección segura, pues tienen muchas cosas que pedirnos todavía. Sin embargo, no mencionan el hecho de que la caja, que uno de ellos custodiaba, fue conservada en su totalidad por éstos, a pesar de ser minoría. Tal procedimiento, está verdaderamente en armonía con la teoría sobre el robo de su jefe[118].

Nosotros les contestamos, muy cortésmente, que actuamos por deber y convicción, y que mantendremos lo que hemos juzgado justo. Que sus insultos no podían alcanzarnos. Les enviamos la dirección pedida, pero ya no hemos tenido noticias de ellos.

[6] Suiza. La Autoridad Central informó a los hermanos de La Chaux-de-Fonds, de la próxima llegada de un emisario, y los animó para trabajar con todo entusiasmo en la reorganización de la Liga de Suiza.

[116] Stephan Born, tipógrafo y miembro de la Liga, al que los londinenses no conocían todavía, ya que había venido de Berlín a París, vía Hamburgo-Bruselas. Lo que explica la solicitud de informes urgentes de Schapper a Martens sobre su propio emisario en el post-scriptum del documento.

[117] A pesar de que él estaba entonces en Bruselas (desde finales de julio hasta mediados de octubre), se trata sin duda alguna de una carta de Engels a Moll o a Schapper, de contenido idéntico a la que escribe a Marx o al Círculo de Bruselas durante su estancia en París: la formulación crítica es de Engels, así como la proposición de leer el libro de Marx, que por otra parte, no apareció en alemán, sino en 1885.

[118] La teoría sobre el robo de Weitling. Partiendo de la comprobación de Proudhon "La propiedad es el robo", Weitling proponía entre otras, en las *Garantía*s, restablecer la justicia por otro robo, lo que desde 1822, por otra parte, lo enfrenta a los parisinos y londinenses.

La comuna de Berna se presenta, desde hace algún tiempo, ambigua. Se nos ha hecho saber que quieren editar un periódico comunista *Der Wanderer* (*El Viajero*), y que se nos pedía un apoyo.

Les enviamos 25 francos y un pagaré de 50 francos a Lausana y La Chaux de-Fonds, pero este dinero fue utilizado por los de Berna para imprimir volantes de Karl Heizen que ya se había declarado como el peor enemigo de los comunistas[119]. El 29 de junio recibimos una nueva carta de Berna en la que se nos refería que la Joven Alemania reunía todos los medios para oponerse a los comunistas en Suiza, y en la que se nos pedía fundar, lo más rápidamente posible, un periódico. Al mismo tiempo se nos envió *El hambre alemana y los príncipes alemanes*, un pequeño folleto, y se nos pedían cotizaciones voluntarias para poder continuar a difundir los *Artículos de guerra*, la *Preparación*, etc. Se nos escribió entonces: "Algunos entre los republicanos, tienen, sin duda alguna, objetivos nobles, especialmente el buen Heinzen, pero tiene las manos atadas, no es el alma del partido republicano, él es solamente su brazo derecho, etc."

Heinzen se había declarado, de la manera más virulenta, en contra de los comunistas; y la comuna de Berna imprime y propaga sus volantes y parece estar en íntima relación con él. Esto nos pareció, y continúa pareciéndonos, sospechoso. No nos dejaremos mediatizar: actualmente todo hombre honesto debe enseñar abiertamente lo que es. Así, enviamos una carta de advertencia a la comuna de Berna y pedimos explicaciones rápidas, pero hasta la fecha, no hemos recibido respuesta.

Nuestro emisario nos dice que en Ginebra nuestra situación ha tomado un curso extremadamente favorable. Dos miembros de la Liga fundaron esta primavera, una comuna en Ginebra; mientras que el emisario estuvo allá, nació una segunda comuna y una tercera está a la puerta. Además, hay una Sociedad Oficial que ha sido utilizada para la formación de comunistas capacitados. Parece pues, que en Ginebra nuestro partido se rehace y si nuestros hermanos continúan trabajando con el mismo celo como hasta ahora, los comunistas serán en Suiza más fuertes que nunca. El emisario también nos informa que los weitlinguianos excluidos han enviado ya varias cartas a La Chaux-de-Fonds, llenas de ataques personales escandalosos contra varios miembros de la Liga y en las que animan a los miembros de este lugar a unirse a ellos. Sin embargo, las comunas de La Chaux-de-Fonds no se han comprometido con estas gentes y quieren esperar la llegada de nuestro emisario para darles una respuesta precisa. Desde Ginebra nuestro emisario se puso en contacto con Petersen, en Lausana, quien todavía tiene una gran influencia sobre los comunistas en Suiza. Esperamos que logrará atraerlo a nuestro movimiento.

Los weitlinguianos de París enviaron como emisario a Suiza (con el dinero robado a nuestra Liga) a un tal Hornschuh quien debe hacer pasar a las comunas suizas a su bando. Este Hornschuh está actualmente en Lausana. Él estuvo en Londres, así que lo conocemos bastante bien y por lo tanto podemos asegurarles que es totalmente incapaz de hacer ninguna propaganda. Es un hablador terriblemente aburrido, y que por otra parte, no vale gran cosa. Cuando se fue de Londres pidió un pequeño adelanto a su comuna para el viaje y prometió pagarlo en el plazo más breve. La comuna le prestó 25 francos. Han pasado dos años desde entonces, y a pesar de haberle llamado la atención varias veces, Hornschuh no ha pagado nada. Es absolutamente triste que gentes como Hornschuh, cuyo solo objetivo es el de aparentar y haraganear, encuentren todavía los medios de disipar el dinero tan duramente ganado de los proletarios.

---

[119] Karl Heinzen publica en 1846-1847, una pequeña revista, *Der Deutsche Tribune* (*El Tribuno alemán*), así como numerosos volantes antes de partir a Europa hacia América. Los folletos siguientes, con títulos abreviados, *Artículos de guerra, Preparación*, son igualmente de Heinzen.

Nuestro emisario hace actualmente el circuito de las ciudades del lago Leman y enseguida irá a La Chaux-de-Fonds, etc. Él nos ha pedido algunos recursos suplementarios para efectuar ese viaje; inmediatamente le enviamos 50 francos, que pedimos prestados, pues la caja está agotada.

[7] Bélgica. Ahí nuestra situación es buena. Después del congreso se han creado dos círculos; con el que tiene su sede en Lieja todavía no tenemos relaciones directas, pero esperamos tener correo de un día para otro.

El Círculo de Bruselas está en relación con la Prusia renana y trabaja seriamente. Ya fundó una *Sociedad de Canto* y una *Sociedad de Instrucción*; las dos sociedades están dirigidas por miembros de la Liga y sirven como propedéutica a la Liga.

En Bruselas los estatutos han sido adoptados. Sin embargo, se han propuesto dos modificaciones para las deliberaciones del próximo congreso. La primera modificación propuesto concierne la Sección I, Art. 3, e; la segunda a la sección V, Art. 21. Los bruselenses dicen: “Tenemos por error político el prohibir a los miembros de la Liga el pertenecer a una asociación política nacional o internacional, pues de esta manera se les reduce toda posibilidad de acción sobre estas asociaciones”. Y más adelante, en lo que concerniente al artículo 21: “En un periodo revolucionario esta restricción quitaría toda energía al congreso. Sabemos que en 1794 los aristócratas exigieron lo mismo a la Convención para paralizar toda acción.”

Pedimos a las comunas sometan estas proposiciones a un serio examen y den a sus delegados al congreso instrucciones al respecto.

En lo concerniente a la *Profesión de fe comunista*, han sido propuestas numerosas e importantes modificaciones, las que transmitiremos al congreso para su deliberación.

Como lo hemos indicado más arriba, el Círculo de Bruselas acordó 25 francos para la prensa y, provisionalmente, 5 francos por mes para la propaganda. Pedimos a los demás círculos el que sigan este ejemplo lo más rápidamente posible.

[8] Londres. En Londres los nuevos estatutos han sido adoptados por unanimidad y en todas las comunas se discute con vigor sobre la *Profesión de fe*. La autoridad de círculo de aquí nos enviará todas las proposiciones de modificaciones y adiciones tan pronto como la discusión termine. En el transcurso de estos dos últimos meses ha partido un gran número de miembros de la Liga, pero bien pronto llenaremos los huecos dejados. Tenemos en la *Sociedad de Instrucción* semilleros, cuya utilidad es más notoria día a día.

En el círculo de Londres reina la más grande unidad de opinión y la mejor voluntad para trabajar por nuestra causa. En el transcurso del último semestre hemos gastado más de mil francos en el periódico (caracteres, etc.), franqueo y gastos de impresión, gastos ocasionados por el congreso, emisarios, etc. Además de esto cada miembro debe pagar tres pences, por semana a la caja de instrucción y casi no hay sesión en que no se haga una colecta privada para los necesitados. Más de la mitad de nuestros miembros están sin empleo y en la miseria, por lo que nos será imposible continuar a sufragar solos, los gastos, como lo hemos hecho hasta ahora. Por lo tanto nos vemos obligados a pedir insistentemente a todos los círculos y a todas las comunas el que contribuyan en la medida de sus medios y tan rápidamente como les sea posible a la instalación completa de la imprenta de la Liga para que podamos continuar con el periódico y la propaganda (por el momento nos encontramos en seco). En el pasado, siempre enviamos el dinero tan pronto como nos lo pedían, podemos esperar el que no se nos dejará solos ahora.

El número de lanzamiento del periódico de la Liga se vende bien en Londres y ha causado sensación entre los extranjeros que viven aquí. Lo pusimos a la venta en

varias librerías y puestos de periódicos. Enviamos a todas las direcciones y todavía nos quedan 1.000 ejemplares, de modo que todavía podemos enviar a todos los lugares que nos lo soliciten.

De esta manera terminamos con nuestro reporte sobre la situación, de la Liga y sobre nuestra actividad; ahora pueden juzgar por ustedes mismos la situación en la que estamos y si la Autoridad Central, en tanto que poder ejecutivo de la Liga ha cumplido con su deber en el transcurso de los últimos tres meses.

Ustedes han visto, como les decíamos al principio de nuestra circular, que se trabaja con vigor aquí y allá, pero que, en resumidas cuentas, estamos muy alejados todavía del punto que deberíamos haber alcanzado hace tiempo. Esperamos, pues, camaradas, que ustedes movilizarán, de aquí en adelante, todas sus fuerzas con objeto de que avancemos rápidamente y que en nuestro próximo informe podamos darles noticias más satisfactorias de las que les hemos dado hasta ahora.

Antes de concluir queremos pedirles que presten toda su atención a los siguientes puntos. Pedimos insistentemente:

1. A todos los círculos y comunas aislados, en la medida de sus posibilidades, designar un delegado para el próximo congreso y hacer de manera que llegue a Londres el 29 de noviembre de este año. Ustedes saben que en el último congreso no pudimos tomar decisiones definitivas y que es por esta razón que se ha considerado como necesario el celebrar un Segundo Congreso dentro del mismo año. Este Segundo Congreso tendrá la más grande importancia ya que no solamente debe redactar la *Profesión de fe comunista* sino también determinar la organización definitiva de la Liga y de su periódico así como la futura marcha de nuestra propaganda. En consecuencia, es absolutamente indispensable el que haya el mayor número de delegados en ese congreso. Camaradas, esperamos que no retrocederán ante ningún sacrificio para cumplir con su deber;

2. A todos los círculos y comunas que todavía no han organizado las colectas para la prensa y propaganda, de hacerlo sin demora. Si todo el mundo da *algo*, esto nos pondrá en estado de actuar poderosamente. Sin dinero no podemos hacer la propaganda. A los círculos y comunas que ya hicieron la colecta, les suplicamos enviarnos el dinero lo más pronto posible;

3. A todos los círculos y comunas que no han enviado respuestas precisas a la circular del congreso de hacerlo sin retraso;

4. A todos los círculos y comunas que todavía no han indicado el número de ejemplares de nuestro periódico que desean tomar, hacerlo inmediatamente, y de indicar, además, por qué medios puede serles enviado a las diversas localidades el periódico de manera rápida y segura;

5. A todos los círculos y comunas que nos hagan saber si se hace propaganda comunista en sus regiones y en qué forma.

6. A todos los miembros de la Liga que envíen a la redacción de nuestro periódico artículos y poemas. Para el primer número, tal como ya se los dijimos, varios miembros de la Liga habían prometido enviar artículos, pero no cumplieron lo prometido; no podemos atribuir esto más que a la negligencia que, de seguro, no debería existir en nuestras filas.

En la esperanza de recibir rápidamente noticias de ustedes positivas y precisas, los saludamos.

En nombre y bajo orden de la Autoridad Central: Karl Schapper, Henry Bauer, Joseph Moll

Londres, 14 de septiembre de 1847

P.S. En el momento en que la circular iba a imprimirse recibimos cartas de nuestros emisarios en Alemania y en Suiza.
Se nos informa de Alemania que el entusiasmo de nuestros hermanos de Berlín es extraordinario (particularmente después de los acontecimientos conocidos). El gobierno no ha hecho sino ayudarnos. Gracias a la comedia en contra de los comunistas nuestros principios son ahora públicamente conocidos y en lugar de asustarse el pueblo está encantado. El emisario termina su carta con estas palabras: "Camaradas, podemos ver al porvenir con confianza, por todas partes hay hombres capacitados que combaten por la causa justa".
Las noticias de Suiza son también muy reconfortantes. La Liga está organizada e implantada en más de diez lugares diferentes. Se ha ganado a Peterson a nuestra causa. El emisario escribe: "en La Chaux-de-Fonds, y en Le Lóele tenemos, en mi opinión, los miembros más valiosos y ardientes de nuestra Liga, su valor es inquebrantable." ¡Bravo camaradas, adelante! En todas partes los weitlinguianos excluidos han sido despedidos. Los equívocos con la comuna de Berna se han aclarado. Declaramos aquí que nos equivocamos con respecto de nuestros camaradas de Berna y que ellos continúan firmes en nuestros principios. Esta declaración nos llena de alegría. Los detalles, en el próximo informe.

La Autoridad Central: Karl Schapper, Joseph Moll, Henry Bauer

Querido F. M.[120]

El hermano Hze de F., cerca de E. debe escribirte, respóndele y anímalo. ¿Qué sabes del tipógrafo Stephan Born, que ha estado en Hamburgo y salió de ahí hacia París? Si no puedes informar nos con completa certeza sobre él, escribe inmediatamente a Berlín pidiendo a nuestros amigos de allá se informen exactamente de todo lo concerniente con él, que nos hagan un informe y que nos lo envíen por correo. No lo olvides; ¡es sumamente importante!

Karl Schapper

[120] Este segando post-scriptum de Schapper solo, se dirige a Friedrich Martens. Hze. Podría muy bien ser el camarada ebanista Wilhelm Heinze, miembro de la Liga de París, y cuya dirección en Silesia fue descubierta en los papeles de Mentel en 1846.

Federico Engels: carta a Carlos Marx[121]

26 de octubre de 1847

La confusión entre estos valientes artesanos de las comunas de París es infernal. Unos días antes de mi llegada, se les enseñó la puerta de salida a los últimos partidarios de Grün, una comuna entera, aunque la mitad de ellos regresarán. Ahora sólo somos unos treinta. Inmediatamente establecí una comuna de propaganda, y me dejo la piel en ella. Los miembros de la comuna me eligieron inmediatamente y me confiaron la correspondencia. Veinte o treinta hombres se proponen adherirse. Pronto seremos más fuertes que nunca.

Sea dicho entre nosotros dos, le jugué una mala pasada a Moses Hess. Había hecho adoptar una "Profesión de fe" de agua de rosas, que había mejorado divinamente[122]. El viernes pasado, en el círculo, lo cribé punto por punto: todavía estaba a la mitad, cuando todos se declararon convencidos y satisfechos. *Sin la menor oposición*, se me encargó elaborar la nueva profesión de fe[123], que será discutida el próximo viernes a nivel de círculo y enviada a Londres *a espaldas de las comunas*. Por supuesto, nadie debe darse cuenta de ello, de lo contrario todos seríamos retirados, y eso sería un escándalo terrible.

Born, de camino a Londres, te visitará en Bruselas[124]. Tal vez llegue antes que esta carta. Es lo suficientemente imprudente como para cruzar Prusia por el Rin: ¡siempre y cuando no lo atrapen! Léele la cartilla cuando llegue. Más que nada, tiene una mente abierta sobre nuestras ideas y también rendirá un gran servicio en Londres con la condición de que se le prepare un poco.

¡Oh Dios mío!, casi se me olvida por completo que el gran Heinzen, desde la cima de los Alpes, ha derramado sobre mí una avalancha de lodo[125]. Afortunadamente, todo ocurre en el mismo número, así que nadie leerá esto hasta el final; yo mismo tuve que parar varias veces. ¡Qué imbécil! Nunca he pretendido que supiese escribir pero

---

[121] Versión al castellano desde Marx y Engels, *Le parti de classe. I Théorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 107-109. También para las notas.

[122] En el congreso de junio de 1847, donde la Liga de los Justos había tomado el nombre de Liga de los Comunistas, la discusión se centró en el programa, y se decidió confiar la elaboración de una "Profesión de fe" al comité central, formado por K. Schapper, H. Bauer y J. Moll. El borrador de esta profesión de fe comunista fue enviado a los distritos y comunas de la Liga, todo impregnado de un comunismo utópico, no satisfacía ni a Marx ni a Engels, ni tampoco el proyecto modificado por el "verdadero socialista" Moses Hess [ver en esta obra el proyecto de fe en páginas 205-208, EIS].

[123] Engels había elaborado otro texto (aun más aproximado en la forma a la "profesión de fe" de la Liga) al que tituló *Principios del comunismo* [ver en esta obra páginas 249-260, EIS], texto que srivió de base al *Manifiesto del Partido Comunista*, programa definitivo de la Liga de los Comunistas.

[124] Stephan Born fue a Londres para asistir al Segundo Congreso de la Liga de los Comunistas (29 de noviembre-8 de diciembre de 1847). Marx tuvo la oportunidad de reunirse con Born y le pidió que pronunciara un discurso, como representante de la Asociación Obrera, en la conmemoración internacional de la insurrección polaca (Bruselas, 15 de noviembre de 1847).

[125] Engels se refiere al artículo de Karl Heinzen titulado "Un 'representante' de los comunistas", en respuesta al controvertido artículo de Engels "Los comunistas y Karl Heinzen", publicado en el mismo *Deutsche Brüsseler Zeitung*.

ahora debo añadir que tampoco sabe leer y, por último, que no parece saber utilizar las cuatro reglas de la aritmética. Este borrico debería haber leído la carta de O'Connor en los periódicos radicales, publicada en el último *Northern Star*, en la que empieza llamándolos rufianes *you ruffians* ("sois unos rufianes") y termina de la misma manera: Heinzen podría haber visto que en términos de insultos es sólo un pobre aprendiz. Pero sabrás cómo poner a ese tonto en su lugar. Lo mejor sería responder *brevemente*. En ningún caso debería responder yo a su diatriba, ¡excepto con un buen par de bofetadas[126]!

[126] Marx escribió a fines de octubre de 1847 un largo estudio titulado *La crítica moralizante o la moral crítica. Contribución a la historia de la civilización alemana*. [Ver en esta obra páginas 261-275, EIS]

Estatutos de la Liga de los Comunistas[127]

¡Proletarios de todos los países, uníos!

(8 de diciembre de 1847)

Sección I.-La Liga

Art. 1. La finalidad de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la instauración del régimen del proletariado, la abolición de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la creación de una sociedad nueva, sin clases ni propiedad privada.

Art. 2. Las condiciones para ser miembro de la Liga son:

a) vida y actuación en consonancia con el fin propuesto;

b) energía revolucionaria y celo para la propaganda de estas ideas;

c) profesión del credo comunista;

d) los miembros de la Liga no podrán pertenecer a ninguna sociedad anticomunista, política o nacional, y deberán dar cuenta de su pertenencia a cualesquiera sociedades a las autoridades competentes de la Liga;

e) deberán someterse a las decisiones de la Liga;

f) guardar sigilo en cuanto concierna al régimen interno de la Liga, y

g) ser admitidos unánimemente en una Comuna.

Quienes dejen de ajustarse a estas condiciones serán expulsados. (V. infra, sec. VIII)

Art. 3. Todos los miembros de la Liga son iguales y hermanos, y como tales están obligados a prestarse mutua ayuda siempre que la necesiten[128].

Art. 4. Todos los miembros de la Liga se asignarán un nombre especial dentro de la organización.

---

127 Tomado de "III Estatutos de la Liga Comunista", en *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 407-413. Las notas al articulado están tomadas y traducidas para esta edición desde Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Théorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 112 a 117, notas 34 a 3. Marx y Engels colaboraron activamente en la redacción de estos estatutos, que fueron redactados en el Primer Congreso de la Liga en junio de 1847 [ver en esta obra el "Proyecto de Estatutos", páginas 202-204, EIS]. Tras su discusión en las comunas de la Liga, se debatieron de nuevo en el Segundo Congreso (del 29 de noviembre al 8 de diciembre de 1847) y se aprobaron definitivamente el 8 de diciembre. El primer artículo expone los objetivos (invariables) perseguidos por la Liga y de los que se pueden deducir todas las prescripciones del militante en la situación en la que se encuentra. De hecho, estos estatutos llevan la impronta del tiempo y condiciones de lucha correspondientes, en particular de la necesidad de clandestinidad impuesta por las autoridades prusianas, francesas, inglesas, belgas y otras autoridades a los activistas emigrantes.

128 Este artículo, entre otras cosas, atestigua el espíritu del comunismo utópico propio de los artesanos y abstraído de las condiciones materiales, económicas y políticas. En efecto, es imposible introducir "relaciones de iguales y hermano cuando se necesite" (incluso entre camaradas del partido) mientras persistan las relaciones capitalistas, lo que no prejuzga en modo alguno los lazos cordiales. Las relaciones entre los hombres no se pueden cambiar, ni siquiera dentro de un círculo pequeño, sin un cambio previo en la base material, sin una acción revolucionaria. De hecho, los artesanos que formaban la mayor parte de la Liga de los Comunistas estaban reviviendo las tradiciones del compañerismo (asociaciones fraternales de solidaridad entre personas de la misma profesión, o del compañero que viaja por todo el país para aprender su oficio encontrando refugio y ayuda en todos los artesanos de su profesión).

Art. 5. La Liga está organizada por Comunas, Círculos, Círculos directivos, Comité central y Congresos.

Sección II.-La Comuna

Art. 6. La Comuna no deberá constar de menos de tres ni de más de veinte miembros.

Art. 7. Cada Comuna elegirá un presidente y un adjunto. El presidente dirigirá los debates, y el adjunto se hará cargo de la caja y contabilidad y sustituirá al presidente en sus ausencias.

Art. 8. Todo nuevo miembro deberá ser inscrito por el presidente y el proponente, una vez que la Comuna haya votado su admisión.

Art. 9. Las comunas no deberán conocerse unas a otras ni mantener correspondencia entre sí.

Art. 10. Cada Comuna adoptará un nombre distintivo.

Art. 11. Todo miembro que cambie de residencia deberá informar previamente al presidente de su Comuna.

Sección III.-El Círculo

Art. 12. El Círculo no deberá constar de menos de dos ni de más de diez comunas.

Art. 13. Los presidentes y adjuntos de las comunas formarán el Comité de Círculo. Este elegirá de su seno un Presidente. El Círculo mantendrá correspondencia con sus comunas y con el Círculo Directivo.

Art. 14. Al Comité de Círculo corresponde el poder ejecutivo de las comunas que lo integran.

Art. 15. Las comunas aisladas deberán afiliarse a un Círculo ya existente o ponerse en contacto con otras comunas aisladas para formar un nuevo Círculo.

Sección IV.-El Círculo Directivo

Art. 16. Los círculos de un país o de una provincia están todos sometidos a un Círculo Directivo.

Art. 17. La clasificación de los círculos de la Liga por provincias y el nombramiento del Círculo Directivo serán de competencia del Congreso, a propuesta del Comité Central[129].

---

[129] La organización sobre base territorial, claramente afirmada aquí, es característica de la constitución de un partido *político*. La jerarquía se injerta de forma más natural sobre datos de físicos y prácticos de coordinación.

Por definición, el partido proletario debe situarse por encima de las diversas categorías profesionales, porque reflejan los intereses materiales de grupos sociales y económicos limitados y contradictorios que se superponen directamente a la división de la producción específica del modo capitalista. Basar la organización del partido en células de empresa significa reducir el partido al nivel económico y sindical medio, significa encerrarlo en fábricas donde no sólo están medidas las posibilidades de reuniones, sino que la composición de una célula no refleja en absoluto la diversidad de actividades e intereses (y, por lo tanto, el alcance de la posible visión) de las células territoriales, más políticas. Finalmente, el vínculo entre las células fabriles refleja ya sea un tipo federal, ordenado según las ramas existentes de la industria (capitalista), o un tipo burocrático, o una mezcla de ambos, lo que conduce a una falta de coordinación viva y orgánica, por lo tanto a un dejar hacer que se suma a una dictadura de líderes más o menos aislados de las masas e irresponsables hacia los principios del programa *general* de la clase.

Art. 18. Al Círculo Directivo corresponde el poder ejecutivo sobre todos los círculos de su provincia. Mantiene correspondencia con estos círculos y con el Comité Central.

Art. 19. Los círculos de nueva formación deberán afiliarse al Círculo Directivo más próximo.

Art. 20. Provisionalmente, los círculos directivos son responsables ante el Comité Central y en última instancia ante el Congreso.

Sección V.-El Comité Central

Art. 21. Al Comité Central corresponde el poder ejecutivo sobre toda la Liga y deberá como tal rendir cuentas al Congreso.

Art. 22. Lo compondrán cinco miembros por lo menos, elegidos entre los comités del Círculo del lugar donde se haya convocado el Congreso.

Art. 23. El Comité Central mantiene correspondencia con los círculos directivos y presentará cada tres meses una memoria sobre la situación general de la Liga.

Sección VI.-Preceptos generales

Art. 24. Las comunas, los comités de círculo y el Comité Central deberán reunirse por lo menos una vez cada dos semanas.

Art. 25. Los miembros de los comités de círculo y del Comité Central son elegidos por un año, admitiéndose la reelección y pudiendo ser removidos en todo momento por sus electores.

Art. 26. Las elecciones se celebrarán en el mes de septiembre.

Art. 27. Los comités de círculo deberán encauzar las discusiones de las comunas en consonancia con los fines de la Liga[130].

Si el Comité Central entiende que es de interés general la discusión de ciertas cuestiones, deberá plantearlas a toda la Liga.

Art. 28. Los miembros deberán mantener correspondencia individualmente, una vez por lo menos cada tres meses, y las comunas una vez por lo menos al mes, con los comités de sus círculos respectivos.

Cada Círculo deberá mantener correspondencia una vez al menos cada dos meses con su Círculo Directivo, y cada Círculo Directivo enviará un informe al Comité Central una vez, por lo menos, al trimestre.

Art. 29. Incumbe a todas las autoridades de la Liga, bajo su propia responsabilidad y siempre dentro de los límites impuestos por los estatutos, adoptar cuantas medidas sean necesarias para la salvaguardia y eficaz actuación de la Liga. Acerca de estas materias deberá informar con la mayor prontitud ante las autoridades superiores de la organización.

---

[130] Sobre todas las jerarquías, está el programa, el propósito definido en el primer artículo de los estatutos. Este programa es la síntesis de las tareas dictadas al proletariado, como clase, por la evolución objetiva de la historia hacia la destrucción de la forma de producción y la sociedad capitalista, y no depende de la voluntad. En relación con el programa, no se trata de disciplina: o lo aceptamos o no lo aceptamos, y en este último caso dejamos la organización. Este programa es común a todos y no es propuesto o establecido por la mayoría de los compañeros de clase. El comité central, e incluso el órgano decisorio supremo (el congreso) no tiene derecho a cambiarla. Por el contrario: ambos están controlados por activistas o grupos de activistas en función de ese programa. Por lo tanto, cualquier intento de distorsión o interpretación, cualquier desviación de este programa en la realización práctica debe ser considerada como una violación de la palabra dada, una negación, una traición.

Sección VII-El Congreso

Art. 30. Al Congreso corresponde el poder legislativo dentro de la Liga. Toda propuesta de modificación de los estatutos deberá ser elevada al Comité Central por los círculos directivos, para ser sometida al Congreso[131].

Art. 31. Cada Círculo enviará al Congreso sus delegados.

Art. 32. Los círculos compuestos por menos de 30 miembros deberán enviar un delegado; los de menos de 60 miembros, dos delegados; los de menos de 90, tres. Los círculos pueden otorgar su representación a afiliados a la Liga que no residan en su localidad.

En este caso deberán darles instrucciones muy precisas.

Art. 33. El Congreso deberá reunirse todos los años en el mes de agosto[132]. En casos de gran urgencia, el Comité Central podrá convocar un Congreso Extraordinario.

Art. 34. El Congreso decidirá el lugar en que el Comité Central deba establecer su residencia durante el año siguiente. Asimismo decidirá el lugar en que haya de reunirse el Congreso próximo.

Art. 35. El Comité Central no tiene en el Congreso voto decisorio.

Art. 36. Al final de cada una de sus reuniones, el Congreso redactará una circular y dirigirá un manifiesto a la opinión en nombre del partido.

Sección VIII.-Faltas contra la Liga

Art. 37. Toda infracción de las condiciones exigidas para ser socio (art. 2) irá seguida, según las circunstancias, de suspensión o expulsión.

Los miembros expulsados no podrán volver a ingresar en la Liga.

Art. 38. Las expulsiones son de la exclusiva competencia del Congreso.

Art. 39. Lo miembros pueden ser suspendidos por el Círculo o por la Comuna a que pertenezcan, pero informando de ello inmediatamente a las autoridades superiores y reservándose al Congreso la decisión final.

Art. 40. Los miembros suspendidos pueden ser rehabilitados por el Comité Central a instancia del Círculo a que pertenezcan.

Art. 41. Todo acto contrario a la Liga cae bajo la jurisdicción de las autoridades del Círculo, a cuyo cargo corre también la ejecución del fallo recaído.

Art. 42. Los miembros expulsados o suspendidos, así como las personas sobre quienes recaigan sospechas, deberán ser vigilados y neutralizados para la salvaguardia de la Liga. Todas sus maquinaciones serán puestas inmediatamente en conocimiento de la Comuna a la que afecten.

Sección IX-Régimen Financiero

Art. 43. El Congreso decidirá la cuota mínima con que deba contribuir todo miembro de la Liga.

Art. 44. La mitad de estas aportaciones ingresará en la caja del Comité Central. La otra mitad alimentará los fondos del Círculo o de la Comuna.

Art. 45. Los fondos que afluyan al Comité Central deberán aplicarse a los siguientes fines:

---

[131] Como toda institución humana, el partido debe poder cambiar sus *estatutos* (de donde su carácter relativo históricamente), pero si los modifica en oposición al *programa*, reniega o traiciona.

[132] El principio de la anualidad de los congresos es una constante en Marx y Engels. Se lo volverá a encontrar en la I Internacional, y en 1892 todavía Engels se lo recuerda a la dirección del partido alemán.

1º a sufragar los gastos de correspondencia y administración;

2º a costear los impresos y toda la propaganda puesta en circulación;

3º a subvencionar los viajes de emisarios nombrados por el Comité Central para ejecutar misiones especiales.

Art. 46. Los fondos de los comités locales deberán invertirse en lo siguiente:

1º en sufragar los gastos de correspondencia;

2º en costear los impresos y toda la propaganda puesta en circulación;

3º en subvencionar los viajes de emisarios especiales.

Art. 47. Las comunas y los círculos que dejen de enviar sus cuotas al Comité Central por espacio de seis meses serán suspendidos por éste.

Art. 48. Los comités de círculo enviarán a sus comunas, cada tres meses por lo menos, una cuenta de ingresos y de gastos. El Comité Central rendirá cuentas al Congreso, exponiéndole los gastos de administración y la situación financiera de la Liga. Toda malversación de fondos pertenecientes a la Liga será severamente castigada.

Art. 49. Los gastos extraordinarios y las atenciones de los congresos serán cubiertos mediante contribuciones especiales.

Sección X.- Admisión de nuevos miembros

Art. 50. El Presidente de la Comuna leerá y explicará a cuantos soliciten el ingreso los artículos 1 a 49 de estos estatutos, y haciendo resaltar muy especialmente en una breve alocución las responsabilidades que todo miembro de la Liga asume. Después de esto, preguntará al aspirante: “¿Te mantienes en tu deseo de ingresar en la Liga?” Si la respuesta es afirmativa, le intimará por su honor a cumplir con sus deberes de miembro, le proclamará miembro de la Liga y le introducirá en la primera reunión de la Comuna.

Londres, 8 de diciembre de 1847.

En nombre del segundo congreso, celebrado en otoño de 1847,

El Secretario:
Firmado: Engels
El Presidente:
Firmado Carlos Schapper

Federico Engels: *Principios del Comunismo*[133]

I. *¿Qué es el comunismo?*

El comunismo es la doctrina de las condiciones de la liberación del proletariado.

II. *¿Qué es el proletariado?*

El proletariado es la clase social que consigue sus medios de subsistencia exclusivamente de la venta de su trabajo, y no del rédito de algún capital; es la clase, cuyas dicha y pena, vida y muerte y toda la existencia dependen de la demanda de trabajo, es decir, de los períodos de crisis y de prosperidad de los negocios, de las fluctuaciones de una competencia desenfrenada. Dicho en pocas palabras, el proletariado, o la clase de los proletarios, es la clase trabajadora del siglo XIX.

III. *¿Quiere decir que los proletarios no han existido siempre?*

No. Las clases pobres y trabajadoras han existido siempre, siendo pobres en la mayoría de los casos. Ahora bien, los pobres, los obreros que viviesen en las condiciones que acabamos de señalar, o sea los proletarios, no han existido siempre, del mismo modo que la competencia no ha sido siempre libre y desenfrenada.

IV. *¿Cómo apareció el proletariado?*

El proletariado nació a raíz de la revolución industrial, que se produjo en Inglaterra en la segunda mitad del siglo pasado y se repitió luego en todos los países civilizados del mundo. Dicha revolución se debió al invento de la máquina de vapor, de las diversas máquinas de hilar, del telar mecánico y de toda una serie de otros dispositivos mecánicos. Estas máquinas, que costaban muy caras y, por eso, sólo estaban al alcance de los grandes capitalistas, transformaron completamente el antiguo modo de producción y desplazaron a los obreros anteriores, puesto que las máquinas producían mercancías más baratas y mejores que las que podían hacer éstos con ayuda de sus ruecas y telares imperfectos. Las máquinas pusieron la industria enteramente en manos de los grandes capitalistas y redujeron a la nada el valor de la pequeña propiedad de los obreros (instrumentos, telares, etc.), de modo que los capitalistas pronto se apoderaron de todo, y los obreros se quedaron con nada. Así se instauró en la producción de tejidos el sistema fabril. En cuanto se dio el primer impulso a la introducción de máquinas y al sistema fabril; este último se propagó rápidamente en las demás ramas de la industria, sobre todo en el estampado de tejidos, la impresión de libros, la alfarería y la metalurgia. El trabajo comenzó a dividirse más y más entre los obreros individuales de tal manera que el que antes efectuaba todo el trabajo pasó a realizar nada más que una parte del mismo. Esta división del trabajo permitió fabricar los productos más rápidamente y, por consecuencia, de modo más barato. Ello redujo la actividad de cada obrero a un procedimiento mecánico, muy sencillo, constantemente repetido, que la máquina podía realizar con el mismo éxito o incluso mucho mejor. Por

[133] Tomado de "Principios del Comunismo", en Archivo Marx-Engels, sección en español del MIA. El trabajo "Principios del comunismo" es un proyecto de programa de la Liga de los Comunistas. Lo escribió Engels en París por encargo del Comité Comarcal de la Liga. Sin embargo, luego de que como resultado de su II Congreso (29 de noviembre-8 de diciembre de 1847), la Liga les encargara a Marx y Engels la redacción de un programa para la Liga, los autores abandonaron la forma de catequismo que marcó la obra aquí reproducida y optaron por escribir el programa en forma de manifiesto. El resultado se conoce como el *Manifiesto del Partido Comunista*. Al escribirlo, los autores utilizaron las tesis expuestas por Engels en los "Principios del comunismo". Escrito en alemán por F. Engels a fines de octubre y en noviembre de 1847. Se publica de acuerdo con el manuscrito. Publicado por vez primera como edición aparte en 1914.

tanto, todas estas ramas de la producción cayeron, una tras otra, bajo la dominación del vapor, de las máquinas y del sistema fabril, exactamente del mismo modo que la producción de hilados y de tejidos. En consecuencia, ellas se vieron enteramente en manos de los grandes capitalistas, y los obreros quedaron privados de los últimos restos de su independencia. Poco a poco, el sistema fabril extendió su dominación no ya sólo a la manufactura, en el sentido estricto de la palabra, sino que comenzó a apoderarse más y más de las actividades artesanas, ya que también en esta esfera los grandes capitalistas desplazaban cada vez más a los pequeños maestros, montando grandes talleres, en los que era posible ahorrar muchos gastos e implantar una detallada división del trabajo. Así llegamos a que, en los países civilizados, casi en todas las ramas del trabajo se afianza la producción fabril y, casi en todas estas ramas, la gran industria desplaza a la artesanía y la manufactura. Como resultado de ello, se arruina más y más la antigua clase media, sobre todo los pequeños artesanos, cambia completamente la anterior situación de los trabajadores y surgen dos clases nuevas, que absorben paulatinamente a todas las demás, a saber:

I. La clase de los grandes capitalistas, que son ya en todos los países civilizados casi los únicos poseedores de todos los medios de existencia, como igualmente de las materias primas y de los instrumentos (máquinas, fábricas, etc.) necesarios para la producción de los medios de existencia. Es la clase de los burgueses, o sea, burguesía.

II. La clase de los completamente desposeídos, de los que en virtud de ello se ven forzados a vender su trabajo a los burgueses, al fin de recibir en cambio los medios de subsistencia necesarios para vivir. Esta clase se denomina la clase de los proletarios, o sea, proletariado.

V. *¿En qué condiciones se realiza esta venta del trabajo de los proletarios a los burgueses?*

El trabajo es una mercancía como otra cualquiera, y su precio depende, por consiguiente, de las mismas leyes que el de cualquier otra mercancía. Pero, el precio de una mercancía, bajo el dominio de la gran industria o de la libre competencia, que es lo mismo, como lo veremos más adelante, es, por término medio, siempre igual a los gastos de producción de dicha mercancía. Por tanto, el precio del trabajo es también igual al costo de producción del trabajo. Ahora bien, el costo de producción del trabajo consta precisamente de la cantidad de medios de subsistencia indispensables para que el obrero esté en condiciones de mantener su capacidad de trabajo y para que la clase obrera no se extinga. El obrero no percibirá por su trabajo más que lo indispensable para ese fin; el precio del trabajo o el salario será, por consiguiente, el más bajo, constituirá el mínimo de lo indispensable para mantener la vida. Pero, por cuanto en los negocios existen períodos mejores y peores, el obrero percibirá unas veces más, otras menos, exactamente de la misma manera que el fabricante cobra unas veces más, otras menos, por sus mercancías. Y, al igual que el fabricante, que, por término medio, contando los tiempos buenos y los malos, no percibe por sus mercancías ni más ni menos que su costo de producción, el obrero percibirá, por término medio, ni más ni menos que ese mínimo. Esta ley económica del salario se aplicará más rigurosamente en la medida en que la gran industria vaya penetrando en todas las ramas de la producción.

VI. *¿Qué clases trabajadores existían antes de la revolución industrial?*

Las clases trabajadoras han vivido en distintas condiciones, según las diferentes fases de desarrollo de la sociedad, y han ocupado posiciones distintas respecto de las clases poseedoras y dominantes. En la antigüedad, los trabajadores eran *esclavos* de sus amos, como lo son todavía en un gran número de países atrasados e incluso en la parte meridional de los Estados Unidos. En la Edad Media eran *siervos* de los nobles

propietarios de tierras, como lo son todavía en Hungría, Polonia y Rusia. Además, en la Edad Media, hasta la revolución industrial, existían en las ciudades oficiales artesanos que trabajaban al servicio de la pequeña burguesía y, poco a poco, en la medida del progreso de la manufactura, comenzaron a aparecer obreros de manufactura que iban a trabajar contratados por grandes capitalistas.

VII. *¿Qué diferencia hay entre el proletario y el esclavo?*

El esclavo está vendido de una vez y para siempre, en cambio, el proletario tiene que venderse él mismo cada día y cada hora. Todo esclavo individual, propiedad de un señor determinado, tiene ya asegurada su existencia por miserable que sea, por interés de éste. En cambio el proletario individual es, valga la expresión, propiedad de toda la clase de la burguesía. Su trabajo no se compra más que cuando alguien lo necesita, por cuya razón no tiene la existencia asegurada. Esta existencia está asegurada únicamente a toda la clase de los proletarios. El esclavo está fuera de la competencia. El proletario se halla sometido a ello y siente todas sus fluctuaciones. El esclavo es considerado como una cosa, y no miembro de la sociedad civil. El proletario es reconocido como persona, como miembro de la sociedad civil. Por consiguiente, el esclavo puede tener una existencia mejor que el proletario, pero este último pertenece a una etapa superior de desarrollo de la sociedad y se encuentra a un nivel más alto que el esclavo. Este se libera cuando de todas las relaciones de la propiedad privada no suprime más que una, la relación de esclavitud, gracias a lo cual sólo entonces se convierte en proletario; en cambio, el proletario sólo puede liberarse suprimiendo toda la propiedad privada en general.

VIII. *¿Qué diferencia hay entre el proletario y el siervo?*

El siervo posee en propiedad y usufructo un instrumento de producción y una porción de tierra, a cambio de lo cual entrega una parte de su producto o cumple ciertos trabajos. El proletario trabaja con instrumentos de producción pertenecientes a otra persona, por cuenta de ésta, a cambio de una parte del producto. El siervo da, al proletario le dan. El siervo tiene la existencia asegurada, el proletario no. El siervo está fuera de la competencia, el proletario se halla sujeto a ella. El siervo se libera ya refugiándose en la ciudad y haciéndose artesano, ya dando a su amo dinero en lugar de trabajo o productos, transformándose en libre arrendatario, ya expulsando a su señor feudal y haciéndose él mismo propietario. Dicho en breves palabras, se libera entrando de una manera u otra en la clase poseedora y en la esfera de la competencia. El proletario se libera suprimiendo la competencia, la propiedad privada y todas las diferencias de clase.

IX. *¿Qué diferencia hay entre el proletario y el artesano?* [falta la respuesta]

X. *¿Qué diferencia hay entre el proletario y el obrero de manufactura?*

El obrero de manufactura de los siglos XVI-XVIII poseía casi en todas partes instrumentos de producción: su telar, su rueca para la familia y un pequeño terreno que cultivaba en las horas libres. El proletario no tiene nada de eso. El obrero de manufactura vive casi siempre en el campo y se halla en relaciones más o menos patriarcales con su señor o su patrono. El proletario suele vivir en grandes ciudades y no lo unen a su patrono más que relaciones de dinero. La gran industria arranca al obrero de manufactura de sus condiciones patriarcales; éste pierde la propiedad que todavía poseía y sólo entonces se convierte en proletario.

XI. *¿Cuáles fueron las consecuencias directas de la revolución industrial y de la división de la sociedad en burgueses y proletarios?*

En primer lugar, en virtud de que el trabajo de las máquinas reducía más y más los precios de los artículos industriales, en casi todos los países del mundo el viejo sistema de la manufactura o de la industria basada en el trabajo manual fue destruido

enteramente. Todos los países semibárbaros que todavía quedaban más o menos al margen del desarrollo histórico y cuya industria se basaba todavía en la manufactura, fueron arrancados violentamente de su aislamiento. Comenzaron a comprar mercancías más baratas a los ingleses, dejando que se muriesen de hambre sus propios obreros de manufactura. Así, países que durante milenios no conocieron el menor progreso, como, por ejemplo, la India, pasaron por una completa revolución, e incluso la China marcha ahora de cara a la revolución. Las cosas han llegado a tal punto que una nueva máquina que se invente ahora en Inglaterra podrá, en el espacio de un año, condenar al hambre a millones de obreros de China. De este modo, la gran industria ha ligado los unos a los otros a todos los pueblos de la tierra, ha unido en un solo mercado mundial todos los pequeños mercados locales, ha preparado por doquier el terreno para la civilización y el progreso y ha hecho las cosas de tal manera que todo lo que se realiza en los países civilizados debe necesariamente repercutir en todos los demás, por tanto, si los obreros de Inglaterra o de Francia se liberan ahora, ello debe suscitar revoluciones en todos los demás países, revoluciones que tarde o temprano culminarán también allí en la liberación de los obreros.

En segundo lugar, en todas las partes en que la gran industria ocupó el lugar de la manufactura, la burguesía aumentó extraordinariamente su riqueza y poder y se erigió en primera clase del país. En consecuencia, en todas las partes en las que se produjo ese proceso, la burguesía tomó en sus manos el poder político y desalojó las clases que dominaban antes: la aristocracia, los maestros de gremio y la monarquía absoluta, que representaba a la una y a los otros. La burguesía acabó con el poderío de la aristocracia y de la nobleza, suprimiendo el mayorazgo o la inalienabilidad de la posesión de tierras, como también todos los privilegios de la nobleza. Destruyó el poderío de los maestros de gremio, eliminando todos los gremios y los privilegios gremiales. En el lugar de unos y otros puso la libre competencia, es decir, un estado de la sociedad en la que cada cual tenía derecho a dedicarse a la rama de la industria que le gustase y nadie podía impedírselo a no ser la falta de capital necesario para tal actividad. Por consiguiente, la implantación de la libre competencia es la proclamación pública de que, de ahora en adelante, los miembros de la sociedad no son iguales entre sí únicamente en la medida en que no lo son sus capitales, que el capital se convierte en la fuerza decisiva y que los capitalistas, o sea, los burgueses, se erigen así en la primera clase de la sociedad. Ahora bien, la libre competencia es indispensable en el período inicial del desarrollo de la gran industria, porque es el único régimen social con el que la gran industria puede progresar. Tras de aniquilar de este modo el poderío social de la nobleza y de los maestros de gremio, puso fin también al poder político de la una y los otros. Llegada a ser la primera clase de la sociedad, la burguesía se proclamó también la primera clase en la esfera política. Lo hizo implantando el sistema representativo, basado en la igualdad burguesa ante la ley y en el reconocimiento legislativo de la libre competencia. Este sistema fue instaurado en los países europeos bajo la forma de la monarquía constitucional. En dicha monarquía sólo tienen derecho de voto los poseedores de cierto capital, es decir, únicamente los burgueses. Estos electores burgueses eligen a los diputados, y estos diputados burgueses, valiéndose del derecho a negar los impuestos, eligen un gobierno burgués.

En tercer lugar, la revolución industrial ha creado en todas partes el proletariado en la misma medida que la burguesía. Cuanto más rico se hacían los burgueses, más numerosos eran los proletarios. Visto que sólo el capital puede dar ocupación a los proletarios y que el capital sólo aumenta cuando emplea trabajo, el crecimiento del proletariado se produce en exacta correspondencia con el del capital. Al propio tiempo, la revolución industrial agrupa a los burgueses y a los proletarios en grandes ciudades,

en las que es más ventajoso fomentar la industria, y can esa concentración de grandes masas en un *mismo lugar* le inculca a los proletarios la conciencia de su fuerza. Luego, en la medida del progreso de la revolución industrial, en la medida en que se inventan nuevas máquinas, que eliminan el trabajo manual, la gran industria ejerce una presión creciente sobre los salarios y los reduce, como hemos dicho, al mínimo, haciendo la situación del proletariado cada vez más insoportable. Así, por una parte, como consecuencia del descontento creciente del proletariado y, por la otra, del crecimiento del poderío de éste, la revolución industrial prepara la revolución social que ha de realizar el proletariado.

XII. *¿Cuáles han sido las consecuencias siguientes de la revolución industrial?*

La gran industria creó, con la máquina de vapor y otras máquinas, los medios de aumentar la producción industrial rápidamente, a bajo costo y hasta el infinito. Merced a esta facilidad de ampliar la producción, la libre competencia, consecuencia necesaria de esta gran industria, adquirió pronto un carácter extraordinariamente violento; un gran número de capitalistas se lanzó a la industria, en breve plazo se produjo más de lo que se podía consumir. Como consecuencia, no se podían vender las mercancías fabricadas y sobrevino la llamada crisis comercial; las fábricas tuvieron que parar, los fabricantes quebraron y los obreros se quedaron sin pan. Y en todas partes se extendió la mayor miseria. Al cabo de cierto tiempo se vendieron los productos sobrantes, las fábricas volvieron a funcionar, los salarios subieron y, poco a poco, los negocios marcharon mejor que nunca. Pero no por mucho tiempo, ya que pronto volvieron a producirse demasiadas mercancías y sobrevino una nueva crisis que transcurrió exactamente de la misma manera que la anterior. Así, desde comienzos del presente siglo, en la situación de la industria se han producido continuamente oscilaciones entre períodos de prosperidad y períodos de crisis, y casi regularmente, cada cinco o siete años se ha producido tal crisis, con la particularidad de que cada vez acarreaba las mayores calamidades para los obreros, una agitación revolucionaria general y un peligro colosal para todo el régimen existente.

XIII. *¿Cuáles son las consecuencias de estas crisis comerciales que se repiten regularmente?*

En primer lugar, la de que la gran industria, que en el primer período de su desarrollo creó la libre competencia, la ha rebasado ya; que la competencia y, hablando en términos generales, la producción industrial en manos de unos u otros particulares se ha convertido para ella en una traba a la que debe y ha de romper; que la gran industria, mientras siga sobre la base actual, no puede existir sin conducir cada siete años a un caos general que supone cada vez un peligro para toda la civilización y no sólo sume en la miseria a los proletarios, sino que arruina a muchos burgueses; que, por consiguiente, la gran industria debe destruirse ella misma, lo que es absolutamente imposible, o reconocer que hace imprescindible una organización completamente nueva de la sociedad, en la que la producción industrial no será más dirigida por unos u otros fabricantes en competencia entre sí, sino por toda la sociedad con arreglo a un plan determinado y de conformidad con las necesidades de todos los miembros de la sociedad.

En segundo lugar, que la gran industria y la posibilidad, condicionada por ésta, de ampliar hasta el infinito la producción permiten crear un régimen social en el que se producirán tantos medios de subsistencia que cada miembro de la sociedad estará en condiciones de desarrollar y emplear libremente todas sus fuerzas y facultades; de modo que, precisamente la peculiaridad de la gran industria que en la sociedad moderna engendra toda la miseria y todas las crisis comerciales será en la otra organización

social justamente la que ha de acabar con esa miseria y esas fluctuaciones preñadas de tantas desgracias.

Por tanto, está probado claramente:

1) que en la actualidad todos estos males se deben únicamente al régimen social, el cual ya no responde más a las condiciones existentes;

2) que ya existen los medios de supresión definitiva de estas calamidades por vía de la construcción de un nuevo orden social.

XIV. *¿Cómo debe ser ese nuevo orden social?*

Ante todo, la administración de la industria y de todas las ramas de la producción en general dejará de pertenecer a unos u otros individuos en competencia. En lugar de esto, las ramas de la producción pasarán a manos de toda la sociedad, es decir, serán administradas en beneficio de toda la sociedad, con arreglo a un plan general y con la participación de todos los miembros de la sociedad. Por tanto, el nuevo orden social suprimirá la competencia y la sustituirá con la asociación. En vista de que la dirección de la industria, al hallarse en manos de particulares, implica necesariamente la existencia de la propiedad privada y por cuanto la competencia no es otra cosa que ese modo de dirigir la industria, en el que la gobiernan propietarios privados, la propiedad privada va unida inseparablemente a la dirección individual de la industria y a la competencia. Así, la propiedad privada debe también ser suprimida y ocuparán su lugar el usufructo colectivo de todos los instrumentos de producción y el reparto de los productos de común acuerdo, lo que se llama la comunidad de bienes.

La supresión de la propiedad privada es incluso la expresión más breve y más característica de esta transformación de todo el régimen social, que se ha hecho posible merced al progreso de la industria. Por eso los comunistas la planteen can razón como su principal reivindicación.

XV. *¿Eso quiere decir que la supresión de la propiedad privada no era posible antes?*

No, no era posible. Toda transformación del orden social, todo cambio de las relaciones de propiedad es consecuencia necesaria de la aparición de nuevas fuerzas productivas que han dejado de corresponder a las viejas relaciones de propiedad. Así ha surgido la misma propiedad privada. La propiedad privada no ha existido siempre; cuando a fines de la Edad Media surgió el nuevo modo de producción bajo la forma de la manufactura, que no encuadraba en el marco de la propiedad feudal y gremial, esta manufactura, que no correspondía ya a las viejas relaciones de propiedad, dio vida a una nueva forma de propiedad: la propiedad privada. En efecto, para la manufactura y para el primer período de desarrollo de la gran industria no era posible ninguna otra forma de propiedad además de la propiedad privada, no era posible ningún orden social además del basado en esta propiedad. Mientras no se pueda conseguir una cantidad de productos que no sólo baste para todos, sino que se quede cierto excedente para aumentar el capital social y seguir fomentando las fuerzas productivas, deben existir necesariamente una clase dominante que disponga de las fuerzas productivas de la sociedad y una clase pobre y oprimida. La constitución y el carácter de estas clases dependen del grado de desarrollo de la producción. La sociedad de la Edad Media, que tiene por base el cultivo de la tierra, nos da el señor feudal y el siervo; las ciudades de las postrimerías de la Edad Media nos dan el maestro artesano, el oficial y el jornalero; en el siglo XVII, el propietario de manufactura y el obrero de ésta; en el siglo XIX, el gran fabricante y el proletario. Es claro que, hasta el presente, las fuerzas productivas no se han desarrollado aún al punto de proporcionar una cantidad de bienes suficiente para todos y para que la propiedad privada sea ya una traba, un obstáculo para su progreso. Pero hoy, cuando, merced al desarrollo de la gran industria, *en primer lugar*, se han constituido capitales y

fuerzas productivas en proporciones sin precedentes y existen medios para aumentar en breve plazo hasta el infinito estas fuerzas productivas; cuando, *en segundo lugar,* estas fuerzas productivas se concentran en manos de un reducido número de burgueses, mientras la gran masa del pueblo se va convirtiendo cada vez más en proletarios, con la particularidad de que su situación se hace más precaria e insoportable en la medida en que aumenta la riqueza de los burgueses; cuando, *en tercer lugar,* estas poderosas fuerzas productivas, que se multiplican con tanta facilidad hasta rebasar el marco de la propiedad privada y del burgués, provocan continuamente las mayores conmociones del orden social, sólo ahora la supresión de la propiedad privada se ha hecho posible e incluso absolutamente necesaria.

XVI. *¿Será posible suprimir por vía pacífica la propiedad privada?*

Sería de desear que fuese así, y los comunistas, como es lógico, serían los últimos en oponerse a ello. Los comunistas saben muy bien que todas las conspiraciones, además de inútiles, son incluso perjudiciales. Están perfectamente al corriente de que no se pueden hacer las revoluciones premeditada y arbitrariamente y que éstas han sido siempre y en todas partes una consecuencia necesaria de circunstancias que no dependían en absoluto de la voluntad y la dirección de unos u otros partidos o clases enteras. Pero, al propio tiempo, ven que se viene aplastando por la violencia el desarrollo del proletariado en casi todos los países civilizados y que, con ello, los enemigos mismos de los comunistas trabajan con todas sus energías para la revolución. Si todo ello termina, en fin de cuentas, empujando al proletariado subyugado a la revolución, nosotros, los comunistas, defenderemos con hechos, no menos que como ahora lo hacemos de palabra, la causa del proletariado.

XVII. *¿Será posible suprimir de golpe la propiedad privada?*

No, no será posible, del mismo modo que no se puede aumentar de golpe las fuerzas productivas existentes en la medida necesaria para crear una economía colectiva. Por eso, la revolución del proletariado, que se avecina según todos los indicios, sólo podrá transformar paulatinamente la sociedad actual, y acabará con la propiedad privada únicamente cuando haya creado la necesaria cantidad de medios de producción.

XVIII. *¿Qué vía de desarrollo tomará esa revolución?*

Establecerá, ante todo, un *régimen democrático* y, por tanto, directa o indirectamente, la dominación política del proletariado. Directamente en Inglaterra, donde los proletarios constituyen ya la mayoría del pueblo. Indirectamente en Francia y en Alemania, donde la mayoría del pueblo no consta únicamente de proletarios, sino, además, de pequeños campesinos y pequeños burgueses de la ciudad, que se encuentran sólo en la fase de transformación en proletariado y que, en lo tocante a la satisfacción de sus intereses políticos, dependen cada vez más del proletariado, por cuya razón han de adherirse pronto a las reivindicaciones de éste. Para ello, quizá, se necesite una nueva lucha que, sin embargo, no puede tener otro desenlace que la victoria del proletariado.

La democracia sería absolutamente inútil para el proletariado si no la utilizara inmediatamente como medio para llevar a cabo amplias medidas que atentasen directamente contra la propiedad privada y asegurasen la existencia del proletariado. Las medidas más importantes, que dimanan necesariamente de las condiciones actuales, son:

1) Restricción de la propiedad privada mediante el impuesto progresivo, el alto impuesto sobre las herencias, la abolición del derecho de herencia en las líneas laterales (hermanos, sobrinos, etc.), préstamos forzosos, etc.

2) Expropiación gradual de los propietarios agrarios, fabricantes, propietarios de ferrocarriles y buques, parcialmente con ayuda de la competencia por parte de la industria estatal y, parcialmente de modo directo, con indemnización en asignados.

3) Confiscación de los bienes de todos los emigrados y de los rebeldes contra la mayoría del pueblo.

4) Organización del trabajo y ocupación de los proletarios en fincas, fábricas y talleres nacionales, con lo cual se eliminará la competencia entre los obreros, y los fabricantes que queden, tendrán que pagar salarios tan altos como el estado.

5) Igual deber obligatorio de trabajo para todos los miembros de la sociedad hasta la supresión completa de la propiedad privada. Formación de ejércitos industriales, sobre todo para la agricultura.

6) Centralización de los créditos y la banca en las manos del estado a través del Banco Nacional, con capital del estado. Cierre de todos los bancos privados.

7) Aumento del número de fábricas, talleres, ferrocarriles y buques nacionales, cultivo de todas las tierras que están sin labrar y mejoramiento del cultivo de las demás tierras en consonancia con el aumento de los capitales y del número de obreros de que dispone la nación.

8) Educación de todos los niños en establecimientos estatales y a cargo del estado, desde el momento en que puedan prescindir del cuidado de la madre. Conjugar la educación con el trabajo fabril.

9) Construcción de grandes palacios en las fincas del estado para que sirvan de vivienda a las comunas de ciudadanos que trabajen en la industria y la agricultura y unan las ventajas de la vida en la ciudad y en el campo, evitando así el carácter unilateral y los defectos de la una y la otra.

10) Destrucción de todas las casas y barrios insalubres y mal construidos.

11) Igualdad de derecho de herencia para los hijos legítimos y los naturales.

12) Concentración de todos los medios de transporte en manos de la nación.

Por supuesto, todas estas medidas no podrán ser llevadas a la práctica de golpe. Pero cada una entraña necesariamente la siguiente. Una vez emprendido el primer ataque radical contra la propiedad privada, el proletariado se verá obligado a seguir siempre adelante y a concentrar más y más en las manos del estado todo el capital, toda la agricultura, toda la industria, todo el transporte y todo el cambio. Este es el objetivo a que conducen las medidas mencionadas. Ellas serán aplicables y surtirán su efecto centralizador exactamente en el mismo grado en que el trabajo del proletariado multiplique las fuerzas productivas del país. Finalmente, cuando todo el capital, toda la producción y todo el cambio estén concentrados en las manos de la nación, la propiedad privada dejará de existir de por sí, el dinero se hará superfluo, la producción aumentará y los hombres cambiarán tanto que se podrán suprimir también las últimas formas de relaciones de la vieja sociedad.

XIX. *¿Es posible esta revolución en un solo país?*

No. La gran industria, al crear el mercado mundial, ha unido ya tan estrechamente todos los pueblos del globo terrestre, sobre todo los pueblos civilizados, que cada uno depende de lo que ocurre en la tierra del otro. Además, ha nivelado en todos los países civilizados el desarrollo social a tal punto que en todos estos países la burguesía y el proletariado se han erigido en las dos clases decisivas de la sociedad, y la lucha entre ellas se ha convertido en la principal lucha de nuestros días. Por consecuencia, la revolución comunista no será una revolución puramente nacional, sino que se producirá simultáneamente en todos los países civilizados, es decir, al menos en Inglaterra, en América, en Francia y en Alemania. Ella se desarrollará en cada uno de estos países más rápidamente o más lentamente, dependiendo del grado en que esté en

cada uno de ellos más desarrollada la industria, en que se hayan acumulado más riquezas y se disponga de mayores fuerzas productivas. Por eso será más lenta y difícil en Alemania y más rápida y fácil en Inglaterra. Ejercerá igualmente una influencia considerable en los demás países del mundo, modificará de raíz y acelerará extraordinariamente su anterior marcha del desarrollo. Es una revolución universal y tendrá, por eso, un ámbito universal.

XX. *¿Cuáles serán las consecuencias de la supresión definitiva de la propiedad privada?*

Al quitar a los capitalistas privados el usufructo de todas las fuerzas productivas y medios de comunicación, así como el cambio y el reparto de los productos, al administrar todo eso con arreglo a un plan basado en los recursos disponibles y las necesidades de toda la sociedad, ésta suprimirá, primeramente, todas las consecuencias nefastas ligadas al actual sistema de dirección de la gran industria. Las crisis desaparecerán; la producción ampliada, que es, en la sociedad actual, una superproducción y una causa tan poderosa de la miseria, será entonces muy insuficiente y deberá adquirir proporciones mucho mayores. En lugar de engendrar la miseria, la producción superior a las necesidades perentorias de la sociedad permitirá satisfacer las demandas de todos los miembros de ésta, engendrará nuevas demandas y creará, a la vez, los medios de satisfacerlas. Será la condición y la causa de un mayor progreso y lo llevará a cabo, sin suscitar, como antes, el trastorno periódico de todo el orden social. La gran industria, liberada de las trabas de la propiedad privada, se desarrollará en tales proporciones que, comparado con ellas, su estado actual parecerá tan mezquino como la manufactura al lado de la gran industria moderna. Este avance de la industria brindara a la sociedad suficiente cantidad de productos para satisfacer las necesidades de todos. Del mismo modo, la agricultura, en la que, debido al yugo de la propiedad privada y al fraccionamiento de las parcelas, resulta difícil el empleo de los perfeccionamientos ya existentes y de los adelantos de la ciencia experimentará un nuevo auge y ofrecerá a disposición de la sociedad una cantidad suficiente de productos. Así, la sociedad producirá lo bastante para organizar la distribución con vistas a cubrir las necesidades de todos sus miembros. Con ello quedará superflua la división de la sociedad en clases distintas y antagónicas. Dicha división, además de superflua, será incluso incompatible con el nuevo régimen social. La existencia de clases se debe a la división del trabajo, y esta última, bajo su forma actual desaparecerá enteramente, ya que, para elevar la producción industrial y agrícola al mencionado nivel no bastan sólo los medios auxiliares mecánicos y químicos. Es preciso desarrollar correlativamente las aptitudes de los hombres que emplean estos medios. Al igual que en el siglo pasado, cuando los campesinos y los obreros de las manufacturas, tras de ser incorporados a la gran industria, modificaron todo su régimen de vida y se volvieron completamente otros, la dirección colectiva de la producción por toda la sociedad y el nuevo progreso de dicha producción que resultara de ello necesitarán hombres nuevos y los formarán. La gestión colectiva de la producción no puede correr a cargo de los hombres tales como lo son hoy, hombres que dependen cada cual de una rama determinada de la producción, están aferrados a ella, son explotados por ella, desarrollan nada más que un aspecto de sus aptitudes a cuenta de todos los otros y sólo conocen una rama o parte de alguna rama de toda la producción. La industria de nuestros días está ya cada vez menos en condiciones de emplear tales hombres. La industria que funciona de modo planificado merced al esfuerzo común de toda la sociedad presupone con más motivo hombres con aptitudes desarrolladas universalmente, hombres capaces de orientarse en todo el sistema de la producción. Por consiguiente, desaparecerá del todo la división del trabajo, minada ya en la actualidad por la máquina, la división que hace que uno sea campesino, otro,

zapatero, un tercero, obrero fabril, y un cuarto, especulador de la bolsa. La educación dará a los jóvenes la posibilidad de asimilar rápidamente en la práctica todo el sistema de producción y les permitirá pasar sucesivamente de una rama de la producción a otra, según sean las necesidades de la sociedad o sus propias inclinaciones. Por consiguiente, la educación los liberará de ese carácter unilateral que la división actual del trabajo impone a cada individuo. Así, la sociedad organizada sobre bases comunistas dará a sus miembros la posibilidad de emplear en todos los aspectos sus facultades desarrolladas universalmente. Pero, con ello desaparecerán inevitablemente las diversas clases. Por tanto, de una parte, la sociedad organizada sobre bases comunistas es incompatible con la existencia de clases y, de la otra, la propia construcción de esa sociedad brinda los medios para suprimir las diferencias de clase.

De ahí se desprende que ha de desaparecer igualmente la oposición entre la ciudad y el campo. Unos mismos hombres se dedicarán al trabajo agrícola y al industrial, en lugar de dejar que lo hagan dos clases diferentes. Esto es una condición necesaria de la asociación comunista y por razones muy materiales. La dispersión de la población rural dedicada a la agricultura, a la par con la concentración de la población industrial en las grandes ciudades, corresponde sólo a una etapa todavía inferior de desarrollo de la agricultura y la industria y es un obstáculo para el progreso, cosa que se hace ya sentir con mucha fuerza.

La asociación general de todos los miembros de la sociedad al objeto de utilizar colectiva y racionalmente las fuerzas productivas; el fomento de la producción en proporciones suficientes para cubrir las necesidades de todos; la liquidación del estado de cosas en el que las necesidades de unos se satisfacen a costa de otros; la supresión completa de las clases y del antagonismo entre ellas; el desarrollo universal de las facultades de todos los miembros de la sociedad merced a la eliminación de la anterior división del trabajo, mediante la educación industrial, merced al cambio de actividad, a la participación de todos en el usufructo de los bienes creados por todos y, finalmente, mediante la fusión de la ciudad con el campo serán los principales resultados de la supresión de la propiedad privada.

XXI. *¿Qué influencia ejercerá el régimen social comunista en la familia?*

Las relaciones entre los sexos tendrán un carácter puramente privado, perteneciente sólo a las personas que toman parte en ellas, sin el menor motivo para la injerencia de la sociedad. Eso es posible merced a la supresión de la propiedad privada y a la educación de los niños por la sociedad, con lo cual se destruyen las dos bases del matrimonio actual ligadas a la propiedad privada: la dependencia de la mujer respecto del hombre y la dependencia de los hijos respecto de los padres. En ello reside, precisamente, la respuesta a los alaridos altamente moralistas de los burguesotes con motivo de la comunidad de las mujeres, que, según éstos, quieren implantar los comunistas. La comunidad de las mujeres es un fenómeno que pertenece enteramente a la sociedad burguesa y existe hoy plenamente bajo la forma de prostitución. Pero, la prostitución descansa en la propiedad privada y desaparecerá junto con ella. Por consiguiente, la organización comunista, en lugar de implantar la comunidad de las mujeres, la suprimirá.

XXII. *¿Cuál será la actitud de la organización comunista hacia las nacionalidades existentes?*

- Queda.

XXIII. *¿Cuál será su actitud hacia las religiones existentes?*

- Queda.

XXIV. *¿Cuál es la diferencia entre los comunistas y los socialistas?*

Los llamados socialistas se dividen en tres categorías.

La primera consta de partidarios de la sociedad feudal y patriarcal, que ha sido destruida y sigue siéndolo a diario por la gran industria, el comercio mundial y la sociedad burguesa creada por ambos. Esta categoría saca de los males de la sociedad moderna la conclusión de que hay que restablecer la sociedad feudal y patriarcal, ya que estaba libre de estos males. Todas sus propuestas persiguen, directa o indirectamente, este objetivo. Los comunistas lucharán siempre enérgicamente contra esa categoría de socialistas *reaccionarios*, pese a su fingida compasión de la miseria del proletariado y las amargas lágrimas que vierten con tal motivo, puesto que estos socialistas:

1) se proponen un objetivo absolutamente imposible;

2) se esfuerzan por restablecer la dominación de la aristocracia, los maestros de gremio y los propietarios de manufacturas, con su séquito de monarcas absolutos o feudales, funcionarios, soldados y curas, una sociedad que, cierto, estaría libre de los vicios de la sociedad actual, pero, en cambio, acarrearía, cuando menos, otros tantos males y, además, no ofrecería la menor perspectiva de liberación, con ayuda de la organización comunista, de los obreros oprimidos;

3) muestran sus verdaderos sentimientos cada vez que el proletariado se hace revolucionario y comunista: se alían inmediatamente a la burguesía contra los proletarios.

La segunda categoría consta de partidarios de la sociedad actual, a los que los males necesariamente provocados por ésta inspiran temores en cuanto a la existencia de la misma. Ellos quieren, por consiguiente, conservar la sociedad actual, pero suprimir los males ligados a ella. A tal objeto, unos proponen medidas de simple beneficencia; otros, grandiosos planes de reformas que, so pretexto de reorganización de la sociedad, se plantean el mantenimiento de las bases de la sociedad actual y, con ello, la propia sociedad actual. Los comunistas deberán igualmente combatir con energía contra estos *socialistas burgueses*, puesto que éstos trabajan para los enemigos de los comunistas y defienden la sociedad que los comunistas quieren destruir.

Finalmente, la tercera categoría consta de *socialistas democráticos*. Al seguir el mismo camino que los comunistas, se proponen llevar a cabo una parte de las medidas señaladas en la pregunta [en el manuscrito queda en blanco, se refiere a la pregunta XVIII], pero no como medidas de transición al comunismo, sino como un medio suficiente para acabar con la miseria y los males de la sociedad actual. Estos socialistas democráticos son proletarios que no ven todavía con bastante claridad las condiciones de su liberación, o representantes de la pequeña burguesía, es decir, de la clase que, hasta la conquista de la democracia y la aplicación de las medidas socialistas dimanantes de ésta, tiene en muchos aspectos los mismos intereses que los proletarios. Por eso, los comunistas se entenderán con esos socialistas democráticos en los momentos de acción y deben, en general, atenerse en esas ocasiones y en lo posible a una política común con ellos, siempre que estos socialistas no se pongan al servicio de la burguesía dominante y no ataquen a los comunistas. Por supuesto, estas acciones comunes no excluyen la discusión de las divergencias que existen entre ellos y los comunistas.

XXV. *¿Cuál es la actitud de los comunistas hacia los demás partidos políticos de nuestra época?*

Esta actitud es distinta en los diferentes países. En Inglaterra, Francia y Bélgica, en las que domina la burguesía, los comunistas todavía tienen intereses comunes con diversos partidos democráticos, con la particularidad de que esta comunidad de intereses es tanto mayor cuanto más los demócratas se acercan a los objetivos de los comunistas en las medidas socialistas que los demócratas defienden ahora en todas partes, es decir, cuanto más clara y explícitamente defienden los intereses del proletariado y cuanto más

se apoyan en el proletariado. En *Inglaterra*, por ejemplo, los cartistas, que constan de obreros, se aproximan inconmensurablemente más a los comunistas que los pequeñoburgueses democráticos o los llamados radicales.

En *Norteamérica*, donde ha sido proclamada la constitución democrática, los comunistas deberán apoyar al partido que quiere encaminar esta constitución contra la burguesía y utilizarla en beneficio del proletariado, es decir, al partido de la reforma agraria nacional.

En *Suiza*, los radicales, aunque constituyen todavía un partido de composición muy heterogénea, son, no obstante, los únicos con los que los comunistas pueden concertar acuerdos, y entre estos radicales los más progresistas son los de Vand y los de Ginebra.

Finalmente, en Alemania está todavía por delante la lucha decisiva entre la burguesía y la monarquía absoluta. Pero, como los comunistas no pueden contar con una lucha decisiva con la burguesía antes de que ésta llegue al poder, les conviene a los comunistas ayudarle a que conquiste lo más pronto posible la dominación, a fin de derrocarla, a su vez, lo más pronto posible. Por tanto, en la lucha de la burguesía liberal contra los gobiernos, los comunistas deben estar siempre del lado de la primera, precaviéndose, no obstante, contra el autoengaño en que incurre la burguesía y sin fiarse en las aseveraciones seductoras de ésta acerca de las benéficas consecuencias que, según ella, traerá al proletariado la victoria de la burguesía. Las únicas ventajas que la victoria de la burguesía brindará a los comunistas serán: 1) diversas concesiones que aliviarán a los comunistas la defensa, la discusión y la propagación de sus principios y, por tanto, aliviarán la cohesión del proletariado en una clase organizada, estrechamente unida y dispuesta a la lucha, y 2) la seguridad de que el día en que caigan los gobiernos absolutistas, llegará la hora de la lucha entre los burgueses y los proletarios. A partir de ese día, la política del partido de los comunistas será aquí la misma que en los países donde domina ya la burguesía.

Carlos Marx: La crítica moralizante o la moral crítica. Contribución a la historia de la civilización alemana (contra Carlos Heinzen)[134]

(Fines de octubre de 1847)

Deutsche-Brüsseler-Zeitung No. 90, noviembre 11, 1847

...¡Pero dejemos que el buen hombre se deleite cómodamente con su propio valor! Veamos con él los pasajes en que cree ir al fondo de la cuestión. En todos ellos encontraremos el mismo método.

"No es culpa mía que el señor Engels y nuestros comunistas sean demasiado ciegos para comprender que la fuerza domina igualmente a la propiedad y que la injusticia en el estado de propiedad es mantenida únicamente por la fuerza. Loco o malvado, así llamo a cualquiera que ataque a un burgués a causa del dinero que gana y deje tranquilo a un rey a propósito del poder que adquiere".

"La fuerza domina igualmente a la propiedad". En todo caso, también la propiedad es una especie de fuerza o poder. Así, por ejemplo, los economistas llaman al capital "el poder sobre el bien ajeno". Nos hallamos, pues, en presencia de dos especies de poder: por una parte, el poder de la propiedad, es decir, de los propietarios, y, por otra parte, el poder político, el poder del estado. Decir: "La fuerza domina igualmente a la propiedad", equivale a decir: la propiedad no está en manos del poder político y éste, al contrario, no deja de vejarla, por ejemplo, mediante impuestos arbitrarios, confiscaciones, privilegios, intromisión molesta de la burocracia en la industria, el comercio, etc.

En otros términos: la burguesía aún no está constituida políticamente como clase, y el poder político todavía no es su poder personal. En los países donde la burguesía ya conquistó el poder político, donde la dominación política no es otra cosa que la supremacía, no del burgués aislado sobre sus obreros, sino de la clase burguesa sobre el conjunto de la sociedad, la frase del señor Heinzen ha perdido su significado. Naturalmente, los que nada poseen no son afectados por el poder político, en cuanto éste se refiere directamente a la propiedad. Mientras que el señor Heinzen creía enunciar, pues, una verdad tan eterna como original, ha enunciado simplemente este hecho: la burguesía alemana debe conquistar el poder político. Sólo enuncia patéticamente, como una verdad eterna, la relación pasajera de la burguesía alemana con el poder político alemán, y así muestra cómo se puede hacer un "núcleo sólido" de un "movimiento".

"La injusticia en el estado de la propiedad [continúa el señor Heinzen] es mantenida únicamente por la fuerza". O bien Heinzen sólo entiende "por injusticia en el estado de la propiedad" a la presión, mencionada anteriormente, que aún soporta la burguesía alemana (incluso en sus intereses "más sagrados"), ejercida por la monarquía absoluta y, en este caso, repite lo que acaba de decir; o bien entiende por "injusticia en el estado de la propiedad", la situación económica de los obreros, y entonces el sentido

[134] Tomado de "La crítica moralizante o la moral crítica", en Archivo Marx-Engels – sección en español del MIA. Publicado en *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* No. 90, noviembre 11, 1847. Primera vez publicado: En 1847 en varias ediciones de *Deutsche-Brüsseler-Zeitung.* La porción aquí reproducida (las tres últimas partes de cinco en total) se publicó en los nos. 90 (11 de noviembre), 92 (18 de noviembre) y 94 (25 de noviembre).

de su revelación es el siguiente: el actual estado burgués de la sociedad es "mantenido" por el poder del estado, poder que la burguesía ha organizado para la protección de sus propias condiciones de propiedad. Es necesario, pues, que los proletarios destruyan el poder político en todos los lugares en que ya se encuentra en manos de la burguesía. Es necesario que ellos mismos devengan el poder, el poder revolucionario. Una vez más, Heinzen dice inconscientemente lo que dijo Engels, pero siempre con la ingenua convicción de decir lo contrario. No piensa lo que dice y no dice lo que piensa.

Por lo demás, si la burguesía mantiene políticamente, esto es, por su poder político, "la injusticia en el estado de la propiedad", no es ella quien la crea. "La injusticia en el estado de la propiedad, tal como es condicionada por la moderna división del trabajo, por la forma moderna del cambio, de la concurrencia, de la concentración, etc., para nada tiene su origen en la supremacía política de la burguesía; por el contrario, la supremacía política de la burguesía tiene su origen en esas condiciones modernas de la producción, que los economistas burgueses proclaman leyes necesarias y eternas. Si el proletariado destruye, por lo tanto, la supremacía política de la burguesía, su victoria sólo será pasajera, un simple factor al servicio de la misma revolución burguesa, como lo fue en 1794, mientras que en el curso de la historia, es decir, en su "movimiento", no se encuentren creadas las condiciones materiales que hagan necesarias la derogación del modo de producción burgués y, por consecuencia, la caída definitiva de la supremacía política burguesa. En Francia, el Terror no debía servir, pues, más que para hacer desaparecer como por encantamiento, bajo sus terribles martillazos, las ruinas feudales del territorio francés. Con sus concepciones timoratas y demasiado conciliantes, la burguesía habría necesitado varias decenas de años para terminar esta tarea. En consecuencia, la intervención sangrienta del pueblo no hizo más que prepararle el terreno. Del mismo modo, la caída de la monarquía absoluta sólo sería momentánea, si las condiciones económicas necesarias para la supremacía de la clase burguesa no hubiesen llegado aún a la madurez. Los hombres se construyen un mundo nuevo no con "bienes terrenales" (como lo cree la superstición grosera), sino con las conquistas históricas de su mundo a punto de naufragar. En el curso de la evolución, necesitan producir ellos mismos las condiciones materiales de una nueva sociedad, y ningún esfuerzo del espíritu y de la voluntad puede substraerlos a este destino.

Toda la rusticidad del "buen sentido" que toma "en plena vida" y no deja atrofiar sus disposiciones naturales ni por estudios filosóficos, ni por otros estudios, puede caracterizarse de la siguiente manera: cuando logra ver la diferencia no ve la unidad, y cuando consigue ver la unidad no ve la diferencia. Cuando establece caracteres distintivos, éstos se petrifican inmediatamente entre sus manos; y considera como la sofística más condenable el hacer arder a esos conceptos informes frotándolos entre sí. Cuando, por ejemplo, dice que el dinero y el poder, la propiedad y el poder, la adquisición del dinero y la adquisición del poder no son la misma cosa, enuncia una tautología ya implícita en los mismos términos; y esta simple distinción de las palabras la considera como un descubrimiento que hace valer (con toda la conciencia de un hombre que ve claro) en contra de los comunistas, bastante ciegos para no detenerse en esta primera constatación pueril.

Si quiere darse cuenta rápidamente de cómo "la adquisición del dinero" se transforma en "adquisición de poder" y la "propiedad" en "poder político", y cómo, por consecuencia, la diferenciación bien neta que el señor Heinzen sanciona como un dogma, es más bien substituida por relaciones de ambos poderes, y esto hasta el momento de su reunión, el señor Heinzen solamente tiene que ver lo que ha pasado: los siervos han comprado su libertad; las comunas han adquirido los derechos municipales; los burgueses han substraído, por una parte, mediante el comercio y la industria, el

dinero de los bolsillos de los señores feudales, cuyas propiedades fundiarias, además, han hecho volatilizar en letras de cambio, y por otra parte, ayudaron a la monarquía absoluta a triunfar sobre los grandes señores feudales así minados, y le compraron privilegios, del mismo modo que después explotaron las crisis financieras de la monarquía absoluta, etc., etc.; gracias al sistema de la deuda pública (producto de la industria moderna y del comercio moderno), las monarquías más absolutas cayeron bajo la dependencia de los barones de la finanza; en las relaciones internacionales de los pueblos, el monopolio industrial se transforma inmediatamente en supremacía política; y es así cómo los príncipes de la Santa Alianza no fueron más que lansquenetes a sueldo de Inglaterra en la guerra de la independencia alemana, etc.

Pero dedicándose con su testarudez grosera a convertir esas diferencias (tales como las diferencias entre la adquisición del dinero y la adquisición del poder), en verdades eternas (teniendo, naturalmente, tal o cual expresión), en dogmas inquebrantables, el buen sentido se pone en la ubicación soñada para verter su indignación sobre "la ceguera", la imbecibilidad, la "corrupción" de los adversarios de esos artículos de fe-placer que en sus ardientes expectoraciones debe, asimismo, dar el caldo donde nadan, pobres y resecas, escasísimas verdades.

El señor Heinzen vivirá lo suficiente para ver, incluso en Prusia, al poder de la propiedad realizando un casamiento forzado con el poder político. Escuchémosle todavía: "Ustedes quieren orientar a nuestra época particularmente hacia las cuestiones sociales, y no se dan cuenta que no existe cuestión social más importante que la cuestión de la realeza o de la república". Recién el señor Heinzen no veía más que la diferencia entre el poder financiero y el poder político, y ahora no ve más que la unidad entre la cuestión política y la cuestión social. Es cierto que, además, ve "la ceguera ridícula" y "la mentalidad cobarde y despreciable" de sus antípodas.

Las relaciones políticas de los hombres son también, naturalmente, relaciones sociales, como todas las relaciones en que los hombres se encuentran frente a otros hombres. Todas las cuestiones que se refieren a las relaciones de los hombres entre sí son, pues, asimismo, cuestiones sociales. Mediante esta concepción (que tiene un lugar apropiado en un catecismo para niños de ocho años), esta ingenuidad grosera cree haber dicho no sólo algo, sino también haber arrojado un peso en uno de los platillos de la balanza de las colisiones modernas.

Por azar resulta que las "cuestiones sociales" que se "han tratado en nuestra época" aumentan a medida que salimos del dominio de la monarquía absoluta. El socialismo y el comunismo no han nacido en Alemania, sino en Inglaterra, en Francia y en la América del Norte. La primera aparición de un partido comunista realmente actuante se produce en el cuadro de la revolución burguesa, en el momento en que la monarquía constitucional acaba de ser puesta de lado. Los más consecuentes republicanos, los niveladores en Inglaterra, Babeuf, Buonarotti, etc. en Francia, son los primeros que han proclamado esas "cuestiones sociales". *La Conspiración* de Babeuf (escrita por su amigo y camarada Buonarotti) señala cómo esos republicanos han tomado en el "movimiento" la idea muy clara de que desembarazándose de la cuestión social: monarquía o república, no se había resuelto aún la menor cuestión social en el sentido del proletariado.

La cuestión de la propiedad, tal como ha sido planteada en nuestra época, aun cuando estuviera formulada como simple cuestión, no se reconoce en la forma que le da Heinzen: "¿Es justo que uno posea todo y otro nada, incluso, es justo que el individuo pueda poseer algo?", o en otras simples cuestiones de conciencia o de derecho. La cuestión de la propiedad varía enormemente, de acuerdo al grado de desarrollo general de la industria y al grado de desenvolvimiento particular de los diferentes países.

Para el campesino de Galitzia, por ejemplo, la cuestión de la propiedad se reduce a la transformación de las posesiones feudales en pequeña propiedad burguesa. Tiene para él el mismo sentido que para el campesino francés de 1789. Pero el jornalero agrícola inglés no tiene ninguna relación con el terrateniente. Sólo tiene relaciones con el arrendatario, es decir, con el capitalista industrial que trabaja industrialmente la agricultura. Pero, por su lado, este capitalista industrial que paga una renta, se encuentra en relación directa con el terrateniente. Para la burguesía industrial inglesa, la derogación de la propiedad fundiaria constituye, pues, la cuestión más importante de la propiedad, y la lucha contra las leyes cerealistas no tiene otro sentido. Pero, para el jornalero agrícola inglés, como para el obrero de fábrica inglés, la supresión del capital constituye la cuestión de la propiedad.

En el curso de la revolución inglesa, como en el curso de la revolución francesa, se trataba, en la cuestión de la propiedad, de hacer prevalecer la libre concurrencia y suprimir todas las condiciones feudales de la propiedad, tales como el dominio eminente del señor feudal, las corporaciones, los monopolios, etc., que, para la crecida industria de los siglos XVI y XVII, se habían convertido en otras tantas trabas. En "nuestra época", finalmente, la cuestión de la propiedad significa que se trata de la supresión de las colisiones surgidas de la gran industria, de la extensión del mercado y de la libre concurrencia.

Siguiendo el diferente desarrollo de la industria, la cuestión de la propiedad fue siempre la cuestión vital de una clase determinada. En los siglos XVII y XVIII, en los que se trataba de la supresión de las condiciones feudales de la propiedad, la cuestión de la propiedad fue la cuestión vital de la clase burguesa. En el siglo XIX, en el cual se trata de suprimir las condiciones burguesas de la propiedad, la cuestión de la propiedad es una cuestión vital para la clase obrera.

La cuestión de la propiedad, que en nuestra época es una cuestión mundial, no tiene sentido, pues, más que en la sociedad burguesa moderna. Cuanto más desarrollada está esa sociedad, mayor desarrollo ha alcanzado, desde el punto de vista económico, la burguesía de un país y, en consecuencia, de más en más el poder político asume el carácter de una expresión burguesa, y tanto más aguda aparece la cuestión social; es más aguda en Francia que en Alemania, en Inglaterra que en Francia, en una monarquía constitucional que en una monarquía absoluta, en una república que en una monarquía constitucional. Es así, por ejemplo, cómo las colisiones del crédito, de la especulación, etc., en ninguna parte son más agudas que en los Estados Unidos de América. Y en ninguna parte la desigualdad social se afirma más netamente que en los estados del este de la América del Norte, porque en ningún lado está menos cubierta por la desigualdad política. Si todavía el pauperismo no se ha desarrollado allí como en Inglaterra, hay que buscar la causa en las condiciones económicas; pero no es este el momento de hablar de ello. No obstante, el pauperismo realiza los más sorprendentes progresos:

"En este país, donde no hay clases privilegiadas, donde todas las clases de la sociedad tienen iguales derechos (pero la dificultad reside en la misma existencia de clases), y donde nuestra población está lejos de pesar sobre los medios de subsistencia, es verdaderamente alarmante el hecho de ver aumentar al pauperismo con tanta rapidez". (Informe del señor Meredith al Congreso de Pensilvania). "Está probado que en Massachusetts el pauperismo ha crecido, en 25 años, en un 60 %". (Notas del americano Niles).

Uno de los economistas políticos más famosos de la América del Norte, miembro del partido radical, Thomas Cooper, propone: 1°, prohibir el matrimonio de los vagabundos; 2°, suprimir el sufragio universal; pues (exclama), "la sociedad fue establecida para la protección de la propiedad. ¿Cómo es posible que gentes que según

leyes económicas eternas, estarán eternamente privadas de propiedad, puedan pretender razonablemente el derecho de legislar sobre la propiedad ajena? ¿Qué finalidad común, qué interés común hay entre esas dos clases de habitantes? O la clase obrera no es revolucionaria y en este caso representa los intereses de los empleadores de quienes depende su existencia. Así, en las últimas elecciones de Nueva Inglaterra, los propietarios de fábricas hicieron imprimir sobre indiana, para asegurarse votos, el nombre del candidato, y cada uno de sus obreros llevaba un trozo de indiana prendido como insignia. O bien la clase obrera se hace revolucionaria a causa de la vida en común. etc., y en este caso el poder político del país caerá tarde o temprano en sus manos y, en ese sistema, ya no habrá propiedad segura". (*Lectures on political economy,* Columbia, 361, 365).

Del mismo modo que en Inglaterra los obreros constituyen un partido político con el nombre de cartismo, los obreros norteamericanos forman un partido político con el nombre de reformistas nacionales; y su grito de guerra no es absolutamente: monarquía o república, sino dictadura de la clase obrera o dictadura de la clase burguesa.

Mientras que en la sociedad burguesa moderna, con sus formas políticas correspondientes: estado representativo constitucional o republicano, la cuestión de la propiedad se ha transformado en la cuestión social más importante, el burgués alemán experimenta, en su mentalidad limitada, la necesidad de gritar en las nubes que la cuestión social más importante de nuestra época es la cuestión de la monarquía. De manera absolutamente análoga, en la introducción a su *Economía política,* el doctor List exhala su ingenua indignación al ver gentes que consideran equivocadamente al pauperismo, y no a las tarifas aduaneras, como la cuestión más importante de nuestra época.

Deutsche-Brüsseler-Zeitung No. 92, noviembre 18, 1847

La distinción entre el dinero y el poder era al mismo tiempo una diferencia personal entre ambos campeones: el "pequeño" resulta una especie de pickpocket que sólo se interesa por las gentes que tienen "dinero". El hombre fuerte y arriesgado, por el contrario, lucha contra los "poderes" de esta tierra, con "la coraza en la espalda y el casco en la cabeza". (Ariosto: *Orlando Furioso*: *indosso la corazza, e l'elmo in testa*). "Vuestra persona [murmura] se encuentra, por lo demás, mejor que la mía".

No obstante, los que mejor se encuentran son los "poderes" de la tierra que respiran visiblemente, mientras que el señor Heinzen sermonea a su discípulo: "Actualmente, como todos los comunistas, ha llegado a ser incapaz de reconocer la conexión que existe entre la política y las condiciones sociales". Acabamos de asistir a una lección de moral en la que el gran hombre, con una simplicidad sorprendente, ha revelado la relación general de la política y de las condiciones sociales. Y helo aquí que, empuñando a los príncipes, da a su alumno una aplicación material de su teoría.

Los príncipes o el principado (explica) son los "autores principales de toda miseria y de toda situación angustiosa". Claro está que una vez suprimidos los príncipes, esta declaración también cae; y el sistema esclavista que condujo a su ruina a las repúblicas antiguas, el sistema esclavista que provocará las más terribles colisiones en los Estados del Sur de la república norteamericana, el sistema esclavista puede exclamar como John Falstaff: ¡Pugliese al Cielo que las razones fueran tan baratas como las moras! Pero, ante todo: ¿quién hizo a los príncipes y a su autoridad?

En interés de los asuntos generales, el pueblo tuvo que colocar en cierta época a su frente a los personajes más eminentes. Después, este puesto se transmitió hereditariamente en la misma familia, etc. Y finalmente, la estupidez y la abyección de

la humanidad han tolerado este abuso durante siglos. Si se reuniese en un congreso a todos los “charlatanes” de Europa, no podrían dar otra respuesta. Y si se consultase a todas las obras del señor Heinzen, no darían otra respuesta.

El vigoroso sentido común cree explicar el sistema monárquico declarándose su adversario. Pero la dificultad consistiría, para ese buen sentido normal, en explicar cómo ha nacido el adversario del buen sentido y de la dignidad moral humana y cómo ha arrastrado durante siglos su existencia singularmente tenaz. Nada más simple. Muchos siglos carecieron de buen sentido y dignidad moral humanas. En otros términos, la razón y la moral de un cierto número de siglos correspondían al régimen monárquico, en lugar de contradecirlo. Y precisamente a esta razón y a esta moral de los siglos pasados no las comprende el buen sentido de hoy. Y no sólo no las comprende, sino que, por el contrario, las desprecia. Abandona la historia para refugiarse en la moral, y así puede descargar toda la artillería pesada de su indignación moral.

De igual modo que el buen sentido político se explica aquí el origen y la duración del régimen monárquico como obra de la sinrazón, el buen sentido religioso explica la herejía y la incredulidad como obras del diablo. Y de igual manera el buen sentido irreligioso explica la religión como obra de esos diablos, los curas.

Pero una vez que el señor Heinzen corroboró por medio de lugares comunes morales el origen del régimen monárquico, resulta de ello, naturalmente, “la relación entre el régimen monárquico y las condiciones sociales”. Oigámoslo: “Un solo individuo acapara para él solo el estado, sacrifica más o menos a todo un pueblo (no solamente desde el punto de vista material, sino también desde el punto de vista moral) a su persona y a las gentes que le rodean directamente; gradúa en él al envilecimiento, lo separa en diversas castas, como a ganado flaco y a ganado gordo, y únicamente en interés de su propia persona hace oficialmente de cada miembro de la sociedad un enemigo de otro”.

El señor Heinzen ve a los príncipes en la cúspide del edificio social de Alemania. Ni siquiera por un instante duda que ellos hayan establecido y establezcan cada día de nuevo su fundamento social. ¡Nada más simple que explicar la relación de la monarquía con las condiciones sociales (de las cuales es la expresión política oficial), haciendo establecer esa relación por los mismos príncipes! ¿Cuál es la relación entre las cámaras representativas y la sociedad burguesa moderna que representan? ¡Las cámaras han hecho a la sociedad! El Olimpo político, con todo su aparato y su jerarquía, ha creado de igual modo al mundo profano, del cual es el Santo de los Santos. Y es así, también, cómo el Olimpo religioso habría creado las condiciones profanas que se reflejan en él con aspectos fantásticos y divinizados.

El imbécil que declama con el énfasis conveniente esta sabiduría barata, debe estar, naturalmente, tan asombrado como moralmente indignado contra el adversario que se esfuerza en demostrarle que no es la manzana la que ha producido al manzano.

Los historiadores modernos han demostrado que la monarquía absoluta se presenta en las épocas de transición en que la vieja organización feudal declina y la burguesía medieval evoluciona hacia la clase burguesa moderna, sin que uno de los partidos en lucha haya podido aún liquidar al otro. Los elementos sobre los cuales edifica la monarquía absoluta, no son absolutamente, pues, su producto; más bien forman la condición social, cuyo desarrollo histórico es demasiado conocido para que tengamos necesidad de explicarlo aquí. El hecho de que la monarquía absoluta se haya constituido más tarde en Alemania y dure más tiempo en ella, se explica por la evolución raquítica de la clase burguesa alemana. La solución de esta evolución se encuentra en la historia del comercio y de la industria.

La decadencia de las ciudades libres burguesas alemanas; el aniquilamiento de la caballería; la derrota de los campesinos y, por consiguiente, el poder absoluto de los príncipes; la ruina de la industria y del comercio alemanes (enteramente basados en condiciones medievales), en el preciso momento en que se abre el mercado mundial moderno y se instala la manufactura; la despoblación y el estado bárbaro, consecuencias de la Guerra de los Treinta Años; el carácter de las industrias nacionales renacientes, tales como la pequeña industria linera, a las cuales corresponden situaciones y condiciones patriarcales; la naturaleza de los artículos de exportación que pertenecían en su mayor parte a la agricultura y, no hacían, pues, más que aumentar casi exclusivamente las ganancias materiales de los gentilhombres campesinos y acrecentar su poder relativo frente a los burgueses; la situación inferior de Alemania en el mercado mundial en general, gracias a lo cual los subsidios pagados a los príncipes por extranjeros se transformaban en una fuente principal de la renta nacional, encontrándose los burgueses, por consecuencia, dependiendo de la corte, etc., todas estas condiciones en que se desarrollaron la forma de la sociedad alemana y la organización política correspondiente, se transforman, para el grosero sentido común, en algunas fórmulas sentenciosas cuyo fundamento viene a decir precisamente que "el régimen monárquico alemán" hizo a la "sociedad alemana" y la "rehace" todos los días.

Es fácil explicar la ilusión óptica que le permite al sentido común ver en el régimen monárquico la fuente de la sociedad burguesa, en lugar de ver en la sociedad alemana la fuente del régimen monárquico.

A la primera mirada ve (y estima que su primera mirada es siempre una prueba de sagacidad) que los príncipes alemanes mantienen y conservan el antiguo estado de cosas social cuya vida o muerte es la condición sine qua non de la continuación o desaparición de su existencia política, y reaccionan violentamente contra los elementos disolventes. Y asimismo ve, por otra parte, a los elementos disolventes luchando contra el poder de los príncipes. Los cinco sentidos, pues, demuestran, todos a la vez, que el régimen monárquico es la base de la vieja sociedad, de sus gradaciones, de sus prejuicios y de sus antítesis.

Pero cuando se lo examina de cerca, ese fenómeno no hace más que refutar la opinión simplista de la que ha sido causa inocente.

El papel violentamente reaccionario en que se manifiesta el régimen monárquico, prueba simplemente que se ha formado con lentitud, en los poros de la vieja sociedad, una sociedad nueva que no puede dejar de sentir como una traba contra natura y de querer hacer saltar el caparazón político (la envoltura natural de la vieja sociedad). Cuanto menos desarrollados están esos nuevos elementos sociales disolventes, tanto más conservadora aparece, incluso, la reacción más violenta del antiguo poder político. Cuanto más desarrollados están los nuevos elementos sociales disolventes, tanto más reaccionaria aparece hasta la menor tentativa conservadora del antiguo poder político. En lugar de probar que ha hecho a la vieja sociedad, la reacción del régimen monárquico prueba, por el contrario, que se le liquida cuando las condiciones materiales de la vieja sociedad resultan anticuadas. La reacción del régimen monárquico es, al mismo tiempo, la reacción de la vieja sociedad que aún es la sociedad oficial y, por consecuencia, todavía se encuentra en posesión oficial del poder, o en posesión del poder oficial.

Cuando las condiciones materiales de vida de la sociedad se han desarrollado suficientemente para hacer de la modificación de su forma política oficial una necesidad vital, toda la fisonomía del viejo poder político se transforma. Es así como la monarquía absoluta, en lugar de centralizar (lo que constituía su verdadera acción civilizadora), trata entonces de descentralizar. Surgida de la derrota de las castas feudales (en la

destrucción de las cuales ella misma toma la parte más activa), trata de salvaguardar al menos la apariencia de las distinciones feudales. Mientras que anteriormente favorecía al comercio y a la industria, al mismo tiempo que al crecimiento de la clase burguesa, como a otras tantas condiciones necesarias de la potencia nacional y no menos de su propio esplendor, la monarquía absoluta obstaculiza en todas partes al comercio y a la industria, convertidas en armas cada vez más peligrosas entre las manos de una burguesía ya fuerte. De la ciudad, cuna de su elevación, ella lanza una mirada ansiosa y debilitada sobre el campo fertilizado por los cadáveres de sus antiguos y gigantescos adversarios.

Pero el señor Heinzen no entiende, en realidad, por "relación de la política y de las condiciones sociales", más que la relación de los príncipes alemanes con la miseria y la vida angustiosa alemana.

Desde el punto de vista material, la monarquía (como cualquier otra forma de gobierno) sólo existe directamente para la clase obrera en la forma de impuestos. Los impuestos son la expresión económica de la existencia del estado. Funcionarios y curas, soldados y bailarinas, maestros de escuela y agentes de policía, museos griegos y torres góticas, lista civil y jerarquía social: los impuestos son el embrión común donde dormitan todas esas existencias famosas.

¿Y qué burgués razonador no habría atraído la atención del pueblo muriéndose de hambre sobre los impuestos, sobre la parte de león de los príncipes y sobre la fuente de su miseria? ¡Los príncipes alemanes y la miseria alemana! En otros términos, los impuestos con que se regalan los príncipes y que el pueblo paga sudando sangre. ¡Qué inagotable materia para todos esos charlatanes salvadores de la humanidad!

La monarquía ocasiona muchos gastos. Sin duda alguna. ¡Véase, pues, el presupuesto de los Estados Unidos y compáreselo a lo que pagan nuestras 38 minúsculas patrias para ser administradas y reglamentadas! A las ardientes recriminaciones de esa demagogia pretensiosa, no responden los comunistas, sino los economistas burgueses, tales como Ricardo, Senior, y esto en dos palabras.

Los impuestos constituyen la existencia económica del estado. El salario es la existencia económica de los trabajadores. Se trata de determinar la relación que media entre los impuestos y el salario.

El salario medio es reducido necesariamente al mínimo por obra de la competencia, esto es, a un salario que permita a los obreros asegurarse bien o mal su subsistencia y la subsistencia de su raza. Los impuestos constituyen una fracción de ese mínimo, pues la tarea política de los obreros consiste precisamente en pagar impuestos. Si se suprimieran radicalmente todos los impuestos que pesan sobre la clase obrera, su consecuencia necesaria seria que el salario disminuiría en todo el monto de los impuestos que entra hoy en él. Y, entonces, de dos cosas una: o el beneficio de los empleadores crecería inmediatamente en la misma medida, o bien no habría más que una simple modificación en la forma de percibir el impuesto. En lugar de adelantar directamente en el salario, como lo hace hoy, los impuestos que el obrero debe pagar, ya no los pagaría al estado por esta vía indirecta, sino directamente. Si en la América del Norte el salario es más elevado que en Europa, de ninguna manera es debido a que los impuestos sean menos grandes; es debido a la situación territorial, comercial e industrial. La demanda de obreros, en comparación con la oferta, es mucho más grande que en Europa. Y no importa qué principiante conoce esta verdad por la lectura de Adam Smith. Para la burguesía, por el contrario, el modo de repartición y de percepción, tanto como el modo de emplear los impuestos, constituye una cuestión vital por su influencia sobre el comercio y la industria, como porque es el garrote de oro con que se estrangula la monarquía absoluta.

Después de haber hecho observaciones tan profundas sobre la “relación de la política y de las condiciones sociales”, así como sobre la “relación de las condiciones sociales con el poder político”, el señor Heinzen exclama triunfalmente: “Es cierto que en mi propaganda revolucionaria no me he dejado arrastrar por ‘el espíritu limitado de los comunistas”, que divide simplemente a los hombres en ‘clases’, o los excita a unos contra otros de acuerdo al ‘oficio’, puesto que yo dejo subsistir la ‘posibilidad’ de no clasificar siempre a la ‘humanidad’ según la ‘clase o la amplitud de su portamonedas’ y la oposición de clase en ‘querella de oficio’. ¿La medida de la cartera es una diferencia puramente cuantitativa, por la cual se puede siempre lanzar a uno contra otro, a dos individuos de la misma clase? Todo el mundo sabe que las corporaciones de la Edad Media se oponían unas a otras “de acuerdo al oficio”. Y, asimismo, se sabe que la distinción moderna de clases no descansa para nada en el “oficio”, sino que la división del trabajo en el seno de la misma clase produce, por el contrario, modos de trabajo muy diferentes, Y a esta “miopía” tomada en plena vida y solicitada al buen sentido más personal, la llama el señor Heinzen “miopía comunista”.

Admitamos por un instante que el señor Heinzen sabe de qué habla, y no hablemos, pues, de la “diferencia de amplitud” de las carteras y de las “querellas de oficio”. Es muy “posible” que individuos particulares no siempre sean determinados por la clase a la cual pertenecen; pero este hecho es tan poco decisivo para la lucha de clases como lo fue para la revolución francesa el paso de algunos nobles al Tercer Estado. Y, además, esos nobles al menos se unían a una clase, a la clase revolucionaria, a la burguesía. Pero el señor Heinzen hace desaparecer a todas las clases delante de la idea solemne de “la humanidad”.

Pero si el señor Heinzen cree que clases enteras, que descansan sobre condiciones económicas independientes de su voluntad, y que están colocadas por esas condiciones en la oposición más hostil, pueden escapar a sus condiciones reales gracias a la propiedad de “humanidad” inherente a todos los hombres, ¡cuán fácil debe ser para un príncipe elevarse, por la humanidad, por encima de su “oficio de príncipe”! ¿Por qué agravia a Engels, acusándole que detrás de sus frases revolucionarias distingue “un buen emperador José”?

Pero si el señor Heinzen borra, por una parte, todas las diferencias, dirigiéndose de una manera imprecisa a la “humanidad” de los alemanes en forma de englobar a los mismos príncipes en sus exhortaciones, por otra parte se ve obligado a establecer una distinción entre los hombres alemanes, pues sin diferencia no hay oposición, y sin oposición no hay materia para grandilocuentes tiradas políticas.

Por esto, el señor Heinzen divide a los hombres alemanes en príncipes y sujetos. El hecho de ver y enunciar esta oposición, constituye de su parte una manifestación de fuerza moral, una prueba de osadía individual, de inteligencia política, de sentimiento humano en rebeldía, de perspicacia seria, de bravura estimable. Pero, asimismo, da pruebas de ceguera intelectual, de mentalidad policial, haciéndonos notar que existen sujetos privilegiados y sujetos no privilegiados, que los primeros ven en la jerarquía política no una gradación degradante, sino una línea ascendente que les permite elevarse y que, en fin, entre los sujetos (por quienes la cualidad de sujetos es considerada como un obstáculo) existen diferentes modos de apreciar este obstáculo.

Y he aquí que los comunistas “limitados” no solamente ven la distinción política entre príncipes y sujetos, sino también la diferencia social de las clases. Mientras que la grandeza moral del señor Heinzen consistía recién en ver y expresar la diferencia, esta grandeza actualmente consiste más bien en mirar a otra parte, en no verla más, en ocultarla. Enunciando esta oposición, ya no habla el lenguaje revolucionario, sino el

lenguaje reaccionario, y no hace más que excitar malévolamente a unos contra otros, a los hermanos unidos en la "humanidad".

Todo el mundo sabe que poco después de la revolución de julio, la burguesía victoriosa decretó, en las leyes de setiembre, y probablemente por humanidad, "que excitar a diversas clases del pueblo a que luchen entre sí" constituía un gran crimen político, pasible de prisión, de multa, etc. También es sabido que los diarios burgueses de Inglaterra no conocen un medio mejor para denunciar a los jefes y escritores cartistas que reprocharles de excitar a las diferentes clases de la sociedad, a unas contra otras. Incluso se sabe que por haber excitado así a las diferentes clases de la sociedad para que luchen unas contra otras, hay escritores alemanes que gimen en los calabozos de las fortalezas. ¿No habla esta vez el señor Heinzen el lenguaje de las leyes francesas de setiembre, de los diarios burgueses de Inglaterra y del código penal alemán?

Pero no. El señor Heinzen simplemente teme, en su benevolencia, que los comunistas "aseguren a los príncipes escapatorias revolucionarias". De igual modo los liberales belgas afirman que los demócratas se entienden con los legitimistas. Y el liberal Heinzen afirma que los comunistas se entienden con los príncipes.

Alemania (como ya lo expuse en la *Deutsch-Franzosische Jahrbucher*) tiene una marca germano-cristiana particular. Su burguesía se ha retardado tanto, que comienza su lucha contra la monarquía absoluta y trata de fundar su poder político en el preciso momento en que, en todos los países desarrollados, la burguesía ya está comprometida en la lucha más violenta contra la clase obrera y sus ilusiones políticas pasan ya al último plano de la conciencia europea. En ese país, donde la miseria política de la monarquía absoluta existe aún con toda su secuela de castas y de condiciones semifeudales en descomposición, ya existen, por otra parte, parcialmente, las oposiciones modernas entre la burguesía y la clase obrera, con la lucha que de ellas resulta, consecuencia del desenvolvimiento industrial y de la dependencia de Alemania del mercado mundial. Ejemplos: los motines obreros en Silesia y Bohemia. Por lo tanto, la burguesía alemana ya se encuentra también en oposición con el proletariado, incluso antes de haberse constituido políticamente como clase. La lucha entre los "sujetos" ha estallado incluso antes que los príncipes y la nobleza hayan sido expulsados del país, y esto a pesar de todas las canciones de Hambach.

Esta situación contradictoria, que se refleja naturalmente en la literatura alemana, no puede explicársela el señor Heinzen más que haciendo responsables de ella a sus adversarios y explicándola como consecuencia de los complots contrarrevolucionarios de los comunistas.

Pero los obreros alemanes saben muy bien que la monarquía absoluta, al servicio de la burguesía, no vacilará nunca y no podrá vacilar nunca un instante en recibirlos a cañonazos y latigazos. ¿Por qué, pues, preferirán las vejaciones brutales del gobierno absoluto, con su séquito semifeudal, al poder directo de la burguesía? Los obreros saben muy bien que la burguesía no solamente deberá hacerles, desde el punto de vista político, concesiones más amplias que la monarquía absoluta, sino, también, que, en beneficio de su comercio y de su industria, hace nacer, a pesar de ella, las condiciones más favorables para la unión de la clase obrera; y la unión de los obreros es la primera condición de la victoria de éstos. Los obreros saben que no se puede llegar a suprimir los modos burgueses de la propiedad manteniendo los modos feudales. Saben que el movimiento revolucionario de la burguesía contra las castas feudales y la monarquía absoluta no puede sino acelerar su propio movimiento revolucionario. Saben que su propia lucha contra la burguesía no podrá estallar más que el día en que la burguesía haya logrado triunfar. Y a pesar de esto, no comparten las ilusiones burguesas del señor

Heinzen. Pueden y deben aceptar encima a la revolución burguesa como una condición de la revolución obrera. Pero ni por un instante pueden mirarla como el objetivo final.

Los cartistas ingleses han dado un brillante ejemplo de que tal es realmente la actitud de los obreros, en la reciente agitación de la anticornlawleague (liga contra las leyes sobre cereales).

Ni aún por un instante han prestado fe a las mentiras y a las falaces promesas de los radicales; ni siquiera por un instante han dejado de luchar contra ellos; pero ayudaron a sus enemigos a triunfar sobre los tories, con pleno conocimiento de causa; y al día siguiente de la derogación de las leyes sobre los cereales chocaban en el campo de batalla, no ya los tories y los librecambistas, sino los librecambistas y los cartistas. Y contra esos radicales burgueses, los obreros conquistaron bancas en el parlamento.

Así como no comprende a los obreros, el señor Heinzen no comprende a los liberales burgueses, pese a todo el ardor que pone inconscientemente en trabajar al servicio de ellos. Cree necesario retomar alternativamente las viejas fórmulas contra la Gemútlichkeit y la humildad alemanas. Hombre honesto, toma en serio lo que un Camphausen o un Hansemann derrochan en cuestión de fórmulas serviles. Los señores burgueses sonríen delante de esta ingenuidad. Saben perfectamente dónde les duele la matadura. Saben que, en las revoluciones, el pueblo se hace insolente y se sirve a sí mismo. Por esto, los señores burgueses se esfuerzan en todo lo posible para transformar dulcemente y sin revolución a la monarquía absoluta en monarquía burguesa.

Pero en Prusia, como antaño en Inglaterra y Francia, la monarquía absoluta no se deja transformar sin resistencias en monarquía burguesa. No abdica voluntariamente. Incluso sin hablar de las ventajas personales, los príncipes tienen atadas las manos por toda una burocracia civil, militar y eclesiástica (otras tantas partes de la monarquía absoluta), que no quiere cambiar en nada su situación de dirigentes por una situación de sirvientes de la burguesía. Además, las clases feudales detienen la marcha hacia adelante; para ellas se trata de una cuestión de vida o muerte, es decir, de propiedad o de expropiación. Pese a todos los homenajes serviles de la burguesía, es evidente que la monarquía absoluta ve su venerable interés del lado de esas castas feudales.

Así como las palabras almibaradas de un Lally Tollendal, de un Monnier, de un Malouet. de un Mirabeu, no pudieron decidir a Luis XVI para que se uniera resueltamente a la burguesía contra el feudalismo y los últimos vestigios de la monarquía absoluta, los cantos de sirena de un Camphausen o de un Hansemann no persuadieron a Federico Guillermo IV.

Pero el señor Heinzen nada tiene de común con la burguesía ni con el proletariado de Alemania. Su partido es el "partido de los hombres", esto es, el partido de los soñadores de corazón honesto y generoso que, con el pretexto de fines "humanos", defienden intereses "burgueses", sin ver claramente la relación que media entre la fraseología idealista y el fondo realista.

Deutsche-Brüsseler-Zeitung **No. 94, noviembre 25, 1847**

A su partido, al partido de los hombres, o a la "humanidad" que brota en Alemania, el hacedor de estados, Carlos Heinzen, les ofrece la "mejor república", la mejor república imaginada por él, la "república federativa con instituciones sociales". Rousseau y Mably hicieron antiguamente (el primero para los polacos y el segundo para los corsos), el esquema del mejor mundo político. El gran ciudadano de Ginebra ha encontrado un sucesor aun más grande.

"Me siento satisfecho [¡qué modestia!] con poder componer una república únicamente de elementos republicanos, lo mismo que una flor no se compone más que de pétalos". Un hombre que sabe componer con pétalos una flor, aunque no fuera más

que una margarita, no puede correr el riesgo de un fracaso (piensen como quiera los malvados), cuando se propone componer la "mejor república".

A despecho de todas las invectivas, el bravo hacedor de estados toma como ejemplo las constituciones de la república norteamericana. Con su pincel grosero tacha lo que le parece condenable. Y así pone en pie una edición corregida (*ad usum delphini*) es decir, para uso y en interés del "hombre alemán". Y después de haber esbozado de este modo "la imagen de la república, y de una república determinada", levanta "por sus orejas comunistas" a su "pequeño" alumno irrespetuoso y le aplasta contra el suelo, preguntándole si también puede "hacer" un mundo, "el mejor de los mundos". Y no se cansa en "levantar" por sus "orejas comunistas" al "pequeño", hasta que le ha puesto la "nariz" sobre la imagen gigantesca del mundo "nuevo", sobre la mejor república. La colosal imagen del mundo elaborado por él mismo, la ha colgado, en efecto, con sus propias manos, en la cima más elevada de los Alpes suizos.

Cacatum non est pictum, silba la "pequeña" serpiente, que de ningún modo está dispuesta a hacer enmienda honorable. Y presa del terror, el Ajax republicano deja caer al suelo al Thersitas comunista y de su pecho velludo hace salir estas palabras terribles: "¡Lleva usted el ridículo hasta el colmo, señor Engels!"

¿Y en verdad, señor Engels, no cree usted que "el sistema federativo americano" es "la mejor forma política que ha imaginado hasta hoy la ciencia política?" ¿Sacude usted su pequeña cabeza? ¿Qué? ¿En resumen, niega que "el sistema federativo americano" ha sido imaginado por la "ciencia política"? ¿Y que existan "las mejores formas sociales y políticas" *in abstracto*? ¡Pero esto es el fin de todo!

Es usted bastante "impúdico y está bastante desprovisto de conciencia" a la vez, para hacernos creer que el bravo alemán que quiere que su querida patria aproveche la constitución norteamericana (embellecida y corregida encima), se parece a ese comerciante idiota que había copiado los libros de su rico competidor y, en posesión de esa copia, se imaginaba asimismo estar en posesión de su envidiada riqueza.

¿Y usted nos amenaza (con el hacha de verdugo bajo su pequeño brazo), con la pequeña guillotina que en 1794 se daba como juguete? Usted murmura que Barbaroux y otros hombres bastante crecidos en altura y talla fueron reducidos en toda una cabeza porque, por azar, no tomaban al sistema federativo americano por la mejor forma política, mientras que nosotros jugábamos a la guillotina. Y es ésta la suerte que les espera a todos los Goliat que, en el momento en que estalle una revolución democrática cualquiera en Europa, y particularmente en nuestra Alemania todavía víctima de todas las divisiones feudales, quieran poner en lugar de la república unitaria e indivisible, y de su centralización niveladora, al sistema federativo americano.

¡Pero, Dios mío! ¡Los hombres del comité de salud pública y los sanguinarios jacobinos que marchaban tras ellos eran monstruos, y la "mejor república" de Heinzen fue "imaginada" por "la vieja ciencia política" como la "mejor forma política" para "hombres", para hombres buenos, para hombres humanos!

¡Verdaderamente! "¡Lleva usted el ridículo hasta el colmo, señor Engels!"

Nuestro Hércules hacedor de estados no copia, por lo demás, crudamente a la república federativa norteamericana. La adorna con "instituciones sociales"; "reglamentará las condiciones de la propiedad de acuerdo a principios razonables"; y las siete grandes "medidas" por medio de las cuales suprime los "abusos" de la vieja burguesía, ¡por nada del mundo son lamentables y miserables desechos mendigados, aquí y allá, en esos malditos figones modernos comunistas y socialistas! ¡A los "incas" y a los "cuentos para niños" de Campe les debe el gran Carlos Heinzen esas recetas para la "humanización de la sociedad", lo mismo que debe su última frase, en el sentido profundo, a un peruano envejecido en el estudio de la sabiduría, y no al filósofo y

pomeranio Ruge! ¡Y esto es lo que el señor Engels califica de sueños pequeñoburgueses elaborados de modo completamente arbitrario para la regeneración del mundo!

Es cierto que vivimos en una época en que los buenos desaparecen de más en más y en que los mejores ni son comprendidos.

Tomad, por ejemplo, a un buen burgués cualquiera y pedidle os diga, a su saber y entender, de qué sufren las condiciones actuales de la propiedad. Y el buen hombre tocará con el dedo índice la punta de su nariz, respirará profundamente dos veces, devanándose completamente los sesos, y luego os dirá a la buena de dios que es una vergüenza que muchas gentes no posean nada, incluso ni lo estrictamente necesario, mientras que otras amasan millones aristocráticamente insolentes, y esto no sólo en perjuicio de los descamisados sin un cobre, sino también de los buenos burgueses. ¡Mediocridad dorada! (tal será el grito del buen miembro de la clase media). ¡Ante todo hay que evitar los extremos! ¿Cuál es la constitución razonable que podría conciliarse con esos extremos, con esos extremos tan condenables?

Y lanzad ahora una mirada sobre la “república federativa” de Heinzen con sus “instituciones sociales” y sus siete medidas aptas para “humanizar a la sociedad”. A cada ciudadano se le garantiza un mínimo de fortuna por debajo del cual no puede caer, al mismo tiempo que se le prescribe un máximo de fortuna por encima del cual no puede ascender. ¿No ha resuelto el señor Heinzen todas las dificultades, retomando y realizando en forma de decretos oficiales el piadoso deseo de todos los buenos burgueses, el deseo de no ver a nadie teniendo demasiado ni demasiado poco?

Y de esta misma manera tan simple como grandiosa, el señor Heinzen ha resuelto todos los conflictos económicos. De acuerdo a principios razonables y congruentes con la honesta equidad, ha reglamentado a la propiedad. Y no vayáis a objetarle particularmente que las “reglas razonables” de la propiedad son precisamente las “leyes económicas”, cuya fría necesidad hace fracasar todas las “medidas” equitativas, incluso si son recomendadas por los incas y los cuentos para niños de Campe, y mantenidas al calor por los patriotas más ardientes.

¡Qué injusticia hacer valer consideraciones económicas contra un hombre que no se vanagloria, como tantos otros, de sus “estudios económicos”, pero que ha sabido conservar hasta hoy, en sus obras, por modestia, la apariencia virginal de que todavía no ha comenzado sus estudios de economía política! Hay que agradecer precisamente a la formación primitiva de este hombre, el verle citar a su pequeño enemigo comunista (dándose aires de importancia), todos los temores que, por el canal de la *Augsburger Atlgemeine Zeitung*, han penetrado, desde 1842, toda la vida alemana, tales como las ideas de la riqueza adquirida, de la libertad personal y de la individualidad, etc. Lo que en verdad denota una gran desmoralización en los escritores comunistas, es el hecho que buscan adversarios que tengan una cultura económica y filosófica, y no honran con una respuesta las elucubraciones superficiales del grosero sentido común, al cual están obligados a darle primero los rudimentos de las condiciones económicas del actual estado de cosas burgués, a fin de poderlos discutir después con él.

Puesto que la propiedad privada, por ejemplo, no es una simple relación y mucho menos un concepto abstracto, un principio, sino que se compone de la totalidad de las condiciones de producción burguesas, no se trata, en efecto, de la propiedad privada subordinada, periclitada, sino de la propiedad privada burguesa existente; (puesto que todas esas condiciones de producción burguesas son relaciones de clase), como cualquier colegial puede saberlo leyendo a Adam Smith o a Ricardo, se deduce naturalmente que la modificación o la supresión de esas condiciones no puede resultar más que de una modificación de esas clases y de sus relaciones recíprocas; pero la modificación en las relaciones de las clases es una modificación histórica, un producto

del conjunto de la actividad social, el producto de un movimiento histórico determinado. Un movimiento histórico puede servir perfectamente de órgano al escritor, pero es evidente que éste no podría crearlo.

Para explicar, por ejemplo, la implantación de las condiciones burguesas de la propiedad, los historiadores modernos han debido exponer el movimiento mediante el cual la burguesía se desarrolló hasta el punto en que sus condiciones de existencia se hicieron suficientes para permitirle suprimir todas las castas feudales y su propio modo de existencia feudal y, por consiguiente, las condiciones de producción feudales en el cuadro de las cuales esas castas feudales producían. La supresión de las condiciones feudales de la propiedad y el establecimiento de la sociedad burguesa moderna no fueron, pues, de ningún modo, el resultado de una cierta acción que, partiendo de un principio teórico determinado elegido como centro, hubiera sacado de él otras consecuencias. Por el contrario, los principios y las teorías que los escritores de la burguesía establecieron en el curso de su lucha contra el feudalismo, sólo fueron la expresión teórica del movimiento práctico, e incluso se puede constatar paso a paso que esa expresión fue más o menos utópica, dogmática, doctrinaria, según perteneciese a una fase más o menos desarrollada del movimiento real.

Y en este sentido Engels cometió la imprudencia de hablarle a su terrible adversario (al Hércules hacedor de estados), del comunismo como teoría, como expresión teórica de un “movimiento”.

Mas (exclama nuestro hombre violento con una indignación impresionantes): “Yo quería sacar las consecuencias prácticas, quería llevar a los “representantes del comunismo a reconocer esas consecuencias”, es decir, esas consecuencias insensatas que se refieren necesariamente a la supresión de la propiedad para un hombre que no tenga ideas fantásticas de la propiedad privada burguesa. De este modo quería obligar a Engels “a representar todos los absurdos” que “habría presentado”, según el honesto plan del señor Heinzen. Y ese maligno Goupil de Engels ha desilusionado de tal manera a ese bravo Isengrin que ni encuentra en el comunismo “una almendra para partir” y se pregunta, por lo tanto, completamente asombrado, “cómo se prepara ese fenómeno para poder comerlo”.

Y en vano el buen hombre trata de tranquilizarse haciéndose el ingenioso, preguntando, por ejemplo, si un movimiento histórico es un “movimiento del espíritu” etcétera, e incluso llama en su ayuda al espíritu del gran Ruge para explicar este enigma de la naturaleza.

“Después de lo que acaba de pasar [exclama nuestro desengañado hombre] escucho en mi corazón aires de Sibéric, olfateo sólo traición y sueño con ardides astutos.” (Carlos Heinzen, *Steck brief*).

Y en realidad todo termina, en última instancia, de la manera siguiente: Engels “reniega de su escuela”, “inicia una retirada tan cobarde como ridícula”, “compromete a todo el género humano para no verse comprometido en su propia persona”, “abandona al partido en el momento decisivo”. En estos términos exhala Heinzen su furor. En cuanto a las distinciones que hace Engels entre el “verdadero socialismo” y el comunismo, entre los sistemas utópicos y el comunismo crítico, únicamente se trata de traición y astucia. Más aún: no son más que diferenciaciones jesuíticas, hechas fuera de tiempo, porque al parecer hasta hoy nadie le había hablado al señor Heinzen de ellas y ni el mismo huracán de la plena vida se las había aportado.

¡Y con qué espíritu sabe interpretar el señor Heinzen esas oposiciones cuando han encontrado una explicación literaria! “Mire a Weitling, por ejemplo, que es más maligno que usted y que, sin embargo, puede ser ciertamente considerado como comunista”. O también: “¿Qué sucedería si el señor Grün resolviera hacerse comunista

y excluyera al señor Engels?" Llegado a este punto, claro está que el buen hombre que "no ha podido emanciparse hasta el punto de considerar como superfluas en las gentes razonables la buena fe y la fidelidad, aunque ellas sean completamente anticuadas", nos sirve las mentiras más absurdas y nos afirma que Engels, por ejemplo, había acariciado asimismo el proyecto de escribir sobre "el movimiento social de Inglaterra y Francia", pero que Carlos Grün se le había adelantado. Y entonces Engels "no habría podido encontrar editor para repeticiones aburridas"; y toda una serie de invenciones que el señor Heinzen saca de "un cierto principio como otras tantas consecuencias".

Está en su "naturaleza" el hecho de que la crítica moralizante tenga un fin lamentable y no por esto hay que ver en ello una tara personal del Telémaco Ajax. Pese a todas sus estupideces y a todas sus vulgaridades, nuestra grosero personaje tiene, al menos, la satisfacción de ser estúpido y vulgar por convicción, y por lo tanto, "un buen muchacho de una sola pieza".

Y cualquier cosa que pueda resultar de los "hechos" que el gran Carlos Heinzen mismo "deja tranquilamente librados a su curso": "En cuanto a mí [exclama golpeando tres veces su honesto pecho], continúo exhibiendo sin falsa vergüenza mi principio, y no lo oculto si alguien me interroga a su respecto".

Enrique XLII de Reuss-Schleiz-Ebersdorf también cabalga en su principio desde hace cerca de veinte años.

Carlos Marx: carta a Georg Herwegh[135]

26 de octubre de 1847

En Bruselas, hemos fundado dos asociaciones públicas democráticas.

1.- Una asociación de trabajadores alemanes que ya cuenta con un centenar de miembros. En ella se discute de forma muy parlamentaria y también se usa para actividades de sociedad: canto, declamación, teatro, etc.

2.- Una asociación menos numerosa, cosmopolita y democrática, en la que participan belgas, franceses, polacos, suizos y alemanes[136].

---

[135] Versión al castellano desde Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Théorie, activité,* Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, página 119. También para las notas.

[136] La Asociación Democrática fue fundada en otoño de 1847 en Bruselas. Reunió a revolucionarios proletarios, especialmente alemanes, así como a demócratas progresistas burgueses y demócratas pequeñoburgueses. Marx y Engels participaron activamente en su creación. El 15 de noviembre de 1847, Marx fue elegido Vicepresidente, siendo el Presidente el demócrata belga L. Jottrand. Gracias a la influencia de Marx, la Asociación Democrática se convirtió en uno de los centros más importantes del movimiento democrático. Durante la revolución de febrero, el ala proletaria de la asociación intentó armar a los trabajadores belgas y desatar la lucha por una república democrática. Cuando Marx fue expulsado de Bruselas en marzo de 1848, las autoridades belgas atacaron a los elementos más revolucionarios de la asociación y, como era de esperar, los pequeñoburgueses demócratas belgas no pudieron asumir la dirección de las masas belgas. En estas condiciones, la actividad de la Asociación Democrática cesó gradualmente, y por completo en 1849.

Federico Engels: preparación de la organización internacional[137]

22 de noviembre de 1847

Nos escriben desde Londres: la apertura de un nuevo parlamento electo, con distinguidos representantes del partido popular entre sus miembros, no podía dejar de producir un malestar extraordinario en las filas de la democracia. Las asociaciones locales de los cartistas se están reorganizando en todas partes. El número de reuniones se multiplica, se proponen y discuten los más diversos medios de acción. El comité ejecutivo de la asociación cartista acaba de tomar la iniciativa en este movimiento, trazando, en un llamamiento a la democracia británica, el plan de campaña que el partido seguirá durante el presente período de sesiones.

"Dentro de unos días, dice, habrá una cámara que, a la cara del pueblo, se atreve a llamarse a sí misma de los comunes de Inglaterra[138]. Dentro de pocos días, esta

---

[137] Versión al castellano desde "Préparation de l'organisation internationale", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 134-138. También para las notas. Escrito en francés y publicado en *La Réforme*, del 22 de noviembre de 1847. Marx y Engels sólo pudieron establecer su teoría moderna del comunismo, basada en el materialismo económico e histórico, sobre la base del desarrollo social del capitalismo. La teoría "alemana" tenía que basarse en los datos políticos de Francia y en los datos económicos de Inglaterra, donde la burguesía había llegado finalmente al poder en 1830. Si la economía inglesa muestra a las demás naciones del continente cuál será "la imagen de su futuro próximo" (prefacio alemán de *El Capital*), el partido cartista proporciona el modelo de organización del proletariado moderno (cf. el último capítulo de *Miseria de la Filosofía*, donde Marx expone la evolución del partido cartista, firmemente vinculado a la clase obrera a través de sindicatos y luchas).

Por eso *El Manifiesto* pudo afirmar que "las concepciones teóricas de los comunistas no se basan de ninguna manera en ideas o principios descubiertos o inventados por tal o cual reformador del mundo. Son sólo la expresión teórica de las condiciones reales de la lucha de clases."

El socialismo científico o programa comunista del proletariado moderno sólo podían elaborarse en contacto con la clase obrera alemana, francesa y especialmente inglesa, y sólo podían surgir en relación con la creación de una organización internacional que Marx y Engels intentaron fundar con los demócratas fraternos, es decir, los cartistas de izquierda que apoyaban la violencia revolucionaria. Proudhon se excluyó de esta grandiosa obra al negarse a entrar en contacto con el Comité Comunista de Correspondencia fundado por Marx-Engels [ver en esta obra páginas 169-170, EIS].

[138] El parlamentarismo revolucionario existe sólo si la dominación política de la burguesía sigue constituyendo un progreso económico y social, es decir, si la burguesía moderna todavía no se ha asegurado exclusivamente el poder político o no ha consolidado su poder contra las clases precapitalistas. En Inglaterra, por ejemplo, la burguesía compartió el poder con la aristocracia terrateniente hasta 1830 y luego tardó mucho tiempo en expulsarla. En ausencia de la revolución proletaria, esta conquista del poder por parte de la burguesía es un hecho progresivo en todos los países precapitalistas del mundo, y durante este período, "si de vez en cuando los trabajadores salen victoriosos, su triunfo es efímero. El resultado real de sus luchas [no es la conquista del poder], sino la organización y la unión cada vez más extendida de los trabajadores [...] En todas estas luchas, la burguesía se ve obligada a apelar al proletariado, a pedir su ayuda y a *arrastrarlo al movimiento político*. De este modo, proporciona a los proletarios los elementos de su formación [intelectual y política]: pone en sus manos armas contra ella misma" (*Manifiesto*, cap. I). En resumen, esta táctica se aplica siempre que las condiciones históricas signifiquen que el partido obrero no sea todavía directamente comunista, sino *socialdemócrata*.

Todas las demás condiciones del parlamentarismo revolucionario derivan de la primera. Sólo puede ejercerse en oposición a las instituciones parlamentarias existentes, y no como un medio para transformar el estado existente a partir de ellas, ya sea participando en el gobierno o asumiendo el liderazgo en las condiciones económicas y sociales del capitalismo.

asamblea, elegida por una sola clase de la sociedad, comenzará sus trabajos inicuos y odiosos para fortalecer, en detrimento del pueblo, los intereses de esta clase.

"El pueblo debe protestar masivamente desde el principio contra el ejercicio de las funciones legislativas usurpadas por esta asamblea. Vosotros, cartistas del Reino Unido, tenéis los medios para hacerlo; es vuestro deber aprovecharlos al máximo. Por lo tanto, les presentamos una nueva petición nacional para la Carta del Pueblo. Rellenadla con vuestros millones de firmas; presentémosla como una expresión de la voluntad nacional, como una protesta solemne del pueblo contra cualquier ley hecha sin el consentimiento del pueblo, como una ley, por fin, para la restitución de la soberanía nacional que ha sido ignorada durante tantos siglos.

"Sin embargo, la petición por sí sola no es suficiente para satisfacer las demandas del momento. Es cierto que hemos ganado un escaño en la legislatura para el Sr. O'Connor. Los diputados demócratas encontrarán en él un líder vigilante y activo. Pero O'Connor debe encontrar apoyo en la *presión del exterior*[139] y esta presión del exterior, esta opinión pública fuerte e imponente, sois vosotros quienes debéis crearla. Que en todas partes se reorganicen los afiliados de nuestra asociación; que todos los antiguos miembros se unan a nuestras filas; que en todas partes se convoquen reuniones; que en todas partes se incluya en el orden del día la discusión de la Carta; que todas las localidades se impongan cuotas a sí mismas para aumentar nuestros fondos. Manteneos activos, mostrad la vieja energía inglesa, y la campaña que se está abriendo será la más gloriosa que hayamos emprendido hasta ahora para la victoria de la democracia"[140].

La Sociedad de Demócratas Fraternales[141], compuesta por demócratas de casi todas las naciones europeas, también acaba de unirse abierta y completamente a la agitación cartista. Ha adoptado la siguiente resolución:

En general, cualquier actividad política debe llevarse a cabo bajo condiciones materiales, económicas y sociales específicas. A los ojos del comunismo, sólo tiene sentido si tiende a transformarlas. Como puro medio de agitación, el parlamentarismo atañe a la técnica de la manipulación y la automistificación (consciente o inconsciente). Hace que el partido pierda su carácter de organización para la acción.

Engels escribió este artículo en francés, no para Alemania (donde aún no se había planteado la cuestión parlamentaria, la revolución burguesa y los derechos constitucionales), sino para Francia, para que los proletarios franceses no se conformaran con las libertades y derechos burgueses, sino que exigieran sus propias consignas de clase, abandonando la esfera burguesa. Incluso el parlamentarismo revolucionario de la era de los cartistas permite evitar las ilusiones de un cambio de gobierno dentro del marco capitalista. Al afirmarlo, Engels contribuyó a proteger al proletariado francés contra las trampas de las libertades e instituciones republicanas burguesas, preparando a los obreros parisinos para que no se dejaran detener por la revolución de febrero de 1848 y continuaran su lucha hasta el derrocamiento del aparato político burgués.

[139] Marx define esta fórmula de la siguiente manera: "No hay ninguna innovación significativa, ninguna medida decisiva, que pudiera haberse introducido en Inglaterra sin esta presión externa, ya sea porque la oposición la necesitaba contra el gobierno, o porque el gobierno la necesitaba contra la oposición. Por presión externa, los ingleses entienden las grandes manifestaciones populares extraparlamentarias, que por supuesto no pueden organizarse sin la participación activa de la clase obrera." ("Un mitin obrero en Londres", Die Presse, 2-2-1862, *La guerra civil en los Estados Unidos*, Ediciones Roca, México, 1973)

[140] Engels tiene mucho cuidado en definir esta "democracia", que no es más que una fase de la *lucha*: "la democracia hacia la que se encamina Inglaterra es la democracia social. Pero la simple democracia es incapaz de remediar los males sociales. La igualdad democrática es un quimera; la lucha de los pobres contra los ricos *no puede, pues, ser llevada hasta su término final sobre el terreno de la democracia o de la política en general*. Esta fase no es, pues, más que un punto de transición, es el último medio puramente político que se puede emplear pues, tarde o temprano, se tiene que desarrollar un elemento nuevo, un principio superador de todo elemento político: el del *socialismo*." (Engels, "La situación de Inglaterra", *Vorwärts*, octubre de 1844)

[141] Los *Fraternal Democrats* reunían a los revolucionarios emigrantes del continente y al ala radical del cartismo, compuesta casi exclusivamente por obreros dirigidos por Julian Harney, partidarios de la conquista violenta del poder estatal por parte de los obreros en oposición a los cartistas moderados al

"Considerando que el pueblo inglés sólo puede apoyar eficazmente la lucha por la democracia en otros países en la medida en que haya conquistado el gobierno de la democracia para sí mismo;

"Que es deber de nuestra sociedad, establecida para apoyar la democracia militante en todos los países, sumarse a los esfuerzos de los demócratas ingleses para lograr la reforma electoral sobre la base de la Carta;

"La Sociedad de Demócratas Fraternales se compromete a apoyar con todas sus fuerzas la agitación a favor de la Carta del Pueblo."

Esta sociedad fraternal, que incluye entre sus miembros a los más distinguidos demócratas residentes en Londres, tanto ingleses como extranjeros, está adquiriendo cada vez más importancia. Ha crecido tanto que los liberales de Londres han considerado oportuno oponerse a ella con una *Liga Internacional* burguesa[142], dirigida por los líderes parlamentarios del librecambio. El propósito de esta nueva asociación, encabezada por el Dr. Bowring, el coronel Thompson y otros defensores del librecambio, no es otro que el de propagar el librecambio[143] entre extranjeros, bajo el manto de frases filantrópicas y liberales. Pero parece que no durará mucho. En los seis meses que lleva de existencia, no ha hecho casi nada, mientras que los Demócratas Fraternales se han pronunciado en contra de cualquier intento de acto de opresión por parte de cualquiera. Por lo tanto, la democracia, tanto inglesa como extranjera, tal y como está representada en Londres, se ha adherido a los Demócratas Fraternales, declarando al mismo tiempo que no se dejará explotar en beneficio de los manufactureros del librecambio de Inglaterra.

---

estilo de Lovett que sólo recomendaban medios de presión "morales", tales como peticiones, mitines, etc. Las comunas londinenses de los Justos y la Asociación para la Formación de los Obreros también se unieron (Schapper y Moll forman parte del comité directivo). Marx y Engels participaron en la preparación de la reunión del 22 de septiembre de 1845 de demócratas de diferentes naciones que crearon las bases de la Sociedad de los Demócratas Fraternales. Siempre se mantuvieron en contacto con esta organización y trataron de influir en ella en la dirección del socialismo científico y el *internacionalismo* proletario, especialmente a través de los miembros de la Liga de los Comunistas, el verdadero núcleo proletario. Los Demócratas Fraternales, bajo el liderazgo de Harney, organizaron la Fiesta de las Naciones el 29 de noviembre de 1847, en la que participaron más de mil personas, ingleses, franceses, alemanes, polacos, italianos, españoles, suizos, etc.

Poco antes del estallido de la revolución de 1848 y de la derrota decisiva de los cartistas ante las tropas de Wellington el 10 de abril de 1848, la Asociación de Demócratas Fraternales lanzó un manifiesto que atestigua que fue, en 1848, el punto de llegada de los esfuerzos de Marx-Engels por reunir a los revolucionarios de todos los países europeos en una Internacional sobre sus posiciones, y el punto de partida que anticipó la Primera Internacional de 1864.

[142] Esta asociación fue fundada en 1847 en Londres por la burguesía inglesa de tendencia radical y liberal. Algunos emigrantes italianos, húngaros y polacos se unieron a la Liga, al igual que demócratas burgueses como Giuseppe Mazzini, que fue uno de los iniciadores de la Liga. Como Engels predijo, la Liga cesó todas sus actividades (que eran bastante escasas) en 1848.

[143] A pesar de su oposición a la Liga Internacional burguesa y su crítica al librecambio, Max *optará por el librecambio* porque "el sistema de la libertad comercial acelera la revolución social. Y *solamente en este sentido revolucionario*, caballeros, voto a favor del librecambio." (*Discurso sobre el librecambio*, del 9 de enero de 1848 pronunciado en la Asociación Demócrata de Bruselas). Para realizar el socialismo es precisa la *previa* supremacía económica y política de la burguesía (no en todos los países, sino en el grupo de los más importantes de ellos).

Empujando hasta el límite las posibilidades de la producción, los antagonismos de clase y la lucha por la vida, la libre competencia *fuerza* a los trabajadores a unirse. En este sentido, apresura pues su emancipación política y social. Esta aceleración del desarrollo de las condiciones previas del socialismo no se obtiene entrando en el juego de las instituciones burguesas, sino ejerciendo sobre ellas una *presión desde el exterior*, tras haber formado organizaciones propias de clase. Actuando así sobre las condiciones burguesas progresivas, constantemente hay que poner al descubierto su carácter transitorio y parcial a fin de no comprometer los propios objetivos de clase.

Federico Engels: carta a Carlos Marx[144]

París, 23-24 de noviembre de 1847

Piensa un poco sobre la profesión de fe. Creo que sería mejor abandonar la forma de catecismo y llamar la cosa así: Manifiesto Comunista. Como es preciso hacer un relato histórico de cierta extensión, la forma que ha tenido hasta ahora es bastante inapropiada. Llevaré conmigo lo que he hecho aquí ¡es simplemente una narración, pero miserablemente compuesta en terrible prisa! Comienzo así: ¿Qué es el comunismo? Y luego voy derecho al proletariado: la historia de su origen, su diferencia con obreros anteriores, el desarrollo de la contradicción entre el proletariado y la burguesía, las crisis, los resultados. Mezclado con esto, toda clase de asuntos secundarios, y finalmente la política de partido de los comunistas, en la medida en que pueda hacerse pública. Lo que aquí tengo, todavía no ha sido sometido a aprobación, pero a excepción de unos pocos y pequeños detalles, espero terminarlo en una forma en que por lo menos no haya nada contrario a nuestras opiniones...

[144] Tomado de "Carta a Karl Marx", en Archivo Marx-Engels, sección en español del MIA.

Acta de la sesión de la Asociación Alemana para la Formación de los Obreros del 7 de diciembre de 1847 en Londres[145]

Marx: desde Bélgica, tengo que informarles que se ha creado una asociación obrera aquí, que actualmente cuenta con 105 miembros. En Bruselas, los obreros alemanes, que anteriormente estaban completamente aislados, ya son una fuerza: mientras que en el pasado se les ignoraba completamente, se les acaba de pedir que envíen a un delegado a la conmemoración de la revolución polaca que se organizará en la ciudad de Bruselas para expresar el punto de vista de la asociación.

En el caso de que el gobierno intente perseguir o incluso prohibir la asociación, porque en cualquier caso tendrá influencia sobre los trabajadores belgas, se ha decidido que legará a la asociación de Londres su biblioteca, que incluye unos 300 volúmenes y otros activos.

---

[145] Versión al castellano desde “Protocole de séance de l’Association allemande pour la formation des ouvriers, 7 décembre 1847, à Londres”, en Marx y Engels *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 120. También para las notas. El acta de la sesión del 30 de noviembre de 1847 reproduce, antes del informe de las intervenciones de Marx y Engels, el siguiente pasaje: “El presidente pide a los ciudadanos llegados del continente (Engels, Marx y Tedesco) que nos den noticias de la agitación en el continente. La propuesta fue aceptada por unanimidad. El ciudadano Engels toma la palabra y dice que no es urgente hablar de los movimientos actuales, sino que prefiere explicar cómo el descubrimiento de América ha ayudado a dividir a toda la sociedad en dos clases opuestas al crear el mercado global, de modo que los trabajadores de todo el mundo ahora tienen los mismos intereses en todas partes.” [Ver el informe sobre el discurso de Engels más abajo en esta obra. EIS]

Hacia el mismo período, Marx preparó una serie de conferencias sobre las relaciones y naturaleza del *trabajo asalariado y el capital* para la formación de los trabajadores; estas conferencias tienen un valor tan clarificador que el movimiento sindical internacional las tradujo a los principales idiomas y las transmitió de una generación obrera a otra. Ante un modesto público Marx hizo esta exposición de formación militante: “En una de las últimas reuniones del club de los obreros alemanes, Karl Marx hizo una presentación clara, objetiva y comprensible sobre la pregunta: ‘¿Qué es el salario?’; la crítica de las condiciones actuales es, en esa exposición, rigurosa, la argumentación práctica hasta el punto que pensamos en comunicársela a nuestros lectores en cuando podamos.” (*Deutsche Brüsseler Zeitung*, 6-1-1848.) El texto se publicará en *La nueva gaceta renana* de abril de 1849.

Cuando Marx dice: “Le debo al partido no estropear la forma de la presentación”, no es sólo por razones estéticas. En todo lo que escribe, siempre intenta superar las circunstancias inmediatas, para asegurarse de que los textos sigan siendo válidos para todo el proletariado y para toda la historia, ignorando el hecho de escribir simplemente para estar en lo cierto con cualquier argumento que toque. Esto es lo que hizo que Marx y Engels trabajasen para el proletariado de ayer y de hoy, de todos los países, frente a toda la sociedad. De ahí el interés actual de sus escritos.

Carlos Marx: *Discurso sobre el partido cartista, Alemania y Polonia*[146]

29 de noviembre de 1847

(Extracto del discurso pronunciado por Carlos Marx en la asamblea conmemorativa de la revolución polaca, asamblea celebrada el 29 de noviembre de 1847 en Londres; extracto publicado en la *Deutsche Brüsseler Zeitung* del 9 de diciembre del mismo año)

La unión y la fraternidad de las naciones es una consigna que puede encontrarse en boca de todos los partidos, especialmente en la de los librecambistas burgueses. De hecho, existe cierta fraternidad entre las clases burguesas de todas las naciones. Es la hermandad de los opresores contra los oprimidos, de los explotadores contra los explotados. Así como la clase burguesa de un país fraterniza y se une contra los proletarios de un mismo país, a pesar de la competencia y rivalidad que existe entre los miembros individuales de la burguesía, así también las burguesías de los diferentes países confraternizan y se unen contra los proletarios de todos los países, a pesar de las luchas entre ellas y de su competencia en el mercado mundial.

Para que los pueblos se unan verdaderamente, sus intereses deben ser comunes. Para que sus intereses comunes sean compartidos, las actuales relaciones de propiedad, que determinan la explotación de los pueblos entre sí, deben ser abolidas. Sin embargo, sólo la clase obrera tiene interés en eliminar las actuales condiciones de propiedad, al igual que también sólo ella tiene los medios para hacerlo.

La victoria del proletariado sobre la burguesía será al mismo tiempo la victoria sobre los conflictos entre naciones y economías que hoy en día empujan a cada pueblo contra el otro. La victoria del proletariado será, por lo tanto, la señal para la liberación de todos los pueblos oprimidos.

La Polonia del antiguo régimen está ciertamente arruinada, y somos los últimos en querer restaurarla. Pero no es sólo la antigua Polonia la que está arruinada, sino también la antigua Alemania, la antigua Inglaterra y toda la antigua sociedad. Pero la ruina de la vieja sociedad no es una pérdida para nosotros, que no tenemos nada que perder en la vieja sociedad, como tampoco lo es para la gran mayoría de la población. Por el contrario, tenemos todo que ganar de la ruina de la vieja sociedad que condicione la formación de una sociedad que ya no se base en las oposiciones de clase.

De todos los países, Inglaterra es el país donde el antagonismo entre el proletariado y la burguesía está más desarrollado. La victoria de los proletarios ingleses sobre la burguesía inglesa será decisiva para la victoria de todos los oprimidos sobre sus opresores. Por eso Polonia no debe emanciparse en Polonia, sino en Inglaterra. Por eso los cartistas no tenéis que expresar piadosos deseos de liberación de las naciones: derrocad a vuestros enemigos de vuestro propio país y podréis tener la orgullosa conciencia de haber derrotado a toda la vieja sociedad.

[146] Versión al castellano desde "Discours sur le parti chartiste, l'Allemagne et la Pologne", en Marxistes, les auteurs marxistes en langue française-Karl Marx et Friedrich Engels. Publicado en *Deutsche Brüsseler Zeitung* del 9 de diciembre de 1847.

Federico Engels: [discurso sobre la cuestión nacional, el maquinismo y la agudización del antagonismo burguesía-proletariado][147]

Permítanme, queridos amigos, que hable excepcionalmente, por una vez, como alemán. Los demócratas alemanes estamos especialmente interesados en la liberación de Polonia. Fueron los príncipes alemanes los que se aprovecharon de la partición de Polonia, fueron los soldados alemanes los que todavía hoy oprimen Galitzia y Posnania. Nosotros, los alemanes, y los demócratas alemanes aún más, debemos comprometernos a borrar esa mancha de nuestra nación. Una nación no puede ser libre mientras continúe oprimiendo a otras naciones. Por lo tanto, la liberación de Alemania no puede lograrse sin liberar a Polonia de la opresión alemana. Por eso Polonia y Alemania tienen un interés común, y por eso los demócratas polacos y alemanes pueden trabajar juntos para emancipar a las dos naciones.

Personalmente, también estoy convencido de que los cartistas ingleses descargarán el golpe decisivo que dará la victoria a la democracia y que tendrá el efecto de liberar a todos los países de Europa. Llegué a Inglaterra hace varios años e inmediatamente me uní abiertamente al movimiento cartista. Los cartistas ingleses se levantarán primero porque es precisamente en Inglaterra donde la lucha entre la burguesía y el proletariado es más intensa. ¿De dónde viene esta violencia? En Inglaterra, la industria moderna, las máquinas, han reunido necesariamente a todas las clases oprimidas en una sola gran clase con intereses comunes, la clase del proletariado. Al mismo tiempo, en el polo opuesto, todas las clases opresoras fueron reunidas en una sola clase burguesa. Todo esto simplifica la lucha, y eso es lo que hará posible zanjar la cuestión con un solo golpe importante.

¿Es este realmente el caso? La aristocracia ya no tiene poderío en Inglaterra, la burguesía es la única que tiene el poder y lleva a arrastras a la aristocracia. Pero, frente a la burguesía, está la gran masa del pueblo, unida en una terrible falange, cuya victoria sobre los capitalistas gobernantes se acerca rápidamente.

Les debéis a las máquinas la eliminación de los intereses que una vez separaron a los trabajadores y los dividieron en varias fracciones, también les debéis la nivelación de las condiciones de vida de todos los trabajadores. Sin las máquinas no habría cartismo. Por supuesto que las máquinas empeoran temporalmente vuestra situación, pero precisamente por eso también nos permiten alcanzar la victoria.

Las máquinas han tenido estos efectos sobre los trabajadores no solamente en Inglaterra sino, también, en todos los demás países. En Bélgica, América, Francia y Alemania, han igualado la situación de todos los trabajadores o la igualan un poco más cada día. En todos estos países, los trabajadores tienen ahora el mismo interés: derrocar a la clase que los oprime, la burguesía.

[147] Versión al castellano desde "Discours sur le parti chartiste, l'Allemagne et la Pologne", en Marx y Engels, *Écrits militaires,* Traducidos y presentados por Roger Dangeville, Éditions L'Herme, París, 1972., páginas 148-149. Publicado en *Deutsche Brüsseler Zeitung*, del 9 de diciembre de 1847.

Esta nivelación de las condiciones de vida, esta identificación de los intereses de partido de los trabajadores de todas las naciones, he ahí el resultado de las máquinas. Esta es la razón por la que las máquinas representan un gran progreso. ¿Qué podemos concluir de todo esto? Puesto que la situación de los trabajadores de todos los países es la misma, puesto que sus intereses son los mismos, así como sus enemigos son los mismos, deben luchar juntos y deben oponer a la fraternidad de la burguesía de todos los países una fraternidad de los trabajadores de todos los países.

Engels*: Los movimiento revolucionarios de 1847*[148]

El año 1847 fue el más turbulento que desde hace mucho tiempo hemos conocido. A Prusia le han sido otorgadas una constitución y una Dieta Unida; en Italia se muestra un despertar rápido e insospechado de la conciencia política del pueblo, acompañado de extensos alzamientos en armas contra Austria; en Suiza estalla la guerra civil; en la Gran Bretaña triunfa en las elecciones un parlamento decididamente radical; Francia vive sensacionales acontecimientos y celebra banquetes de homenaje a las reformas. Los Estados Unidos de América celebran su reciente triunfo sobre México. He ahí toda una sucesión de cambios y de movimientos que hacía mucho tiempo que no se experimentaban.

El último viraje de la historia había sido el año 1830. La revolución de julio en Francia y la aprobación de la ley de reformas habían sellado el triunfo de la burguesía, que, en lo concerniente a Inglaterra, era el triunfo de la burguesía industrial, de los fabricantes, sobre la burguesía no industrial, sobre la aristocracia de la tierra. Pronto Bélgica, y hasta cierto punto la propia Suiza, siguieron sus huellas, y la burguesía volvió a registrar un triunfo en estos países. Vinieron luego los alzamientos de Polonia. Italia gemía bajo el talón de Metternich. Alemania acopiaba fuerzas. Todos los países se estaban preparando para una gran batalla.

Luego, sobrevino un retroceso. La revolución polaca fue sofocada, los insurrectos de la Romagna reducidos a la impotencia, el resurgir de Alemania ahogado. La burguesía francesa se adueñó de los republicanos de la propia Francia y traicionó a los liberales de otros países, a quienes había empujado a la acción. En Inglaterra, el ministerio liberal sólo podía dejar pasar el tiempo. Hacia el año 1840, la reacción estaba entronizada en toda Europa. Políticamente hablando, Polonia, Italia y Alemania no existían: el órgano político de Berlín, el *Wochenblatt*, yacía destronado; la constitución demasiado sabia de herr Dahlmann fue derribada en Hannover; los acuerdos de la Conferencia de Viena (1834) se mantenían en pleno vigor. En Suiza habían triunfado los conservadores y los jesuitas. En Bélgica mandaban los católicos. Guizot tenía en sus manos a Francia. Frente al poder arrollador de Peel, el régimen liberal inglés estaba en las últimas y era en vano que los cartistas se esforzasen por reorganizar sus huestes después de la derrota de 1839. Por todas partes triunfaba la reacción; por todas partes se venían a tierra y desaparecían los partidos del progreso. El resultado total de las grandes batallas reñidas en 1830 había sido levantar una barrera contra la que se estrellaban los avances del movimiento histórico.

Y así como el año 1830 había marcado el máximo nivel de la riada revolucionaria de la burguesía, el año 1840 marca el apogeo de la reacción. A partir de ese año puede advertirse ya un espíritu de rebeldía contra el estado de cosas existente. Aunque repelido más de una vez, a la larga, el movimiento iba ganando terreno. En Inglaterra, los cartistas se reorganizaron y adquirieron más fuerza que nunca, obligando

[148] Tomado de Engels: "Los movimiento revolucionarios de 1847", en *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 437-449. Este artículo de Engels fue publicado el 23 de enero de 1848 en la *Gaceta Alemana de Bruselas*, pocos días antes de estallar en París la revolución de febrero, habiendo sido reimpreso por la *Neue Zeit* en 1911.

a Peel, no una vez, sino varias, a traicionar a su partido e infligiendo a éste un grave golpe con la abolición de las leyes anticerealistas. Por último, Peel no tuvo más remedio que resignar sus poderes. Los radicales ganaron terreno en Suiza. En Alemania, y especialmente en Prusia, los liberales presionaban, cada vez más enérgicamente, con sus reivindicaciones. Los liberales salieron triunfantes en las elecciones belgas de 1847. En este panorama, Francia era una excepción, pues el ministerio reaccionario francés se aseguró una mayoría victoriosa en las elecciones de 1846; Italia no daba señales de vida ante aquel magnífico resurgir, hasta que Pío IX subió al solio pontificio y concedió, en 1846, unas cuantas reformas dudosas.

Tal era la situación al comenzar el año 1847, fecha en que los partidos progresivos pudieron registrar en la palestra política toda una serie de triunfos. Y aun allí donde hubieron de sufrir derrotas, éstas eran, probablemente, en aquellas circunstancias, más ventajosas de lo que un triunfo inmediato hubiera sido.

Nada decisivo se llevó a término durante el año 1847, pero durante estos doce meses los partidos se enfrentaron en todas partes, clara y reciamente, deslindados los unos de los otros; no se había resuelto ningún problema, pero todos quedaban planteados en términos que hacían posible su solución.

De todos los cambios y acontecimientos ocurridos durante el año 1847, los más importantes fueron los de Prusia, Italia y Suiza.

Federico Guillermo IV se había visto, por último, obligado a otorgar una constitución a los prusianos. Aquel estéril Don Quijote de Sans-Souci, después de muchos trabajos y muchas quejas, veíase libre de una forma de gobierno que pretendía sancionar por toda una eternidad el triunfo de la reacción feudalista, patriarcal, absolutista, burocrática y clerical. Pero no había sabido calcular bien. La burguesía era ya, por entonces, lo bastante fuerte para aprovecharse de la nueva constitución y esgrimirla como un arma contra el rey y contra todas las clases reaccionarias de la sociedad. En Prusia, como en otros países, la burguesía se embarcó en la política de negar al gobierno subsidios. El rey estaba desesperado. En los primeros días de ejecución de esta política, puede decirse, sin exageración, que Prusia carecía de rey. El país vivía entre las mallas de la revolución, sin que nadie se diese cuenta de este hecho. Por un golpe de fortuna vinieron de Rusia quince millones, y Federico Guillermo volvió a ser rey. La burguesía empezó a alarmarse y las nubes de la tormenta revolucionaria se desvanecieron. Por el momento, la burguesía prusiana salía derrotada. Pero había dado un gran paso al frente, había creado un foro desde el que podía ser oída, había dado a conocer al rey su creciente poder y había colocado al país en un estado de gran efervescencia. La cuestión que está a la orden del día en Prusia es ésta: ¿quién ha de gobernar? ¿Una alianza de aristócratas, burócratas y sacerdotes, con el rey a la cabeza, o la burguesía? No tiene más remedio que recaer una decisión en cualquiera de los dos sentidos. En la Dieta Unida hubiera sido posible llegar a una transacción entre las dos partes. Hoy, esta transacción es ya imposible. En adelante será una lucha a vida o muerte la que se riña entre los dos adversarios. Para complicar todavía más la cosa, las comisiones (esta desdichada invención de los fabricantes de la Constitución de Berlín) están ahora reunidas. Estos manejos complicarán hasta tal punto la situación legal, ya de suyo harto complicada, que nadie en lo sucesivo será capaz de encontrar una salida al atolladero. Lo enredarán todo, formando un nudo gordiano que sólo la espada podrá cortar. Lo dejarán todo preparado para que la revolución burguesa estalle en Prusia.

Podemos, pues, esperar con la mayor calma el advenimiento de esta revolución prusiana. La Dieta Unida habrá de ser convocada en 1848, quiéralo el rey o no. Hasta que ese día amanezca ofreceremos a S.M. un armisticio, pero ni un minuto más. Ese día,

su cetro y su corona "inmaculada"[149] tendrán que dejar paso a la burguesía cristiana y judía de su reino.

Pese a su repliegue temporal, la burguesía prusiana hizo durante el año 1847 grandes progresos en la esfera de la política. Los burgueses, grandes y pequeños, de los otros estados prusianos advirtieron estos progresos realizados en Prusia, hacia los que mostraban su más cálida simpatía, conscientes de que el triunfo de sus hermanos de Prusia aceleraría el suyo propio.

En cuanto a Italia, nos encontramos con un espectáculo sorprendente. ¡En Italia vemos al hombre a quien se reconoce como lo más reaccionario de toda Europa, a quien se tiene por el representante petrificado de la Edad Media, al Papa, en una palabra, poniéndose a la cabeza de un movimiento nacional! El movimiento subió al poder de la noche a la mañana, arrojando de la Toscana al archiduque austríaco y con él al traidor Carlos Alberto de Cerdeña, derribando el trono de Nápoles y extendiéndose en poderosas oleadas por todo el país a través de la Lombardía hasta las faldas de los Alpes estirios y tiroleses.

Al presente, el movimiento italiano semeja al que se adueñó de Prusia durante los años 1807 a 1812. Como en la Prusia de aquellos días, el pleito gira en torno a dos aspiraciones: la independencia frente al opresor extranjero y una serie de reformas en el interior. Por el momento, no se plantea el problema de una constitución; los italianos limitan sus reivindicaciones a reformas de carácter administrativo y quieren evitar todo conflicto serio con el gobierno, para mostrar un frente lo más unido posible al invasor. ¿De qué género son las reformas reclamadas? ¿En beneficio de quién redundarán? Redundarán, ante todo, en beneficio de la burguesía. Se trata de dar facilidades a la prensa, de organizar la burocracia del modo que mejor sirva a los intereses de la burguesía (véanse las reformas de Cerdeña, la consulta romana y la reorganización de los ministerios), de asegurar a la burguesía poderes amplios en punto a la administración municipal, de restringir los privilegios arbitrarios de la nobleza y la burocracia, de armar a la burguesía, formando con ella una especie de milicias civiles. Hasta aquí, todas las reformas implantadas han favorecido los intereses burgueses. Y no podía, en verdad, ser de otro modo.

No tenemos más que comparar estas reformas actuales de Italia con las implantadas en Prusia, durante la era napoleónica, para convencernos de ello. Son las mismas reformas, sólo que un poco más avanzadas, ya que subordinan la administración a los intereses de la burguesía, abaten los poderes arbitrarios de la nobleza y la burocracia, crean un sistema de autonomía municipal, organizan las milicias y suprimen las prestaciones. Como entonces en Prusia, la burguesía italiana de hoy es la clase de la que depende la emancipación del yugo extranjero. La burguesía ha conquistado su posición gracias al incremento de su riqueza como clase y gracias sobre todo al papel importantísimo que la industria y el comercio desempeñan en la vida colectiva del pueblo italiano.

En Italia vemos que al presente el movimiento ostenta un carácter perfectamente burgués. Todas las clases, llenas actualmente de un celo reformador, desde la aristocracia y la nobleza hasta los músicos callejeros y los mendigos, no son por el momento más que clases burguesas, y ni el propio Papa es más que el primer burgués de la nación. Pero el día en que el yugo austríaco haya sido definitivamente sacudido, todas estas clases sufrirán una gran desilusión. Limpio el país de enemigos extranjeros y arrollado el invasor por la burguesía, comenzará la separación de los corderos y los

[149] Al abrir las sesiones de la Dieta Unida, Federico Guillermo IV había dicho en su Mensaje de la Corona: "Como heredero de una corona inmaculada, que debo y quiero preservar inmaculada para quienes hayan de ceñirla después que yo…"

lobos, y entonces la aristocracia y la nobleza volverán los ojos a Austria pidiendo ayuda. Pero será demasiado tarde. Los obreros de Milán, de Florencia y de Nápoles llevarán a término la obra que ahora no hace más que iniciarse.

Fijémonos, por último, en Suiza. Por primera vez en el curso de su historia este país desempeña un papel claro en el sistema de los estados europeos; por primera vez se aventura a tomar una actitud decisiva y a entrar en la palestra como una república federal y no como una aglomeración de veintidós cantones antagónicos, que es lo que hasta aquí era. En una palabra, Suiza es hoy un estado centralizado. Y esta centralización, que tiene ya una existencia práctica concreta, será indudablemente sancionada por la reforma de la constitución federal, sujeta actualmente a revisión.

¿Quién, preguntamos nosotros, saldrá ganando de la guerra cuando ésta estalle, de la reforma federal, de la reorganización de los cantones separatistas?[150]. La burguesía y los campesinos, indudablemente: el partido triunfante, el partido de los liberales y los radicales que había subido al poder, desde 1830 a 1834, en diversos cantones. El patriciado, antes árbitro de los destinos en las que fueran villas imperiales, se vio completamente desplazado durante la revolución de julio. En Berna y en Ginebra, los patricios se instauraron nuevamente por sí mismos, pero fueron arrojados una vez más de sus reductos por la revolución de 1846. En las ciudades (como, por ejemplo, en la de Basilea) donde el patriciado seguía disfrutando tranquilamente del poder, el año 1846 vino a sacudir la dominación patricia hasta en sus cimientos. La aristocracia feudal no ha llegado a desarrollarse considerablemente en su lucha; allí donde logró echar raíces, su principal fuerza estaba en la alianza con los pastores de las montañas. Estos montañeses eran el último enemigo que le quedaba por conquistar a la burguesía, y demostraron ser el más obstinado y rabioso de todos. Eran la sangre y el tuétano de los elementos reaccionarios albergados en los cantones liberales. Ayudados por los jesuitas y los pietistas (sirva de ejemplo el movimiento del cantón de Vaud), tendieron sobre toda Suiza una red de conspiraciones reaccionarias, frustrando todos los planes sometidos a la Asamblea Federal por la burguesía e impidiendo la derrota definitiva del patriciado en las antiguas ciudades imperiales.

Hasta 1846 no consiguió la burguesía suiza reducir a la impotencia a su último enemigo.

Apenas había un solo cantón en que la burguesía suiza no gozase de la más completa libertad en punto al comercio y la industria. Allí donde existían todavía gremios, apenas entorpecían el desarrollo burgués. Los impuestos de las ciudades habían sido prácticamente abolidos. Dondequiera que la burguesía se desarrollaba, formando una clase específica, tomaba posesión del poder; pero aunque en ciertos cantones había hecho grandes progresos y encontrado firme apoyo le faltaba todavía la columna fundamental del poder: la centralización. Dondequiera que el feudalismo, el patriarcalismo, había florecido en el suelo de provincias separadas y ciudades independientes, la burguesía necesitaba para su desarrollo un campo de operaciones lo más ancho posible: necesitaba, en vez de veintidós cantones, una Suiza una e indivisa. La soberanía cantonal, acomodada a las condiciones de la vieja Suiza, se interponía ante la marcha de la burguesía. Esta necesitaba un poder centralizado, lo bastante fuerte para imponer sus derroteros especiales a todos y cada uno de los cantones, y para acabar, mediante el peso de su influencia, con las diferencias reinantes en la constitución y en las leyes del país. Era necesario extirpar los vestigios de la antigua legislación feudal, patriarcal y parroquial de los burgos, y dar a los intereses de la burguesía suiza vigorosa expresión en la vida interna del país.

[150] Los cantones que formaban la Sonderbund (Liga Separatista).

La burguesía ha conquistado por sí misma este poder centralizado.

¿Pero es que los campesinos no contribuyeron también al triunfo sobre la Liga separatista? ¡Ya lo creo que contribuyeron! Y los campesinos desempeñarán, respecto a la burguesía, el mismo papel que en el pasado desempeñó durante tanto tiempo la pequeña burguesía. Los aldeanos serán explotados ahora por la burguesía, reñirán las batallas de ésta, sus manos tejerán el lienzo y harán las cintas que la burguesía venderá, y sus hijos irán a llenar, como reclutas, las filas del ejército proletario. ¿Y qué otra cosa podían hacer? Son propietarios, al igual que los burgueses, y, por el momento, sus intereses coinciden casi en un todo con los de la burguesía. Las medidas políticas que tienen fuerza bastante para imponer son casi más ventajosas para la burguesía que para los propios campesinos. Pero son débiles, pese a su fuerza, si se les compara con la burguesía, puesto que ésta es rica y tiene el mando de la industria, que es la más firme columna del poder político en el siglo XIX. Uniéndose a la burguesía, los campesinos pueden hacer mucho; alzándose contra ella no podrían hacer nada.

Llegará, indudablemente, el día en que el campesino, desahuciado de su terruño nativo y empobrecido, se una al proletariado, a quien su evolución llevará a ponerse a la cabeza de la clase campesina. Ese día, unidos el campesino y el proletario, declararán la guerra a la burguesía. Pero aquí no son las eventualidades del futuro las que nos interesan, sino los movimientos del presente.

La expulsión de los jesuitas y sus consortes, enemigos del régimen burgués; la secularización de la enseñanza en las escuelas, reemplazando a la educación religiosa tradicional; la expropiación por el estado de la mayor parte de las tierras de la Iglesia, todos estos cambios han favorecido más que a nadie a la burguesía.

La nota común a los tres movimientos más notables del año 1847 es que todos ellos han servido a los intereses de la burguesía. En todas partes era el papel de la burguesía el papel del progreso.

Otra característica de los sucesos de 1847 es que aquellos países que no habían participado en la rebelión de 1830 fueron precisamente los que ahora dieron un paso más firme al frente, para ponerse de este modo al nivel conquistado en 1830 por las demás naciones, coronando así, dentro de sus fronteras, el triunfo de la burguesía.

Vemos, pues, que el año 1847 registra una serie de brillantes triunfos de la clase burguesa en conjunto.

Volvamos ahora la vista a otra parte.

En Inglaterra se ha reunido un nuevo parlamento, un parlamento que, según las palabras de John Bright, el cuáquero, es la asamblea más burguesa que jamás se ha congregado. Y conste que John Bright es autoridad de mayor excepción en esta materia, pues no en vano es el burgués más típico y representativo de toda la Gran Bretaña. Pero John Bright no es del mismo calibre que los estadistas burgueses que gobiernan en Francia o de los que en Prusia esgrimieron tan valientes palabras contra Federico Guillermo IV. Cuando John Bright habla de burgueses quiere decir fabricantes. Desde 1688 han venido desfilando por el gobierno de Inglaterra varios sectores de la burguesía. Pero para mejor facilitar el proceso de la conquista del poder, la clase burguesa ha permitido a los aristócratas, sus deudores, que siguiesen rigiendo nominalmente la máquina gubernamental. Allí donde, en realidad, la batalla se riñe entre los varios sectores de la burguesía, entre los intereses de los industriales y los intereses de los terratenientes, los industriales se las arreglan para hacer que esa batalla parezca como si se riñese entre la aristocracia y la burguesía o, si necesario es, entre la aristocracia y el pueblo. Los fabricantes no salen ganando nada con mantener esa apariencia de gobiernos aristocráticos; pues los lores, los barones y los esquires no conceden a los industriales ni un céntimo. En cambio, tienen mucho que ganar

destruyendo el poder engañoso de la aristocracia, ya que, al disiparse esa sombra, los intereses de los terratenientes se verán privados de su agarradero. El actual parlamento de burgueses o fabricantes procurará que ese gobierno mentiroso sea abolido y transformará la Inglaterra tradicionalista y feudal en un país más o menos moderno, organizado para servir a los intereses modernos de la burguesía. Pondrá la constitución inglesa a tono con las de Francia y Bélgica y coronará el triunfo de la burguesía inglesa industrial. Otro avance más sobre el frente burgués, porque cada avance de la burguesía afirma en fuerza y en extensión el régimen burgués.

A primera vista diríase que Francia es una excepción en este movimiento de avance de la clase burguesa. Los dominios que en 1830 cayeron en manos de la gran burguesía, como solar colectivo de ésta, fueron experimentando menoscabos de año en año, hasta quedar confinados a los sectores más ricos de la gran burguesía, a los ricos inactivos y a los especuladores de la bolsa. Estos últimos redujeron a merced suya a los primeros.

La parte de la burguesía que ha podido hacer frente a esta invasión, un sector de fabricantes y navieros, disminuye rápidamente. Hoy, esta minoría ha hecho causa común con la pequeña burguesía y la clase media en la campaña por la reforma electoral, y la alianza es aclamada en los llamados banquetes reformistas. Estos elementos desesperan de llegar al poder mientras se mantenga en vigor el actual sistema electoral. Tras largas vacilaciones se han decidido a prometer una parte del poder político a los sectores de la burguesía que les siguen en importancia, a los ideólogos (los más inocuos de los mortales), abogados, médicos, etc. Claro está que el día en que estas promesas hayan de convertirse en realidad está todavía muy lejano.

Vemos, pues, que en Francia se está librando una batalla ventilada ya desde hace tiempo en Inglaterra. Pero como ocurre siempre en Francia, los acontecimientos presentan aquí un carácter revolucionario más definido que en ninguna otra parte. Esta división de la burguesía en dos campos distintos y hostiles señala también un avance de la clase burguesa.

En Bélgica, la burguesía ha registrado un triunfo decisivo en las elecciones de 1847. El ministerio católico hubo de resignar los poderes, cediendo el gobierno a la burguesía liberal.

Hemos presenciado también, con la debida satisfacción, la derrota de México por los Estados Unidos. También esto representa un avance, pues cuando un país embrollado hasta allí en sus propios negocios, perpetuamente desgarrado por guerras civiles y sin salida alguna para su desarrollo, un país cuya perspectiva mejor habría sido la sumisión industrial a Inglaterra; cuando este país se ve arrastrado forzosamente al progreso histórico, no tenemos más remedio que considerarlo como un paso dado hacia adelante. En interés de su propio desarrollo convenía que México cayese bajo la tutela de los Estados Unidos.

La evolución de todo el continente americano no saldrá perdiendo nada con que éstos, tomando posesión de California, se pongan al frente del Pacífico. Y volvemos a preguntar: ¿Quién saldrá ganando con esta guerra? La respuesta es siempre la misma: la burguesía y sólo la burguesía. Los Estados Unidos han adquirido las nuevas regiones de California y Nuevo México para la creación de nuevo capital. Esto significa que en esos países surgirá una nueva burguesía y que la vieja verá aumentar sus caudales. Todo el capital creado hoy día fluye a las arcas burguesas. Y en cuanto al corte transversal que se proyecta en la península de Tehuantepec, ¿quién saldrá ganando con eso? ¿Quién puede seguir ganando sino los magnates navieros de los Estados Unidos? ¿Quién puede salir ganando con el mando sobre el Pacífico sino esos magnates navieros? ¿Quién

atenderá a las necesidades de los nuevos clientes conquistados allí para los productos industriales, de la nueva clientela que se formará en los nuevos territorios anexionados?

¿Quién sino los fabricantes de los Estados Unidos?

También aquí vemos, pues, que la burguesía ha hecho grandes progresos. Y sin embargo, los representantes de esa misma burguesía se disponen a protestar contra la guerra. ¿Por qué? Porque temen que el avance pueda costarles, en varios respectos, demasiado caro.

Hasta en los países casi bárbaros vemos avanzar a la burguesía.

En Rusia, la industria se está desarrollando a pasos agigantados y llega incluso a convertir a los boyardos en burgueses. La servidumbre va perdiendo rigor, lo mismo en Rusia que en Polonia. La burguesía se irá fortificando a expensas de los nobles y surgirá una clase de campesinos libres, que es precisamente lo que la burguesía necesita. Los judíos son perseguidos en interés del burgués cristiano, cuyo negocio se ve menoscabado por los buhoneros semitas. Los magnates feudales húngaros se están convirtiendo en trigueros, mercaderes de lana y tratantes en ganado. Ahora entran en la dieta con el carácter de burgueses. ¿Y qué decir de todos esos gloriosos progresos de la "civilización" en países como Turquía, Egipto, Túnez, Persia y otras naciones bárbaras? Esos progresos no son más que otros tantos preparativos para el advenimiento de la futura burguesía. La palabra del profeta se está cumpliendo: "¡Preparad el camino para el Señor..., levantad vuestras cabezas, oh puertas, y abríos de par en par, y que el rey de la gloria tenga paso franco!" ¿Quién es el rey de la gloria? El burgués.

Adondequiera que volvamos los ojos vemos al burgués haciendo progresos gigantescos. Le vemos con la cabeza erguida y lanzando el guante a sus enemigos. Espera un triunfo definitivo, y sus esperanzas no saldrán fallidas. Se propone organizar el mundo entero ajustándose a las ideas burguesas, y en una parte considerable de la superficie del planeta su propósito será realizado.

Todo el mundo sabe que nosotros no sentimos ningún amor por la burguesía, pero no negamos sus triunfos. Devolvemos las altivas miradas que el burgués (especialmente en Alemania) se digna lanzar sobre la banda despreciable de demócratas y comunistas. Pero no tenemos nada que oponer a la resolución burguesa de extender sus métodos por todo el orbe. Más todavía. No podemos reprimir una sonrisa irónica cuando vemos la terrible seriedad, el patético entusiasmo con que la burguesía labora. Cree real y verdaderamente que está laborando para sí misma. Es tan miope, que se imagina que su triunfo imprimirá al mundo su configuración definitiva. No ve que sus esfuerzos no hacen más que allanarnos el camino a nosotros, los demócratas y comunistas; que sólo podrán gozarse unos cuantos años en los frutos de su victoria y que luego serán arrollados. La burguesía lleva por todas partes el proletariado pegado a sus talones; en Italia y en Suiza, participando en sus batallas y compartiendo también, en parte, sus ilusiones; en Francia y en Alemania, silencioso y retraído, pero laborando inequívocamente por la caída de la burguesía; en Inglaterra y en los Estados Unidos, en abierta rebelión contra el gobierno de la clase burguesa.

Pero aún podemos hacer más. Podemos poner todas nuestras cartas boca arriba y decir sin cortapisas a la burguesía lo que bulle en nuestras cabezas. Podemos decirle sin miedo, para que lo sepa de antemano, que está laborando para nosotros, pues la burguesía, quiéralo o no, no puede dejar de luchar contra la monarquía absoluta, la nobleza y el clero. No tiene más remedio que conquistar o echarse a morir.

En Alemania no pasarán muchos días antes de que apele en nuestra ayuda.

¡Continuad batallando valientemente y sin descanso, adorables señores del capital! Todavía tenemos necesidad de vosotros; todavía os necesitamos aquí y allá como gobernantes. Vuestra misión es borrar a vuestro paso los vestigios de la Edad

Media y de la monarquía absoluta; aniquilar el patriarcalismo, centralizar la administración; convertir las clases más o menos poseedoras en verdaderos proletarios, en reclutas para vuestras filas; crear, con vuestras fábricas, vuestras relaciones y vuestros mercados comerciales, los medios materiales de que el proletariado necesita para la conquista de su libertad. En pago de todo esto os permitiremos seguir gobernando una temporada. Dictad vuestras leyes, brillad en el trono de la majestad creada por vosotros mismos, celebrad vuestros banquetes en los salones de los reyes y tomad por esposa a la hermosa princesa, pero no olvidéis que

“a la puerta os espera el verdugo...”

Reivindicaciones del Partido Comunista de Alemania[151]

(Manifiesto publicado en 1848)

Lema: *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

1.- Todo el territorio alemán formará una República, una e indivisible.

2.- Todo alemán, al llegar a los veintiún años, será elector y elegible, siempre que no esté sujeto a pena criminal.

3.- Los representantes del pueblo serán retribuidos, para que también los obreros puedan sentarse en el Parlamento del pueblo alemán.

4.- Armamento general del pueblo. Los ejércitos del futuro serán, al mismo tiempo, ejércitos de trabajadores, para que las tropas no se limiten, como hoy, a consumir, sino que produzcan más todavía de lo que cuesta su sostenimiento.

Este será, a la vez, un medio para la organización del trabajo.

5.- La administración de justicia será gratuita.

6.- Serán abolidas, sin ningún género de indemnización, todas las cargas feudales, tributos, prestaciones, diezmos, etc., que vienen pesando sobre el pueblo campesino.

7.- Las tierras de los príncipes y todas las demás posesiones feudales, así como las minas, canteras, etc., pasarán a ser propiedad del Estado. En estas fincas, los cultivos se organizarán, para el mayor provecho de la colectividad, en gran escala y con los recursos más modernos de la ciencia.

8.- Las hipotecas que pesan sobre las fincas de los campesinos se declararán propiedad del Estado. Los campesinos abonarán a éste los intereses de esas hipotecas.

9.- En las regiones en que está desarrollado el régimen de colonato, la renta o canon de la tierra se pagará al Estado en concepto de impuesto.

Todas las medidas enumeradas en los puntos 6, 7, 8 y 9 se adoptarán para poder reducir las cargas públicas y otros gravámenes que pesan sobre los campesinos y pequeños colonos, sin mermar los recursos necesarios para el sostenimiento del Estado ni poner en peligro la producción.

El terrateniente en sentido estricto, aquel que no es campesino ni colono, no tiene parte activa en la producción. Su consumo es, por tanto, un puro abuso.

10.- En vez de los bancos privados se instituirá un Banco Nacional cuyo papel tendrá curso legal.

Esta medida permitirá reglamentar el crédito en interés de todo el pueblo, minando con ello la hegemonía de los grandes capitalistas. Sustituyendo poco a poco el oro y la plata por papel moneda, abaratará el incremento indispensable del comercio burgués, el medio general de cambio, y permitirá hacer pesar el oro y la plata sobre el exterior. Finalmente, esta medida es necesaria para asociar sólidamente a la revolución los intereses de la burguesía conservadora.

---

[151] Tomado de Marx y Engels, *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 450-452. Hoja impresa a dos caras, sin fecha ni pie de imprenta.

11.- El Estado tomará en sus manos todos los medios de transporte: ferrocarriles, canales, buques de vapor, caminos, correos, etc., convirtiéndolos en propiedad del Estado y poniéndolos gratuitamente a disposición de la clase privada de medios.

12.- En la retribución de los funcionarios todos del Estado no habrá más diferencia sino que los que tengan familia, y por tanto más necesidades, percibirán un sueldo mayor.

13.- Separación radical de la Iglesia y el Estado. Los sacerdotes de todas las confesiones serán retribuidos voluntariamente por sus fieles.

14.- Restricción del derecho de herencia.

15.- Implantación de fuertes impuestos progresivos y abolición de los impuestos de consumos.

16.- Creación de talleres nacionales. El Estado garantiza a todos los trabajadores su existencia y subviene a la de los incapacitados para trabajar.

17.- Instrucción pública general y gratuita.

Es interés del proletariado alemán, de la pequeña burguesía y de la clase campesina, laborar con toda energía por la implantación de las medidas que quedan enumeradas, pues sólo poniendo en práctica estas medidas podrán los millones de hombres que hasta hoy viven en Alemania explotados por un puñado de individuos, y a quienes se pretenderá seguir manteniendo en la opresión, conquistar sus derechos y ocupar el poder que les corresponde como creadores de toda la riqueza.

El Comité:
Carlos Marx; H. Bauer; J. Moll; Carlos Schapper; F. Engels y G. Wolff

Federico Engels: [discurso sobre Polonia][152]

(Discurso pronunciado por Engels en el mitin organizado por la Asociación Democrática de Bruselas el 22 de febrero de 1848)

Caballeros,

La insurrección cuyo aniversario celebramos hoy ha fracasado. Tas algunos días de heroica resistencia, Cracovia fue tomada, y el fantasma sangriento de Polonia, que se había erguido por unos instantes ante los ojos de sus asesinos, volvió a descender a la tumba.

La revolución de Cracovia terminó con una derrota, una derrota muy deplorable. Rindamos a los héroes caídos sus últimos honores, lamentemos su fracaso, expresemos nuestra solidaridad con los veinte millones de polacos cuyas cadenas se han visto tensadas por este fracaso.

---

[152] Versión al castellano desde "Discours de Friedrich Engels sur la Pologne", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 127-133. También para las notas. Marx y Engels pronunciaron un discurso el 22 de febrero de 1848 en honor de la insurrección de Cracovia de febrero de 1846 en una reunión organizada por la Asociación Democrática de Bruselas.
La actividad del partido se injerta en acontecimientos de verdadero significado histórico revolucionario, y las relaciones de solidaridad entre los revolucionarios se forjan con ocasión de manifestaciones desencadenadas por esos acontecimientos o incluso se crean organizaciones obreras.
Los dos discursos que reproducimos a continuación explican el interés (tanto teórico como práctico) de Marx y Engels por los movimientos democráticos nacionales, incluso burgueses, siempre que sean progresistas y preparen las condiciones para la lucha del proletariado.
La I Internacional fue creada precisamente bajo estas condiciones. Como sabemos, la reunión inaugural de la AIT se convocó para proclamar la solidaridad de los obreros europeos con los polacos (siguiendo una circular de los obreros ingleses a los franceses) y con los armenios oprimidos por Rusia. De hecho, la revuelta polaca de 1863-1864 fue el punto de partida de las luchas que llevaron a la sistematización de las naciones modernas de Europa central y meridional en 1870 y al derrocamiento del bonapartismo, y por lo tanto a la gloriosa Comuna de París.
La plena solidaridad obrera con la reivindicación de la independencia nacional de Polonia, oprimida por el zarismo y las oligarquías austríaca y prusiana, es por lo tanto de suma importancia: expresa no sólo un juicio histórico formulado en escritos teóricos, sino también un verdadero despliegue político de fuerzas para la futura Primera Internacional. Al ofrecer a Polonia todo el apoyo de las clases obreras europeas, la revuelta polaca se convirtió en la palanca de una situación revolucionaria internacional: la lucha del proletariado contra la burguesía (Comuna de París).
Para vincular la revuelta polaca a la creación de la Internacional Obrera, no bastaba con que los dirigentes del partido obrero tuvieran sentido del olfato. También necesitaban un sentido revolucionario excepcionalmente fuerte y, sobre todo, un conocimiento científico de la historia europea, de los mecanismos que vincularan los trastornos de la base económica con los fenómenos de la voluntad de una clase que debe organizarse para intervenir en las relaciones sociales. Era necesario, por ejemplo, conocer el peso de la contrarrevolución zarista rusa en el equilibrio conservador de toda Europa, y la importancia de cualquier revuelta contra este enemigo número uno de las revoluciones del siglo XIX.
Hoy en día, el movimiento de emancipación de los pueblos coloniales desempeña el mismo papel que un detonante para el movimiento obrero.

Pero, caballeros, ¿es todo lo que tenemos que hacer? ¿Es suficiente derramar una lágrima sobre la tumba de un país desafortunado y jurar a sus opresores un odio implacable pero hasta ahora impotente?

¡No, caballeros! ¡No! El aniversario de la insurrección de Cracovia no es solo un día de luto, es un día de celebración para nosotros, los demócratas; porque la derrota en sí misma contiene una victoria, una victoria cuyos frutos siguen siendo nuestros, mientras que los resultados de la derrota son solo pasajeros.

Esta victoria es la victoria de la joven Polonia democrática sobre la vieja Polonia aristocrática[153].

Sí, la última lucha de Polonia contra sus opresores extranjeros estuvo precedida *por una lucha oculta, oculta pero decisiva dentro de la misma Polonia[154]*, la lucha de los polacos oprimidos contra los polacos opresores, la lucha de la democracia contra la aristocracia polaca.

Comparad 1830 y 1846, comparad Varsovia y Cracovia. En 1830, la clase dominante polaca era tan egoísta, tan estrecha de miras y tan cobarde en la legislatura como era de devota, entusiasta y valiente en el campo de batalla.

¿Qué quería la aristocracia polaca en 1830? Salvaguardar sus derechos adquiridos frente al emperador. Limitó la insurrección a ese pequeño país al que complació al Congreso de Viena llamar el Reino de Polonia; retuvo el impulso de las otras provincias polacas; dejó intacta la aburrida esclavitud de los campesinos, la infame condición de los judíos. Si en el curso de la insurrección la aristocracia tuvo que hacer concesiones al pueblo, lo hizo sólo cuando ya era demasiado tarde, cuando la insurrección estaba perdida.

---

[153] Mientras la lucha sea por objetivos "democráticos", el partido comunista utiliza una táctica "indirecta" que se aplica mientras las tareas burguesas sigan siendo progresistas en un país. En todos los textos de este período que reproducimos, el partido adopta esta táctica "indirecta". En el último capítulo de *El Manifiesto*, Marx y Engels formularon concisamente esta táctica válida para los comunistas de los países atrasados, como Polonia y Alemania:

"En Polonia, los comunistas apoyan al partido que sostiene la revolución agraria, como condición previa para la emancipación nacional del país, al partido que provocó la insurrección de Cracovia en 1846.

En Alemania, el partido comunista luchará al lado de la burguesía, mientras ésta actúe revolucionariamente, dando con ella la batalla a la monarquía absoluta, a la gran propiedad feudal y a la pequeña burguesía.

Pero todo esto sin dejar un solo instante de laborar entre los obreros, hasta afirmar en ellos con la mayor claridad posible la conciencia del antagonismo hostil que separa a la burguesía del proletariado, para que, llegado el momento, los obreros alemanes estén prestos a volver contra la burguesía, como otras tantas armas, esas mismas condiciones políticas y sociales que la burguesía, una vez que triunfe, no tendrá más remedio que implantar; para que en el instante mismo en que sean derrocadas las clases reaccionarias comience, automáticamente, la lucha contra la burguesía.

Las miradas de los comunistas convergen con un especial interés sobre Alemania, pues no desconocen que este país está en vísperas de una revolución burguesa y que esa sacudida revolucionaria se va a desarrollar bajo las propicias condiciones de la civilización europea y con un proletariado mucho más potente que el de Inglaterra en el siglo XVII y el de Francia en el XVIII, razones todas para que la revolución alemana burguesa que se avecina no sea más que el preludio inmediato de una revolución proletaria.

Resumiendo: los comunistas apoyan en todas partes, como se ve, cuantos movimientos revolucionarios se planteen contra el régimen social y político imperante."

Estas consignas, extraídas de amplios estudios y luchas militantes en círculos restringidos, se transformarán en la hora de la crisis revolucionaria (1848-1849): ¡la teoría devendrá una ardiente realidad y los discursos disparos de fusil!

[154] Cursivas de Roger Dangeville. EIS.

Digámoslo alto y claro: la insurrección de 1830 no fue ni una revolución nacional (excluyó tres cuartas partes de Polonia) ni una revolución social o política; no cambió la situación anterior del pueblo: fue una revolución conservadora[155].

Pero en el seno de esta revolución conservadora, dentro del propio gobierno nacional, hubo un hombre que atacó fuertemente los puntos de vista estrechos de la clase dominante. Propuso medidas verdaderamente revolucionarias y ante cuya audacia retrocedieron los aristócratas de la Dieta. Al llamar a toda la antigua Polonia a las armas, convirtiendo así la guerra por la independencia polaca en una guerra europea, emancipando a judíos y campesinos, implicándolos en la propiedad de la tierra, reconstruyendo Polonia sobre la base de la democracia y la igualdad, quiso hacer de la causa nacional la causa de la libertad; quiso identificar los intereses de todos los pueblos con los del pueblo polaco[156]. El hombre cuyo genio concibió este plan tan vasto y a la vez tan simple, este hombre, ¿necesito nombrarlo? Fue Lelewel.

En 1830, estas propuestas fueron constantemente rechazadas por la ceguera egoísta de la mayoría aristocrática. Pero estos principios maduraron y se desarrollaron a través de la experiencia de quince años de servidumbre, estos mismos principios los vimos escritos en la bandera de la insurrección de Cracovia de 1846. En Cracovia, como pudimos ver muy bien, ya no había hombres que tuvieran mucho que perder; no había aristócratas; cualquier decisión que se tomase llevaba la impronta de esa audacia democrática, diría que casi proletaria, que sólo tiene que perder su miseria, y que tiene que ganar a todo un país, a todo un mundo. No hubo vacilaciones ni escrúpulos; los tres poderes fueron atacados al mismo tiempo; se proclamó la libertad de los campesinos, la reforma agraria y la emancipación de los judíos, sin preocuparse ni por un momento de si esto podía ofender algún interés aristocrático[157].

---

[155] El estratega militar Engels nunca deja de considerar las actitudes de clase hacia los demás dentro de una nación para determinar las posibilidades de un levantamiento: "Los piamonteses (después de los españoles, los alemanes, etc.) cometieron un grave error al oponer sólo un ejército regular a los austriacos, es decir, al querer librar una honesta y tradicional guerra burguesa contra ellos. Un pueblo que quiere conquistar su independencia no debe limitarse a los medios de guerra convencionales. El levantamiento masivo, la guerra revolucionaria, las guerrillas generalizadas, son los únicos medios de que dispone un pueblo pequeño para derrotar a una nación grande, el único medio por el que un ejército más débil puede hacer frente a un ejército más fuerte y mejor organizado. ("La derrota de los piamonteses". *La nueva gaceta renana*, 1-4-1849)

[156] Las grandes experiencias de una crisis revolucionaria nunca se pierden para los países que se encuentran en la misma etapa de su historia, si el partido (del cual es una de sus principales funciones) ha sido capaz de acumularlas para convertirlas en su programa de acción: "La Guerra Magyar de 1849 tiene muchos rasgos comunes con la Guerra de Polonia de 1830-1831. Pero se diferencia de ella en que ahora tiene todas las oportunidades de las que carecían los polacos en ese momento. Sabemos que en 1830 Lelewel exigió enérgicamente, pero sin éxito: l.- que se encadenase a la gran masa de la población a la revolución emancipando campesinos y judíos; 2.- que la revolución de la vieja sociedad polaca se transformara en una *guerra europea* que la relanzase la revolución proletaria en París en 1850, involucrando en una guerra a las tres potencias que compartían el país. Lo que se impuso a los polacos en 1831, *cuando ya era demasiado tarde, es lo que los magiares comienzan hoy*. La primera medida en Hungría fue la revolución social interna y la destrucción del feudalismo; la participación de Polonia y Alemania en la guerra fue la segunda medida: en adelante, fue la guerra europea. Esto fue un hecho consumado con la entrada del primer cuerpo del ejército ruso en territorio alemán. ("Hungría", *La nueva gaceta renana*, 19-5-1849)

[157] Uno de los secretos del fracaso de la burguesía alemana en *su* revolución nacional democrática es su incapacidad para coordinar su acción con la del campesinado esclavizado por los poderosos feudales a fin de ganarla para su causa. La burguesía francesa llevó a cabo con maestría esta alianza *política*, involucrando masivamente a los campesinos en las filas del ejército revolucionario.

En la política proletaria, fue Lenin quien comprendió todo el potencial revolucionario campesino y supo cómo usarlo. Así pudo recuperar a Marx y Engels, que nunca subestimaron la importancia de la cuestión agraria para el movimiento revolucionario. Engels, autor de *La guerra de los campesinos en Alemania*

La revolución de Cracovia no se fijó el objetivo de restaurar la vieja Polonia, ni de preservar lo que los gobiernos extranjeros habían dejado atrás de las viejas instituciones polacas: no era ni reaccionaria ni conservadora. No, era la más hostil a la propia Polonia, bárbara, feudal, aristocrática, basada en la servidumbre de la mayoría del pueblo. Lejos de restaurar esta antigua Polonia, quería derribarla de arriba abajo y construir sobre sus escombros, con toda una nueva clase, con la mayoría del pueblo, una nueva Polonia, moderna, civilizada, democrática, digna del siglo XIX, y que fuese, en realidad, el centinela avanzado de la civilización.

La diferencia entre 1830 y 1846, el inmenso progreso realizado en el corazón mismo de la infeliz, sangrienta y desgarrada Polonia, es: la aristocracia polaca separada completamente del pueblo polaco y arrojada a los brazos de los opresores de su patria; el pueblo polaco ganó irrevocablemente la causa democrática; finalmente, la lucha de clases, causa motriz detrás de todo el progreso social, establecida en Polonia como aquí. Tal es la victoria de la democracia constatada por la revolución de Cracovia; este es el resultado que seguirá dando sus frutos cuando se haya vengado la derrota de los insurgentes.

Sí, caballeros, a través del levantamiento de Cracovia, la causa polaca, de nacional que era, se ha convertido en la causa de todos los pueblos; de una cuestión de simpatía en una cuestión de interés para todos los demócratas. Hasta 1846, teníamos un crimen que vengar, ahora tenemos que apoyar a los aliados, y lo haremos.

Y es sobre todo Alemania la que felicitarse con satisfacción por esta explosión de las pasiones democráticas de Polonia. Nosotros mismos estamos al borde de una revolución democrática[158]; tendremos que luchar contra las hordas bárbaras de Austria y Rusia. Antes de 1846, podíamos tener dudas sobre la posición de Polonia en el caso de una revolución democrática en Alemania. La revolución de Cracovia las descartó. A partir de ahora, el pueblo alemán y el pueblo polaco son aliados irrevocables: tenemos los mismos enemigos, los mismos opresores, porque el gobierno ruso pesa tanto sobre nosotros como sobre los polacos. La primera condición para la liberación, tanto de

---

(1850), obra a menudo incomprendida por los marxistas posteriores, analiza el fracaso político de la burguesía alemana en 1848-1850 de la siguiente manera: "En Prusia, el campesinado se había aprovechado de la revolución, al igual que en Austria, aunque mostraba menos energía (ya que en general estaba un poco menos oprimido por el feudalismo) para deshacerse de todos los obstáculos feudales de un solo golpe. Pero la burguesía se volvió inmediatamente contra él, su aliado más antiguo e indispensable. Los demócratas (tan horrorizados como la burguesía por los llamados ataques a la propiedad privada) también se abstuvieron de apoyarlo, y así, después de tres meses de emancipación, luchas sangrientas y expediciones militares, particularmente en Silesia, *el feudalismo fue restaurado por las propias manos de la burguesía, ayer todavía antifeudal*. Al hacerlo, se condenó a sí misma de la manera más definitiva y rigurosa. Una traición similar a sus mejores aliados, de por sí, nunca ha sido cometida por ningún partido en la historia. Cualesquiera que sean las humillaciones, cualesquiera que sean los castigos reservados para el partido burgués por este único acto, los habrá merecido todos sin excepción."

Durante el curso de los mismos acontecimientos, Wilhelm Wolff (a quien Marx dedicó más tarde *El Capital*) trató ampliamente esta cuestión en *La nueva gaceta renana*. Estos artículos fueron publicados bajo el título *Los miles de millones silesianos*, con una introducción de Engels.

En general, al campesinado, del que dependió el destino de la revolución de 1848 y de la Comuna de 1871, no se le da el lugar que le corresponde.

[158] Esta frase es una variante de la de *El Manifiesto*, que prescribe las tareas a realizar en la revolución que se avecina: "Es en Alemania donde los comunistas centran su atención principalmente. Este país está en vísperas de una revolución burguesa", democracia y burguesía siendo sinónimos. No es contradictorio que un comunista desee una revolución burguesa mientras sea progresista, porque choca con el orden establecido, altera las condiciones existentes y permite que la lucha por el socialismo continúe. Por eso las burguesías de los países ya capitalistas unen sistemáticamente sus fuerzas contra una revolución burguesa en un nuevo país, como lo demostró de manera clásica la Revolución Francesa de 1789, que vio nacer la Santa Alianza de todos los estados ya establecidos.

Alemania como de Polonia, es el derrocamiento del actual estado político de Alemania, la caída de Prusia y Austria, la rechazo de Rusia más allá de Dniéster y Dvina.

La alianza de las dos naciones no es por lo tanto un sueño hermoso, una ilusión encantadora; no, caballeros, es una necesidad inevitable, resultante de los intereses comunes de ambas naciones, y se ha convertido en una necesidad a través de la revolución de Cracovia. El pueblo alemán, que hasta ahora no ha tenido casi nada más que palabras, actuará por sus hermanos polacos; y así como nosotros, los demócratas alemanes, ofrecemos aquí la mano de los demócratas polacos, así también todo el pueblo alemán celebrará su alianza con el pueblo polaco en el mismo campo de la primera batalla ganada juntos contra nuestros opresores comunes[159].

---

[159] La iniciativa de fundar una Internacional Obrera debía basarse en el proletariado más avanzado de la época, el de Inglaterra, muy preocupado por las cuestiones imperialistas.
En febrero de 1846, el cartista Harney dijo en una reunión de la asociación de Londres de los comunistas alemanes: "Llamo a las clases oprimidas de todos los países a unirse por la causa común. La liberación del yugo ruso y austriaco no es suficiente por sí sola. No necesitamos un reino de Italia. Necesitamos la soberanía de los pueblos de estos países". Y precisó que esta causa del pueblo era "la causa del trabajo, del trabajo esclavizado y explotado", porque "¿no son las reivindicaciones y la miseria las mismas entre los trabajadores de todas las naciones? Entonces, ¿por qué no debería ser su buena causa? Un golpe a la libertad en el Tajo es un golpe a los amigos de la libertad en el Támesis; un éxito del republicanismo en Francia significaría el fin de la tiranía en otros países; y la victoria de los cartistas democráticos ingleses significaría la liberación de millones de hombres en toda Europa".
Se creó un comité internacional, el embrión de la futura I Internacional, sobre la base de la lucha por la liberación del yugo absolutista.
En noviembre de 1847, Schapper, en nombre de la organización de Bruselas, recibió el mandato de discutir la convocatoria en 1848 de un "congreso de trabajadores de todas las naciones para establecer la libertad en todo el mundo". Proclamó: "¡Obreros ingleses! Cumplid esta misión y seréis valorados como emancipadores de toda la humanidad". Los organizadores ingleses respondieron: "La conspiración de los reyes, la Santa Alianza, debe ser combatida por la de los pueblos. Estamos convencidos de que debemos dirigirnos a la gente real, a los proletarios que, cada día, derraman su sangre y sudor bajo la presión del sistema social actual, para que realice la fraternidad."

La Asociación Democrática de Bruselas a los Demócratas Fraternales reunidos en Londres[160]

Recibimos vuestra carta el pasado mes de diciembre; inmediatamente examinamos y discutimos vuestra propuesta de un *congreso democrático de todas las naciones* y un intercambio mensual de correspondencia entre vuestra asociación y la nuestra.

Habéis propuesto celebrar el primer congreso democrático aquí en Bruselas y convocar el segundo en Londres; celebrar el primer congreso organizado por nuestra asociación para el aniversario de la revolución belga, el próximo mes de septiembre, y preparar el programa por el comité de nuestra asociación: todas estas propuestas han sido aceptadas con unanimidad y entusiasmo.

La oferta de intercambiar regularmente correspondencia mensual con nuestra sociedad también ha sido recibida con gran entusiasmo.

Ahora nos gustaría ofreceros una breve visión general de nuestros progresos y de la situación general de nuestra causa.

El estado de nuestra asociación es tan próspero como se podría desear. El número de nuestros miembros aumenta de semana en semana, y la participación del público en general, y de la clase obrera en particular, en nuestras actividades aumenta en la misma medida.

La mejor demostración de nuestra fuerza es, sin embargo, el interés despertado en las provincias de este país por nuestro movimiento. Las principales ciudades de Bélgica nos han pedido que les enviemos delegados para establecer asociaciones democráticas similares a la nuestra y establecer relaciones permanentes con la asociación de la capital.

Hemos dedicado toda nuestra atención a esos llamamientos. Enviamos una delegación a Gantes para celebrar una reunión pública con el fin de crear una rama local. Esta reunión atrajo a mucha gente, y nuestra delegación, compuesta por inmigrantes de diferentes nacionalidades, fue recibida con un entusiasmo indescriptible. Inmediatamente allí mismo se decidió la fundación de una sociedad democrática, y los nombres de los miembros fueron inscritos inmediatamente en una lista. Posteriormente, recibimos de Gantes la noticia de la constitución definitiva de esta asociación, así como la celebración de una segunda reunión en la que el número de participantes y el entusiasmo fueron aún mayores. Asistieron más de tres mil ciudadanos, y nos complace poder decir que la mayoría de ellos eran obreros.

Consideramos que los progresos realizados en Gantes son uno de los mayores éxitos de nuestra causa en este país. Gantes es, de hecho, la ciudad industrial más grande de Bélgica con más de cien mil habitantes. Es en gran medida el centro de

---

[160] Versión al castellano desde "L'Association démocratique de Bruxeles aux Démocrates fraternels réunis à Londes", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roges Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 143-145. También para las notas. Publicado en *The Norten Star* del 4 de marzo de 1848. Durante su estancia en Londres, de finales de noviembre a principios de diciembre, con vistas a participar en el Segundo Congreso de la Liga de los Comunistas, Marx y Engels contactaron, entre otros, con los Demócratas Fraternales y decidieron establecer relaciones más estrechas con ellos. En estas discusiones, Marx intervino en nombre de la Asociación Democrática de Bruselas.

atracción para toda la población trabajadora de Flandes. La posición de Gantes es decisiva para todo el movimiento obrero del país. Esto es lo que nos permite creer que la participación de los obreros de las fábricas de este Manchester belga en la renovación del movimiento puramente democrático puede considerarse como la señal de la adhesión de todos los proletarios belgas a nuestra causa.

En nuestra próxima carta confiamos en poder informarles de los progresos realizados en otras ciudades del país, *para llegar así gradualmente a la formación de un partido democrático fuerte, unido y organizado en Bélgica.*

Compartimos plenamente las posiciones que defendisteis en vuestro reciente llamamiento a la clase obrera de Gran Bretaña e Irlanda sobre la cuestión de la "defensa nacional"[161]. Deseamos que este llamamiento contribuya de manera significativa a ilustrar al pueblo inglés sobre sus verdaderos enemigos.

También hemos seguido con gran alegría los pasos que habéis dado en relación con la masa de los cartistas ingleses, con el fin de concluir finalmente una sólida alianza entre el pueblo de Irlanda y el pueblo de Gran Bretaña. Hemos llegado a la conclusión de que ahora es más probable que nunca que vosotros superéis las causas que han hecho que el resentimiento del pueblo irlandés confunda, en un odio común, a las clases oprimidas de Inglaterra con los opresores de ambos países.

Esperamos que la dirección de los movimientos populares de ambos países se reúna pronto en manos de Feargus O'Connor, y consideramos que la próxima alianza entre las clases oprimidas de ambos países, bajo la bandera de la democracia, es el progreso más importante de nuestra causa en general.

Concluimos enviándoles nuestros saludos fraternales.

El comité de la Asociación Democrática: L. Jottrand, Presidente; K. Marx, Vicepresidente; A. Picard, Secretario

[161] El *Northern Star* había publicado el "Address to the Workers of Great Britain and Ireland" (Llamamiento a los obreros de Gran Bretaña e Irlanda), lanzado por los Demócratas Fraternales para exponer la maniobra de las clases dominantes inglesas que afirmaban que Francia quería atacar las costas británicas (intentaban desviar a las masas de las luchas populares y democráticas a través de la propaganda chovinista). El llamamiento llamaba a los obreros a resistir a todos "los conspiradores que incitan al odio de un pueblo hacia otro con sus mentiras, para hacer creer a la gente que los hombres de diferentes países son naturalmente enemigos unos de otros".

Carlos Marx: "El **Débat social** *del 6 de febrero sobre la Asociación Democrática"*[162]

13 de febrero de 1848

El *Débat social* del 6 de febrero pretende defender la Asociación Democrática de Bruselas y sus diferentes secciones locales. Nos gustaría hacer algunas observaciones sobre el arte y la forma de esta defensa.

Puede ser útil para el partido radical belga demostrar a los católicos que están actuando en contra de sus propios intereses cuando atacan al partido radical belga. Puede ser útil para el mismo partido distinguir entre clero bajo y alto y felicitar al clero en general por las verdades que una fracción de ellos dice. No tenemos nada que ver con eso. Sin embargo, nos sorprende que *Débat* no se haya dado cuenta de que los periódicos católicos de Flandes reproducen de forma inmediata y entusiasta los ataques llevados a cabo contra las asociaciones democráticas por el diario liberal *l'Independance belge* que, por lo que sabemos, no tiene vínculos católicos.

El *Débat social* declara que los belgas reclaman reformas políticas a través de asociaciones democráticas. Sin embargo, *Débat* olvida mencionar en esta ocasión el carácter internacional de la Asociación Democrática. Pero tal vez no lo olvidó realmente. ¿No sabe que una asociación que se esfuerza por promover la democracia en todos los países debe actuar primero en el país donde reside?

El *Débat social* no se contenta sólo con decir lo que los belgas se proponen conseguir a través de asociaciones democráticas, sino que va más allá y dice lo que los belgas no pretenden conseguir; en otras palabras, lo que no *deben* querer cuando forman parte de estas asociaciones que los belgas han creado.... para exigir reformas políticas. *¡Aviso a navegantes extranjeros!*

El *Débat* escribe: "Las reformas políticas que los belgas quieren exigir, a través de asociaciones democráticas, no forman parte de las utopías [comunistas] que algunos demócratas persiguen en países donde las instituciones sociales no ofrecen ninguna esperanza de reformas efectivas, donde por lo tanto parece tan razonable soñar con castillos en la Luna como soñar con el modesto bienestar del que ya gozan los pueblos libres. El que no tiene nada puede soñar a la vez con millones y con cien francos de ingresos o beneficios."

Débat aquí obviamente se refiere a los comunistas.

---

[162] Versión al castellano desde "Le 'Débat social' du 6 février sur l'Association démocratique", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 145-149. También para las notas. Publicado en *Deutsche Brüsseler Zeitung*, del 13 de febrero de 1848.
En respuesta a un artículo del semanario belga de tendencia burguesa radical y democrática (el *Débat social*), Marx aclara, por un lado, el papel de las asociaciones democráticas en Bélgica y, por otro, la posición de los comunistas hacia los utópicos y demócratas en general.
Con el estallido de la revolución de febrero, los acontecimientos políticos pronto darán un giro más concreto, con Bélgica amenazada con una revolución similar a la de París. El gobierno real, sintiendo el peligro, finalmente expulsó a Marx de Bruselas, ya que Engels había llegado de París poco antes.

Nos gustaría preguntarle si el "modesto bienestar" de la "libre" Inglaterra se refleja en el hecho de que el gasto en pobres está creciendo más rápidamente que la población.

Nos gustaría preguntarle si también incluye la miseria flamenca en el "modesto bienestar de los pueblos libres".

Quisiéramos que aclarase este misterio: ¿cómo se las arreglará para poner un salario en lugar de los "cien francos de renta o beneficio"? ¡Pero sin duda alguna se refiere al "modesto bienestar de los pueblos libres" como el modesto bienestar de los capitalistas y terratenientes libres!

Por último, nos gustaría preguntarle si la Asociación Democrática de Bruselas le ha pedido que haga que los utópicos que no creen "en la modesta felicidad de los pueblos libres" parezcan mentirosos.

Sin embargo, el *Débat social* no se refiere en absoluto a los comunistas, sino a los *comunistas alemanes* que (porque las condiciones políticas de su país no les permiten crear ni una Alianza Alemana ni una "Asociación Liberal") en su desesperación caen en los brazos del comunismo.

Llamamos la atención del *Débat* sobre que el comunismo tiene su origen en Inglaterra y Francia, no en Alemania.

En cualquier caso, ofrecemos a *Débat* la siguiente seguridad a cambio de la suya: el comunismo alemán es el enemigo más decidido de todo utopismo y, lejos de excluir el desarrollo histórico, se basa más bien en él.

Por supuesto, Alemania está muy retrasada en el desarrollo político, y todavía tiene que pasar por largas fases políticas. Somos los últimos en negarlo. Pero, por otro lado, creemos que un país de más de cuarenta millones de habitantes no buscará la medida de su movimiento en el radicalismo de los pequeños países libres[163] a la hora de prepararse para una revolución.

¿*Débat* entiende que el comunismo hace resaltar las oposiciones de clase y la lucha de clases? Pero no es el comunismo el que es comunista, sino la economía y la sociedad política burguesas. Sabemos que Robert Peel profetizó que el antagonismo de clase de la sociedad moderna debería estallar en una crisis terrible. Sabemos que el propio Guizot, en su historia de civilización, no ha hecho más que exponer formas específicas de lucha de clases. Pero, por supuesto, Peel y Guizot son utópicos, y realistas son aquellos que consideran las manifestaciones de la realidad social como un ataque al entendimiento indulgente de la vida. ¡Libre es el *Débat social* para admirar e idealizar a Norteamérica y Suiza! Simplemente le preguntamos si la constitución política de América del Norte podría introducirse en Europa sin grandes trastornos sociales.

Que *Débat* nos perdone si somos lo suficientemente ilusorios como para creer que la reivindicación de la Carta inglesa no fue establecida por unos pocos buenos espíritus que soñaban con el sufragio universal, sino por un gran partido nacional que a su vez implicaba un largo proceso de unificación de la clase obrera inglesa. Sin embargo, esta Carta se reclama con un propósito completamente diferente al de las constituciones de Estados Unidos y Suiza, y también tendrá consecuencias sociales

---

[163] Marx sabe muy bien que la mayoría de los países pequeños de Europa son o supervivencias del pasado o creaciones reaccionarias de la Santa Alianza contrarrevolucionaria. De hecho, Engels señaló, en medio de una crisis revolucionaria, que "la guerra civil no se había extendido a Bélgica; no estaba la mitad de Europa en sus fronteras para conspirar, con los rebeldes, como ya lo estaba haciendo Francia en 1793", (*La nueva gaceta renana*, 3-9-1848 : "Las condenas a muerte de Anveres")

absolutamente diferentes[164]. En nuestra opinión, quienes separan las formas políticas de su fundamento social y las presentan como dogmas abstractos y generales son los utópicos.

El *Débat social* pretende defender a la Asociación Democrática eliminando al mismo tiempo a "algunos demócratas" que no están satisfechos con el "modesto bienestar de los pueblos libres". Esto es lo que se desprende de sus comentarios sobre el debate de la cuestión del librecambio en el seno de la asociación. *Débat* escribe: "Se dedicaron seis sesiones a la discusión de esta interesante cuestión, y muchos obreros de los distintos talleres de nuestra ciudad aprovecharon la oportunidad para destacar razones que no habrían estado en el lugar equivocado en el famoso congreso de economistas celebrado en Bruselas el pasado mes de septiembre."

Previamente, el *Débat social* también señala que la asociación se ha declarado prácticamente unánimemente a favor de la libertad absoluta de intercambios entre los pueblos, como objetivo de la democracia.

Luego, en el mismo número, *Débat* reproduce un discurso del Sr. Le Hardy Beaulieu, una verdadera colección de los residuos más corruptos de la cocina de los librecambistas ingleses. Y para acabar, celebra al liberal Cobden.

¿Quién dudaría después de esta presentación del *Débate social* de que la asociación haya votado por una amplia mayoría a favor del librecambio en el sentido del congreso de economistas y de los librecambistas burgueses[165]?

---

[164] Ya en 1843, Engels escribió: "La evolución política de Francia muestra claramente cómo debería desarrollarse la historia futura de los cartistas ingleses [Napoleón o Babeuf].
"La Revolución Francesa desarrolló la democracia en Europa. La democracia es una contradicción de términos, una mentira y, básicamente, pura hipocresía (una teología, como dirían los alemanes). Y esto se aplica, en mi opinión, a todas las formas de gobierno. La libertad política es una parodia y la peor esclavitud posible; esta libertad ficticia es la peor esclavitud. Lo mismo ocurre con la igualdad política: por eso hay que hacer pedazos la democracia y cualquier otra forma de gobierno." (Ver "Progreso de las reformas sociales en el continente", 4-11-1843) Este largo artículo traza la evolución del programa y la historia de los partidos comunistas de Inglaterra, Francia y Alemania, cuyo marxismo ha hecho una nueva síntesis [próxima publicación en esta serie de las EIS].
En Inglaterra, a los ojos de Marx y Engels, las reivindicaciones del cartismo obrero no debían conducir a un gobierno parlamentario burgués, sino a una revolución violenta: "El sufragio universal, que fue en 1848, en Francia, una fórmula para la confraternización general, es en Inglaterra un grito de guerra. En Francia, el contenido inmediato de la revolución fue el sufragio universal; en Inglaterra, el contenido inmediato del sufragio universal es la revolución." (Marx, *Neue Oder-Zeitung*, 8-6-1855)

[165] Marx quiere distinguir entre su posición sobre el librecambio y la de los economistas burgueses (quienes, además, eran muy conscientes de esta diferencia, ya que rechazaron a Marx el uso de la palabra en su Congreso de Bruselas en septiembre de 1847).

Carlos Marx: Al Sr. Julian Harney, Editor del periódico **Northern Star**, *Secretario de la asociación Fraternal Democrats en Londres*[166]

Bruselas, 28 de febrero de 1848

Usted ya está familiarizado con la gloriosa revolución que acaba de producirse en París.

Tenemos que informarles que, como resultado de este importante acontecimiento, la Asociación Democrática ha establecido aquí una agitación pacífica, pero enérgica, para obtener, a través de los canales específicos de las instituciones políticas belgas, los avances que el pueblo francés acaba de ganar.

Las siguientes resoluciones fueron adoptadas por las más entusiastas aclamaciones:

1. La Asociación Democrática se reunirá todas las noches y el público será admitido;

2. En nombre de la Asociación, se enviará al gobierno provisional de Francia un llamamiento para expresar nuestras simpatías hacia la revolución del 24 de febrero 28;

3. Al Consejo Municipal de Bruselas se le presentará un llamamiento, invitándole a mantener la paz pública y evitar cualquier derramamiento de sangre organizando fuerzas municipales compuestas por la guardia civil en general, es decir, por los burgueses armados en circunstancias ordinarias, y los artesanos que pueden estar armados en tiempos extraordinarios, de acuerdo con las leyes del país. Así, las armas serán confiadas a la clase media y también a la clase obrera[167].

Le informaremos, con la mayor frecuencia posible, de los pasos y progresos que demos en el futuro.

Esperamos que pronto consiga, por su parte, que la "Carta del Pueblo" se convierta en ley en su país, y que luego le sirva para lograr otros progresos.

Por último, le invitamos a que se mantenga en comunicación frecuente con nosotros en esta importante crisis y a que nos envíe todas las noticias de su país que puedan tener un efecto positivo en el pueblo belga.

---

[166] Versión al castellano desde "A M. Julian Harney, rédacteur du journal "Northern Star", secrétaire de l'association "Fraternal Democrats" à Londres", en Marx y Engels *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 149-150. También para las notas.

[167] No se podría haber reivindicado de forma más clara y "plausible" el armamento del pueblo durante la crisis revolucionaria. Para actuar de forma revolucionaria, repetirá Engels, no se necesita blandir en todo lugar y circunstancia la consigna *revolución*. [El lector puede ver, por ejemplo, la historia del Comité Militar Revolucionario ruso en la revolución de 1917 en la obra de Trotsky publicada en estas EIS *1917. El año de la revolución*]

Federico Engels: carta a Carlos Marx sobre la acción de Colonia, 9 marzo 1848[168]

El asunto de Colonia es desagradable. Nuestros tres mejores hombres están en prisión. Pude hablar con uno de los que participaron activamente en el asunto. Querían iniciar una acción, pero en lugar de conseguir armas (que eran fáciles de conseguir) fueron a manifestarse, desarmados, frente al ayuntamiento, donde fueron capturados. Se afirma que la tropa les era favorable en su mayor parte. Este asunto se inició de una manera estúpida e imprudente. Si el informe que recibí de ellos es correcto, muy fácilmente podrían haber dado un gran golpe, y en dos horas todo se habría completado. Pero todo fue organizado de una manera tremendamente tonta[169].

Parece que, además, nuestros viejos amigos de Colonia también actuaron muy suavemente, a pesar de que habían decidido dar un gran golpe. El pequeño d'Ester, Daniels y Bürgers, estuvieron allí durante unos momentos, pero se marcharon muy rápidamente, aunque la presencia del pequeño doctor (d'Ester) habría sido completamente necesaria en el Ayuntamiento[170].

Aparte de eso, las noticias de Alemania son excelentes. En Nassau, la revolución fue un gran éxito; en Múnich, estudiantes, pintores y trabajadores en plena insurrección; en Cassel, vigilia revolucionaria de armas; en Berlín, el miedo y tergiversaciones sin fin; la proclamación sin fin de la libertad de prensa y la creación de la guardia nacional en toda Westfalia. Por el momento, es suficiente.

Espero que Federico Guillaume IV de pruebas de obstinación. Entonces la partida estará ganada y en pocos meses será la revolución alemana. ¡Siempre y cuando se aferre a las supervivencias feudales! Pero, maldita sea, ¿quién puede predecir lo que hará este individuo caprichoso y perturbado?

En Colonia, toda la pequeña burguesía quiere unirse a la República Francesa: los recuerdos de 1797 siguen predominando por el momento.

---

[168] Versión al castellano desde "L'action de Cologne", en Marx y Engels *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville. También para las notas. La oleada revolucionaria que sumergió Europa de 1848 a 1849 ya se había extendido a Alemania, y el episodio que Engels relata a Marx fue un precursor del levantamiento en Prusia el 18 de marzo de 1848. Las críticas de Engels al comportamiento de los miembros de la Liga de Colonia en la acción del 3 de marzo de 1847 revelan la insigne debilidad de la Liga de los Comunista en los momentos en que la estalla la revolución y surgen tareas prácticas. La inmadurez general de las condiciones objetivas y subjetivas explica esta debilidad, aunque la voluntad revolucionaria de los miembros de la Liga fuese notable.

[169] Queda claro por la carta de Engels que la acción de Colonia fue emprendida por decisión local, sin relación previa con el Comité Central ni plan alguno integrado en un marco de acción y estrategia generales.

[170] Antes de la revolución alemana de marzo de 1848, la Liga de los Comunistas tenía una comuna en Colonia. Estaba compuesta por Karl d'Ester, Roland Daniels, Heinrich Bürgers, Fritz Anneke, Andreas Gottschalk, August Willich, etc. Una gran parte de ellos pertenecía a la corriente del "verdadero socialismo". Sólo bajo la influencia de Marx y Engels durante los acontecimientos revolucionarios de 1848-1849, la ciudad pasó de su lado, no sin luchas y fricciones.

Durante la gran manifestación del 3 de marzo frente al Ayuntamiento de Colonia, Andreas Gottschalk, August Willich y Fritz Anneke fueron detenidos, amnistiados después de la revolución del 18 de marzo y puestos en libertad.

Federico Engels*: La situación en Bélgica*[171]

18 de marzo de 1848

La burguesía belga le negó la república al pueblo hace dos semanas; ahora es la burguesía belga la que se prepara para tomar la iniciativa del movimiento republicano. Aún no ha pronunciado en voz alta su proclamación, pero en todas partes de Bruselas dice muy bajo en la oreja: "Decididamente, Leopoldo debe irse; decididamente, sólo la república puede salvarnos, pero lo que necesitamos es una república buena y sólida, sin organización del trabajo, sin sufragio universal, ¡sin que se mezclen los obreros en ella!".

Esto ya es un progreso. La buena burguesía, que hasta hace unos días se defendía a ultranza contra cualquier intención de falsificar la República Francesa, ha sentido las repercusiones de la crisis financiera de París. Mientras denunciaba la falsificación política, ha padecido la falsificación financiera. Mientras cantaba himnos a la independencia y neutralidad belgas, ha descubierto que la Bolsa de Bruselas estaba en la más completa y humillante dependencia respecto a la Bolsa de París. El cordón de tropas que ocupan la frontera sur no ha impedido que la caída de los fondos entre con paso firme en el territorio neutral garantizado de Bélgica…

[171] Versión al castellano desde "La situation en Belgique", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité,* Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 150-151.

¡A todos los trabajadores de Alemania! ¡Hermanos y trabajadores![172]

5 de abril de 1848

Si no queremos que nos vuelvan a engañar, si no queremos ser, durante una larga serie de años, los explotados y burlados por un pequeño número, no debemos permitir que se pierda ni un solo momento ni que pase un minuto en la inactividad.

Aislados como hemos estado hasta ahora, somos débiles, aunque seamos millones. Unidos y organizados, seremos, por el contrario, una fuerza irresistible. Por lo tanto, hermanos, formemos *uniones obreras* en todas las ciudades y pueblos donde discutiremos sobre nuestras condiciones, donde propondremos medidas para cambiar nuestra situación actual, donde nombraremos representantes de la clase obrera al parlamento alemán y donde prepararemos todos los pasos necesarios para salvaguardar nuestros intereses. Además, todas las *uniones obreras* de Alemania deben, tan pronto como sea posible, establecer relaciones entre ellas y mantenerlas.

Os proponemos que elijáis temporalmente Maguncia como centro de todas las *uniones obreras* y que os pongáis en contacto con el comité abajo firmante para ponernos de acuerdo sobre un plan común y, lo antes posible, fijar definitivamente, en la reunión de los delegados, la sede del comité central, etc.

Recibimos cartas *sin franqueo*, igual que escribimos a las *uniones* sin franqueo.

Maguncia, 5 de abril de 1848
La Asociación para la Formación Obrera
En nombre del Comité Directivo: El Presidente: Wallau; el escribiente: Cluss

[172] Versión al castellano desde “A tous les travailleurs d’Allemagne! Frères et travailleurs!”, en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, página 158. Seeblätter, 13 de abril de 1848. Este panfleto, reproducido en varios periódicos obreros, es un llamamiento a todos los obreros alemanes para que creen *uniones obreras* y se preparen para un congreso de los *trabajadores*. Representa el *primer paso* del “partido Marx” en la revolución: el llamamiento a la unión general del proletariado para la lucha, un prerrequisito para cualquier éxito posterior, en interés tanto de la revolución como de la propia clase obrera.
Este llamamiento fue preparado en París por la Liga y transmitido a Maguncia por Wallau, miembro del Comité Central, y Cluss, miembro de la Liga. A su regreso a Alemania, Marx y Engels se detuvieron el 8 de abril en Maguncia, antes de trasladarse a Colonia, para discutir el plan de acción subsiguiente para organizar los vínculos entre las asociaciones existentes y la creación de nuevas *uniones obreras*, una especie de sóviets.

Acta de la reunión del Grupo de Colonia de la Liga de los Comunistas[173]

Sesión del 11 de mayo de 1848

El Presidente Marx le pregunta a Gottschalk cuál es su opinión o decisión sobre la Liga: qué posición piensa Gottschalk, tomar ahora con respecto a la Liga. Gottschalk declara que renueva su dimisión, que las convulsiones de la situación actual exigen una revisión de los estatutos de la Liga y que su libertad personal está en peligro con los estatutos actuales; pero declara que, en cualquier caso en que la Liga quisiera que actuase, pondría toda su actividad a su servicio bajo las condiciones indicadas.

H. Burgers, *Presidente*
J. Moll, *Secretario*
(Según el manuscrito)

[173] Versión al castellano desde "Procès-verbal de la séance du groupe de Cologne de la Ligue des communistes le 11 mai 1848", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française.

Federico Engels: La Asamblea de Frankfort[174]

Colonia, 31 de mayo

Durante quince días Alemania ha tenido una Asamblea Nacional Constituyente, resultado del voto de todo el pueblo alemán[175].

El pueblo alemán había conquistado su soberanía en las calles de casi todas las ciudades del país, grandes o pequeñas, y en particular en las barricadas de Viena y Berlín. Había ejercido esta soberanía al elegir a la Asamblea Nacional.

El primer acto de la Asamblea Nacional debía haber sido proclamar esta soberanía del pueblo alemán en voz alta y clara.

Su segundo acto debía ser redactar la constitución alemana sobre la base de la soberanía del pueblo y eliminar todo lo que en Alemania esté en contradicción con el principio de soberanía popular.

A lo largo de sus sesiones, tenía que haber tomado las medidas necesarias para frustrar todo intento de reacción, defender su base revolucionaria, proteger las conquistas de la revolución, la soberanía del pueblo, de todos los ataques.

La asamblea nacional alemana ya ha celebrado una docena de sesiones y no ha hecho nada de esto.

Por el contrario, ha asegurado la salvación de Alemania con los siguientes logros:

La asamblea nacional se dio cuenta de que tenía que tener un reglamento, porque sabía que donde se reúnen dos o tres alemanes, deben tener un reglamento, de lo contrario son los pies de los taburetes los que deciden. Sin embargo, se encontró con un magistrado para prever este caso y redactar un reglamento especial para la alta asamblea. Se propone que estos deberes escolares se adopten provisionalmente; la mayoría de los diputados no los conoce, pero la asamblea los adopta sin debate; de hecho, ¿qué suerte habrían corrido los representantes alemanes sin las normas? *Fiat reglementum partout et toujours*[176].

[174] Versión al castellano desde “L’Assemblée de Francfort”, en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. También para las notas. Publicado en el nº 1, 1 de junio de 1848, de *La nueva gaceta renana.*

[175] Con el objetivo de dotar al Reich de una constitución, unos cincuenta patriotas liberales, reunidos en Heidelberg (Gran Ducado de Baden) el 5 de marzo de 1848, formaron un comité para convocar un parlamento preparatorio [Preparlamento] (*Vorparlament*) compuesto por todos los alemanes que habían pertenecido a las asambleas de los distintos estados. Este parlamento preparatorio se reunió en Frankfort el 31 de marzo y decidió la elección de una Asamblea Nacional Constituyente: 589 diputados fueron elegidos por sufragio universal indirecto. El 18 de mayo, 384 de ellos se reunieron solemnemente en la Iglesia de San Pablo en Frankfort del Meno para la reunión inaugural. Entre los diputados había 122 funcionarios del gobierno, 95 magistrados, 103 académicos, 81 abogados, 21 clérigos, 17 industriales y comerciantes, 15 médicos, 12 oficiales, 40 terratenientes, pero no había obreros ni agricultores. Para escribir sus artículos sobre los debates de la Asamblea Nacional de Frankfort, Marx y Engels utilizaron las actas. Posteriormente se publicaron por separado, tras una decisión de la Asamblea Nacional, bajo el título: *Informes estenográficos de los debates de la Asamblea Nacional Alemana en Frankfort del Meno*.

[176] ¡Que se acate el reglamento! (en francés en el original: en todas partes siempre)

El Sr. Raveaux, de Colonia, presentó una propuesta[177] que era totalmente insignificante en caso de conflicto entre las asambleas de Frankfort y Berlín[178]. Pero la asamblea está debatiendo el reglamento definitivo y, aunque la propuesta de Raveaux es urgente, el reglamento es aún más urgente. *Pereat mundus, fiat reglementum*[179]. Sin embargo, estos filisteos elegidos no pueden, en su sabiduría, negarse a hacer comentarios sobre la propuesta de Raveaux; y poco a poco, mientras estamos debatiendo lo que, a partir de las normas o de la propuesta, debería tener prioridad, ya se están haciendo unas dos docenas de enmiendas a esta propuesta. Se habla y se habla de ello, no se llega a nada, se hace mucho ruido, se pierde el tiempo y se pospone la votación del 18 al 22 de mayo. El día 22, el asunto vuelve a plantearse; llueven nuevas enmiendas y divagaciones y, tras largas intervenciones y una confusión general, se decide remitir a las comisiones la cuestión que ya figuraba en el orden del día. Afortunadamente, el tiempo ha pasado y sus señorías comerán.

El 23 de mayo, primero se produce una disputa sobre las actas, luego se presentan innumerables propuestas y luego se vuelve sobre el orden del día, a saber, el queridísimo reglamento, cuando Zitz, de Maguncia, habla de la brutalidad de las tropas prusianas y de los abusos de poder por parte del comandante prusiano de Maguncia[180].

Se trata de un intento de reacción, indiscutible y satisfactorio; una cuestión que es, muy particularmente, competencia de la asamblea. Ha llegado el momento de pedir cuentas a este soldado ultra impertinente que, casi ante los ojos de la Asamblea Nacional, se atrevió a amenazar a Maguncia con un bombardeo; ha llegado el momento de proteger, en sus propios hogares, a los maguntinos desarmados contra los abusos de una soldadesca que se les está imponiendo y a la que se ha soliviantado contra ellos. Pero el Sr. Bassermann, el Wassermann de Baden[181], no vio en todo esto más que bagatelas; fue necesario abandonar Maguncia a su suerte, las cuestiones de interés general estaban primero; aquí era donde la asamblea sesionaba y por el bien de toda Alemania se discutía un reglamento (de hecho, ¿qué supone el bombardeo de Maguncia en comparación? Pereat Moguntia, fiat reglementum![182] Pero la asamblea tiene un corazón sensible, elige una comisión para que vaya a Maguncia a investigar el asunto y ese es, precisamente, el momento de levantar la sesión e ir a cenar.

Por último, el 24 de mayo, perdemos el hilo parlamentario. El reglamento parece completado o perdido: en cualquier caso, ya no se habla de él. En compensación, nos enfrentamos a una verdadera lluvia de propuestas bien intencionadas: muchos representantes del pueblo soberano demuestran obstinadamente su estrecha comprensión de los súbditos de Su Majestad[183]. Luego vienen mensajes, peticiones, protestas, etc. y finalmente, las aguas sucias de la nación fluyen hacia un río de

---

[177] En la sesión del 19 de mayo de la Asamblea Nacional en Frankfort, el diputado Raveaux presentó un proyecto de ley que concedía a los diputados prusianos que habían sido elegidos simultáneamente para las asambleas de Frankfort y Berlín el derecho a aceptar ambos mandatos. El rescripto del Ministro del Interior de Prusia, del 22 de mayo de 1848, mencionado en el artículo, concluía de la misma manera.

[178] Tras los acontecimientos revolucionarios del 18 de marzo, se convocó a la Dieta Unificada de Prusia para aprobar una nueva ley electoral para la elección de una Asamblea Prusiana que debía "acordar con la Corona una nueva Constitución". A pesar de la oposición, se adoptó un sistema electoral de dos grados.

[179] ¡Impere el reglamento por más que perezca el mundo!

[180] El 21 de mayo de 1848 se produjeron incidentes entre la Guardia Nacional y la guarnición prusiana de la Fortaleza Federal de Maguncia. El vicegobernador prusiano, el general Hüser, había exigido el desarme de la Guardia Nacional y amenazado con bombardear la ciudad en caso de que no se cumpliera su orden.

[181] La alusión no queda clara. Los alemanes se refieren a una ondina, el espíritu maligno de las aguas, como Wassermann. ¿Pensó Engels en este significado?, o sólo se divirtió con esta asonancia o juego de palabras, es difícil de decir.

[182] ¡Que perezca Maguncia pero que impere el reglamento!

[183] Expresión utilizada por el Ministro del Interior de Prusia, von Rochow.

incontables discursos que se pierden en los chorrillos. Pero no olvidemos la creación de cuatro comisiones.

Por último, el Sr. Schlöffel pide la palabra. A tres ciudadanos alemanes, el Sr. Esselen, el Sr. Pelz y el Sr. Löwenstein, se les había ordenado abandonar Fráncfort el mismo día antes de las 16.00 horas. La policía, en su alta y profunda sabiduría, afirma que los anteriores habrían atraído el mal humor de la burguesía a causa de sus discursos ante la Unión Obrera[184] y que, por esta razón, tenían que marcharse. Y esto es lo que la policía se permite después de la proclamación por el parlamento preparatorio, el Preparlamento, de los derechos del ciudadano alemán, después de su adopción incluso en el proyecto de constitución de los diecisiete "hombres de confianza" (*hommes de confiance de la Diète*) [185] El caso es urgente[186]. El Sr. Schlöffel pide la palabra sobre este punto; se le niega; pide la palabra sobre la urgencia del asunto, que, según el reglamento, es su derecho, pero esta vez. *Fiat politia, pereat reglementum*[187]!

Naturalmente, porque era hora de ir a casa a comer.

El día 25, las cabezas de los diputados, cargadas de pensamientos, se inclinaron de nuevo, cual espigas de trigo bajo la lluvia, ante las propuestas presentadas en masa. Dos diputados intentaron abordar de nuevo el caso de las expulsiones, pero también se les negó la palabra, incluso para hablar sobre la urgencia de la cuestión. Algunos mensajes, especialmente uno de los polacos, fueron mucho más interesantes que todas las propuestas juntas. A continuación, por fin, la comisión, enviada a Maguncia, tuvo finalmente la palabra. 8.000 bayonetas prusianas habían restablecido el orden al desarmar a 1.200 guardias cívicos y, mientras tanto, sólo se podía que pasar al orden del día. Esto se hizo para examinar inmediatamente el orden del día, es decir, la propuesta Raveaux. Como en Frankfort todavía no se le había dado un destino, pero como en Berlín un rescripto de Auerswald hacía tiempo que lo había hecho irrelevante[188], la Asamblea Nacional decidió posponer el caso hasta el día siguiente, e ir a comer.

El día 26 todavía había miles de propuestas anunciadas, y a este respecto la Comisión de Maguncia hizo su informe, definitivo y muy vago. El Sr. Hergenhahn, antiguo hombre popular[189] y ministro *pro tempore*[190], era el ponente. Propone una

---

184 Algunos revolucionarios alemanes intentaron cubrir Renania y Westfalia de uniones obreras y desarrollar allí agitación revolucionaria. [Ver los abundantes materiales contenidos en esta obra al respecto].

185 Los diecisiete "hombres de confianza" de la Dieta Federal representaban a los gobiernos alemanes. Se reunieron del 30 de marzo al 8 de mayo de 1848 en Frankfort del Meno y prepararon un proyecto de constitución diseñado en el espíritu del monarquismo constitucional. Entre estos diecisiete "hombres de confianza" se encuentran Dahlmann, von Schmerling, Uhland y Bassermann.

186 El parlamento preparatorio, el Preparlamento, preparó un borrador sobre "Derechos fundamentales y reivindicaciones del pueblo alemán". Este documento proclamaba ciertas libertades, pero no atacaba los fundamentos del régimen quasifeudal y absolutista de Alemania en ese momento. Los partidarios de la monarquía constitucional tenían ventaja. Después de los éxitos de los días de marzo, el objetivo era proclamar la soberanía del Preparlamento y romper el poder de la Dieta reaccionaria. Pero el Preparlamento se negó a declararse permanente. En abril de 1848, nombró a cincuenta de sus miembros para formar el "Comité de los Cincuenta". Esta comisión fue la encargada de llegar a un acuerdo con la Dieta. Se reunió hasta que se reunió la Asamblea Nacional de Frankfort. Estaba compuesta esencialmente por la burguesía liberal.

187 ¡Que impere la policía por más que perezca el reglamento!

188 El rescripto de Auerswald, publicado el 22 de mayo de 1848, concluyó de la misma manera que la propuesta de Raveaux.

189 "Sin embargo, al mismo tiempo, en estas pequeñas asambleas, surgió en 1840 una raza de abogados liberales, profesionales de la oposición. Estos grandes "hombres populares" (*Volksmänner*) que, después de una oposición más o menos ruidosa de veinte años pero todavía infructuosa, fueron llevados al poder por el maremoto revolucionario de 1848 y que, después de haber demostrado su perfecta incapacidad e

resolución extremadamente moderada, pero después de una larga discusión, la asamblea incluso considera que esta propuesta acomodaticia es demasiado contundente; decide dejar a los maguntinos a merced de los prusianos, comandados por un Hüser, y “a la espera de ver a los gobiernos cumplir con sus deberes”, pasa al orden del día. El orden del día siempre era el mismo: estos caballeros se iban a comer.

Finalmente, el 27 de mayo, después de largas discusiones preliminares sobre las actas, la propuesta de Raveaux fue sometida a discusión. Discutieron de un extremo de la sala al otro hasta dos horas y media más tarde, luego fueron a comer; pero esta vez tuvieron una reunión por la noche y finalmente concluyeron el caso. Debido a la excesiva lentitud de la Asamblea Nacional, el Sr. Auerswald ha liquidado la propuesta de Raveaux; luego, el Sr. Raveaux se asocia a una enmienda del Sr. Werner que no resuelve, ni afirmativa ni negativamente, la cuestión de la soberanía del pueblo.

Nuestra información sobre la Asamblea Nacional termina ahí, pero tenemos motivos para creer que después de esta decisión la reunión se suspendió para comer. Sólo con las palabras de Robert Blum los miembros deben haber ido a comer tan temprano: “¡Señores, si ustedes deciden el orden del día de hoy, lo que podría resultar abreviado de forma curiosa sería el orden del día de toda esta asamblea!”

---

insignificancia, fueron rechazados en un instante enviados a la nada”. “(Friedrich Engels: *Revolución y contrarrevolución en Alemania*, Capítulo II, “La revolución democrático-burguesa en Alemania”).

[190] A la sazón.

Carlos Marx y Federico Engels: El Partido Democrático[191]

Colonia, 1 de junio

A cualquier nuevo órgano de la opinión pública se le suele exigir que se entusiasme con el partido cuyos principios profesa, que tenga confianza absoluta en su fuerza, que esté siempre dispuesto a cubrir el principio con poder efectivo o que embellezca la debilidad con la brillantez del principio. No responderemos a este deseo. No trataremos de engalanar con oro las ilusiones engañosas de las derrotas sufridas.

El partido democrático ha sufrido derrotas; los principios que proclamó en el momento de su triunfo están siendo cuestionados; el terreno que realmente ha conquistado se le está disputando centímetro a centímetro; ya ha perdido mucho, y pronto se planteará la cuestión de saber el que le queda.

Para nosotros es muy importante que el partido democrático sea consciente de su situación. Surgirá la pregunta de por qué recurrimos a un partido, por qué no preferimos tener en cuenta el objetivo de las aspiraciones democráticas, el bien del pueblo, la salvación de todos sin distinción.

Este es el hábito y el derecho de la lucha, y la salvación de la nueva era sólo puede venir de la lucha de los partidos, no de compromisos que sólo tienen la apariencia de sabiduría, no de un acuerdo simulado, cuando chocan opiniones, intereses y objetivos.

Exigimos que el Partido Democrático sea consciente de su posición. Este requisito es el resultado de las experiencias de los últimos meses. El Partido Democrático se dejó llevar demasiado por la primera victoria. Borracho de alegría por poder finalmente expresar sus principios abiertamente y en voz alta, imaginó que era suficiente con proclamarlos para estar seguro de su realización inmediata. Después de su primera victoria y de las concesiones directamente relacionadas con ella, no fue más allá de esta proclamación. Ahora, mientras estaba lleno de ideas y abrazando a cada uno como a un hermano, mientras no planteaba una objeción inmediata, actuaban aquellos a los que se les dejaba el poder. Y su actividad no ha sido insignificante. Poniendo sus principios en segundo plano, que sólo revelaron en la medida en que esos principios se dirigían contra la vieja situación derrocada por la revolución, limitando cuidadosamente el movimiento en el que el interés de la nueva jurisdicción que se crearía y el restablecimiento del orden en el exterior podrían servir de pretexto; haciendo aparentes concesiones a los amigos del antiguo régimen para estar seguros de sí mismos para llevar a cabo sus proyectos; luego, construyendo gradualmente su propio sistema político en términos generales, lograron conquistar una posición intermedia entre el partido democrático y los absolutistas, avanzando por un lado, retrocediendo por el otro, progresistas contra el absolutismo y, a la vez,, reaccionarios contra la democracia.

Este es el partido de la burguesía moderada y cautelosa; en su primera borrachera, el partido del pueblo se dejó engañar por él hasta que, rechazado con desprecio, denunciado como agitador, recompensado con todas las tendencias condenables, finalmente abrió los ojos y se dio cuenta de que, al final, sólo obtuvo lo

[191] Versión al castellano desde “Le parti démocratique”, en Karl Marx – Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 2, 2 de junio de 1848.

que estos señores de la burguesía consideraban conciliable con sus bien entendidos intereses. En contradicción consigo mismo por una ley electoral antidemocrática, derrotado en las elecciones, se encuentra ante una doble representación de la que es difícil decir cuál de las dos se opone más decididamente a sus reivindicaciones. Como resultado, su entusiasmo se ha esfumado y se ha visto reemplazado por la denigrante observación de que una poderosa reacción ha llegado al poder, curiosamente, incluso antes de llegar a una acción de naturaleza revolucionaria.

Todo esto es innegable, pero el peligro no se reduciría si el partido democrático, presa de la amarga sensación de la primera derrota, aunque sea en parte responsable de ella, se dejara llevar de nuevo a este fatídico idealismo, que por desgracia está tan estrechamente ligado al carácter alemán. En virtud de este idealismo, un principio que no puede ser integrado en la vida está reservado para un futuro lejano, y confiado en el presente a la inofensiva elaboración de los "pensadores".

Debemos poner en guardia directamente contra esos amigos zalameros que, aunque ciertamente se han declarado de acuerdo con el principio, dudan de la posibilidad de aplicarlo porque, dicen, el mundo aún no está maduro para ello; no piensan de ninguna manera en hacerlo madurar, y en esta perversa existencia terrenal prefieren tener como legado la suerte general de la perversidad. Si estos son los cripto-republicanos a los que tanto teme el consejero áulico Gervinus, estamos totalmente de acuerdo con él. Estas personas son peligrosas.

Comité de Seguridad General[192]

Colonia, 5 de junio

Al igual que París en 1793, Berlín tiene ahora su *Comité General de Seguridad*. La única diferencia es que el comité de París fue revolucionario y el comité de Berlín es reaccionario. Según un bando publicado en Berlín, las "autoridades encargadas de la aplicación de la ley" consideraron útil "reunirse y actuar juntas". Por lo tanto, han designado un Comité de Seguridad con sede en Oberwallstrasse. La composición de esta nueva organización es la siguiente: 1. Presidente: Puttkamer, Director del Ministerio del Interior; 2. Comandante Aschoff, ex Comandante en Jefe de la Milicia Cívica; 3. Comisionado de Policía Minutoli; 4. Fiscal Temme; 5. Alcalde Naunyn y dos concejales municipales; 6. Presidente de los Delegados de la Ciudad y tres delegados de la ciudad; 7. Cinco oficiales y dos milicianos civiles. Este comité "examinará todos los asuntos que perturben o amenacen con perturbar la paz y someterá los hechos a un examen amplio y exhaustivo. Dejando de lado las formas y medios antiguos e ineficaces, y evitando un solapamiento innecesario, se darán los pasos exigidos para una rápida y vigorosa aplicación de las medidas necesarias por parte de los distintos departamentos de la administración. Sólo mediante una acción conjunta de este tipo podremos resolver la marcha de los asuntos, tan difícil en la situación actual, con rapidez y seguridad combinadas con la necesaria cautela. Sin embargo, la milicia cívica en particular, que se ha encargado de proteger la ciudad, podrá, si se le pide, dar el vigor adecuado a *los decretos de la autoridad, aprobados con su ayuda*. Con plena confianza en la simpatía y colaboración de toda la población y, en particular, del honorable (¡!) cuerpo de artesanos y (¡!) trabajadores, los diputados, *libres de todas las opiniones y aspiraciones partidistas*, se acercan a su difícil misión y esperan cumplirla preferentemente por el camino pacífico de la conciliación y por el bien de todos."

El estilo suave, insinuante y humildemente implorante sugiere que se está formando un centro de actividad aquí, frente al pueblo revolucionario de Berlín. La composición de este comité lo confirma. El primero y más importante es el Sr. Puttkamer, el mismo hombre que se distinguió gloriosamente como comisionado de policía a través de sus deportaciones. Como bajo la monarquía burocrática, no hay autoridad superior sin al menos un Puttkamer. Después el Sr. Aschoff al que su grosería de ayudante e intrigas reaccionarias hicieron que la milicia cívica odiara tanto que decidió echarlo. Entonces dimitió. Luego el Sr. Minutoli, que en 1846 salvó el país en Posnania al descubrir la conspiración de los polacos[193] y que recientemente amenazó

[192] Versión al castellano desde "Comité de sûreté générale" en Karl Marx – Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº6, 6 de junio de 1848.

[193] En febrero de 1846 se preparaba en Polonia una insurrección para la liberación nacional. Los líderes del movimiento eran demócratas revolucionarios polacos (Dombrowski, etc.). Como resultado de la traición de la nobleza y el arresto de los líderes de la insurrección por la policía prusiana, todo el movimiento se dispersó y sólo hubo unas pocas sacudidas revolucionarias aisladas. Sin embargo, en Cracovia, que desde 1815 estaba bajo el control común de Austria, Rusia y Prusia, los insurgentes lograron la victoria el 22 de febrero y crearon un gobierno nacional que publicó un manifiesto sobre la supresión de las cargas feudales. El levantamiento de Cracovia fue reprimido a principios de marzo de 1846 por las tropas austriacas, prusianas y rusas. En noviembre de 1846, estos estados firmaron un tratado

con expulsar a los tipógrafos cuando dejaron de trabajar para protestar contra las diferencias salariales. Luego, representantes de los dos cuerpos que se volvieron reaccionarios hasta la médula (el municipio y los delegados de la ciudad) y, finalmente, entre los oficiales de la milicia cívica, el muy reaccionario Comandante Blesson. Confiamos en que el pueblo de Berlín no se deje caer en modo alguno bajo la tutela de este comité reaccionario, que ha formado su propia autoridad.

Además, la comisión ya ha adoptado una posición reaccionaria al invitarnos a que nos alejemos del desfile popular, anunciado para el domingo de ayer, que se suponía que iba a ir a las tumbas de las víctimas de marzo, porque esto constituía una manifestación y, si les damos crédito, las manifestaciones no valen para nada.

---

que incorporaba a Cracovia a Austria, en violación de los Tratados de Viena de 1815 que garantizaban el Estado Libre de Cracovia.

Carlos Marx: carta al Director del periódico **Alba**[194]

29 de junio de 1848

Bajo el título *La nueva gaceta renana* y bajo la dirección del Sr. Karl Marx, a partir del 1 de junio se publicará en Colonia un nuevo diario que persigue los mismos principios democráticos en el norte de Europa que los que *Alba* representa en Italia[195]. Por lo tanto, no caben dudas sobre la posición que tenemos en el actual conflicto entre Italia y Austria: defenderemos la causa de la independencia italiana y lucharemos hasta la muerte contra el despotismo austriaco en Italia, al igual que en Alemania y Polonia. Tendemos una mano fraternal al pueblo italiano, y queremos mostrarle que la nación alemana repudia, venga de donde venga, la opresión ejercida en vuestro país por aquellos que siempre han combatido contra la libertad aquí.

Queremos hacer todo lo posible para prepararnos para la unión y el buen entendimiento entre las dos grandes y libres naciones que un vil sistema de gobierno ha hecho creer hasta ahora que eran enemigas una de la otra. Por lo tanto, pediremos que, sin demora, se expulse de Italia a la brutal soldadesca austriaca y que el pueblo italiano esté en condiciones de expresar su voluntad soberana de acuerdo con la forma de gobierno que le plazca elegir.

Con el fin de permitirnos conocer los asuntos italianos y de ofrecerle la oportunidad de juzgar la sinceridad de nuestras promesas, le proponemos intercambiar su periódico por el nuestro: por lo tanto, le enviaremos todos los días *La nueva gaceta renana*, y usted nos enviará regularmente el *Alba*. Esperamos que le plazca aceptar esta propuesta, y le rogamos que nos envíe el *Alba* lo antes posible, para que pueda disfrutar de nuestros primeros números.

Si resulta que usted también tiene otras noticias que enviarnos, por favor hágalo. Prometemos que cualquier cosa que pueda servir a la causa de la democracia en cualquiera de los dos países siempre recibirá la mayor atención posible de nuestra parte.

Salud y fraternidad.

La Dirección de La nueva gaceta renana
El Redactor en jefe: Dr. Carlos Marx

---

[194] Versión al castellano desde “A Monsieur le directeur du journal l’ “Alba”, en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité,* Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 153-154. También para las notas. Publicada, en medio de la crisis revolucionaria, en el *Alba*, el 29 de junio de 1848. Este texto prolonga los discursos en los que Marx y Engels había extendido la cuestión polaca a las dimensiones de la política proletaria, especificando el papel del partido cartista en los asuntos democráticos. La intervención de Marx ante el movimiento democrático italiano demuestra que, para él, las promesas de una lucha común, hechas sobre Polonia, no eran verbales, sino de una naturaleza general.

[195] Marx y Engels tenían una aguda visión del proceso que había que seguir antes de realizar la “república alemana una e indivisible” de carácter democrático-burgués: “No alimentamos la utópica esperanza que ahora se proclame una república alemana una e indivisible, pero le pedimos al partido demócrata radical que no confunda el punto de partida de la lucha y del movimiento con su objetivo final. No se trata de realizar tal o tal otra opinión, ni tal o tal otra política, se trata de comprender la marcha de la revolución.” (Marx, *La nueva gaceta renana*, 7-6-1846)

Anuncio sobre la convocatoria del Congreso Regional del Rin de Asociaciones Democráticas[196]

Colonia, 4 de agosto

Tras la decisión del Congreso Democrático de Frankfurt, que designó Colonia como capital de la provincia del Rin y encargó a las asociaciones democráticas locales que convocasen un congreso regional para organizar el partido democrático de la provincia, el Comité Central de Asociaciones Locales[197], invita a todas las asociaciones con tendencia democrática de la provincia del Rin a designar delegados para este congreso, que tendrá lugar aquí el domingo 13 de agosto. Los delegados deben presentarse en la sala superior de la oficina de Stollwerk.

El Comité Central de las tres asociaciones democráticas de Colonia
Scheneider II, Marx, *por la Sociedad Democrática*
Moll, Schapper *por la Unión Obrera*
Becker, Schutzendorf, *por la Asociación para los Trabajadores y Patronos*

En unos momentos en los que, bajo el nombre de congresos "constitucionales" ambulantes, la reacción está revisando y reuniendo sus fuerzas en todo el estado, no hay necesidad de explicarles más a los demócratas sobre la necesidad de una respuesta fuerte. Sólo tienen que hacer uso de las mismas libertades de las que disfrutan la asociación "Con Dios, por el Rey y la Patria" y sus filiales.

---

[196] Versión al castellano desde "Annonce à propos de la convocation du congrès régional rhénan des associations démocratiques", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. También para las notas. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 66, del 5 de agosto de 1848. El Primer Congreso de los Demócratas del Rin tuvo lugar los días 13 y 14 de agosto de 1848 en Colonia. Marx y Engels asistieron a las sesiones. El congreso confirmó la composición del Comité Central de las tres asociaciones democráticas de Colonia, que se convirtió en el Comité Regional de Demócratas del Rin. La actividad de este comité, en el que Marx desempeñó un papel destacado, no se limitó a la provincia de Renania, sino que la extendió a Westfalia. En una resolución, el congreso insistió en la necesidad de desarrollar el trabajo político entre los obreros de las fábricas y los campesinos.

[197] El Comité Central, compuesto por representantes de las tres organizaciones democráticas de Colonia (la Sociedad Democrática, la Unión Obrera y la Asociación para Trabajadores y Patronos) se formó a finales de junio de 1848 sobre la base de la resolución del Primer Congreso de los Demócratas celebrado en Frankfurt del Main. Propuso unir todas las fuerzas democráticas en una actividad común. Ejerció provisionalmente las funciones de Comité Regional de los Demócratas del Rin hasta que fue confirmado por el Primer Congreso de los Demócratas del Rin.

Colonia contra la incorporación de Posnania a la Confederación Alemana[198]

13 agosto 1848

La Sociedad Democrática de Colonia ha presentado la siguiente protesta ante la Asamblea Nacional:

Considerando

1.- que Alemania, comprometida en la lucha por la libertad, no debe oprimir a otras nacionalidades, sino apoyarlas en sus esfuerzos por obtener su libertad e independencia;

2.- que la emancipación de Polonia es una cuestión vital para Alemania;

3.- que los tres déspotas [ruso, austriaco y prusiano] han despojado una vez más a los polacos de su libertad e independencia nacional;

4.- que desde 1792 todos los ataques contra Polonia y todos los repartos de Polonia por la reacción siempre han estado dirigidos contra la libertad de toda Europa, y por otro lado, que cada vez que un pueblo se ha emancipado, ha reclamado la restauración de Polonia;

5.- que el propio Comité de los Cincuenta ha rechazado con indignación toda participación en el crimen perpetrado contra Polonia en nombre del pueblo alemán y ha dejado claro que es su deber trabajar en pro de la restauración de una Polonia independiente;

6.- que el propio Rey de Prusia, bajo presión pública, había prometido solemnemente, después de la revolución de marzo, reorganizar Polonia;

7.- que, a pesar de todo, la Asamblea Nacional de Fráncfort (por lo demás, salida de elecciones indirectas) decidió, en su sesión del 27 de julio, incorporar las tres cuartas partes del Gran Ducado de Posnania al Imperio alemán (que ni siquiera existe todavía) y, al hacerlo, fue culpable del mismo delito contra la libertad que el Congreso de Viena y la Dieta Alemana;

8.- que, sin embargo, la parte sana del pueblo alemán no quiere ni puede participar en el desmantelamiento de la nacionalidad polaca en beneficio de la reacción y en interés de una serie de burócratas, terratenientes y traficantes prusianos,

La Sociedad Democrática de Colonia declara en su reunión de hoy que protesta solemnemente contra la decisión adoptada por la Asamblea Nacional Alemana el 27 de julio con respecto al Gran Ducado de Posnania y, con ante Alemania, Polonia y toda Europa, pone en guardia enérgicamente contra esta anexión en beneficio del partido reaccionario de Prusia, Rusia y Austria[199].

La Sociedad Democrática; en su nombre: el Comité

---

[198] Versión al castellano desde "Protestation de la Société démocratique de Cologne contre l'incorporation de la Posnanie dans la Confédération allemande", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité,* Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 159-160. También para las notas. Texto elaborado por Marx y publicado en *La nueva gaceta renana*, 13 de agosto de 1848. Los textos conocidos del período revolucionario están llenos de lagunas. Sin embargo, en el plano teórico son texto acabados que se relacionan con el conjunto doctrinal coherente preparado antes del asalto revolucionario.

[199] En general, el programa nunca debe ser cambiado o adaptado cuando es derrotado, aunque sólo sea para juzgar la situación resultante de la derrota y para estar al tanto de la nueva correlación de fuerzas. Siendo el reflejo de un estado social, el programa es una fuerza física. Puede desaparecer de la escena política, incluso de la conciencia de los actuales miembros del partido revolucionario, sin dejar de existir como tarea en las relaciones sociales de las clases, igual que el oxígeno se encuentra tanto en el agua como en el fuego, según la imagen de Marx.

Informe sobre la intervención de Marx en la Asamblea Democrática en Viena el 25 de agosto de 1848[200]

La nueva gaceta renana, *nº 94, 5 de septiembre de 1848*

Viena, 29 de agosto. Ayer en la reunión de la Asamblea Democrática se discutió si la asamblea debía prepararse para la caída del ministro Schwarzer o, mejor aún, para la caída de todo el gobierno Doblhoff mediante una petición al emperador o a la dieta. El Sr. Julius Fröbel y el Sr. Marx estuvieron presentes como invitados y ambos participaron en el debate desde diferentes puntos de vista.

El Sr. Julius Fröbel opinaba que la asamblea debía dirigirse al emperador sobre este punto, mientras que el Sr. Marx afirmaba que la propia dieta encarnaba el principio democrático. Nadie se sorprende de que los llamados demócratas "teóricos" de Berlín intenten "llevarse bien" prácticamente con los príncipes.

Der Radikale*, n°64, 31 de agosto de 1848*

Viena, 30 de agosto. La 28ª sesión de la Asamblea Democrática es una de las más interesantes e importantes de nuestra historia cotidiana. Entre los invitados se encontraban el conocido escritor político Julius Fröbel y el redactor jefe de *La nueva gaceta renana*, Karl Marx, ambos hombres valiosos por derecho propio. Como escritores, también ocupan una posición bien definida que cuenta en Alemania.

El Sr. Marx dijo que no importaba quién fuera ministro, porque también era una cuestión (como en París) de la lucha entre la burguesía y el proletariado. Su discurso fue muy espiritual, incisivo e instructivo…

---

[200] Versión al castellano desde "Compte-rendu sur l'intervention de Marx à l'Assemblée démocratique de Vienne, le 25 août 1848", en Karl Marx–Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. *La nueva gaceta renana*, nº 94, 5 septiembre 1848 y *Der Radikale*, n°64, 31 agosto 1848.

Informe del discurso de Marx ante la primera Unión Obrera de Viena, el 30 de agosto de 1848[201]

Die Constitution, *nº 133, 1 de septiembre 1848*

El Dr. Marx habla de los trabajadores, especialmente de los trabajadores alemanes en el extranjero. - Los talleres nacionales y la última revolución obrera en París. Dijo que los trabajadores alemanes pueden estar orgullosos de contar a muchos compatriotas entre los deportados. - Los cartistas en Inglaterra, sus últimos movimientos. Inglaterra y la emancipación total de los trabajadores europeos. Bélgica.

Sr. Dr. Stifft: la situación actual. La posición y el futuro de los trabajadores…

Der Volksfreund, *nº 109, 3 de septiembre de 1848*

[...] El Dr. Marx, editor de *La nueva gaceta renana*, saluda a la Unión Obrera y se siente muy honrado de hablar, también en Viena, ante un Unión Obrera, como ya lo ha hecho en París, Londres y Bruselas.

[201] Versión al castellano desde "Compte-rendu du discours de Marx à la première union ouvrière de Vienne, le 30 août 1848", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicados en *Die Constitution*, nº 133, 1 septiembre de 1848 y *Der Volksfreund*, nº 109, 3 septiembre de 1848.

Federico Engels: Las condenas a muerte de Amberes[202]

3 de septiembre de 1848

Bélgica, un estado de derecho ejemplar, ha aportado nuevas y sorprendentes pruebas de la excelencia de sus instituciones. ¡*Diecisiete sentencias a muerte* por el ridículo caso Risquons-Tout![203] ¡Diecisiete sentencias *a* muerte para vengar la indignación infligida a la nación mojigata belga por unos pocos descerebrados, unos pocos tontos, locos de esperanza[204] que trataron de levantar un pequeño retazo de su manto constitucional! Diecisiete sentencias de muerte, ¡qué salvajada!

Conocemos la historia de Risquons-Tout. Los obreros belgas se habían reunido en París para intentar una invasión republicana de su patria. Los demócratas belgas vinieron de Bruselas y apoyaron la empresa. Ledru-Rollin la favorecía tanto como podía. Lamartine, el traidor "de corazón noble" que no tenía menos palabras bonitas y gestos lamentables para los demócratas extranjeros que para los demócratas franceses, Lamartine que se jacta de haber conspirado con la anarquía, como el pararrayos con la nube de tormenta, apoyó primero a la legión belga para traicionarla con más seguridad aún después. La legión se fue. Delescluze, comisario del gobierno en el departamento del Norte, *vendió* la primera columna a los trabajadores ferroviarios belgas; el tren que los conducía fue llevado traicioneramente a territorio belga, entre las bayonetas belgas. La segunda columna, encabezada por *tres espías belgas* (un miembro del gobierno provisional de París nos lo dijo él mismo, y el juicio lo confirma) fue conducida por sus líderes, traidores, a un bosque en territorio belga donde les esperaban cañones listos para disparar en una emboscada segura; fueron fusilados o en su mayoría tomados prisioneros.

Este pequeño episodio de las revoluciones de 1848, cómico por el número de traidores y las dimensiones que se le dieron en Bélgica, sirvió de telón de fondo para la Fiscalía de Bruselas, en el que la fiscalía bordó la más formidable conspiración que jamás haya tenido lugar. El libertador de Amberes, el antiguo general Mellinet, Tedesco, Ballin, en definitiva, los demócratas más decididos y activos de Bruselas, Lieja y Gantes fueron implicados por las autoridades. El Sr. Bavay habría involucrado incluso a Jottrand de Bruselas, si el Sr. Jottrand no supiera cosas y no poseyese documentos cuya publicación comprometería más deshonrosamente a todo el gobierno belga, incluyendo al sabio Leopold.

¿Y por qué estas detenciones de demócratas, por qué el juicio más monstruoso de todos los tiempos, contra personas que eran tan ajenas a todo el caso como los jurados ante los que fueron presentados? ¡Asustar a la burguesía belga y, al amparo de

---

[202] Versión al castellano desde "Les condamnations à mort d'Anvers" en Karl Marx – Friedrich Engels – Marxistes, les auteurs en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 93, del 3 de septiembre de 1848.

[203] El 29 de marzo de 1848, tuvo lugar un enfrentamiento cerca de la aldea de Risquons-Tout, situada en la frontera franco-belga, entre un destacamento de tropas belgas y la legión republicana belga que regresaba de Francia. El gobierno del rey de Bélgica, Leopoldo, aprovechó la oportunidad para saldar cuentas con los demócratas. El juicio de Risquons-Tout se celebró en Amberes, del 9 al 30 de agosto de 1848.

[204] Goethe, *Prometeo*.

este temor, introducir los impuestos excesivos y los préstamos forzados que son el cemento del glorioso edificio del estado belga y cuya recaudación era muy mala!

En resumen, los acusados fueron llevados ante los jurados de Amberes, ante la élite de estos bebedores flamencos de faro[205] a quienes el impulso de la abnegación política francesa les es tan extraño como la tranquila seguridad del imponente materialismo inglés, ante estos comerciantes de bacalao seco que vegetarán toda su vida en el utilitarismo todo lo que hay de más pequeñoburgués, en el mercantilismo lo más limitado y espantoso. El gran Bavay conocía su mundo y apelaba a su miedo.

De hecho, ¿habíamos visto alguna vez a un republicano en Amberes? Ahora treinta y dos de estos monstruos se han erguido ante el asustado pueblo de Amberes; y los temblorosos jurados, junto con la sabia corte, han entregado a diecisiete de los acusados a la clemencia de los artículos 86 y siguientes del código penal, es decir, a la muerte.

Durante el Terror de 1793, también tuvieron lugar simulacros de juicios, se dictaron condenas sobre la base de hechos diferentes de los oficialmente alegados, pero el fanático Fouquier-Tinville nunca montó un juicio caracterizado por una mentira tan groseramente cínica, por un odio tan ciego y partidista. ¿Hay una guerra civil en Bélgica por casualidad? ¿Se encuentra la mitad de Europa junto a sus fronteras, conspirando con los rebeldes, como ocurrió en Francia en 1793? ¿Está el país en peligro? ¿Se ha resquebrajado la corona? Al contrario, nadie piensa en esclavizar a Bélgica, y el sabio Leopoldo sigue todos los días yendo sin una escolta de Laeken a Bruselas y de Bruselas a Laeken.

¿Qué había hecho el viejo Mellinet, de ochenta años, para que el jurado y los jueces lo condenaran a muerte? En 1831, el viejo soldado de la República Francesa había salvado lo que quedaba del honor belga... había liberado Amberes, ¡y con la sentencia Amberes lo condena a muerte! Toda su culpa fue arrebatarle a la prensa oficial belga las sospechas de Becker, un viejo amigo, y no excluirlo de su memoria y de su amistad mientras conspiraba en París. No tuvo absolutamente nada que ver con la conspiración. Y por eso, por ninguna otra razón, es condenado a muerte.

¡Y Ballin! Era amigo de Mellinet, lo había visitado a menudo, lo habían visto con Tedesco en un *estaminet*[206]. Esa es razón suficiente para sentenciarlo a muerte.

¡Y a Tedesco también! Siendo miembro de la Unión Obrera alemana, ¿no estaría en contacto con personas a las que la policía belga había metido subrepticiamente en la manga de la daga de teatro? ¿No lo vimos con Ballin en un *estaminet*? La cosa estaba probada, Tedesco había provocado la batalla de las naciones de Risquons-Tout, ¡al patíbulo!

Y lo mismo ocurre con el resto.

Estamos orgullosos de poder dar el nombre de amigo a más de uno de estos "conspiradores"; fueron condenados a muerte por la única razón de que eran demócratas. Y si la prensa belga venal los cubre de basura, al menos queremos salvar su honor frente a la democracia alemana; si su patria los niega, queremos reconocerlos.

Cuando el presidente pronunció su sentencia de muerte, lanzaron con entusiasmo un: ¡Viva la República! Se comportaron durante todo el juicio, como lo hicieron cuando se anunció el veredicto, con una firmeza verdaderamente revolucionaria.

Por otra parte, ¡escuchemos la voz de la miserable prensa belga!

"*El veredicto* [dice el Diario de Amberes] *no ha causado más sensación en la ciudad que todo el juicio, que casi no atrajo ningún interés. Sólo en las clases trabajadoras [léase: el lumpenproletariado] se puede descubrir un sentimiento hostil a*

[205] Faro: marca de una cerveza belga.
[206] Bar, en francés en el original.

estos paladines de la república en los que el resto de la población apenas repara; para ellos el ridículo del intento revolucionario no se borra ni siquiera con una sentencia a muerte en cuya ejecución nadie cree.”

Por supuesto, si se le ofreciese a la gente de Amberes el interesante espectáculo de ver a diecisiete republicanos guillotinados, al viejo Mellinet, su salvador en cabeza, entonces repararían en el juicio.

¡Como si la ferocidad del gobierno belga, de los jurados y de los tribunales belgas no consistiera precisamente en jugar con las sentencias de muerte!

“El gobierno, dice el liberal de Lieja, quería ser fuerte y sólo consiguió ser feroz.” Y éste ha sido siempre el destino de la nación flamenca.

Carlos Marx y Fedrico Engels: *Acta asamblea y Comité de Salvación Pública*[207]

Colonia, 14 de septiembre.

Volvemos a la asamblea popular de ayer y sus resultados, ya que causaron una gran conmoción en nuestra ciudad.

La asamblea popular fue inaugurada poco después de las doce de la noche en Frankenplatz por el Sr. W. Wolff, quien indicó brevemente por qué había sido convocada y propuso al Sr. H. Burgers como presidente. El Sr. Burgers, aprobado por aclamación, se dirige a la tribuna y da la palabra al Sr. Wolff, quien propone la formación de un Comité de Salvación Pública que represente a los sectores de la población de Colonia que no están representados en las instituciones jurídicas existentes. El Sr. F. Engels apoyó la propuesta, así como los Sres. H. Becker y E. Dronke. La propuesta fue aprobada por la asamblea, con 5 a 6000 personas, con frenéticos aplausos y unánimemente, menos 5 votos, después de que no hubiera aparecido ningún oponente a pesar de las repetidas invitaciones. El número de miembros del comité se fijó en 30, y estos 30 fueron elegidos[208]. Como Gottschalk y Anneke, ambos encarcelados, también estaban entre ellos, se eligieron dos suplentes más.

Sobre este punto, el Sr. F. Engels propuso enviar el siguiente llamamiento a la Asamblea de Berlín:

"*A la Asamblea reunida en Berlín para acordar sobre la Constitución Prusiana.*

Los ciudadanos de Colonia abajo firmantes, considerando:

-que la asamblea convocada para acordar la constitución prusiana impuso al gobierno la obligación de publicar sin más demora la orden emitida el 9 de agosto relativa a las acciones reaccionarias de los oficiales, a fin de calmar al país y evitar una ruptura con la Asamblea;

-que el gobierno Auerswald-Hansemann dimitó a raíz de esta decisión y que el Rey encargó al recién derrocado ministro del imperio Beckerath formar un nuevo gobierno;

-que el Sr. Beckerath no ofrece garantía alguna para aplicar la decisión de la Asamblea; por el contrario, dado su conocido espíritu reaccionario, cabe esperar incluso un intento de disolución de la Asamblea;

-que una Asamblea elegida por el pueblo para acordar la Constitución entre el rey y el pueblo no puede disolverse unilateralmente; de lo contrario, la Corona no estaría situada junto a la Asamblea, sino por encima de ella; la disolución de la Asamblea sería, por tanto, un golpe de estado;

---

[207] Versión al castellano desde "15: Assemblée et Comité de Salut public" en Karl Marx – Friedrich Engels, Marxistes – Les auteurs maxistes en langue française. *La nueva gaceta renana*, número 103, 15 de septiembre de 1848.

[208] Entre otros, resultaron elegidos para el Comité de Salud Pública de Colonia los redactores de *La nueva gaceta renana* Marx, Engels, Wilhehn Wolff, Dronke et Burgers así como también los dirigentes de la Unión Obrera de Colonia Schapper y Moll.

-invitar a la Asamblea, en caso de que se intente disolverla, a cumplir con su deber y mantener sus posiciones incluso frente a las bayonetas.”

Este llamamiento fue aprobado por unanimidad, tras lo cual se levantó la sesión.

Aunque en los lugares más altos de la plaza había muchos delegados de la asociación cívica, aunque varios conocidos “aulladores” hacían todo lo que podían para ganar a los alborotadores para su causa, con dinero y buenas palabras, aunque además la policía de paisano estaba suficientemente bien representada, la Asamblea tuvo, sin embargo, la habilidad suficiente para evitar cualquier perturbación del orden.

Mientras tanto, los comandantes de la milicia cívica estaban sentados en el ayuntamiento y deliberando sobre lo que se debía hacer, porque, según algunos, de todos modos habría disturbios. En medio de la deliberación, la puerta se abrió y los dirigentes de la Asociación Cívica entraron corriendo, declarando que el Comité de Salvación Pública era el primer paso hacia la revolución, que Colonia estaba en peligro, que la República Roja estaba a punto de ser proclamada y que si la milicia cívica no era suficiente para mantener el orden, *la Asociación Cívica se pondría a disposición del Sr. von Wittgenstein.* El Sr. von Wittgenstein fue lo suficientemente inteligente como para rechazar esta oferta y no movilizar a la milicia cívica. Las consecuencias demostraron cuánta razón tenía esta vez la milicia cívica.

No contentos con este episodio, estos señores de la Asociación Cívica habían vuelto a hacer fijar carteles, durante la asamblea popular, con una “Protesta” que publicamos a continuación. La protesta, que no estaba firmada, desapareció de todos los rincones, sin dejar rastro, en cinco minutos. Por la noche, reapareció en forma de libelo en negrita, impresa en la imprenta de la *Kölnische Zeitung* y distribuida a los suscriptores del periódico. Esta vez, fue precedido por la siguiente divertida introducción:

“*Colonia, 13 de septiembre de 1848.*

Los llamados demócratas quieren utilizar el caos causado por las decisiones más recientes de las asambleas de Frankfort y Berlín para recuperar el terreno perdido cada día y provocar conflictos a toda costa. Para ello, los enfrentamientos que se produjeron el 11 de este mes aquí en Colonia entre militares y civiles se presentan de manera excesiva, exagerando deliberadamente su importancia y el peligro que representan, con fines delictivos. Esta mañana, mediante carteles colocados en las paredes, se convocó incluso una asamblea popular al aire libre a las doce, y de hecho esta asamblea eligió por aclamación un Comité de Salvación Pública integrado por las personas con las que se había concertado previamente y cuyos nombres fueron propuestos en una lista presentada a la asamblea.

No hay duda de que nadie puede reconocer la autoridad de una masa popular reunida por casualidad y proclamada sin tener en cuenta la autoridad existente, y los miembros de este comité, en caso de que arrogasen el derecho a actuar a título de tal, caerían inmediatamente bajo los golpes de las leyes. Sin embargo, es mejor prevenir los delitos que castigarlos en caso de que causen un gran número de víctimas, lo que siempre es posible.

Por lo tanto, es un deber advertir a todos los ciudadanos y llamar su atención sobre el peligro actual.

Con este fin, se han publicado las siguientes protestas y llamamientos:

PROTESTA

La formación de un Comité Público de Salvación es el primer paso hacia la REVOLUCIÓN

Se invita a todo aquel que desee una verdadera libertad y orden a que apoye con todas sus fuerzas a las autoridades existentes, a que se oponga a los intentos culpables de una minoría y a que proteste contra la formación de un Comité de Salvación Pública.

Todos los hombres de la milicia cívica, en particular, están llamados a cumplir con su deber de proteger enérgicamente la ley y el orden. El supuesto peligro que representan los militares ha sido eliminado, y el verdadero peligro es el establecimiento de un Comité de Salvación Pública."

Varios miembros de la presidencia de la ASOCIACIÓN CÍVICA DE COLONIA

El Comité de Salvación Pública se formó anoche y, antes que nada, añadió esta divertida protesta al expediente, lo que tranquilizará a estos caballeros de la Asociación Cívica. Eligió un presidente, un secretario y tres miembros de la junta ejecutiva, y decidió enviar una carta al gobernador, al comandante de la plaza, al Consejo Municipal y a la dirección de la milicia cívica anunciando a estas autoridades su constitución y declarándoles que continuará, con todos los medios legales y siempre que sea posible, de acuerdo con las autoridades, la tarea de mantener el orden, pero al mismo tiempo de garantizar el mantenimiento de los derechos de la población. También decidió darlo a conocer a la gente de Colonia por medio de un cartel en las paredes. Mañana daremos a conocer ambos documentos.

Esta mañana, los espíritus ya se han calmado un poco. Nos reímos del temor de ayer de que el comité fuera visto como un gobierno provisional, un comité de *salut publique*, una conspiración para establecer la república roja; en resumen, todo lo que se quiera excepto lo que en realidad es un Comité elegido directa y públicamente por el pueblo, dándose a sí mismo la tarea de representar los intereses de la parte de la población que no está representada por las autoridades legales; este Comité procede únicamente por la vía legal y no se le ocurriría usurpar ninguna otra autoridad al margen de la influencia moral que le confiere el derecho de libre asociación, las leyes y la confianza de quienes lo eligieron.

Asamblea Popular en Worringen[209]

Colonia, 18 de septiembre de 1848. Ayer se celebró u gran mitin popular cerca de Worringen. Cinco o seis grandes barcazas fluviales habían descendido por el Rin desde Colonia, cada una de las cuales llevaba a unos pocos cientos de personas y una bandera roja al frente. Vinieron delegaciones más o menos numerosas de Neuss, Düsseldorf, Crefeldorf, Hitdorf, Frechdorf y Rheindorf. El mitin celebrado en un prado a orillas del Rin contó con al menos entre seis y ocho mil hombres.

Karl Schapper, de Colonia, fue nombrado Presidente, Friedrich Engels, de Colonia, Secretario. A propuesta del Presidente, la asamblea se declaró, por todos los votos menos uno a favor de la república, y más precisamente a favor de la *República Roja*, democrático-social.

A propuesta de Ernst Dronke de Colonia, la asamblea de Worringen aprobó por unanimidad el llamamiento que ya había sido aprobado el miércoles pasado en la Plaza de los Francos de Colonia, a saber, que se ordenó a la Asamblea Nacional de Berlín que no cediese ante la fuerza de las bayonetas en caso de disolución.

A propuesta de Joseph Moll de Colonia, la asamblea de Warringen reconoció al *Comité de Seguridad* elegido por la Asamblea Pública de Colonia y, a petición de un miembro de la reunión, le rindió un triple viva.

A propuesta de Friedrich Engels, de Colonia, se aprueba por unanimidad el siguiente llamamiento:

A la Asamblea Nacional Alemana en Frankfort,

Los ciudadanos del Imperio Alemán aquí reunidos declaran que tomarán partido a favor de Alemania con sus propiedades y su sangre si, por los actos ilegales del gobierno prusiano contra las decisiones de la Asamblea Nacional y del gobierno central, surgiera un conflicto entre Prusia y Alemania.

Worringen, 17 de septiembre de 1848.

A propuesta de Schulte de Hitdorf, se decidió que *La gaceta de Colonia*[210] no representaba los intereses de Renania.

---

[209] Versión al castellano desde "Assemblée popularie à Worringen", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité*, Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 160-162. También para las notas. Acta reproducida por *La nueva gaceta renana* del 19 de septiembre de 1848. Marx y Engels expusieron claramente, en teoría, las tácticas a seguir en las sucesivas fases de la doble revolución en Alemania. Pero hay una cruel falta de datos sobre sus actividades correspondientes, y en particular sobre las medidas organizativas y el trabajo práctico que acompañan la transición de la lucha por el establecimiento de una "República única e indivisible (bajo la dirección de la burguesía o del partido proletario que se hace cargo de esta tarea aún progresista) a la de una "República Roja" simplemente reivindicada en el último número de *La nueva gaceta renana*. Ante la rápida traición de la burguesía y el fracaso del partido democrático en Alemania, el partido proletario (en el estado en el que se encontraba, con los medios a su alcance y con la conciencia general que tenía en realidad) intentó tomar la iniciativa en la lucha *política*, presentando su reivindicación de una República Roja, que llevaba la etiqueta de "democrático-social". En efecto, un acto de voluntad no podría cambiar ni las condiciones de atrasadas de Alemania, con sus innumerables clases precapitalistas y pequeñoburguesas, ni la necesidad de seguir las fases que preceden a las condiciones de su dictadura única y entera. Según Engels, "la revolución de 1848 hizo que las tareas de la burguesía fuesen llevadas a cabo, en pocas palabras, por combatientes proletarios bajo la bandera del proletariado" (prefacio polaco al *Manifiesto*). Nuevamente el proletariado fue derrotado. Se hace notar que toda la asamblea de Worringen está animada y dirigida por miembros de la comuna de Colonia de la Liga de los Comunistas: Schapper, Dronke, Moll, Engels, etc.

Luego tomaron la palabra: M. Wolff de Colonia, F. Lassalle de Dusseldorf, Esser de Neuss, Weyll, Wachter, Becker y Reichhelm de Colonia, Wallraf de Frechen, Muller, miembro de la Unión Obrera de Worringen, Leven de Rheindorf, Imandt de Crefeld. Para cerrar la reunión se dio la palabra a Henry Brisbane de Nueva York, el conocido redactor del diario demócrata-social *New York Tribune*.

Durante la reunión, una fuente fidedigna informó que las autoridades pretendían "hacer volver una vez más al 27º Batallón a Colonia el próximo martes a la misma hora que los demás batallones del regimiento, incitar a la tropa a crear conflictos con la población para proclamar con este motivo el estado de sitio en la ciudad, desarmar a la guardia civil, en definitiva, tratarnos pura y simplemente como lo hicieron en Maguncia".

En caso de que se confirme esta noticia y surja un conflicto, los habitantes presentes de los alrededores de Colonia han garantizado que acudirán en nuestra ayuda. De hecho, la gente de Worringen simplemente está esperando que aparezca una señal para irrumpir.

Esto está destinado el excomandante de la guardia civil. Sr. Wittgenstein.

[210] Este periódico, portavoz de la burguesía liberal, se había distinguido más por sus ataques contra la revolucionaria *La nueva gaceta renana* que contra el gobierno absolutista de Prusia.

Resolución de la Asamblea Popular de Colonia en relación con el levantamiento de Frankfort[211]

23 septiembre 1848

SE RUEGA REPRODUCCIÓN

PROCLAMA

"Los ciudadanos del imperio[212] se reunieron en Colonia el 20 de septiembre en una reunión popular:

QUE LA RESOLUCIÓN DE LA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANKFURT DEL 16 DE DICIEMBRE SOBRE LA APROBACIÓN DEL INFAME ARMISTICIO CON DINAMARCA CONSTITUYE UNA TRAICIÓN AL PUEBLO ALEMÁN Y AL HONOR DE LAS ARMAS ALEMANAS

Declaran:

ART. 1 - LOS MIEMBROS DE LA LLAMADA ASAMBLEA NACIONAL DE FRANKFURT SON TRAIDORES AL PUEBLO, CON LA EXCEPCIÓN DE AQUELLOS QUE SE HAN DECLARADO A FAVOR DEL PUEBLO;

ART. 2 - LOS COMBATIENTES DE LAS BARRICADAS DE FRANKFURT SON MUY MERECEDORES DE LA PATRIA.

ESTA PROCLAMACIÓN DEBE SER DIFUNDIDA LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE A TRAVÉS DE CARTELES Y DE LA PRENSA".

Los servicios de expedición de *La nueva gaceta renana* recibirán las contribuciones destinadas a apoyar a los insurgentes y a sus familias.

---

[211] Versión al castellano desde "Résolution de l'Assemblée populaire de Cologne en liaison avec le soulèvement de Francfort", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 110, 23 septiembre 1848.

[212] Se denomina así a los habitantes de Frankfort [¿error en la nota del MIA, Frankfort por Colonia? EIS] debido a que era ciudad libre dependiente directamente del imperio.

Carlos Marx*: comunicado del Comité Comarcal de los Demócratas de la Provincia Renana*[213]

14 de noviembre de 1848

Colonia, 14 de noviembre. El Comité Comarcal renano de los demócratas exhorta a todas las asociaciones democráticas de la Provincia Renana a convocar inmediatamente a sus asociaciones y organizar en todas las localidades de la comarca asambleas populares, con el fin de impulsar a toda la población de la Provincia Renana a negarse a pagar los impuestos, como medida más conveniente para contrarrestar los actos de violencia cometidos por el gobierno contra la Asamblea de representantes populares prusianos.

Hay que disuadir a la gente de cualquier tipo de resistencia violenta ante el posible cobro de los impuestos por vía administrativa; al mismo tiempo, se debe recomendar que no se participe en las subastas compulsivas de la propiedad.

Con el objeto de discutir las medidas a tomar ulteriormente el Comité Comarcal estima necesario convocar un congreso de representantes para el jueves 23 del corriente, a las 9 horas (en la sala Eiser, en la Komedienstrasse).

Colonia, 14 de noviembre de 1848

En nombre del Comité Comarcal: Carlos Marx. Schneider II

[213] Tomado de "Comunicado del Comité Comarcal de los Demócratas de la Provincia Renana", en Archivo Marx-Engels – sección en español del MIA. Publicado en el suplemento extraordinario de *Neue Rheinische Zeitungn.* 143, 15 de noviembre de 1848.

Carlos Marx: *¡¡¡Abajo los impuestos!!!*[214]

Colonia, 16 de noviembre. Hoy no han llegado los diarios de Berlín, con excepción de *Preussischer Staats-Anzeiger*, *Vossische Zeitung* y *Neue Prussische Zeitung*.

El desarme de la milicia civil es practicado en el "barrio de los consejeros secretos", y sólo en ese barrio. Se trata del mismo batallón que el 31 de octubre disparó a traición contra los obreros de las fábricas de máquinas. El desarme de este batallón favorece a la causa del pueblo.

La Asamblea Nacional volvió a ser desalojada del ayuntamiento de Colonia con la ayuda de la fuerza armada. Después de ello los diputados se dirigieron al Hotel Milents, donde, por fin, aprobaron unánimemente, por 226 votos, la siguiente resolución sobre la *negativa a pagar los impuestos*:

> "El Ministerio de Brandenburg no tiene derecho a disponer de los fondos del estado y recaudar los impuestos hasta tanto la Asamblea Nacional pueda continuar sesionando libremente en Berlín.
>
> Esta disposición regirá a partir del 17 de noviembre.
>
> La Asamblea Nacional, 15 de noviembre."

Por consiguiente, ¡¡¡desde la fecha quedan abolidos los impuestos!!! ¡El pago de impuestos es un acto de alta traición, negarse a pagarlos es el primer deber del ciudadano!

---

[214] Tomado de "¡¡Abajo los impuestos!!!", en Archivo Max-Engels – sección en español del MIA. Publicado en el suplemento extraordinario de *Neue Rheinische Zeitung*. 145, 17 de noviembre de 1848.

Reunión del Comité de la Unión Obrera de Colonia del 15 de enero de 1849[215]

Freiheit, Arbeit, *nº 3, 21 de enero de 1849*

Tras leer y aprobar el acta de la sesión anterior, el Presidente Röser preguntó si el ciudadano Prinz, editor, estaba presente y, como se le dijo que ya se había marchado, dijo que debería rendir cuentas como empleado permanente de la Unión, sobre su comportamiento en los últimos tiempos, sobre los cambios que había realizado en el periódico sin informar a la Unión.

Los ciudadanos Marx y Schapper hicieron la propuesta, apoyada por muchos, de añadir al ciudadano Prinz, redactor del organismo oficial de la Unión[216], un comité de redacción responsable de garantizar que este organismo represente realmente los intereses de la Unión y que se gestione con el espíritu de nuestro partido.

La propuesta fue aceptada y los ciudadanos Schapper, Röser y Reiff fueron nombrados miembros de este comité de redacción.

El ciudadano Westermann lee la "declaración" del Dr. Gottschalk[217] publicada en Bruselas y no puede estar de acuerdo con el procedimiento utilizado por el Dr. Gottschalk.

Pero el ciudadano Marx hizo la propuesta, apoyada por Schapper, de no tratar este asunto en este momento, ya que la declaración emitida es demasiado ambigua y confusa para sacar una conclusión con certeza; por otro lado, para aclarar el asunto, se nombraría una comisión que resumiría los pasajes que le parecían confusos y enviaría una carta al Dr. Gottschalk pidiendo explicaciones e información sobre estos puntos.

---

[215] Versión al castellano desde "Séance du comité de l'Union Ouvrière du 15 janvier 1849", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *Freiheit, Arbeit*, nº 3, 21 enero 1849. También para las notas.

[216] Después de la prohibición del periódico *Zeitung des Arbeiter Vereines zu Köln*, la Unión Obrera de Colonia tenía como órgano el periódico *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit*. Se publicó dos veces por semana desde el 26 de octubre de 1848. Su director era P. G. Röser, representante del Presidente de la Unión Obrera de Colonia. El editor responsable fue W. Prinz. El periódico dejó de aparecer temporalmente a finales de diciembre de 1848 como consecuencia de la intervención de Gottschalk en los asuntos del periódico. El periódico *Freiheit, Arbeit*, impreso por Brocker-Evererts, apareció el 14 de enero de 1848. El editor a cargo del periódico, Prinz, que era partidario de Gottschalk, intentó escisionar la Unión Obrera de Colonia. Prinz no se sometió al comité de redacción nombrado el 15 de enero durante una reunión del Comité de la Unión Obrera de Colonia, del que formaban parte Schapper, Röser y Reiff. Por ello, el 29 de enero, el comité decidió no considerar el periódico *Freiheit, Arbeit* como órgano de la Unión y tomar el periódico *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit* con Christian Josef Esser como editor. El periódico, renovado, apareció desde el 8 de febrero hasta finales de junio de 1849. El periódico *Freiheit, Arbeit* continuó apareciendo hasta el 17 de junio de 1849. Contenía numerosos ataques incisivos y calumnias traicioneras contra Marx y el personal de la redacción de *La nueva gaceta renana*.

[217] En su declaración escrita el 9 de enero de 1849 en Bruselas y publicada en el periódico *Freiheit, Arbeit* nº 2 del 18 de enero de 1849, Gottschalk intentaba justificar su "exilio voluntario" afirmando que, a pesar de su absolución por el jurado de las asambleas, sus conciudadanos seguían convencidos de su culpabilidad, y que sólo regresaría si "la voz del hombre que aún era el Juez Supremo del país" o si sus conciudadanos lo llamaban. La "resolución de la primera filial Unión Obrera de Colonia" evaluó la declaración de Gottschalk y su comportamiento.

Esta propuesta fue aprobada por unanimidad y los ciudadanos Dr. Marx, Anneke, Anneke, Schapper, Röser y Esser fueron propuestos y aceptados como miembros de este comité.

El ciudadano Anneke propone que las elecciones que se celebrarán próximamente[218] sean objeto de debate en futuras sesiones.

El ciudadano Schapper piensa que si hubiéramos emprendido esta discusión unas cuatro semanas antes quizás podríamos hacer una valiosa contribución en nombre de nuestro propio partido, pero que ahora era demasiado tarde porque aún no estábamos organizados; sería imposible que la Unión Obrera ganara sus propios candidatos.

El ciudadano Marx está de acuerdo en que la Unión Obrera, como tal, ni puede actualmente ganar candidatos, ni se trata de actuar por principios en estos momentos, sino de oponerse al gobierno, al absolutismo y al dominio feudal, lo que está al alcance de los demócratas ordinarios, los llamados liberales, que tampoco están satisfechos con el gobierno actual, y es mucho lo que se necesita todavía. Hay que tomar las cosas como son. Dado que en este momento es importante oponerse lo más posible al absolutismo actual y que nos damos cuenta de que las elecciones no pueden hacer prevalecer nuestra propia posición de principio, el sentido común exige que nos unamos con otro partido, también en la oposición, para impedir la victoria de nuestro enemigo común, la realeza absoluta.

Por lo tanto, se decidió participar en las comisiones electorales generales que se crearán aquí en la ciudad después de la división en distritos electorales y representar el principio democrático en general.

Para establecer un estrecho vínculo entre trabajadores y demócratas, se designa a los ciudadanos Schapper y Röser que participan en las reuniones de la comisión de la asamblea democrática y tendrán que presentar aquí un informe sobre su trabajo.

[218] De acuerdo con el edicto del 5 de diciembre de 1848, la elección de los electores se fijó para el 22 de enero de 1849 y la elección de los diputados a la Segunda Cámara de la Dieta Prusiana para el 5 de febrero.

Banquete Democrático del 11 de febrero de 1849[219]

Mulheim-sur-le-Rhin, 11 de febrero (con retraso)

Hoy se ha celebrado un banquete democrático organizado por el Unión Obrera. Estaban invitados los miembros de la Asociación Democrática y Obrera de Colonia. La música de cámara y las canciones alternaban con brindis que se convirtieron en bastantes y extensos discursos.

Bengel, presidente de la Unión Obrera local, desarrolló en una presentación bastante larga una comparación entre el presente y el pasado. *Lucas* brindó por los invitados, especialmente por aquellos que, como el redactor jefe de *La nueva gaceta renana*, Karl Marx, que asistió al banquete, habían apoyado los derechos de la clase obrera de hecho y de palabra mucho antes de la revolución de febrero. *Schapper* hizo aplaudir a la "república democrática". Karl Marx habló sobre la participación de los trabajadores alemanes en las luchas en Francia, Inglaterra, Bélgica y Suiza. Brindó por Gladbach, uno de los pocos ententistas que realmente representa los intereses del pueblo. *Friedrich Engels* brindó por Hungría y Kossuth. *Ott* de Worringen habló del liberalismo constitucional, así como de la aristocracia y la democracia, *Fischbach* de la miseria del pueblo y de los medios para aliviarla; *Gladbach* miró retrospectivamente a la disuelta Asamblea Nacional y, en un vigoroso discurso, criticó sus debilidades, indecisiones y falta de sentido revolucionario. *Krahe* habló finalmente del lema de la revolución de febrero: "Libertad, igualdad, fraternidad".

El *primer* banquete democrático en la provincia del Rin fue tan popular que seguramente será imitado.

[219] Versión al castellano desde "Banquet démocratique", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, 225 del 18 de febrero de 1849.

Federico Engels: El paneslavismo democrático[220]

Colonia, 14 de febrero de 1849

Hemos señalado a menudo que los dulces sueños nacidos después de las revoluciones de febrero y marzo, los sueños exaltados de confraternización general de los pueblos, de una república federal europea y de la paz mundial eterna, ocultaban básicamente la perplejidad y la inacción ilimitada de los portavoces de la época. No se vio, o no se quiso ver, lo que había que hacer para salvaguardar la revolución; no se pudo, o no se quiso imponer ninguna medida verdaderamente revolucionaria; la estrechez de miras de algunos, las intrigas contrarrevolucionarias de otros se pusieron de acuerdo para dar al pueblo sólo fraseología sentimental en lugar de actos revolucionarios. Lamartine, este fino sinvergüenza lírico, fue el héroe clásico de esta época de traición al pueblo, escondido bajo las flores de la poesía y el brillo de la retórica.

Los pueblos que han hecho la revolución conocen el precio que tuvieron que pagar, en su generosa ingenuidad, creyendo en grandes palabras y en pomposas garantías. En lugar de salvaguardar la revolución, en todas partes las cámaras reaccionarias que la socavaron; en lugar de cumplir las promesas hechas en las barricadas, las contrarrevoluciones de Nápoles, París, Viena, Berlín, la caída de Milán, la guerra contra Hungría; en lugar de la confraternización de los pueblos, la renovación de la Santa Alianza sobre la base más amplia posible y bajo el liderazgo de Inglaterra y Rusia. Y los mismos hombres que, en abril y mayo, todavía aplaudían las frases rimbombantes de la época, sólo piensan en ruborizarse de cómo fueron engañados por tontos y bribones.

Una dolorosa experiencia nos ha enseñado que la "confraternización de los pueblos de Europa" no se establece con simples frases y deseos piadosos, sino con revoluciones radicales y luchas sangrientas; que no es una confraternización de todos los pueblos de Europa bajo bandera republicana, sino la alianza de los pueblos revolucionarios contra los contrarrevolucionarios, una alianza que se concluye no sobre el *papel*, sino sólo en el *campo de batalla*.

En toda Europa occidental, estas amargas pero necesarias experiencias han privado de todo crédito a las líricas frases martinianas. En oriente, por otra parte, todavía existen las llamadas facciones democráticas y revolucionarias que no se cansan de hacerse eco de esta fraseología sentimental y de predicar el evangelio de la hermandad de los pueblos europeos.

Estas fracciones (nos callamos sobre algunos soñadores ignorantes de habla alemana como el Sr. Ruge y otros) son los paneslavistas democráticos de los diferentes pueblos eslavos.

Tenemos ante nosotros el programa de paneslavismo democrático recogido en un folleto: *Llamamiento a los eslavos*, publicado en Köthen en 1848 por un patriota ruso, Michel Bakunin, miembro del Congreso Eslavo celebrado en Praga.

Bakunin es nuestro amigo. Esto no nos impedirá someter a crítica su folleto.

---

220 Versión al castellano desde "Le panslavisme démocratique", en Karl Marx – Friedrich Engels-Les auteurs marxistes en langue française.

Escuchemos cómo, desde el principio de su llamamiento, Bakunin vuelve a las ilusiones de marzo y abril pasados.

"*El primer signo de vida de la revolución fue inmediatamente un grito de odio contra la vieja opresión, un grito de simpatía y amor hacia todas las nacionalidades oprimidas. Los pueblos* [...] *finalmente sintieron la ignominia de la que la vieja diplomacia ha acusado a la humanidad, y reconocieron que la salvación de las naciones nunca está asegurada mientras en algún lugar de Europa sólo un pueblo viva en la opresión. Abajo los opresores, fue el grito unánime. ¡Saludos a los oprimidos, a los polacos, a los italianos, a todos! ¡No más guerra de conquista, la última guerra debe librarse hasta el final, el buen combate de la revolución por la liberación definitiva de todos los pueblos! ¡Abajo las barreras artificiales que los congresos de déspotas han levantado por la violencia según las pretendidas necesidades históricas, geográficas, comerciales y estratégicas! No debe haber más líneas de demarcación que las fronteras trazadas por la naturaleza y trazadas por la justicia en un espíritu democrático, que la voluntad soberana de los pueblos determina por sí misma sobre la base de sus particularidades nacionales. Así es como este llamamiento resuena entre todos los pueblos.*"

En este pasaje ya encontramos todo el entusiasmo delirante de los primeros meses después de la revolución. No se mencionan los obstáculos reales para una liberación tan general, los grados completamente diferentes de civilización de los pueblos y las diferentes necesidades políticas que éstos determinan. La palabra "libertad" reemplaza todo. De la realidad, ni una palabra, o, en la medida en que se la considera, se la describe como una creación arbitraria de los absolutamente condenables "congresos de déspotas y diplomáticos". Frente a esta fea realidad, la llamada voluntad del pueblo con su imperativo categórico, con su exigencia absoluta de "libertad" simplemente.

Hemos visto quién era el más fuerte. La llamada voluntad del pueblo sólo ha sido engañada de manera tan ignominiosa por dejarse llevar a abstraerse tan delirantemente de la situación real.

"*Por iniciativa propia, la revolución declaró la disolución de los estados despóticos, el reino de Prusia, Austria, el imperio otomano, el imperio ruso finalmente disuelto, el último consuelo de los déspotas* [...] *y se fijó como objetivo final a alcanzar la federación general de las repúblicas europeas*." (p. 8)

Nosotros, occidentales, podemos encontrar curioso que se pueda considerar como grandes y meritorios estos hermosos planes que vimos fracasar al primer intento de realización. La tragedia fue que la revolución "ciertamente" pronunció "por propia iniciativa la disolución" y que, al mismo tiempo, "por propia iniciativa", no movió ni un solo dedo para poner en práctica su decreto.

Fue entonces cuando se convocó el Congreso Eslavo. Adoptó plenamente este punto de vista, estas ilusiones. Escuchemos más bien:

"*Sintiendo fuertemente los lazos comunes de la historia* [¿?] *y de la sangre, juramos no dejar que nuestros destinos se separen más. Maldiciendo la política de la que hemos sido víctimas durante tanto tiempo, hemos establecido nuestro propio derecho a la independencia total y hemos prometido solemnemente que ahora será común a todos los pueblos eslavos. Hemos reconocido a Bohemia y Moravia como independientes* [...], *hemos extendido nuestra mano fraternal al pueblo alemán, a la Alemania democrática. En nombre de los que vivimos en Hungría, hemos ofrecido a los magiares, los enemigos furiosos de nuestra raza* [...] *una unión fraterna. Tampoco hemos olvidado en nuestra alianza liberadora a los hermanos que gimen bajo el yugo de los turcos. Condenamos solemnemente la política criminal que ha dividido Polonia*

en tres ocasiones. Eso es lo que hemos dicho, y con los demócratas de todos los pueblos. [¿?] *Exigimos: libertad, igualdad, fraternidad de todas las naciones.*” (p. 10)

El paneslavismo democrático todavía formula estos requisitos hoy en día.

“*Nos sentíamos seguros de nuestra causa, entonces la justicia y la humanidad estaban a nuestro lado; nuestros enemigos sólo tenían ilegalidad y barbarie con ellos. No eran sueños vacíos a los que nos abandonamos, eran las ideas de la única política verdadera y necesaria, la política de la revolución.”*

“Justicia”, “humanidad”, “libertad”, “igualdad”, “fraternidad”, “independencia”; hasta ahora no hemos encontrado nada en el manifiesto paneslavista aparte de estas categorías más o menos morales; suenan bien, ciertamente, pero en cuestiones históricas y políticas no demuestran absolutamente nada. La “justicia”, la “humanidad”, la “libertad” pueden expresar tal o cual exigencia mil y otras mil veces; si la cosa es imposible, no ocurre y sigue siendo sin embargo un “sueño vacío”. Partiendo del papel que la masa de eslavos ha desempeñado desde el Congreso de Praga, los paneslavistas podrían haber disipado sus ilusiones, podrían haberse dado cuenta de que los deseos piadosos y los dulces sueños no tienen ningún poder contra la dura realidad, que su política, como la de la República Francesa, nunca fue la “política de la revolución”. Y sin embargo, siguen volviendo a nosotros hoy, en enero de 1849, con las mismas viejas frases, ¡responsables de la decepción infligida a Europa occidental por la contrarrevolución más sangrienta!

Una sola palabra sobre la “confraternización general de los pueblos” y la delimitación de las “fronteras que la voluntad soberana de los pueblos se determina a sí misma sobre la base de sus particularidades nacionales”. Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas, el pueblo es soberano.

¿Por qué entre estas dos repúblicas, que según la *teoría moral* deberían ser “fraternas” y “federadas”, se ha desatado una guerra por Texas? ¿Por qué la “voluntad soberana” del pueblo norteamericano, apoyada por el valor de los voluntarios norteamericanos, ha desplazado unos cientos de leguas más al sur las fronteras trazadas por la naturaleza “por necesidades geográficas, comerciales y estratégicas”? ¿Y culpará Bakunin a los norteamericanos de una “guerra de conquista” que, sin duda, asestaría un duro golpe a su teoría basada en la “justicia y la humanidad”, pero que se llevó a cabo pura y simplemente en interés de la civilización? ¿Es una desgracia que la espléndida California esté siendo arrancada a los perezosos mexicanos que no sabían qué hacer con ella? Es una desgracia que los enérgicos yanquis, al explotar rápidamente las minas de oro que oculta, aumenten los recursos monetarios, que concentren en pocos años en esta remota orilla del Océano Pacífico una densa población y un amplio comercio, que funden grandes ciudades, que estén creando nuevas conexiones marítimas, que estén estableciendo un ferrocarril de Nueva York a San Francisco, que estén abriendo el Océano Pacífico a la civilización por primera vez y que, por tercera vez en la historia, estén dando una nueva dirección al comercio mundial? La “independencia” de unos pocos californianos y texanos españoles puede padecer a causa de ello, la “justicia” y otros principios morales pueden ser violados aquí y allá, pero ¿qué pasa con los hechos que son tan importantes para la historia mundial?

Señalamos por otra parte que esta teoría de la confraternización general de los pueblos, que, independientemente de su situación histórica y del grado de su evolución social, no quiere otra cosa que fraternizar en la imprecisión, fue combatida mucho antes de la revolución por los editores de *La nueva gaceta renana* contra sus mejores amigos, los demócratas ingleses y franceses. Los periódicos democráticos ingleses, franceses y belgas de la época lo demuestran.

En cuanto al paneslavismo en particular, en el número 194 de *La nueva gaceta renana* desarrollamos cómo, aparte de las ilusiones basadas en una buena naturalidad, los paneslavistas democráticos en realidad no tienen otro propósito que el de dar, por un lado, en Rusia y, por otro, en la doble monarquía austríaca *dominada por la mayoría eslava y dependiente de Rusia*, un punto de encuentro para los dispersos eslavos austríacos y bajo la dependencia histórica, literaria, política, comercial e industrial de los alemanes y los magiares.

Hemos explicado cómo las naciones pequeñas, remolcadas durante siglos contra su propia voluntad por la historia, fueron necesariamente contrarrevolucionarias, y cómo su posición en la revolución de 1848 fue verdaderamente contrarrevolucionaria. Ante el manifiesto democrático paneslavista que reclama la independencia de todos los eslavos sin distinción, debemos volver a este punto.

En primer lugar, notemos que el romanticismo político y el sentimentalismo de los demócratas en el Congreso Eslavo tienen muchas excusas. Con la excepción de los polacos (por razones obvias, los polacos no son paneslavistas), todos ellos pertenecen a pueblos que, como eslavos del sur, son necesariamente contrarrevolucionarios en virtud de toda su posición histórica, o que, al igual que los rusos, están todavía lejos de hacer una revolución y, por lo tanto, son contrarrevolucionarios, al menos por el momento. Estas fracciones democráticas, gracias a la cultura que han adquirido en el extranjero, buscan armonizar sus opiniones democráticas con su sentimiento nacional, que, como sabemos, es muy marcado entre los eslavos; y al igual que el mundo real, la situación real de su país sólo ofrece ganchos inexistentes o imaginarios a esta reconciliación, no les queda nada más que el lejano “reino del aire de los sueños”, el reino de los deseos piadosos, la política de la fantasía. ¡Qué hermoso sería si los croatas, los pandurianos y los cosacos constituyeran la primera línea de la democracia europea, si el embajador de la República de Siberia entregase en París sus credenciales! Ciertamente, perspectivas muy agradables, pero incluso los paneslavistas más entusiastas no exigirán que la democracia europea espere su realización, y actualmente son las naciones para las que el manifiesto exige particularmente la independencia las que son enemigas particulares de la democracia.

Repetimos: aparte de los polacos, rusos y eslavos de Turquía, ningún pueblo eslavo tiene futuro por la sencilla razón de que los otros eslavos carecen de las condiciones básicas de independencia y viabilidad, condiciones históricas, geográficas, políticas e industriales.

Los pueblos que nunca han tenido su propia historia, que están bajo dominación extranjera desde el momento en que llegan a la etapa más primitiva y bárbara de la civilización, o que sólo llegan a esa primera etapa cuando *son obligados y forzados* por un yugo extranjero, no tienen ninguna viabilidad, nunca pueden lograr ninguna autonomía en absoluto.

Y ese fue el destino de los eslavos austriacos. Los checos, en los que incluiremos a los moravos y los eslovacos aunque lingüística e históricamente sean diferentes, nunca han tenido una historia. Desde Carlomagno, Bohemia ha estado encadenada a Alemania. La nación checa se emancipó por un momento y formó el reino de Moravia, para ser sojuzgada de inmediato y servir quinientos años de balón con el que jugaron Alemania, Hungría y Polonia. Luego Bohemia y Moravia fueron transferidas definitivamente a Alemania, mientras que las regiones eslovacas siguieron siendo húngaras. ¿Y esta “nación” que, históricamente, no existe, tiene pretensiones de independencia?

Lo mismo ocurre con los llamados eslavos del sur. ¿Dónde está la historia de los eslovenos de Iliria, los dálmatas, los croatas y los scholazos[221]? Desde el siglo XI, han perdido la última apariencia de independencia política y han sido puestos bajo dominio alemán, veneciano o magiar. Y, con estos harapos, ¿queremos construir una nación fuerte, independiente y viable?

Mucho más. Si los eslavos de Austria formaran una masa compacta como los polacos, magiares e italianos, si fueran capaces de unir bajo su dirección un estado de doce a veinte millones de hombres, sus reivindicaciones tendrían al menos un carácter serio. ¡Pero es justo lo contrario! Los alemanes y los magiares metieron una gran cuña en su masa hasta la punta de los Cárpatos, casi hasta el Mar Negro; separaron a los checos, moravos y eslovacos de los eslavos del sur por una banda ancha de sesenta a ochenta leguas. Al norte de esta banda, cinco millones y medio de eslavos, en el sur cinco millones y medio, separados por una masa compacta de diez a once millones de alemanes y magiares que combinan historia y necesidad.

Pero, ¿por qué los cinco millones y medio de checos, moravos y eslovacos no pueden formar un imperio, y por qué los cinco millones y medio de eslavos del sur no pueden hacer lo mismo con los eslavos de Turquía?

Consideremos en el primer mapa lingüístico a mano la distribución de los checos y sus vecinos. Están hundido en un rincón en Alemania, hablando un idioma similar, pero comidos, empujados por ambos lados por el elemento alemán. Un tercio de Bohemia habla alemán; en Bohemia por cada veinticuatro checos hay diecisiete alemanes. Y son precisamente los checos los que deben formar el núcleo del imperio eslavo que se nos propone crear; porque los moravos están mezclados con los alemanes como los eslovacos con los alemanes y los magiares; además están completamente desmoralizados desde el punto de vista nacional. ¿Y cómo sería este imperio eslavo, donde *la burguesía alemana de las ciudades* gobernaría finalmente?

Lo mismo ocurre con los eslavos del sur. Los eslovenos y los croatas separan Alemania y Hungría del mar Adriático; Alemania y Hungría *no pueden* separarse del Adriático por "necesidades geográficas y comerciales", que ciertamente no son un obstáculo para la imaginación de Bakunin, pero que, sin embargo, existen y son cuestiones vitales para Alemania y Hungría, como la costa de escala de Danzig en Riga para Polonia. Y donde se trata de la existencia, del libre despliegue de todos los recursos de las grandes naciones, ¿cómo sería decisiva la consideración sentimental de unos pocos alemanes o eslavos dispersos? Aparte del hecho de que estos eslavos del sur también están mezclados en todas partes con elementos alemanes, magiares e italianos, que, aquí también, la primera mirada echada al mapa lingüístico rompe el proyectado imperio eslavo del sur en pedazos incoherentes y que, en el mejor de los casos, ¡todo el imperio será entregado a la *burguesía italiana* de Trieste, Fiume y Zara, y a la *burguesía alemana* de Agram, Laibach, Karlstad, Semlin, Pancsova y Weisskirchen!

¿Pero no podrían estos eslavos del sur estar vinculados a serbios, bosnios, morlacos y búlgaros? Por supuesto, si, además de las dificultades indicadas, no existiese el odio ancestral del fronterizo austríaco hacia los eslavos de Turquía más allá de Save y Unna; pero esta gente que se conoce desde hace siglos como sinvergüenzas y bandidos se odia entre sí a pesar de su parentesco racial infinitamente más que los eslavos y los magiares.

De hecho, ¡qué agradable sería la posición para los alemanes y los magiares si se ayudase a los eslavos austriacos a obtener sus llamados "derechos"! Un estado independiente de Moravo-Bohemia, hundido en una esquina entre Silesia y Austria,

[221] Scholazos: pueblo eslavo del sur, de fe católica romana, asentado en el sur de Hungría y en el norte de Yugoslavia. Habían huido de Bosnia en el siglo XVII frente al avance turco.

Austria y Estiria, aislado por la "República de los Eslavos del Sur" de su salida natural al Adriático y el Mediterráneo, Alemania Oriental desmenuzada como un pan comido por ratas! Y todo esto en gratitud por las molestias tomadas por los alemanes para civilizar a los checos y eslovenos testarudos, y para introducirles el comercio, la industria, la agricultura y la cultura rentables.

¡Pero el yugo impuesto a los eslavos con el pretexto de civilizarlos es precisamente uno de los grandes crímenes de los alemanes y también de los magiares! Veamos:

"*Con todo el derecho os encolerizáis Con todo el derecho escupís vuestra venganza contra esta maldita política alemana que no ha meditado en nada más que en vuestra pérdida, que os ha esclavizado durante siglos*." (p. 5)

"*Los magiares, los amargos enemigos de nuestra raza que, con apenas cuatro millones de habitantes, querían imponer su yugo a ocho millones de eslavos…"* (p. 9)

"*Lo que los magiares hicieron contra nuestros hermanos eslavos, lo que hicieron contra nuestra nacionalidad, cómo pisotearon nuestra lengua y nuestra independencia, sé todo eso*." (p. 30)

¿Cuáles son los grandes y terribles crímenes cometidos por los alemanes y los magiares contra la nación eslava? No estamos hablando de la división de Polonia, que no es nuestro tema en absoluto, estamos hablando del "mal secular" que les habríamos causado a los eslavos.

En el norte, los alemanes reconquistaron contra los eslavos el territorio antes alemán y después eslavo que se extendía desde el Elba hasta el Warthe; se trataba de una conquista determinada por las "necesidades geográficas y estratégicas" resultantes de la división del imperio carolingio. Estas tierras eslavas están completamente germanizadas, el caso está zanjado y no puede ser cuestionado a menos que los paneslavistas encuentren las lenguas soraba, wendish y obotrita que se han perdido y obliguen a los habitantes de Leipzig, Berlín y Stettin a hablarlas. Hasta ahora, nunca ha habido ninguna duda de que esta conquista ha promovido la civilización.

En el sur, encontraron a las tribus eslavas ya dispersas. Los avaros (no eslavos) que ocuparon el territorio conquistado más tarde por los magiares se habían ocupado de él. Los alemanes fueron homenajeados por estos eslavos y a menudo lucharon con ellos. Lucharon de la misma manera contra los avaros y los magiares, a quienes tomaron todo el país de Ems a Leitha. Si bien germanizaron esta región por la fuerza, la germanización de los países eslavos se llevó a cabo sobre una base mucho más pacífica a través de la inmigración, a través de la influencia de la nación más desarrollada sobre la que no lo era. La industria alemana, el comercio alemán, la cultura alemana trajeron el idioma alemán al país por su cuenta. En cuanto a la "opresión", los eslavos no eran más oprimidos por los alemanes que la masa de los propios alemanes.

En cuanto a los magiares, también hay muchos alemanes en Hungría y los magiares nunca han tenido que quejarse de la "*maldita política alemana*", ¡aunque eran "apenas cuatro millones"! Y si, durante *ocho siglos*, los "ocho millones de eslavos" tuvieron que soportar el yugo de cuatro millones de magiares, ¡sólo esto puede demostrar qué era más viable y más enérgico, la masa de eslavos o el pequeño número de magiares!

¡Pero el mayor "crimen" de los alemanes y magiares es ciertamente haber impedido que estos doce millones de eslavos se convirtieran en turcos! ¿Qué habría pasado con estas pequeñas naciones desmoronadas que históricamente han jugado un papel tan pobre, qué habría pasado con ellas si no hubieran sido mantenidas y dirigidas por los magiares y alemanes contra los ejércitos de Mahoma y Solimán, si sus llamados "opresores" no hubieran jugado un papel decisivo en las batallas libradas para defender

a estos pueblos débiles? ¿No es un testimonio suficiente el destino de “doce millones de eslavos”, valacos y griegos aplastados hasta hoy por “setecientos mil Osmanes”. (p. 8)?

Y finalmente, ¡qué “crimen”, qué “política maldita” es, si en un momento en que, además, en Europa las grandes monarquías se convirtieron en una “necesidad histórica”, los alemanes y los magiares reunieron en un gran imperio a pequeños grupos nacionales, lánguidos e impotentes, permitiéndoles así participar en una evolución histórica que les habría sido completamente ajena si hubieran sido abandonados a su suerte! Obviamente, tales logros son imposibles sin aplastar brutalmente unas pocas flores nacionales tiernas. Pero en la historia, nada sucede sin violencia y brutalidad implacable. Y si Alejandro, César y Napoleón hubieran mostrado la sensibilidad a la que el paneslavismo apela a favor de sus clientes[222] decadentes, ¡qué habría sido de la historia! ¿Y no son los persas, celtas y alemanes convertidos al cristianismo tan buenos como los checos, los soldados de Ogalin y los casacas rojas?

Ahora, sin embargo, debido al poderoso progreso de la industria, el comercio y las comunicaciones, la centralización política se ha convertido en una necesidad aún más apremiante que en los siglos XV y XVI. Todo lo que todavía puede ser centralizado se centraliza. ¡Y *ahora* llegan los paneslavistas y exigen que “liberemos” a estos eslavos semigermanizados, que abolamos una centralización impuesta a estos eslavos por todos sus intereses materiales!

En resumen, resulta que estos “crímenes” de los alemanes y magiares contra los eslavos en cuestión pertenecen a las mejores y más notables acciones de las que nuestro pueblo y el pueblo magiar puedan jactarse en la historia.

En cuanto a los magiares, cabe señalar también que, desde la revolución en particular, han procedido con demasiada indulgencia y debilidad con los croatas santurrones. Es bien sabido que Kossuth les ha hecho todas las concesiones posibles, excepto dejar que sus diputados hablen croata en la Dieta. Y esta indulgencia hacia una nación contrarrevolucionaria por naturaleza es el único reproche que podemos hacer a los magiares.

[222] Cliente: plebeyo romano sometido a la protección de un patrono patricio.

Banquete del 24 de febrero[223]

Colonia, 27 de febrero

Anteayer se celebró el aniversario de la revolución francesa en febrero con un banquete en la Eiser Hall[224]. La gran sala, que tiene capacidad para 2.000 a 3.000 personas, estaba repleta.

Karl Marx, elegido presidente por aclamación, tuvo que negarse a causa de un impedimento. Sobre este punto, a petición general de todos, *Karl Schapper* asumió la presidencia y abrió la reunión con un brindis por los manes[225] de las víctimas que habían caído en febrero y junio en París y en todas las demás luchas revolucionarias de 1848.

A continuación el miembro de Colonia, el abogado *Schneider*, se despidió de sus electores. Del mismo modo, el diputado *Gladbach* pronunció unas palabras, volvió a tratar sobre las causas del éxito de la última contrarrevolución e instó al pueblo de Colonia, en caso de que se produjeran nuevos golpes de fuerza contra la cámara, a que se levantara en defensa de sus representantes. (Esto es en respuesta a la denuncia publicada hoy en el *Kölnische Zeitung*[226])

Además se lanzaron los siguientes brindis: por el *Dr. Rittinghausen*, a la república democrática y social; por *Friedrich Engels* de la redacción de *La nueva gaceta renana*, a los italianos en lucha y especialmente a la república romana; por *C. Cramer*, a los manes de Robert Blum; el diputado *Wohler* de la Asamblea Nacional de Frankfurt, a la democracia alemana; al comerciante *Guffanti*, a Ledru-Rollin y a los demócratas franceses; el exartillero *Funk* un *pereat*[227] a los tiranos; el *Dr. Weil*, a las damas presentes; *Becher*, a los demócratas de todas las naciones; el carpintero *Kurth*, a Kossuth y a los magiares; *Schapper*, a los presos políticos y refugiados, y en particular a los alemanes de Besançon[228]; el obrero *Carstens*, a la futura revolución social; *Ferdinand Wolff*, editor de *La nueva gaceta renana*, por el derecho al trabajo; el obrero *Haussmann*, a la unidad; *C. Cramer*, a Mieroslawski y a los combatientes polacos de 1848; el posadero *Kamp* de Bonn, por la confraternización de todas las naciones; el estudiante *Blum*, a los demócratas de Wuppertal; el obrero *Muller*, a Mellinet, a Tedesco

---

[223] Versión al castellano desde "Banquet du 24 février", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. También para las notas. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 233, 28 de febrero de 1849.

[224] En la reunión del Comité de la Unión Obrera de Colonia del 15 de febrero de 1849, se eligió una comisión compuesta por Schapper, Röser y Reiff, a propuesta de Engels, para ponerse en contacto con una de las sociedades democráticas con el fin de preparar un banquete con motivo del aniversario de la revolución de febrero en Francia.

[225] Sombras o almas de los difuntos. EIS.

[226] En el *Kölnische Zeitung* nº 49 del 27 de febrero de 1849 se dice: "Entre los oradores, el diputado Gladbach destaca por sus estruendosos discursos contra la Casa de Hohenzollern, el conde Brandenburg, etc.".

[227] Mueran. EIS.

[228] Se trata de un grupo de personas que participaron en el levantamiento de Baden en abril de 1848; habían emigrado a Besançon. Más tarde este grupo, bajo el liderazgo de Willich, participó en el levantamiento en el Palatinado y Baden bajo el nombre de Compagnie de Besançon.

y a los otros quince convictos de Amberes de Risquons-Tout[229]; el obrero *Röser*, por los manes de Robespierre, Saint-Just, Marat y a los otros héroes de 1793.

La celebración, animada de vez en cuando por la música, el himno de la *Marsellesa*, el *Canto de los Girondinos*[230], etc. y los cantos del coro de los obreros bajo la dirección del Sr. Herx, terminó con vítores a "la república democrática y social universal".

Durante la sesión se efectuó una colecta para los refugiados alemanes de Besançon, que ofreció un resultado significativo.

A lo largo de la velada las tropas estaban confinadas y fuertes patrullas recorrían las calles, pero esto estaba más motivado por las repetidas peleas de los soldados entre sí que por el banquete.

[229] Ver en esta obra páginas 323-325, EIS.

[230] Canción patriótica que data de la gran Revolución Francesa y conocida sobre todo por su estribillo: "Morir por la patria". Esta canción fue muy popular durante la revolución de 1848.

Banquete en el Gurzenich el 19 de marzo de 1849[231]

Colonia, 20 de marzo

Anoche se celebró un banquete en el Gurzenich para celebrar los combates en las barricadas de Berlín del año pasado. Si el concierto burgués del día 18 "para celebrar la promesa" de una constitución, etc., etc., ya había llenado adecuadamente la sala más grande de nuestra ciudad, ayer hizo falta que la sala pudiera albergar al menos a la mitad del público que se acercaba. Mientras que de 5.500 a 6.000 personas estaban juntas y apretadas, varios miles esperaron en vano para entrar. La sala se había llenado tan rápidamente que varios oradores sólo pudieron entrar a hurtadillas después de nueve horas.

Karl Schapper presidió y abrió la reunión con un brindis por el pueblo soberano, la única fuente de todo poder legal. Los otros brindis fueron lanzados por *H. Becker*, a los muertos del 18 y 19 de marzo; por el ciudadano *Wachter*, a la mejora de la suerte del alemán Michel[232]; por el ciudadano *Weill*, a la revolución *completa* y no a la *revolución a medias*; por el ciudadano *Rittinghausen*, un *pereat*[233] al emperador alemán; por *C. Cramer*, un brindis a las mujeres demócratas que asisten a nuestro banquete; por *W. Wolff*, editor de *La nueva gaceta renana*, a la República Italiana; por Ernst Dronke, editor de *La nueva gaceta renana*, a la revolución proletaria; por *P. Nothjung*, a la victoria de los magiares y de Kossuth; de *H. Burgers*, editor de *La nueva gaceta renana*, a la caída de Austria; de *F. Wolff*, editor de *La nueva gaceta renana*, a los acusados de Bourges[234]; de *Friedrich Engels*, editor de *La nueva gaceta renana*, a los insurgentes de junio en París; de *Karl Schapper*, a los cartistas ingleses y a sus líderes más revolucionarios, Ernest Jones y G. J. Harney; de *Carl Cramer*, a los polacos; de *Chr. Esser*, editor del *Arbeiter-Zeitung*, a la República Roja.

El banquete, que tuvo lugar en el orden más perfecto y tranquilo, terminó a las once con un viva general a la república roja.

Junto con el concierto de los Screamers del día 18 en el Gurzenich, estamos encantados de que nunca antes en Colonia haya habido un festival que haya reunido a un público tan numeroso y a la vez con tanto tacto como el del banquete de anoche celebrado bajo los auspicios de la bandera roja.

---

[231] Versión al castellano desde "Banquet au Gurzenich", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. También para las notas. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 251, 21 de marzo de 1849.

[232] Al campesino francés se le llama Jacques (cf. los jacqueries) y al campesino alemán se le llama Michel.

[233] Muera. EIS.

[234] Juicio contra los dirigentes de la manifestación del 15 de mayo de 1848 en París. Tuvo lugar del 7 de marzo al 3 de abril de 1849 en Bourges. Barbès y Albert fueron condenados a cadena perpetua, Blanqui a 10 años de detención, Flotte, Sobrier, Raspail y otros a varias penas de prisión.

Resolución de la Asamblea General de la Unión Obrera[235]

16 de abril de 1849

La Asamblea decidió por unanimidad:

Abandonar la Federación de Asambleas Democráticas de Alemania y, por otro lado, unirse a la Federación de Uniones Obreras de Alemania, cuyo Comité Central tiene su sede en Leipzig.

Encargar a su comité que convoque en Colonia un Congreso Provisional de todas las Uniones Obreras de Renania y Westfalia antes de la reunión del Congreso General de las Uniones Obreras en Leipzig, con el fin de reforzar los lazos del partido genuinamente socialista.

Enviar delegados al Congreso de las Uniones Obreras Alemanas, que se celebrará próximamente en Leipzig.

[235] Versión al castellano desde "Résolution de l'Assemblée Générale de l'Union Ouvrière, le 16 avril 1849", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *Freiheit, Brüderliclikeit, Arbeit*, nº 22, 22 de abril de 1849.

Comunicado sobre el congreso de las uniones obreras[236]

25 de abril de 1849

Algunos miembros han abandonado recientemente el Comité Local de las Asambleas Democráticas de la Provincia del Rin y, al mismo tiempo, la Unión Obrera de aquí declaró que se retiraba de la Federación de Asociaciones Democráticas del Rin. Esto fue motivado por la convicción de que no había nada muy ventajoso que esperar de ellas para los intereses de la clase obrera o de la gran masa del pueblo, dada la diversidad de elementos dentro de las asambleas en cuestión.

Por ello parece aún más urgente una vinculación sólida entre elementos similares y una vigorosa acción combinada de todas las uniones obreras.

Con este fin, la unión obrera local consideró necesario decidir, en primera instancia, establecer una comisión provisional para todas las uniones obreras de las provincias renana y Westfalia, nombró a los miembros de esta comisión, que suscriben este comunicado, y les encargó que tomaran las medidas necesarias para alcanzar este objetivo.

Por lo tanto, la comisión provisional invita a todas las uniones y a todas las demás asociaciones a que, aunque no se hayan denominado previamente así, *estén firmemente comprometidas con los principios de la democracia social*, a estar representadas en un congreso provincial, previsto para el primer domingo del mes próximo (6 de mayo)[237].

En el orden del día:

1.- Organización de las uniones obreras de Renania y Westfalia;

2.- Elección de delegados al Congreso General de todas las uniones obreras alemanas que se celebrará en junio en Leipzig;

3.- Discusión y redacción de las mociones que se remitirán a los delegados del Congreso de Leipzig.

Se ruega a los delegados elegidos aquí para el congreso preparatorio que se presenten, con sus mandatos, a más tardar el 6 de mayo, a las 10 de la mañana, en casa de Simons en Kranz, en el antiguo mercado.

Colonia, 24 de abril de 1849

Carlos Marx (ausente), W. Wolff, K. Shapper, F. Anneke, C.J. Esser y Otto

N. B. Se ruega enviar las comunicaciones escritas a Karl Schapper, Presidente de la Unión Obrera. Unter Hutmacher, nº 17.

---

[236] Versión al castellano desde "Communication sur le congrès des unions ouvrières", en Karl Marx-Friedrich Engels-Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 282, de 26 de abril de 1849 suplemento y nº 285, 29 abril, 2ª edición. También para las notas.

[237] Durante mucho tiempo se creyó que este congreso de las uniones obreras de las provincias del Rin y Westfalia no había tenido lugar; sin embargo, se sabe por los informes publicados en el *Deutsche Allgemeine Zeitung* del 10 de mayo de 1849 y en el *Triersche Zeitung* del 12 de mayo de 1849 (nº 113) que tuvo lugar en Colonia el domingo 6 de mayo de 1849. Como *La nueva gaceta renana* no menciona este congreso, se puede suponer que, dados los acontecimientos que se estaban desarrollando, no tuvo la escala e importancia que el comité provisional de la Unión Obrera había esperado. Otros eventos fueron el centro de atención.

Decisión de la primera filial de la Unión Obrera de Colonia[238]

¿28 de abril de 1849?

Propuesta

Considerando que

1. que en el periódico *Freiheit, Arbeit*, el doctor Gottschalk presenta al Dr. Karl Marx como amigo y partidario del diputado Franz Raveaux de Frankfurt, mientras que en la reunión del comité del 8 de febrero, el ciudadano Marx dejó claro que aunque actualmente apoya la candidatura de Raveaux y Schneider II, está lejos de compartir sus ideas, en el plano de los principios, que, por el contrario, el primero había sido atacado sin consideraciones por la *New Rhine Gazette* durante el período de su mayor gloria, pero que en este momento no podía haber ninguna cuestión de demócratas rojos o rosados, dado que en este momento se trata esencialmente de oponerse a la monarquía absoluta y, con este fin, de reunir a los demócratas rojos y rosados contra los gritones[239];

2. además, con motivo del Congreso Democrático de Frankfurt, el Dr. Gottschalk tomó la palabra para declarar que podía utilizar a los obreros de Colonia tanto para una monarquía roja como para una república roja, presentando así a los trabajadores como meras máquinas que le obedecen con solo mover los ojos o el dedo;

3. que, en el periódico *Freiheit, Arbeit*, los ataques a Raveaux tienen un carácter completamente grosero y mezquino, reprochándole una enfermedad orgánica presentada como una manía;

4. que los otros ataques en este periódico no suelen basarse en ninguna prueba real y, aunque sólo sea por su candidez, ni siquiera merecen ser refutados, pero sin embargo no por ello dejan de traducir menos el odio y el rencor vulgares como la naturaleza vil y taimada de sus autores;

5. que tras su liberación, el Dr. Gottschalk combinó un plan dirigido contra varios miembros de la Unión Obrera con vistas a reorganizar la Unión Obrera y, con este fin, se otorgó a sí mismo el cargo de presidente después de ponerse a la cabeza de un comité de cinco miembros, lo que denuncia una mentalidad despótica que ofende los principios democráticos más elementales;

---

[238] Versión al castellano desde "Décision de la première filiale de l'Union ouvrière de Cologne", en Marx y Engels, *Le parti de classe. I. Thèorie, activité,* Introducción y notas de Roger Dangeville, Maspero, París, 1973, páginas 182-185. También para las notas. *Freiheit, Brüderlichkeit, Arbeit,* 29 de abril de 1849. Estos informes de actividad del partido rinden testimonio de la lucha que Marx y Engels tuvieron que librar dentro de la organización para defender y explicar su concepción del curso de la revolución.
En general, las reuniones en las que las discusiones son a menudo largas, aparentemente tortuosas, incluso sibilinas, y a veces duras, son precisamente aquellas en las que se forman los activistas, aclarando por sí mismos las consignas y los principios del partido con las preocupaciones y los problemas concretos a los que se enfrentan los individuos en las diversas localidades y condiciones particulares (cuyos argumentos opuestos en la discusión reflejan a menudo la naturaleza de esos problemas y condiciones). Por lo tanto, es en estas reuniones donde se desarrolla la conciencia de la acción histórica del proletariado. Gracias a esta actividad, "la teoría deviene fuerza, ganando a las masas".

[239] En 1848-1849, lo demócratas republicanos fueron llamados "los subversivos" por los constitucionalistas burgueses, a los que estos bautizaron a su vez como "los gritones".

6. que esta nueva organización le dio la espalda al partido proletario propiamente dicho y se arrojó en los brazos de los pequeñoburgueses, ya que estaba previsto aumentar la contribución mensual de cada miembro a 5 centavos;

7. que el Dr. Gottschalk intentó al mismo tiempo introducir cambios en el periódico de la Unión, a consecuencia de lo cual dejó de aparecer durante quince días, y que no había recibido ningún poder de la Unión, ni, incluso, había simplemente informado a la Unión o a su comité en modo alguno. Todo esto constituye claramente una intervención abusiva según las reglas de la Unión, una intervención que nada puede justificar y que no puede ser excusada por razones de necesidad o urgentes, ni siquiera por la posterior partida del Dr. Gottschalk;

8. que después de su liberación, el Dr. Gottschalk, en lugar de cumplir con las expectativas de los obreros de Colonia, continuó su actividad en la dirección del progreso, partió, para asombro de todos, sin siquiera decir una palabra de despedida o agradecimiento por su perseverancia y lealtad;

9. que el Dr. Gottschalk, por exagerada estima a su propia persona, se exilió y emitió una proclama desde Bruselas que sólo podía ser una declaración para justificar su actitud: él, el republicano, refiriéndose a sí mismo, habla de "el siempre supremo juez del país" o "la voz del pueblo", es decir, considera que el juez supremo no es la voz popular universal, a menos que su expresión como juez supremo se refiera al rey, que lo situaría directamente en el campo de los legitimistas y monárquicos; que, además, en su declaración expresa su desprecio hacia el pueblo, asumiendo que, como juez supremo, la voz del pueblo, puede enajenar sus poderes a alguien que puede desempeñar el insignificante papel de portador de charreteras, mientras que él mismo trata de encontrar una salida, tanto junto al rey como junto al pueblo;

10. que el Dr. Gottschalk, presionado por la Unión Obrera para que explicase o comentase lo que quería decir con "el siempre supremo juez" en su supuesta declaración, no consideró apropiado darle ninguna respuesta;

11. que, sin haber sido llamado por nadie, el Dr. Gottschalk regresó a Alemania, donde todo el asunto de su expatriación estalló como una simple burbuja y puede ser considerado como una simple maniobra electoral fallida (sus hermanos y amigos habiendo sido muy activos en su elección en Berlín).

La primera filial del Unión Obrera de Colonia dice: que no aprueba de ninguna manera la conducta del Dr. Gottschalk después de su absolución por el jurado de Colonia; además, rechaza con firmeza e indignación la pretensión de Gottschalk de abusar de la Unión Obrera en interés de la monarquía roja, o se niega a ser engañada por ataques personales solapados contra algunos, o permitir que se le conceda una presidencia con un comité de hombres de paja, o buscar su salvación en un exilio voluntario que invoque la gracia del rey al mismo tiempo que la del pueblo, o de ser tratada como un niño por quien sea.

Carlos Marx y Federico Engels: A los trabajadores de Colonia[240]

19 de mayo de 1848

Ponemos en guardia definitivamente contra cualquier putcsh en Colonia. Dada la situación militar en Colonia, estaríais perdidos sin remedio. Ya habéis visto en Elberfeld cómo la burguesía envía a los trabajadores a la línea de fuego para luego traicionarlos de la manera más infame. El estado de sitio en Colonia desmoralizaría toda la provincia del Rin y el estado de sitio sería la consecuencia necesaria de cualquier levantamiento por vuestra parte en este momento. Vuestra calma desesperará a los prusianos.

Al despedirse, los editores de *La nueva gaceta renana* os agradecen vuestras simpatías. Su última palabra siempre y en todas partes será: *¡Emancipación de la clase obrera!*

La redacción de *La nueva gaceta renana*

[240] Versión al castellano desde "Aux travailleurs de Cologne", en Karl Marx-Friedrich Engels – Les auteurs marxistes en langue française. Publicado en *La nueva gaceta renana*, nº 301, 19 de mayo de 1848.

Carlos Marx y Federico Engels*: Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*[241]

Marzo de 1850

Hermanos: durante los dos años revolucionarios de 1848 y 1849 la Liga ha salido airosa de una doble prueba: primero porque sus miembros participaron enérgicamente en todas partes donde se produjo el movimiento y porque en la prensa en las barricadas y en los campos de batalla estuvieron en la vanguardia de la única clase decididamente revolucionaria, en la vanguardia del proletariado. Además, porque la concepción que del movimiento tenía la Liga, tal como fue formulada en las circulares de los congresos y del comité central en 1847, así como en el *Manifiesto Comunista* resultó ser la única acertada; porque las esperanzas expuestas en dichos documentos se vieron plenamente confirmadas, y los puntos de vista sobre las condiciones sociales del momento, que la Liga sólo había propagado hasta entonces en secreto, se hallan ahora en boca de todo el mundo y se predican abiertamente en las plazas públicas. Al mismo tiempo, la primitiva y sólida organización de la Liga se ha debilitado considerablemente. Gran parte de sus miembros (los que participaron directamente en el movimiento revolucionario) creían que ya había pasado la época de las sociedades secretas y que bastaba con la sola actividad pública. Algunos círculos y comunidades han ido debilitando sus conexiones con el comité central y terminaron por romperlas poco a poco. Así pues, mientras el partido democrático, el partido de la pequeña burguesía, fortalecía su organización en Alemania, el partido obrero perdía su única base firme, a lo sumo conservaba su organización en algunas localidades, para fines puramente locales, y por eso, en el movimiento general, cayó por entero bajo la influencia y la dirección de los demócratas pequeñoburgueses. Hay que acabar con tal estado de cosas, hay que restablecer la independencia de los obreros. Comprendiendo esta necesidad, el comité central, ya en el invierno de 1848-1849, envió a Josef Moll con la misión de reorganizar la Liga en Alemania. La misión de Moll no produjo el efecto deseado, en parte porque los obreros alemanes no tenían aún suficiente experiencia, y en parte por haberse visto interrumpida a consecuencia de la insurrección de mayo del año pasado. El propio Moll, que empuñó las armas y se incorporó al ejército de Baden-Palatinado, cayó en el encuentro del 29 de junio cerca del Murg. La Liga ha perdido con Moll a uno de sus miembros más antiguos, más activos y más seguros, que había participado en todos los congresos y comités centrales y que ya había realizado antes con gran éxito varias misiones fuera. Después de la derrota de los partidos revolucionarios de Alemania y Francia en julio de 1849, casi todos los miembros del comité central volvieron a reunirse en Londres, completaron sus filas con nuevas fuerzas revolucionarias y emprendieron con renovada energía la tarea de reorganizar la Liga.

Esta reorganización sólo puede ser lograda por un enviado especial, y el comité central considera que tiene una gran importancia el que dicho enviado salga precisamente ahora, cuando es inminente una nueva revolución, cuando, por lo tanto, el

[241] Tomado de “Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas”, en Marx y Engels, *Obras Escogidas*, en dos tomos, tomo I, Editorial Ayuso Madrid, 1975, páginas 92-103.

partido obrero debe actuar de la manera más organizada, más unánime y más independiente, si no quiere ser de nuevo explotado por la burguesía y marchar a la cola de ésta, como en 1848.

Ya os habíamos dicho, hermanos, en 1848, que los liberales burgueses alemanes llegarían pronto al poder y que inmediatamente emplearían contra los obreros este poder recién adquirido. Ya habéis visto cómo se ha realizado esto. En efecto, inmediatamente después del movimiento de marzo de 1848 han sido los burgueses quienes se hicieron con el poder, utilizándolo sin dilaciones para obligar a los obreros, sus aliados en la lucha, a volver a su anterior condición de oprimidos. Y aunque la burguesía no podía lograr todo esto sin aliarse al partido feudal derrotado en marzo y, en fin de cuentas, sin ceder de nuevo la dominación a este mismo partido absolutista feudal, pudo, sin embargo, asegurarse las condiciones que, en vista de las dificultades financieras del gobierno, habrían de poner finalmente en sus manos el poder y salvaguardarían sus intereses en el caso de que fuese posible que el movimiento revolucionario entrase desde ahora en el cauce del llamado desarrollo pacífico. Para asegurar su dominación, la burguesía ni siquiera necesitaba recurrir a medidas violentas que la harían odiosa a los ojos del pueblo, pues todas esas medidas violentas ya habían sido tomadas por la contrarrevolución feudal. Pero el desarrollo no ha de seguir ese cauce pacífico. Por el contrario, la revolución que ha de acelerar dicho desarrollo está próxima, bien sea provocada por una insurrección independiente del proletariado francés, bien por una invasión de la Babel revolucionaria[242] por la Santa Alianza.

Y el papel de traición que los liberales burgueses alemanes desempeñaron con respecto al pueblo en 1848 lo desempeñarán en la próxima revolución los pequeños burgueses democráticos, que ocupan hoy en la oposición el mismo lugar que ocupaban los liberales burgueses antes de 1848. Este partido democrático, más peligroso para los obreros que lo fue el partido liberal, está integrado por los siguientes elementos:

I. Por la parte más progresiva de la gran burguesía, cuyo objetivo es el total e inmediato derrocamiento del feudalismo y del absolutismo. Dicha fracción está representada por los antiguos conciliadores de Berlín que habían propuesto suspender el pago de las contribuciones.

II. Por la pequeña burguesía democrático-constitucional, cuyo principal objetivo en el movimiento precedente había sido crear un estado federal más o menos democrático tal como lo habían propugnado sus representantes (la izquierda de la Asamblea de Fráncfort), más tarde el parlamento de Stuttgart y ella misma en la campaña en pro de la Constitución del Imperio.

III. Por los pequeños burgueses republicanos, cuyo ideal es una república federal alemana al estilo de la suiza y que ahora se llaman a sí mismos "rojos" y "demócratas sociales", porque tienen el pío deseo de acabar con la opresión del pequeño capital por el grande, del pequeño burgués por el gran burgués. Representaban a esta fracción los miembros de los congresos y comités democráticos, los dirigentes de las uniones democráticas y los redactores de la prensa democrática.

Ahora, después de su derrota, todas estas fracciones se llaman republicanas o rojas, exactamente como los pequeños burgueses republicanos de Francia se llaman hoy en día socialistas. Allí donde aún tienen la posibilidad de perseguir sus fines por métodos constitucionales, como en Wurtemberg, Baviera, etc., aprovechan la ocasión para conservar sus viejas frases y para demostrar con los hechos que no han cambiado en absoluto. Se comprende, por lo demás, que el cambio de nombre de este partido no modifica en lo más mínimo su actitud hacia los obreros; lo único que hace es demostrar

[242] Se refiere a París, considerado desde los tiempos de la revolución burguesa de Francia a fines del siglo XVIII como el hogar de la revolución.

que ahora se ve obligado a luchar contra la burguesía aliada al absolutismo y a buscar el apoyo del proletariado.

El partido democrático pequeñoburgués es muy poderoso en Alemania. Abarca no solamente a la enorme mayoría de la población burguesa de las ciudades, a los pequeños comerciantes e industriales y a los maestros artesanos, sino que también le siguen los campesinos y los obreros agrícolas, en tanto estos últimos no han encontrado aún el apoyo de un proletariado urbano independientemente organizado.

La actitud del partido obrero revolucionario ante la democracia pequeñoburguesa es la siguiente: marcha con ella en la lucha por el derrocamiento de aquella fracción a cuya derrota aspira el partido obrero; marcha contra ella en todos los casos en que la democracia pequeñoburguesa quiere consolidar su posición en provecho propio.

Muy lejos de desear la transformación revolucionaria de toda la sociedad en beneficio de los proletarios revolucionarios, la pequeña burguesía democrática tiende a un cambio del orden social que pueda hacer su vida en la sociedad actual lo más llevadera y confortable. Por eso reclama ante todo una reducción de los gastos del estado por medio de una limitación de la burocracia y la imposición de las principales cargas tributarias sobre los grandes terratenientes y los burgueses. Exige, además, que se ponga fin a la presión del gran capital sobre el pequeño, pidiendo la creación de instituciones crediticias del estado y leyes contra la usura, con lo cual ella y los campesinos tendrían abierta la posibilidad de obtener créditos del estado en lugar de tener que pedírselos a los capitalistas, y además en condiciones ventajosas; pide igualmente el establecimiento de relaciones burguesas de propiedad en el campo mediante la total abolición del feudalismo. Para poder llevar a cabo todo esto necesita un régimen democrático, ya sea constitucional o republicano, que les proporcione una mayoría a ella y a sus aliados, los campesinos, y una autonomía democrática local que ponga en sus manos el control directo de la propiedad comunal y una serie de funciones desempeñadas hoy en día por burócratas.

Los demócratas pequeñoburgueses consideran además que es preciso oponerse a la dominación y al rápido crecimiento del capital, en parte limitando el derecho de herencia, en parte poniendo en manos del estado el mayor número posible de empresas. Por lo que toca a los obreros, es ante todo indudable que deben seguir siendo obreros asalariados, pero al mismo tiempo los pequeños burgueses democráticos desean que aquéllos tengan salarios más altos y una existencia mejor asegurada; y confían en lograr esto facilitando por un lado trabajo a los obreros a través del estado y por otro con medidas de beneficencia. En una palabra, confían en corromper a los obreros con limosnas más o menos veladas y quebrantar su fuerza revolucionaria con un mejoramiento temporal de su situación. No todas las fracciones de la democracia pequeñoburguesa defienden todas las reivindicaciones que acabamos de citar. Tan sólo unos pocos demócratas pequeñoburgueses consideran como objetivo suyo el conjunto de estas reivindicaciones. Cuanto más allá van algunos individuos o fracciones de la democracia pequeñoburguesa, tanto mayor es el número de estas reivindicaciones que hacen suyas, y aquellos pocos que ven en lo arriba expuesto su propio programa suponen seguramente que ello representa el máximo de lo que puede esperarse de la revolución. Pero estas reivindicaciones no pueden satisfacer en modo alguno al partido del proletariado. Mientras que los pequeños burgueses democráticos quieren poner fin a la revolución lo más rápidamente que se pueda, después de haber obtenido, a lo sumo, las reivindicaciones arriba mencionadas, nuestros intereses y nuestras tareas consisten en hacer la revolución permanente hasta que sea descartada la dominación de las clases más o menos poseedoras, hasta que el proletariado conquiste el poder del estado, hasta

que la asociación de los proletarios se desarrolle, y no sólo en un país, sino en todos los países predominantes del mundo, en proporciones tales, que cese la competencia entre los proletarios de estos países, y hasta que por lo menos las fuerzas productivas decisivas estén concentradas en manos del proletariado. Para nosotros no se trata de reformar la propiedad privada, sino de abolirla; no se trata de paliar los antagonismos de clase, sino de abolir las clases; no se trata de mejorar la sociedad existente, sino de establecer una nueva. No cabe la menor duda de que con el desarrollo de la revolución la democracia pequeñoburguesa obtendrá en Alemania, por algún tiempo, una influencia predominante. La cuestión es, pues, saber cuál ha de ser la actitud del proletariado y particularmente de la Liga frente a la democracia pequeñoburguesa:

1. Mientras subsista la situación actual, cuando los pequeños burgueses democráticos se encuentran también oprimidos;

2. En el curso de la próxima lucha revolucionaria, la cual les dará una situación de superioridad;

3. Al terminar la lucha, durante el período de su superioridad sobre las clases derrocadas y sobre el proletariado.

1. En los momentos presentes, cuando la pequeña burguesía democrática es oprimida en todas partes, ésta exhorta en general al proletariado a la unión y a la reconciliación, le tiende la mano y trata de crear un gran partido de oposición que abarque todas las tendencias del partido democrático, es decir, trata de arrastrar al proletariado a una organización de partido donde han de predominar las frases socialdemócratas de tipo general tras las que se ocultarán los intereses particulares de la democracia pequeñoburguesa, y en la que las reivindicaciones especiales del proletariado han de mantenerse reservadas en aras de la tan deseada paz. Semejante unión sería hecha en exclusivo beneficio de la pequeña burguesía democrática y en indudable perjuicio del proletariado. Este habría perdido la posición independiente que conquistó a costa de tantos esfuerzos y habría caído una vez más en la situación de simple apéndice de la democracia burguesa oficial. Tal unión debe ser, por tanto, resueltamente rechazada. En vez de descender una vez más al papel de coro destinado a jalear a los demócratas burgueses los obreros, y ante todo la Liga, deben procurar establecer junto a los demócratas oficiales una organización independiente del partido obrero, a la vez legal y secreta, y hacer de cada comunidad el centro y núcleo de sociedades obreras, en las que la actitud y los intereses del proletariado puedan discutirse independientemente de las influencias burguesas. Una prueba de cuán poco seria es la actitud de los demócratas burgueses ante una alianza con el proletariado en la cual éste tuviese la misma fuerza y los mismos derechos la tenemos en los demócratas de Breslau, cuyo órgano de prensa, el *Neue Oder-Zeitung*[243], ataca con furia a los obreros organizados independientemente, a los que moteja de socialistas. Para luchar contra un enemigo común no se precisa ninguna unión especial. Por cuanto es necesario luchar directamente contra tal enemigo, los intereses de ambos partidos coinciden por el momento y dicha unión, lo mismo que ha venido ocurriendo hasta ahora, surgirá en el futuro por sí misma y únicamente para el momento dado. Es evidente que en los futuros conflictos sangrientos, al igual que en todos los anteriores, serán sobre todo los obreros los que conquisten la victoria con su valor, resolución y espíritu de sacrificio. En esta lucha, al igual que en las anteriores, la masa pequeñoburguesa mantendrá una actitud de espera, de irresolución e inactividad tanto tiempo como le sea posible, con el propósito de que en cuanto quede asegurada la victoria, utilizarla en beneficio propio, invitar a los obreros a que permanezcan tranquilos y retornen al trabajo, evitar los llamados excesos

[243] La *Nueva Gaceta del Oder*, diario publicado en Breslau entre 1849 y 1855.

y despojar al proletariado de los frutos de la victoria. No está en manos de los trabajadores impedir que la pequeña burguesía democrática proceda de este modo, pero sí está en su poder dificultar a los demócratas burgueses la posibilidad de imponerse al proletariado en armas y dictarles unas condiciones bajo las cuales su dominación lleve desde el principio el germen de su caída, facilitando así considerablemente su ulterior sustitución por el poder del proletariado. Durante el conflicto e inmediatamente después de terminada la lucha, los obreros deben procurar, ante todo y en cuanto sea posible, contrarrestar los intentos contemporizadores de la burguesía y obligar a los demócratas a llevar a la práctica sus actuales frases terroristas. Deben actuar de tal manera que la excitación revolucionaria no sea reprimida de nuevo inmediatamente después de la victoria. Por el contrario, han de intentar mantenerla tanto tiempo como sea posible. Los obreros no sólo no deben oponerse a los llamados excesos, a los actos de venganza popular contra individuos odiados o contra edificios públicos que el pueblo sólo puede recordar con odio, no sólo deben tolerar tales actos, sino que deben tomar su dirección. Durante la lucha y después de ella los obreros deben aprovechar todas las oportunidades para presentar sus propias demandas al lado de las demandas de los demócratas burgueses. Deben exigir garantías para los obreros tan pronto como los demócratas burgueses se dispongan a tomar el poder. Si fuere preciso, estas garantías deben ser arrancadas por la fuerza. En general, es preciso procurar que los nuevos gobernantes se obliguen a las mayores concesiones y promesas; es el medio más seguro de comprometerles. Los obreros deben contener por lo general y en la medida de lo posible el entusiasmo provocado por la nueva situación y la embriaguez del triunfo que sigue a toda lucha callejera victoriosa, oponiendo a todo esto una apreciación fría y serena de los acontecimientos y manifestando abiertamente su desconfianza hacia el nuevo gobierno. Al lado de los nuevos gobiernos oficiales, los obreros deberán constituir inmediatamente gobiernos obreros revolucionarios, ya sea en forma de comités o consejos municipales, ya en forma de clubs obreros o de comités obreros, de tal manera que los gobiernos democrático-burgueses no sólo pierdan inmediatamente el apoyo de los obreros, sino que se vean desde el primer momento vigilados y amenazados por autoridades tras las cuales se halla la masa entera de los obreros. En una palabra, desde el primer momento de la victoria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio.

2. Pero para poder oponerse enérgica y amenazadoramente a este partido, cuya traición a los obreros comenzará desde los primeros momentos de la victoria, éstos deben estar armados y tener su organización. Se procederá inmediatamente a armar a todo el proletariado con fusiles, carabinas, cañones y municiones; es preciso oponerse al resurgimiento de la vieja milicia burguesa dirigida contra los obreros. Donde no puedan ser tomadas estas medidas, los obreros deben tratar de organizarse independientemente como guardia proletaria, con jefes y un estado mayor central elegidos por ellos mismos, y ponerse a las órdenes no del gobierno, sino de los consejos municipales revolucionarios creados por los mismos obreros. Donde los obreros trabajen en empresas del estado, deberán procurar su armamento y organización en cuerpos especiales con mandos elegidos por ellos mismos o bien como unidades que formen parte de la guardia proletaria. Bajo ningún pretexto entregarán sus armas ni municiones; todo intento de desarme será rechazado, en caso de necesidad, por la fuerza de las armas. Destrucción de la influencia de los demócratas burgueses sobre los obreros; formación inmediata de una organización independiente y armada de la clase obrera; creación de unas condiciones que, en la medida de lo posible; sean lo más duras y comprometedoras para la dominación temporal e inevitable de la democracia burguesa:

tales son los puntos principales que el proletariado, y por tanto la Liga, deben tener presentes durante la próxima insurrección y después de ella.

3. Tan pronto como los nuevos gobiernos se hayan consolidado un poco comenzarán su lucha contra los obreros. A fin de estar en condiciones de oponerse enérgicamente a los demócratas pequeñoburgueses es preciso ante todo que los obreros estén organizados de un modo independiente y centralizados a través de sus clubs. Después del derrocamiento de los gobiernos existentes, y a la primera oportunidad el comité central se trasladará a Alemania, convocará un congreso, ante el que propondrá las medidas necesarias para la centralización de los clubs obreros bajo la dirección de un organismo establecido en el centro principal del movimiento. La rápida organización de agrupaciones (por lo menos provinciales) de los clubs obreros es una de las medidas más importantes para vigorizar y desarrollar el partido obrero. La consecuencia inmediata del derrocamiento de los gobiernos existentes ha de ser a elección de una asamblea nacional representativa. Aquí el proletariado deberá vigilar:

I. Que ni un solo núcleo obrero sea privado del derecho de voto bajo ningún pretexto ni por ningún truco de las autoridades locales o de los comisarios del gobierno.

II. Que al lado de los candidatos burgueses democráticos figuren en todas partes candidatos obreros, elegidos en la medida de lo posible entre los miembros de la Liga, y que para su triunfo se pongan en juego todos los medios disponibles. Incluso donde no exista ninguna esperanza de triunfo, los obreros deben presentar candidatos propios para conservar la independencia, hacer un recuento de fuerzas y demostrar abiertamente a todo el mundo su posición revolucionaria y los puntos de vista del partido. Al mismo tiempo, los obreros no deben dejarse engañar por los alegatos de los demócratas de que, por ejemplo, tal actitud escinde el partido democrático y facilita el triunfo de la reacción. Todos estos alegatos no persiguen más fin que el de embaucar al proletariado. Los éxitos que el partido proletario alcance con semejante actitud independiente pesan mucho más que el daño que puede ocasionar la presencia de unos cuantos reaccionarios en la asamblea representativa. Si la democracia actúa desde el principio resueltamente y con medidas terroristas contra la reacción, la influencia de ésta en las elecciones quedará liquidada de antemano.

El primer punto que provocará el conflicto entre los demócratas burgueses y los obreros será la abolición del feudalismo. Al igual que en la primera revolución francesa, los pequeños burgueses entregarán las tierras feudales a los campesinos en calidad de propiedad libre, es decir, tratarán de conservar el proletariado agrícola y crear una clase campesina pequeñoburguesa, la cual pasará por el mismo ciclo de empobrecimiento y endeudamiento progresivo en que se encuentra actualmente el campesino francés.

Los obreros, tanto en interés del proletariado agrícola como en el suyo propio, deberán oponerse a este plan y exigir que las propiedades feudales confiscadas se conviertan en propiedad del estado y se transformen en colonias obreras explotadas por el proletariado agrícola asociado, el cual aprovechará todas las ventajas de la gran explotación agrícola. De este modo, y en medio del resquebrajamiento de las relaciones burguesas de propiedad, el principio de la propiedad colectiva obtendrá inmediatamente una base firme. Del mismo modo que los demócratas se unen con los campesinos, los obreros deben unirse con el proletariado agrícola. Además, los demócratas trabajarán directamente por una república federal, o bien, en el caso de que no puedan evitar la formación de la república una e indivisible, tratarán por lo menos de paralizar al gobierno central concediendo la mayor autonomía e independencia posibles a los

municipios[244] y a las provincias. En oposición a este plan, los obrero no sólo deberán defender la república alemana una e indivisible, sino luchar en esta república por la más resuelta centralización del poder en manos del estado. Los obreros no se deben dejar desorientar por la cháchara democrática acerca del municipio libre, la autonomía local, etc. En un país como Alemania, donde aún hay tantas reminiscencias del medioevo que barrer y tanto particularismo local y provincial que romper, no se puede tolerar en modo alguno ni bajo ninguna circunstancia que cada aldea, ciudad o provincia pongan nuevos obstáculos a la actividad revolucionaria, que sólo puede desarrollar toda su fuerza con la centralización. No se puede tolerar que vuelva a repetirse la situación actual, en que los alemanes deben ir conquistando cada paso de avance ciudad por ciudad y provincia por provincia. Y menos que nada puede tolerarse que al amparo de la llamada libre autonomía local se perpetúe la propiedad comunal (una forma de propiedad que incluso está por debajo de la moderna propiedad privada y que en todas partes se está descomponiendo y transformando en esta última) y se perpetúen los pleitos entre municipios ricos y pobres que esta propiedad comunal provoca, así como el derecho civil municipal, con sus triquiñuelas contra los obreros, y que subsiste al lado del derecho civil del estado. Lo mismo que en Francia en 1783, la centralización más rigurosa debe ser hoy, en Alemania, la tarea del partido verdaderamente revolucionario[245].

Hemos visto que los demócratas llegarán al poder en el próximo movimiento y que se verán obligados a proponer medidas más o menos socialistas. ¿Cuáles son, se preguntará, las medidas que los obreros deberán proponer en oposición a las de los demócratas? Es evidente que en los primeros momentos del movimiento no podrán proponer medidas puramente comunistas, pero sí pueden:

1.- Obligar a los demócratas a irrumpir en todas las esferas posibles del régimen social existente, a perturbar su curso normal, forzarles a que se comprometan ellos mismos y concentrar el mayor número de fuerzas productivas, medios de transporte, fábricas, ferrocarriles, etc. en manos del estado.

2.- Los obreros deberán llevar al extremo las propuestas de los demócratas, que, como es natural, no actuarán como revolucionarios, sino como simples reformistas. Estas propuestas deberán ser convertidas en ataques directos contra la propiedad privada. Así, por ejemplo, si los pequeños burgueses proponen el rescate de los ferrocarriles y de las fábricas, los obreros deben exigir que, como propiedad de los reaccionarios, estos ferrocarriles y estas fábricas sean simplemente confiscados por el estado sin ninguna indemnización. Si los demócratas proponen impuestos

---

[244] El término *municipio* se emplea aquí en el sentido amplio de la palabra, tanto para designar los municipios urbanos como las comunidades rurales.

[245] En la actualidad, debemos hacer constar que este párrafo se basa en un malentendido. Debido a las falsificaciones de los historiadores bonapartistas y liberales, se consideraba entonces como un hecho establecido que la máquina centralizada de gobierno del estado francés había sido introducida por la gran revolución y que la Convención la utilizó como arma necesaria y decisiva para triunfar sobre la reacción monárquica y federal, así como sobre el enemigo exterior. Pero hoy en día ya nadie ignora que durante toda la revolución, hasta el 18 Brumario, toda la administración de los departamentos, distritos y municipios era elegida por los propios gobernados y gozaba de amplia libertad dentro del marco de las leyes generales del estado; que esta autonomía provincial y local, análoga a la norteamericana, fue una palanca tan poderosa en manos de la revolución que, inmediatamente después de su golpe de estado del 18 Brumario, Napoleón se apresuró a sustituirla por la administración de los prefectos, administración que se conserva a hasta ahora y que ha sido, por tanto, desde los primeros momentos, un auténtico instrumento de la reacción. Pero, por cuanto la autonomía local y provincial no se opone a la centralización política y nacional, no hay por qué identificarla con ese estrecho egoísmo cantonal o comunal que con caracteres tan repulsivos nos ofrece Suiza, el mismo que los republicanos federales del sur de Alemania quisieron extender a todo el país en 1849. Nota de Engels a la edición de 1885.

proporcionales, los obreros deben exigir impuestos progresivos. Si los propios demócratas proponen impuestos progresivos moderados, los obreros deben insistir en un impuesto cuya tarifa crezca en tales proporciones que provoque la ruina del gran capital; si los demócratas piden la regularización de la deuda pública, los obreros deben exigir la bancarrota del estado. Así pues, las reivindicaciones de los obreros deben regirse en todas partes por las concesiones y medidas de los demócratas.

Aunque los obreros alemanes no puedan alcanzar el poder ni ver realizados sus intereses de clase sin haber pasado íntegramente por un prolongado desarrollo revolucionario, pueden por lo menos tener la seguridad de que esta vez el primer acto del drama revolucionario que se avecina coincidirá con el triunfo directo de su propia clase en Francia, lo cual contribuirá a acelerarlo considerablemente.

Pero la máxima aportación a la victoria final la harán los propios obreros alemanes cobrando conciencia de sus intereses de clase, ocupando cuanto antes una posición independiente de partido e impidiendo que las frases hipócritas de los demócratas pequeñoburgueses les aparten un solo momento de la tarea de organizar con toda independencia el partido del proletariado. Su grito de guerra ha de ser: la revolución permanente.

Londres, marzo de 1850

Carlos Marx y Federico Engels: *Mensaje del Comité Central de la Liga de los Comunistas a los miembros*[246]

Junio de 1850

El Comité Central a la Liga.

Hermanos: En nuestra última carta circular, que el emisario de la Liga os habrá entregado, exponíamos la posición que debía adoptar el partido obrero y más especialmente la Liga, tanto en los momentos actuales como para el caso de una revolución.

La finalidad principal de esta carta es informaros acerca de la situación de la Liga.

Las derrotas sufridas por el partido revolucionario el pasado verano disolvieron por un momento casi totalmente la organización de la Liga. Los afiliados más activos se separaron de ésta para tomar parte en los distintos movimientos, cesaron todos los enlaces, las direcciones se hicieron inutilizables, y esto y el peligro de que se abriesen las cartas imposibilitó por el momento toda correspondencia. Estas causas condenaron al Comité Central, hasta fines del año pasado, a la más absoluta inacción.

A medida que iban desapareciendo, poco a poco, los efectos de las derrotas sufridas, se iba sintiendo también en todas partes la necesidad de una organización fuerte y secreta del partido revolucionario que abarcase toda Alemania. Esta necesidad, que provocó en el Comité Central la decisión de enviar un emisario a Alemania y a Suiza, llevó, de otro lado, a ciertos elementos a la tentativa de crear en Suiza una nueva organización secreta y a la iniciativa, que por sí y ante sí tomó la Comuna de Colonia, de organizar la Liga en Alemania.

A comienzos de este año congregáronse en Suiza varios elementos más o menos conocidos, huidos a consecuencia de diferentes movimientos, para formar una organización que se proponía como fin contribuir, en el momento propicio, a derribar los gobiernos y ofrecer hombres capaces de asumir la dirección del movimiento y, en su caso, el gobierno vacante. Esta organización no presentaba un carácter concreto de partido, pues la heterogeneidad de los elementos que en ella se agrupaban impedía toda unidad. Estaba integrada por gentes procedentes de las fracciones de los distintos movimientos, que llegaban desde los comunistas decididos, entre los que se contaban incluso algunos antiguos afiliados a la Liga, hasta los más vacilantes demócratas pequeñoburgueses y antiguos individuos del gobierno del Palatinado.

Esta agrupación era una magnífica plataforma que aprovechaban para destacarse todos los arribistas de Baden y el Palatinado y demás ambiciosos de menor cuantía, que tanto abundaban en Suiza por aquel entonces.

Las instrucciones que esta organización cursaba a sus agentes y que han llegado a manos del Comité Central no eran tampoco las más adecuadas para infundir confianza. La ausencia de una posición concreta de partido, la tentativa de agrupar en una unión aparente a todos los elementos dispersos de la oposición, apenas si sabían disfrazarse bajo una masa de cuestiones de detalle concernientes a las condiciones

[246] Tomado de "Alocución del mismo Comité Central a la Liga Comunista", en Marx y Engels, *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 465-472.

industriales, campesinas, políticas y militares de las localidades más diversas. Las fuerzas de esta organización no podían ser tampoco más insignificantes. Según la lista completa de afiliados que tenemos a la vista, la agrupación no llegó a contar en Suiza, en el momento de su apogeo, más de 30 personas. Es muy significativo que entre ellas apenas estén representados los obreros. Era, desde el primer día, un ejército de sargentos y oficiales sin soldados.

Enviaron a Alemania dos agentes, el primero de los cuales, Bruhn, de Holstein, miembro de la Liga, consiguió, pintando cosas que no existían, convencer a algunos afiliados a la Liga y a algunas comunas que se adhiriesen momentáneamente a la nueva organización, en la que ellos creían ver una restauración de nuestra Liga. A la par que informaba al comité central suizo sobre la Liga, nos informaba a nosotros sobre la organización suiza. No contento con esta misión de corretaje, estando todavía en correspondencia con nosotros, Bruhn se dirigió a los elementos de Fráncfort conquistados para la organización suiza, llenándolos de calumnias y ordenándoles que no mantuviesen relación alguna con Londres. Por todas estas razones hubo de ser expulsado inmediatamente de la Liga. Los asuntos de Fráncfort fueron puestos en orden por nuestro emisario. Por lo demás, los manejos de Bruhn al servicio del comité central suizo fueron estériles. El segundo agente, el estudiante Schurz, de Bona, no pudo conseguir nada, pues, como hubo de escribir a Zúrich, "se encontró con que todos los elementos utilizables estaban ya en manos de la Liga". Ha salido inopinadamente de Alemania y actualmente merodea por Bruselas y París, donde la Liga le vigila. El comité central no podía ver en esa nueva organización peligro alguno para la Liga, tanto más cuanto que entre los vocales que componen su junta directiva se encuentra un afiliado nuestro de absoluta confianza, que tiene el encargo de vigilar y comunicar los planes de esa gente en cuanto atenten contra la Liga. Además, hemos enviado a Suiza un emisario para atraer a la Liga, de acuerdo con el dicho afiliado, a los elementos más utilizables y hacer todo lo necesario para organizar allí nuestra asociación. Todos estos datos descansan en documentos absolutamente auténticos.

Otra tentativa del mismo género, y anterior a ésta, había partido ya de Struve, Sigel y otros, reunidos a la sazón en Ginebra. Estos individuos no tuvieron reparo en presentar como obra de la misma Liga su tentativa de organización, abusando para esos fines del nombre de afiliados. Naturalmente, no engañaron a nadie con esta mentira. Su tentativa fracasó tan ruidosamente, que las pocas personas afiliadas en Suiza a esa organización irrealizada acabaron por incorporarse a la otra organización de que hablábamos. Pero cuanto más impotente era esta pandilla, más se adornaba con títulos pomposos y altisonantes, como los de "Comité Central de la Democracia Europea" y otros por el estilo. También aquí, en Londres, continuó Struve con sus tentativas, asociado a otros grandes hombres ignorados como él. Enviáronse a todos los puntos de Alemania una serie de manifiestos y proclamas abogando por el ingreso en el "buró central de todos los emigrados alemanes" y en el "Comité Central de la Democracia Europea"; pero la propaganda no tuvo tampoco esta vez el menor éxito.

Las relaciones que esta pandilla pretende sostener con revolucionarios franceses y otros elementos no alemanes no existen. Toda su actuación se reduce a unas cuantas intriguillas entre los emigrados alemanes de esta capital, que no afectan directamente a la Liga y que ésta puede vigilar fácilmente y sin peligro alguno.

Unas veces, todas estas tentativas responden a la misma finalidad que persigue la Liga, a saber: organizar revolucionariamente el partido obrero; en este caso, destruyen la centralización y la fuerza del partido, llevando a él la desunión, razón por la cual hay que oponerse a ellas resueltamente como a manejos escisionistas y perjudiciales. Pero pueden tener también por misión abusar una vez más del partido

obrero, poniéndolo al servicio de fines que no le interesan nada o chocan abiertamente con su interés. El partido obrero puede perfectamente, en ciertas circunstancias, utilizar a otros partidos y fracciones de partido para sus fines, pero no debe nunca supeditarse a ninguna otra organización política. Y sobre todo, hay que tener especial cuidado en alejar de sus filas a todos aquellos elementos que, habiendo participado del poder en el último movimiento, utilizaron su posición de gobernantes para traicionar el movimiento revolucionario y cerrar el paso al partido obrero allí donde éste pugnaba por actuar por su cuenta. Acerca de la situación de la Liga, podemos comunicaros lo siguiente:

I. Bélgica

La organización de la Liga entre los obreros belgas, tal como existía en los años 1846 y 1847, ha cesado, naturalmente, después de detenidos en 1848 los elementos más destacados, siendo condenados a muerte, para permutárseles luego la pena por la de cadena perpetua. En Bélgica, la Liga ha perdido bastante fuerza desde la revolución de febrero y la expulsión de la mayor parte de los afiliados a la Asociación Obrera Alemana de Bruselas. El actual régimen policíaco no le ha permitido, hasta ahora, reorganizarse. Sin embargo, en Bruselas ha logrado mantenerse a flote una comuna, que sigue subsistiendo y funcionando a medida de sus fuerzas.

II. Alemania

Era propósito del comité central dar en esta circular un informe detallado acerca de la situación de la Liga en Alemania. Sin embargo, en el momento actual no podemos hacerlo, pues la policía prusiana anda precisamente en estos instantes buscando el rastro a una vasta organización del partido revolucionario. Hemos de tener, pues, cuidado de redactar esta circular (que aunque se hará entrar en Alemania por un camino seguro, al difundirse por el país se expone siempre a caer aquí o allá en manos de la policía) en términos tales, que no suministre a nadie armas contra la Liga. El comité central se limita, por tanto, de momento, a informaros de lo siguiente:

En Alemania, la Liga tiene su principal residencia en Colonia, Fráncfort s. M., Hanau, Maguncia, Wiesbaden, Hamburgo, Schwerin, Berlín, Breslau, Liegnitz, Glogau, Leipzig, Núremberg, Múnich, Bamberg, Würzburgo, Stuttgart, Baden.

Como círculos directivos se han designado:

Hamburgo para Schleswig-Holstein, Schwerin para Meclemburgo, Breslau para Silesia, Leipzig para Sajonia y Berlín, Núremberg para Baviera, Colonia para el Rin y Westfalia.

Las comunas de Gotinga, Stuttgart y Bruselas seguirán provisionalmente en relación directa con el comité central, hasta que consigan extender su zona de influencia lo bastante para poder formar nuevos círculos directivos.

La situación de la Liga en Baden habrá de concretarse con los informes que nos mande el comisario enviado a aquel distrito y a Suiza.

Allí donde, como ocurre en Schleswig-Holstein y Meclemburgo, funcionan asociaciones de campesinos y jornaleros, los afiliados a la Liga han conseguido influir directamente en ellas y, en parte, dirigirlas y encauzarlas. Las asociaciones de obreros y jornaleros de Sajonia, Franconia, Hessen y Nassau, están también, en su mayor parte, bajo la dirección de la Liga. A ésta pertenecen asimismo los miembros más influyentes de la Fraternidad Obrera. El comité central hace saber a todas las comunas y afiliados que esta influencia sobre las asociaciones obreras, gimnásticas, de campesinos y jornaleros, etc., es de la mayor importancia y debe procurar conquistarse en todas

partes. E invita a los círculos directivos y a las comunas que mantienen correspondencia directa con él a que en sus próximas cartas le informen especialmente acerca de cuanto hagan en este respecto.

El emisario que enviamos a Alemania, y al que el comité central dio un voto de gracias por su actuación, sólo admitió en la Liga, en todos los sitios donde estuvo, a las personas de más confianza, dejando luego a cargo de éstas, por su mejor conocimiento de la situación local, el cuidado de extender la organización. Las circunstancias locales son las que habrán de decidir si los elementos resueltamente revolucionarios pueden o no ingresar en la Liga. Allí donde eso no sea posible deberá formarse una segunda clase de afiliados, en que se recoja a los elementos que, siendo utilizables revolucionariamente y de confianza, no comprendan todavía las consecuencias comunistas del actual movimiento. Esta segunda clase de afiliados, a quienes debe presentarse la organización como puramente local o provincial, estará constantemente dirigida por los verdaderos afiliados y las autoridades de la Liga. Con ayuda de estas relaciones podrá consolidarse firmemente la influencia de la Liga, sobre todo en las asociaciones gimnásticas y de campesinos. Por lo demás, el detalle de la organización se deja a cargo de los círculos directivos, que deberán informar también de esto, sin pérdida de momento, al comité central.

Una comuna ha instado al comité central a que convoque inmediatamente un congreso federal en Alemania. Las comunas y los círculos comprenderán por sí mismos que, en las actuales circunstancias, ni siquiera los congresos provinciales de los círculos directivos son aconsejables en todas partes; un congreso federal, con carácter general, sería ahora absolutamente imposible. Sin embargo, el comité central, en cuanto sea factible, organizará un congreso federal en el lugar más indicado. Un emisario del Círculo Directivo de Colonia recorrió no hace mucho la Prusia renana y Westfalia. Hasta ahora no se ha recibido en Colonia, su informe acerca de los resultados de ese viaje. Invitamos a todos los círculos directivos a que, tan pronto como les sea posible, envíen también emisarios a recorrer sus distritos, informándonos sin demora acerca de su labor. Finalmente, comunicaremos que en Schleswig-Holstein se ha encontrado contacto con el ejército, si bien estamos pendientes todavía de los informes concretos acerca de la influencia que en este punto pueda conquistar la Liga.

III. Suiza

Esperamos todavía el informe de nuestro emisario. En la próxima circular daremos, pues, noticias detalladas acerca de esto.

III. Francia

Las relaciones con los obreros alemanes de Besançon y demás localidades del Jura han vuelto a reanudarse desde Suiza. En París, el afiliado que venía dirigiendo las comunas de aquella capital, Ewerbeck, se ha separado de la Liga, por considerar más importantes sus actividades literarias. Esto hace que el enlace esté roto, por el momento, y para reanudarlo ha de ponerse tanto más cuidado cuanto que los parisienses han dado entrada a un cierto número de elementos perfectamente inservibles, algunos de los cuales habían actuado antes, incluso, como francos enemigos de la Liga.

V. Inglaterra

El Círculo de Londres es el más fuerte de toda la Liga. Se ha distinguido, sobre todo, por venir costeando casi exclusivamente, desde hace varios años, los gastos de la Liga y principalmente los viajes de los emisarios. Últimamente se ha fortificado más todavía con el ingreso de nuevos elementos, y dirige continuamente la Asociación Obrera Alemana que aquí funciona y la fracción más considerable de los emigrados alemanes residentes en Londres.

El comité central mantiene relaciones con los partidos resueltamente revolucionarios de Francia, Inglaterra y Hungría, por medio de algunos de sus miembros delegados al efecto.

Entre los revolucionarios franceses se ha unido a nosotros, sobre todo, el verdadero partido proletario, que tiene por jefe a Blanqui. Los delegados de las sociedades secretas blanquistas mantienen relaciones constantes y oficiales con los delegados de la Liga, a quienes han confiado trabajos preliminares de importancia para la próxima revolución francesa.

Los jefes del partido cartista revolucionario mantienen asimismo relaciones regulares e íntimas con los delegados del comité central. Sus periódicos están a nuestra disposición. A acelerar la ruptura declarada entre este partido obrero independiente y revolucionario y la fracción de tendencias conciliatorias acaudillada por O'Connor contribuyeron notablemente los delegados de la Liga.

El comité central está igualmente en relaciones con el partido más avanzado de los emigrados húngaros. Este partido tiene importancia, pues en él forman muchos militares excelentes, que en un movimiento revolucionario se pondrían a disposición de la Liga.

El comité central invita a los círculos directivos a que difundan con la mayor rapidez posible esta circular entre sus miembros y a que nos envíen cuanto antes sus informes. E invita a todos los miembros de la Liga a que desplieguen el mayor celo, ahora en que, las circunstancias son tan tirantes que ya no puede tardar mucho en estallar una nueva revolución.

Marx, Engels y los blanquistas[247]

En la segunda alocución del Comité Central de la Liga Comunista a sus afiliados (junio de 1850)[248]*, hacia el final, dice Marx: "*Entre los revolucionarios franceses se ha unido a nosotros el verdadero partido proletario, que tiene por jefe a Blanqui. Los delegados de las sociedades secretas blanquistas mantienen relaciones constantes y oficiales con los delegados de la Liga, a quienes han confiado importantes trabajos preliminares para la próxima revolución francesa.*"*

Y a en el cuaderno de marzo de la Nueva Gaceta del Rin *(1850) había escrito Marx:* "El proletariado francés se va agrupando cada vez más en torno al socialismo revolucionario, en torno al comunismo, para el que la propia burguesía ha inventado el nombre de "blanquismo". Este socialismo es la declaración de permanencia de la revolución, la dictadura de clase del proletariado como tránsito necesario hacia la abolición de toda diferencia de clases…*" (Marx,* Las luchas de clases en Francia*).*

Recientemente, el Instituto Marx-Engels de Moscú ha descubierto y publicado (v. Boletín del Instituto Marx-Engels*, 1926, núm. 1) un documento redactado probablemente en 1850 (manuscrito, en francés) que abona, sin dejar lugar a duda, la existencia de un pacto sellado en su tiempo entre marxistas y blanquistas.*

[247] Materiales tomados parcialmente de Carlos Marx y Federico Engels, *Biografía del Manifiesto Comunista*, Compañía General de Ediciones, México, 1967, páginas 473-478.
[248] Ver en esta misma obra páginas 360-364, EIS.

Estatutos de la Asociación Universal de los Comunistas Revolucionarios[249]

Artículo Primero.- El propósito de la asociación es la caída de todas las clases privilegiadas, para someterlas a la dictadura del proletariado, manteniendo la revolución permanentemente hasta la realización del comunismo, que debe ser la última forma de constitución de la familia humana.

Artículo 2.- Para contribuir al logro de este objetivo, la asociación formará lazos de solidaridad entre todas las fracciones del partido comunista revolucionario, eliminando, de acuerdo con el principio de fraternidad, las divisiones de nacionalidad.

Artículo 3.- El comité fundador de la asociación se constituye como comité central; establecerá, siempre que sea necesario, comités para llevar a cabo el trabajo, que se relacionarán con el comité central.

Artículo 4.- El número de miembros de la asociación es ilimitado, pero ningún miembro puede ser admitido si no ha recibido apoyo unánime. En ningún caso podrá celebrarse la elección por votación secreta.

Artículo 5.- Todos los miembros de la asociación se comprometen por juramento a mantener en términos absolutos el Artículo Primero de este reglamento. Una modificación que pueda resultar en el debilitamiento de las intenciones expresadas en el Artículo Primero libera a los miembros de la asociación de su compromiso.

Artículo 6.- Todas las decisiones de la sociedad se toman por mayoría de dos tercios de los votos emitidos.

J. Harney, Adam, J. Vidil y Willich , Marx y Engels

[249] Versión al castellano desde "Statuts de la Société Universelle des Communistes Révolutionnaires", en Karl Marx y Friedrich Engels-Marxistes les auteurs Maxistes en langue française.

Por lo demás, parece que la organización mundial estatuida no llegó nunca a actuar intensamente; desde luego, sólo tuvo una vida muy efímera. En el comité central de esta organización aparece del lado marxista, además de los nombres de Marx y Engels, el de Willich, que se separó de ellos radicalmente en septiembre de 1850, al producirse la escisión en la Liga Comunista. Los franceses Vidil y Adam, que firman al pie de ese documento en nombre de los blanquistas, se aliaron íntimamente a la fracción de Willich-Schapper después de la escisión de la Liga Comunista. Sus nombres figuran en un manifiesto de 16 de noviembre de 1850 firmado por Willich y Schapper, entre otros, como miembros del comité de los socialdemócratas franceses proscritos en Londres, y parecen haberse desviado cada vez más de Blanqui, hasta el punto de que un manifiesto redactado por Blanqui para ser leído en Londres el 24 de febrero de 1851, en una fiesta de conmemoración revolucionaria convocada por Vidil y otros, fue suprimido por el comité directivo. En este manifiesto (reproducido más abajo), Blanqui, recluido en la cárcel, criticaba en acentos de gran dureza la conducta de los "socialistas demócratas franceses"' (Luis Blanc y otros), a quienes Blanqui echa en cara (como había de hacer más adelante Marx en su 18 Brumario*) su traición contra la revolución proletaria. Marx y Blanqui siguieron manteniéndose luego en relaciones. En su* 18 Brumario *(escrito en 1852), Marx llama a Blanqui y a los de su grupo los "*verdaderos caudillos del partido proletario francés*", los "*comunistas revolucionarios*". Y en una carta a Engels del año 1861, le comunica la noticia de que "*Blanqui me ha dado personalmente gracias muy calurosas, a mí y al partido proletario alemán, por nuestra simpatía. A mí me parece muy conveniente que volvamos a entrar en relaciones directas con el partido decididamente revolucionario de Francia". *En el estudio de D. Riazanov, Sobre la cuestión de las relaciones entre Marx y Blanqui se estudia detenidamente este punto y se reproduce traducido del francés, el manifiesto de Blanqui de 24 de febrero de 1851 a que hemos hecho referencia y que el propio Marx se esforzó en su tiempo por difundir.*

Manifiesto de Blanqui de 1851

¿Qué roca amenaza a la inminente revolución? La misma contra la que se ha estrellado la anterior: la deplorable popularidad de los burgueses disfrazados de tribunos del pueblo. Los Ledru-Rollin, los Luis Blanc, los Lamartine, los Flocon, los Crémieux, los Marie, los Gamier-Pages, los Albert Dupont, los Arago, los Marrast[250].

¡Triste lista! ¡Nombres todos que están estampados con letras de sangre sobre el pavimento de las calles de la Europa democrática!

El Gobierno Provisional ha estrangulado la revolución. Sobre su cabeza cae, íntegra, la responsabilidad de todos los actos funestos, de la sangre de tantos miles de víctimas.

Cuando la reacción ahoga a la democracia no hace más que cumplir con su oficio. Los criminales son los traidores que entregan maniatado a la reacción al pueblo confiado a su caudillaje.

¡Miserable gobierno! Pese a todas las advertencias, pese a todas las súplicas, implanta el impuesto de los 45 céntimos, que alza contra él a las masas campesinas presas de desesperación [...] ¡Traidores! [...]

Mantiene en vigor el alto mando militar de la monarquía, los tribunales monárquicos, las leyes monárquicas [...] ¡Traidores!

El 6 de abril arrolla a los obreros de París, el 26 lleva a la cárcel a los de Limoges, el 27 ametralla a los de Rouen.

Lanza contra ellos a los verdugos, acosa, instiga, calumnia a los verdaderos republicanos. ¡Traidores! ¡Traidores!

Ellos, y sólo ellos, son los responsables de toda esta catástrofe que ha determinado la caída de la república.

Grandes fueron sus crímenes. Pero los más criminales de todos los criminales son aquellos en quienes el pueblo, fascinado a fuerza de frases, cree ver su escudo y su espada y a quienes aclama, entusiasmado, por dueños y señores de sus destinos.

¡Ay de nosotros si el día de nuestro próximo triunfo la magnanimidad olvidadiza de las masas vuelve a encumbrar en el poder a esas gentes que no han hecho más que abusar del mandato que les otorgara la revolución! Otra vez la revolución volvería a estrellarse.

Que los obreros no pierdan jamás de vista esta lista de nombres malditos. Y si alguno de ellos, uno solo, vuelve a alzar cabeza con un gobierno nacido de la sublevación, todos deben gritar unánimemente: ¡Traición!

Los discursos, las promesas, los programas, volverían a ser engaño y mentira. Los mismos charlatanes volverían a lucir las mismas trampas habilidosas. Serían otra vez el primer eslabón de una nueva cadena de hechos brutalmente revolucionarios. ¡Que la maldición y la venganza caigan sobre sus cabezas si algún día osan volver a levantarlas! ¡Y caiga también la vergüenza y el desprecio sobre la muchedumbre flaca de memoria que vuelva a prestarles oídos!

No basta arrojar de la Casa de la Villa a los charlatanes de febrero, es menester precaverse contra los nuevos traidores.

---

[250] Todos nombres de dirigentes del partido socialista demócrata francés a quienes la revolución de febrero de 1848 dio el poder y que luego se opusieron al desarrollo proletario de la revolución.

Será un traidor todo gobernante que, elevado sobre el pavés por el proletariado, no proceda inmediatamente a implantar las siguientes medidas:

1. Desarme de las guardias cívicas.

2. Armamento y organización de milicias nacionales, formadas por toda clase de obreros.

Claro está que no es ésta la única medida que ha de adoptarse, pero sí la primera, garantía de todas las demás y única salvaguardia para el pueblo.

Ni un solo fusil debe quedar en manos de los burgueses; de otro modo, no habrá salvación.

Las diversas doctrinas que hoy se debaten por conquistarse el favor del pueblo sólo podrán realizar la mejora de su bienestar, que se proponen y prometen, si no dejan que se pierda lo conquistado por un fantasma.

Estas doctrinas darán ruidosamente en quiebra y el pueblo, llevado de su exagerada predilección por las teorías, se verá seducido a olvidar el único factor práctico del triunfo: la fuerza.

Armamento y organización: he ahí las armas decisivas del progreso, he ahí el medio más eficaz para poner fin a la miseria y a la opresión.

Quien tiene hierro, tiene pan. Ante la bayoneta no hay quien se doblegue, mas las muchedumbres desarmadas se conducen como rebaños. Una Francia henchida de obreros armados significa el triunfo del socialismo.

Ante proletarios apoyados en sus fusiles se evaporan y reducen a la nada todas las dificultades, todas las imposibilidades, todas las resistencias.

Pero si los proletarios no saben más que divertirse en manifestaciones callejeras, plantando "árboles de la libertad", escuchando discursos de abogados, ya se sabe la suerte que les espera: primero, agua bendita; luego, insultos, y, por último, un plato de judías verdes. Y siempre la miseria.

¡Que el pueblo elija!

Programa del Partido Obrero[251]

(Programa del Partido Obrero francés redactado por Guesde, Lafargue, Engels y Marx en Londres en mayo de 1880; los considerandos son de redacción exclusiva de Marx)

Considerando,

-Que la emancipación de la clase productiva es la de todos los seres humanos sin distinción de sexo o raza.
-Que los productores sólo podrán ser libres cuando posean los medios de producción (tierra, fábricas, barcos, bancos, créditos, etc.).
-Que sólo hay dos formas bajo las que los medios de producción pueden pertenecerles:

1.- La forma individual, que nunca ha existido de hecho de forma generalizada y que está siendo eliminada cada vez más por el progreso industrial.
2.- La forma colectiva, cuyos elementos materiales e intelectuales están constituidos por el propio desarrollo de la sociedad capitalista.

Considerando,

-Que esta apropiación colectiva sólo puede alcanzarse con la acción revolucionaria de la clase productiva (o proletaria) organizada en un partido político diferenciado del resto de partidos.
-Que debe intentarse alcanzar tal organización por todos los medios a disposición del proletariado, incluyendo el sufragio universal, transformado, de un instrumento de engaño como hasta ahora ha sido, en un instrumento de emancipación.

Los trabajadores socialistas franceses, con el objetivo de expropiar política y económicamente a la clase capitalista y devolver todos los medios de producción a la colectividad, han decidido, como medio de organización y lucha, presentarse a las elecciones con las siguientes reivindicaciones inmediatas:

[251] Versión al castellano desde "Programme du Parti ouvrier", en l'Archive Internet des Marxistes-La IIe Internationale. "Programa elaborado de conformidad con las decisiones del Congreso de Marsella, del 20 al 31 de octubre de 1879, adoptadas en el Congreso Regional de la Federación del Centro, celebrado en París del 18 al 25 de julio de 1880, confirmadas por el Congreso Nacional de Le Havre, del 16 al 22 de noviembre de 1880, ratificadas por el Congreso Regional de la Federación del Norte celebrado en Roubaix en octubre de 1881, mantenidas en vigor por el Congreso Nacional de Reims, del 30 de octubre al 6 de noviembre de 1881, y completadas por el Congreso Nacional de Roanne, del 26 de septiembre al 1 de octubre de 1882."

a) Parte política

1.- Abolición de todas las leyes de prensa, reunión y asociación y, en particular, de la ley contra la Asociación Internacional de Trabajadores. Eliminación de la cartilla del obrero, ese mapeo de control de la clase obrera y de todos los artículos del Código que establecen la inferioridad de la mujer respecto al hombre.
2.- Abolición del presupuesto para el culto religioso y devolución a la nación de los "bienes muebles e inmuebles conocidos como de manos muertas, pertenecientes a corporaciones religiosas" (decreto de la Comuna del 2 de abril de 1871), incluyendo todos los anejos industriales y comerciales de estas corporaciones.
3.- Anulación de la Deuda Pública.
4.- Abolición de los ejércitos permanentes y armamento general del pueblo.
5.- Ayuntamientos dueños de su administración y de su policía.

b) Parte económica

1.- Descanso de un día a la semana o prohibición legal a los empleadores de hacer trabajar más de seis días a la semana. Reducción legal de la jornada laboral a ocho horas para los adultos. Prohibición del trabajo infantil en talleres privados para menores de 14 años y reducción de la jornada laboral a seis horas para los de 14 a 18 años.
2.- Vigilancia protectora de los aprendices por parte de las asociaciones de obreros.
3.- Salario mínimo legal determinado anualmente, y basado en el precio local de los alimentos, por una comisión de estadística obrera.
4.- Prohibición legal de que los empleadores contraten a obreros extranjeros con un salario inferior al de los obreros franceses.
5.- Igualdad de salario por el mismo trabajo para los obreros de ambos sexos.
6.- Educación científica y profesional para todos los niños, cuyo mantenimiento correrá a cargo de la sociedad representada por el estado o el municipio.
7.- Asunción por la sociedad de las personas mayores y las discapacitadas para el trabajo.
8.- Eliminación de cualquier interferencia de los empleadores en la administración de la ayuda mutua de los obreros, fondos de previsión, etc., que serán devueltos a la gestión exclusiva de los obreros.
9.- Responsabilidad del empresario en caso de accidente garantizada por una fianza entregada por el empresario a los fondos de los obreros y proporcional al número de obreros empleados y a los peligros que represente el sector.
10.- Intervención de los obreros en los reglamentos especiales de los distintos talleres, abolición del derecho, usurpado por la patronal, de imponer a sus obreros cualquier sanción en forma de multas o deducciones salariales (Decreto de la Comuna del 27 de abril de 1871).
11.- Anulación de todos los contratos que hayan enajenado bienes públicos (bancos, ferrocarriles, minas, etc.) y funcionamiento de todos los talleres del estado confiado a los obreros que trabajen en ellos.
12.- Supresión de todos los impuestos indirectos y transformación de todos los impuestos directos en un impuesto progresivo sobre la rentas superiores a 3.000 francos suizos. Eliminación de la herencia de línea colateral y de cualquier herencia de línea directa que supere los 20.000 francos suizos.

Federico Engels*: Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas*[252]

Con la condena de los comunistas de Colonia, en 1852[253], cae el telón sobre el primer período del movimiento obrero alemán independiente. Hoy, este período se halla casi olvidado. Y sin embargo, duró desde 1836 hasta 1852 y se desarrolló, dada la gran difusión de los obreros alemanes en el extranjero, en casi todos los países civilizados. Más aún. El movimiento obrero internacional de hoy es, en el fondo, la continuación directa del movimiento obrero alemán de entonces, que fue, en general, el *primer movimiento obrero internacional* y del que salieron muchos de los hombres que habían de ocupar puestos dirigentes en la Asociación Internacional de los Trabajadores. Y los principios teóricos que la Liga de los Comunistas inscribió en sus banderas con el *Manifiesto Comunista*, en 1847, son hoy el vínculo internacional más fuerte que une todo el movimiento proletario de Europa y América.

Hasta hoy, no existe más que una fuente importante para escribir una historia coherente de dicho movimiento. Es el denominado libro negro: *Las conspiraciones comunistas del siglo XIX*, por Wermuth y Stieber, Berlín, 2 partes, 1853 y 1854. Esta elucubración, urdida de mentiras por dos de los más miserables granujas policíacos de nuestro siglo y plagada de falsificaciones conscientes, sirve todavía hoy de fuente a todos los escritos no comunistas sobre aquella época.

Lo que yo puedo ofrecer aquí no es más que un bosquejo, y aun éste circunscrito a la parte que afecta a la Liga misma; sólo lo estrictamente necesario para comprender las *Revelaciones*. Espero, sin embargo, que algún día tendré ocasión de utilizar los abundantes materiales reunidos por Marx y por mí para la historia de aquella gloriosa etapa juvenil del movimiento obrero internacional.

****

De la Liga de los Proscritos, asociación secreta democrático-republicana, fundada en 1834 por emigrados alemanes en París, se separaron en 1836 los elementos más radicales, proletarios casi todos ellos, y fundaron una nueva asociación secreta, la *Liga de los Justicieros*. La Liga madre, en la que sólo continuaron los elementos más retardatarios, por el estilo de Jakobus Venedey, quedó pronto aletargada, y cuando, en 1840, la policía descubrió en Alemania el rastro de algunas secciones, ya no era más que una sombra. En cambio, la nueva Liga se desarrolló con relativa rapidez. Al principio, era un brote alemán del comunismo obrero francés, que se iba plasmando por aquella misma época en París y estaba vinculado a las tradiciones del babuvismo. La comunidad de bienes se postulaba como corolario obligado de la “igualdad”. Los fines eran los de las sociedades secretas de París en aquella época. Era una sociedad mitad de propaganda y mitad de conspiración, y aunque no se excluía, ni mucho menos, si la

---

[252] Tomado de “Contribución a la historia de la Liga de los Comunistas”, en Archivo Marx-Engels de la sección en español del MIA. Este texto fue escrito por Engels en julio de 1885 como introducción a la tercera edición de la obra de Marx *Revelaciones sobre los procesos de los comunistas de Colonia*.

[253] Se trata del proceso organizado en Colonia (del 4 de octubre al 12 de noviembre de 1852) con fines provocativos por el gobierno de Prusia contra 11 miembros de la Liga de los Comunistas. Acusados de crimen de alta traición sobre la base de documentos falsos y perjurios, siete fueron condenados a reclusión en la fortaleza por plazos de 3 a 6 años.

ocasión se presentaba, la preparación de intentonas en Alemania, siempre se consideraba París como centro de la acción revolucionaria. Pero, como París era el campo de batalla decisivo, por aquel entonces la Liga no era, de hecho, más que una rama alemana de las sociedades secretas francesas, y principalmente de la *Société des Saisons*, dirigida por Blanqui y Barbés, con la que estaba en íntima relación. Los franceses se echaron a la calle el 12 de mayo de 1839; las secciones de la Liga hicieron causa común con ellos y se vieron así arrastrados a la derrota común[254].

De los alemanes fueron detenidos, entre otros, Karl Schapper y Heinrich Bauer; el gobierno de Luis Felipe se contentó con expulsarlos, tras larga prisión. Ambos se trasladaron a Londres. Schapper, natural de Weilburgo (Nassau), había militado en 1832, siendo estudiante de ciencias forestales en Giessen, en la conspiración organizada por Georg Büchner; el 3 de abril de 1833, tomó parte en el asalto contra la guardia del condestable en Fráncfort[255], huyó luego al extranjero y participó, en febrero de 1834, en la expedición de Mazzini contra Saboya[256]. De gigantesca corpulencia, expedito y enérgico, dispuesto siempre a jugarse el bienestar y la vida, era el verdadero tipo del revolucionario profesional, tal como lo conocemos a través del papel que desempeñó en la década del treinta. Aunque un poco torpe de pensamiento, no era, ni mucho menos, hombre cerrado a la comprensión profunda de los problemas teóricos, como lo demuestra su misma evolución de "demagogo"[257] a comunista, y, después que aceptaba una cosa, se aferraba a ella con tanta más fuerza. Precisamente por eso, su pasión revolucionaria chocaba a veces con su inteligencia; pero después advertía su error y sabía reconocerlo abiertamente. Era todo un hombre, y lo hecho por él para la fundación del movimiento obrero alemán nunca será olvidado.

Heinrich Bauer, natural de Franconia, de oficio zapatero, era un muchacho vivo, despierto e ingenioso, cuyo cuerpo menudo albergaba tanta habilidad como decisión.

Una vez en Londres, donde Schapper, que en París había sido cajista de imprenta, procuraba ganarse la vida dando clases de idiomas, ambos se dedicaron a reanudar los cabos rotos de la Liga, haciendo de Londres el centro de esta organización. Aquí, si ya no antes, en París, se les unió *Joseph Moll*, relojero de Colonia, de talla media, pero de fuerza hercúlea (¡cuántas veces él y Schapper apuntalaron eficazmente, con sus espaldas, la puerta de una sala contra centenares de asaltantes!), hombre que igualando, por lo menos, a sus dos camaradas en energía y decisión, los superaba en inteligencia. No sólo era, como demostraron los éxitos de sus numerosas misiones, un

[254] *Société des Saisons* (Sociedad de las Estaciones del Año): organización conspirativa republicano-socialista secreta que actuaba en París en los años de 1837 a 1839 bajo la dirección de A. Blanqui y A. Barbès. La sublevación del 12 de mayo de 1839, en París, en la cual desempeñaron el papel principal los obreros revolucionarios, fue preparada por la Sociedad de las Estaciones del Año; la sublevación, que no se apoyaba en las amplias masas, fue aplastada por las tropas gubernamentales y la Guardia Nacional.

[255] Trátase de un episodio de la lucha de los demócratas alemanes contra la reacción en Alemania, denominado "e atentado de Fráncfort"; un grupo de elementos radicales asaltó e. 3 de abril de 1833 el órgano central de la Confederación Germánica (la Dieta federal de Fráncfort del Meno) para provocar la revolución en el país y proclamar la república de toda Alemania; las tropas aplastaron la sublevación deficientemente preparada.

[256] En febrero de 1834, el demócrata burgués italiano Mazzini organizó una expedición de los miembros de la "Joven Italia", sociedad fundada por él en 1831, y de un grupo de emigrados revolucionarios en Suiza, a Saboya, con el fin de levantar una insurrección por la unificación de Italia y proclamar la república italiana burguesa e independiente. Después de entrar en Saboya, el destacamento fue derrotado por las tropas de Piamonte.

[257] Se llamaba *demagogos* en Alemania, desde 1819, a los participantes del movimiento de oposición entre la intelectualidad alemana que se pronunciaban contra el régimen reaccionario de los estados alemanes y exigían la unificación de Alemania. Los "demagogos" eran víctimas de crueles represiones por parte de las autoridades alemanas.

diplomático innato; su espíritu era también más abierto a la penetración teórica. Los conocí a los tres en Londres, en 1843; eran los primeros revolucionarios proletarios que veía; y, a pesar de lo mucho que por aquel entonces discrepaban en cuanto al detalle nuestras opiniones (pues a su limitado comunismo igualitario[258] oponía yo todavía, en aquella época, una buena dosis de soberbia filosófica, no menos limitada), jamás olvidaré la formidable impresión que aquellos tres hombres de verdad me causaron, cuando yo empezaba precisamente a hacerme hombre.

En Londres, como en Suiza (aunque aquí en menor medida), les favorecía la libertad de reunión y asociación. El 7 de febrero de 1840 ya había sido fundada la Asociación Educativa de Obreros Alemanes, que todavía existe[259]. Esta Asociación servía a la Liga como zona de reclutamiento de nuevos miembros, y puesto que los comunistas eran, como siempre, los más activos y más inteligentes de la Asociación, fácilmente se comprende que la dirección de ésta se encontrase totalmente en manos de la Liga. La Liga pronto tuvo en Londres varias comunas o "cabañas", como todavía se llamaban por aquel entonces. Esta misma táctica, lógica y natural en aquellas condiciones, era la que se seguía en Suiza y en otros países. Donde era posible fundar asociaciones obreras, se las utilizaba del mismo modo. Donde las leyes lo prohibían, los miembros de la Liga ingresaban en asociaciones corales, gimnásticas, etc. El enlace lo mantenían casi siempre los afiliados que entraban y salían constantemente de los diversos países y que actuaban también, cuando hacía falta, como emisarios. Ayudaba eficazmente a la Liga en ambos aspectos la sabiduría de los gobiernos, convirtiendo a cada obrero indeseable (que en el noventa por ciento de los casos era un afiliado a la Liga), mediante su expulsión, en un emisario.

La Liga restaurada tuvo una difusión considerable, sobre todo en Suiza, donde Weitling, August Becker (una magnífica cabeza, pero que se echó a perder, como tantos alemanes, por falta de estabilidad interior) y otros, crearon una fuerte organización, más o menos identificada con el sistema comunista weitlingiano. No es éste el lugar indicado para hacer la crítica del comunismo de Weitling. Pero en lo que se refiere a su importancia como primer atisbo teórico independiente del proletariado alemán, puedo suscribir todavía hoy las palabras de Marx en el *Vorwärts*[260] de París, en 1844: "¿Dónde podía ella (la burguesía alemana), incluyendo a sus filósofos y escribas, presentar una obra relativa a la emancipación (política) *de la burguesía*, como las *Garantías de la Armonía y la Libertad* de Weitling? Si se compara la insípida y pusilánime mediocridad de la literatura política alemana con este sublime y brillante comienzo de los obreros alemanes; si se comparan estos gigantescos zapatos de niño del proletariado con las proporciones enanas de los desgastados zapatos políticos de la burguesía, hay que profetizar a esta Cenicienta una talla de atleta". Este atleta lo tenemos hoy ante nuestros ojos, y eso que aún no ha llegado, ni con mucho, a la plenitud de su desarrollo.

---

258 Entiendo por comunismo igualitario, como queda dicho, solamente ese comunismo que se apoya exclusivamente o predominantemente en el postulado de la igualdad. Nota Engels.

259 Se refiere a la "Asociación Educativa de Obreros Alemanes" domiciliada en la década del 50 del siglo XIX, en Londres, Great Windmill-Street, fundada en febrero de 1840 por C. Schapper, J. Moll y otras personalidades de la Liga de los Justicieros. Marx y Engels participaron en su actividad en los años de 1849 y 1850. E1 17 de septiembre de 1850, Marx, Engels y varios partidarios suyos abandonaron la Asociación porque una gran parte de la misma se había pasado a la fracción sectaria aventurera de Willich-Schapper. Al fundarse la Internacional en 1864, la Asociación pasó a ser Sección Alemana de la Asociación Internacional de los Trabajadores en Londres. La Asociación de Londres existió hasta 1918, cuando fue clausurada por el gobierno de Inglaterra.

260 *Vorwärts* (*Adelante*): periódico alemán que se publicó en París desde enero hasta diciembre de 1844 dos veces por semana. Colaboraban en él Max y Engels.

En Alemania existían también numerosas secciones de carácter fugaz, como correspondía al estado de cosas, pero las que surgían compensaban con creces a las que desaparecían. Sólo a los siete años, a fines de 1846, la policía pudo descubrir rastros de la Liga en Berlín (Mentel) y en Magdeburgo (Beck), sin que le fuese posible seguirlos.

Weitling, que en 1840 se encontraba todavía en París, reagrupó también aquí, antes de trasladarse a Suiza, a los elementos dispersos.

El contingente central de la Liga lo formaban los sastres. En Suiza, en Londres, en París, por todas partes había sastres alemanes. En París, el alemán se había impuesto hasta tal punto como idioma de esta rama industrial, que en 1846 conocí allí a un sastre noruego que había venido a Francia en viaje directo, por mar, desde Trondhjem, y que al cabo de 18 meses apenas sabía una palabra de francés, pero en cambio había aprendido magníficamente el alemán. En 1847, de las tres comunas de París, dos estaban formadas, predominantemente, por sastres y la tercera por ebanistas.

Al desplazarse de París a Londres el centro de gravedad de la organización, pasó a primer plano un nuevo factor: la Liga, que era una organización alemana, se fue convirtiendo, poco a poco, en una organización *internacional*. En la asociación obrera se congregaban, además de los alemanes y los suizos, todas aquellas nacionalidades a quienes el idioma alemán sirve preferentemente para entenderse con los extranjeros; es decir, principalmente, escandinavos, holandeses, húngaros, checos, sudeslavos y también rusos y alsacianos. En 1847, era huésped asiduo de la asociación, entre otros, un granadero de la guardia inglesa, que venía de uniforme. La asociación no tardó en tomar el título de Asociación Educativa *Comunista Obrera*, y en los carnets figuraba la divisa de “Todos los hombres son hermanos” en veinte idiomas por lo menos, aunque con alguna que otra falta de ortografía. Al igual que la Asociación pública, la Liga secreta revistió también en seguida un carácter más internacional; al principio, en un sentido limitado todavía: prácticamente, por la diversa nacionalidad de sus miembros, y teóricamente, por la conciencia de que toda revolución, para triunfar, tenía que ser una revolución europea. Entonces no se pasó de aquí, pero había quedado sentada la base.

Manteníase estrecho contacto con los revolucionarios franceses a través de los refugiados de Londres, compañeros de armas en los combates del 12 de mayo de 1839. También se mantenía contacto con los polacos más radicales. Los emigrados polacos oficiales, al igual que Mazzini, eran, naturalmente, más bien adversarios que aliados. A los cartistas ingleses se les dejaba a un lado como elementos no revolucionarios, por razón del carácter específicamente inglés de su movimiento. Más tarde, los dirigentes de la Liga en Londres entraron en relación con ellos a través de mí.

También en otros aspectos había cambiado el carácter de la Liga, al cambiar los acontecimientos. Aunque se siguiese considerando a París (y entonces con toda razón) como la patria de la revolución, no se dependía ya de los conspiradores parisinos. La difusión de la Liga contribuyó a elevar su propia conciencia. Percibíase que el movimiento iba echando cada vez más raíces entre la clase obrera alemana y que estos obreros alemanes estaban históricamente llamados a ser los abanderados de los obreros del norte y del este de Europa. La clase obrera alemana tenía en Weitling un teórico del comunismo que se podía comparar sin miedo con sus competidores franceses de aquella época. Finalmente, la experiencia del 12 de mayo había enseñado que ya era hora de renunciar a las intentonas. Y si se seguía interpretando cada acontecimiento como un signo de la tormenta que se avecinaba y se mantenían vigentes los antiguos estatutos semiconspirativos, había que achacarlo más bien a la tozudez de los viejos revolucionarios, que comenzaba ya a chocar con la razón serena, a medida que ésta iba abriéndose paso.

En cambio, la doctrina social de la Liga, con todo lo vaga que era, adolecía de un defecto muy grande, pero basado en las circunstancias mismas. Los miembros de la Liga, cuando pertenecían a la clase obrera, eran, de hecho, casi siempre artesanos. El hombre que los explotaba era, por lo general, incluso en las grandes capitales, un pequeño maestro. Hasta en Londres, estaba todavía en sus comienzos, por aquella época, la explotación de la sastrería en gran escala, lo que ahora se llama industria de la confección, surgida de la transformación del oficio de sastre en una industria a domicilio por cuenta de un gran capitalista. De un lado, el explotador de estos artesanos era un pequeño maestro, y de otro lado, todos ellos contaban con terminar por convertirse, a su vez, en pequeños maestros. Además, sobre el artesano alemán de aquel tiempo pesaba todavía una masa de prejuicios gremiales heredados del pasado. Y es algo que honra muchísimo a estos artesanos (que no eran aún proletarios en el pleno sentido de la palabra, sino un simple apéndice de la pequeña burguesía, un apéndice que estaba pasando a las filas del proletariado, pero que no se hallaba aún en contraposición directa a la burguesía, es decir, al gran capital), el haber sido capaces de adelantarse instintivamente a su futuro desarrollo y de organizarse, aunque no tuviesen plena conciencia de ello, como partido del proletariado. Pero, era también inevitable que sus viejos prejuicios artesanos se les enredasen a cada paso entre las piernas, siempre que se trataba de criticar de un modo concreto la sociedad existente, es decir, de investigar los hechos económicos. Yo creo que no había, en toda la Liga, nadie que hubiese leído nunca un libro de economía. Pero esto no era un gran obstáculo; por el momento, todas las montañas teóricas se vencían a fuerza de "igualdad", "justicia" y "fraternidad".

Entretanto, se había ido formando, junto al comunismo de la Liga y de Weitling, un segundo comunismo, sustancialmente distinto de aquél. Viviendo en Manchester, me había dado yo de narices con el hecho de que los fenómenos económicos, a los que hasta allí los historiadores no habían dado ninguna importancia, o sólo una importancia muy secundaria, son, por lo menos en el mundo moderno, una fuerza histórica decisiva; vi que esos fenómenos son la base sobre la que nacen los antagonismos de clase actuales y que estos antagonismos de clase, en los países en que se hallan plenamente desarrollados gracias a la gran industria, y por tanto, principalmente, en Inglaterra, constituyen a su vez la base para la formación de los partidos políticos, para las luchas de los partidos y, por consiguiente, para toda la historia política. Marx, no sólo había llegado al mismo punto de vista, sino que lo había expuesto ya en los *Deutsch-Französische Jahrbücher*[261] en 1844, generalizándolo en el sentido de que no es el estado el que condiciona y regula la sociedad civil, sino ésta la que condiciona y regula el estado, y de que, por tanto, la política y su historia hay que explicarlas por las relaciones económicas y su desarrollo, y no a la inversa. Cuando visité a Marx en París, en el verano de 1844, se puso de manifiesto nuestro completo acuerdo en todos los terrenos teóricos, y de allí data nuestra colaboración. Cuando volvimos a reunirnos en Bruselas, en la primera de 1845, Marx, partiendo de los principios básicos arriba señalados, había desarrollado ya, en líneas generales, su teoría materialista de la historia, y nos pusimos a elaborar en detalle y en las más diversas direcciones la nueva concepción descubierta.

---

[261] *Deutsch-Französische Jahrbücher* (*Anales franco-alemanes*): se publicaba en París, en alemán, bajo la redacción de C. Marx y A. Ruge. No salió más que el primer fascículo (doble) en febrero de 1844. En él se publicaron las obras de Carlos Marx: *Contribución al problema hebreo* y *Contribución a la crítica de la filosofía del Derecho de Hegel. Introducción,* así como las de Federico Engels: *Esbozos para la crítica de la Economía Política* y *Situación de Inglaterra. Tomás Carlyle, El pasado y el presente*. […] La causa principal del cese de la publicación del anuario residía en las divergencias en cuestiones de principio entre Marx y el radical burgués Ruge.

Este descubrimiento, que venía a revolucionar la ciencia histórica y que, como se ve, fue, esencialmente, obra de Marx, sin que yo pueda atribuirme en él más que una parte muy pequeña, encerraba una importancia directa para el movimiento obrero de la época. Ahora, el comunismo de los franceses y de los alemanes y el cartismo de los ingleses ya no aparecían como algo casual, que lo mismo habría podido no existir. Estos movimientos se presentaban ahora como un movimiento de la moderna clase oprimida, del proletariado, como formas más o menos desarrolladas de su lucha históricamente necesaria contra la clase dominante, contra la burguesía; como formas de la lucha de clases, pero que se distinguían de todas las luchas de clases anteriores en que la actual clase oprimida, el proletariado, no puede llevar a cabo su emancipación, sin emancipar al mismo tiempo a toda la sociedad de su división en clases, y por tanto, de la lucha de clases. Ahora, el comunismo ya no consistía en exprimir de la fantasía un ideal de la sociedad lo más perfecto posible, sino en comprender el carácter, las condiciones y, como consecuencia de ello, los objetivos generales de la lucha librada por el proletariado.

Nuestra intención no era, ni mucho menos, comunicar exclusivamente al mundo "erudito", en gordos volúmenes, los resultados científicos descubiertos por nosotros. Nada de eso. Los dos estábamos ya metidos de lleno en el movimiento político, teníamos algunos partidarios entre el mundo culto, sobre todo en el occidente de Alemania, y grandes contactos con el proletariado organizado. Estábamos obligados a razonar científicamente nuestros puntos de vista, pero considerábamos igualmente importante para nosotros el ganar al proletariado europeo, empezando por el alemán, para nuestra doctrina. Apenas llegamos a conclusiones claras para nosotros mismos, pusimos manos a la obra. En Bruselas, fundamos la Asociación Obrera Alemana[262] y nos adueñamos de la *Deutsche-Brüsseler Zeitung*[263], que nos sirvió de órgano de prensa hasta la revolución de febrero. Con el sector revolucionario de los cartistas ingleses estábamos en relaciones por medio de Julian Harney, redactor del *Northern Star*[264], órgano central del movimiento cartista, en el que yo colaboraba. También formábamos una especie de coalición con los demócratas de Bruselas (Marx era vicepresidente de la Asociación Democrática[265]) y con los demócratas socialistas franceses de *La*

---

[262] La "Asociación de Obreros Alemanes en Bruselas" fue fundada por Marx y Engels a fines de agosto de 1847, con el fin de educar políticamente a los obreros alemanes residentes en Bélgica. Bajo la dirección de Marx, Engels y sus compañeros, la asociación se convirtió en un centro legal de unión de los proletarios revolucionarios alemanes en Bélgica. Los mejores elementos de la asociación integraban la organización de Bruselas de la Liga de los Comunistas. Las actividades de la Asociación de Obreros Alemanes en Bruselas se suspendieron poco después de la revolución de febrero de 1848 en Francia, debido a las detenciones y la expulsión de sus componentes por la policía belga.

[263] *Deutsche-Brüsseler-Zeitung* (*Periódico Alemán de Bruselas*): periódico fundado por los emigrados políticos alemanes en Bruselas; se publicó desde enero de 1847 hasta febrero de 1848. A partir de septiembre de 1847, Marx y Engels colaboraban permanentemente en él y ejercían una influencia directa en su orientación. Bajo la dirección de Marx y Engels, se hizo órgano de la Liga de los Comunistas.

[264] *The Northern Star* (*La Estrella del Norte*): semanario inglés, órgano central de los cartistas, fundado en 1837. Su publicó hasta 1852, inicialmente en Leeds y luego, a partir de noviembre de 1844, en Londres. El fundador y redactor del periódico fue F. O'Connor. También fue miembro de la redacción J. Harney. Desde 1843 hasta 1850 publicó artículos de Engels.

[265] Asociación Democrática, fundada en Bruselas en el otoño de 1847, agrupaba en sus filas a revolucionarios proletarios, principalmente a los emigrados revolucionarios alemanes, y elementos de vanguardia de la democracia burguesa y pequeñoborguesa. Marx y Engels desempeñaron un papel activo en la fundación de la Asociación. E1 15 de noviembre de 1847, Marx fue elegido vicepresidente de la misma, proponiéndose para el cargo de presidente al demócrata belga L. Jottrand. Merced a la influencia de Marx, la Asociación Democrática de Bruselas se convirtió en importante centro del movimiento democrático internacional. Después de deportado Marx de Bruselas, a principios de marzo de 1848, y de las represiones de las autoridades belgas contra los elementos más revolucionarios de la asociación, la

Réforme[266], periódico al que yo suministraba noticias sobre el movimiento inglés y alemán. En una palabra, nuestras relaciones con las organizaciones y los periódicos radicales y proletarios eran las que se podían apetecer.

Nuestras relaciones con la Liga de los Justicieros eran las siguientes: conocíamos, claro está, la existencia de esta Liga; en 1843, Schapper me había propuesto ingresar en ella, cosa a la que, por supuesto, me negué en aquel entonces. Pero no sólo manteníamos asidua correspondencia con los londinenses, sino que estábamos en contacto todavía más estrecho con el doctor Ewerbeck, dirigente por aquella época de las comunas de París. Sin preocuparnos de los asuntos interiores de la Liga, estábamos informados de cuanto de importante ocurría en ella. Además, influimos de palabra, por carta y a través de la prensa en los juicios teóricos de los miembros más destacados de la Liga. También utilizamos para ello diversas circulares litografiadas dirigidas por nosotros a nuestros amigos y corresponsales del mundo entero, en ocasiones especiales, cuando se planteaban problemas internos del partido comunista en gestación. Estas circulares afectaban también, a veces, a la Liga misma. Así, por ejemplo, un joven estudiante westfaliano llamado Hermann Kriege, habíase presentado en Norteamérica como emisario de aquella organización, asociándose con el loco Harro Harring para revolucionar la América del Sur por medio de la Liga, y había fundado un periódico[267] en el que predicaba, en nombre de la Liga, un comunismo dulzarrón basado en el "amor", saturado de amor y desbordando amor por todas partes. Salimos al paso de esto con una circular que no dejó de surtir su efecto, y Kriege desapareció de la escena de la Liga.

Más tarde se presentó en Bruselas Weitling. Pero ya no era aquel joven y candoroso oficial de sastre que, asombrado de su propio talento, se esforzaba en descubrir cómo iba a ser la futura sociedad comunista. Era el gran hombre que se creía perseguido por los envidiosos de su superioridad, el que veía en todas partes rivales, enemigos secretos y celadas; el profeta acosado de país en país, que guarda en el bolsillo la receta para hacer descender el cielo sobre la Tierra y se imagina que todos quieren robársela. Ya en Londres, había andado a la greña con las gentes de la Liga, y en Bruselas, donde Marx y su mujer lo acogieron con una paciencia casi sobrehumana, no pudo tampoco entenderse con nadie. En vista de eso, pronto se marchó a América, para probar allí el oficio de profeta.

Todas estas circunstancias contribuyeron a la callada transformación que se había ido operando en la Liga, y sobre todo entre los dirigentes de Londres. Cada vez se daban más cuenta de cuán inconsistente era la concepción del comunismo que venía imperando, tanto la del comunismo igualitario francés, de carácter muy primitivo, como la del comunismo witlingiano. El intento de Weitling de retrotaer el comunismo al cristianismo primitivo (a pesar de los detalles geniales que se contienen en su *Evangelio de los pobres pecadores*), había conducido, en Suiza, a poner el movimiento, en gran parte, primero en manos de necios como Albrecht y luego de aprovechados charlatanes como Kuhlmann. El "verdadero socialismo" difundido por algunos literatos, traducción de la fraseología socialista francesa al mal alemán de Hegel y al amor dulzarrón (véase el punto del *Manifiesto Comunista* que trata del socialismo alemán o "verdadero" socialismo), y que Kriege y las lecturas de las obras en cuestión habían introducido en

---

actividad de ésta adquirió un carácter más estrecho, puramente local, cesando del todo prácticamente hacia 1849.

[266] *La Réforme* (*La reforma*): diario francés, órgano de los demócratas republicanos y socialistas pequeñoburgueses; se publicó en Paris de 1843 a 1850. Desde octubre de 1847 hasta enero de 1848 Engels insertó en este diario varios artículos suyos.

[267] *Der Volks-Tribun*.

la Liga, tenía forzosamente que despertar, aunque sólo fuese por su babeante impotencia, la repugnancia de los viejos revolucionarios de la Liga. Frente a las precarias ideas teóricas anteriores y frente a las desviaciones prácticas que de ellas resultaban, los de Londres fueron dándose cuenta, cada vez más, de que Marx y yo teníamos razón con nuestra nueva teoría. A que esto fuese comprendido contribuyó indudablemente la presencia, entre los dirigentes de Londres, de dos hombres que superaban considerablemente a los mencionados en cuanto a capacidad teórica: el miniaturista Karl Pfänder, de Heilbronn, y el sastre Georg Eccarius, de Turingia[268].

Resumiendo, en la primavera de 1847 se presentó Moll en Bruselas a visitar a Marx, y en seguida en París a visitarme a mí, para invitarnos nuevamente, en nombre de sus camaradas, a ingresar en la Liga. Nos dijo que estaban convencidos, tanto de la justeza general de nuestra concepción, como de la necesidad de liberar a la Liga de las viejas tradiciones y formas conspirativas. Que si queríamos ingresar, se nos daría la ocasión, en un congreso de la Liga, para desarrollar nuestro comunismo crítico en un manifiesto, que luego se publicaría como manifiesto de la Liga; y que nosotros podríamos contribuir también a sustituir la organización anticuada de la Liga por otra nueva, más adecuada a los tiempos y a los fines perseguidos.

De que la clase obrera alemana necesitaba, aunque sólo fuese por razones de propaganda, una organización, y de que esta organización, si no había de ser puramente local, tenía que ser necesariamente clandestina, incluso fuera de Alemania, no nos cabía la menor duda. Pues bien; en la Liga teníamos precisamente esa organización. Y si lo que habíamos tenido que reprocharles hasta entonces era abandonado ahora como erróneo por los propios representantes de la Liga, y éstos nos invitaban a colaborar en su reorganización, ¿podíamos nosotros negarnos? Claro está que no. Ingresamos, pues, en la Liga; Marx formó una comuna en Bruselas con nuestros amigos más cercanos, y yo asistía a las tres comunas de París.

En el verano de 1847, se celebró en Londres el Primer Congreso de la Liga, al que W. Wolff acudió representando a las comunas de Bruselas y yo a las de París. En este congreso se llevó a cabo, ante todo, la reorganización de la Liga. Se suprimió lo que quedaba todavía de los viejos nombres místicos de la época conspirativa; la Liga se organizó en forma de comunas, círculos, círculos directivos, comité central y congreso, denominándose a partir de entonces Liga de los Comunistas. "La finalidad de la Liga es el derrocamiento de la burguesía, la dominación del proletariado, la supresión de la vieja sociedad burguesa, basada en los antagonismos de clase, y la creación de una nueva sociedad, sin clases y sin propiedad privada". Tal era el texto del artículo primero. En cuanto a la organización, ésta era absolutamente democrática, con comités elegidos y revocables en todo momento, con lo cual se cerraba la puerta a todas las veleidades conspirativas que exigen siempre un régimen de dictadura, y la Liga se convertía (por lo menos para los tiempos normales de paz) en una sociedad exclusivamente de propaganda. Estos nuevos estatutos (véase cuán democráticamente se procedía ahora) se presentaron a las comunas para su discusión, volviendo a examinarse en el segundo congreso, que los aprobó definitivamente el 8 de diciembre de 1847. Aparecen reproducidos en la obra de Wermuth y Stieber, tomo I, pág. 239, apéndice X.

El segundo congreso se celebró a fines de noviembre y comienzos de diciembre del mismo año. A este congreso asistió también Marx, que defendió en un largo debate

[268] Pfänder murió en Londres, hace unos ocho años. Era un hombre de fina inteligencia, un espíritu agudo, irónico, dialéctico. Eccarius fue más tarde, durante muchos años, como es sabido, Secretario del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, del que formaban parte, entre otros, varios antiguos afiliados de la Liga: Eccarius, Pfänder, Lessner, Lochner, Marx y yo. Más tarde, Eccarius se consagró exclusivamente al movimiento sindical inglés. Nota de Engels.

(el congreso duró, por lo menos, diez días) la nueva teoría. Por fin, todas las objeciones y dudas quedaron despejadas, los nuevos principios fueron aprobados por unanimidad y Marx y yo recibimos el encargo de redactar el manifiesto. Así lo hicimos, inmediatamente. Pocas semanas antes de la revolución de febrero, enviamos el *Manifiesto* a Londres, para su impresión. Desde entonces, ha dado la vuelta al mundo, está traducido a casi todos los idiomas y sirve todavía hoy de guía del movimiento proletario, en los más diversos países. La vieja divisa de la Liga: "Todos los hombres son hermanos", fue sustituida por el nuevo grito de guerra: "¡Proletarios de todos los países, uníos!", que proclamaba abiertamente el carácter internacional de la lucha. Diez y siete años después, la nueva divisa resonaba en el mundo entero como el grito de batalla de la Asociación Internacional de los Trabajadores, y hoy aparece inscrito en las banderas del proletariado militante de todos los países.

Estalló la revolución de febrero. El Comité Central de Londres transfirió inmediatamente sus poderes al Círculo Directivo de Bruselas. Pero este acuerdo llegó en el momento en que Bruselas se hallaba ya, de hecho, en estado de sitio y cuando sobre todo los alemanes no podían ya reunirse en parte alguna. Como todos estábamos a punto de trasladarnos a París, el nuevo comité central acordó, a su vez, disolverse, transfiriendo todos sus poderes a Marx y autorizándole para constituir inmediatamente en París, un nuevo comité central. Apenas se habían separado las cinco personas que tomaran este acuerdo (era el 3 de marzo de 1848), cuando la policía irrumpió en la casa de Marx, deteniéndole y obligándole a salir al día siguiente para Francia, viaje que precisamente se disponía él a emprender.

Pronto volvimos a reunirnos todos de nuevo en París. Aquí, se redactó el siguiente documento, firmado por los miembros del nuevo comité central, documento que se difundió en toda Alemania y del que todavía hoy algunos podrían aprender algo:

REIVINDICACIONES DEL PARTIDO COMUNISTA EN ALEMANIA[269]

1. Toda Alemania será declarada República una e indivisible.

3. Los representantes del pueblo serán retribuidos, para que también los obreros puedan formar parte del parlamento del pueblo alemán.

4. Armamento general del pueblo.

7. Las fincas de los príncipes y demás posesiones feudales, todas las minas, canteras, etc., se convierten en propiedad del estado. En las fincas se organizará la explotación en gran escala y con los recursos más modernos de la ciencia, en provecho de la colectividad.

8. Las hipotecas sobre las tierras de los campesinos se declaran propiedad del estado; los campesinos abonarán al estado los intereses de estas hipotecas.

9. En las regiones en que esté desarrollado el sistema de arriendos, la renta del suelo o precio de arrendamiento se pagará al estado en concepto de impuesto.

11. El estado tomará en sus manos todos los medios de transporte: ferrocarriles, canales, barcos, caminos, correos, etc., convirtiéndolos en propiedad del estado y poniéndolos a disposición de la clase desposeída.

14. Restricción del derecho de herencia.

15. Implantación de fuertes impuestos progresivos y abolición de los impuestos sobre los artículos de consumo.

[269] Ver en esta misma obra el texto completo de la tabla de reivindicaciones en páginas 293-294, EIS.

16. Organización de talleres nacionales. El estado garantiza a todos los trabajadores medios de subsistencia y asume el cuidado de los incapacitados para trabajar.

17. Instrucción pública general y gratuita.

En interés del proletariado alemán, de la pequeña burguesía y de los campesinos, laborar con toda energía por la implantación de las medidas que quedan apuntadas, pues solamente la aplicación de estas medidas asegurará a los millones de hombres, que hasta ahora venían siendo explotados en Alemania por una minoría insignificante y a los que se pretenderá seguir manteniendo en la opresión, los derechos y el poder que les pertenecen como creadores de toda la riqueza.

El Comité[270]: *Carlos Marx, K. Schapper, H. Bauer, F. Engels, J. Moll, W. Wolff*

En París había por aquel entonces la manía de las legiones revolucionarias. Españoles, italianos, belgas, holandeses, polacos, alemanes se juntaban en partidas para ir a libertar sus respectivas patrias. La legión alemana estaba acaudillada por Herwegh, Bornstedt y Börnstein. Y como, inmediatamente después de la revolución, los obreros extranjeros, además de quedarse sin trabajo, se veían acosados por el público, acudían en gran número a las legiones. El nuevo gobierno vio en ellas un medio para desembarazarse de los obreros extranjeros, y les concedió *l'etape du soldat*, o sea, alojamiento en ruta y un plus de marcha de 50 céntimos por día hasta la frontera, donde luego el sensible Ministro de Negocios Extranjeros, que tenía siempre las lágrimas a punto, el retórico Lamartine, se encargaría de denunciarlos a sus gobiernos respectivos.

Nosotros nos opusimos con la mayor energía a este intento de jugar a la revolución. En medio de la efervescencia reinante en Alemania, hacer una incursión en el país para importar la revolución desde fuera y a la fuerza, equivalía a socavar la revolución alemana, fortalecer a los gobiernos y entregar a los mismos legionarios (de esto se encargaba Lamartine) inermes en manos de las tropas alemanas. Más tarde, al triunfar la revolución en Viena y en Berlín, la legión ya no tenía ningún objeto; pero como se había comenzado el juego, se prosiguió.

Fundamos un club comunista alemán[271], en el que aconsejamos a los obreros que se mantuvieran al margen de la legión y retornaran individualmente a su país, para ponerse allí al servicio del movimiento. Nuestro viejo amigo Flocon, que formaba parte del Gobierno Provisional, consiguió para los obreros expedidos por nosotros las mismas facilidades de viaje que se habían ofrecido a los legionarios. De este modo, enviamos a Alemania de 300 a 400 obreros, entre ellos la gran mayoría de los miembros de la Liga.

Como no era difícil prever, la Liga resultó ser una palanca demasiado débil para encauzar el movimiento desencadenado de las masas populares. Las tres cuartas partes de los afiliados a la Liga, que antes residían en el extranjero, al regresar a su país habían cambiado de residencia, con lo cual se disolvían en gran parte sus comunas anteriores y ellos perdían todo contacto con la Liga. Una parte, los más ambiciosos, ni siquiera se preocuparon de restablecer este contacto, sino que cada cual se puso a organizar en su

[270] Las *Reivindicaciones del Partido Comunista en Alemania* fueron escritas por Marx y Engels en París entre el 21 y el 29 de marzo de 1848. Vinieron a ser la plataforma política de la Liga de los Comunistas en la incipiente revolución alemana. Publicadas en octavilla, se distribuían como documento directivo a los miembros de la Liga de los Comunistas que regresaban a su tierra. Durante la revolución, Marx, Engels y sus partidarios trataron de propagar ese documento programático entre las grandes masas.

[271] Trátase del Club de Obreros Alemanes fundado en París el 8-9 de marzo de 1848 a iniciativa de la Liga de los Comunistas. Marx desempeñaba el papel dirigente en esta organización. La finalidad de la fundación del club era unir a los obreros emigrados alemanes en París y explicarles la táctica del proletariado en la revolución democrática burguesa.

localidad, por su cuenta y riesgo, un pequeño movimiento por separado. Finalmente, las condiciones que se daban en cada pequeño estado, en cada provincia, en cada ciudad, eran tan distintas, que la Liga no habría podido dar a sus afiliados más que instrucciones muy generales, y éstas podían hacerse llegar mucho mejor por medio de la prensa. En una palabra, desde el momento en que cesaron las causas que habían hecho necesaria una Liga secreta, perdió también ésta su significación. Y a quienes menos podía sorprender tal cosa, era precisamente a los que acababan de despojar a esta Liga secreta del último vestigio de su carácter conspirativo.

Sin embargo, ahora se demostraba que la Liga había sido una excelente escuela de actuación revolucionaria. En el Rin, donde la *Neue Rheinische Zeitung* constituía un centro sólido, en Nassau, en el Hessen renano, etc., eran siempre afiliados a la Liga los que aparecían a la cabeza del ala extrema del movimiento democrático. Y lo mismo en Hamburgo. En el sur de Alemania estorbaba el predominio de la democracia pequeñoburguesa. En Breslau, trabajó hasta el verano de 1848 Wilhelm Wolff, con gran éxito, logrando ser nombrado candidato para representar a Silesia en el parlamento de Fráncfort[272] Finalmente, el cajista Stephan Born, militante activo de la Liga en Bruselas y París, fundó en Berlín una Hermandad Obrera que adquirió considerable extensión y duró hasta 1850. Born, joven de mucho talento, pero que tenía demasiada prisa por convertirse en un personaje político, “fraternizó” con los elementos más dispares, con tal de poder reunir en torno suyo un tropel de gente; y él no era, ni mucho menos, el hombre capaz de poner unidad en las más dispares tendencias y de hacer luz en el caos. Por eso, en las publicaciones oficiales de su asociación se mezclan, en abigarrado mosaico, las ideas defendidas en el *Manifiesto Comunista* con los recuerdos y los anhelos gremiales, fragmentos de Luis Blanc y Proudhon, el proteccionismo, etc.; en una palabra, se quería contentar a todo el mundo. Se organizaron, sobre todo, huelgas, sindicatos, cooperativas de producción, olvidándose de que lo más importante era conquistar, mediante victorias políticas, el terreno sin el cual todas esas cosas no podrían sostenerse a la larga. Y cuando, más tarde, las victorias de la reacción hicieron sentir a los dirigentes de la hermandad la necesidad de lanzarse directamente a la lucha revolucionaria, aquellas confusas masas que se agrupaban en torno a ellos los dejaron, naturalmente, en la estacada. Born tomó parte en la insurrección de Dresde, en mayo de 1849[273], y pudo escapar con suerte. Pero la Hermandad Obrera se comportó frente al gran movimiento político del proletariado como una simple Liga particular, que en parte sólo existía sobre el papel y cuya importancia era tan secundaria que la reacción no consideró necesario suprimirla hasta 1850, sin meterse hasta varios años más tarde con aquellos retoños suyos que aún continuaban existiendo. Y Born, cuyo verdadero nombre era Buttermilch, no se convirtió en un personaje político, sino en un modesto profesor

[272] Asamblea de Fráncfort: Asamblea Nacional convocada después de la revolución de marzo en Alemania, que comenzó sus sesiones el 18 de mayo de 1848, en Fráncfort del Meno. La tarea principal de la asamblea consistía en liquidar el fraccionamiento político de Alemania y elaborar la constitución de toda Alemania. Sin embargo, a causa de la cobardía y las vacilaciones de su mayoría liberal, la indecisión y la inconsecuencia de su ala izquierda, la asamblea no se atrevió a tomar en sus manos el poder supremo del país y no supo adoptar una postura decidida respecto a las cuestiones fundamentales de la revolución alemana de los años 1848-1849. El 30 de mayo de 1849, la asamblea se vio obligada a trasladar su sede a Stuttgart. El 18 de junio fue dispersada por las tropas.

[273] Se trata de la insurrección armada en Dresde del 3 al 8 de mayo y de las insurrecciones en Alemania del Sur y del Oeste de mayo a julio de 1849 en defensa de la Constitución Imperial aprobada por la Asamblea Nacional de Fráncfort el 28 de marzo de 1849, pero rechazada por varios estados alemanes. Las insurrecciones tenían carácter aislado y espontáneo y fueron aplastadas hacia mediados de julio de 1849.

suizo, que ya no traducía a Marx al lenguaje gremial, sino al plácido Renán a su alemán almibarado.

El 13 de junio de 1849 en París[274], la derrota de las insurrecciones de mayo en Alemania y el aplastamiento de la revolución húngara por los rusos pusieron fin a todo un período de la revolución de 1848. Pero el triunfo de la reacción no era todavía, ni mucho menos, definitivo. Se imponía la reorganización de las fuerzas revolucionarias dispersas, y por tanto también las de la Liga. Las circunstancias venían a vedar, como antes de 1848, toda organización pública del proletariado; había que volver a organizarse, pues, secretamente.

En el otoño de 1849, volvieron a reunirse en Londres la mayoría de los miembros de los antiguos comités centrales y congresos. Sólo faltaba Schapper, encarcelado en Wiesbaden, y que se presentó después de absuelto, en la primavera de 1850, y Moll, quien después de haber cumplido una serie de misiones peligrosísimas y de varios viajes de agitación (el último, para reclutar en el seno mismo del ejército prusiano, en la provincia del Rin, artilleros montados para las baterías del Palatinado) se enroló en la compañía de obreros de Besançon, del destacamento de Willich, muriendo de un tiro en la cabeza en la batalla del Murg, delante del puente de Rotenfels. En cambio, apareció en escena Willich. Este era uno de aquellos comunistas sentimentales que tanto abundaban desde 1845 en el occidente de Alemania, y que ya por ese solo hecho abrigaba una hostilidad secreta instintiva contra nuestra tendencia crítica. Pero él era todavía más; era un perfecto profeta, convencido de su misión de mesías predestinado del proletariado alemán, y, como tal, aspirante directo a la dictadura política, lo mismo que a la dictadura militar. Y así, junto al comunismo basado en el cristianismo primitivo, predicado antes por Weitling, surgió una especie de Islam comunista. Pero, por el momento, la propaganda de esta nueva religión quedó circunscrita al cuartel de refugiados cuyo mando tenía Willich.

Se procedió, pues, a organizar de nuevo la Liga, se ido a la luz el *Mensaje* de marzo de 1850[275], y se envió a Alemania como emisario a Heinrich Bauer. El *Mensaje*, redactado por Marx y por mí, tiene todavía hoy interés, pues la democracia pequeñoburguesa sigue siendo aún el partido que en la próxima conmoción europea, que no tardará en producirse (pues el intervalo entre las revoluciones europeas -1815, 1830, 1848-1852, 1870- es, en nuestro siglo, de 15 a 18 años), será, necesariamente, el primero en empuñar el timón de Alemania, como salvador de la sociedad frente a los obreros comunistas. Por tanto, muchas de las cosas que decimos allí todavía siguen teniendo aplicación hoy. La misión de Heinrich Bauer fue coronada por un éxito completo. Aquel bravo zapaterillo era un diplomático innato. Volvió a incorporar a la organización activa a los antiguos miembros de la Liga (algunos de los cuales se habían desligado de ella y otros operaban por su cuenta), y en particular a los dirigentes de la Hermandad Obrera. Y la Liga comenzó a desempeñar un papel predominante en las asociaciones obreras, campesinas y gimnásticas, en proporciones superiores a las de antes de 1848, hasta el punto de que ya en el siguiente mensaje trimestral dirigido a las comunas en junio de 1850[276], se pudo hacer constar que el estudiante Schurz, de Bonn (el que más tarde había de ser ex ministro en Norteamérica), que había viajado por Alemania al servicio de la democracia pequeñoburguesa, "se ha encontrado ya con que

[274] El 13 de junio de 1849, en París, el partido pequeñoburgués La Montaña organizó una manifestación pacífica de protesta contra el envío de tropas francesas para aplastar la revolución en Italia. La manifestación fue disuelta por las tropas. Muchos líderes de La Montaña fueron arrestados y deportados o tuvieron que emigrar de Francia.
[275] Ver en esta misma obra páginas 352-359, EIS.
[276] Ver en esta misma obra páginas 360-364, EIS.

todos los elementos útiles están en manos de la Liga”. Esta fue, indudablemente, la única organización revolucionaria alemana de importancia.

Pero la función que esta organización hubiese de desempeñar, dependía muy esencialmente de que se realizasen o no las perspectivas de un nuevo auge de la revolución. En el transcurso de 1850, estas perspectivas fueron haciéndose cada vez más inverosímiles, y hasta imposibles. La crisis industrial de 1847, que preparara la revolución de 1848, había sido superada; había comenzado un nuevo período, hasta entonces nunca visto, de prosperidad industrial: quien tuviese ojos para ver y los usase tenía que convencerse de que la tormenta revolucionaria de 1848 se iba disipando poco a poco.

“Bajo esta prosperidad general, en que las fuerzas productivas de la sociedad burguesa se desenvuelven todo lo exuberantemente que pueden desenvolverse dentro de las condiciones burguesas, *no puede ni hablarse de una verdadera revolución*. Semejante revolución sólo puede darse en aquellos períodos en que estos dos factores, las modernas fuerzas productivas y las formas burguesas de producción, incurren en mutua contradicción. Las distintas querellas a que ahora se dejan ir y en que se comprometen recíprocamente los representantes de las distintas fracciones del partido continental del orden, no dan, ni mucho menos, pie para nuevas revoluciones; por el contrario, son posibles sólo porque la base de las relaciones sociales es, por el momento, tan segura y (cosa que la reacción ignora) *tan burguesa. Contra ella chocarán* todos los intentos de la reacción para contener el desarrollo burgués, *así como toda la indignación moral y todas las proclamas entusiastas de los demócratas*”. Así escribíamos Marx y yo en la “Revista de mayo a octubre de 1850” de la *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue*[277], cuaderno V-VI, Hamburgo, 1850, pag. 153.

Pero esta manera fría de apreciar la situación era para mucha gente una herejía en aquellos momentos en que Ledru-Rollin, Luis Blanc, Mazzini, Kossuth y los astros alemanes de menor magnitud, como Ruge, Kinkel, Gögg y qué sé yo cuántos más, se reunían en Londres para formar a montones los gobiernos provisionales del porvenir, no sólo para sus países respectivos, sino para toda Europa, y en que sólo faltaba recibir de los Estados Unidos el dinero necesario, a título de empréstitos revolucionarios, para llevar a cabo, en un abrir y cerrar de ojos, la revolución europea, y con ella, naturalmente, la instauración de las correspondientes repúblicas. ¿A quién podía extrañarle que un hombre como Willich se dejase arrastrar por esto, que Schapper se dejase también llevar de su vieja comezón revolucionaria, y que la mayoría de los obreros que en gran parte vivían como refugiados en Londres les siguiesen al campo de los fabricantes democráticoburgueses de revoluciones? El caso es que el retraimiento defendido por nosotros no era del gusto de estas gentes, empeñadas en que nos lanzásemos al deporte de hacer revoluciones. Y, como nos negamos a ello del modo más enérgico, sobrevino la escisión; lo demás lo verá el lector en las *Revelaciones*. Luego vino la detención en Hamburgo, primero de Nothjung y después de Haupt, quien traicionó a sus compañeros, denunciando los nombres de los que formaban el Comité Central de Colonia; él era el que había de servir en el proceso de testigo principal de cargo; pero sus parientes no quisieron pasar por esa vergüenza y lo expidieron a Río de Janeiro, donde más tarde se estableció como comerciante, llegando a ser, en pago de sus

[277] *Neue Rheinische Zeitung. Politisch-ökonomische Revue* (*Nuevo Periódico del Rin. Revista político-económica*): revista, órgano teórico de la Liga de los Comunistas, fundada por Marx y Engels. Se publicó desde diciembre de 1849 hasta noviembre de 1850; salieron seis números.

méritos, primer cónsul general de Prusia y después de Alemania. En la actualidad, vuelve a estar en Europa[278].

He aquí, para la mejor inteligencia de lo que sigue, la lista de los acusados de Colonia: 1) P. G. Röser, obrero cigarrero; 2) Heinrich Bürgers, que había de morir siendo diputado progresista en la Dieta; 3) Peter Nothjung, sastre, muerto hace pocos años en Breslau, siendo fotógrafo; 4) W. J. Reiff; 5) el Dr. Hermann Becker, actualmente alcalde de Colonia y miembro de la cámara alta; 6) el Dr. Roland Daniels, médico, que murió pocos años después del proceso, de resultas de una tuberculosis adquirida en la cárcel; 7) Karl Otto, químico; 8) el Dr. Abraham Jacoby, actualmente médico en Nueva York; 9) el Dr. J. J. Klein, actualmente médico y concejal de Colonia; 10) Ferdinand Freiligrath, que por entonces estaba ya en Londres; 11) J. L. Ehrhand, viajante; 12) Friedrich Lessner, sastre, actualmente en Londres. De éstos, fueron condenados por tentativa de alta traición, después de la vista del proceso ante el jurado, que duró desde el 4 de octubre hasta el 12 de noviembre de 1852, los siguientes: Röser, Bürgers y Nothjung a seis años; Reiff, Otto y Becker a cinco años, y Lessner a tres años de reclusión en una fortaleza. Daniels, Klein, Jacoby y Ehrhard fueron absueltos.

Con el proceso de Colonia termina el primer período del movimiento obrero comunista en Alemania. Inmediatamente después de la condena disolvimos nuestra Liga; pocos meses más tarde fenecía también la Sonderbund de Willich-Schapper[279].

***

Entre aquella época y la de hoy, media toda una generación. Entonces, Alemania era un país de artesanado y de industria casera, basada en el trabajo manual; hoy, es un gran país industrial, sujeto todavía a una continua revolución industrial. Entonces había que andar buscando uno a uno a los obreros conscientes de su situación como obreros y de su contraposición histórico-económica con el capital, pues esta misma contraposición estaba todavía en mantillas. Hoy, hay que someter a todo el proletariado alemán a leyes de excepción, para entorpecer, aunque no sea más que un poquito, el proceso de la formación total de su conciencia de clase oprimida. Entonces, los pocos hombres que habían sabido comprender el papel histórico del proletariado tenían que reunirse secretamente, que agruparse a escondidas en pequeñas comunas de 3 a 20 individuos. Hoy, el proletariado alemán ya no necesita de ninguna organización oficial, ni pública, ni secreta; basta con la simple y natural cohesión que da la conciencia del interés de clase, para conmover a todo el imperio alemán, sin necesidad de estatutos, de comités, de acuerdos ni de otras formas tangibles. Bismarck es el árbitro de Europa al otro lado de las fronteras de Alemania; pero dentro de Alemania se alza, cada día más amenazadora, la figura atlética del proletariado alemán que Marx pronosticara ya en 1844, el gigante a quien los estrechos muros del edificio imperial, levantados a medida de los filisteos, le vienen demasiado pequeños, y cuya talla imponente y fornidas

---

[278] Shcapper murió en Londres, a fines de la década del 60. Willich Hizo la guerra civil en los Estados Unidos, habiéndose distinguido en ella. En la batalla de Murfreesboro (Tennessee), siendo general de brigada, recibió un tiro en el pecho, del cual curó. Murió en Norteamérica hace unos diez años. Respecto a las demás personas de que se habla en el texto, diré que Heinrich Bauer ha desaparecido en Australia y que Weitling y Ewerbck han muerto en los Estados Unidos. Nota de Engels.

[279]] "Sonderbund" ("Unión aparte"): por analogía a la unión de los cantones católicos reaccionarios de Suiza en los años 40 del siglo XIX, Marx y Engels llamaban irónicamente así a la fracción sectaria aventurera de Willich-Schapper, que se había separado después de la escisión de la Liga de los Comunistas del 15 de septiembre de 1850 para formar una organización aparte, con su propio comité central. La fracción ayudó con su actividad a la policía prusiana a descubrir las sociedades ilegales de la Liga de los Comunistas en Alemania y le dio pábulo para incoar en 1852 en Colonia, un proceso judicial contra destacados dirigentes de la Liga de los Comunistas.

espaldas siguen desarrollándose mientras llega el momento en que bastará con que se levante de su asiento para que salte hecha añicos toda la estructura del imperio alemán. Más aún. El movimiento internacional del proletariado europeo y americano es hoy tan fuerte, que no sólo su primera forma estrecha (la de la Liga secreta), sino su segunda forma, infinitamente más amplia (la pública de la Asociación Internacional de los Trabajadores), se ha convertido en una traba para él, pues hoy basta con el simple sentimiento de solidaridad, nacido de la conciencia de la identidad de su situación de clase, para crear y mantener unido entre los obreros de todos los países y lenguas un solo y único partido: el gran partido del proletariado. Las doctrinas sostenidas por la Liga desde 1847 hasta 1852 y que entonces podían ser tratadas despectivamente por los sabios filisteos, como quimeras salidas de unas cuantas cabezas locas y exaltadas, como doctrinas misteriosas de algunos sectarios sueltos, cuentan hoy con innumerables partidarios en todos los países civilizados del mundo desde los condenados de las minas de Siberia, hasta los buscadores de oro de California; y el fundador de esta teoría, el hombre más odiado y más calumniado de su tiempo, Carlos Marx, era, cuando murió, el consejero siempre solicitado y siempre dispuesto del proletariado de ambos mundos.

Londres, 8 de octubre de 1885

Riazanov sobre la historia de la Liga de los Comunistas, Marx organizador y la fundación de la Liga de los Comunistas y el Manifiesto Comunista[280]

Marx, que había sacado provecho de toda la ciencia y a filosofía de su tiempo, formuló, según hemos visto, un punto de vista enteramente nuevo en la historia del pensamiento social y político del siglo XIX.

Casi no he habado todavía de la influencia que sobre él ejerció el pensamiento socialista, porque esa influencia comenzó a manifestarse más tarde. Hoy expondré, en cambio, la participación de Marx en la creación de la Liga ele los Comunistas tema que os había prometido desarrollar.

Y bien: después de haber examinado todos los antecedentes contenidos en las obras de. Marx v Engels sobre la historia de aquella Liga, debo confesar que no resisten una crítica seria. Marx no aludió más que una vez en su vida a esa historia, en una obra muy poco leída, *El señor Vogt*, aparecida en 1860. Marx cometió en ella una serie de errores. Pero para informarse sobre la Liga de los Comunistas se recurre casi siempre a un relato escrito por Engels en1885. He aquí, poco más o menos, cómo, siguiendo a Engels, se representa los hechos.

Hubo una vez dos filósofos y políticos alemanes (Marx y el propio Engels) que hubieron de abandonar Alemania por la fuerza. Vivieron en Francia, estuvieron en Bélgica y escribieron sabias obras que después de atraer la atención de los intelectuales se difundieron entre los obreros. Un buen día, éstos se presentaron ante los filósofos, que tranquilamente sentados en su gabinete, conservándose lejos de la acción vulgar, y como conviene formalmente a depositarios de la ciencia, esperaban orgullosos que los obreros fuesen a buscarlos. La deseada hora llegó cuando los obreros se dirigieron a Marx y Engels invitándoles a unírseles. Ambos declararon que no lo harían sino cuando se aceptara su programa. Los obreros consintieron, organizaron la Liga de los Comunistas e inmediatamente encargaron a Marx y Engels el Manifiesto del Partido Comunista.

Esos obreros pertenecían a la Federación de los Justos, de la cual hablé en mi primera conferencia sobre la historia del movimiento obrero en Francia e Inglaterra. Como he dicho, esta organización estaba constituida en París y había sido sometida a duras pruebas después de la infructuosa tentativa de insurrección de los blanquistas el 12 de mayo de 1839. Luego de esta derrota, sus miembros se radicaron en Londres. Entre ellos se encontraba Schapper, quien organizó en febrero de 1840 la *Sociedad de Educación Obrera*.

Para daros mejor idea acerca de la manera en que habitualmente se relata esta historia, voy a leer un fragmento del opúsculo de Steklof sobre Marx:

---

[280] Tomado de "Cuarta Conferencia. Crítica de los puntos de vista habituales sobre la historia de la Liga de los Comunistas. Marx organizador. La lucha contra Weitling. Fundación de la Liga de los Comunistas. El Manifiesto Comunista. Polémica con Proudhon.", en D. Riazanov, *Marx y Engels*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1962, páginas 52-71. Obra de próxima publicación en nuestro sello hermano Alejandría Proletaria.

"*Residiendo en París, Marx mantenía relaciones personales con los dirigentes de la Federación de los Justos, formada por desterrados políticos y artesanos, pero no se afiliaba a ella porque el programa de la Federación, saturado de un espíritu idealista y temerario, no podía satisfacerlo.*

Pero, poco a poco, se produjo en la Federación una evolución que la aproximó a Marx y Engels, quienes por conversaciones, por correspondencia y también por la prensa, influían sobre las opiniones políticas de sus miembros. En algunos casos excepcionales, los dos amigos hicieron conocer sus puntos de vista mediante circulares impresas. Después de la ruptura con el revoltoso Weitling y la "crítica severa de los teóricos inconscientes" quedó preparado el ambiente para la entrada de Marx y Engels en la Liga. Al primer congreso, que aprobó el nombre de Liga de los Comunistas, asistieron Engels y Guillermo Wolf; en el segundo, convocado en noviembre de 1847, participó el propio Marx.

Después de haber escuchado el discurso en que Marx expuso su nueva filosofía socialista, el congreso le encargó que elaborara con Engels el programa de la Liga. Así apareció el célebre Manifiesto Comunista."

Steklof se limita a repetir lo que escribió Mehring, quien a su vez, repite lo que nos cuenta Engels. ¿Y cómo no creer a este último? En efecto: ¿quién mejor que el que ha participado en la organización de una empresa puede contar su historia? No obstante, debemos someter a un examen crítico las palabras de Engels, como las de cualquier historiador, con mayor razón sabiendo que compuso esas páginas casi cuarenta años después de ocurridos los episodios que describe. En semejante lapso de tiempo es fácil olvidar algo, sobre todo si se escribe en condiciones y estado espiritual completamente distintos.

Existen otras circunstancias que en nada concuerdan con aquella narración. Marx y Engels no eran teóricos puros como los presenta Steklof. Todo lo contrario. Apenas comprendió Marx que quienes juzguen necesario transformar radicalmente el régimen social no pueden apoyarse sino en el proletariado como clase que por sus condiciones de existencia encuentra todos los estimulantes para la lucha contra dicho régimen, acudió a los medios obreros, esforzándose en penetrar con su amigo en todos los sitios y organizaciones en que los trabajadores estaban sometidos a otras influencias. Siendo así, se infiere que existían entonces esas organizaciones. Examinemóslas.

Al historiar el movimiento obrero me detuve en las proximidades del año 1840. Después de la derrota de mayo de 1839, la Federación de los Justos dejó de funcionar como organización central, en todo caso, a partir de 1840 no se encuentra más indicios de su existencia o actividad como tal. Quedaron solamente círculos aislados (de uno de los cuales, el de Londres, ya hablamos) organizados por algunos antiguos miembros de la Federación. Otros miembros, entre los cuales Guillermo Weitling ejercía gran influencia, se refugiaron en Suiza.

Sastre de profesión, Weitling, uno de los primeros artesanos alemanes revolucionario, como muchos otros de aquella época, andaba de ciudad en ciudad hasta que en 1837 se estableció en París, donde había estado en 1835. Se afilió a la Federación de los Justos y estudió allí las teorías de Lamennais, representante del socialismo cristiano, de Saint-Simon y de Fourier. En París se vinculó también con Blanqui y sus adeptos. A fines de 1838 escribió, a petición de sus camaradas, el folleto *Cómo es y cómo debiera ser la humanidad*, en el que defendía ya las ideas comunistas.

Después de una infructuosa tentativa para extender la propaganda en la Suiza alemana, comenzó con algunos compañeros a organizar círculos entre los obreros y los emigrados alemanes. En 1842 publicó su principal obra, *Las garantías de la armonía y*

de la libertad, en la que desarrolló las ideas expuestas en 1838, que no es el caso de considerar ahora.

Weitling se distinguía de los demás utopistas de su tiempo en que (influenciado en parte por Blanqui) no creía en la posibilidad de llegar al comunismo por la persuasión. La nueva sociedad, cuyo plan había elaborado en todos sus detalles, seria realizada únicamente por la violencia. Cuanto más rápidamente se destruya la sociedad existente, más rápidamente se liberará el pueblo, y el mejor medio para llegar a esa situación era en su concepto el de extremar el desorden social existente. El elemento más seguro, el más revolucionario, capaz de derribar la sociedad, era, según Weitling, el proletariado vagabundo, el *lumpen-proletariat,* y hasta los bandidos:

En Suiza, Bakunin, que abrigaba ya algunas de estas ideas, encontró a Weitling y conoció sus teorías. Cuando en la primavera de 1843, Weitling fue arrestado en Zúrich y procesado con sus adeptos, Bakunin apareció comprometido en la causa y se vio obligado a emigrar.

Cumplida la condena, Weitling fue repatriado en mayo de 1844. Después de un sinnúmero de vicisitudes, logró, saliendo de Hamburgo, llegar a Londres, donde se le acogió con gran pompa. En su honor se organizó una gran asamblea, a la que asistieron, además de los socialistas y los cartistas ingleses, los emigrados franceses y alemanes. Era la primera gran asamblea internacional celebrada en aquella ciudad y brindó a Schapper la ocasión para organizar en octubre de 1844 una sociedad internacional que adoptó el nombre de *Sociedad de los amigos democráticos de todos los pueblos*. Dirigida por Schapper y sus amigos allegados, se proponía relacionar a los revolucionarios de todos los países, estrechar vínculos fraternales entre los distintos pueblos y conquistar los derechos políticos y sociales.

Weitling permaneció en Londres casi un año y medio. Al principio gozaba de mucho ascendiente en la sociedad obrera londinense, donde se discutían con apasionamiento todos los problemas de la época, pero no tardó en encontrar una fuerte oposición.

Sus viejos compañeros, como Schapper, Bauer, Moll, durante la separación se habían familiarizado con el movimiento obrero inglés y penetrado en las doctrinas de Owen.

Para Weitling, como hemos dicho, el proletariado no constituía una clase especial, con intereses propios: era sólo una parte de la población pobre, oprimida, y entre estos elementos pobres el más revolucionario era el lumpenproletariado. Sostenía que el bandidaje era uno de los elementos más seguros en la lucha contra la sociedad existente. No atribuía ninguna importancia a la propaganda. Imaginaba la futura sociedad como una sociedad comunista, dirigida por un pequeño grupo de hombres sagaces. Para atraer las masas juzgaba necesario recurrir al sentimiento religioso; hacía de Cristo un precursor del comunismo, y los respetaba como un cristiano expurgado de todo lo heterogéneo que se le añadió en el curso de los siglos. Para comprender mejor las disensiones que surgieron bien pronto entre él y Marx y Engels, conviene recordar que Weitling era un obrero muy capacitado, autodidacta, dueño de considerable talento literario, pero que adolecía de todos los defectos de los autodidactas. En Rusia son muchos los que se educan como Weitling.

El autodidacta, en general, se empeña en extraer de su cerebro algo ultranovedoso, algún invento ingenioso en sumo grado, mas la experiencia le prueba luego que ha malgastado tiempo y fuerzas considerables para no hacer otra cosa que descubrir la América. Llega a buscar un *perpetum mobile* cualquiera o el medio susceptible de volver feliz y sabio al hombre en un abrir y cerrar de ojos.

Weitling pertenecía a esta categoría de autodidactas. Quería encontrar la manera de que los hombres asimilasen casi instantáneamente no importa cuál ciencia. Quería crear una lengua internacional. Característica notable: otro autodidacta, un obrero, Proudhon, también había emprendido esta tarea. Es difícil, a veces, saber qué prefería, qué adoraba más Weitling, si su comunismo o su idioma universal. Sintiéndose verdadero profeta, no soportaba crítica alguna y guardaba particular recelo para con los hombres instruidos que acogían con escepticismo su manía.

En 1844, Weitling era uno de los hombres más populares y conocidos no sólo entre los obreros sino también entre los intelectuales alemanes. Heine, el célebre poeta ha dejado una página singular sobre su encuentro con el famoso sastre:

> "*Lo que más hirió mi altivez fue la incivilidad del mozo para conmigo durante la conversación. No se quitó el sombrero y mientras yo permanecía de pie, él estaba sentado en un banco, sosteniendo la rodilla derecha a la altura del mentón, en tanto que con la mano libre no cesaba de frotarla.*
>
> *Supuse que esa posición irrespetuosa fuera un hábito contraído en la práctica de su oficio, pero pronto me desengañó. Como le preguntara por qué no dejaba de frotar la rodilla, me respondió en un tono indiferente, cual si se tratase de la cosa más habitual, que en las distintas prisiones alemanas donde había sido encerrado, se le tenía con cadenas, y como el anillo de hierro que le rodeaba la rodilla solía ser demasiado estrecho, le había producido una comezón que le obligaba a aquel ejercicio...*
>
> *Lo confieso: retrocedí unos pasos cuando ese sastre, con su familiaridad repulsiva, me contó tal historia sobre las cadenas de las cárceles... ¡Extrañas contradicciones del corazón humano! Yo, que un día había besado respetuosamente, en Munster, las reliquias del sastre Juan de Leyde, los grilletes que había llevado, las tenazas con que lo torturaron, yo, que me había entusiasmado por un sastre muerto, sentía indecible repugnancia por ese sastre vivo, por ese hombre que era, sin embargo, un apóstol y un mártir de la misma causa por la cual padeció el glorioso Juan de Leyde.*"

Aunque esta descripción no hace honor a Heine, muestra la profunda impresión que Weitling produjo en el poeta, adulado por innumerables aduladores.

Heine aparece, en la circunstancia, como gran señor del arte y el pensamiento, que considera con curiosidad, y no sin repugnancia, ese tipo de luchador extraño todavía para él. Con esa misma ociosa curiosidad nuestros poetas de otra época examinaban a un bolchevique. Por el contrario, un intelectual como Marx adoptaba otra actitud hacia Weitling, a quien juzgaba talentoso portavoz de las aspiraciones de ese proletariado cuya misión histórica él mismo acababa de formular. Ved cómo escribía sobre Weitling antes de conocerlo:

> "*¿Qué obra sobre el problema de su emancipación política podría poner la burguesía (alemana), comprendidos sus filósofos y literatos, frente a la de Weitling:* Las garantías de la armonía y de la libertad*? Compárese la mediocridad escuálida y fanfarrona de la literatura política alemana con brillante iniciación de los obreros alemanes, compárense las botas de siete leguas del proletariado en infancia con los estrechos zapatos de la burguesía y se verá en el proletariado sometido al atleta futuro de gigantesca estatura*."

Naturalmente Marx y Engels debían procurar relacionarse con Weitling. En el verano de 1845 ambos amigos, durante su corta estancia en Inglaterra, se habían relacionado con los cartistas y los emigrados a1cmanes, pero no se sabe con certeza si encontraron a Weitling, que entonces vivía en Londres. De cualquier modo, hasta 1846,

cuando fue a Bruselas, donde Marx se había establecido el año anterior al ser expulsado de Francia, no se vincularon estrechamente.

Marx ya se había dedicado al trabajode organización, para el cual Bruselas ofrecía grandes facilidades debido a la situación de estación intermedia de Bélgica entre Francia y Alemania. Desde Bruselas, donde los obreros e intelectuales alemanes que se dirigían a París paraban algunos días, se difundía por contrabando la literatura ilegal en toda Alemania. Entre los obreros temporalmente establecidos en Bruselas, varios eran hombres muy inteligentes.

Marx no tardó en concebir la idea de convocar un congreso de todos los comunistas para crear la primera organización comunista general. Este congreso debía realizarse en Verviers, ciudad situada cerca de la frontera alemana, de suerte que a los alemanes les resultara fácil el acceso. No he podido establecer exactamente si en realidad se llevó a cabo el congreso, pero todos los preparativos habían sido hechos por Marx mucho tiempo antes de que los delegados de la Federación de los Justos llegaran a Londres para invitarlo a ingresar en ella. En verdad, Marx y Engels atribuían también la mayor importancia a la conquista de los círculos influenciados por Weitling y no ahorraron esfuerzos para convenir con ellos una plataforma común. Sus tentativas concluyeron, sin embargo, en una ruptura, cuya historia nos ha sido contada por un compatriota nuestro que en viaje a Francia pasó entonces por Bruselas. Me refiero al crítico ruso P. Annenkof, que si en un tiempo fue admirador de Marx no tardó en dejar de ser revolucionario.

Annenkof no ha legado un curioso relato de su estancia en Bruselas en la primavera de 1846, relato que contiene bastantes mentiras, pero también cierta parte de verdad. De allí el extracto de una sesión en la que discutieron violentamente Marx y Weitling.

Marx gritaba golpeando la mesa con el puño: “¡La ignorancia jamás ayudó a nadie ni ha sido útil para algo!” Estas palabras son muy verosímiles. En efecto, como Bakunin, Weitling se oponía al trabajo preparatorio de propaganda, so pretexto de que los pobres siempre estaban dispuestos a la revolución y, por consiguiente, podría ésta podía ser declarada en cualquier momento, siempre que hubiese jefes resueltos. Según una carta del propio Weitling, en esa asamblea Marx sostuvo que era necesario depurar las filas de los comunistas y hacer la crítica de todos los teóricos inconsistentes, declarando que se debía renunciar a todo socialismo apoyado únicamente en la buena voluntad: que la realización del comunismo estaría precedida por una época durante la cual la burguesía detentaría el poder.

Véase así cómo las divergencias teóricas entre Marx y Engels y Weitling eran casi las mismas que se manifestaron entre los revolucionarios rusos cuarenta años después.

En mayo de 1846, la ruptura fue definitiva; Weitling partió enseguida para Londres, de donde se trasladó a América para quedar allí hasta la revolución de 1848.

Con el concurso de otros compañeros, quienes se les habían aproximado por esa época, Marx y Engels prosiguieron su trabajo de organización. Crearon en Bruselas la “Sociedad de Educación Obrera”, en la que Marx dictó a los obreros conferencias sobre economía política. Aparte de cierto número de intelectuales, entre los que se distinguían G. Wolf (a quien Marx dedicó más tarde el primer tomo de *El Capital*) y Weidemeyer, permanecían en Bruselas obreros como Estéfano Born, Vallan, Seiler y otros.

Sobre la base de eta organización y con la ayuda de los camaradas idos de Bruselas, Marx y Engels se esforzaban para concer5ar relaciones con los círculos de Alemania, Londres, París y Suiza. Es el trabajo que hacía el propio Marx en París. Poco a poco los adeptos de Marx y Engels aumentaron. Marx concibió entonces el plan de

agrupar a todos los elementos comunistas, pensando en transformar aquella organización nacional puramente alemana en una organización internacional. Se tenía que empezar creando en Bruselas, Londres y París, núcleos de comunistas que estuviesen de común acuerdo, los cuales designarían comités encargados de sostener las relaciones con las otras organizaciones comunistas. De este modo, se crearían relaciones más estrechas con los otros países y se prepararía el terreno para la unión internacional de los comités, denominados "de correspondencia comunista" a propuesta de Marx.

Como los que han escrito la historia del socialismo alemán y del movimiento obrero han sido literatos y periodistas miembros de agencias informativas o dedicados frecuentemente a las corresponsalías, han creído que aquellos comités no eran otra cosa que simples oficinas de corresponsales.

En resumen, según ellos, Marx y Engels resolvieron fundar en Bruselas una oficina ele corresponsales desde donde se despachaban circulares. O bien, como escribe Mehring en su último trabajo sobre Marx:

> "*Careciendo de un órgano propio, Marx y sus amigos se empeñaron en llenar esa laguna, dentro de lo posible, con circulares impresas. Al mismo tiempo procuraban asegurarse la cooperación de corresponsales regulares en los grandes centros donde vivían comunistas. Semejantes oficinas de corresponsalía existían en Bruselas y en Londres y había el propósito de establecer una en París. Marx escribió a Proudhon pidiéndole su colaboración.*"

Basta leer atentamente la respuesta de Proudhon para ver que se trataba de una organización muy distante de ser oficina de correspondencia. Y si se recuerda que este intercambio epistolar ocurría en el verano de 1846, resulta que mucho antes de que fuera a proponerle el ingreso a la Federación de los Justos existían en Londres, Bruselas y París organizaciones cuya iniciativa emanaba incontestablemente de Marx.

Recordemos lo que dije sobre la Sociedad de Correspondencia londinense organizada en 1792 por Tomás Hardy. Los comités de correspondencia organizados por el club de los jacobinos cuando se le prohibió crear sus secciones en las provincias, representaban una institución análoga a la de Marx. Estudiando y comparando estos hechos llegué a la conclusión, hace ya mucho tiempo, de que Marx, al fundar esas sociedades tenía precisamente la intención de hacer de ellas comités de correspondencia. Y en el segundo semestre de 1846 existe efectivamente en Bruselas un comité muy bien organizado que actuaba como organismo central, al que se envían informes. Reúne un gran número de miembros y entre ellos muchos obreros. En París funciona otro, organizado por Engels, que realiza intensa propaganda entre los artesanos alemanes; y el de Londres lo dirigen Schapper, Bauer y Moll (el mismo que según decires fue a Bruselas seis meses después para invitar a Marx a incorporarse a la Federación de los Justos). Y como lo prueba una carta del 20 de enero de q847, que trasmití a Mehring, Moll fue a Bruselas no como delegado de la Federación de los Justos sino como del comité de corresponsales comunistas de Londres para llevarle un informe sobre la situación de la sociedad londinense.

Es así como he llegado a convencerme de que el relato de la fundación de la Liga de los Comunistas, tal como ha sido hecho con arreglo a Engels y reproducido sucesivamente en diversas obras, no pasa de ser una leyenda que no soporta la crítica.

Al gran trabajo preparatorio efectuado principalmente por Marx se parece mucho el que cumplieron los primeros socialdemócratas rusos medio siglo después, al esforzarse por unir las organizaciones existentes, con la particularidad de que en este caso la organización de la *Iskra* reemplazaba a los comités de corresponsales, y las distintas sociedades obreras, en la cuales trabajaban los agentes comunistas, estaban

sustituidas por las uniones y comités en los cuales los elementos del comité central procuraban entrar para ganarlos a su causa.

A los historiadores les ha pasado inadvertido ese trabajo de organización de Marx, a quien presentan como un pensador de gabinete, y no conociendo el papel de Marx como organizador no han conocido uno de los aspectos más interesantes de su personalidad. Si no se conoce el papel que Marx (hago notar: Marx y Engels) tuvo por los años 1846-1847 como dirigente e inspirador de todo ese trabajo de organización, es imposible comprender la importancia del que tuvo luego como organizador en 1848-1849 y en la época de la I Internacional.

Después del viaje de Moll a Bruselas, cuando Marx tuvo la certeza de que la mayoría de los londinenses se había librado de la influencia de Weitling, se resolvió, probablemente a iniciativa del comité de Bruselas, convocar el congreso en Londres, la ciudad más indicada en esas circunstancias. Fue entonces cuando comenzaron a discutir y luchar las diversas tendencias. En París, sobre todo, donde trabajaba Engels, la disputa era muy viva. Al leer sus cartas, uno se cree transportado al ambiente ruso de estos últimos años. La lucha de fracciones que describe, recuerda de un modo sorprendente nuestras discusiones sobre los diferentes programas.

Una corriente está representada por Grün, que defiende el comunismo alemán o comunismo "verdadero", del cual se encuentra una crítica mordaz en el *Manifiesto Comunista*, Engels sostiene otro programa. Naturalmente, cada uno de los adversarios se esfuerza para conquistar el mayor apoyo, pero Engels cree haber alcanzado la victoria no sólo por haber logrado convencer a los vacilantes, como lo hace saber al comité de Bruselas, sino porque ha sido también más astuto que sus adversarios y los ha colocado entre la espada y la pared.

Se reunió el congreso de Londres en el verano de 1847. Marx no asistió. G. Wolf representó a Bruselas y Engels a los comunistas parisienses. Los delegados eran pocos, pero ninguno permaneció callado. Tampoco en 1898, cuando se fundó el PSDO Ruso, el congreso de Minsk reunía más de 8 o 9 personas que representaban a 3 o 4 organizaciones.

Se resolvió agruparse en la Liga de los Comunistas. De ningún modo se trata de la Federación de los Justos reorganizada, como lo asegura Engels; olvida que era representante del comité de correspondencia de París fundado por él mismo. Se adoptó un estatuto[281] cuyo primer párrafo declaraba paladinamente la idea esencial del comunismo revolucionario:

> "*La Liga persigue el derrocamiento de la burguesía y el dominio del proletariado, la supresión la vieja sociedad burguesa, basada en el antagonismo de las clases, y la instauración de una sociedad sin clases ni propiedad privada.*"

El estatuto de organización fue adoptado a condición de que se lo sometiese al examen de los distintos comités para aprobarlo definitivamente en siguiente congreso con las modificaciones que se juzgara necesario introducir.

El principio del "centralismo democrático" estaba en la base de la organización. Todos los miembros debían profesar el comunismo y ajustar su vida a los propósitos de la Liga. Un grupo determinado formaba el núcleo principal del organismo, designándolo con el nombre de "comunidad". Había comités regionales. Las diferentes regiones de un país se unían bajo la dirección de un centro cuyos poderes se extendían sobre todo el país y que, a su turno, debía informar al comité central.

[281] Ver en esta misma obra en páginas 244-250, EIS.

Esta organización llegó a ser un modelo para todos los partidos comunistas de la clase obrera al comienzo de su desarrollo, pero tenía una particularidad que desapareció luego, aunque todavía antes de 1870 se la encuentra entre los alemanes. El Comité Central de la Liga de los Comunistas no era elegido en los congresos. Sus facultades de centro dirigente eran transmitidas al comité regional de la ciudad elegida por el congreso como lugar de residencia del Comité Central. Así, si el congreso escogía Londres, la organización de esta región elegía un comité central de cinco miembros por lo menos, de modo que estaba asegurada su estrecha vinculación con la gran organización nacional. Este sistema reaparece más tarde entre los alemanes de Suiza y en la propia Alemania. Su comité central estaba siempre ligado a determinada ciudad designada por el congreso, distinguida como ciudad vanguardia.

En el mismo congreso se resolvió también elaborar el proyecto de una "profesión de fe"[282] comunista, que sería el programa de la Liga; las distintas regiones debían presentar los suyos en el congreso siguiente.

Se decidió, además, editar una revista popular[283]. Fue ése el primer órgano obrero de que tengamos conocimiento y, como lo veis[284], ostentaba abiertamente el título de "comunista".

En la primera página de esta publicación. aparecida un año antes que el *Manifiesto Comunista*, figura la consigna: "¡Proletarios de todos los países, uníos!" Es una rarísima curiosidad bibliográfica. No conozco de esta revista sino tres ejemplares: este que encontré en 1912 y describí en un artículo en 1914; otro encontrado más tarde por Maayer en los archivos de la policía berlinesa y descrito por él en 1919, y el tercero que últimamente halló el profesor Grünberg y publicó en una edición especial.

Esta revista apareció una sola vez. Los artículos del primer y último número fueron escritos principalmente por los representantes de la Liga Comunista establecida en Londres, quienes hicieron también la composición tipográfica. El editorial está redactado en forma muy popular. El lenguaje fácil expone las particularidades que distinguen la nueva organización comunista de las francesas y de las de Weitling. No se dice en él una sola palabra de la Federación de los Justos. Un artículo está dedicado al comunista francés Cabet, autor de la famosa utopía *Viaje a Icaria*. En 1847, éste había hecho intensa propaganda para establecer en América gente dispuesta a crear en tierra virgen una colonia comunista conforme al modelo descrito en su libro. Se había trasladado especialmente a Londres para atraer a los comunistas de aquella capital. El artículo somete el plan de Cabet a una crítica minuciosa y recomienda a los obreros no abandonar el continente europeo, porque sólo en Europa será instaurado el comunismo. Hay además un gran artículo que, a mi juicio, ha debido ser escrito por Engels. La revista se cierra con un resumen político y social, del cual indudablemente fue autor el delegado del comité de Bruselas al congreso, Guillermo Wolf.

El segundo congreso se celebró en Londres a fines de noviembre de 1847 y esta vez Marx asistió. Antes de que se reuniera, Engels, desde París, le había escrito que tenía esbozado un proyecto de catecismo o profesión de fe[285], pero que juzgaba más conveniente intitularlo *Manifiesto Comunista*. Marx llevó probablemente al congreso las tesis por elaboradas por él. Allí, lejos de ir todo tan bien como lo describe Steklof, hubo acaloradas discusiones. Los debates duraron varios días y mucho le costó a Marx convencer a la mayoría de la justeza del nuevo programa, que finalmente fue aceptado en sus aspectos fundamentales. El congreso le encargó, además, la redacción para la

---

[282] Ver en esta obra en páginas 205-208, EIS.
[283] Ver en esta obra en páginas 212-230, EIS.
[284] El conferenciante muestra un ejemplar que pertenece ahora al Instituto Marx y Engels.
[285] Ver en esta obra en páginas 249-260, EIS.

Liga de los Comunistas, no de una profesión de fe sino un manifiesto, como lo había propuesto Engels. Designado por el congreso, Marx, en la composición del documento, aprovechó, es verdad, el proyecto preparado por Engels, pero él solo cargó con la responsabilidad política del Manifiesto ante la Liga. Y si éste da semejante impresión de unidad es porque, precisamente, ha sido escrito sólo por Marx. Contiene ciertamente ideas concebidas en común por Marx y Engels, pero su pensamiento fundamental, como lo ha destacado el propio Engels, pertenece exclusivamente a Marx:

> "*La idea fundamental del Manifiesto, a saber: que la producción económica y la estructura social determinada fatalmente por ella, constituyen el fundamento de la historia política e intelectual de una época histórica dada; que, por consiguiente, toda la historia de la lucha de clases, es decir, de la lucha entre los explotados y los explotadores, entre las cases sometidas y las dominantes en las distintas etapas de la evolución social; que esta lucha ha llegado ahora a un grado en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede liberarse de la férula de la clase que lo oprime y explota (la burguesía) sin liberar al mismo tiempo y para siempre a toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases; esta idea fundamental, digo, pertenece única y exclusivamente a Marx."*

Me he detenido en este punto para que se sepa, como lo sabían la Liga de los Comunistas y Engels, que la elaboración del nuevo programa fue en gran parte obra de Marx y que a él se confió la redacción del Manifiesto.

Poseemos una carta interesante que, además de probar mejor que nada lo que decimos, aclara las relaciones entre Marx y la organización esencialmente obrera, que tenía tendencia a considerar al "intelectual" únicamente como un hombre capaz de dar forma literaria a lo que piensa y quiere el obrero.

Para que se comprenda mejor esta carta, añadiré que de acuerdo con el estatuto el congreso había señalado Londres como lugar de residencia del comité central, elegido, a su vez, por la organización de esa ciudad. La carta fue enviada el 26 de enero el comité central al comité regional de Bruselas, a fin de que se la trasmitiera a Marx. Contiene la resolución adoptada el 24 de enero por el comité central:

> "*El Comité Central, por la presente, encarga al comité regional de Bruselas comunique al ciudadano Marx que si el manifiesto del partido comunista de cuya redacción se encargó en el 1íltimo congreso no ha llegado a Londres antes del martes 1 de febrero del año en curso, se tomarán contra él las medidas consiguientes. En caso de que el ciudadano Marx no cumpliera su trabajo, el Comité Central pedirá la devolución inmediata de los documentos puestos a disposición de Marx.*
>
> *En nombre y por mandato del Comité Central: Schapper, Bauer, Moll*"

Por esta carta imperativa se ve que Marx, a fines de enero, no había cumplido aún la tarea que se le confiara al principio de diciembre. Es una característica de Marx: a pesar de todo su talento literario, no tenía facilidad para el trabajo. Elaboraba siempre largamente sus obras, sobre todo si se trataba de un documento importante. En este caso lo quería perfectamente redactado, de modo que pudiera resistir la acción del tiempo. Tenemos una página de uno de sus originales que prueba cuánto cuidado ponía en cada frase.

El Comité Central no tuvo que adoptar sanciones. Marx logró terminar su trabajo a principios de febrero. Es una fecha digna de ser recordada. El *Manifiesto* apareció en la segunda quincena del mismo mes, es decir, algunos días antes de la revolución de febrero, de manera que no pudo tener influencia alguna en la preparación de ese acontecimiento, y como los primeros ejemplares no llegaron a Alemania sino en mayo-

junio de 1848, se comprende que tampoco pudo tener gran influencia sobre la revolución alemana. En esa época sólo un reducido grupo de comunistas de Bruselas y Londres lo conocía y lo comprendía.

Permítaseme ahora que diga algunas palabras sobre el contenido del *Manifiesto*. Es el programa de la Liga Internacional de los Comunistas, de cuya composición tenemos algunas referencias. Comprendía a belgas y cartistas ingleses inclinados hacia el comunismo, pero sobre todo alemanes.

El *Manifiesto* debía considerar no un país cualquiera aisladamente, sino el mundo burgués en su conjunto, ante el cual por primera vez los comunistas declararían abiertamente sus propósitos.

El primer capítulo es una exposición brillante y precisa de la sociedad burguesa capitalista, de la lucha de clases que ha creado y que continúa desarrollándose sobre la base de esa sociedad.

Se ve allí cómo la burguesía se formó fatalmente en el seno del antiguo régimen feudal, cómo se transformaron gradualmente sus condiciones de existencia a consecuencia del cambio en las relaciones económicas, qué papel revolucionario tuvo en su lucha contra el feudalismo, a qué grado sorprendente llegó a desarrollar las fuerzas productivas de la sociedad y cómo creó, por primera vez en la historia, la posibilidad de la emancipación material de la humanidad. Sigue luego una síntesis histórica del desenvolvimiento del proletariado. Se ve en ella que el proletariado se desarrolla según leyes fatales, de igual modo que la burguesía, cuyo desarrollo sigue, paso a paso, como la sombra al cuerpo.

De un modo progresivo se constituye en una clase especial, y explica el *Manifiesto* cómo y en qué forma se desarrolla su lucha contra la burguesía hasta el momento en que crea su propia organización de clase.

A continuación expone y refuta el *Manifiesto* todas las objeciones formuladas por los ideólogos burgueses contra el comunismo. No me detendré en esto, porque estoy persuadido de que todos han leído el *Manifiesto*.

Apoyándose en Engels, aunque en menor medida de lo que se creía, Marx expone enseguida la táctica de los comunistas con respecto a todos los otros partidos obreros. Y conviene destacar aquí una interesante particularidad. El *Manifiesto* dice que los comunistas no son un partido especial opuesto a los otros partidos obreros, sino que se distingue únicamente en que representan la vanguardia obrera, que tiene sobre el resto del proletariado la ventaja de comprender las condiciones, la marcha y las consecuencias generales del movimiento obrero.

Ahora que conocéis la verdadera historia de la Liga de los Comunistas, será más fácil comprender que la razón de esa manera de formular la tarea de los comunistas obedecía a la situación del movimiento obrero de la época, particularmente en Inglaterra, pues los varios cartistas que había en la Liga consintieron en ingresar a condición de conservar sus vínculos con el partido y sin otro compromiso que el de organizar una especie de núcleo comunista con el cartismo, para propagar allí el programa y los objetivos comunistas.

El *Manifiesto* analiza las innumerables corrientes que entonces luchaban por la supremacía entre los socialistas y los comunistas. Las critica con violencia y las rechaza categóricamente, exceptuando a los grandes utopistas Saint-Simon, Fourier y Owen, cuyas doctrinas, sobre todo las de los dos últimos, habrían sido, hasta cierto punto, aceptadas y refundidas por Marx y Engels. Pero aun adoptando sus críticas del régimen burgués, el *Manifiesto* opone al socialismo pacífico, al utópico y al que desdeñaba la lucha política el programa revolucionario del nuevo comunismo crítico proletario.

En su conclusión el *Manifiesto* examina la táctica de los comunistas durante la revolución, en particular respecto de los partidos burgueses. Para cada país, las reglas de esa táctica varían según las condiciones históricas. Donde la burguesía es la clase dominante, el ataque del proletariado se dirige completamente contra ella, mientras que donde todavía aspira al poder político, verbigracia Alemania, e1 Partido Comunista la apoya en su lucha revolucionaria contra la monarquía y la nobleza, sin que jamás cese de inculcar a los obreros la conciencia nítida de la oposición de los intereses de clase de la burguesía y los del proletariado.

Como cuestión fundamental de todo el movimiento, los comunistas colocan siempre en el primer plano la de la propiedad privada.

En la próxima conferencia veremos cómo fueron aplicadas prácticamente estas reglas de táctica elaboradas por Marx y Engels en vísperas de la revolución de febrero-marzo de 1848 y qué modificaciones les fueron introducidas por la experiencia de esa revolución.

El *Manifiesto* contiene todos los resultados del trabajo científico a que Marx y Engels (especialmente el primero) se habían dedicado de 1845 a 1847. Durante ese tiempo Engels había estudiado los materiales reunidos por él sobre la *Situación de la clase obrera en Inglaterra*; en tanto que Marx trabajaba sobre la historia de las doctrinas políticas y económicas. La *concepción materialista de la historia,* que les dio la posibilidad de analizar con tanta justeza las relaciones materiales, las condiciones de la producción y de la distribución, por las cuales se determinan todas las relaciones sociales, había sido madurada por ellos en esos dos años mientras luchaban contra las distintas doctrinas idealistas.

Antes del *Manifiesto*, Marx había expuesto la nueva doctrina en la forma más completa y brillante, polemizando contra Proudhon. Con todo, en su obra *La sagrada familia* mostraba todavía una gran estima por Proudhon. ¿Qué fue lo que provocó la ruptura entre los aliados de otrora? Proudhon, de origen obrero y autodidacta como

Weitling, pero más talentoso aun, fue uno de los publicistas franceses más eminentes. Tuvo en literatura una iniciación muy revolucionaria. En su obra *¿Qué es la propiedad?,* aparecida en 1841, critica violentamente la propiedad burguesa y afirma con audacia que en definitiva es un robo. Pero luego se probará que condenando la propiedad Proudhon tenía en vista sólo una de sus formas, la propiedad capitalista privada, basada en la explotación del pequeño productor por el gran capitalista. A la vez que reclamaba la supresión de la propiedad capitalista privada, Proudhon era adversario del comunismo, puesto que sólo en la conservación y consolidación de la propiedad privada del campesino o del artesano veía el medio de que éstos prosperaran, y la situación del obrero, según él, no podía mejorar por la lucha económica y las huelgas, sino por 1a transformación del obrero en propietario.

Proudhon adoptó definitivamente ese punto de vista en 1845-46, época en que imaginó el plan mediante el cual decía se preservaría a los artesanos de la ruina y se haría de los obreros productores independientes.

Ya he dicho qué hacía Engels en París en esos momentos. Su adversario principal en la discusión planteada alrededor de los distintos programas era Carlos Grün, representante del "verdadero socialismo". Grün estaba ligado a Proudhon, cuyas teorías divulgó entre los obreros alemanes residentes en París.

Antes de publicar Proudhon su nueva obra destinada a descubrir todos los "antagonismos económicos" de la sociedad contemporánea, explicar el origen de la miseria y dar la filosofía de ésta, había comunicado su ideas a Grün, quien se apresuró a utilizarlas en su polémica contra los comunistas.

Engels comunicó entonces el plan, a través de las palabras de Grün, al comité de Bruselas:

> "*¿Y qué vemos en él? [escribe].Ni más ni menos que los "almacenes de trabajo" conocidos desde hace mucho en Inglaterra, las asociaciones de artesanos de distintas profesiones, que ya muchas veces han fracasado, un gran depósito; todos los productos provistos a los miembros de las asociaciones son valuados según el costo de la materia prima y la suma de trabajo gastado en su confección, y se pagan con otros productos justipreciados según el mismo método. Los productos que sobran en la sociedad se venden en la plaza y el ingreso que rinden va en provecho de los productores. Así cree el astuto Proudhon poder suprimir la ganancia realizada por el intermediario comercial.*"

En otra carta, Engels da nuevos detalles sobre el plan de Proudhon y se indigna porque fantasías como la de la transformación de los obreros en propietarios por la adquisición de talleres mediante el ahorro, atraen todavía a los trabajadores alemanes.

De ahí que, aparecido el libro de Proudhon, Marx se puso a trabajar y contestó la Filosofía de la miseria, con una obra intitulada *Miseria de la filosofía,* en la que refuta una a una todas las ideas de Proudhon y opone a sus puntos de vista sus bases del comunismo crítico.

Por el brillo y la precisión del pensamiento, esta obra es una digna introducción al Manifiesto Comunista y nada pierde en la comparación con el último artículo de Marx contra Proudhon, escrito unos 30 años más tarde, en 1874, para los obreros italianos. Este artículo, titulado La indiferencia política (lo publiqué en ruso en 1913 en la revista *Proviestvhenie*…) en nada difiere de *Miseria de la Filosofía*, lo que demuestra que en 1847 el punto de vista de Marx estaba definitivamente elaborado.

Marx, insisto, ya lo había formulado en 1845, pero en forma menos clara. Necesitó dos años más de tenaz trabajo para escribir *Miseria de la Filosofía*. Investigando las condiciones de .la formación y el desarrollo del proletariado en loa sociedad burguesa, se dedicó cada vez más al estudio de las leyes del régimen capitalista, que rigen la producción y la distribución. Examina las doctrinas de los economistas burgueses a la luz del método dialéctico y prueba que todas las categorías fundamentales, que todos los fenómenos de la sociedad burguesa: mercancía, valor, dinero, capital, son cosas pasajeras. En *Miseria de la Filosofía* intenta por primera vez establecer las principales fases del proceso de la producción capitalista.

Sin ser más que un esbozo, muestra ya a Marx en la verdadera senda, dueño del método más seguro que lo orienta, a la manera de brújula, en el laberinto de la economía burgués. Pero a la vez esa obra demuestra que no basta tener un método justo y que, lejos de limitarse a deducciones generales, es necesario estudiar minuciosamente el capitalismo para conocer todos los engranajes de un mecanismo tan complicado. Tenía aún Marx por delante un inmenso trabajo para transformar en monumental sistema ese bosquejo genial que es en sustancia *Miseria de la Filosofía* en lo que concierne al estudio de los principales problemas económicos.

Antes de que lograr tal posibilidad que implicaba para él la imposibilidad de ocuparse del trabajo práctico, le tocó asistir a la revolución de 1848, predicha e impacientemente esperada por él y por Engels, para la cual se preparaban y habían elaborado las tesis fundamentales expuestas en el *Manifiesto Comunista*.



Consulta también nuestras otras series:

- **Años 30-40: Materiales de la construcción de la IV Internacional**
- **Documentos históricos recuperados por el Grupo Germinal**
- **La Constitución de la Revolución Rusa y sus complementos jurídicos, 1917-1918**
- **La lucha política contra el revisionismo lambertista**
- **Lenin: dos textos inéditos**
- **León Sedov: escritos**
- **Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista**
- **Marx y Engels, algunos materiales**
- **Obres escollides de Lenin en català**
- **Obres escollides de Rosa Luxemburg en català**
- **Rosa Luxemburg en castellano**
- **Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas**
- **Años 30 : Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España**

Y las de nuestro sello hermano:



- **Alarma. Boletín de Fomento Obrero Revolucionario. Primera Serie (1958-1962) y números de Segunda y Tercera Serie (1962-1986)**
- **Amigo del Pueblo, selección de artículos del portavoz de Los Amigos de Durruti**
- **Armand, Inessa**
- **Balance, cuadernos de historia del movimiento obrero internacional y de la guerra de España**
- **Balius, Jaime (Los Amigos de Durruti)**
- **Bleibtreu, Marcel**
- **Comunas de París y Lyon**
- **Ediciones Espartaco Internacional**
- **Frencia, Cintia y Gaido, Daniel**
- **Guillamón, Agustín. Selección de obras, textos y artículos.**
- **Heijenoort, J. Van**
- **Just, Stéphane. Escritos**
- **Kautsky, Karl**
- **Munis, G. Obras Completas y otros textos**
- **Murphy, Kevin**
- **Parvus (Alejandro Helphand)**
- **Plejánov, G. V. , obras**
- **Rakovsky, Khristian (Rako)**
- **Rühle, Otto**
- **Textos de apoyo**
- **Varela, Raquel, et al. - El control obrero en la Revolución Portuguesa 1974-75**